



BERGMAN

SERIE

SECRETOS IMPERFECTOS

HJORTH & ROSENFELDT



Un joven de dieciséis años ha sido brutalmente asesinado. Un brillante equipo policial, dirigido por el experto criminólogo Torkel Höglund y el eminente psiquiatra criminal Sebastian Bergman, sigue la pista al asesino.

Todo son callejones sin salida y secretos por todas partes. Un misterio de difícil resolución y una trama adictiva hasta el insomnio.



Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt

Secretos imperfectos

Sebastian Bergman - 01

ePub r1.0

Titivillus 03.06.16

Título original: *Det Fördolda*

Michael Hjorth & Hans Rosenfeldt, 2010

Traducción: Claudia Conde

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



El hombre no era un asesino.

Se lo iba repitiendo mientras arrastraba al chico muerto cuesta abajo:

—No soy ningún asesino.

Los asesinos son criminales. Son mala gente. Las tinieblas les han devorado el alma y ellos, por diferentes razones, han abrazado la oscuridad y la han hecho suya, de espaldas a la luz. Él no era malo.

Al contrario.

¿Acaso no lo había demostrado en los últimos tiempos? ¿No había renunciado casi por completo a sus sentimientos y a su propia voluntad, e incluso había reprimido sus impulsos por el bien de los demás? Poner la otra mejilla. Era justo lo que había hecho él. ¿Acaso su presencia en esa hondonada cenagosa en medio de la nada, con el chico muerto a rastras, no era una prueba más de que quería hacer lo correcto? ¿De que debía hacerlo? ¿De que nunca más volvería a traicionar su confianza?

El hombre estaba en forma. Muchas horas de gimnasio. Sin embargo, se detuvo, jadeando. Pese a su juventud, el chico pesaba bastante. Pero ya faltaba poco. Lo cogió con fuerza por las perneras de los pantalones, que habían sido blancas, pero parecían casi negras en la oscuridad. Había sangrado mucho.

Sí, era malo matar. El quinto mandamiento decía: «No matarás». Pero había excepciones. La propia Biblia exhortaba en varios pasajes a matar por causas justas. Había gente que lo merecía. A veces lo malo era bueno. No había nada absoluto.

Y si la intención no era egoísta, si la pérdida de una vida podía salvar otras, dar una oportunidad, permitir otras vidas, ¿cómo era posible entonces que el acto fuera malo si el propósito era bueno?

El hombre se detuvo junto a la laguna de aguas oscuras. Lo normal era que fuera una charca de un par de metros de profundidad, pero las últimas lluvias habían inundado los márgenes y la habían convertido en un pequeño lago, en la hondonada invadida de maleza.

El hombre que no era un asesino encorvó la espalda y agarró la camiseta del chico por los hombros. Con gran esfuerzo, consiguió poner de pie el cuerpo sin vida. Por

un instante, lo miró directamente a los ojos. ¿Cuál habría sido su último pensamiento? ¿Habría tenido tiempo de pensar en algo? ¿Se habría dado cuenta de que iba a morir? ¿Se habría preguntado por qué? ¿Habría reflexionado acerca de todo lo que no había llegado a hacer en su corta vida, o quizá en lo que había hecho?

Nada de eso importaba ya.

¿Por qué tenía que atormentarse más de lo necesario?

No tenía opción.

No volvería a traicionar la confianza de nadie.

Esta vez no.

Aun así, dudaba. Pero ellos no lo entenderían. Tampoco perdonarían. Ni pondrían la otra mejilla, como él.

Empujó, y el cuerpo del chico cayó de espaldas en el agua con un sonoro golpe. El hombre se sobresaltó; no esperaba tanto ruido en la oscuridad silenciosa.

El cadáver se hundió en el agua y desapareció.

El hombre que no era un asesino volvió a su coche, aparcado en el sendero del bosque, y se dirigió a su casa.

—Policía de Västerås. Klara Lidman. Diga...

—Quería denunciar la desaparición de mi hijo.

La mujer hablaba casi en tono de disculpa, como si no estuviera segura de haber llamado al teléfono correcto o no esperara del todo que la creyeran. Klara Lidman acercó un bloc de notas, aunque la conversación se estaba grabando.

—¿Su nombre, por favor?

—Lena. Lena Eriksson. Mi hijo se llama Roger. Roger Eriksson.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis. La última vez que lo vi fue ayer por la tarde.

Klara anotó la edad y dedujo que el asunto iba a requerir intervención inmediata. Eso, siempre y cuando fuera cierto que el chico había desaparecido.

—¿A qué hora de la tarde?

—Se marchó de casa hacia las cinco.

Habían pasado veintidós horas. Veintidós horas muy importantes en una desaparición.

—¿Sabe adónde iba?

—Sí, a casa de Lisa.

—¿Quién es Lisa?

—Su novia. La he llamado hoy, pero me ha dicho que Roger se marchó de su casa en torno a las diez.

Klara tachó el veintidós de la hoja del bloc y lo sustituyó por un diecisiete.

—¿Y luego hacia dónde fue?

—Lisa no lo sabe. Suponía que había vuelto a casa. Pero no. No ha vuelto en toda la noche. Y ahora ya ha pasado casi un día entero.

«¿Y no llamas hasta ahora?», pensó Klara. Su interlocutora no parecía especialmente nerviosa. Más bien abatida. Resignada.

—¿Lisa qué más? ¿Cuál es el apellido?

—Hansson.

Klara lo anotó.

—¿Tiene móvil su hijo? ¿Ha intentado llamarlo?

—Sí, pero no contesta.

—¿No tiene idea de adónde puede haber ido? ¿Puede haberse quedado a dormir en casa de algún amigo?

—No, porque habría llamado para decírmelo.

La mujer hizo una breve pausa y Klara supuso que se le había quebrado la voz, pero enseguida distinguió una inhalación al otro lado de la línea y se dio cuenta de que estaba fumando. Después la oyó soltar el humo.

—Lo único que sé es que ha desaparecido.

El sueño se repetía todas las noches.

No le daba tregua.

Siempre el mismo sueño, cargado con la misma angustia. Era desesperante; lo estaba volviendo loco. Aunque Sebastian Bergman sabía que podría resistirlo. Conocía mejor que nadie el significado de los sueños y estaba mejor preparado que nadie para que los restos febriles del pasado no lo afectasen. Sin embargo, por muy preparado que estuviera, por muy consciente que fuera del auténtico significado del sueño, no conseguía escapar de sus garras. Era como si el sueño hubiera encontrado el punto de intersección exacto entre el significado que él conocía y su realidad.

4.43 horas.

Empezaba a amanecer. Sebastian tenía la boca seca. ¿Habría gritado? Por lo visto no, porque la mujer que estaba acostada a su lado no se había despertado. Su respiración era pausada y el pelo largo le cubría a medias un pecho desnudo. Sebastian estiró los dedos agarrotados, sin dedicarles ni un solo pensamiento. Estaba acostumbrado a despertarse con el puño derecho apretado. Trató de recordar el nombre de la persona que dormía a su lado.

¿Katarina? ¿Karin?

Seguramente se lo habría dicho en algún momento de la noche.

¿Kristina? ¿Karolin?

Tampoco tenía mucha importancia, porque no pensaba volver a verla, pero tratar de recordar lo ayudaba a ahuyentar los últimos restos etéreos del sueño que se le habían quedado adheridos al pensamiento.

El sueño lo perseguía desde hacía más de cinco años. Todas las noches el mismo sueño, las mismas imágenes. Todo su subconsciente en acción, concentrado en lo que su yo consciente no conseguía resolver durante el día.

Superar el sentimiento de culpa.

Se levantó lentamente de la cama, sofocó un bostezo y recogió la ropa que había dejado unas horas antes en una silla. Mientras se vestía, observó sin interés la habitación donde había pasado la noche. Una cama; dos armarios blancos empotrados,

uno de ellos con un espejo en la puerta; una sencilla mesa de noche blanca de Ikea, con un despertador y una revista de *fitness* encima; y, justo al lado de la silla donde había estado su ropa, una mesita con la foto y los garabatos de un hijo de padres separados. Varias reproducciones de cuadros anodinos colgaban de las paredes, pintadas de un color que un agente inmobiliario avisado habría descrito como *latte macchiato*, aunque en realidad era un *beige* sucio. La habitación se parecía al sexo que había practicado aquella noche: carecía de fantasía y pecaba de aburrimiento, pero cumplía con su función. Siempre lo hacía. Aunque, por desgracia, la satisfacción nunca duraba mucho.

Sebastian cerró los ojos. Ese momento siempre era el más doloroso. La vuelta a la realidad. El delicado cambio de sentido. Lo conocía muy bien. Se concentró en la mujer acostada en la cama, sobre todo en el pezón que quedaba al descubierto. Seguía sin recordar cómo se llamaba...

Sabía que él se había presentado en el momento en que había vuelto con las copas, como siempre. Nunca decía su nombre cuando le preguntaba a la chica si la otra silla estaba libre, ni qué quería beber, ni si le permitía invitarla. Se lo decía cuando le ponía la copa delante.

—Por cierto, me llamo Sebastian.

¿Y ella qué le había respondido? Algo con «K», de eso estaba bastante seguro. Se abrochó el cinturón, y la hebilla produjo un leve chasquido metálico.

—¿Te vas?

La voz de la mujer sonaba adormilada. Buscó un reloj con los ojos.

—Sí.

—Pensaba que ibas a quedarte a desayunar. ¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

La mujer levantó un poco el torso, apoyada en un codo. ¿Qué edad tendría? ¿Cuarenta? Se quitó un mechón de la cara. Se estaba despabilando y empezaba a asimilar la idea de que la mañana no sería como esperaba. El hombre se había levantado sigilosamente y se había vestido en silencio, para marcharse sin despertarla. No desayunarían juntos, ni leerían el periódico hablando de trivialidades, ni aprovecharían el domingo para dar un paseo. Él no tenía ninguna intención de conocerla mejor, ni la llamaría para quedar de nuevo, por mucho que dijera lo contrario.

Ella lo sabía. Por eso no dijo nada.

Tan sólo adiós.

Sebastian ni siquiera intentó acertar con su nombre. Ya no estaba seguro de que

empezara con «K».

El silencio del amanecer impregnaba la calle. El tranquilo suburbio dormía y las luces parecían atenuadas, como para no despertar a nadie. Incluso el tráfico de Nynäsvägen, a lo lejos, parecía discurrir con respetuosa sordina. Sebastian se detuvo en el cruce, junto al letrero de la calle: «VARPAVÄGEN». Estaba en algún lugar de Gubbängen, a un buen trecho de su casa. ¿Estaría abierto el metro a esas horas? La noche anterior habían llegado en taxi. Habían entrado en un 7-Eleven a comprar pan para el desayuno, porque ella había recordado que no le quedaba en casa y suponía que él querría quedarse a desayunar. Habían comprado pan y zumo, él y... esa mujer... ¡Mierda! ¿Cómo demonios se llamaba? Sebastian echó a andar por la solitaria calle.

La había herido, fuera cual fuese su nombre.

Catorce horas después, partiría rumbo a Västerås a terminar su trabajo. Pero eso era diferente. A esa otra mujer ya no podía afectarla nada de lo que hiciera.

Empezó a llover.

Un asco de mañana.

En Gubbängen.

Todo estaba a punto de irse al infierno. El agente Thomas Haraldsson tenía los zapatos encharcados, su radio estaba muerta y había perdido de vista a sus compañeros. El sol le daba justo en los ojos y tenía que entrecerrarlos para no tropezar con la maleza o con las raíces que crecían desordenadamente sobre el terreno cenagoso. Soltó una maldición entre dientes y echó un vistazo al reloj. Faltaban dos horas para la pausa del almuerzo en el hospital. Jenny saldría, cogería el coche y se iría a casa, segura de que él estaría allí. Pero no lo encontraría, porque seguiría metido en ese maldito bosque.

Se le hundió un poco más el pie izquierdo y sintió que el calcetín se empapaba del agua fría de dentro del zapato. En el aire flotaba la tibieza joven y fugaz de la primavera, pero en el agua el frío del invierno aún mordía. Haraldsson se estremeció, sacó el pie del barro y buscó terreno firme donde pisar.

Miró a su alrededor. ¿Estaría el este en aquella dirección? ¿No andaban por allí los reclutas del servicio militar? ¿O serían los *scouts*? También era posible que estuviera andando en círculos y hubiera perdido por completo el sentido de la orientación. Vio un pequeño montículo a escasa distancia y se dijo que cualquier altura equivalía a terreno seco, un pequeño paraíso en medio de ese infierno de fango. Echó a andar hacia allá, pero volvió a hundir un pie en el barro, esta vez el derecho. ¡Fantástico!

La culpa de todo era de Hanser.

Haraldsson no habría tenido ninguna necesidad de meterse en el barro hasta las pantorrillas de no haber sido porque Hanser quería aparentar energía y firmeza. Y sin duda lo necesitaba, puesto que en realidad la muy perra ni siquiera era policía. Era una de esas personas que han estudiado Derecho y tienen la suerte de subir en el escalafón y llegar a ser jefes sin mancharse de mierda las manos, ni mojarse los pies como él.

No; si Haraldsson hubiera podido decidir, habría tratado todo el asunto de una manera del todo distinta. Sí, de acuerdo, el chico no estaba en casa desde el viernes y, según el reglamento, era correcto ampliar el área de búsqueda, sobre todo teniendo en cuenta que un informante había visto «actividad nocturna» y «luz en el bosque» en la zona de Listakärr durante el fin de semana. Pero Haraldsson sabía por experiencia que toda la operación era un trabajo inútil. El chico seguramente estaría en Estocolmo,

partiéndose de risa de la preocupación de su madre. Tenía dieciséis años. Los chicos de su edad hacen esas cosas. Se ríen de sus madres.

Hanser.

Cuanto más se mojaba Haraldsson, más la odiaba. Era lo peor que había podido pasarle. Joven, atractiva, con éxito e interesada en la política. Una digna representante de la nueva policía moderna.

Se le había atravesado en el camino. Desde que había convocado su primera reunión en la comisaría de Västerås, Haraldsson había comprendido que su carrera entraba en punto muerto. Él quería el cargo, pero se lo habían dado a ella. Sería la jefa durante al menos cinco años. Cinco años de espera para él. Su imparable ascenso quedaba truncado. Poco a poco, su carrera había empezado a estancarse, en lugar de subir, y tenía la sensación de que en cualquier momento empezaría a bajar. Era casi simbólico encontrarse metido hasta las rodillas en el fango maloliente, en un bosque perdido a treinta o cuarenta kilómetros de Västerås.

HOY, ALMUERZO CON MIMOS, rezaba en letras mayúsculas el mensaje de texto que recibió esa mañana. Significaba que Jenny volvería a casa durante la pausa del almuerzo y querría acostarse con él. Y por la noche volverían a hacerlo un par de veces más. Así era su vida desde hacía un tiempo. Jenny seguía un tratamiento de fertilidad y, con ayuda del médico, había preparado una estrategia para optimizar las probabilidades de fecundación. Estaban en uno de los días más favorables, de ahí el mensaje de texto. Haraldsson tenía sentimientos contradictorios al respecto. Por un lado, reconocía que su actividad sexual había aumentado más de un ciento por ciento en los últimos tiempos y que Jenny siempre estaba receptiva. Pero, por otro, no podía eludir la sensación de que en realidad su mujer no lo deseaba a él, sino a su esperma. De no ser porque estaba ansiosa por quedarse embarazada, jamás se le habría ocurrido volver a casa a la hora del almuerzo para echar un polvo rápido. Haraldsson se sentía un poco como si viviera en una granja de sementales. En cuanto un óvulo iniciaba su marcha hacia el útero, tenían que comportarse como conejos. También lo hacían entre ovulación y ovulación —había que reconocerlo—, pero sólo para asegurarse, y no por el placer, como antes, ni por sentir que estaban juntos y se querían. ¿Qué había sido de la pasión? ¿Qué pasaba con el deseo? Y ahora ella llegaría a casa a la hora del almuerzo y se la encontraría vacía. La próxima vez le preguntaría si quería que se hiciera una paja antes de salir, para dejarle el semen en un frasco en la nevera. Lo peor era que no estaba seguro de que a Jenny le pareciera una mala idea.

Todo había empezado el sábado.

La centralita de emergencias le había pasado la llamada a la policía de Västerås hacia las tres de la tarde. Una madre quería denunciar la desaparición de su hijo de dieciséis años. Tratándose de un menor, al caso le habían asignado prioridad máxima, tal como indicaba el reglamento.

Lo malo era que el caso prioritario se había quedado acumulando polvo sobre una mesa hasta el domingo, cuando una patrulla recibió la orden de investigar. Para empezar, hacia las cuatro de la tarde dos agentes uniformados visitaron a la madre del chico desaparecido. Le tomaron declaración una vez más y, antes de irse a casa, por la noche, registraron la denuncia. Nadie tomó ninguna medida más, aparte de asentar escrupulosamente dos denuncias idénticas de la misma desaparición, ambas marcadas con el sello de máxima prioridad.

El lunes por la mañana a primera hora, cuando Roger Eriksson llevaba cincuenta y ocho horas desaparecido, el oficial al mando observó que nadie se había ocupado del caso. Por desgracia, la reunión sindical acerca de los nuevos uniformes que había propuesto la dirección de la Policía Nacional se prolongó más de lo previsto, de modo que el postergado caso llegó a manos de Haraldsson el lunes después de comer. Cuando vio la fecha de entrada, agradeció a su suerte que la patrulla hubiera visitado a Lena Eriksson el domingo por la tarde. Desde entonces nadie había hecho nada, excepto redactar un informe, pero no era necesario que la madre del chico lo supiera. No, la maquinaria policial se había puesto en marcha con toda seriedad el domingo, pero aún no había obtenido ningún resultado. Era la versión que Haraldsson pensaba defender.

Consciente de que necesitaría más información antes de ir a hablar con Lena Eriksson, llamó por teléfono a la novia del chico, Lisa Hansson, pero le dijeron que aún no había vuelto del colegio.

Buscó en el archivo los nombres de Lena Eriksson y de su hijo Roger, y encontró un par de denuncias contra el chico por pequeños hurtos en comercios. La última era de un año antes, por lo que parecía difícil relacionarla con la desaparición. Sobre la madre no había nada.

Haraldsson llamó al ayuntamiento y averiguó que Roger estaba matriculado en el Instituto de Bachillerato Palmlövskå.

«Mala cosa», pensó Haraldsson.

El Palmlövskå era un colegio concertado, con algunos alumnos en régimen de internado. Figuraba entre los mejores del país en cuanto a resultados académicos. Sus alumnos eran chicos talentosos y motivados para el estudio, con padres ricos y muy bien relacionados. Probablemente buscarían un culpable de que la investigación no se

hubiera puesto en marcha de inmediato, y entonces daría muy mala impresión que la policía no hubiera llegado a ninguna conclusión en tres días. Haraldsson decidió desentenderse de todo lo demás. Su carrera estaba estancada por completo y habría sido una estupidez correr más riesgos.

Así que trabajó con intensidad en ese caso durante toda la tarde. Visitó el Palmlövska. El director, Ragnar Groth, y la tutora de Roger Eriksson, Beatrice Strand, expresaron su profunda preocupación y su desconcierto al enterarse de la desaparición de un estudiante, pero no le ofrecieron ninguna ayuda. Hasta donde ellos sabían, no había ocurrido nada extraño. Roger se había comportado como de costumbre y había acudido al colegio con normalidad. El viernes por la tarde había tenido un examen importante de lengua y sus compañeros lo habían visto salir contento de la prueba.

Después, Haraldsson consiguió hablar con Lisa Hansson, la última persona que vio a Roger el viernes por la noche. Estaba en su mismo curso, pero en una clase diferente. Haraldsson pidió que se la señalaran en la cafetería del colegio. Era guapa, con una belleza bastante corriente. Tenía el pelo rubio y liso, y se apartaba el flequillo de la cara con una simple horquilla. Ojos azules, sin maquillaje. Blusa blanca cerrada casi hasta el último botón, con un chaleco encima. En cuanto se sentó frente a ella, Haraldsson pensó en las mujeres de las Iglesias evangélicas, y en la niña de «La piedra blanca», una serie de televisión que veía cuando era pequeño. Le preguntó si le apetecía algo de la cafetería y ella negó con la cabeza.

—Háblame del viernes, cuando Roger estuvo en tu casa.

Lisa lo miró y se encogió de hombros.

—Llegó sobre las cinco y media. Estuvimos viendo la tele en mi habitación y después se fue a su casa, en torno a las diez. O al menos fue lo que dijo.

Haraldsson asintió. Cuatro horas y media en su habitación. Dos chicos de dieciséis años. Viendo la tele. Y pretendía que se lo creyera. ¿O tal vez estaría él influenciado por las circunstancias? ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba la noche viendo la tele con Jenny, sin echar un polvo rápido durante los anuncios? Meses.

—¿Ocurrió algo más? ¿Discutisteis? ¿Tuvisteis algún desacuerdo o algo parecido?

Lisa dijo que no con la cabeza y se puso a mordisquearse la uña casi inexistente del pulgar. Haraldsson observó que tenía la cutícula infectada.

—¿Ya había desaparecido alguna vez?

Lisa volvió a negar con la cabeza.

—No, que yo sepa, pero no hace mucho que estamos juntos. ¿No ha hablado con su madre?

Por un momento Haraldsson pensó que lo estaba acusando, pero enseguida se dio cuenta de que no era así, claro que no. Toda la culpa era de Hanser, que lo hacía dudar de sí mismo.

—La interrogaron otros agentes, pero tenemos que hablar con todos, para hacernos una idea de conjunto.

Haraldsson se aclaró la garganta y preguntó por la relación de Roger con su madre. ¿Algún problema entre ellos?

Lisa volvió a encogerse de hombros. Haraldsson pensó que la chiquilla tenía un registro bastante limitado: no sabía más que negar con la cabeza y encogerse de hombros.

—¿Discutían?

—Sí, a veces. A ella no le gustaba el colegio.

—¿Este colegio?

Lisa asintió.

—Lo encontraba esnob.

«En eso tiene toda la razón», pensó Haraldsson.

—¿El padre de Roger vive aquí en la ciudad?

—No sé dónde vive. Tampoco sé si lo sabe Roger. Nunca habla de su padre.

Haraldsson tomó nota. Un dato interesante. Quizá el hijo se había marchado en busca de sus raíces, al encuentro de un padre ausente. Tal vez se lo había ocultado a su madre. Cosas más raras se han visto.

—¿Qué cree que le puede haber pasado?

La pregunta interrumpió los pensamientos de Haraldsson. Miró a Lisa y notó por primera vez que la chica estaba a punto de llorar.

—No sé. Probablemente aparecerá. Es posible que esté pasando una temporada en Estocolmo o algo parecido. Un poco de aventura, ya sabes.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Haraldsson reparó en su sincera expresión de perplejidad, con la uña carcomida y sin pintar, entre los labios sin maquillaje. No, la señorita Iglesia evangélica no entendía la razón, pero Haraldsson estaba cada vez más seguro de que la desaparición era en realidad una fuga.

—A veces se nos ocurren ideas raras que en el momento nos parecen buenas. Seguramente aparecerá, ya lo verás.

Haraldsson sonrió con la intención de parecer convincente e infundir confianza, pero se dio cuenta, por la expresión de Lisa, de que no lo había conseguido.

—Te lo prometo —añadió.

Antes de irse, le pidió que le hiciera una lista con los nombres de los compañeros de Roger y de sus mejores amigos. Después de pensar un buen rato, la chica se puso a escribir y le entregó el papel. Había solamente dos nombres: Johan Strand y Erik Heverin.

«Un chico solitario —pensó Haraldsson—. Los chicos solitarios se escapan de casa».

Cuando el agente se metió en su coche ese lunes por la tarde, estaba muy satisfecho con su jornada de trabajo, aunque la conversación con Johan Strand no le había aportado nada nuevo. La última vez que Johan había visto a Roger había sido el viernes, al salir del colegio. Lo único que sabía era que su amigo pensaba ir a casa de Lisa y no tenía la menor idea de adónde había podido ir después. Erik Heverin, por su parte, estaba disfrutando de unas larguísimas vacaciones. Seis meses en Florida. Ya llevaba siete semanas fuera. Su madre había conseguido trabajo en una empresa de consultoría en Estados Unidos, y toda la familia se había ido con ella.

«¡Qué bien viven algunos!», pensó Haraldsson intentando recordar a qué lugares exóticos lo había llevado su trabajo. Lo único que le vino a la memoria, así de pronto, fue un seminario en Riga, donde había pasado la mayor parte del tiempo encerrado en la habitación, con gastroenteritis. Lo más irritante había sido oír cómo se divertían sus colegas mientras él se pasaba el día entero con la vista fija en un cubo de plástico azul.

De todos modos, Haraldsson estaba muy satisfecho. Había seguido varias pistas y, lo más importante, había descubierto un posible conflicto entre madre e hijo que apuntaba a que el asunto pronto dejaría de ser un caso policial. ¿Acaso no había dicho la madre, en la denuncia, que su hijo se había «marchado de casa»? Sí, eso mismo había dicho. Haraldsson recordaba que la expresión le había llamado la atención al escuchar la conversación grabada. La mujer no había dicho que su hijo se había «ido», ni que había «desaparecido», sino que se había «marchado de casa». ¿No significaba eso que se había largado en un arrebató de ira? Un portazo y una madre resignada. Haraldsson estaba cada vez más seguro. El chico tenía que estar en Estocolmo, ampliando horizontes.

Pero, para asegurarse, decidió darse una vuelta por el barrio de Lisa y llamar a algunas puertas. El plan era dejarse ver un poco, para que unas cuantas personas pudieran reconocerlo en un futuro, cuando empezaran a preguntar por el desarrollo de la investigación. Hasta era posible que alguien hubiera visto a Roger mientras este se dirigía al centro o a la estación de trenes. Después iría a hablar otra vez con la madre, para hacerle admitir que discutía con su hijo. «Un buen plan», reconoció para sí, y puso en marcha el vehículo. Entonces sonó el teléfono. Echó un rápido vistazo a la

pantalla y sintió un leve escalofrío. Era Hanser.

—¿Qué carajo querrá ahora? —murmuró Haraldsson mientras apagaba otra vez el motor.

¿Qué podía hacer? ¿Rechazar la llamada? No le desagradaba la idea, pero era posible que el chico hubiera aparecido y que Hanser se lo quisiera comunicar. Tal vez sólo quería decirle que había estado en lo cierto desde el principio. Cogió la llamada.

La conversación duró apenas dieciocho segundos y consistió en cuatro palabras por parte de Hanser.

—¿Dónde estás? —fueron las dos primeras.

—En el coche —respondió Haraldsson con absoluta veracidad—. Acabo de hablar con los profesores y con la novia del chico, en el colegio.

Para su enorme disgusto, Haraldsson notó que su actitud era defensiva, y su tono, sumiso. La voz le salía más aguda que de costumbre. ¡Mierda! ¿Por qué? ¡Si había hecho todo lo que tenía que hacer!

—Ven enseguida.

Haraldsson habría querido explicarle adónde pensaba ir y preguntarle qué asunto tan importante lo reclamaba, pero no tuvo tiempo de decir nada porque Hanser le colgó. La muy perra. Volvió a poner en marcha el coche, dio media vuelta y puso rumbo a la comisaría.

Allí lo esperaba Hanser. Sus ojos fríos. Su melena rubia casi demasiado perfecta. Su ropa favorecedora y seguramente cara. Acababa de recibir una llamada de Lena Eriksson, alterada, que quería saber qué estaba pasando, y ahora Hanser se veía obligada a repetir la misma pregunta. ¿Qué estaba pasando?

Haraldsson le hizo un rápido resumen de sus actividades de la tarde, en el que logró intercalar un total de cuatro veces que a él le habían asignado el caso ese mismo día después del almuerzo. Si la jefa quería quejarse a alguien, tendría que buscar a los responsables de las guardias del fin de semana.

—Es lo que pienso hacer —dijo ella con calma—. Pero ¿por qué no me informaste si te pareció que el caso estaba descuidado? Este tipo de cosas son precisamente las que necesito saber.

Haraldsson notó que la situación estaba tomando un giro desagradable. Recurrió a las excusas.

—Son cosas que pasan. No puedo ir corriendo a buscarte cada vez que la maquinaria se atasca un poco. Tienes cosas más importantes que hacer.

—¿Más importantes que asegurarme de que vamos a investigar cuanto antes la desaparición de un chico?

Hanser lo miraba con expresión severa, pero Haraldsson guardó silencio. Nada le estaba saliendo como había planeado. Ni remotamente.

Eso había sido el lunes. Ahora estaba en Listakärr, con los calcetines mojados. Hanser había sacado la artillería pesada, había llamado a todas las puertas y había organizado batidas con grupos cada vez más numerosos, sin ningún resultado hasta ese momento. La víspera, Haraldsson se había encontrado en la comisaría con el jefe provincial y le había dejado caer, en tono desenfadado, que la operación no iba a salirles precisamente barata. Había muchos hombres trabajando muchas horas al día para localizar a un chiquillo que con toda probabilidad se estaría divirtiendo en la gran ciudad. Haraldsson no había logrado interpretar del todo la reacción de su superior, pero, cuando Roger volviera de su pequeña excursión, entonces el jefe se acordaría de lo que le había dicho y se daría cuenta de que Hanser derrochaba el dinero. La sola idea le arrancó a Haraldsson una sonrisa. El reglamento era una cosa, y la intuición policial, otra muy distinta. Esas cosas no se aprendían.

Haraldsson se detuvo a medio camino del montículo. Se le había vuelto a hundir un pie en el barro, esta vez bien adentro. Consiguió sacar el pie, pero el zapato se le quedó atrapado en el fango. Apenas tuvo tiempo de ver cómo se cerraba con avidez el lodazal en torno a su zapato negro del número 43 mientras el calcetín absorbía un poco más de agua fría.

Fue la gota que colmó el vaso.

Estaba harto.

No podía más.

Se arrodilló para meter la mano en el barro y extraer el zapato. Después pensaba irse a casa. Los demás podían seguir adelante con su jodida búsqueda. Él tenía una mujer que fecundar.

Un taxi y trescientas ochenta coronas después, Sebastian se encontró frente al portal de su apartamento de Grev Maningatan, en la zona de Östermalm. Hacía tiempo que quería desprenderse de ese piso. Era caro, lujoso y parecía hecho a medida para un escritor y conferenciante de éxito, con formación académica y una amplia red de contactos. Todo lo que él ya no era. Pero la idea de tener que limpiar, empaquetar y ocuparse de tantos objetos acumulados a lo largo de los años lo abrumaba. Por eso había preferido cerrar gran parte del piso y utilizar solamente la cocina, la habitación de invitados y el baño pequeño. El resto permanecía intacto, a la espera de...

De lo que fuera.

Sebastian echó una mirada a su cama, que como siempre estaba sin hacer, pero se decantó por la ducha. Una ducha larga y caliente. La intimidad que había vivido esa noche ya era cosa del pasado. ¿Había hecho bien en marcharse tan deprisa? ¿Qué le habría dado esa mujer si se hubiera quedado unas horas más? Más sexo, sin duda. Y el desayuno. Zumo y tostadas. Pero ¿qué más? La despedida definitiva era inevitable. No había otro final posible. Por eso, era mejor no prolongar las cosas. Aun así, echaba de menos los momentos de proximidad que durante un breve paréntesis le habían levantado el ánimo. Volvía a sentirse pesado y vacío. ¿Cuántas horas había dormido esa noche? ¿Dos? ¿Dos y media? Se miró al espejo. Los ojos le parecieron más vidriosos que de costumbre y pensó que pronto tendría que hacer algo con el pelo. Tal vez raparse al cero. No, le recordaría demasiado a su aspecto de antes. Y antes no era ahora. Sin embargo, podía arreglarse la barba, cortarse el pelo e incluso hacerse unas mechas. Le sonrió a su imagen. Mostró su sonrisa más cautivadora. «Es increíble que funcione», pensó. De repente, se sintió tremendamente cansado. Había completado el giro en redondo. Otra vez el vacío. Miró el reloj. Quizá pudiera acostarse un rato, después de todo. Sabía que volvería a soñar lo mismo, pero estaba demasiado cansado para preocuparse. Conocía tanto al sueño, su compañero, que incluso lo echaba de menos las raras veces que conseguía dormir sin que lo despertara.

Al principio no había sido así. Tras sufrir varios meses el mismo tormento, estaba

tan cansado de despertarse sobresaltado, tan agotado por la permanente danza entre la angustia y el ahogo, entre la esperanza y la desesperación, que empezó a beber para conciliar el sueño. Después de todo, la bebida es el remedio número uno de los hombres blancos de mediana edad con formación universitaria y vida sentimental complicada. Durante un tiempo dejó de soñar, pero muy pronto su subconsciente encontró un atajo para eludir la barrera del alcohol, y entonces tuvo que beber más, o empezar a beber pronto, ya desde la tarde, para conseguir el mismo efecto. Al final, se dio cuenta de que había perdido la batalla y dejó la bebida de un día para otro.

Decidió resistir hasta que el dolor se le hiciera tolerable.

Avanzar a su ritmo.

Sanar.

No le sirvió de nada. Al cabo de un tiempo de despertarse continuamente a lo largo de la noche, empezó a medicarse, algo que se había prometido no hacer nunca. Pero no siempre se pueden cumplir las promesas —Sebastian lo sabía por experiencia—, sobre todo cuando uno se enfrenta a las grandes preguntas. En esos casos, hay que ser más flexible. Se puso en contacto con varios antiguos pacientes con pocos escrúpulos y desempolvó el bloc de recetas. El trato era sencillo. Mitad para ellos y mitad para él.

Las autoridades intervinieron, por supuesto; querían saber por qué de pronto se había puesto a recetar tantos fármacos. Pero Sebastian consiguió justificarlo con unas cuantas mentiras bien articuladas sobre la «reanudación de la actividad», la «fase intensiva inicial» y la «inestabilidad de los pacientes en la etapa introductoria». Aun así, incrementó un poco el número de pacientes, para que no se notara tanto lo que estaba haciendo.

Al principio, se inclinó por el Propaván, el Prozac y el Di-Gesic, pero los efectos eran de una brevedad irritante, por lo que empezó a investigar el Dolcontín y otros derivados de la morfina.

En realidad, las autoridades sanitarias eran el menor de sus problemas, como se vio más adelante. A ellas podía controlarlas. Bastante peores eran los efectos de su experimentación. El sueño que tanto lo atormentaba desapareció, desde luego. Pero también desaparecieron su apetito, su capacidad para dar conferencias y su impulso sexual, una experiencia tan nueva como aterradora para él.

Aun así, lo peor de todo era el aturdimiento crónico. Era como si ya no pudiera producir pensamientos completos. Se le interrumpían por la mitad. Con mucho esfuerzo, conseguía participar en una conversación sencilla sobre temas cotidianos, pero un debate o un razonamiento más complicados quedaban del todo fuera de su

alcance. En cuanto a análisis o conclusiones, le resultaban completamente imposibles.

Para Sebastian, cuya misma existencia reposaba sobre la idea de su intelecto, cuya autoimagen se basaba en la ilusión de una mente penetrante como un cuchillo, la experiencia fue terrible. Vivir una vida aletargada —inmune al dolor, sí, pero también a muchas cosas más, a la vida misma— y no volver a sentir su agudeza mental supusieron para él una frontera insuperable. Entonces supo que estaba obligado a elegir: la angustia, pero con la mente completa, o una vida adormecida y obtusa, con pensamientos a medio desarrollar. Comprendió que su situación sería tan aborrecible en un caso como en el otro, por lo que se decidió por la angustia y abandonó los fármacos, también de manera abrupta.

Desde entonces no había vuelto a beber ni a drogarse.

Ni siquiera tomaba medicinas para el dolor de cabeza.

Pero seguía teniendo el mismo sueño.

Todas las noches.

Se preguntó por qué se había puesto a pensar en todo eso mientras se miraba en el espejo del baño. ¿Por qué en ese momento? El sueño había sido su compañero durante muchos años. Lo había estudiado y analizado. Lo había discutido con su terapeuta. Lo había aceptado. Había aprendido a vivir con él.

Entonces, ¿por qué ahora?

«Es por Västerås —pensó mientras colgaba la toalla y salía desnudo del baño—. La culpa es de Västerås».

Västerås y su madre. Pero ese día iba a poner fin a ese capítulo de su vida.

Definitivamente.

Iba a ser un buen día.

Hacía tiempo que Joakim no pasaba un día tan bueno en el bosque, en las afueras de Listakärr, y mejoró todavía más cuando lo eligieron para ser uno de los tres chicos que recibirían instrucciones directas del policía, sobre qué tenían que hacer y hacia dónde tenían que caminar. La concentración de *scouts*, por lo general pequeña y aburrida, se había convertido de repente en una auténtica aventura. Mirando de soslayo al oficial que tenía delante y en particular a su pistola, Joakim decidió que de mayor quería ser policía. Con uniforme y pistola. Como los *scouts*, pero mucho mejor. Y ya podía ser mejor, porque, a decir verdad, la vida de los *scouts* no era precisamente lo más interesante del mundo, en opinión de Joakim. Ya no. Acababa de cumplir catorce años y la actividad de tiempo libre que practicaba desde los seis empezaba a perder atractivo para él. El encanto se había roto. La vida al aire libre, la

supervivencia, los animales, la naturaleza... No era que todas esas cosas le parecieran estúpidas, aunque los otros chicos de su clase lo creyeran. No; era sólo que lo tenía superado. Al principio había sido muy divertido, sí, pero había llegado el momento de hacer otra cosa. Algo auténtico.

Quizá Tommy, su líder, se había dado cuenta.

Quizá por eso, cuando los policías y los militares llegaron a Listakärr, se había acercado a ellos y les había preguntado qué ocurría.

Tal vez por eso les había ofrecido sus servicios y los del grupo.

Fuera cual fuese la razón, el oficial, que se llamaba Haraldsson, se lo había pensado un poco y, tras un momento de duda, había llegado a la conclusión de que tener nueve pares de ojos más en el bosque no haría ningún daño. Podía asignarles un pequeño sector para ellos solos. Le había pedido a Tommy que los dividiera en grupos de tres, que nombrara un jefe para cada grupo y que le enviara a los responsables para indicarles lo que tenían que hacer. A Joakim le tocó la lotería. Lo asignaron al grupo de Emma y Alice, las dos chicas más guapas, y lo eligieron jefe.

Ahora iba de regreso, para reunirse con las chicas, que lo estaban esperando. Haraldsson le había parecido enérgico y poco hablador, lo mismo que los policías de todas las películas de Martin Beck. Joakim se sentía tremendamente importante. Ya le parecía estar viendo lo que iba a suceder durante el resto de ese día fantástico. Encontraría al chico desaparecido, herido de gravedad. El chico lo miraría con un gesto suplicante, como sólo un moribundo puede hacerlo. Estaría tan débil que no podría hablar, pero su mirada lo diría todo. Joakim lo levantaría del suelo, se lo cargaría a la espalda y lo llevaría con los demás, de la manera más espectacular y dramática posible. Cuando lo vieran, le sonreirían, lo aplaudirían, lo felicitarían y todo sería jodidamente perfecto.

Una vez de regreso, Joakim se puso a organizar su grupo, con Emma a su izquierda y Alice a su derecha. Haraldsson le había dado órdenes estrictas de mantener unida la cadena, y Joakim, con seriedad, miró a las chicas y les transmitió que era muy importante permanecer juntos. Era lo esencial en ese momento. Al cabo de un rato, que a todos les pareció una eternidad, Haraldsson les hizo una señal y la batida por fin pudo empezar.

Joakim comprendió enseguida que no era fácil mantener unida la cadena, aunque sólo estuviera formada por tres grupos de tres personas cada uno, sobre todo cuando empezaron a adentrarse en el bosque y el terreno cenagoso los obligó a apartarse con frecuencia del recorrido preestablecido. Uno de los grupos se fue rezagando, pero el otro no quiso reducir la velocidad y no tardó en desaparecer detrás de las colinas. Era

justo lo que les había advertido Haraldsson, y eso no hizo más que aumentar la admiración de Joakim por el policía, que parecía saberlo todo. Con una sonrisa, Joakim les repitió a las chicas las últimas palabras de Haraldsson.

—Si encontráis algo, gritad: «¡Aquí está!».

Emma asintió irritada.

—Ya nos lo has dicho por lo menos mil veces.

Joakim no se dejó abatir por la respuesta. El sol lo deslumbró, pero siguió avanzando, concentrado en mantener la dirección y las distancias, aunque cada vez le resultaba más difícil. Además, había perdido de vista al grupo de Lasse, que hacía apenas un momento estaba a su izquierda.

Al cabo de media hora, Emma quiso descansar. Joakim intentó hacerle entender que no era posible, porque entonces se retrasarían y perderían a los otros.

—¿Qué otros?

Alice lo miró con una sonrisa irónica y Joakim comprendió que llevaban un buen rato sin ver a nadie.

—Creo que los oigo por ahí detrás.

Guardaron silencio y aguzaron un poco más el oído. Ruidos muy lejanos. Algunos gritos.

—No; será mejor que sigamos avanzando —dijo Joakim, aunque en el fondo sabía que era probable que Alice tuviera razón. Habían caminado demasiado deprisa. O en la dirección equivocada.

—Entonces, tendrás que seguir tú solo —replicó Emma, mirándolo enfadada.

Joakim sintió por un instante que estaba a punto de perder el control del grupo y temió que Emma se marchara. ¡Precisamente ella, que durante los últimos treinta minutos lo había mirado varias veces con ojos tiernos! Joakim empezó a sudar y no sólo porque hiciera demasiado calor para llevar ropa interior térmica. ¿No se daba cuenta Emma de que había hecho correr al grupo sólo para impresionarla? ¡Y ahora se comportaba como si él tuviera la culpa!

—¿Tienes hambre?

La pregunta de Alice interrumpió sus reflexiones. La niña acababa de sacar de la mochila unos rollitos de pan de molde rellenos.

—No —respondió él con cierta precipitación, antes de darse cuenta de que sí estaba hambriento.

Se adelantó un poco y subió a una colina, para fingir que tenía un plan. Emma aceptó encantada uno de los rollitos y ni siquiera prestó atención al intento de Joakim de parecer importante. Entonces, él comprendió que debería cambiar de táctica. Hizo

una inspiración profunda y dejó que el aire fresco del bosque le inundara los pulmones. Se había nublado el cielo, el sol había desaparecido, y con él la promesa de un día perfecto. Joakim volvió con las chicas, decidido a parecer más flexible.

—Te acepto un rollito de esos si todavía te queda alguno —dijo, con tanta amabilidad como pudo.

—Sí, claro —respondió Alice y rescató del fondo de la mochila un rollo de pan aplastado. Le sonrió y Joakim comprendió que el cambio de táctica había sido un acierto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Emma, sacando del bolsillo un pequeño plano del lugar.

Los tres se agruparon en torno al plano e intentaron determinar su ubicación. No era fácil, porque el terreno carecía de puntos de referencia. No había más que colinas, bosque y ciénagas. Pero conocían el punto de partida y sabían más o menos en qué dirección se habían desplazado.

—Hemos andado casi todo el tiempo hacia el norte, así que debemos de estar por esta zona —sugirió Emma.

Joakim asintió impresionado. ¡Qué lista era Emma!

—¿Queréis seguir o esperamos a los demás? —preguntó Alice.

—Yo digo que sigamos —respondió Joakim de inmediato, pero enseguida añadió —: A menos que vosotras queráis esperar.

Miró a las chicas: Emma, de ojos azul celeste y expresión dulce, y Alice, de rasgos un poco más angulosos. Eran ultraguapas las dos, y de pronto se sorprendió deseando que le propusieran esperar a los demás. Y que los demás tardaran mucho muchísimo tiempo.

—Quizá sea mejor seguir. Si es cierto que estamos aquí, entonces no nos falta mucho para llegar al punto de reunión —dijo Emma, señalando el mapa.

—Sí, aunque también es cierto lo que decíais antes. Los otros vienen detrás y tal vez convendría esperarlos —intentó Joakim.

—¡Ah, pero yo pensaba que querías ganarlos! ¡Corrías como si te vinieran persiguiendo! —comentó Alice y las dos chicas se echaron a reír.

Joakim analizó un instante sus propios sentimientos y se dio cuenta de que era muy agradable reírse con dos chicas guapas. Siguiendo la broma, le dio un empujón a Alice.

—¡Tú tampoco te has quedado atrás!

Empezaron a perseguirse entre risas, pasando entre charcos y lagunas. Al principio corrían sin propósito, pero, desde que Emma resbaló en uno de los charcos,

empezaron a mojarse entre ellos. Agradecieron este cambio, después de lo aburrida que había sido la batida; era justo lo que Joakim necesitaba. Echó a correr detrás de Emma y consiguió cogerla por un brazo durante un instante. Ella se soltó y trató de apretar el paso para alejarse de él, pero con el pie izquierdo topó con una raíz que sobresalía del suelo y perdió el equilibrio. Por un segundo, pareció como si fuera a mantenerse en pie, pero el fango era resbaladizo alrededor de la laguna y acabó metida en el agua hasta la cintura. Joakim soltó una carcajada, pero Emma gritó. Él se puso serio y fue hacia ella. Emma no paraba de gritar. Joakim se extrañó, porque tampoco era para tanto. Solamente era un poco de agua. Entonces vio el cuerpo pálido que sobresalía de la superficie, justo delante de la chica. Era como si hubiera estado sumergido, acechando a la espera de una víctima. La inocencia y los juegos infantiles quedaron olvidados y en su lugar no hubo más que vértigo y pánico. Emma vomitó, Alice rompió a llorar. Joakim se quedó parado, congelado en el tiempo, mirando con fijeza la imagen que lo perseguiría el resto de su vida.

Haraldsson estaba tumbado en la cama, medio dormido. Jenny yacía a su lado, con las plantas de los pies apoyadas en el colchón y un cojín debajo del trasero. Había querido que fuera breve.

—Mejor despacharlo rápido, para tener tiempo de hacerlo otra vez antes de que me vaya.

«Despacharlo rápido». ¿Habría otra expresión tan capaz de apagarle el ardor a cualquiera? Haraldsson lo dudaba. Pero sí, lo habían despachado rápido, y ahora Haraldsson estaba dormitando. A lo lejos sonaba algo de ABBA. La canción *Ring, ring*.

—Es tu teléfono.

Jenny le dio un codazo y Haraldsson se despertó, plenamente consciente de que en ese momento no debería estar en la cama con su mujer. Cogió los pantalones del suelo y sacó el móvil de un bolsillo. Claro, no podía ser nadie más. Hanser. Hizo una inspiración profunda y contestó.

Esta vez fueron cinco las palabras de Hanser:

—¿Dónde cojones te has metido?

Hanser colgó el teléfono, ciega de ira. «Un esguince de tobillo». ¡Y una mierda un esguince! Tenía ganas de coger ella misma el coche para ir al hospital, o mandar a alguien, sólo para poner en evidencia a ese desgraciado. Pero no había tiempo. De repente, tenía entre manos un caso de asesinato. Y no le facilitaba precisamente las

cosas el hecho de que el responsable de la operación en Listakärr no estuviera sobre el terreno, ni menos aún que hubiera incluido en la exploración a un grupo de *scouts* menores de edad. Unos niños que ahora necesitarían atención psicológica, porque una de las chicas había resbalado, se había caído en una laguna y, al levantarse, había arrastrado un cadáver a la superficie.

Negó con la cabeza. Todo se había hecho mal en ese caso de desaparición. Absolutamente todo. Debían poner fin a la sucesión de errores y empezar a hacer las cosas bien. Tenían que actuar como profesionales. Miró el auricular del teléfono, que todavía tenía en la mano. Se le ocurrió una idea. Era un paso importante que tal vez muchos considerarían prematuro. Incluso podía socavar su liderazgo. Pero se había prometido no temer las decisiones incómodas. Demasiadas cosas en juego.

Un chico había muerto.

Lo habían asesinado.

Era el momento de trabajar con los mejores.

—Hay una llamada para ti —dijo Vanja, asomando la cabeza por la puerta del despacho de Torkel Höglund.

La oficina era como todo lo de Torkel: austera y sencilla. No había nada que destacara, nada que pareciera caro y sólo unos pocos toques personales. Con los muebles rescatados de algún almacén central, parecía más el despacho de un director de colegio de un pueblo con poco presupuesto que la oficina de una de las principales autoridades de la policía sueca. Algunos de sus colegas se asombraban de que el responsable nacional de la Unidad de Homicidios no quisiera presumir ante el mundo de haber llegado tan lejos. Otros suponían simplemente que el éxito no se le había subido a la cabeza. La realidad era más sencilla y menos noble. Torkel nunca tenía tiempo. El trabajo era exigente, no le daba tregua, y él no era el tipo de persona que dedica el tiempo libre a decorar un despacho, menos aún teniendo en cuenta que no lo disfrutaba casi nunca.

—De Västerås —prosiguió Vanja, sentándose frente a él—. Es por el chico de dieciséis años que encontraron muerto.

Torkel notó que Vanja se acomodaba en el asiento. Era evidente que no iba a poder atender la llamada a solas. Hizo un gesto afirmativo y levantó el auricular. Desde su segundo divorcio, tenía la impresión de que sólo lo llamaban para anunciarle alguna muerte repentina. Hacía más de tres años que nadie le telefoneaba para preguntarle si iría a casa a comer, o para decirle alguna otra trivialidad igual de agradable.

Reconoció el nombre: Kerstin Hanser, jefa de la policía de Västerås. La había conocido unos años atrás, en un curso de formación. En aquel momento le había parecido una persona valiosa, con aptitud para el mando, y recordaba que se había alegrado cuando se enteró de su nuevo destino. Ahora su voz le sonó tensa.

—Necesito ayuda, he decidido solicitarla a la Unidad de Homicidios, y me gustaría que vinieras tú —la oyó decir Torkel—. ¿Te parece posible? —prosiguió ella casi suplicante.

Por un momento, Torkel pensó eludir la responsabilidad. Acababa de regresar de Linköping, donde había investigado con su equipo un caso bastante complicado. Pero enseguida comprendió que si Kerstin Hanser lo llamaba tenía que ser porque realmente precisaba su ayuda.

—Lo hemos hecho todo mal desde el principio y esto puede acabar descontrolándose. Necesito de verdad que me eches una mano —prosiguió ella, como si hubiera adivinado sus dudas.

—¿De qué se trata?

—Un chico de dieciséis años. Desapareció hace una semana y lo han hallado muerto. Brutalmente asesinado.

—Quizá podrías enviarme la documentación por correo electrónico, para que le eche un vistazo —replicó Torkel, y vio cómo Vanja se levantaba para coger el otro teléfono.

—Billy, ven al despacho de Torkel. Tenemos trabajo —dijo esta.

Era como si conociera de antemano su respuesta. Siempre pasaba lo mismo. Para él era motivo de orgullo y a la vez de cierta irritación. Vanja Lithner era su mejor aliada en el equipo. A pesar de su juventud —acababa de cumplir treinta años—, se había convertido en una agente de policía hecha y derecha en los dos años que llevaba trabajando con él. Era tan buena que hasta le daba rabia. Era el tipo de policía que al propio Torkel le hubiera gustado ser a su edad. Cuando terminó de hablar con Kerstin Hanser, le sonrió.

—Me parece que aquí el jefe sigo siendo yo, ¿no? —dijo.

—Ya lo sé, pero he pensado que podía reunir al equipo, por si quieres preguntarnos nuestros puntos de vista. Después decidirás tú, como siempre —replicó ella, con un brillo en la mirada.

—Sí, claro, como si yo pudiera decidir cuando tú ya le has hincado el diente a un caso —respondió él mientras se ponía de pie—. Ya podemos hacer las maletas. Nos vamos a Västerås.

Billy Rosén iba al volante del monovolumen, por la E-18. Demasiado deprisa, como era su costumbre. Hacía tiempo que Torkel había renunciado a criticarlo. Estaba concentrado en el material relacionado con Roger Eriksson, la víctima. El informe era más bien corto e insuficiente, y su autor, un tal Thomas Haraldsson, no parecía excesivamente preocupado por no dejar cabos sueltos. Tendrían que empezar de nuevo, desde el principio. Torkel sabía que estaban ante el tipo de caso que atrae como un imán a la prensa sensacionalista. En ese sentido, no ayudaba mucho que el primer reconocimiento en el lugar del hallazgo apuntara a un episodio de violencia extrema, con incontables heridas de arma blanca en el corazón y los pulmones de la víctima. Pero eso no preocupaba tanto a Torkel como la breve frase que cerraba el primer informe del forense, realizado en el lugar donde había aparecido el cadáver.

«El reconocimiento preliminar revela la ausencia de la mayor parte del corazón del occiso». Torkel se puso a mirar por la ventanilla los árboles que iban quedando atrás. Le habían arrancado el corazón. Por el bien de todos, Torkel deseó que el chico no fuera un fanático del *rock* duro, ni un jugador empedernido de *World of Warcraft*, porque entonces las especulaciones de la prensa podían llegar a ser demenciales.

Más incluso que de costumbre.

Vanja levantó la vista de su carpeta. Seguramente ella también se habría fijado en la misma frase.

—Oye, podríamos llamar a Ursula, para que ella también venga —dijo, adivinando como siempre los pensamientos de Torkel.

Torkel hizo un breve gesto afirmativo, y Billy echó una rápida mirada hacia atrás.

—¿Tenemos la dirección del sitio adonde vamos?

Torkel se la dio y Billy la introdujo a toda prisa en el GPS. A Torkel no le gustaba que Billy se distrajera con esas cosas mientras conducía, pero al menos había reducido la velocidad. Ya era algo.

—Nos falta una media hora. —Billy pisó una vez más el acelerador y obtuvo del voluminoso vehículo una respuesta inmediata—. Pero podemos llegar dentro de veinte minutos si no hay mucho tráfico.

—Media hora está bien. Me mareo cuando superamos la barrera del sonido.

Billy sabía lo que opinaba Torkel de su manera de conducir, pero se limitó a sonreírle por el retrovisor. La carretera era buena, el coche también y había un experto conductor al volante. ¿Por qué no sacarle el máximo partido?

Volvió a acelerar.

Torkel cogió el teléfono y marcó el número de Ursula.

El tren salió de la estación central de Estocolmo a las 16.07. Sebastian se acomodó en su asiento de primera clase, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos mientras la ciudad quedaba atrás.

Antes nunca había podido mantenerse despierto en un tren. Pero ahora no conseguía encontrar la calma necesaria para dormir, aunque sentía que el cuerpo le habría agradecido una hora de sueño.

En lugar de intentarlo, sacó la carta de la funeraria, la abrió y la leyó. Ya sabía lo que decía. Una de las antiguas colegas de la madre de Sebastian lo había llamado para anunciarle la muerte de esta. Una muerte tranquila y digna, le había dicho. Tranquila y digna, como la vida de su madre. No había nada positivo en esa última observación, o en todo caso no lo había si la formulaba Sebastian Bergman. Para él, la vida era una batalla desde el primer instante hasta el último. Las personas tranquilas y dignas no le interesaban. Eran aburridas y estaban muertas. Vivían con un pie en la tumba. Aunque ahora ya no estaba tan seguro. ¿Cómo habría sido su vida si hubiera sido una persona tranquila y digna?

Mejor, probablemente.

Menos dolorosa.

En cualquier caso, Stefan Hammarström, su psicoterapeuta, estaba tratando de convencerlo de que era así. Lo habían hablado en una de las últimas sesiones, cuando Sebastian le había mencionado que su madre había fallecido.

—¿Cuál es el riesgo de ser como los demás? —le había preguntado Stefan, después de oír lo que opinaba Sebastian de la gente tranquila y digna.

—Un riesgo enorme —había respondido él—. Un riesgo mortal.

Después, habían hablado durante casi una hora acerca de la predisposición genética de algunas personas al peligro. Era un tema que Sebastian encontraba fascinante.

Sabía que el riesgo era una gran fuerza impulsora, en parte por experiencia propia y en parte por su investigación sobre los asesinos en serie. Le explicó a su terapeuta que para un asesino en serie hay sólo dos estímulos: la fantasía y el riesgo. La fantasía

es el motor que funciona constantemente, siempre listo, pero en punto muerto.

La mayoría de la gente tiene fantasías que pueden ser sexuales, tenebrosas, violentas, de reafirmación del propio yo o de aniquilación de todo aquel que se interponga en su camino. En las fantasías somos poderosos. Pero muy pocos las hacen realidad. Esos pocos han encontrado la clave.

La clave es el riesgo.

El riesgo de ser descubierto.

De atreverse a hacer lo innombrable.

La adrenalina y las endorfinas que se liberan de forma instantánea son el turbo, el combustible, la explosión que hace funcionar el motor al máximo de su capacidad. El riesgo es lo que impulsa a los amantes de las emociones fuertes a buscar nuevos estímulos, y la causa de que los asesinos en serie se conviertan en lo que son. No es fácil volver al punto muerto después de haber pisado a fondo el acelerador, de haber sentido el poder, de descubrir lo que nos impulsa a vivir. El riesgo.

—¿Realmente has querido decir «riesgo», o estás hablando más bien de la excitación? —preguntó Stefan, inclinándose hacia delante, cuando Sebastian terminó de exponer su punto de vista.

—¿Por qué? ¿Estamos en clase de lengua?

—No, pero tú me estás dando una conferencia. —Stefan llenó un vaso de agua, de una jarra que tenía sobre la mesa, y se lo tendió a Sebastian—. Creía que cobrabas por dar conferencias, en lugar de pagar.

—Te pago para que me escuches. Para que escuches lo que yo quiera decir.

Stefan sonrió y negó con la cabeza.

—No, tú sabes bien por qué me pagas. Necesitas ayuda, y esas pequeñas digresiones nos quitan tiempo para hablar de lo que realmente deberíamos hablar.

Stefan no contestó. Ni siquiera se inmutó. Le gustaba Stefan. No se andaba con tonterías.

—Entonces, volviendo al tema de tu madre, ¿cuándo será el funeral?

—Ya ha pasado.

—¿Estuviste presente?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque pensé que la ceremonia debía ser para la gente que le tenía verdadero aprecio.

Stefan se lo quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—¿Lo ves? Tenemos mucho de que hablar.

Fuera del balanceo del vagón, el paisaje era muy hermoso. El tren avanzaba por los reverdecidos prados y los bosques del nordeste de Estocolmo, y entre los árboles se vislumbraba fugazmente el Mälaren en todo su esplendor. Otro pasajero se habría puesto a pensar quizá en las numerosas posibilidades que ofrece la vida, pero a Sebastian le pasaba justo lo contrario. No veía ninguna utilidad en la belleza que lo rodeaba. Levantó la vista y miró el techo. Había pasado la vida entera huyendo de sus progenitores: de su padre, con quien se había enfrentado desde la adolescencia, y de su madre, tranquila y digna, pero nunca de su parte. Nunca. O al menos así lo sentía él.

Por un instante se le llenaron los ojos de lágrimas. Era algo que había aprendido en los últimos años. A llorar. «Es curioso —pensó— que un hombre de mi edad tenga todavía por descubrir algo tan simple como las lágrimas».

Una reacción emotiva.

Irracional.

Todo lo que siempre había rechazado. Había vuelto a dedicarse a lo único que conocía que podía aliviarle el dolor: las mujeres. Otra promesa que había roto. Desde el instante en que conoció a Lily y decidió serle fiel, no se había apartado nunca del buen camino. Pero no conocía otro remedio contra el sueño desgarrador que lo visitaba cada noche, ni contra los días vacíos y sin sentido. La caza de nuevas conquistas y los breves momentos transcurridos en compañía de diferentes mujeres llenaban su vida, o al menos lograban desplazar fugazmente la sensación de impotencia. Como hombre, como amante, como ave de rapiña en constante cacería, se sentía capaz de funcionar. Era una capacidad que, a pesar de todo, había conservado. Se alegraba de que fuera así y a la vez tenía miedo. Miedo de no ser más que eso: un hombre solitario que llenaba su tiempo con la compañía de mujeres jóvenes o mayores, estudiantes o colegas, solteras o casadas. No discriminaba. Sólo tenía una regla: conquistarlas. Las necesitaba para sentir que no era un ser carente de todo valor, que estaba vivo. Sabía muy bien que su conducta era destructiva, pero la aceptaba y trataba de no pensar que algún día tendría que buscar una salida.

Empezó a mirar a su alrededor en el vagón. Más o menos la mitad de las plazas estaban ocupadas. Se fijó en una mujer morena, a cierta distancia. Unos cuarenta años, blusa gris azulada de aspecto caro y pendientes de oro. Pensó que no estaba del todo mal. Estaba leyendo un libro. Perfecto. Según su experiencia, las cuarentonas lectoras de libros eran un tres en la escala de dificultad. Dependía un poco de lo que

estuvieran leyendo, pero, aun así, nunca resultaban muy difíciles.

Se levantó y anduvo los pocos pasos que lo separaban de su presa.

—Voy al vagón restaurante. ¿Le traigo algo?

La mujer levantó la vista del libro e hizo una mueca. No estaba segura de que le estuviera hablando a ella. Pero se dio cuenta de que en efecto era así cuando encontró su mirada.

—No, gracias. Estoy bien así.

Y volvió a concentrarse en el libro, casi con énfasis.

—¿Segura? ¿Ni siquiera un café?

—No, gracias.

Esta vez no levantó la vista.

—¿Un té? ¿Un chocolate caliente?

La mujer cerró el libro de golpe y miró a Sebastian con cierta irritación. Él le dedicó la sonrisa que prácticamente tenía patentada.

—Ahora incluso se puede pedir vino, pero es un poco pronto para eso, ¿no?

La mujer no respondió.

—Se preguntará por qué he venido a hablarle —prosiguió Sebastian—. No he tenido más remedio. He considerado que era mi deber salvarla de ese libro. Lo he leído y sé lo que digo. Me lo agradecerá, ya lo verá.

La mujer levantó la vista y volvió a encontrar aquella mirada. Sebastian le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—Un café, gracias. Sin leche ni azúcar.

—Ahora mismo.

Otra vez una breve sonrisa, que se ensanchó cuando Sebastian siguió andando por el vagón. Quizá el viaje a Västerås no iba a ser tan malo después de todo.

La comisaría de Västerås hervía de actividad. Kerstin Hanser echó un vistazo rápido al reloj. Tenía que salir y Dios sabía que no quería. Habría podido enumerar por lo menos noventa y nueve cosas que preferiría hacer antes que ir a la morgue a encontrarse con Lena Eriksson, pero era su obligación. Aunque todos estaban completamente seguros de que el chico que habían hallado muerto era Roger Eriksson, la madre quería verlo. Hanser se lo desaconsejó, pero ella había insistido. Si no había ido antes, ese mismo día, era porque la madre lo había aplazado en dos ocasiones. Hanser no sabía por qué, ni tampoco le importaba. Le habría gustado que desistiera del todo, sobre todo si ella tenía que estar presente. Era la parte del trabajo que más aborrecía, y si era sincera, tampoco se desempeñaba demasiado bien cuando

llegaba el momento. Intentaba eludir la situación siempre que podía, pero era como si los demás pensaran que ella podía hacerlo mejor sólo por ser mujer. Creían que sabría encontrar las palabras y que los seres queridos de la persona fallecida se sentirían más cómodos con ella, porque era una mujer. Pero Hanser sabía que no era cierto. Nunca se le ocurría qué decir. Podía expresar sus más profundas condolencias, darle quizá un abrazo a la persona afectada y dejarla llorar sobre su hombro, facilitarle el número de un profesional que pudiera ayudarla y asegurarle una y mil veces que la policía iba a hacer todo cuanto estuviera a su alcance para apresar al causante de tanto dolor. Podía hacer todo eso, desde luego, pero la mayor parte del tiempo había que quedarse de pie, sin hacer ni decir nada. Y eso lo podía hacer cualquiera.

Ni siquiera recordaba quién de la policía los había acompañado cuando su marido y ella fueron a identificar a Niklas. Era un hombre, eso sí lo recordaba. Un hombre que simplemente se había quedado de pie, sin hacer ni decir nada.

En realidad, tenía la opción de enviar a otra persona. Y lo habría hecho si la investigación se hubiera desarrollado de otra manera. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no quería correr ningún riesgo. La prensa estaba por todas partes. Por lo visto, ya se habían enterado de que faltaba el corazón. Sólo era cuestión de tiempo que averiguaran que el chico había estado tres días desaparecido antes de que la policía empezara a buscarlo. Eso y también la historia de los *scouts* menores de edad y su experiencia traumática en medio del bosque, y el «esguince gravísimo» de Haraldsson. En esa investigación no había margen para cometer ningún error más, y ella se encargaría de que así fuera. Colaboraría con los mejores y, muy pronto, todo ese caso espantoso quedaría atrás. Era su plan.

Sonó el teléfono.

La llamaban desde la recepción.

Preguntaba por ella un equipo de la Unidad de Homicidios. Echó otro vistazo al reloj de pared. Habían llegado antes de lo esperado. Todo sucedía a la vez. Pensó que al menos tendría que salir a recibirlos. No podría escabullirse. Lena Eriksson tendría que esperar unos minutos. Se metió la blusa por dentro de los pantalones, cuadró los hombros y se dirigió a la escalera que conducía a la entrada. Se detuvo delante de la puerta cerrada que separaba la recepción del área interior de la comisaría y, a través del cristal, distinguió a Torkel Höglund, que deambulaba por la sala con las manos a la espalda. En el sofá verde junto a la ventana que daba a la calle, estaban sentados un hombre y una mujer, ambos más jóvenes que ella. Mientras pulsaba el botón que abría la puerta, pensó que serían miembros del equipo de Torkel. Cuando oyó el chasquido del cerrojo, el jefe de homicidios se dio la vuelta y sonrió al reconocerla.

De repente, Hanser no supo qué hacer. ¿Qué era lo más adecuado? ¿Un abrazo amistoso o un apretón de manos entre colegas? Habían coincidido en diferentes cursos, habían comido varias veces juntos y se habían cruzado unas cuantas veces en los pasillos. Pero no hizo falta que Hanser dudara mucho tiempo, porque Torkel fue hacia ella y le dio un abrazo de amigo. Después se volvió hacia los otros dos, que para entonces se estaban levantando del sofá, y se los presentó. Kerstin Hanser les dio la bienvenida.

—Lo siento, pero tengo un poco de prisa. Me esperan en la morgue.

—¿El chico?

—Sí.

Hanser se dirigió entonces al oficial de recepción.

—¿Dónde está Haraldsson?

—Debería estar viniendo hacia aquí. Lo llamé nada más hablar contigo.

Hanser asintió y volvió a mirar brevemente el reloj. No podía retrasarse demasiado. Echó un rápido vistazo a Vanja y a Billy, pero habló dirigiéndose a Torkel.

—Haraldsson se ha encargado de la investigación hasta ahora.

—Sí, ya vi su nombre en la documentación que nos mandaste.

Hanser se sobresaltó. ¿Había un leve tono despectivo en la voz de Torkel? En todo caso, no se le notó en la cara.

¿Dónde se habría metido Haraldsson esta vez? Justo cuando Hanser iba a sacar el móvil, volvió a sonar el chasquido de la puerta que ella misma había atravesado unos minutos antes, y el agente salió a la recepción, renqueando aparatosamente. Avanzaba con una lentitud exasperante, pero al final se reunió con ellos y saludó a los recién llegados.

—¿Qué te ha pasado en el pie? —le preguntó Torkel a Haraldsson, señalándole con la cabeza el pie derecho.

—Me hice un esguince durante la batida para buscar al muchacho. Por eso no estaba presente cuando lo encontraron.

Lo último lo dijo echando un rápido vistazo en dirección a Hanser. Ella no le creía y él lo sabía. Era importante que no se le olvidara cojear en los siguientes días. Porque imaginaba que ella no iría a preguntar nada al hospital, ¿o sí? Y, en caso de que fuera, ¿le revelarían si lo habían atendido o no? ¿No entraba eso en el ámbito del secreto profesional? Los jefes no podían obtener las historias clínicas de sus empleados, ¿o podían? Tendría que preguntarlo en el sindicato. Haraldsson estaba tan absorto en sus pensamientos que por un segundo desconectó de la conversación. De pronto se dio cuenta de que su jefa lo estaba mirando con expresión seria.

—Torkel y su equipo se encargarán a partir de ahora de la investigación.

—¿Y tú no?

Haraldsson parecía francamente sorprendido. No se lo esperaba. De repente tenía la impresión de que todo iba a arreglarse. El grupo de Torkel estaba formado por auténticos policías, policías como él. Era obvio que apreciarían su trabajo mucho más que la leguleya que tenía por jefa.

—No, yo seguiré siendo la máxima responsable, pero la Unidad de Homicidios se ocupará de los aspectos operativos de la investigación a partir de ahora.

—¿Conmigo?

Hanser suspiró entre dientes y rezó en silencio para que no se declarara una oleada de crímenes en Västerås, porque era evidente que no podrían hacerle frente.

Vanja intercambió con Billy una mirada divertida, pero Torkel escuchó toda la conversación sin mover un músculo. Humillar o menospreciar a la policía local era la peor manera posible de iniciar una colaboración. Torkel no era el tipo de persona que iba por ahí marcando territorio. Había mejores maneras de sacar el máximo partido de las cosas.

—No, los responsables de la investigación serán ellos. A ti te eximimos de esa tarea.

—Pero, por supuesto, esperamos poder contar con tu colaboración —intervino Torkel, mirando a Haraldsson con seriedad—. Tienes una perspectiva única del caso y puede resultarnos decisiva para finalizar con éxito.

Vanja miró a Torkel con admiración. Ella ya había colocado a Haraldsson en el cajón de los casos perdidos: un caso perdido que tendría una breve oportunidad de expresar su punto de vista, para luego quedar tan apartado de la investigación como fuera posible.

—Entonces ¿trabajaré con vosotros?

—Trabajarás *cerca* de nosotros.

—¿Cómo de cerca?

—Eso ya lo veremos. Para empezar, puedes informarnos sobre lo ocurrido hasta ahora y seguiremos a partir de ahí.

Torkel le apoyó una mano sobre el hombro y lo encaminó amablemente hacia la puerta.

—Nos vemos luego —le dijo a Hanser, volviendo un momento la cabeza.

Billy fue al sofá a recoger las maletas, pero Vanja se quedó parada, mirando. Habría podido jurar que el anterior responsable de la investigación había dado los primeros pasos en compañía de Torkel sin la más mínima cojera.

Sentada en la sala de espera, Lena Eriksson se metió en la boca otro caramelo de eucalipto. Había robado la caja del trabajo, el día anterior. Estaba en la repisa, justo al lado de la caja registradora. El sabor no era su preferido, pero había cogido el paquete que tenía más a mano y, sin mirar, se lo había metido en el bolsillo mientras cerraban la tienda.

Eso fue el día antes.

Cuando aún estaba convencida de que su hijo vivía. Cuando todavía confiaba en la versión del policía, que le había dicho que probablemente Roger se había marchado por su voluntad, tal vez a Estocolmo o a algún otro sitio, a vivir quizá una pequeña aventura de adolescente.

El día antes.

Pero no había pasado solamente un día, sino toda una vida. Entonces aún alentaba la esperanza. Ahora su hijo se había marchado para siempre.

Lo habían matado.

Había aparecido en una charca.

Sin el corazón.

Lena no había salido de casa en todo el día desde que había recibido la noticia de la muerte de su hijo. Tenía cita con la policía mucho más temprano, pero había llamado para aplazarla. Dos veces. No podía levantarse. Por un momento tuvo miedo de no encontrar nunca más la fuerza para ponerse de pie. Por eso se quedó donde estaba. En el sofá. En el cuarto de estar, donde su hijo y ella cada vez pasaban menos tiempo juntos. Intentó recordar la última vez que habían estado los dos juntos en el salón.

Viendo una película.

Comiendo.

Charlando.

Viviendo.

No se acordaba. Suponía que habría sido poco después de que Roger empezara a asistir a ese maldito colegio. Unas pocas semanas con esos niños ricos lo habían cambiado. El último año habían hecho vidas más o menos separadas.

La prensa sensacionalista llamaba todo el tiempo, pero ella no quería hablar con nadie. Todavía no. Al final, desconectó el teléfono fijo y apagó el móvil. Entonces se presentaron en su casa. Le gritaron a través de la puerta, levantando la pestaña del buzón, y le dejaron mensajes sobre el felpudo del vestíbulo. Pero ella no abrió la puerta a nadie. Ni siquiera se levantó del sofá.

Se sentía horriblemente mal. El café de máquina que se había bebido al llegar a la morgue le subía y le bajaba por la garganta como un ascensor. ¿Había comido algo desde el día anterior? Era probable que no. Pero había bebido y no era su costumbre. Hacía meses que no probaba el alcohol. Se trataba de una persona muy moderada, aunque nadie lo hubiera dicho a simple vista. Pelo rubio, que ella misma se teñía, con las raíces negras. Sobrepeso. Esmalte de uñas descascarado sobre unos dedos regordetes y cargados de anillos. *Piercings*. Predilección por los pantalones de chándal y las camisetas enormes.

La mayoría de la gente se formaba una opinión de Lena nada más conocerla y casi todos sus prejuicios se confirmaban: necesidad crónica de dinero, abandono de los estudios al final de la enseñanza obligatoria, embarazo a los diecisiete años...

Madre soltera.

Empleo mal pagado.

Todo eso sí.

Pero ¿problemas con el alcohol o las drogas? Eso nunca.

Sin embargo, ese día había bebido. Para acallar la vocecita que se hacía sentir en lo más profundo de su mente desde que había recibido la noticia del asesinato, y que a lo largo del día había ido adquiriendo fuerza; la vocecita que se negaba a desaparecer.

Empezaba a dolerle la cabeza. Necesitaba un poco de aire fresco. Y un cigarrillo. Se levantó de la silla, recogió el bolso del suelo y se dirigió a la salida de la morgue. Los tacones gastados arrancaron ecos solitarios a las baldosas del suelo. Cuando ya casi había llegado, vio a una mujer de unos cuarenta y cinco años, en traje de chaqueta, que entraba apresuradamente por la puerta giratoria e iba a su encuentro con paso firme.

—¿Lena Eriksson? Soy Kerstin Hanser, de la policía de Västerås. Siento mucho el retraso.

Bajaron juntas en el ascensor. Hanser abrió la puerta en cuanto llegaron al sótano y dejó que Lena saliera primero. Siguieron por el pasillo, hasta encontrarse con un hombre calvo, con gafas y bata blanca, que las hizo pasar a una sala pequeña, iluminada por un único tubo fluorescente en el techo. Bajo la sábana blanca se distinguía con nitidez el contorno de un cuerpo. Hanser y Lena se acercaron a la camilla y el hombre calvo dio un rodeo para acercarse por el otro lado. Después, intercambió una mirada con Hanser, que asintió brevemente con la cabeza. El hombre dobló con cuidado la sábana y dejó al descubierto la cara y el cuello de Roger Eriksson, hasta las clavículas. Lena contempló con calma la camilla mientras Hanser retrocedía un paso. No notó que la mujer a su lado inspirara el aire con fuerza, ni que

ahogara un grito. No advirtió que hipara, ni que de forma automática se tapara la boca con una mano. Nada.

Hanser ya se había dado cuenta cuando se habían encontrado en la sala de espera. Lena no tenía los ojos enrojecidos o hinchados de llorar. No parecía desgarrada por el dolor, ni empeñada en mostrarse serena. Se la veía más bien tranquila. Pero Hanser había reconocido en el ascensor cierto olor a alcohol, atenuado por caramelos de eucalipto, y se preguntó si la bebida sería la causa de la falta de emoción. Eso y quizá también el estado de *shock*.

Lena miraba inmóvil a su hijo. ¿Qué esperaba ver? Nada en realidad. No se había atrevido a imaginar de antemano qué aspecto tendría. Tampoco había sido capaz de pensar en cómo se sentiría ella cuando estuviera allí, mirándolo. ¿Lo habría afectado el tiempo transcurrido en el agua? Estaba un poco hinchado, sí, como si hubiera sufrido una reacción alérgica; pero, por lo demás, estaba como siempre: el pelo oscuro, la piel clara, las cejas negras y marcadas, una sombra de bigote en el labio superior. Los ojos cerrados. Sin vida.

—Pensaba que parecería dormido.

Hanser guardó silencio. Lena volvió la cabeza hacia ella, como esperando que le confirmara que no estaba equivocada.

—No parece dormido.

—No.

—¡Lo he visto dormir tantas veces! Sobre todo cuando era pequeño. Ahora está quieto, con los ojos cerrados, pero...

Lena no terminó la frase. Tendió la mano para tocar a Roger. Estaba frío. Muerto. Le apoyó la mano sobre la mejilla.

—Yo perdí a mi hijo cuando él tenía catorce años.

Sin retirar la mano de la mejilla del chico, Lena volvió un poco la cabeza en dirección a Hanser.

—¿Ah, sí?

—Sí...

Silencio otra vez. ¿Por qué se lo había dicho? Hanser nunca se lo había contado a nadie en una situación similar. Pero la mujer junto a la camilla tenía algo. Hanser creía intuir que no se permitía llorar, que no era capaz, que quizá no quería. Se lo había dicho para consolarla, como si le tendiera una mano para mostrarle que ella había pasado por lo mismo y podía entenderla.

—¿A él también lo mataron?

—No.

De repente, Hanser se sintió como una idiota, como si su comentario hubiera sido una especie de comparación entre sufrimientos. «De hecho, yo también perdí a mi hijo, así que ya ves». Pero Lena ya no parecía prestarle atención. Desvió la vista y se concentró una vez más en su hijo.

Durante muchos años había sido lo único que la había hecho sentirse orgullosa.

O más bien lo único que había tenido. Punto.

«¿Fue culpa tuya?», le preguntó una vez más la vocecita dentro de su cabeza. Lena retiró la mano y dio un paso atrás. La jaqueca se volvió insoportable.

—Quiero irme ya.

Hanser asintió. El hombre calvo volvió a desplegar la sábana mientras las dos mujeres se dirigían a la puerta. Lena empezó a sacar el paquete de cigarrillos del bolso.

—¿Hay alguien a quien puedas llamar? Para no quedarte sola.

—Es que así es como estoy ahora. Sola.

Lena salió de la sala.

Hanser se quedó de pie, sin hacer ni decir nada.

Exactamente como había pensado que haría.

La sala de reuniones de la comisaría de Västerås era la más nueva y moderna del edificio. Los muebles de madera clara de abedul tenían apenas unas semanas. Ocho sillas en torno a una mesa ovalada. El nuevo papel pintado sobre tres de las paredes era de un verde discreto y relajante, y en la cuarta pared había una combinación de pantalla y pizarra blanca. En el rincón más próximo a la puerta, todos los dispositivos tecnológicos estaban conectados con un proyector en el techo, y en medio de la mesa ovalada había un panel de control para dirigir todos los aparatos de la sala. Nada más pisar la moqueta gris, Torkel había decidido instalar allí el cuartel general de su equipo.

Apiló todos los papeles que tenía delante sobre la lustrosa superficie de la mesa y se acabó de beber el agua de la botella. La reunión para revisar la investigación se había desarrollado tal como esperaba. De hecho, sólo en dos ocasiones durante la exposición de Haraldsson habían surgido dudas.

La primera fue cuando estaban repasando la línea cronológica y Vanja levantó la vista de los papeles y preguntó:

—¿Qué hicisteis el domingo?

—Pusimos en marcha el operativo policial, pero no obtuvimos ningún resultado.

La respuesta fue inmediata. Tan inmediata, que pareció ensayada. Tan rápida, que pareció falsa. Torkel lo advirtió y supo que ella también lo había notado. Vanja era lo

más parecido a un detector de mentiras que conocía. La miró con cierta expectación y notó que ella le lanzaba a Haraldsson una mirada prolongada, antes de volver a concentrarse en sus papeles. Haraldsson resopló. Obviamente, todos estaban del mismo lado, pero no era necesario informar a los colegas recién llegados de Estocolmo de que quizá al principio se habían cometido algunos errores. Había que mirar hacia delante. Por eso se irritó un poco —y también se preocupó— cuando Vanja se lo quedó mirando mientras agitaba el bolígrafo. Billy sonrió, consciente también de que su compañera acababa de detectar falsedad en el tono de voz de Haraldsson. En cuanto Vanja detectaba algo así, no lo dejaba pasar. No era su costumbre. Billy se recostó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos. Iba a ser divertido.

—Cuando dices que pusisteis «en marcha el operativo» —insistió Vanja con más determinación—, ¿a qué te refieres? No veo que hayáis interrogado a la madre, ni a ninguna otra persona; tampoco veo visitas puerta por puerta, ni ningún intento de reconstruir la cronología de los hechos a partir del viernes. —Levantó la vista y miró directamente a Haraldsson—. ¿Qué hicisteis exactamente?

Este se retorció un poco en la silla. Era una puta mierda tener que dar la cara por los errores de los demás. Se aclaró la garganta.

—Yo el fin de semana libré y no me hice cargo del caso hasta el lunes.

—Entonces ¿qué pasó el domingo?

Haraldsson miró a los dos hombres, esperando que lo respaldaran en su intento de no volver la vista atrás. Pero era evidente que no lo apoyarían. Los dos parecían esperar una explicación. Volvió a aclararse la garganta.

—Por lo que yo sé, unos agentes uniformados visitaron a la madre.

—¿Y qué hicieron?

—Recogieron información sobre la desaparición del chico.

—¿Qué información? ¿Dónde está?

Vanja no le quitaba la vista de encima. Haraldsson se dio cuenta de que no iban a conformarse con nada que no fuera toda la verdad sobre lo sucedido. Y por eso se la contó. Entonces cayó sobre la sala un nuevo tipo de silencio, un silencio que al menos Haraldsson interpretó como el que surge cuando unas personas necesitan asimilar lo que quizá sea la mayor estupidez que han oído en su vida. Al final, Billy tomó la palabra.

—Entonces ¿lo único que hicieron aquí el domingo fue asentar en el registro otra denuncia de la misma desaparición?

—Sí, en principio, sí.

—Muy bien. El chico desapareció el viernes a las diez de la noche. ¿Cuándo empezasteis realmente a buscarlo?

—El lunes. Después del almuerzo. Cuando la denuncia llegó a mis manos. O, mejor dicho, todavía no empezamos a buscarlo, pero fuimos a interrogar a su novia, al colegio, a hablar con testigos...

Volvió a hacerse el silencio en la sala. La experiencia decía que, con toda probabilidad, el chico ya estaría muerto para entonces; pero si no había sido así, si había estado prisionero en algún sitio... Tres días. ¡Por Dios! Torkel se inclinó hacia delante y miró con seriedad a Haraldsson.

—¿Por qué no nos lo has dicho cuando te hemos preguntado qué pasó el domingo?

—A nadie le gusta reconocer sus errores.

—Pero esos errores no eran tuyos. A ti no te encargaron la investigación hasta el lunes. El único error que has cometido ha sido el de no contarnos lo sucedido. Somos un equipo y no podemos permitirnos la falta de sinceridad entre nosotros.

Haraldsson hizo un gesto afirmativo. De repente, se sentía como si tuviera siete años y lo hubieran mandado al despacho del director por haberse portado mal en el patio.

Durante el resto de la revisión del caso se lo contó todo (excepto el sexo con Jenny a la hora del almuerzo y la falsa visita a urgencias). Por eso, cuando por fin terminaron de repasar toda la investigación, ya eran más de las nueve de la noche.

Torkel le dio las gracias calurosamente, y Billy se desperezó en la silla y bostezó. Cuando Vanja ya había empezado a recoger sus papeles, se produjo la segunda sorpresa de la jornada.

—Hay algo más. —Haraldsson hizo una pequeña pausa para dar más importancia a sus palabras—. No encontramos ni la chaqueta ni el reloj del chico.

Torkel, Vanja y Billy enderezaron la espalda. Un dato interesante. Haraldsson notó que Vanja se ponía a buscar la carpeta en el bolso.

—No lo incluí en el informe; nunca se sabe quién lee esas cosas ni dónde puede acabar ese tipo de información.

Vanja asintió pensativa. Muy sagaz. Esos detalles eran precisamente los que jamás debían filtrarse a la prensa, porque podían valer su peso en oro en un posible juicio. Quizá ese Haraldsson no era un completo inútil después de todo, aunque casi todos los indicios parecían indicar lo contrario.

—Entonces ¿le habían robado? —preguntó Billy.

—No lo creo. Llevaba encima la cartera con casi trescientas coronas y el móvil en

el bolsillo trasero de los pantalones.

Todos tomaron nota del hecho de que alguien, con toda probabilidad el asesino, le había sustraído a la víctima sólo determinados objetos. Debía de significar algo. Eso y la ausencia del corazón.

—La cazadora era de la marca Diesel —prosiguió Haraldsson—. De color verde. Tengo fotos del modelo en mi escritorio. El reloj era un... —Consultó sus notas—. Un Tonino Lamborghini Pilot. También tengo fotos.

Poco después, Torkel se había quedado solo en la sala sin ventanas y buscaba una razón para no volver al hotel. Podía empezar a trazar la línea cronológica en la pizarra. O colgar el mapa en la pared. O las fotos. O repasar la información de Haraldsson. Pero todo eso lo haría mejor y más rápido Billy, a primera hora de la mañana, antes de que empezara a llegar la gente a la comisaría.

Podía salir a cenar. Aunque no tenía suficiente apetito para sentarse solo en un restaurante. Por supuesto, podía pedirle a Vanja que le hiciera compañía, pero seguramente su colega tendría previsto pasar la noche en su habitación del hotel, repasando toda la documentación del caso. La conocía bien. Vanja era una profesional meticulosa y llena de ambición. Era probable que no le dijera que no si le pedía que lo acompañara a cenar, pero lo haría un poco a disgusto y habría pasado toda la velada con una leve sensación de nerviosismo, por lo que Torkel desechó la idea.

¿Y Billy? Torkel reconocía que Billy tenía muchas cualidades y que sus conocimientos tecnológicos e informáticos lo convertían en un valioso miembro del equipo, pero no recordaba ninguna ocasión en que hubieran comido o cenado juntos, ellos dos solos. Con Billy la conversación no fluía fácilmente. A Billy le encantaban las noches en los hoteles. No había un solo programa de televisión entre las diez y las dos de la madrugada que no viera y no le gustara comentar. Televisión, películas, música, videojuegos, ordenadores, teléfonos móviles, revistas extranjeras que leía en la red... Con Billy, Torkel se sentía como un dinosaurio.

Suspiró. Decidió dar una vuelta y cenar un sándwich y una cerveza en la habitación, tan sólo acompañado de la televisión. Se consoló pensando que al día siguiente llegaría Ursula y que entonces tendría compañía a la hora de la cena.

Apagó la luz y salió de la sala de reuniones. Como siempre, era el último en marcharse. Lo pensó mientras atravesaba los despachos vacíos. No le extrañaba que sus mujeres se hubieran hartado de él.

Ya había oscurecido cuando Sebastian pagó la carrera y salió del taxi. El taxista también se bajó, abrió el maletero, sacó la maleta de Sebastian y se despidió, deseándole una agradable estancia. ¿Una estancia agradable en casa de sus padres? «Sí, claro, alguna vez tendrá que ser la primera», pensó Sebastian. Sin duda, que ambos progenitores estuvieran muertos aumentaba considerablemente las probabilidades.

Sebastian cruzó la calle mientras el taxi cambiaba de sentido, aprovechando el sendero del vecino, y pasaba a su espalda. Se quedó un momento parado junto a la valla blanca de madera, necesitada de una mano de pintura, y observó que el buzón estaba lleno a rebosar. ¿No había nadie en alguna oficina central que enviara algún tipo de aviso de muerte, para detener la correspondencia? Era evidente que no.

Cuando había llegado a Västerås, unas horas antes, Sebastian había pasado por la funeraria para recoger las llaves de la casa. Allí se enteró de que una de las amigas más antiguas de su madre había organizado el funeral cuando él rechazó ocuparse del asunto. Berit Holmberg se llamaba. Sebastian ni siquiera recordaba haber oído aquel nombre. Los de la funeraria le preguntaron si quería ver una especie de álbum de la ceremonia, que según ellos había sido muy hermosa, solemne y concurrida. Pero Sebastian declinó la invitación.

Había ido a un restaurante y había comido bien, sin prisa. Después se había quedado un rato más leyendo un libro. Había tomado un café. Había pensado un momento en la tarjeta de visita de la mujer que conoció en el tren, pero al final había decidido esperar. La llamaría por la mañana o quizá al día siguiente. Parecer interesado, pero nunca desesperado, era siempre la mejor receta. Al salir del restaurante, había caminado un poco. Por un momento pensó en ir al cine, pero enseguida se había echado atrás. No había nada en la cartelera que le pareciera interesante. Al final no pudo seguir aplazando lo que realmente había ido a hacer a Västerås y tuvo que llamar un taxi.

Ahora estaba en la calle, mirando la casa que había abandonado el día de su decimonovenocumpleaños. A ambos lados del sendero de piedra se encontraban dos

cuidados parterres. En ese momento sólo crecían arbustos bajos y bien podados de hoja perenne, pero pronto empezarían a florecer otras plantas. A su madre le gustaba mucho el jardín y solía cuidarlo con mimo. En la parte trasera había árboles frutales y un pequeño huerto. El sendero de piedra terminaba en una casa de dos plantas. Sebastian tenía diez años cuando se mudaron a esa casa, que entonces estaba recién construida. Pero ahora, incluso a la luz tenue de las farolas de la calle, se notaba que necesitaba reformas. La pintura de la fachada tenía desconchones, las ventanas habían perdido el color y en el tejado se distinguían un par de manchas oscuras, que probablemente delataban la ausencia de unas cuantas tejas. Sebastian hizo un esfuerzo para superar el rechazo físico que le producía la idea de entrar y subió los pocos peldaños que lo separaban de la puerta.

Abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Olía a cerrado; el ambiente era sofocante. Soltó la maleta y se quedó un momento bajo la arcada que conducía al resto de la casa. Justo delante estaban los muebles del comedor y, un poco más a la derecha, el cuarto de estar. Se dio cuenta de que sus padres habían echado abajo un tabique y que la planta baja se había convertido en lo que se llama un espacio de concepto abierto. Dio unos pasos más. Sólo reconocía una pequeña parte de los muebles. El escritorio del abuelo y algunos de los cuadros de las paredes eran viejos conocidos, pero el papel pintado era una novedad. También el parqué. ¿Cuánto tiempo hacía que no visitaba esa casa que se negaba a considerar «su casa»? Se había marchado a los diecinueve años, pero desde entonces había vuelto alguna vez, impulsado por la inútil idea de que quizá sus padres y él podrían reencontrarse cuando todos fueran mayores. Pero eso no ocurrió. Recordaba que los había visitado la semana que cumplió veinticinco años. ¿Habría sido la última vez? Habían pasado casi treinta años desde entonces. No era de extrañar que apenas reconociera la casa.

En la pared del fondo del cuarto de estar se encontraba una puerta cerrada. Cuando Sebastian vivía en la casa, esa puerta daba acceso a la habitación de invitados, que casi nunca se utilizaba. El círculo social de sus padres era bastante extenso, desde luego, pero casi todos sus amigos eran de la ciudad. Abrió la puerta. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías con libros y, donde antes había una cama, vio una mesa de escritorio, con una máquina de escribir y una vieja calculadora con rollo de papel. Volvió a cerrar la puerta. Era probable que toda la casa estuviera llena de la misma mierda. ¿Qué iba a hacer con todo eso?

Entró en la cocina. Las puertas de los armarios y la encimera eran nuevas, pero el suelo vinílico, como de concesionario de coches, era el mismo de siempre. Abrió el frigorífico. Lleno. Todo estropeado. Cogió uno de los envases de leche de la puerta y

lo abrió. «Consumir preferentemente antes del 8 de marzo», el Día Internacional de la Mujer. Aunque ya sabía lo que le esperaba, acercó la nariz a la abertura que acababa de desgarrar. Con una mueca de asco, volvió a colocar el envase en la puerta de la nevera y sacó una lata de cerveza baja en alcohol, que estaba junto a una bolsa que suponía que había contenido queso en otra época, pero ahora presentaba todo el aspecto de un fructífero experimento de investigación de hongos de un laboratorio.

Mientras abría la cerveza con una sola mano se dirigió otra vez al cuarto de estar. Por el camino encendió la luz. Las lámparas, ocultas bajo una moldura del techo que rodeaba toda la habitación, estaban orientadas hacia arriba e inundaban el ambiente de una luminosidad agradable y uniforme. Era un detalle de buen gusto que parecía casi moderno. Muy a su pesar, Sebastian se dio cuenta de que estaba impresionado.

Se tumbó en uno de los sillones y apoyó los pies sobre la mesa baja, sin quitarse los zapatos. Después, bebió un sorbo de la lata y echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el silencio. Un silencio absoluto. Ni siquiera se oía el tráfico. La casa estaba en un callejón sin salida y la avenida más próxima se encontraba a varios cientos de metros de distancia. Se fijó en el piano. Bebió un trago más, dejó la lata sobre la mesa, se levantó y se dirigió hacia el negro instrumento reluciente.

Con aire distraído, pulsó una de las teclas blancas. Un la apagado y algo desafinado quebró el silencio.

Sebastian había empezado a tocar el piano a los seis años. Y lo había dejado a los nueve. Después de una lección en que se había negado directamente a colocar las manos sobre el teclado, la profesora había llamado a su padre y le había dicho que era una pérdida de tiempo para ella y de dinero para él; era absurdo empeñarse en llevar a clase una vez por semana a un niño tan poco motivado como su hijo, que además —y eso podía asegurárselo— era del todo negado para la música. Pero eso no era cierto. Sebastian no carecía de sensibilidad musical. Su oposición a tocar el piano tampoco había sido un acto de rebelión contra su padre. Eso llegaría muchos años después. Sencillamente, las clases de piano le parecían aburridas y sin sentido. No podía dedicarse a algo que le resultaba tan absolutamente falto de interés. Ni en aquella época ni más adelante.

Ni tampoco ahora. No había límites para la cantidad de tiempo y energía que había podido invertir en las cosas que le interesaban y lo fascinaban, pero cuando algo no lo atraía...

«Aguantar» y «sobrellevar» no eran palabras que figuraran en el vocabulario de Sebastian Bergman.

Lentamente, bajó la cabeza y se puso a estudiar las fotos que estaban apoyadas

sobre la tapa del piano. En medio, destacaba una imagen de la boda de sus padres y, a los lados, retratos de sus abuelos maternos y paternos. También había una foto de cuando Sebastian había terminado el bachillerato y otra de cuando tenía ocho o nueve años, posando delante de una portería de fútbol, con el uniforme de su equipo y un pie sobre el balón, mirando a la cámara con expresión de triunfador. Al lado, vio a sus padres delante de un autocar turístico, de viaje en algún lugar de Europa. Su madre aparentaba alrededor de sesenta y cinco años, por lo que la foto debía de tener unos veinte. Aunque su distanciamiento había sido una elección deliberada y totalmente consciente, Sebastian se sorprendió de lo poco que sabía de la vida de sus padres desde que se había marchado. Ni siquiera le habían dicho la causa de la muerte de su madre.

Entonces reparó en una foto situada detrás de todas las demás y la levantó para verla mejor. Era la tercera donde aparecía él. Se lo veía montado en un ciclomotor nuevo, en la puerta del garaje. A su madre le encantaba esa foto. Sebastian tenía la teoría de que le gustaba porque era una de las pocas de su adolescencia, quizá la única, donde se lo veía realmente feliz. Pero no fue su fotografía montado en la flamante Puch Dakota lo que atrajo su interés, sino un recorte de periódico insertado en el marco. Era una imagen de Lily en bata blanca de hospital, con un bebé dormido en brazos. Bajo la fotografía había una leyenda —*Una hija*—, una fecha —el 11 de agosto de 2000—, y los nombres de ambos, el de Lily y el suyo. Sebastian separó el recorte del marco y lo estudió con detenimiento.

Recordó el momento en que había tomado esa fotografía y casi pudo percibir el olor del hospital y oírlas a las dos. Lily le había sonreído. Sabine dormía.

—¿De dónde diablos has sacado esto?

Se quedó inmóvil, con el recorte en la mano. Jamás se lo habría esperado. En esa casa no tenía que haber nada que se las recordara. Pero ahora estaba ahí, con la foto de ambas en la mano. Ese no era su sitio; ellas pertenecían a otro mundo. Sus dos mundos, sus dos infiernos. Ya era bastante difícil sufrirlos por separado. No debían mezclarse. Apretó con fuerza el puño derecho, una y otra vez, sin darse cuenta. «¡Maldita seas!». Incluso después de muerta, su madre se volvía contra él. Notó que le costaba respirar. «¡Maldita seas tú y toda esta casa!». ¿Qué iba a hacer con toda la mierda que había allí dentro?

Dobló el recorte de periódico, se lo guardó con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta y se dirigió con paso rápido a la cocina. Abrió la puerta del armario de las escobas y, como esperaba, encontró la guía telefónica en el mismo estante de siempre. Se la llevó al sillón y buscó las agencias inmobiliarias en las *Páginas Amarillas*.

Empezó por la «A». Como era lógico, no contestó nadie. Las tres primeras lo informaron del horario de apertura de las oficinas y lo invitaron a llamar de nuevo, pero la cuarta le propuso además que dejara un mensaje después de oír la señal.

Sebastian esperó el pitido y dijo:

—Me llamo Sebastian Bergman. Quiero vender una casa y todo lo que contiene. No sé cómo funcionan estas cosas, pero necesito que sea ya, para poder marcharme lo antes posible de esta maldita ciudad. El dinero me importa una mierda, así que pueden llevarse la comisión que quieran, siempre que sea rápido. Si les interesa, llámenme.

Añadió su número de móvil y colgó. Volvió a recostarse en el sillón y de repente se sintió terriblemente cansado. Cerró los ojos y en el silencio pudo distinguir el ruido de su propio corazón al latir. O al menos así se lo pareció.

Había demasiado silencio.

Estaba solo.

Dejó que la mano fuera hacia el bolsillo de la camisa, donde había guardado la tarjeta de visita de la mujer del tren. ¿Qué hora era? Demasiado tarde. Llamarla a esas horas habría sido como iniciar la conversación preguntándole si quería follar. Con ella no funcionaría y él lo sabía. Lo único que conseguiría sería echar por la borda todo el trabajo realizado hasta entonces y tendría que empezar de nuevo desde una posición desfavorable. Tampoco estaba tan interesado. Hizo una inspiración profunda y dejó escapar el aire en una prolongada exhalación. Lo repitió una vez más. En cada ocasión sentía que el cansancio lo atenazaba con más fuerza. No llamaría a nadie. No haría nada.

Quería dormir.

Iba a dormir.

Hasta que el mismo sueño de siempre volviera a despertarlo.

Torkel estaba en el comedor del hotel, tomando el desayuno. Billy ya se había ido a la comisaría, a preparar la sala, y a Vanja todavía no la había visto. Al otro lado de las ventanas, los habitantes de Västerås se dirigían apresuradamente a sus puestos de trabajo, en un día gris y nublado de primavera. Torkel hojeaba los periódicos de la mañana. Tanto los nacionales como los locales hablaban del asesinato, aunque los nacionales sólo publicaban breves actualizaciones del caso. La única novedad que podían anunciar los diarios, aparte de la incorporación de la Unidad de Homicidios, era que —según fuentes cercanas a la policía— podía tratarse de un asesinato ritual, ya que faltaba el corazón de la víctima. Torkel resopló. Si los periódicos serios de la mañana especulaban con crímenes rituales, ¿qué diría la prensa sensacionalista de la tarde? ¿Satanismo? ¿Ladrones de órganos? ¿Canibalismo? Era probable que buscaran a algún «experto» alemán que expondría a los lectores la posibilidad de que una persona alterada, víctima de determinados delirios, concibiera la idea de ingerir el corazón de un semejante para adquirir su fuerza vital. Después, harían referencia a los incas o a otra cultura antigua que la gente pudiera relacionar con sacrificios humanos. Y pondrían una encuesta en la web:

¿Se plantearía usted comerse el corazón de otra persona?

1. Sí, somos como cualquier otro animal.
2. Sí, pero sólo si fuera imprescindible para mi supervivencia.
3. No, antes preferiría morir.

Torkel negó con la cabeza. Tendría que actuar con cuidado. Se estaba convirtiendo en lo que Billy llamaba un 3G: un Guardia Gastado y Gruñón. Aunque todos los días trataba con gente joven, cada vez pensaba con más frecuencia que antes todo era mejor. Pero antes nada era mejor, con la única excepción de su vida privada, y eso no tenía nada que ver con el resto del mundo. Tenía que ser positivo y adaptarse a los tiempos. Torkel se negaba a ser uno de esos policías viejos y quemados, que critican con cinismo el mundo en que viven mientras se hunden cada vez más en su sillón,

con un *whisky* en la mano y una ópera de Puccini en el estéreo. Tenía que estar alerta. El móvil emitió un zumbido. Un SMS de Ursula. Pulsó el botón para leerlo. Estaba en la ciudad y había ido directamente al lugar donde hallaron el cadáver. Le proponía que se encontraran allí. Torkel terminó el café y se puso en marcha.

Ursula Andersson estaba en el borde de la pequeña laguna. Con el jersey tejido a mano metido por dentro de los pantalones impermeables de color verde oscuro, que le llegaban hasta el pecho, parecía una pescadora o una voluntaria dispuesta a limpiar una playa después de un vertido de petróleo, pero no una de las policías más competentes del país.

—Bienvenida a Västerås.

Ursula se volvió y vio a Torkel, que saludó a Haraldsson antes de pasar por debajo de la cinta que acordonaba la mayor parte de la laguna.

—Bonitos pantalones.

Ursula sonrió.

—Gracias.

—¿Te has metido en el agua? —le preguntó Torkel, señalando la charca con la cabeza.

—Para medir la profundidad y tomar unas cuantas muestras. ¿Dónde has dejado a los otros?

—Billy está poniendo en orden la oficina y Vanja ha ido a hablar con la novia del chico. Por lo que sabemos, fue la última en verlo con vida. —Torkel avanzó unos pasos hasta la orilla—. ¿Cómo te está yendo a ti?

—Creo que podemos olvidarnos de dar con nada útil. Por aquí ha pasado un montón de gente: los chicos que encontraron el cadáver, los policías, el personal de la ambulancia, excursionistas de paseo por el bosque...

Ursula se agachó y le señaló a Torkel una marca imprecisa en el fango. Este se puso en cuclillas a su lado.

—Mira, todas las huellas son profundas y están hundidas. El terreno es arcilloso y está demasiado anegado. —Ursula hizo un amplio gesto con la mano—. Hace una semana estaba todavía más inundado. La mayor parte de la hondonada debía de hallarse bajo el agua.

Se puso de pie, echó una mirada por encima del hombro en dirección a Haraldsson y se acercó un poco más a Torkel.

—¿Cómo se llama ese tipo? —preguntó, señalando con la cabeza al agente.

Torkel miró también por encima del hombro, aunque sabía perfectamente a quién

se refería Ursula.

—Haraldsson. Estaba al frente de la investigación hasta que llegamos nosotros.

—Eso ya lo sé. Me lo ha dicho por lo menos tres veces mientras veníamos hacia aquí. ¿Cómo es?

—Debería cuidar un poco más la primera impresión que causa, pero... no está mal.

Ursula se volvió hacia el aludido.

—¿Puedes venir un momento?

Haraldsson pasó por debajo de la cinta y se les acercó renqueando.

—¿Habéis dragado la laguna? —le preguntó Ursula.

Haraldsson hizo un gesto afirmativo.

—Dos veces. No encontramos nada.

Ursula asintió pensativa. No esperaba que hubieran hallado el arma del crimen. Allí no. Se volvió y repasó una vez más la zona con la mirada. Todo encajaba.

—Dinos lo que piensas —le pidió Torkel.

Sabía por experiencia que probablemente ella estaría viendo mucho más que la ciénaga boscosa a su alrededor.

—No lo mataron aquí. Según el informe preliminar del forense, las incisiones eran tan profundas que el mango del cuchillo dejó marcas en la piel. Eso significa que la víctima debía de estar sobre una superficie dura y firme. Cuando apuñalas a alguien que flota en el agua, el cuerpo se hunde. —Ursula hizo un gesto hacia sus pies—. Si suponemos que el fin de semana pasado esto estaba todavía más anegado y fangoso que ahora, entonces debió de ser prácticamente imposible hundirle el puñal hasta el mango, al menos en las partes más blandas del cuerpo.

Torkel la miró con admiración. Aunque llevaban muchos años trabajando juntos, todavía lo maravillaban sus conocimientos y su capacidad deductiva. Agradecía a su buena estrella que Ursula hubiera ido a verlo pocos días después de su nombramiento al frente del grupo de investigaciones de la Unidad de Homicidios. Se había limitado a presentarse una mañana, diecisiete años atrás. Lo estaba esperando en la puerta del despacho. No había solicitado cita, pero le pidió que la atendiera cinco minutos, ni un segundo más. Torkel había accedido.

Le contó que trabajaba en el SKL, el laboratorio central de la policía científica de Suecia. Había empezado su carrera como policía, pero se había ido especializando en el estudio de la escena del crimen y, posteriormente, en los diferentes aspectos científicos y forenses de la investigación policial. Así había llegado a trabajar en el SKL, en Linköping. Y no podía decirse que no estuviera satisfecha, según le dijo a

Torkel en sus cinco minutos, pero echaba de menos la caza. Así lo había expresado ella: la caza. Una cosa era estar en bata blanca en un laboratorio, analizando muestras de ADN y probando armas de fuego, y otra muy distinta era estudiar los indicios sobre el terreno y colaborar con los compañeros para acorralar a la presa y por fin atraparla. Esa manera más directa de trabajar ofrecía unos estímulos y una satisfacción que una prueba de ADN jamás podría igualar. ¿Era capaz de entenderlo Torkel? Sí, claro que lo era. Ursula había hecho un gesto afirmativo y había echado un vistazo al reloj. Cuatro minutos y cuarenta y ocho segundos. Los doce segundos restantes los empleó en dejarle a Torkel su número de teléfono y salir del despacho.

Torkel hizo averiguaciones y todos le dieron buenas referencias de Ursula, pero lo que acabó de decidirlo fue que el jefe del SKL lo amenazó con las peores represalias e incluso con violencia física si se atrevía solamente a mirarla. Torkel hizo algo más que mirarla. La contrató esa misma tarde.

—¿De modo que esto es sólo el lugar donde tiraron el cadáver?

—Es probable. Si partimos de la base de que el asesino lo eligió y conocía la laguna, entonces podemos suponer que estaba familiarizado con la zona y que debió de aparcar el vehículo lo más cerca posible de este lugar. Allá arriba.

Señaló una cuesta a una treintena de metros de distancia, bastante empinada, con unos dos metros de desnivel. Como movidos por un invisible mando a distancia, los dos echaron a andar, seguidos de Haraldsson, que iba cojeando.

—¿Cómo está Mikael?

Con un leve sobresalto, Ursula miró a Torkel.

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—Habías vuelto hace pocos días. No ha podido tenerte mucho tiempo en casa.

—Cosas del trabajo. Él lo entiende. Está acostumbrado.

—Me alegro.

—Además, tenía que ir a una feria en Malmö.

Llegaron a la cuesta. Ursula volvió la vista a la laguna. Más o menos por allí debía de haber bajado el criminal. Los tres se pusieron a examinar la pendiente. Al cabo de unos minutos, Ursula se detuvo y dio un paso atrás. Miró a los lados, para comparar, y se tumbó en el suelo, para mirar desde un costado. Pero estaba segura. La vegetación estaba pisoteada. Parte de la maleza se había recuperado, pero habían quedado signos de que habían arrastrado algún objeto. Se agachó. Un arbusto raquítico tenía un par de ramitas partidas, y en las puntas rotas, de un blanco amarillento, había manchas de algo que podía ser sangre. Ursula sacó de la mochila una bolsa de plástico con cierre hermético, cortó con cuidado una ramita y la metió en la bolsa.

—Creo que he encontrado el sitio por donde bajó. ¿Podéis seguir vosotros?

Torkel le indicó con la mano a Haraldsson que lo siguiera cuesta arriba. En el estrecho camino de grava que había en lo alto, aquel se detuvo para mirar a su alrededor. Un poco más allá estaban estacionados sus coches.

—¿Adónde va este camino?

—A la ciudad. Por allí hemos venido.

—¿Y en la otra dirección?

—Acaba en la carretera, después de dar unas cuantas vueltas.

Torkel bajó la vista hacia la cuesta, donde Ursula examinaba el terreno, agachada a cuatro patas, y volvía afanosamente cada hoja y cada brizna de hierba del revés. Si era cierto que se había arrastrado el cadáver por allí abajo, entonces lo más probable era que lo hubieran sacado del maletero o de la parte trasera de un coche justo en lo alto de la pendiente. Dicho de otro modo, no había ninguna razón para que el asesino no siguiera el camino más corto. La grava estaba muy compactada, por lo que no había esperanzas de encontrar rastros de neumáticos. Torkel volvió la vista hacia los coches. Estaban aparcados a un lado, para no ocupar todo el ancho del camino. ¿Podría ser que...?

Se situó justo por encima de la reducida área que Ursula estaba examinando e imaginó que tenía el coche aparcado delante. «Aquí está el maletero», se dijo. Eso significaba que los rastros de neumáticos, en caso de haberlos, tenían que estar unos metros más allá. Torkel se desplazó con cautela hacia un lado y observó con satisfacción que el suelo del arcén era mucho más blando que la grava del camino, pero no tan fangoso como los bordes de la laguna. Con mucho cuidado, empezó a apartar la maleza y los arbustos, y casi enseguida encontró lo que buscaba.

Dos profundas rodadas.

Sonrió.

Las cosas empezaban a ir bien.

—¿No ha cambiado de idea?

La mujer que había hecho la pregunta apoyó una taza de té humeante sobre la mesa y se sentó frente a Vanja, que negó con la cabeza.

—No, gracias, estoy bien así.

La mujer se puso a revolver el té. Sobre la mesa de la cocina estaba servido el desayuno. Había leche y yogur, junto a un paquete de *muesli* y copos de avena. Dentro de una cesta que parecía estar hecha de corteza trenzada de abedul había pan fresco y otros dos tipos de pan crujiente. Mantequilla, queso, jamón, pepino en

rodajas y una lata de paté para untar completaban el conjunto. La mesa servida contrastaba con el resto de la cocina, que parecía salida del catálogo de una mueblería. La decoración no era muy moderna, pero el orden era excepcional. No había platos en el fregadero, ni migas de pan en la encimera. Todo se hallaba limpio y despejado. La vitrocerámica estaba impoluta, lo mismo que las puertas de los armarios. Vanja estaba segura de que si se levantaba y tocaba el especiero que tenía delante, tampoco encontraría el menor rastro de grasa. A juzgar por lo poco que había visto, la tolerancia cero con el desorden y la suciedad también debía de ser la regla en el resto de la casa. Pero había un objeto que destacaba por encima de los demás. Por mucho que lo intentaba, Vanja no conseguía desviar la vista de un adorno de la pared, detrás de la mujer que estaba bebiendo té. Era un cuadro compuesto con diminutas cuentas de plástico de colores, terminado y enmarcado. Pero no era del tamaño de un salvamanteles, como otros de su estilo, sino que medía aproximadamente cuarenta por ochenta centímetros y representaba a Jesucristo, vestido con una amplia túnica blanca y con los brazos extendidos. Un halo dorado le nimbaba la cabeza, y sus ojos azul celeste, en el rostro de barba negra, se entrecerraban para mirar al cielo. Sobre la cabeza, una leyenda escrita con cuentas rojas: «SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA». La mujer sentada frente a Vanja siguió su mirada.

—Lo hizo Lisa cuando contrajo la varicela, a los once años. Con un poco de ayuda, claro.

—Está muy bien hecho —dijo Vanja. «Y es un horror», añadió para sus adentros.

La mujer que tenía delante, que se había presentado como Ann-Charlotte cuando le había abierto la puerta y la había hecho pasar, asintió satisfecha por la alabanza, bebió un sorbito de té y apoyó la taza en el platillo.

—Sí, Lisa es muy habilidosa. ¡Hay más de cinco mil cuentas en ese cuadro! Es fantástico, creo yo.

Ann-Charlotte cogió un trozo de pan crujiente y empezó a untarlo con mantequilla. Vanja no pudo evitar cuestionarse cómo sabría cuántas cuentas había en el cuadro. ¿Las habría contado? Estaba a punto de preguntárselo cuando Ann-Charlotte depositó sobre la mesa el cuchillo de la mantequilla y la miró, con un surco de preocupación marcado en la frente.

—Es horrible lo que le ha pasado a Roger. Estuvimos rezando por él toda la semana, desde que desapareció.

«Y mira para qué os ha servido», pensó Vanja, pero se limitó a murmurar su aprobación y esperaba que también su empatía, al mismo tiempo que echaba una mirada quizá demasiado enfática al reloj, un gesto que Ann-Charlotte pareció advertir.

—Lisa no tardará. Si hubiésemos sabido de su visita... —La mujer hizo un gesto de excusa con las manos.

—No se preocupe. Agradezco la oportunidad de hablar con ella.

—Desde luego. Es lo menos que podemos hacer para ayudar. ¿Cómo se encuentra la madre de Roger? Se llama Lena, ¿no? Debe de estar destrozada.

—Yo no he hablado con ella —respondió Vanja—, pero es fácil imaginarlo. ¿Roger era hijo único?

Ann-Charlotte asintió con la cabeza y pareció todavía más abatida, como si la mayoría de los problemas del mundo le pesaran sobre los hombros.

—Tenían muchas dificultades. Durante un tiempo tuvieron problemas económicos, por lo que sé, y después vino todo el jaleo con el colegio anterior de Roger. Y, ahora, cuando parecía que todo iba mucho mejor, pasa esto.

—¿Cuál fue el jaleo con su anterior escuela? —preguntó Vanja.

—Lo acosaban —fue la respuesta que llegó desde la puerta.

Vanja y Ann-Charlotte se volvieron. En la puerta de la cocina estaba Lisa. El pelo húmedo pero bien peinado le caía sobre los hombros. Se apartaba el flequillo de la cara con una horquilla. Vestía una blusa blanca abotonada casi hasta arriba y un chaleco de punto de un solo color. Un crucifijo de oro colgaba de un eslabón, apoyado sobre una de las mitades del cuello de la blusa. Llevaba la falda justo por encima de las rodillas y medias de lana. Vanja se acordó de inmediato de la niña de una serie de televisión de los años setenta que reponían a veces cuando ella era pequeña, sobre todo por la expresión seria y casi enfurruñada de la cara. Se levantó de la silla y le tendió la mano a la chica, que entró en la cocina y cogió una silla en la cabecera de la mesa.

—Hola, Lisa. Me llamo Vanja Lithner. Soy policía.

—Ya he hablado antes con un policía —respondió Lisa. Le estrechó la mano a Vanja, y acompañó el gesto con una breve flexión de las rodillas y una ligera reverencia. Después se sentó. Ann-Charlotte se levantó de su sitio y fue a buscar una taza a un armario.

—Ya lo sé —continuó Vanja mientras volvía a sentarse—, pero yo trabajo en otro departamento y apreciaría muchísimo que hablaras también conmigo, aunque probablemente te haré las mismas preguntas.

Lisa se encogió de hombros y tendió la mano hacia el paquete de *muesli* sobre la mesa. A continuación, echó una cantidad considerable de cereales en el plato hondo que tenía delante.

—Dices que Roger sufría acoso en su anterior colegio —prosiguió Vanja—.

¿Sabes quién o quiénes lo acosaban?

Lisa volvió a encogerse de hombros.

—Todos, creo yo. En la otra escuela no tenía amigos. Pero nunca quería hablar de eso. Estaba muy contento de haber dejado de ir al colegio anterior y haberse cambiado al nuestro.

Lisa cogió el envase de yogur y echó una espesa capa sobre los cereales. Ann-Charlotte colocó delante de su hija una taza de té y dijo:

—Roger era muy buen chico. Tranquilo, sensible, maduro para su edad... Me parece del todo inconcebible que alguien...

Ann-Charlotte se sentó de nuevo, sin terminar la frase. Vanja abrió su libreta de apuntes y escribió: «Colegio anterior: acoso». Después se volvió hacia Lisa, que en ese preciso instante se llevaba una cucharada de yogur con *muesli* a la boca.

—Volvamos a aquel viernes, cuando desapareció. Por favor, dime qué hicisteis, si pasó algo especial mientras Roger estuvo aquí y todo lo que puedas recordar, por muy normal o sin importancia que te parezca.

Lisa se tomó su tiempo, masticó bien y tragó antes de echar un rápido vistazo a Vanja y responder:

—Ya se lo he contado todo al otro policía.

—Sí, pero, como te he dicho, yo también necesito oírlo. ¿A qué hora llegó?

—Después de las cinco. A las cinco y media quizá.

Lisa miró a su madre, como buscando ayuda.

—Más cerca de las cinco y media —dijo Ann-Charlotte—. Erik y yo teníamos que irnos a las seis y estábamos a punto de salir cuando llegó Roger.

Vanja asintió y tomó nota.

—¿Qué hicisteis mientras estuvo aquí?

—Estuvimos en mi habitación. Estudiamos las lecciones para el lunes y después preparamos un té y vimos «Let's Dance» en la tele. Se fue un poco antes de las diez.

—¿Adónde te dijo que iba?

Lisa se encogió de hombros una vez más.

—A su casa. Quería saber a quién expulsaban del programa y para eso había que esperar a que dieran las noticias y la publicidad.

—¿Y a quién expulsaron?

Vanja notó que la cuchara que se dirigía a la boca de Lisa, cargada con un poco más de *muesli* y de yogur, se detenía. Muy poco tiempo. Casi nada. Pero la duda estaba ahí. Vanja no había hecho más que preguntar una intrascendencia, para quebrar la sensación de interrogatorio que impregnaba la conversación; pero la pregunta había

sorprendido a Lisa. Vanja lo había notado. Lisa siguió comiendo.

—*Do zé...*

—No hables con la boca llena —la interrumpió Ann-Charlotte.

Lisa guardó silencio y siguió masticando, con la vista fija en Vanja. ¿Estaría ganando tiempo? ¿Por qué no había contestado antes de meterse la cuchara en la boca? Vanja esperó mientras Lisa masticaba. Por fin, la chica tragó.

—No lo sé. No vi el programa después de las noticias.

—¿Qué bailaron los concursantes?

Vanja estaba segura. La mirada de Lisa se ensombreció. Por alguna razón, le molestaban las preguntas.

—No sé los nombres de los estilos. Además, no prestamos mucha atención. Estábamos hablando, leyendo, escuchando música y esas cosas mientras hacíamos un poco de *zapping*.

—No sé qué importancia puede tener el contenido de un programa de televisión para encontrar a la persona o las personas que hicieron daño a Roger —intervino Ann-Charlotte, apoyando la taza sobre la mesa con un ruido sordo que delató irritación.

Vanja se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Ninguna importancia. Sólo pretendía charlar un poco.

Se volvió otra vez hacia Lisa, pero la chica no le devolvió la sonrisa, sino que la miró a los ojos con aire rebelde.

—¿Mencionó Roger durante la tarde alguna cosa que lo preocupara?

—No.

—¿Lo llamó alguien? ¿Recibió algún mensaje del que no haya querido hablar o que le resultara inquietante?

—No.

—¿Se comportó de manera diferente a la habitual? ¿Parecía tener dificultad para concentrarse o algo así?

—No.

—¿Y tampoco dijo que fuera a encontrarse con nadie más, cuando se despidió de ti a las...? ¿A las diez, has dicho?

Lisa miró a Vanja. ¿A quién intentaba engañar? Sabía perfectamente que Lisa había dicho a las diez. La estaba poniendo a prueba, para ver si se contradecía. Pero era inútil. Lisa lo tenía todo muy ensayado.

—Sí, se fue hacia las diez. Y sólo dijo que se iba a su casa, para ver a quién expulsaban del programa.

Lisa tendió la mano hacia la cesta y cogió una rebanada de pan. Ann-Charlotte volvió a intervenir.

—Eso ya lo ha explicado. No entiendo por qué tiene que responder todo el tiempo a las mismas preguntas. ¿Acaso no cree que dice la verdad?

Ann-Charlotte hablaba en un tono casi ultrajado, como si la sola idea de que su hija pudiera tener algo que ver con una falsedad le resultara muy chocante. Vanja miró a Lisa. Quizá la idea fuera chocante para su madre, pero estaba segura de que la joven no decía toda la verdad. Aquella noche había pasado algo que Lisa no pensaba contar, al menos con su madre delante. Lisa se sirvió unas lonchas de queso y las puso sobre el pan, con movimientos lentos y casi deliberados. De vez en cuando, miraba fugazmente a Vanja. Tenía que actuar con cuidado. Vanja era mucho más sagaz que el policía que la había interrogado en la cafetería del colegio. Debía ceñirse estrictamente a la historia ensayada. Repetir los mismos puntos. No tenía por qué recordar los detalles de la velada. No había pasado nada especial.

Roger llegó.

Estudiamos juntos.

Tomamos el té.

Vimos la televisión.

Roger se fue.

Nadie podía esperar que recordara cada pequeño detalle de una velada cualquiera de un viernes como cualquier otro. Además, estaba en estado de *shock*. Su novio había muerto. Si hubiera tenido más facilidad para el llanto, ya le habrían saltado un par de lágrimas, y entonces su madre habría puesto fin a la conversación.

—Por supuesto que lo creo —respondió Vanja con calma—. Pero hasta donde sabemos, Lisa fue la última persona que vio a Roger aquella noche. Es importante confirmar que todos los detalles son correctos. —Empujó hacia atrás la silla—. Ahora tengo que irme. Y ustedes tendrán que ir al colegio y a trabajar.

—Yo no trabajo, excepto unas pocas horas a la semana en la parroquia. De voluntaria.

Ama de casa. Eso explicaba la casa perfecta. Al menos en lo referente a la limpieza.

Vanja sacó una tarjeta de visita y se la tendió a Lisa. Pero no la soltó, de manera que la chica se vio obligada a levantar la vista y a intercambiar con ella una mirada.

—Llámame si recuerdas algo de aquel viernes que no nos hayas dicho todavía. —

Vanja volvió la cabeza hacia Ann-Charlotte—. Encontraré sola el camino. Ustedes sigan desayunando.

Vanja salió de la cocina, abandonó la casa y volvió a la comisaría. Por el camino, pensó en el chico muerto y se dio cuenta de algo que la entristeció y le hizo sentir también un poco de rabia.

Hasta ese momento, no había hablado con nadie que pareciera especialmente conmovido o deprimido por la muerte de Roger.

Fredrik pensó que le llevaría unos diez minutos, como máximo. Entrar, hablar con la policía y salir. Sabía que Roger había desaparecido, por supuesto. Todo el mundo lo comentaba en el colegio. Era probable que nunca se hubiera hablado tanto de Roger en Runeberg como la semana anterior. Jamás le habían prestado tanta atención, sobre todo desde que lo habían encontrado muerto. De inmediato habían organizado la atención psicológica de emergencia, y algunos chicos que nunca le habían hecho ni puto caso a Roger durante el poco tiempo que había estado en el colegio habían decidido saltarse las clases, se habían puesto a llorar y habían formado grupos donde todos se daban la mano y a media voz contaban bonitos recuerdos.

Fredrik no había conocido a Roger y su muerte no lo entristecía particularmente. Se había cruzado alguna vez con él por los pasillos. Era una cara conocida y nada más. Podía decir con toda sinceridad que no le había dedicado ni un solo pensamiento desde que había dejado de asistir al colegio de Runeberg, el otoño anterior. Pero ahora habían llegado las cámaras de la televisión local, y algunas de las chicas de segundo, que ni siquiera le habrían dirigido la palabra a Roger aunque hubiera sido el último mocoso de la Tierra, habían encendido velas y habían puesto flores en una de las porterías del campo de fútbol, delante del colegio.

¿Era quizá un detalle bonito? ¿Una señal de que la empatía y el sentimiento humanitario no se habían perdido? Puede que Fredrik fuera un cínico que sólo veía en ello falsedad y una manera de servirse de la tragedia para llamar la atención y hacerse notar. Una forma de aprovechar la oportunidad para llenar un vacío indefinible.

Para sentir la solidaridad.

Para tener una experiencia, fuera cual fuese.

Recordó las fotos que habían visto en clase de sociales, en las que salían los grandes almacenes de Estocolmo donde habían asesinado a la ministra Anna Lindh. Ya entonces le había parecido extraño que se congregara tanta gente. ¿De dónde surge esa necesidad de expresar dolor por la pérdida de personas que ni siquiera conocemos? Personas con las que nunca hemos cruzado ni una sola palabra. Era

evidente que la necesidad era real. ¿Sería tal vez un defecto de Fredrik, esa imposibilidad de sentir y experimentar el dolor colectivo?

Pero él leía los periódicos. Pese a todo, el muerto era un chico de su edad, un conocido suyo al que le habían arrancado el corazón. La policía quería hablar con todos los testigos que hubieran visto a Roger después de su desaparición el viernes por la noche. Mientras Roger solamente había estado desaparecido, Fredrik no había creído necesario dirigirse a la policía, porque en realidad él lo había visto *antes* de su desaparición. Pero ahora habían dicho que estaban interesados en todos los detalles de lo que pasó el viernes, todos sin excepción, antes y después de la hora de la desaparición. Fredrik pasó por la comisaría de camino al colegio, aparcó la bicicleta y empujó la puerta, pensando que le llevaría muy poco rato.

A la mujer uniformada que encontró detrás del mostrador le dijo que tenía información acerca de Roger Eriksson. Antes de que ella tuviera tiempo de descolgar el teléfono para llamar a alguien, apareció un policía vestido de paisano, con una taza de café en la mano, que salió a su encuentro renqueando y le pidió que lo siguiera.

Desde entonces habían pasado —Fredrik lanzó una mirada al reloj de pared— veinte minutos. Le había contado al policía cojo todo lo que tenía que decir. El hombre le había hecho repetir algunas cosas dos veces, y la localización, tres. La tercera vez le había tenido que señalar el lugar en un mapa. Finalmente, pareció que el policía se daba por satisfecho. Cerró el bloc de notas y miró a Fredrik.

—Te agradezco que hayas venido. Espera aquí un momento, por favor.

Él asintió y el policía se alejó cojeando.

Entonces Fredrik se sentó y se puso a contemplar los despachos diáfanos, donde diez o doce policías trabajaban en sus escritorios, separados de los demás por tabiques móviles, decorados con dibujos infantiles, fotos de familia y cartas de restaurantes, junto a otros impresos más directamente relacionados con el trabajo. La banda sonora era una mezcla amortiguada de tecleos, conversaciones, timbres de teléfono y zumbidos de fotocopadoras. Fredrik se preguntó cómo podría alguien trabajar en un ambiente como ese, aunque él siempre estudiaba con los auriculares del iPod puestos. ¿Cómo era posible estar sentado frente a una persona que hablaba por teléfono y no prestar atención a la conversación?

El policía se acercaba renqueando hacia la puerta, pero antes de que llegara le salió al paso una mujer rubia, con traje de chaqueta. Fredrik creyó advertir que el policía cojo se encorvaba y se volvía un poco más pequeño al verla.

—¿Quién es? —preguntó Hanser, señalando con la cabeza al chico que los miraba.

Haraldsson siguió su mirada, aunque sabía muy bien a quién se refería.

—Se llama Fredrik Hammar y tiene información sobre Roger Eriksson.

Haraldsson agitó el bloc de notas, como para evidenciar que lo tenía todo apuntado. Hanser tuvo que esforzarse para conservar la calma.

—Si tiene que ver con Roger Eriksson, ¿por qué no lo has enviado directamente a hablar con la gente de la Unidad de Homicidios?

—Me lo he encontrado cuando llegaba a la recepción, y me ha parecido mejor interrogarlo yo primero, más que nada para comprobar si la información era relevante. No creo que Torkel deba perder el tiempo en cosas sin importancia para la investigación.

Hanser hizo una inspiración profunda. Podía imaginar lo penoso que debía de ser para un policía que le retiraran la responsabilidad de una investigación. Era una demostración evidente de falta de confianza, por mucho que hubieran intentado suavizar la medida, y que ella misma hubiera tomado la decisión no facilitaba las cosas. Haraldsson había aspirado a ocupar aquel cargo, y ella lo sabía. Tampoco hacía falta tener un gran conocimiento de la psicología humana para saber lo que Haraldsson opinaba de ella. Sus acciones, en todo momento, desprendían animadversión y hostilidad hacia su persona. Era probable que ella hubiera debido alegrarse de que Haraldsson se aferrara a esa investigación con la obstinación de un loco, y apreciar su empeño como un gesto de dedicación al trabajo y de auténtico compromiso. Aunque también era posible que el hombre simplemente no se hubiera enterado de que ya no participaba en el caso. Hanser se inclinaba más bien por creer lo segundo.

—Ya no te corresponde a ti decidir qué es relevante para este caso y qué no.

Haraldsson asintió brevemente, como esperando a que ella terminara la frase para contradecirla. De hecho, Hanser no pudo seguir hablando, porque él la interrumpió.

—Sé muy bien que los responsables son ellos, pero me han dicho con toda claridad que quieren tenerme cerca.

Hanser maldijo para sus adentros la diplomacia de Torkel, que la obligaba a ser la mala de la película. No era que eso fuera a cambiar mucho su relación con Haraldsson, pero aun así era molesto.

—Thomas, la Unidad de Homicidios se ha hecho cargo de la investigación y eso significa que tú ya no tienes ninguna relación con el caso, ninguna en absoluto, a menos que ellos te pidan de forma expresa que participes.

Ya estaba, ya se lo había dicho. Otra vez más.

Haraldsson la miró con frialdad. Entendía a la perfección lo que estaba haciendo.

Si con su ausencia de rutinas y su falta de liderazgo Hanser había creído necesario recurrir de inmediato a la Unidad de Homicidios, era natural que no le apeteciera ver a ninguno de sus subordinados trabajando con ellos. Quería que resolvieran el caso ellos solos, para poder demostrar a sus superiores que había tomado la decisión correcta y que la policía de Västerås carecía de las competencias necesarias.

—Eso podríamos hablarlo con Torkel, que me ha dicho abiertamente que quiere trabajar «cerca de mí». Por otro lado, este chico ha traído información bastante interesante, que ahora mismo pensaba transmitirle a Torkel y a su equipo. Creo que deberíamos tratar de resolver este caso; pero, si tú lo prefieres, podemos quedarnos aquí y seguir discutiendo sobre la cadena de mando. Como quieras.

De modo que esas eran sus cartas. Quería presentarla a ella como la burócrata y reservarse el papel del buen policía, interesado sólo en el caso y libre de todo egoísmo. Hanser de repente comprendió que Haraldsson podía ser un enemigo mucho más peligroso de lo que había creído hasta ese momento.

Se apartó de su camino, y él sonrió triunfante mientras se alejaba cojeando. Unos pasos más allá, gritó en dirección a la sala de la Unidad de Homicidios, en el tono más familiar que pudo:

—Billy, ¿tienes un minuto?

Vanja abrió la libreta de notas. Acababa de pedirle disculpas a Fredrik por hacerle repetir lo que ya había dicho. Era irritante. Le parecía importante ser la primera en escuchar a los testigos y a los implicados, porque existía el riesgo de que la segunda vez se volvieran menos exhaustivos, incluso sin darse cuenta. Podían omitir datos, creyendo que ya los habían mencionado, o recapacitar y considerar que parte de la información era irrelevante. Vanja advirtió que era la segunda vez en la investigación de ese caso que hablaba con alguien cuya declaración había perdido la frescura inicial, porque ya se lo había contado todo a Haraldsson. Dos veces de dos posibles. Se prometió que no habría una tercera y empuñó el bolígrafo para tomar notas.

—¿Dices que viste a Roger Eriksson?

—Sí, el viernes.

—¿Estás seguro de que era él?

—Sí, íbamos a la misma escuela de primaria, la Vikingaskola. Después él fue al mismo instituto de bachillerato que yo, el de Runeberg, pero se cambió al final del primer trimestre.

—¿Estabais en la misma clase?

—No, yo soy mayor.

—¿Dónde lo viste?

—En la calle Gustavsborgsgatan, junto al aparcamiento de la escuela superior. No sé si sabe dónde está...

—Ya lo miraremos nosotros.

Billy tomó nota. Cuando Vanja decía «nosotros» en ese tipo de situaciones se refería a él. Tendría que señalar el punto en el mapa.

—¿Hacia dónde se dirigía?

—Al centro. No sabría decirle si eso significa que iba hacia el norte, hacia el sur...

—Eso también lo miraremos nosotros.

Billy volvió a tomar nota.

—¿A qué hora del viernes lo viste?

—A las nueve. Poco después de las nueve.

Vanja levantó la cabeza, sorprendida por primera vez durante la conversación, y miró a Fredrik con cierto escepticismo. ¿Había entendido bien? Volvió a leer sus notas.

—¿Las nueve de la noche? ¿Las veintiuna horas?

—Un poco después.

—¿Y dices que fue el viernes?

—Sí.

—¿Estás seguro? ¿También de la hora?

—Sí, yo había terminado el entrenamiento a las ocho y media, y estaba yendo al centro. Había quedado para ir al cine, y recuerdo que miré el reloj y pensé que faltaban veinticinco minutos. La película empezaba a las nueve y media.

Vanja guardó silencio. Billy comprendió su asombro, porque acababa de trazar la cronología de la desaparición de Roger en la pizarra de la sala de reuniones. Roger había salido de la casa de su novia a las diez de la noche. Según la chica, no había abandonado su habitación, ni mucho menos su casa, en toda la velada. ¿Qué hacía entonces en Gustavsborgsgatan una hora antes? Vanja estaba pensando exactamente lo mismo. Por lo visto, Lisa había mentido, tal como ella imaginaba. El chico que Vanja tenía delante parecía digno de confianza. Maduro a pesar de su juventud. Nada en su actitud hacía pensar que quisiera llamar la atención, o que buscara nuevas emociones, o que simplemente fuera un mentiroso.

—Muy bien, de modo que viste a Roger. ¿Por qué te fijaste en él? Habría más gente por la calle, siendo un viernes por la noche, ¿no?

—Me fijé porque iba caminando solo y había un ciclomotor que iba dando vueltas a su alrededor, para fastidiarlo.

Vanja y Billy se inclinaron a la vez hacia delante. Los datos sobre la hora eran importantes, pero hasta ese momento toda la información giraba sólo en torno a los movimientos de la víctima durante la tarde y la noche de su desaparición. De pronto, aparecía una acción del todo nueva. Alguien que lo molestaba. Las cosas empezaban a encaminarse. Vanja volvió a maldecir entre dientes por ser la segunda en tomarle declaración al chico.

—¿Un ciclomotor? —preguntó Billy, cogiendo el relevo de Vanja, que no sólo se lo permitió, sino que se lo agradeció.

—Sí.

—¿Recuerdas cómo era? ¿Recuerdas el color, por ejemplo?

—Sí, pero yo sé...

—¿De qué color era? —lo interrumpió Billy, con la seguridad de estar en su territorio.

—Rojo, pero también sé...

—¿Pudiste reconocer la marca? —volvió a interrumpirlo Billy, impaciente por recomponer el rompecabezas—. ¿Sabes qué tipo de ciclomotor era? ¿Recuerdas si tenía la placa de la matrícula?

—Sí, o mejor dicho no, no lo recuerdo. —Fredrik se volvió hacia Vanja—. Pero sé de quién es. Conozco al tipo que iba montado en el ciclomotor: Leo Lundin.

Vanja y Billy intercambiaron una mirada y Vanja se levantó diligente.

—Espera un momento. Tengo que ir a buscar a mi jefe.

El hombre que no era un asesino se sentía orgulloso, aunque en realidad no debería. Los emotivos reportajes, la escuela sumida en el duelo y las ruedas de prensa con ceñudos policías decían lo contrario. Contaban una historia trágica, oscura y dolorosa. Pero él no podía evitar sentirse así. Por mucho que lo intentaba, no conseguía desprenderse de la sensación de satisfacción personal. En eso estaba solo. Nadie podría entenderlo nunca.

Ni siquiera las personas más próximas.

Dijeran lo que dijeren.

Su orgullo era reconfortante y liberador casi hasta la euforia. Había actuado con contundencia, como un hombre de verdad. Había protegido a quienes lo necesitaban. No se había echado atrás, ni había traicionado la confianza de nadie cuando realmente fue preciso. El olor fuerte y dulzón de la sangre y las entrañas se le había metido dentro, y había tenido que combatir las náuseas con todo el cuerpo. Pero había seguido adelante. No le había temblado la mano cuando empuñó el cuchillo. Las piernas no se le habían doblado cuando tuvo que transportar el cadáver. Había rendido al máximo de sus capacidades en una situación que la mayoría de las personas no habrían podido resistir, o ni siquiera habrían llegado a vivir. Por eso estaba orgulloso.

El día anterior había estado tan intranquilo que no pudo quedarse quieto. Había tenido que salir a dar un paseo de varias horas, a través de una ciudad que sólo hablaba de una cosa: de su secreto. Al cabo de un rato, llegó a la comisaría. Instintivamente, cuando vio el conocido edificio pensó en dar la vuelta. Había estado tan absorto en sus pensamientos que no se había fijado en el camino que llevaba; pero en cuanto llegó a aquel lugar, se dio cuenta de que podía seguir andando con calma. No era más que un transeúnte que pasaba por allí. Los hombres y las mujeres de detrás de esas paredes no sospecharían nada. No sabrían que tenían tan cerca a la persona que buscaban. Siguió su camino, mirando sólo hacia delante. No se atrevió a mirar a través de los grandes ventanales. Por el sendero del garaje estaba saliendo un coche patrulla, que se detuvo para dejarlo pasar. Saludó con un leve movimiento de la

cabeza a los ocupantes del coche, como si los conociera. De hecho, sabía quiénes eran. Eran sus enemigos. Él era el hombre que buscaban, aunque no fueran conscientes de ello. Era muy emocionante y satisfactorio estar en posesión de ese conocimiento, tener la verdad en la mano, la verdad que ellos buscaban febrilmente. En lugar de andar, hizo señas para que el coche de policía pasara primero. Podía hacerles ese favor a sus enemigos.

Sabía muy bien de dónde procedía su fuerza. No se la daba Dios. El Todopoderoso ofrecía guía y consuelo. Era su padre quien le daba la fuerza. Su padre, que lo había desafiado y lo había curtido, y le había hecho entender todo lo que hacía falta. No había sido fácil. En cierto sentido, el secreto que guardaba ahora, de mayor, le recordaba al que había ocultado de niño. Tampoco entonces había podido entenderlo nadie.

Ni siquiera las personas más próximas.

Dijeran lo que dijeren.

En una ocasión, un día que se sentía débil y triste, se lo había contado a una enfermera de la escuela, una chica rubia que olía a flores. Supuso una gran conmoción. Un caos. Intervinieron la dirección de la escuela y los servicios sociales. Psicólogos y funcionarios empezaron a hablar, a llamar por teléfono y a visitar su casa. Su madre lloraba y él, que era un niño pequeño, comprendió de repente lo que estaba a punto de perder. Todo. Sólo por haber sido débil, por no haber cerrado la boca. Él sabía que su padre lo quería. Pero era un hombre que expresaba su amor a través de la disciplina; un tipo que prefería hablar con los puños, la palmeta y el cinturón, antes que con palabras; un padre que preparaba a su hijo para la realidad, a través de la obediencia. Y la realidad lo obligaba a uno a ser fuerte.

Había resuelto el problema retirando lo dicho, negándolo, asegurando que había sido un malentendido. Así había recuperado el orden. No quería perder a su padre ni a su familia. Podía soportar las palizas, pero la idea de perderlo a él se le hacía intolerable. Se habían mudado a otra ciudad. Su padre había apreciado esa retractación, todas esas mentiras. Estaban más unidos y él lo notaba. Las palizas no disminuyeron, sino más bien al contrario, pero él las encontró más soportables. Y ya no dijo nada más. Se volvió más fuerte. Nadie entendía el don que le había otorgado su padre. Él tampoco lo había entendido del todo. Pero ahora lo veía con claridad. Le había dado la capacidad de elevarse por encima del caos y actuar. El hombre que no era un asesino sonrió para sus adentros. Se sentía más cerca que nunca de su padre.

Sebastian se había despertado poco antes de las cuatro de la madrugada en una de las

camas individuales, duras y estrechas del piso de arriba. La de su madre, según pudo deducir por la decoración del resto de la habitación. Sus padres aún no dormían en habitaciones separadas cuando Sebastian se había marchado de casa, pero el cambio no lo había sorprendido. Meterse de forma voluntaria en la cama con su padre, noche tras noche, no podía considerarse un comportamiento del todo sano, y era evidente que su madre había acabado por comprenderlo.

Por lo general, Sebastian se levantaba en cuanto lo despertaba el mismo sueño de todas las noches, independientemente de la hora que fuera. Pero no siempre. A veces se quedaba en la cama. Cerraba los ojos y sentía que poco a poco remitía el calambre de la mano derecha mientras él se esforzaba por enterrar el sueño en las profundidades de su mente.

A veces echaba de menos esas mañanas. Y también las temía. Cuando dejaba que el sueño cobrara fuerza de nuevo, cuando intentaba exprimirle el puro y cristalino sentimiento de amor que contenía, entonces el regreso a la realidad era mucho más difícil y más cargado de angustia que cuando se limitaba a soltarlo y a dejarlo ir, para levantarse y seguir adelante con su vida. Casi nunca merecía la pena. Porque después del amor llegaba el dolor.

La pérdida.

Siempre, infaliblemente.

Era como una adicción. Conocía las consecuencias. Sabía que justo después se sentiría tan mal que no tendría fuerzas para seguir.

Que casi no podría respirar.

Que apenas conseguiría sobrevivir.

Pero de vez en cuando lo necesitaba. El núcleo, la carne viva, los sentimientos más intensos y auténticos que sus recuerdos ya no conseguían inspirarle. Después de todo, sus recuerdos no eran más que eso: recuerdos. En comparación con los sentimientos que alentaban en el sueño, eran pálidos y casi inertes. Ni siquiera podía estar seguro de que fueran verdaderos. Les había añadido y quitado cosas, de forma consciente o inconsciente. Había mejorado e intensificado algunos aspectos, y había atenuado o aminorado otros. Los recuerdos eran subjetivos. Pero el sueño era objetivo. Implacable.

Sin sentimentalismo.

Insufriblemente doloroso.

Pero vivo.

Esa mañana, en la vieja casa de sus padres, se quedó en la cama y se permitió abrazar otra vez el sueño. Era su voluntad. Lo necesitaba. Fue fácil porque aún

permanecía en su interior como un murmullo invisible, y sólo necesitó reforzarlo. Y así lo hizo.

Entonces pudo sentirla. No recordarla, sino sentirla realmente. Sintió aquella manita en la suya. Oyó la voz de ella; también otras voces y otros sonidos, pero más que nada su vocecita. Incluso logró sentir su olor. Olía a gel de baño infantil y a crema solar con filtro protector. La tenía en brazos, medio dormida. La tenía de verdad. Una vez más. Sebastian movió el pulgar, sin darse cuenta, y tocó el anillo barato que llevaba ella en el índice. Una mariposa. Se lo había comprado él en un mercadillo, con un montón de baratijas más. A ella le había encantado nada más verlo y no había querido quitárselo nunca más.

El día había empezado en cámara lenta. Habían salido tarde de la habitación. El plan era quedarse en el hotel y pasar el día entero en la piscina, sin hacer nada. Lily había salido a correr. Como había comenzado tarde, pensaba correr menos tiempo que de costumbre. Cuando por fin salieron, Sabine no había querido pasar un rato relajado en la piscina. Estaba llena de energía, necesitaba moverse. Entonces él decidió bajar un momento a la playa. A Sabine le encantaba la playa. Le encantaba que él la cogiera en brazos y la llevara a jugar con las olas. Gritaba de felicidad cuando él la hacía saltar entre el mar y el aire, entre lo seco y lo mojado. De camino a la playa, se cruzaron con varios niños. Dos días atrás había sido Nochebuena y muchos llevaban juguetes nuevos. Sabine iba acaballada sobre sus hombros. Había una niña que jugaba con un delfín hinchable de color azul cielo, y Sabine se volvió para mirarla y exclamó:

—¡Papá, yo quiero uno igual!

Fue lo último que le dijo. La playa estaba un poco más adelante, detrás de unas dunas altas, y él apretó el paso, para que Sabine se fijara en otras cosas y dejara de pensar en delfines de color azul celeste. La estrategia funcionó, porque Sabine se echó a reír cuando notó que él andaba con dificultad sobre la arena caliente. Sintió sus manitas suaves sobre la aspereza de las mejillas con barba de pocos días, y sus carcajadas cuando tropezó y estuvo a punto de caer.

Había sido idea de Lily hacer ese viaje en Navidad. Él no se había opuesto abiertamente. Las grandes ocasiones no eran la especialidad de Sebastian, que además no se llevaba demasiado bien con la familia de Lily. Por eso, en cuanto ella había propuesto largarse durante las fiestas navideñas, él había aceptado. Pero no porque le gustaran especialmente el sol y la playa, sino porque comprendía que Lily, como siempre, estaba intentando hacerle la vida más fácil. Además, a Sabine le encantaban el sol y el mar, y todo lo que le gustaba a Sabine también le gustaba a él. Era una sensación bastante nueva para Sebastian, la de hacer algo por los demás, que había

empezado con Sabine. De pie en la playa, contemplando el océano Índico, pensó que la sensación era buena. Dejó en el suelo a Sabine, que enseguida salió corriendo con sus piernecitas en dirección al mar. El agua parecía mucho menos profunda que en días anteriores, y la orilla estaba bastante más lejos que de costumbre. Sebastian supuso que se habría retirado a causa de la marea. Corrió con ella hasta la orilla. El cielo estaba nublado, pero la temperatura del aire y del mar era perfecta. Sin una sola preocupación en el mundo, le dio un beso a Sabine por última vez, antes de mojarla con el agua tibia, que le llegaba a la cintura. Primero ella gritó y después estalló en carcajadas, porque para Sabine el mar era temible y maravilloso a la vez. Sebastian recordó de pronto el término psicológico que describía ese juego: ejercicio de confianza. El padre no suelta al niño y el niño se atreve cada vez más. Una palabra sencilla —confianza— cuyo significado Sebastian no había practicado nunca hasta entonces. Mientras Sabine gritaba de miedo y a la vez de alegría, Sebastian no distinguió el principio del estruendo. Estaba totalmente absorto en la relación de confianza entre ambos. Cuando oyó el ruido, ya era tarde.

Ese día aprendió una palabra nueva.

Una palabra que, pese a sus muchas lecturas, no había oído nunca.

Tsunami.

Las mañanas en que se abrazaba al sueño, volvía a perderla. El dolor lo desgarraba hasta tal punto que no le parecía posible volver a levantarse nunca más de la cama.

Pero se levantaba.

Al final se levantaba.

Y de ese modo seguía adelante con eso que era su vida.

«¡Leonard!». En cuanto vio a la pareja en la escalera, Clara Lundin supo que debía de tratarse de algo relacionado con su hijo. Antes incluso de que se presentaran y le enseñaran las placas, ella se dio cuenta de que no eran testigos de Jehová ni vendedores. Sabía que ese día iba a llegar. Lo sabía y por eso se le hizo un nudo en el estómago, o quizá solamente se le intensificó el que ya tenía. Hacía tanto tiempo que sentía esa presión en el diafragma que ya casi no la notaba. La sentía cuando sonaba el teléfono por la noche; cuando oía sirenas en la calle, los fines de semana; cuando Leonard volvía a casa con sus amigos y la despertaba; o cuando veía mensajes del colegio en el buzón de entrada.

—¿Está Leo? —preguntó Vanja mientras se guardaba la placa.

—Leonard —la corrigió Clara sin pensar—. Sí, está en casa. ¿Qué se les ofrece?

—¿Está enfermo? —dijo Vanja, eludiendo responder a la pregunta sobre el motivo de su visita.

—No, no creo... ¿Por qué?

—Como no ha ido a clase, he supuesto que estaría enfermo.

Clara advirtió entonces que ni siquiera se había parado a pensarlo. Sus horarios en el hospital cambiaban con frecuencia, y cada vez se ocupaba menos de la asistencia de su hijo al colegio. El chico iba y venía más o menos a su antojo. La mayor parte del tiempo hacía lo que quería.

O, mejor dicho, todo el tiempo.

Se le había ido de las manos. Así estaban las cosas y sólo cabía reconocerlo. Había perdido el control. Desde hacía menos de un año. Era natural, o al menos eso decían los libros que sacaba de la biblioteca y las secciones de consejos de los periódicos que leía. Era la edad en que los chicos empezaban a distanciarse de los padres y comenzaban a explorar con paso vacilante el mundo de los adultos. Había que aflojarles un poco las riendas, pero sin soltarlas del todo, y ofrecerles la tranquilidad de saber que sus padres seguían ahí siempre que los necesitaran. Pero Leonard nunca había explorado nada con paso vacilante. Él se había lanzado de cabeza. De un día para otro. Como en un agujero negro. De repente, se había apartado tanto de ella que

no había riendas en el mundo que llegarantan lejos. Ella seguía ahí, pero Leonard ya no la necesitaba para nada.

—Se le han pegado un poco las sábanas. ¿Qué querían ustedes?

—Queremos hablar con él —contestó Billy, avanzando un poco más hacia el vestíbulo.

Dentro se oía el sonido del bajo que ya habían distinguido mientras se acercaban por la calle a la casa de una sola planta en forma de L. Era hip-hop. Billy reconoció el tema.

DMX. *X Gon' Give it to Ya.*

Año 2002. *Old school rap.*

—Soy su madre y quiero saber qué ha hecho.

Vanja observó que la madre no preguntaba por lo que ellos *creían* o *sospechaban* que podía haber hecho su hijo. No, ella partía de la base de que su hijo era culpable.

—Deseamos hacerle unas preguntas acerca de Roger Eriksson.

El chico asesinado. ¿Por qué quería la policía hablar con Leonard acerca del chico asesinado? El nudo en el estómago se convirtió directamente en espasmo. Clara asintió en silencio, se apartó de la puerta y dejó pasar a Vanja y a Billy. Después, fue hacia la izquierda y atravesó el cuarto de estar hasta una puerta cerrada, que no podía abrir si antes no llamaba. Llamó.

—Leonard. Ha venido la policía. Quieren hablar contigo.

Billy y Vanja esperaban en el vestíbulo, pequeño y ordenado. A la derecha había un perchero de pared con tres chaquetas colgadas, dos de las cuales parecían ser de Leonard. Del cuarto gancho colgaba un bolso de mano solitario. Al pie del perchero había una balda para el calzado, con cuatro pares de zapatos. Dos eran zapatillas de deporte. Reebok y Ecko, observó Billy. En la pared opuesta, una cómoda pequeña con espejo. Sobre la cómoda no había nada, excepto un tapete y un florero pequeño con siemprevivas. Después de la cómoda, terminaba la pared y empezaba el cuarto de estar. Clara volvió a llamar a la puerta cerrada.

—Leonard. Quieren hablar un momento contigo acerca de Roger. Sal, por favor.

Golpeó otra vez con los nudillos. En el vestíbulo, Billy y Vanja intercambiaron una mirada y se pusieron de acuerdo sin decir nada. Se limpiaron los zapatos en el felpudo y atravesaron el cuarto de estar. Al lado de la puerta de la cocina había una sencilla mesa de comedor, encima de una alfombra con dibujos de cuadros marrones sobre fondo amarillo, y un poco más allá, dos sofás, uno de ellos con el respaldo contra la mesa. El otro sofá estaba situado frente al primero, y entre los dos había una mesa baja de madera clara, probablemente de abedul, pensó Vanja, aunque en realidad no

tenía ni idea. De la pared colgaba un televisor. No se veía ninguna película, aunque debajo del televisor había un armario bajo con un reproductor de DVD encima. Tampoco se veían videojuegos, ni una consola. La habitación estaba limpia y ordenada. No parecía que nadie se hubiera sentado en los sofás en los últimos tiempos. Los cojines estaban en su sitio, había una manta plegada con pulcritud y los mandos a distancia reposaban uno al lado del otro. Detrás del segundo sofá, una estantería ocupaba toda la pared, con libros de tapas duras y blandas ordenados en hileras perfectas, interrumpidas aquí y allá por pequeños objetos de adorno, sin una mota de polvo. Vanja y Billy se acercaron a Clara, que empezaba a parecer preocupada.

—¡Leonard, abre ahora mismo!

No hubo respuesta. La música siguió sonando al mismo volumen, o incluso más fuerte que antes, en opinión de Vanja, aunque quizá sólo se lo parecía porque estaban más cerca. Billy llamó a la puerta. Con decisión.

—Leo, ¿podemos hablar contigo un momento?

Nada. Volvió a golpear con los nudillos.

—Qué raro, ¿no? Me ha parecido oír el pestillo —dijo la madre.

Vanja y Billy miraron a Clara. Billy giró el pomo.

Clara tenía razón.

La puerta estaba cerrada con pestillo.

Vanja echó rápidamente una mirada a través del cuarto de estar, hacia el exterior. De repente, vio que un chico pelirrojo y bastante corpulento aterrizaba con suavidad sobre la hierba y empezaba a correr por el césped, en calcetines, hasta salir de su campo visual. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Vanja se precipitó hacia la puerta cerrada de la terraza y gritó:

—¡Leo! ¡Detente!

Pero Leonard no pensaba detenerse. Al contrario, echó a correr todavía más rápido. Vanja se volvió hacia Billy, que la miraba sin salir de su asombro.

—¡Tú ve por la parte delantera! —le gritó desde la puerta de la terraza mientras intentaba abrirla.

Un poco más allá se divisaba el chico, que huía a toda carrera. Vanja consiguió abrir la puerta y, con un par de ágiles saltos, pasó por encima de los parterres. Después echó a correr, sin dejar de gritarle al chico.

Hacia las ocho, Sebastian se había levantado de la cama, se había duchado y había caminado unos cientos de metros hasta la gasolinera más próxima. Había pedido un

café con leche para desayunar y se lo había tomado allí mismo mientras observaba a la gente de camino al trabajo, que entraba a comprar cigarrillos, café o gasolina súper. Cuando estuvo de vuelta en su provisional morada, recogió todos los diarios, las cartas, las facturas y la publicidad que encontró en el abarrotado buzón, y lo metió todo, excepto el periódico del día, en una bolsa que vio bien doblada en el armario de las escobas. Esperaba que el agente inmobiliario llamara pronto, para no tener que convertir en costumbre los desayunos en la gasolinera. Aburrido, salió y se sentó en el patio trasero de la casa, donde el sol ya empezaba a calentar el porche de madera instalado hacía relativamente poco. Cuando Sebastian era niño, ese mismo porche había tenido suelo de baldosas, de aquellas baldosas con piedrecitas en relieve que entonces tenía todo el mundo. Ahora daba la impresión de que todos se habían pasado a los porches de madera.

Sacó el periódico y se disponía a empezar por la sección de «Cultura», cuando oyó una voz femenina que gritaba en tono decidido:

—¡Leo! ¡Detente!

Unos segundos después, un corpulento adolescente pelirrojo atravesó el seto de ciprés de los vecinos, cruzó corriendo el estrecho camino para peatones y bicicletas que separaba las dos fincas y, con movimientos veloces, saltó la valla blanca de un metro de altura que delimitaba la parcela de Sebastian. Detrás iba una mujer de unos treinta años. Rápida y ágil. Cuando irrumpió a través del seto, no la separaban muchos metros del joven pelirrojo. Mientras observaba la persecución, Sebastian apostó en su interior a que el muchacho no llegaría a la valla de la finca siguiente. Acertó. Unos metros más allá, la mujer hizo un último esfuerzo y con un placaje bien dirigido derribó al chico. En honor a la verdad —pensó Sebastian—, era preciso admitir que la mujer había tenido cierta ventaja, por el hecho de correr calzada sobre terreno blando. Rápidamente, la mujer agarró al joven por un brazo y se lo dobló sobre la espalda, una típica maniobra policial. Sebastian se levantó y dio unos pasos por la hierba, pero no porque quisiera intervenir, sino únicamente para ver mejor. La mujer parecía tener la situación bajo control y, aunque no hubiese sido así, enseguida apareció un hombre más o menos de su edad, que llegó corriendo desde la dirección contraria para ayudarla. Por supuesto, también era policía, porque de inmediato sacó unas esposas e inmovilizó al muchacho, colocándole los dos brazos a la espalda.

—¡Maldita sea! ¡Soltadme! ¡No he hecho nada!

El pelirrojo se retorció sobre el césped, tanto como se lo permitía la eficaz tenaza de la mujer.

—Entonces ¿por qué corrías? —preguntó ella, que levantó al chico y lo puso de

pie, con la ayuda de su colega.

Echaron a andar hacia la parte delantera de la casa, en dirección a la calle donde seguramente los estaría esperando un coche, según pudo deducir Sebastian. Durante el breve recorrido, la mujer se dio cuenta de que no estaban solos en el jardín. Al ver a Sebastian, extrajo una identificación del bolsillo y se la enseñó. A la distancia en que se encontraban, habría podido ser cualquier cosa, incluso una tarjeta de crédito. Era imposible que Sebastian pudiera leerla.

—Vanja Lithner, Unidad de Homicidios. Todo está bajo control. Ya puede volver a entrar en su casa.

—No estaba dentro. ¿Puedo quedarme aquí fuera?

Pero era evidente que la mujer había puesto fin a la conversación. Se guardó la placa y volvió a agarrar al pelirrojo por un brazo. El muchacho parecía uno de esos chicos que la vida se empeña en hundir. No debía de ser la primera ni la última vez que un par de policías lo conducían hasta un coche patrulla que lo estaba esperando. Por el camino iba andando otra mujer, que se detuvo, se llevó las manos a la boca y sofocó un grito al ver lo que estaba sucediendo en el césped de Sebastian. Tenía que ser la madre, dedujo él. Pelo rojizo y rizado. Unos cuarenta y cinco años. No muy alta, quizá un metro sesenta y cinco. Bastante en forma. Con toda probabilidad sería socia de algún gimnasio. Debía de ser la vecina que vivía al otro lado del seto de ciprés. Cuando él todavía no se había marchado de casa, los vecinos eran una pareja de alemanes que tenían dos schnauzers. Ya eran viejos por aquel entonces y seguramente habrían muerto.

—Leonard, ¿qué has hecho? ¿Qué pretenden ustedes? ¿Qué ha hecho mi hijo?

A la mujer no parecía importarle que nadie le respondiera. Las preguntas le brotaban de forma acelerada de los labios, en un tono que tendía al falsete, como la válvula de seguridad de una olla a presión. Si se las hubiera guardado dentro, habría estallado de preocupación. La mujer seguía preguntando, parada en medio del césped.

—¿Qué ha hecho? Por favor, díganmelo. Leonard, ¿por qué tienes que meterte siempre en líos? ¿Qué ha hecho mi hijo? ¿Adónde lo llevan?

La mujer policía soltó al muchacho y dio unos pasos hacia la angustiada madre. Mientras tanto, el hombre se lo llevaba al coche.

—Solamente queremos hablar con él. Su nombre apareció durante la investigación —dijo la mujer policía.

Sebastian observó la mano apoyada sobre el antebrazo de la madre, para serenarla. Contacto físico. Muy bien. Un gesto profesional.

—¿Cómo que «apareció»? ¿Qué quiere decir con eso?

—Ahora su hijo tendrá que acompañarnos a la comisaría. Si viene usted dentro de un rato, hablaremos de todo esto con más calma —la interrumpió Vanja que, antes de continuar, se aseguró de establecer contacto visual con la madre del chico—. Ahora mismo no sabemos nada, Clara. No se preocupe innecesariamente. Venga más tarde y pregunte por mí o por Billy Rosén. Yo me llamo Vanja Lithner.

Como era obvio, Vanja ya se había presentado cuando llamó a la puerta de la familia Lundin, pero no estaba segura de que Clara recordara su nombre, ni tampoco de que le hubiera prestado atención. Por eso, para asegurarse, sacó una tarjeta de visita y se la tendió. Clara hizo un gesto afirmativo y la aceptó. Estaba demasiado conmocionada para protestar. Vanja se volvió y salió del jardín. Clara la vio desaparecer detrás de un grosellero en flor, y se limitó a quedarse parada, del todo perdida. Después se agarró a lo primero que encontró, que resultó ser Sebastian.

—¿Pueden hacer algo así? ¿Pueden llevárselo sin que yo vaya con ellos? ¡Es menor de edad!

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis.

—Entonces pueden.

Sebastian volvió a su porche de madera, al sol de la mañana y al periódico. Clara se quedó donde estaba, mirando hacia la esquina del jardín por donde había salido Vanja, como si esperara que los tres volvieran de repente por el mismo camino, para explicar entre risas que todo había sido una broma. Una broma pesada meticulosamente planeada. Pero no volvieron. Clara se volvió hacia Sebastian, que acababa de acomodarse otra vez en su sillón blanco de mimbre.

—¿No podrías hacer algo? —le dijo ella en tono suplicante.

Sebastian la miró sorprendido.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo?

—¿No eres el hijo de los Bergman? ¿Sebastian? Trabajas en estas cosas, ¿no?

—Trabajaba. Pretérito imperfecto. Ya no. E incluso cuando trabajaba, no me ocupaba de arrestos y detenciones. Era psicólogo criminalista, no abogado.

En la calle, el coche arrancó y se marchó, llevándose al único hijo de Clara. Sebastian miró a la mujer que aún seguía de pie en la hierba. Perpleja. Desvalida.

—¿Qué ha hecho el muchacho? ¿Por qué lo buscaba la Unidad de Homicidios?

Clara dio unos pasos hacia él.

—Por algo del chico asesinado. No sé. Leonard jamás haría algo así. Nunca.

—No, nunca haría algo así. Pero, normalmente, ¿qué suele hacer?

Clara lo miró sin entender, y entonces Sebastian señaló la valla con la cabeza.

—Cuando has saltado la valla —añadió—, le has reprochado a tu hijo que siempre se esté metiendo en líos.

Ella reflexionó un momento. ¿Había dicho eso? No estaba segura. ¡Había tantas preguntas, tanto desorden en sus pensamientos! Pero quizá fuera cierto que lo había dicho. Leonard se había metido en muchos líos, sobre todo en los últimos tiempos, pero nada comparable con lo sucedido esa mañana.

—¡Mi hijo no es un asesino!

—Nadie lo es, hasta que mata a alguien.

Clara miró a Sebastian, que para entonces había perdido el interés y se había despreocupado por completo de los hechos acontecidos en su jardín. Estaba tamborileando con los dedos sobre el periódico, como si no hubiera pasado nada importante ni fuera de lo normal.

—Entonces ¿no piensas ayudarme?

—Ahí dentro tengo un tomo de *Páginas Amarillas*. Puedo abrirlo por la A de «Abogados».

Clara sintió que al nudo de preocupación y angustia que tenía en el estómago se añadía otro de rabia. Había oído hablar muchas veces del hijo de los Bergman a lo largo de los años, cuando era vecina de Esther y Ture. Y nada de lo que le habían dicho era bueno. Nada.

—¡Y yo que creía que Esther exageraba cuando hablaba de ti!

—Me habría sorprendido. A mi madre nunca le gustó exagerar.

Clara miró brevemente a Sebastian, dio media vuelta y se marchó sin añadir nada más. Sebastian recogió del suelo del porche la primera sección del periódico. Antes había visto el artículo, pero no le había prestado atención. Volvió a abrir el diario por esa página.

«La Unidad Nacional de Homicidios participará en la investigación del asesinato».

—¿Por qué has salido huyendo?

Vanja y Billy estaban sentados frente a Leonard Lundin, en una sala de aspecto impersonal: una mesa, tres sillas bastante cómodas, papel pintado de colores suaves en las paredes, unos pocos pósteres enmarcados y una lámpara de pie en un rincón, detrás de un sillón pequeño. La ventana dejaba pasar la luz natural; el cristal esmerilado no era transparente, desde luego, pero aun así la luz era natural. De no haber sido porque faltaba una cama, y sobraban dos cámaras que lo grababan todo y lo retransmitían a una sala contigua, el ambiente se habría parecido más a la habitación de un albergue juvenil que a una sala de interrogatorios.

Leonard estaba repanchigado, con el trasero casi al borde de la silla, los brazos cruzados sobre el pecho y los pies descalzos sobresaliendo a los lados de la mesa. No miraba directamente a los policías, sino que torcía la mirada hacia abajo y a la izquierda, como de soslayo. Todo su cuerpo expresaba falta de interés y quizá incluso cierto desprecio.

—No sé. Por reflejo.

—Entonces ¿tu reflejo es correr cuando un policía quiere hablar contigo? ¿Por qué? —Leonard se encogió de hombros—. ¿Has hecho algo ilegal?

—Por lo visto, es lo que vosotros creéis.

Lo irónico del caso era que ellos no creían nada cuando habían ido a casa de los Lundin para hablar con él. Pero la fuga por la ventana, en calcetines, había aumentado de forma considerable tanto su interés como el grado de sospecha. Vanja ya había decidido registrar la habitación del chico. Huir por la ventana había sido bastante radical. Quizá hubiera en su dormitorio cosas que no quería que ellos vieran, objetos que tal vez lo relacionaban con el asesinato. Lo único que habían averiguado hasta ese momento era que el viernes por la noche el muchacho había estado girando en círculos con su ciclomotor alrededor de la víctima.

Vanja llevó la conversación hacia ese tema.

—El viernes te encontraste con Roger Eriksson.

—¿Ah, sí?

—Tenemos un testigo que os vio juntos. En Gustavsborgsgatan.

—Bueno, sí; ¿y qué si tienen un testigo? ¿Qué pasa con eso?

—«Bueno, sí; ¿y qué si tienen un testigo?». ¿Qué significa esa respuesta? ¿Reconoces que es verdad? —dijo Billy, levantando la cabeza del bloc de notas para mirar al chico directamente a los ojos—. ¿Estuviste con Roger Eriksson el viernes?

Leonard le sostuvo brevemente la mirada y después asintió. Billy tradujo el gesto en palabras, para la grabadora que estaba sobre la mesa:

—Leonard contesta a la pregunta de manera afirmativa.

Vanja prosiguió.

—Roger y tú ibais al mismo colegio, pero él se cambió. ¿Sabes por qué?

—Eso se lo tendrías que preguntar a él.

¡Qué idiotez y qué... falta de respeto! Billy sintió el impulso de darle una sacudida, pero Vanja lo notó y le apoyó discretamente la mano sobre el antebrazo. Sin parecer ni remotamente irritada y sin indicios de haber caído en la provocación, abrió la carpeta que tenía delante, sobre la mesa.

—Se lo preguntaría con mucho gusto, pero está muerto, como es probable que sepas. Le arrancaron el corazón y lo dejaron tirado en una ciénaga. Aquí tengo algunas fotos...

Vanja empezó a ponerle delante grandes imágenes en formato A4, nítidas y de alta definición, tomadas en el lugar del hallazgo y en el depósito de cadáveres. Tanto Vanja como Billy sabían que el hecho de haber visto un montón de muertos en las películas y en los videojuegos no era preparación suficiente. Ningún medio lograba hacerle justicia a la muerte. Ni siquiera los mejores expertos en efectos especiales podían recrear la sensación de ver un cadáver auténtico, sobre todo cuando se ha visto a la persona con vida apenas una semana antes, como le pasaba a Leonard. El chico echó una mirada rápida a las fotos e intentó parecer indiferente. Vanja y Billy notaron que le resultaba muy difícil, por no decir imposible, fijarse en las imágenes. Pero eso no quería decir nada. Su incapacidad de mirar las fotos podía deberse tanto a la conmoción como al sentimiento de culpa. Ese tipo de imágenes afectaban con la misma fuerza a los culpables y a los inocentes, casi sin excepción. Por eso la reacción no era importante. Lo importante era empezar en serio el interrogatorio y acabar con las evasivas y la actitud bravucona de Leonard. Lentamente y con mucha calma, Vanja siguió depositando las fotos sobre la mesa, una tras otra. Billy pensó que su colega nunca dejaba de impresionarlo. Aunque era unos años menor que él, la consideraba una especie de hermana mayor, una hermana que sacaba sobresalientes en todas las asignaturas, pero no se lo tenía creído, y además era enrollada y daba la cara por sus

hermanos pequeños. Ahora se había inclinado hacia delante, para acercarse más a Leonard.

—Estamos aquí para descubrir al que ha hecho esto. Y lo vamos a conseguir. De momento, tenemos un solo sospechoso, que eres tú. Por eso, si quieres salir de aquí y contarles a tus colegas que te escapaste de los polis, te aconsejo que empieces a contestar a mis preguntas.

—Ya he dicho antes que estuve con él el viernes.

—Pero eso no fue lo que te he preguntado. Te he preguntado por qué se cambió de colegio.

Leonard suspiró.

—Nos metíamos un poco con él. Pero no sé si fue por eso que se cambió. Además, yo no era el único. Roger no le caía bien a nadie.

—Me decepcionas, Leonard. Los tipos duros no ponen excusas. Tú eras uno de los que se metían más con él, ¿no? Al menos eso nos han dicho.

Leo la miró y probablemente estaba a punto de responder que sí, pero Billy lo interrumpió.

—Bonito reloj —dijo—. ¿Es un Tonino Lamborghini Pilot?

Se hizo el silencio en la sala. Vanja miró a Billy con cierto asombro, pero no porque hubiera identificado el reloj que Leonard llevaba en la muñeca, sino por la repentina interrupción. Leonard cambió los brazos de posición, para que el reloj quedara oculto bajo el brazo derecho. Pero no dijo nada. Tampoco hacía falta que hablara. Vanja se le acercó un poco más.

—Si no puedes presentar el *ticket* de compra de ese reloj, tienes un problema.

Leonard levantó la vista.

Vio la seriedad de sus expresiones.

Tragó saliva.

Y empezó a hablar. Lo contó todo.

—Reconoce que robó el reloj. Salió a dar un paseo con el ciclomotor y se encontró con Roger aquí, en este punto.

Vanja trazó una cruz en el mapa de la pared. Estaban todos reunidos. Ursula y Torkel escuchaban con atención a Billy y a Vanja, que estaban exponiendo los aspectos más relevantes del interrogatorio de Leo.

—Dice que sólo quería fastidiarlo un poco y que por eso empezó a dar vueltas con la moto alrededor de Roger. Después, según Leonard, Roger lo derribó de un empujón. Entonces empezaron a pelearse en serio, a puñetazos, y Roger comenzó a

sangrar por la nariz. Leonard consiguió tirarlo al suelo con un par de golpes más y le arrebató el reloj; según él, porque se merecía algún tipo de castigo.

Todos guardaron silencio. Lo único que tenían contra Leonard era el reloj. No había ningún testigo, ni ninguna prueba material que desmintiera su declaración.

Vanja prosiguió.

—Pero eso es lo que dice Leonard. Es posible que la pelea degenerara en algo más fuerte y que el chico sacara una navaja y matara a Roger.

—¿Con más de veinte puñaladas? ¿En una calle relativamente céntrica? ¿Sin que nadie viera nada? —dijo Ursula, con justificado escepticismo.

—No sabemos cómo es la zona. El chico puede haberse dejado llevar por el pánico. Un primer navajazo... Roger cae al suelo y empieza a gritar... Leo se da cuenta de que irá a la cárcel por lo que ha hecho, y entonces se lleva a Roger detrás de unos arbustos y lo sigue apuñalando, sólo para que se calle.

—¿Y el corazón?

Ursula parecía muy poco convencida y Vanja comprendía sus dudas.

—No lo sé. Pero sea lo que sea lo que sucedió, sabemos que fue poco después de las nueve. Leo lo ha confirmado. Miró la hora cuando le quitó el reloj al chico. Eso significa que Roger no estaba en casa de Lisa a las diez, como asegura ella.

Torkel hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien, buen trabajo. ¿Hemos encontrado algo en el lugar del hallazgo? —preguntó, volviéndose hacia Ursula.

—No mucho. Las huellas de neumáticos que localizamos corresponden al modelo Pirelli P7. No es el más corriente, pero tampoco es raro. Además, no sabemos si las huellas son del vehículo que transportó el cadáver.

Ursula abrió una carpeta, extrajo un folio y una foto con el rastro de los neumáticos y le entregó el material a Billy, que se levantó para colocarlo en la pizarra.

—¿Leonard Lundin tiene acceso a algún coche? —preguntó Torkel mientras Billy fijaba con chinchetas la fotografía y la hoja con los datos de los neumáticos Pirelli.

—No, que nosotros sepamos. Esta mañana no hemos visto ninguno en el sendero de su casa.

—Entonces ¿cómo podría haber trasladado un cadáver hasta Listakärr? ¿Con el ciclomotor?

Volvió a hacerse el silencio. Era evidente que no había podido llevarlo en la moto. Una hipótesis que ya de por sí era endeble sobre el posible desarrollo del crimen se había vuelto todavía más frágil. Sin embargo, estaban obligados a investigarla a fondo antes de descartarla.

—Ursula y yo iremos a casa de los Lundin acompañados de agentes uniformados y registraremos la casa. Tú, Billy, ve a Gustavsborgsgatan y mira si es posible que el crimen se haya cometido allí. Tú, Vanja...

—... vete a hablar con Lisa Hansson —completó la frase la propia Vanja, con mal disimulada satisfacción.

Clara estaba fumando en la puerta de su casa. Unos policías de la Unidad de Homicidios, diferentes de los de antes, se habían presentado hacía casi media hora, acompañados de un par de agentes uniformados. Cuando Clara les preguntó si podía ir a la comisaría para hablar con esa tal Vanja Lithner, cuyo nombre figuraba en la tarjeta de visita, le respondieron secamente que Leonard tenía que seguir en arresto preventivo mientras ellos comprobaban la información que había revelado y registraban su casa. Así que, si era tan amable...

Ahora ella estaba fuera, expulsada de su casa, fumando y pasando frío a pesar de la incipiente primavera, y tratando de ordenar sus pensamientos, o mejor dicho, esforzándose por rechazar una idea que se empeñaba en volver y que la aterrizaba más que ninguna otra: que Leonard pudiera haber tenido algo que ver con la muerte de Roger. Clara sabía que no eran buenos amigos. ¿A quién intentaba engañar? Era mucho peor que eso. Leonard había acosado a Roger. Le había hecho la vida imposible y en algunas ocasiones había llegado a la violencia.

Cuando los chicos pasaron al ciclo medio, Clara había tenido que ir varias veces a hablar con el director. La última vez incluso habían dado vueltas a la idea de expulsar a Leonard del colegio, pero no podían hacerlo porque, a esa edad, la escolarización era obligatoria. ¿Había alguna posibilidad de que Clara lo hablara con su hijo y resolviera la situación en familia, por así decirlo? Tenían que encontrar una solución urgentemente, le había dicho el director. Las demandas por daños y perjuicios en casos de acoso escolar no hacían más que multiplicarse. Y la Vikingaskola no tenía ningún interés en formar parte de esa creciente estadística.

Así había sido. Después del último trimestre, durante el cual Clara había intentado convencer a Leonard con amenazas y sobornos, el curso terminó, empezaron las vacaciones de verano y ella se tranquilizó pensando que todo mejoraría cuando los chicos iniciaran el bachillerato. Sería un nuevo comienzo. Pero no fue así. Porque los dos, Leonard y Roger, coincidieron en el mismo instituto.

El de Runeberg. Leonard aún seguía asistiendo a ese centro, pero Roger se había marchado al cabo de unos meses. Clara sabía que Leonard era con toda probabilidad una de las razones por las que Roger había tenido que cambiarse de colegio. Pero

¿podía haber algo más? Clara se odiaba a sí misma sólo por permitirse pensarlo. ¿Qué clase de madre era? Sin embargo, no conseguía descartar la idea. ¿Sería su hijo un asesino?

Oyó pasos que se acercaban por el sendero y se volvió. Sebastian Bergman iba andando hacia ella, con una bolsa de plástico de la gasolinera Statoil en cada mano. Clara no pudo evitar una mueca de crispación.

—Ah, ya veo que han vuelto —dijo Sebastian, señalando la casa con un movimiento de la cabeza mientras seguía caminando en su dirección—. Si quieres, puedes esperar en mi casa hasta que terminen. Les llevará un buen rato.

—¿Ahora de repente te preocupas por mí?

—No del todo, pero tengo educación. Y, además, somos vecinos.

Clara resopló, mirándolo con frialdad.

—Gracias, estoy bien aquí fuera.

—Sí, no lo dudo, pero pasarás frío y todo el barrio notará que la policía está en tu casa. Entonces será sólo cuestión de tiempo que vengan los periodistas y se te metan en el jardín. Y si yo te parezco desagradable, ya verás lo que pensarás de ellos.

Clara volvió a mirar a Sebastian. De hecho, ya la habían llamado por teléfono dos periodistas, uno de ellos cuatro veces, y no tenía ganas de conocerlos en persona. Asintió, fue hacia Sebastian y los dos siguieron caminando juntos hacia la valla.

—Sebastian...

Sebastian reconoció de inmediato la voz y se volvió hacia un hombre que no veía desde hacía muchísimo tiempo. De pie sobre uno de los peldaños de la entrada de la casa de Clara estaba Torkel, con una expresión que como mínimo podía calificarse de sorpresa. Sebastian se volvió otra vez rápidamente hacia Clara.

—Ve tú primero; la puerta está abierta. ¿Puedes llevar esto? —Le tendió las bolsas de la gasolinera—. Si quieres ponerte a hacer la comida, tienes mi permiso.

Clara aceptó las bolsas con cierta perplejidad. Durante un segundo, pareció que iba a preguntar algo, pero cambió de idea y continuó andando hacia la casa de su vecino. Sebastian miró a Torkel, que iba a su encuentro con cara de total incredulidad.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Torkel le tendió la mano y Sebastian se la aceptó. Aquel se la estrechó con fuerza.

—Me alegro de verte. Han pasado siglos.

Pronto resultó evidente que Torkel también se sentía obligado a saludar a Sebastian con un abrazo. Fue un abrazo breve, que Sebastian no le devolvió del todo. Después, Torkel se apartó y retrocedió un paso.

—¿Qué haces aquí, en Västerås?

—Vivo ahí. —Sebastian señaló la casa vecina—. Es la casa de mi madre. Murió. Ahora pienso venderla. Por eso he venido.

—Lo siento mucho. Lo de tu madre, quiero decir.

Sebastian se encogió de hombros. No era tan terriblemente triste y Torkel debía de saberlo, porque después de todo habían estado bastante unidos durante unos cuantos años. Era cierto que había pasado mucho tiempo, doce años para ser exactos, pero habían hablado en innumerables ocasiones de los padres de Sebastian y de su relación con ellos. Torkel sólo estaba intentando ser amable. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había transcurrido demasiado tiempo para que pudieran reanudar la amistad donde la habían dejado. Demasiado tiempo para pensar que todavía se conocían, o para que la conversación fluyera con naturalidad. Se hizo por lo tanto una breve pausa.

—Yo sigo en la Unidad de Homicidios —dijo Torkel, quebrando el silencio al cabo de unos segundos.

—Lo supuse. He oído hablar del chico muerto.

—Así es...

Silencio otra vez. Torkel se aclaró la garganta y señaló con un gesto la casa de la que acababa de salir.

—Tengo que volver... —Sebastian asintió, expresando su comprensión, y Torkel le sonrió—. Será mejor que te escondas, para que no te vea Ursula —añadió Torkel.

—¿Seguís trabajando juntos?

—Ursula es la mejor.

—El mejor soy yo.

Torkel miró al hombre que muchos años atrás había considerado su amigo, quizá no un amigo íntimo, ni muy querido, pero en cualquier caso, su amigo. Habría podido dejar pasar el comentario sin prestarle atención, asentir un par de veces con la cabeza, sonreír, darle unas palmaditas a Sebastian en el hombro y volver a meterse en la casa, pero no habría sido del todo justo. Para ninguno. Por eso dijo:

—Tú *eras* el mejor, Sebastian. En algunas cosas. En otras, eras un desastre.

Sebastian no había querido decir nada en concreto con su pequeña objeción. Las palabras le habían salido sin pensar, casi como un reflejo. Durante los cuatro años en que Ursula y él habían trabajado juntos, habían competido sin descanso. Diferentes ámbitos, diferentes capacidades, diferentes métodos. Todo lo hacían de manera distinta. Sin embargo, había algo en lo que ambos coincidían: sólo uno de los dos podía ser el mejor del equipo. Así eran ellos. Pero Torkel tenía razón. Sebastian había sido insuperable en muchos aspectos, o al menos en algunos, pero en otros había sido un desastre. Sebastian le sonrió vagamente.

—Por desgracia, ahora estoy cultivando mi vertiente más desastrosa. Cuídate.

—Tú también.

Sebastian se volvió y echó a andar hacia la valla. Para su gran alivio, no hubo ningún «a ver si quedamos una noche», ni «a ver cuándo nos tomamos una cerveza» por parte de Torkel. Era evidente que tenía tan poca necesidad como él de reanudar aquella amistad.

Cuando Sebastian ya había girado a la izquierda para dirigirse a su casa, Torkel notó que Ursula estaba en la escalera de la casa de Clara y seguía con la mirada al hombre que al final desapareció detrás de la casa vecina. Si la expresión de Torkel había sido de sorpresa cuando lo vio, la de Ursula transmitía algo totalmente diferente.

—¿Era Sebastian?

Torkel asintió.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Su madre vivía en la casa de al lado.

—Ah. ¿Y a qué se dedica ahora?

—Está cultivando su vertiente más desastrosa.

—Entonces sigue igual que siempre —respondió ella.

Torkel sonrió para sus adentros, recordando que Ursula y Sebastian discutían indefectiblemente por cada detalle, cada análisis y cada paso de las investigaciones. En el fondo, eran tan parecidos que por eso mismo no podían trabajar juntos. Se volvieron para entrar otra vez en la casa. Cuando ya estaban en la puerta, Ursula le tendió a Torkel una bolsa de plástico cerrada herméticamente. Él la cogió, dudando.

—¿Qué es esto?

—Una camiseta. La hemos encontrado en el baño, en la cesta de la ropa sucia. Está ensangrentada.

Torkel miró con renovado interés la prenda guardada en la bolsa. Las cosas no pintaban nada bien para Leonard Lundin.

Hablar de nuevo con Lisa Hansson le había llevado a Vanja más tiempo del que pensaba. Había llegado en coche al colegio Palmlövskå, en las afueras de Västerås. Era evidente que se trataba de una institución con grandes ambiciones: hileras de árboles bien plantados, muros de piedra limpios de *grafitti* y presencia continuada en los diez primeros puestos de las pruebas nacionales. Era el tipo de escuela que los estudiantes como Leonard Lundin no veían ni en fotografía. Allí había asistido Roger, después de dejar el céntrico instituto de Runeberg. Vanja intuía que existía algo en ese centro que era preciso investigar. Roger había pasado de un ambiente a otro. ¿Había tenido el cambio alguna consecuencia? Los cambios importantes pueden causar conflictos. Vanja quería saber más acerca del propio Roger, pero ese debía ser su próximo paso. Antes tenía que aclarar el misterio del desfase horario que Lisa Hansson se negaba a reconocer.

Cuando por fin Vanja consiguió saber cuál era el grupo de Lisa, localizar su aula e interrumpir la clase de inglés, ya había pasado media hora.

Un murmullo recorrió la clase mientras Lisa se ponía de pie y echaba a andar hacia la puerta, con una lentitud que a Vanja le pareció casi desafiante. Una chica sentada en la primera fila levantó la mano, pero no esperó ningún tipo de respuesta por parte de Vanja ni de su profesora para empezar a hablar:

—¿Ya sabéis quién fue?

Vanja negó con la cabeza.

—No, todavía no.

—Me han dicho que fue un chico de su anterior colegio.

—Sí. Leo Lundin —intervino otro estudiante con el pelo cortado al rape y un voluminoso brillante falso en cada oreja—. Un chico del otro instituto —explicó, al ver que Vanja no reaccionaba ante el nombre.

Vanja no se sorprendió. Era una ciudad bastante pequeña y los jóvenes estaban en contacto permanente. Era natural que se enviaran mensajes, tuitearan y publicaran todo tipo de información después de la detención de un chico de su edad, sobre todo cuando la operación había sido relativamente espectacular. Pero Vanja no pensaba

colaborar en la propagación del rumor, sino todo lo contrario.

—Estamos hablando con todas las personas que pueden ofrecernos información y seguimos investigando todas las posibilidades —respondió, antes de dejar pasar a Lisa delante de ella y cerrar la puerta del aula después de salir.

En el pasillo, Lisa se cruzó de brazos, miró a Vanja con gesto altivo y le preguntó qué quería. La mujer policía le explicó que necesitaba confirmar algunos detalles.

—¿Vas a interrogarme sin que mis padres estén presentes?

Vanja sintió cierta irritación, pero hizo lo posible para que no se le notara. Se limitó a sonreír y respondió de la manera más distendida que pudo.

—No te estoy interrogando. Nadie te acusa de ningún delito. Sólo quiero hablar un momento contigo.

—Pero yo prefiero que mi madre o mi padre estén presentes.

—¿Por qué? No será más que un minuto.

Lisa se encogió de hombros.

—Sea como sea, prefiero que estén ellos.

Vanja no pudo reprimir un resoplido de irritación, pero sabía perfectamente que no podía continuar la conversación si Lisa no quería hablar, de modo que le permitió llamar a su padre, que por lo visto trabajaba cerca del colegio, y las dos bajaron a esperarlo, después de que Lisa rechazara la invitación de Vanja de ir a tomar un café o un refresco a la cafetería.

Mientras aguardaban, Vanja aprovechó para llamar a Billy y a Ursula. Billy le dijo que en principio quedaba descartado que hubiera podido cometerse un asesinato tan brutal en plena Gustavsborgsgatan. Por la proximidad de la piscina municipal, el polideportivo y el campus de Mälardalen, siempre había bastante movimiento de tráfico y transeúntes. En las partes sin edificar había aparcamientos y áreas abiertas, con buena visibilidad. Probablemente era demasiado pronto para eliminar a Leo Lundin de la investigación, pero era preciso formular otras hipótesis más realistas. La buena noticia era que Billy había visto cámaras de seguridad en la calle. Si tenían suerte, los sucesos del viernes por la noche se habrían grabado y seguirían guardados en algún sitio. Era lo que pensaba averiguar a continuación.

Ursula no tenía mucho que contar, aparte de que habían enviado al laboratorio la camiseta ensangrentada. Había examinado el garaje y el ciclomotor, sin hallar ningún rastro de sangre, y se disponía a registrar la casa a fondo. Vanja le recordó que estudiara con especial cuidado el cuarto de Leo, pero Ursula le respondió en tono cortante que era imposible actuar con más cuidado del que ya ponía siempre en todas sus investigaciones.

Mientras tanto, Lisa se había sentado en el suelo del pasillo, con la espalda contra la pared, y miraba a Vanja, que iba y venía con el móvil apoyado en el oído. La imagen de Lisa era de profundo aburrimiento, pero por dentro su cerebro trabajaba a marchas forzadas, tratando de imaginar qué querría preguntarle la mujer policía y qué debía responderle. Al final, decidió mantener simplemente su estrategia. Si añadía detalles, se le olvidarían.

Roger llegó.

Estudiamos juntos.

Tomamos el té.

Vimos la televisión.

Roger se fue.

Un viernes por la noche común y corriente, como cualquier otro. Pero ¿bastaría con eso?

El padre de Lisa llegó al cabo de veinte minutos. Quizá fuera porque aún tenía fresca en la memoria la imagen del enorme Jesucristo hecho con cuentas de colores («¡Más de cinco mil! ¡Algo fantástico!»), o tal vez por el traje azul claro de aspecto barato o por el pelo repeinado, pero en cuanto el padre de Lisa apareció andando por el pasillo, con cara de preocupación, Vanja situó enseguida al hombre entre los fieles de una pequeña Iglesia evangélica. Tras presentarse y decir que se llamaba Ulf, el padre de la chica dedicó los tres minutos siguientes a informar a Vanja de que iba a denunciarla por interrogar a una menor en ausencia de sus representantes legales, ¡y además en el colegio! Lo que había hecho equivalía a colgarle a la muchacha un cartel de «SOSPECHOSA» en el pecho. ¿Acaso no conocía Vanja la facilidad con que circulaban los rumores entre los adolescentes? ¿No podría haber sido un poco más discreta?

Vanja intentó explicar con tanta calma como pudo que Lisa ya no era menor de edad en sentido estricto y que, en cualquier caso, era la última persona que había visto a Roger con vida —«a excepción del asesino», se apresuró a añadir, para mayor seguridad—, y explicó que sólo pretendía confirmar algunos detalles. Señaló además que cuando Lisa había expresado el deseo de que su padre estuviera presente durante la conversación, ella había accedido de inmediato. De hecho, aún no le había hecho ni una sola pregunta. Ulf miró a Lisa, en busca de confirmación, y ella asintió. Vanja se ofreció para regresar con ella al aula y explicar a todos sus compañeros que no era sospechosa de ninguna implicación en el asesinato de Roger Eriksson.

Ulf pareció contentarse con eso y se calmó un poco. Después, los tres se dirigieron a una sala bien acondicionada y se sentaron en los mullidos sofás.

Vanja expuso que, durante la investigación, dos fuentes independientes habían testificado que el viernes a las nueve de la noche Roger estaba en la calle y no en casa de Lisa, como ella aseguraba. Para sorpresa de Vanja, Ulf ni siquiera miró a su hija antes de reaccionar a su observación.

—Entonces esas fuentes tuyas se equivocan.

—¿Las dos?

Vanja no pudo disimular su asombro.

—Así es. Si Lisa dice que Roger estuvo con ella hasta las diez, entonces fue así. Mi hija nunca miente.

Ulf rodeó a su hija con un brazo, en señal de protección, como para reforzar su afirmación.

—Pero es posible que no viera bien la hora. Esas cosas pasan —arriesgó Vanja mientras echaba una mirada a Lisa, que guardaba silencio al lado de su padre.

—Ha dicho que Roger se marchó cuando empezaban las noticias de TV4. Si no me equivoco, esas noticias empiezan todas las noches a las diez, ¿no es así?

Vanja renunció a discutir con él y se volvió hacia Lisa.

—¿Hay alguna posibilidad de que te hayas confundido con la hora? Es muy importante que todos nuestros datos sean correctos, para que podamos atrapar a la persona que mató a Roger.

Lisa se apoyó un poco más contra su padre y negó con la cabeza.

—Bueno, entonces ya está —dijo él—. ¿Quería saber algo más? Porque si no es así, tengo que volver al trabajo.

Vanja no le replicó que había tenido que esperar media hora para hacer una sola pregunta y que también tenía un trabajo que atender, con toda probabilidad más importante que el suyo. Hizo un último intento.

—Los dos testigos que hemos interrogado son totalmente independientes entre sí y están seguros en lo que respecta a la hora.

Ulf la fulminó con la mirada y, cuando habló, lo hizo en un tono mucho más seco y cortante. Vanja supuso que el hombre no estaba acostumbrado a que lo contradijeran.

—Mi hija también está segura. Por lo visto, es la palabra de ellos contra la suya, ¿no?

Fue imposible para Vanja llegar más lejos. Lisa no dijo nada en absoluto y Ulf dejó claro que pensaba estar presente en cualquier conversación que tuvieran con su hija.

Vanja no le aclaró que su presencia dependería de lo que decidieran ella y sus colegas, y no de lo que quisiera él. Se limitó a guardar silencio mientras Ulf se levantaba, abrazaba a su hija y le daba un beso en la mejilla; después le estrechó la mano a Vanja, abandonó la sala y se marchó del edificio.

Ella se lo quedó mirando mientras se alejaba. En el fondo, era fantástico que un padre apoyara a su hija en todo. Con demasiada frecuencia, Vanja veía lo contrario en su trabajo: adolescentes que parecían extraños en sus propias familias, y padres que no tenían idea de qué hacían sus hijos, ni con quién. Por eso, un padre que abandonaba su trabajo y acudía corriendo para abrazar a su hija y expresarle su confianza habría tenido que ser una agradable excepción en el mundo de Vanja. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que Ulf no estaba protegiendo a Lisa, sino la imagen de una familia perfecta, con una hija bien educada que nunca mentía. No podía dejar de pensar que librarse de habladurías y especulaciones era más importante para él que averiguar la verdad sobre lo que había sucedido el viernes por la noche. Vanja se volvió hacia Lisa, que se estaba mordisqueando la uña del dedo anular.

—Te acompaño al aula.

—No hace falta.

—Ya lo sé, pero te acompaño de todos modos.

Lisa se encogió de hombros. Pasaron en silencio delante de varias filas de taquillas y, al llegar a la puerta del comedor, giraron a la derecha y subieron por la amplia escalera que conducía al primer piso. Lisa caminaba con la cabeza gacha. El flequillo le ocultaba el rostro.

—¿Qué clase tienes ahora?

—Francés.

—*Qu'est-ce qu'il y a dans le sac?* —Lisa la miró, totalmente desconcertada—.

Quiere decir: ¿qué hay en el bolso?

—Sí, eso ya lo sé.

—Estudié francés en el instituto y creo que es la única frase que recuerdo.

—Ah, ya.

Vanja guardó silencio. Con su breve «ah, ya», Lisa le había expresado claramente lo poco que le importaban sus escasos conocimientos de francés. Era evidente que habían llegado al aula, porque Lisa se detuvo y agarró el tirador de la puerta. Vanja le apoyó una mano sobre el brazo. Lisa se quedó paralizada un momento y después se volvió hacia ella.

—Sé que estás mintiendo —le dijo Vanja en voz baja, mirándola a los ojos. Lisa se limitó a devolverle la mirada con expresión neutra—. No sé por qué mientes, pero

voy a averiguarlo. De alguna manera, lo averiguaré.

Vanja no dijo nada más y esperó algún tipo de reacción por parte de Lisa, pero no se produjo.

—Ahora que sabes que yo lo sé, ¿hay algo que quieras decirme?

Lisa negó con la cabeza.

—¿Qué podría decir? —preguntó.

—La verdad, por ejemplo.

—Tengo que entrar en la clase de francés.

Lisa bajó la vista hacia la mano de Vanja, que seguía apoyada sobre el brazo de la chica. Vanja la retiró.

—Bueno, entonces volveremos a vernos.

Vanja se fue por donde habían llegado y Lisa la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta acristalada del final del pasillo. Con mucho cuidado, soltó el pomo y se apartó unos pasos de la puerta para sacar del bolsillo el teléfono móvil. Rápidamente marcó un número. No tenía el nombre ni el número de la persona con quien quería hablar guardado en la agenda de contactos y acostumbraba limpiar la lista de llamadas después de cada conversación. Por si alguien le miraba el móvil. Sonaron varios tonos de llamada, hasta que al final hubo respuesta.

—Soy yo.

Echó otro vistazo al pasillo. Del todo desierto. La mujer policía había estado allí mismo hacía un momento.

Lisa puso cara de hartazgo al oír lo que le preguntaba la persona al otro lado de la línea.

—¡No, claro que no he dicho nada! Pero lo van a averiguar. Una policía ya ha venido a hablar conmigo dos veces. Y volverá. Estoy segura.

Lisa había conseguido aparentar indiferencia durante toda la conversación con Vanja, pero ahora parecía preocupada. Lo había ocultado durante mucho tiempo. Había relegado la verdad a un pequeño rincón y la había sepultado en su interior, pero comenzaba a darse cuenta de que eran muchas las fuerzas que intentaban arrancársela, y empezaba a flaquear. La persona con quien hablaba intentó animarla. La alentó. Le ofreció argumentos. Ella se sintió un poco mejor. Todo saldría bien. Cortó rápidamente la comunicación en cuanto oyó pasos a su espalda, en el pasillo. Se apartó con los dedos unos mechones del flequillo que se le habían enredado en las pestañas, se serenó y entró en la clase de francés, tratando de aparentar tanta despreocupación como pudo.

Lena Eriksson había pasado la mañana en el mismo sillón que el día anterior. Después empezó a ir y venir por las habitaciones, fumando un cigarrillo tras otro. Una tenue neblina azul de nicotina y alquitrán flotaba en el pequeño apartamento de dos dormitorios, situado en un primer piso. Era como si Lena no pudiera quedarse mucho tiempo en un mismo sitio. Se había sentado un rato en la cama de Roger, todavía sin hacer, pero le había resultado insoportable ver los vaqueros, la pila de libros de texto, los viejos videojuegos y todos los otros testimonios de que un chico de dieciséis años había vivido en esa habitación. Trató de encontrar un poco de paz en el baño, en la cocina y en su propio dormitorio. Pero cada lugar le recordaba demasiado a Roger, y entonces se iba a otro y después a otro distinto. Y así por toda la casa, como la madre doliente que era.

Pero había algo más. Había otra cosa que la empujaba a vagar sin descanso por las habitaciones. La voz.

La vocecita que sonaba dentro de su cabeza.

¿Había sido culpa suya? ¿Era ella la culpable? ¡Mierda! ¿Por qué había tenido que hacer esas llamadas? Estaba furiosa. Quería devolver el golpe. Así había empezado todo. El dinero. Las llamadas, el dinero, las llamadas. Siempre una cosa después de la otra, lo mismo que sus pasos errantes por el apartamento. Pero ¿podía terminar así? No lo sabía, no podía saberlo. Y tampoco sabía cómo averiguarlo. Sin embargo, necesitaba saberlo. Necesitaba saber con seguridad que ella era solamente una madre que había perdido a su hijo, una mujer inocente que estaba padeciendo el peor de los sufrimientos. Encendió otro cigarrillo. Ese día habían planeado salir de compras. Habrían discutido como siempre por el dinero, la ropa, la actitud, el respeto y todas esas palabras que a Roger lo tenían tan cansado, como ella sabía muy bien. Se puso a llorar. ¡Lo echaba tanto de menos! Cayó de rodillas y se dejó inundar por la pena y el dolor. El llanto era purificador, pero por detrás de las lágrimas volvió a oír la voz.

«¿No habrá sido culpa tuya?».

—Te sientes una mala madre. Crees que haces todo lo posible, pero tu hijo se aleja cada vez más.

Clara terminó el café y volvió a apoyar la taza sobre la mesa. Miró a Sebastian, sentado frente a ella, y él asintió, dándole la razón, aunque en realidad no la estaba escuchando. Desde que había entrado en la casa, Clara no había hecho más que hablar de la mala relación con su hijo Leonard. Era comprensible, teniendo en cuenta los acontecimientos de la mañana, pero el tema carecía de interés, excepto para los más

allegados. Sebastian se puso a considerar si debía explicarle a Clara que el uso de la segunda persona para hablar de sí misma, en lugar de la primera, era un mecanismo de protección verbal, una manera de generalizar su desgracia, de volverla menos personal y eludir así parte del dolor. Pero se dio cuenta de que una observación de esas características habría parecido una pura maldad, lo que a su vez habría cargado las tintas de la imagen negativa que Clara tenía de él. Y él no quería eso.

Al menos en ese momento.

Al menos mientras no decidiera si quería llevársela a la cama o no. Por eso siguió escuchándola amablemente. Tranquilo y digno. Mostrándose comprensivo en lugar de prejuizar. Echó una breve mirada de soslayo a los pechos de Clara, que bajo el suéter de color ocre le parecieron realmente apetecibles.

—Es lo que pasa con los hijos. A veces las cosas salen bien y otras veces no. Los lazos de sangre no son ninguna garantía para que una relación funcione.

A Sebastian se le retorció el estómago. «¡Qué jodidamente incisivo!». ¿Siete años de estudios de psicología y veinte de profesión, para llegar a esa conclusión? ¿Era lo único que podía decirle a una mujer cuya vida se había vuelto del revés en cuestión de un par de horas?

«A veces las cosas salen bien y otras veces no».

Increíblemente, vio que Clara asentía con expresión grave, satisfecha en apariencia con su análisis superficial, y que incluso le sonreía agradecida. La perspectiva de un polvo con la vecina era una posibilidad real si Sebastian jugaba bien sus cartas. Se levantó de la silla y se puso a recoger los platos y los vasos de la mesa. Poco antes, cuando él había entrado en la casa, Clara ya había empezado a preparar la comida. Revuelto de carne, patatas y cebolla, con huevos estrellados. También había encontrado en la nevera un frasco de remolachas en conserva que todavía no habían caducado y dos latas de cerveza baja en alcohol. Sebastian había comido con apetito, pero ella no había hecho más que mover la comida por el plato. El nudo en el estómago le crecía por momentos y sentía un malestar constante. Aunque le había hecho bien sentarse a una mesa bien puesta y tener alguien con quien hablar.

Alguien con quien repasar los acontecimientos del día.

Una persona que la escuchaba. Un hombre serio y sensato.

Era tranquilizador. El troglodita había resultado ser bastante agradable, después de todo.

Se volvió hacia Sebastian, que estaba de espaldas, metiendo los platos en el lavavajillas.

—No solías venir muy a menudo de visita, ¿no? Nosotros nos mudamos en 1999 y

no recuerdo haberte visto nunca por aquí.

Sebastian no respondió enseguida. Si Clara había hablado de él con su madre, como había dicho antes en el jardín, entonces probablemente ya estaría al corriente de la frecuencia de sus visitas. Se levantó.

—No, no venía nunca.

—¿Por qué?

Sebastian se sorprendió preguntándose qué razón habría aducido su madre para explicar la ausencia de su hijo. Le habría gustado saber si ella misma reconocía en su fuero interno la verdadera razón de su falta de contacto.

—Nos caíamos mal.

—¿Por qué?

—Por desgracia, mis padres eran unos imbéciles.

Clara lo miró y decidió dejarlo correr. Era cierto que los padres de Sebastian no le habían parecido las personas más divertidas del mundo, pero tenía la impresión de que la madre había renacido tras la muerte de su marido, unos años atrás. Se había vuelto más fácil hablar con ella. Incluso habían tomado el café juntas varias veces, y Clara se había entristecido cuando se había enterado de que le quedaba poco tiempo de vida.

Sonó el timbre y, al cabo de un segundo, oyeron que la doble puerta exterior se abría. Torkel gritó un saludo desde el vestíbulo y poco después apareció en la cocina. En primer lugar, se dirigió a Clara.

—Ya hemos terminado. Puede volver cuando quiera. Siento mucho las molestias que hayamos podido ocasionarle.

Por el tono de voz, no parecía que Torkel lo sintiera demasiado. Pero estaba siendo educado, como siempre. Casi de un modo imperceptible, Sebastian negó con la cabeza. «Las molestias que hayamos podido ocasionarle». La frase debía de figurar en algún protocolo o manual de conducta de los años cincuenta para regular el trato entre la policía y el resto de la sociedad. ¡Claro que le habían «ocasionado molestias» a Clara! Habían detenido a su hijo y le habían puesto la casa patas arriba. Pero ella no pareció reaccionar. Se puso de pie y se volvió ostensiblemente hacia Sebastian.

—Muchas gracias por el almuerzo. Y por la compañía.

Después, se marchó de la cocina sin dedicarle a Torkel ni siquiera una mirada.

Cuando la puerta exterior volvió a cerrarse tras la salida de Clara, Torkel entró en la cocina. Sebastian seguía de pie, apoyado contra el fregadero.

—Veo que no has cambiado nada. Sigues siendo el mismo caballero de brillante armadura, siempre dispuesto a socorrer a las damas.

—Se estaba helando ahí fuera.

—Si hubiera sido el papá y no la mamá de Leonard, habría tenido que quedarse en el jardín; ¿o me equivoco?

Torkel señaló con un gesto la cafetera, que aún contenía un poco de café y seguía encendida.

—Sírvete.

—¿Dónde tienes las tazas?

Sebastian le señaló un armario y Torkel sacó una taza Iittala con rayas rojas.

—Me alegro de haberme encontrado contigo. Hacía muchísimo tiempo que no nos veíamos.

Sebastian empezó a temerse que esa observación fuera el preámbulo de la temida proposición para quedar una noche o beber juntos una cerveza. Intentó no decir nada que pudiera comprometerlo.

—Sí, bastante tiempo.

—¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

Torkel se sirvió lo que quedaba de café en la jarra y apagó la cafetera.

—Vivo de los derechos de autor y del seguro de vida de mi mujer. Y ahora que ha muerto mi madre, puedo vender esta casa y vivir por un tiempo de lo que saque. Pero, respondiendo a tu pregunta: nada en absoluto. No hago nada.

Torkel se había quedado parado. Demasiada información a la vez —pensó Sebastian— y bastante diferente del genérico «más o menos lo mismo de siempre» que probablemente se esperaba. Pero la inactividad total, combinada con la muerte en la familia, quizá espantara a Torkel y lo hiciera renunciar a la posibilidad de «ponerse al día». Sebastian miró a su antiguo colega y vio un rastro de auténtica tristeza en sus ojos. La empatía era una de las virtudes de Torkel. Siempre correcto, pero compasivo. A pesar de todo lo que había visto en su trabajo.

—El seguro de vida de tu mujer... —Torkel bebió un sorbo de café—. Ni siquiera sabía que te habías casado.

—Así es. Me casé y enviudé. En doce años pueden pasar muchas cosas.

—Una pena. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

Se hizo un silencio. Torkel dio otro sorbo y simuló que el café estaba más caliente de lo que en realidad estaba, para no tener que cargar con el peso de la claudicante conversación. Sebastian salió en su ayuda. Era evidente que Torkel, por alguna razón, buscaba contacto y compañía. Y después de doce años, Sebastian podía ofrecerle cinco minutos más de fingido interés.

—¿Y tú? ¿Cómo te van las cosas?

—Volví a divorciarme. Hace poco más de tres años.

—Lo siento.

—Sí, yo también. Por lo demás, todo bien. Sigo igual. En la Unidad de Homicidios.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Claro, no me acordaba...

Otro silencio.

Un sorbo más de café.

Otra vez al rescate, recurriendo al mínimo común denominador: el trabajo.

—¿Encontrasteis algo en casa de los Lundin?

—Aunque hubiéramos encontrado algo, no podría decírtelo.

—No, claro que no. De hecho, ni siquiera me interesa. Lo preguntaba sólo por conversar.

¿Fue una sombra de decepción lo que vio Sebastian en la cara de Torkel? Fuera lo que fuese, no duró más de un segundo, porque enseguida Torkel echó un vistazo rápido al reloj y se puso de pie.

—Tengo que irme. —Dejó en el fregadero la taza medio llena—. Gracias por el café.

Sebastian lo acompañó hasta el vestíbulo. Se apoyó contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho y se quedó mirando a Torkel mientras su antiguo compañero cogía un calzador que encontró colgado del perchero y se ponía los mocasines que había dejado junto a la puerta. De repente, Sebastian vio a un hombre mayor y encanecido, un viejo amigo que se había acercado con la mejor intención y sólo había encontrado una actitud brusca y cortante.

—Habría podido enviarte una postal o algo.

Torkel levantó la vista de los zapatos que se estaba poniendo y se quedó mirando a Sebastian con curiosidad, como si no lo hubiera oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Si crees que ha sido culpa tuya que haya pasado tanto tiempo y que hayamos perdido el contacto... Te decía que yo habría podido dar señales de vida si me hubiera parecido importante.

A Torkel le llevó varios segundos asimilar las palabras de Sebastian. Volvió a colgar el calzador.

—No creo que la culpa haya sido mía —dijo.

—Me alegro.

—No del todo, al menos.

—Muy bien.

Torkel se detuvo un momento, con la mano apoyada en el picaporte. ¿Debía decir algo más? ¿Debía explicarle a Sebastian que uno no puede revelarle a alguien que no le parece importante la relación entre ambos, ni digna de ser cultivada, y esperar que esa persona agradezca el comentario como una especie de consuelo? ¿Debía decirle que el efecto era más bien el contrario? Descartó la idea. De hecho, ni siquiera debería haberse sorprendido. Solían bromear al respecto y comentar que Sebastian, para ser psicólogo, demostraba muy poca comprensión de los sentimientos de sus semejantes. Siempre replicaba que la comprensión de las emociones estaba sobrevalorada. Decía que lo importante son los impulsos y no los sentimientos, que no son más que subproductos. Torkel sonrió para sus adentros al advertir que ya no era más que un subproducto en la memoria de Sebastian.

—Nos vemos —dijo Torkel mientras abría la puerta.

—Quizá.

Torkel dejó que la puerta se cerrara de golpe a su espalda y oyó el chasquido del pestillo. Echó a andar por el sendero, con la esperanza de que Ursula lo estuviera esperando en el coche.

Torkel se apeó del vehículo delante de la comisaría y Ursula siguió hasta el aparcamiento. No habían hablado de Sebastian en todo el camino. Torkel lo había intentado una vez, pero Ursula había demostrado claramente que no pensaba responder, y durante el resto del tiempo habían hablado sólo del caso. Un análisis preliminar de la camiseta ensangrentada, cuyos resultados había recibido Ursula a través del móvil, indicaba que toda la sangre pertenecía a una sola persona: Roger Eriksson. Por desgracia, la cantidad de sangre parecía más propia de una pelea a puñetazos como la que había descrito Leo, que de un violento asesinato a navajazos perpetrado en un acceso de ira ciega.

Además, la bravuconería del muchacho se había transformado en hipos y sollozos en el último interrogatorio, y a Torkel le costaba mucho imaginar que ese lastimoso personaje fuera capaz de algo tan premeditado y planificado como ocultar el cadáver en una ciénaga. Y de hacerlo además con un coche que no tenía. No. Era muy poco probable. A pesar de la sangre hallada en la camiseta, no era una hipótesis realista.

Aun así, todavía no podían desechar del todo la pista de Leo Lundin. Ya se habían cometido demasiados errores en la investigación. Podían retener a Leonard durante la noche; pero si no encontraban nada más, sería muy difícil que el juez le prolongara el

arresto preventivo. Torkel y Ursula habían decidido convocar una reunión de equipo, para ver si encontraban entre todos una manera de seguir avanzando.

Con esa idea en mente, Torkel empujó la puerta de la comisaría. La agente que atendía la recepción levantó una mano al verlo entrar.

—Tiene una visita —le dijo, indicando los sillones verdes junto a la ventana.

Allí lo esperaba una mujer con sobrepeso y aspecto desaliñado, que se puso de pie al ver que la agente de la recepción la señalaba.

—¿Quién es? —preguntó Torkel en voz baja, para que el encuentro no lo tomara totalmente por sorpresa.

—Lena Eriksson. La madre de Roger Eriksson.

«La madre. Eso es malo», alcanzó a pensar Torkel antes de que la mujer le llamara la atención con un par de golpecitos en el hombro.

—¿Es usted quien se encarga del caso del asesinato de mi hijo?

Lena estaba detrás de Torkel, que se volvió hacia ella.

—Sí. Me llamo Torkel Höglund. La acompaño en el sentimiento.

Lena Eriksson aceptó el pésame con un breve gesto afirmativo.

—Entonces ¿fue Leo Lundin?

Torkel encontró la mirada de la mujer, que fijaba en él unos ojos penetrantes. Era evidente que quería saber. ¡Claro que quería saber! La identificación del asesino, su captura y la condena eran muy importantes para sobrellevar el duelo. Por desgracia, Torkel no podía ofrecerle la respuesta deseada.

—Lo siento, pero no puedo discutir los detalles de la investigación.

—Pero ¿es cierto que lo han detenido?

—Como le he dicho, no puedo hablar al respecto.

Lena ni siquiera pareció escucharlo. Se acercó un paso más. Demasiado cerca. Torkel tuvo que reprimir el impulso de retroceder.

—Siempre se estaba metiendo con Roger. Siempre. Fue por su culpa que mi hijo tuvo que cambiarse a ese colegio de niños repugnantes.

Sí, el culpable había sido Leo Lundin. O Leonard, o como se llamara el jodido niño. Lena no sabía cuánto tiempo había durado el acoso. Solamente sabía que había empezado en el ciclo medio, pero al principio Roger no se lo había contado. No le había dicho nada de los apodos, ni de los empujones por el pasillo, ni de los libros rotos, ni de la puerta forzada de la taquilla. Siempre encontraba un pretexto cuando volvía a casa con el torso desnudo o los zapatos mojados. Nunca explicaba que le habían roto la camiseta, ni que había encontrado los zapatos en la taza del inodoro después de la clase de gimnasia. Inventaba excusas cuando le desaparecía el dinero o

cualquiera de sus cosas. Al final, Lena había intuido la verdad y Roger la había reconocido en parte.

Pero le había dicho que no tenía ningún problema, que todo estaba bajo control, que era capaz de cuidarse solo, y que si ella se inmiscuía, las cosas podían empeorar.

Después empezó la violencia. Los golpes, los hematomas, el labio partido y el ojo morado. La patada en la cabeza. Entonces Lena había ido al colegio a hablar. Se había reunido con Leo y con su madre, y tras una conversación de casi una hora en el despacho del director, se había dado cuenta de que no iba a servir de nada hablar con ellos. Era evidente quién mandaba en casa de los Lundin.

Lena nunca había sido la más lista de la clase, pero entendía bastante del poder y de sus mecanismos. Distinguía las relaciones de jerarquía y sus estructuras. No siempre era el jefe quien mandaba. El padre o la madre no siempre tenían la máxima autoridad en la familia. El director no siempre era el líder. Lena reconocía con facilidad a la persona que ejercía el poder y la forma en que lo utilizaba, y deducía enseguida cómo debía comportarse con esa persona para obtener el máximo beneficio posible. O al menos para no tener que soportar ningún inconveniente. Algunos opinaban que era una intrigante, otros decían que se arrimaba al sol que más calentaba y había también quien la llamaba directamente lameculos. Pero era la única manera que tenía de salir adelante en la vida, siempre rodeada de poder y sin tenerlo nunca ella misma.

«Eso no es verdad —le dijo la vocecita interior que la había acompañado todo el día—. Tú tuviste poder».

Lena la rechazó; no quiso escucharla. Quería oír que había sido Leo. ¡Había sido él! Ella lo sabía. Tenía que haber sido Leo. Lo único que necesitaba era hacérselo entender al señor mayor y bien vestido que tenía delante.

—Estoy segura de que fue él. Ya había pegado varias veces a Roger. Lo acosaba una y otra vez. Nunca lo denunciamos a la policía, pero puede preguntar en el colegio y se lo dirán. Fue él. Yo sé que fue él.

Torkel comprendía su insistencia y su convicción. Veía lo que ya había visto muchas veces: la voluntad no sólo de encontrar una solución, sino también de entender lo sucedido. El acosador, el chico que atormentaba a su hijo, había perdido el control y se había extralimitado. Era comprensible. Estaba dentro de lo imaginable. Si había sido así, entonces la realidad podía volver a ser un poco más real. Torkel sabía también que no llegarían mucho más lejos en la conversación, por lo que le apoyó una mano sobre el brazo a Lena y la condujo hasta la puerta, con mucho cuidado y casi sin que ella se diera cuenta.

—Tendremos que esperar los resultados de la investigación. La mantendré informada de todo lo que ocurra.

Lena asintió y por inercia se dispuso a franquear la puerta acristalada. Pero de repente se detuvo.

—Hay algo más.

Torkel retrocedió los pocos pasos que había andado.

—¿Sí?

—Me llaman de los periódicos.

El policía suspiró. Claro que la llamaban. En su peor momento, cuando estaba más frágil y vulnerable, la llamaban. Daba igual que la prensa hubiera entonado mil autocríticas por haber publicado entrevistas a personas que no estaban en condiciones de hablar, ni entendían lo que hacían, ni a qué se estaban prestando, porque se encontraban en estado de *shock* o de profundo dolor.

Era como una ley de la naturaleza.

Asesinaban a un niño.

Y entonces llamaban los periódicos.

—Por mi experiencia, puedo decirle que las personas que hacen declaraciones a la prensa en situaciones como la suya suelen arrepentirse después —le dijo Torkel con franqueza—. Puede negarse a contestar o puede enviarlos a hablar con nosotros.

—Pero me proponen una entrevista exclusiva y quieren pagarme. He pensado que quizá usted pueda decirme cuánto les puedo pedir.

Torkel se la quedó mirando con una cara que Lena interpretó como de no haber entendido bien. De hecho, no la había entendido, pero de una manera diferente a la que ella imaginaba.

—Supongo que usted ya habrá visto antes este tipo de cosas. ¿Qué le parece razonable que pida?

—No lo sé.

—Nunca he tratado con periodistas. ¿De qué cifra estamos hablando? ¿Mil coronas? ¿Cinco mil? ¿Quince mil?

—Le aseguro que no lo sé. Mi consejo es que no hable con ellos.

Por la expresión de Lena, era evidente que esa posibilidad no existía.

—Hasta el momento no les he dicho nada. Pero ahora quieren pagarme.

Torkel la observó con atención. Era probable que necesitara el dinero. No le hacían falta sus escrúpulos morales ni sus consideraciones basadas en la experiencia. Sólo quería que le indicara el precio de sus declaraciones. ¿Qué derecho tenía Torkel a juzgarla? ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba realmente necesitado de dinero? ¿Lo

había estado alguna vez?

—Haga lo que quiera, pero tenga cuidado.

Lena hizo un gesto afirmativo y, para su sorpresa, oyó que Torkel añadía:

—Pídales mucho. No se venda por cuatro céntimos.

La mujer asintió con una sonrisa, se volvió y se marchó. Durante varios segundos, Torkel la siguió con la mirada por la ventana y la vio alejarse bajo el sol primaveral. Después puso fin mentalmente a la visita y se dispuso a volver al trabajo con sus colegas.

Pero aún le quedaba un obstáculo.

Haraldsson iba cojeando hacia él. Por la seriedad de su mirada, Torkel comprendió que tenía algo que decir. Imaginaba que querría hablarle de lo que Torkel había aplazado tanto como había podido. De lo que Vanja le había rogado por lo menos en tres ocasiones que solucionara de una vez.

—Si alguien te dice que quiere trabajar «cerca de ti», ¿tú cómo lo interpretas?

Haraldsson estaba tumbado boca arriba, en su lado de la cama de matrimonio, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y la mirada en el techo. A su lado yacía Jenny, con dos almohadas bajo el trasero y las plantas de los pies apoyadas sobre el colchón. De vez en cuando, levantaba la pelvis hacia el mismo techo que con expresión vacua estaba contemplando su marido. Eran las diez y media de la noche.

Habían hecho el amor.

O habían follado.

O ni siquiera eso, si Haraldsson era sincero. Simplemente, había vertido por obligación su simiente en el interior de su mujer mientras pensaba en otra cosa.

En el trabajo.

En la conversación mantenida con Torkel, en la que se había quejado de que Hanser —en contra del deseo expreso de Torkel— había intentado apartarlo a él, Haraldsson, de la investigación.

—Lo interpreto como que quiere trabajar conmigo —dijo Jenny, respondiendo a su pregunta; ahora separaba una vez más las caderas del colchón, para que el camino desde la matriz se volviera un poco menos cuesta abajo y un poco más cuesta arriba.

—¿Verdad que sí? Si le dices a un colega que quieres trabajar «cerca de él», entonces le estás diciendo que quieres colaborar, que quieres trabajar en lo mismo que él y con el mismo objetivo, ¿no te parece?

—Ajá.

En honor a la verdad, Jenny lo escuchaba solamente a medias. La situación era muy poco novedosa. Desde que había cambiado de jefa, Haraldsson no hacía más que hablar del trabajo, casi siempre para ventilar su frustración. El hecho de que ahora se quejara de la Unidad de Homicidios y no de Kerstin Hanser no cambiaba mucho las cosas.

La misma letra con distinta melodía.

—¿Sabes lo que pretende decir ese Torkel Höglund, de la Unidad de Homicidios, cuando te dice que quiere trabajar «cerca de ti»? ¿Lo sabes?

—Sí, porque ya me lo has dicho.

—¡No quiere decir nada! ¡Nada en absoluto! Cuando lo apremio para que me diga claramente cómo debe ser nuestra colaboración, me sale con que no tenemos ningún tipo de colaboración. ¿No te parece jodidamente raro?

—Sí, y del todo incomprensible.

Jenny no había hecho más que repetir las palabras que había dicho Haraldsson durante la cena, porque había descubierto que era una buena táctica para parecer interesada, sin estarlo en realidad. No era que el trabajo de su marido careciera de interés para ella. Al contrario. Disfrutaba mucho cuando Haraldsson le contaba los errores de los falsificadores o los detalles del asalto al furgón blindado del verano anterior. Pero, desde que había llegado Hanser, las anécdotas del trabajo policial habían sido sustituidas por largas peroratas sobre la injusticia.

Por un montón de amargura.

Por una retahíla de lamentos.

Era preciso que su marido pensara en otra cosa.

—Pero ¿sabes a quién puedes tener muy muy cerca de ti?

Jenny se volvió hacia él y le deslizó una mano por debajo de la manta hacia el pene flácido. Haraldsson la miró con la expresión de quien acaba de arreglarse tres muelas en el dentista y se entera de que tiene otra caries en un cuarto molar.

—¿Otra vez?

—Estoy ovulando.

La mano encontró lo que buscaba, lo agarró y se puso a menearlo. Suavemente, pero con urgencia.

—¿Otra vez?

—Creo que sí. Esta mañana tenía medio grado de temperatura más de lo normal. Mejor no arriesgarnos.

Para su propia sorpresa, Haraldsson notó que la sangre volvía a dirigirse a donde debía. Jenny se pasó al otro lado de la cama y se tumbó de espaldas a su marido.

—Métemela por detrás, así llegarás más adentro.

Haraldsson se acostó de lado, se situó en la posición correcta y penetró con facilidad a su mujer. Jenny se volvió hacia él de la cintura para arriba.

—Mañana tengo que levantarme temprano. No hace falta que estemos con esto toda la noche.

Le dio una palmadita a Haraldsson en la mejilla y volvió a su posición inicial. Agarrado a las caderas de su mujer, Thomas Haraldsson dejó vagar los pensamientos. Ya les enseñaría él a todos ellos.

Les demostraría de lo que era capaz.

De una vez por todas.

Se prometió que él solo resolvería el caso del asesinato de Roger Eriksson.

Mientras Haraldsson intentaba fecundar a su mujer sin restringirle las horas de sueño nocturno, el hombre que no era un asesino estaba envuelto en un albornoz, a pocos kilómetros de distancia, en un suburbio residencial donde para entonces quedaban pocas ventanas iluminadas. Estaba buscando en internet las últimas noticias de la investigación, sentado en la penumbra de lo que él llamaba con orgullo su cuarto de trabajo, con la fría luz de la pantalla como única iluminación. El periódico local reservaba un lugar destacado para informar de la muerte del chico —el hombre no era capaz de llamarlo asesinato—, aunque ya no ofrecía actualizaciones con la misma frecuencia que al principio. El reportaje del día había girado en torno a «un colegio conmocionado», con cuatro páginas completas dedicadas al Palmlövsvska. Todos, desde el personal del comedor hasta los alumnos y los profesores, habían tenido oportunidad de expresarse. En la mayor parte de los casos, habría sido mejor que se quedaran callados, o al menos eso pensó el hombre que no era un asesino mientras leía líneas cargadas de tópicos y comentarios atiborrados de estereotipos. Parecía que todos tenían opiniones, pero nadie tenía nada que decir. El periódico informaba además de la detención de un sospechoso de la misma edad que el chico muerto, aunque matizaba que el grado de sospecha era mínimo. Los tabloides de la tarde contaban más cosas. Sabían más. Lo amplificaban todo. El *Aftonbladet* decía que el chico detenido había aterrorizado y atormentado a la víctima durante mucho tiempo y que a todas luces era la causa principal del cambio de colegio del fallecido. Un columnista que aparecía fotografiado de cuerpo entero junto a su firma volvía aún más desgarradora la trágica historia, describiendo en su crónica que el chico atormentado había logrado librarse del acoso, se había recuperado, había salido adelante y había hecho nuevos amigos en otra escuela diferente, y que, cuando ya empezaba a mirar el futuro con ilusión, había caído víctima de una violencia absurda. Era imposible no derramar una lágrima.

El hombre que no era un asesino leyó el emotivo artículo y reflexionó un momento. ¿Deseaba que no hubiera ocurrido? Sí, desde luego. Pero no tenía sentido pensar de ese modo, porque había sucedido. Lo que estaba hecho no se podía deshacer. ¿Estaba arrepentido? No, en realidad no. Para él, el arrepentimiento implicaba la voluntad de actuar de una manera diferente en caso de encontrarse otra vez en la misma situación.

Pero él no tenía esa voluntad.

Ni podía tenerla.

Había demasiadas cosas en juego.

Tecleó la dirección de otro periódico, el *Expressen*. En el apartado «Última hora» encontró una nota bajo el título «Se diluyen las sospechas contra el detenido por el asesinato de Västerås». Malo. Si dejaban en libertad al muchacho, la policía empezaría a investigar de nuevo. Se recostó en el respaldo de su silla de oficina. Era lo que siempre hacía cuando necesitaba pensar.

Pensó en la cazadora.

Una cazadora verde de la marca Diesel, guardada en el fondo de un cajón, a su espalda. La chaqueta ensangrentada de Roger. ¿Y si la encontraban, por ejemplo, en casa del sospechoso?

A primera vista, podía parecer una manera egoísta de pensar y de actuar, una prueba falsa para que el peso de la culpa recayera sobre otra persona, una maniobra inmoral para librarse de las consecuencias de sus actos.

Pero ¿realmente era así?

El hombre que no era un asesino tenía la oportunidad de ayudar a los amigos y parientes de Roger, que de ese modo dejarían de preguntarse quién había matado al chico y se concentrarían en lo más importante, que era el trabajo de procesar y asimilar su dolor. Podía borrarles el signo de interrogación. Ayudarlos a seguir adelante. Y eso era algo que merecía la pena. Por si fuera poco, también podía ayudar a la policía de Västerås a incrementar su porcentaje de casos resueltos. Cuanto más consideraba su idea, más altruista le parecía. Podía contemplarla incluso como una buena acción.

No le hizo falta buscar mucho por la red para enterarse del nombre del chico detenido. Leonard Lundin. Lo encontró en un millar de foros, blogs y salas de chat. Internet era una maravilla.

Pronto conseguiría también la dirección.

Y entonces podría ayudar en serio a todo el mundo.

¿Cuántas veces habría mirado Sebastian el reloj? No lo sabía. Las 23.11 horas. La vez anterior marcaba las 23.08 horas. ¿Cómo era posible que el tiempo transcurriera con tanta lentitud? El desasosiego era insoportable. No quería estar en esa ciudad, ni en esa casa. ¿Qué podía hacer? ¿Arrellanarse en uno de los sillones, leer un libro y sentirse como en casa? Imposible. Ni siquiera cuando vivía allí se había sentido como en casa. Ya había recorrido todos los canales de televisión y no había encontrado nada que

mereciera la pena. Como no bebía, tampoco le interesaba el mueble bar. Y no era el tipo de persona que habría disfrutado explorando los aceites aromáticos y los exclusivos jabones de su madre, para después meterse en la bañera y pasar un rato distendido, refrescante, armonioso y revitalizante, en el amplio y casi lujoso cuarto de baño que había sido el refugio de su madre y la única habitación de la casa —si Sebastian no recordaba mal— que ella había querido proyectar y decorar por sí sola, sin la intervención de su marido. Era el cuarto de su madre, en la casa de su padre.

Durante un rato, Sebastian se había dedicado a recorrer la casa, abriendo armarios y cajones al azar. Hasta cierto punto lo movía la simple curiosidad, como cuando abría los armarios del baño de las casas que visitaba, pero a su pesar debía reconocer que también lo impulsaba el deseo de averiguar qué había ocurrido allí desde que él se había marchado. La impresión general era que no había ocurrido nada en absoluto. La porcelana fina de Rörstrand seguía en su sitio, en la vitrina esquinera blanca. Tapices y manteles para cada festividad y época del año reposaban en sus estantes, estaban minuciosamente planchados, enrollados y envueltos en papel de aluminio. Por supuesto, también había un montón de nuevos adornos absurdos de porcelana y cristal, y una cantidad enorme de recuerdos de viajes y vacaciones, en las estanterías y detrás de las puertas de los armarios, que competían por el espacio con regalos recibidos a lo largo de toda una vida: candelabros, jarrones y también ceniceros (testigos de otra época), objetos que nunca o casi nunca se habían utilizado y que permanecían guardados por la única razón de que alguien los había llevado alguna vez a la casa y, por lo tanto, resultaba imposible desprenderse de ellos sin parecer desagradecido o —peor aún— dar a entender que uno tenía mejor gusto que la persona que había llevado el regalo. Había cosas que Sebastian veía por primera vez, desde luego, pero la sensación era la misma. A pesar de los muebles nuevos, los tabiques derribados y la moderna iluminación, la casa seguía siendo, a los ojos de Sebastian, un mar de cosas inútiles que sólo transmitía la impresión de que en el hogar de los Bergman se seguía viviendo con tanta calma y dignidad, con tanto apego a las convenciones de la clase media y con un espíritu tan timorato como él recordaba. La visión de las cosas que quedaban en la casa lo aburría profundamente y el único sentimiento que le suscitaban era una pereza enorme ante la necesidad de ocuparse de toda esa mierda, para quitársela de encima de una vez.

El agente inmobiliario lo había llamado hacia las tres y se había mostrado un poco perplejo ante la actitud de Sebastian. En los tiempos que corrían, todo el mundo consideraba su casa como una inversión y la gente solía cuidar sus inversiones con la mentalidad del capitalismo moderno. Pero Sebastian no estaba dispuesto a regatear.

Quería vender, en principio al precio que fuera y, si era posible, en el mismo día. El agente le había prometido que pasaría a verlo en cuanto pudiera, y Sebastian esperaba que fuera a la mañana siguiente.

Pensó en la mujer del tren. El papel con su número de teléfono estaba junto a la cama. ¿Por qué no había sido más previsor? Hubiera podido llamarla más temprano e invitarla a cenar en algún restaurante agradable que ella misma habría elegido. Habrían comido bien y bebido con calma. Habrían charlado y reído, y se habrían escuchado mutuamente. La habría conocido mejor. Habrían podido sentarse en los mullidos sillones del bar de un hotel, con una copa en la mano y música relajante en los oídos, y entonces él, tanteando, casi sin proponérselo, con los dedos le habría rozado las rodillas, desnudas junto al borde mismo de la falda.

La seducción.

El juego que siempre le proporcionaba la victoria.

El triunfo.

El goce.

Todo eso estaba fuera de su alcance, porque no se estaba comportando como de costumbre. Lo achacaba a la casa. A su madre. A la repentina aparición de Torkel desde las profundidades del pasado. Había razones, pero no por eso dejaba de sentirse terriblemente irritado. Las circunstancias externas no solían afectarlo ni perturbar sus planes.

La vida se plegaba a los deseos de Sebastian Bergman, y no a la inversa.

O por lo menos así había sido antes.

Antes de Lily y Sabine.

Pero no pensaba ceder. Esa noche no. Daba igual lo que sucediera, o quién se plegara a los deseos de quién, o que ciertas personas pudieran considerar la sucesión de sus días como una mera existencia y no como una vida auténtica. No le importaba haber perdido en apariencia el control. Todavía conservaba la capacidad de sacar el máximo partido de la situación.

Era un superviviente, en todos los sentidos de la palabra.

Fue a la cocina y extrajo una botella de vino del sencillo botellero que encontró sobre la encimera. Ni siquiera miró la etiqueta. Le daban igual el tipo y el origen. Era vino, era tinto y cumpliría su función. Cuando abrió la puerta del porche, empezó a considerar cómo le convenía acercarse.

Como un tipo sensible.

(«He pensado que quizá no te apetecía estar sola...»).

Preocupado.

(«He visto las luces encendidas. ¿Estás bien?»).

O resuelto, pero a la vez compasivo.

(«No puedo permitir que estés sola en una noche como esta»).

En cualquier caso, el resultado sería el mismo.

Se iría a la cama con Clara Lundin.

La pintura del techo sobre la cama había empezado a desconcharse, como pudo observar Torkel, tumbado boca arriba en un hotel anónimo más. Habían sido tantas las noches de hotel a lo largo de los años, que el estilo impersonal ya le parecía normal. Sencillez antes que originalidad y funcionalidad antes que ambiente hogareño. A decir verdad, tampoco había una gran diferencia entre las habitaciones de hotel y el pequeño apartamento de Estocolmo al que se había mudado después de divorciarse de Yvonne. Estiró las piernas y entrelazó las manos por detrás de la cabeza, debajo de la almohada. Todavía se oía correr el agua en la ducha. Ella no era precisamente rápida en el baño.

La investigación. ¿Qué habían conseguido hasta ese momento?

Habían hallado el cadáver, pero desconocían el lugar del asesinato. Habían descubierto unas huellas de neumáticos que quizá correspondieran al coche del asesino, o quizá no. Tenían a un chico detenido, pero todo hacía pensar que sería preciso dejarlo en libertad al día siguiente. El lado positivo era que después de hacer mil averiguaciones y preguntar a mucha gente, Billy había localizado por fin a una empleada de la empresa de seguridad que le había indicado con quién debía hablar para conseguir las grabaciones de las cámaras de vigilancia de Gustavborgsgatan. El hombre en cuestión estaba en Linköping celebrando sus cincuenta años, pero se ocuparía del asunto lo antes posible, en cuanto regresara, al día siguiente por la mañana. No estaba muy seguro de que aún se conservaran las grabaciones del viernes, ya que algunas se guardaban solamente cuarenta y ocho horas. El gobierno provincial tenía sus puntos de vista al respecto. Dijo que lo comprobaría cuando estuviera de vuelta en la oficina. Billy le había dado de plazo hasta las once.

Vanja estaba convencida de que la novia de Roger mentía en lo referente a la hora de la desaparición, pero, como muy bien había observado el padre de Lisa, era su palabra contra la de los otros testigos. Las grabaciones solicitadas también podían ayudarlos a aclarar dudas en ese sentido. Torkel suspiró. Era deprimente que el éxito de la investigación dependiera, en ese momento, del tiempo que la empresa de seguridad G4S de Västerås acostumbraba guardar las grabaciones de las cámaras de vigilancia instaladas en los lugares públicos. ¿Qué se había hecho del buen trabajo

policial de otros tiempos? Torkel hizo un esfuerzo para apartar esa idea. Era el tipo de cosas que solían pensar los viejos inspectores bebedores de *whisky* y aficionados a la ópera y a las películas de cine negro. Utilizar la tecnología formaba parte del buen trabajo policial de los tiempos actuales. Las pruebas de ADN, las cámaras de vigilancia, la tecnología informática, las interconexiones, las escuchas, la localización de teléfonos móviles, la recuperación de mensajes de texto borrados... Así se resolvían los crímenes en la actualidad. Tratar de oponerse o negarse a utilizar esos instrumentos no sólo era inútil, sino que además habría sido como afirmar que la lupa era la herramienta más importante de toda investigación policial, una opinión propia de tontos o retrógrados. Y no era el momento de convertirse en ninguna de las dos cosas. Un chico había sido asesinado, y todas las miradas se concentraban en ellos. Torkel había visto las noticias de TV4 y, a continuación, un programa de debate dedicado a la violencia juvenil: causas, efectos y soluciones. Y todo eso, a pesar de las pruebas que apuntaban a la inocencia de Leonard y de los esfuerzos que habían hecho Torkel y su equipo para transmitirlo con claridad y evitar así que la sociedad y la prensa condenaran al muchacho. ¿Habría querido sugerir el programa que mientras la víctima fuera joven se trataba siempre de «violencia juvenil», fuera cual fuese la edad del culpable? Torkel no lo sabía. Sólo sabía que el debate no había aportado nada nuevo. La culpa era de los progenitores omisos en general y del padre ausente en particular, de las películas y, sobre todo, de los videojuegos violentos, y al final, una mujer de unos treinta años, con un *piercing*, había dicho lo que Torkel esperaba que alguien dijera para completar la lista:

—No debemos olvidar que actualmente tenemos una sociedad mucho más agresiva.

Ahí estaban las razones: los padres, los videojuegos y la sociedad.

Las soluciones brillaron como siempre por su ausencia, a menos que contaran como tales la propuesta de imponer por ley la baja por maternidad compartida, una mayor censura en los medios de comunicación o el consejo de dar más abrazos. En cuanto a la sociedad, era evidente que no se podía hacer nada al respecto. Torkel había apagado el televisor antes de que se acabara el programa y se había puesto a hablar de Sebastian. En los últimos años no había pensado mucho en su antiguo colega, pero aun así habría esperado que un encuentro con él se desarrollara de otra manera.

Más cordial.

Estaba decepcionado.

Ella se había ido a la ducha en ese momento. Ahora estaba saliendo del baño, desnuda, con tan sólo una toalla enrollada en la cabeza. Torkel siguió hablando, como

si la conversación no se hubiera interrumpido durante un cuarto de hora.

—Tendrías que haberlo visto. Ya era bastante raro cuando trabajábamos juntos, pero ahora... Se comportó como si quisiera enemistarse conmigo.

Ursula no contestó. Torkel la siguió con la mirada mientras ella se acercaba a la mesilla de noche, cogía un bote de crema y comenzaba a aplicársela. Loción hidratante con áloe vera, como él bien sabía. Ya la había visto usarla otras veces.

Desde hacía varios años.

¿Cuándo habían empezado? No lo recordaba con seguridad. Antes del divorcio, pero después de que las cosas empezaran a ponerse feas en su matrimonio, lo que suponía un margen de varios años. Aunque no tenía importancia. Él se había divorciado. Ursula seguía casada y no tenía ninguna intención de dejar a Mikael, hasta donde Torkel sabía, aunque en realidad conocía muy poco de la relación de Ursula con su marido. Mikael había tenido problemas con la bebida en algún momento, con recaídas periódicas. Eso era todo lo que sabía Torkel de él, y si no había entendido mal, en los últimos tiempos las recaídas se habían vuelto más breves y esporádicas. ¿Tendrían quizá un matrimonio abierto y podrían acostarse con quienes quisieran, siempre que les diera la gana y tantas veces como les apeteciera? ¿O tal vez Ursula sólo engañaba a Mikael con Torkel? Torkel se sentía muy próximo a Ursula, pero no sabía casi nada de su vida con su marido, fuera del trabajo. Al principio le hacía preguntas, pero enseguida había comprendido que Ursula no quería que se inmiscuyera. Los dos se buscaban mutuamente cuando coincidían en el trabajo y podían seguir así por mucho tiempo. No era necesario que hubiera nada más. Tampoco era necesario que él supiera nada más. Torkel había preferido no insistir y dejar de husmear en la vida de Ursula, por miedo a perderla del todo. No quería perderla. No sabía con exactitud qué quería de su relación con Ursula, pero seguramente era más de lo que ella estaba dispuesta a dar. Por eso se conformaba. Pasaban la noche juntos cuando ella quería. Como en ese momento en que estaba levantando la manta para meterse en la cama junto a él.

—Te lo advierto. Si sigues hablando de Sebastian, me voy.

—Es que estaba seguro de que lo conocía, y sin embargo...

Ursula le puso un dedo en los labios, se apoyó sobre un codo y lo miró con expresión seria.

—Te lo digo de verdad. Tengo una habitación para mí sola. Si sigues hablando, me voy. Y tú no quieres que me vaya, ¿verdad?

Tenía razón.

No quería que se fuera.

Se calló y apagó la luz.

El sueño despertó a Sebastian. Mientras estiraba los dedos de la mano derecha, intentó situarse con rapidez.

La casa de la vecina.

Clara Lundin.

Sexo inesperadamente bueno.

Pero estaba decepcionado. Había sido fácil, demasiado fácil para poder despertarse con un fugaz sentimiento de satisfacción.

Sebastian Bergman era un buen seductor, siempre lo había sido. A lo largo de los años, su éxito con el sexo opuesto había causado asombro en los otros hombres. No era bien parecido, al menos de una manera clásica. Siempre había oscilado entre el leve sobrepeso y la gordura, y en los últimos años se había quedado a medio camino entre los dos extremos. Sus facciones, ni marcadas ni definidas, eran más de bulldog que de dóberman, si hubiera que buscar modelos caninos. El pelo empezaba a ralearle en la coronilla y su forma de vestir hacía pensar más en un profesor de psicología que en las revistas de moda. Había mujeres que se sentían atraídas por el dinero, la apariencia física y el poder, desde luego, pero no eran todas. Para tener posibilidades con *todas* las mujeres era necesario algo más. Y Sebastian lo tenía. Encanto, intuición y un registro muy amplio. La convicción de que todas las mujeres son distintas y, como consecuencia, la capacidad de desarrollar diferentes tácticas para utilizarlas en el momento adecuado. Probar una, cambiar sobre la marcha, evaluar los resultados y cambiar otra vez si fuera necesario.

Sensibilidad.

Voluntad de escuchar.

Lo mejor era hacerle creer a la mujer que había sido ella quien lo había seducido. Era una sensación que los ricachones que entraban en los bares y ostentaban la American Express Platinum jamás podrían entender.

Era tremendamente estimulante para Sebastian encauzar los acontecimientos, prepararlos, hacer los ajustes necesarios y al final, si jugaba bien sus cartas, coronar el esfuerzo con el premio del placer físico. Pero con Clara Lundin había sido demasiado

fácil. Como contratar al chef de un restaurante de cinco estrellas para que fría un huevo. No había podido demostrar lo que era capaz de hacer. Le había resultado aburrido. Sólo sexo y nada más.

De camino a la casa de la vecina, había escogido la variante empática y, cuando ella le había abierto la puerta, le había enseñado la botella de vino.

—He pensado que quizá no te apetezca estar sola...

La vecina lo había hecho pasar, se habían sentado los dos en el sofá, habían abierto la botella de vino y Sebastian había escuchado lo mismo que durante el almuerzo, pero en una versión más larga y elaborada, en la que las carencias de Clara Lundin como madre ocupaban un lugar más destacado. Sebastian había asentido y mascullado comentarios en los momentos adecuados, había vuelto a llenar las copas, había seguido escuchando y había contestado unas cuantas preguntas de carácter netamente policial, sobre los protocolos de las detenciones, las expectativas que cabía albergar y las diferencias entre los grados de sospecha, entre otras cosas. Cuando ella al final ya no pudo contener las lágrimas, él le había apoyado la mano sobre una rodilla para consolarla y se le había acercado un poco más. En ese momento, Sebastian casi pudo sentir, físicamente, una especie de descarga eléctrica que recorría todo el cuerpo de Clara. Sus callados sollozos se interrumpieron y su respiración cambió y se tornó más profunda. Se volvió hacia Sebastian y lo miró a los ojos. Antes de que él pudiera reaccionar, ya lo estaba besando.

En el dormitorio, se entregó a él con apasionado ardor. Después, se puso a llorar de nuevo y quiso hacerlo una segunda vez. Por último, se quedó dormida piel contra piel, con tanto contacto físico como le fue posible.

Cuando Sebastian se despertó, tenía todavía un brazo de Clara apoyado sobre el pecho y la cabeza de ella metida como una cuña contra el cuello, entre la cabeza y el hombro. Con mucho cuidado, se soltó de su abrazo y se levantó de la cama, sin despertarla. Se vistió en silencio, mirándola. La fase de la seducción le resultaba fascinante, pero no estaba dispuesto a prolongar ningún encuentro más allá del sexo. ¿Qué podía esperar? Simples repeticiones. Más de lo mismo, pero sin la emoción de la primera vez. No tenía sentido quedarse. Pero ya había abandonado a suficientes mujeres después de sus aventuras de una noche para saber que sólo en casos excepcionales el sentimiento era recíproco, y con Clara Lundin estaba seguro de que ella esperaba algún tipo de continuidad. Y no sólo tomar juntos el desayuno y charlar un poco de intrascendencias, sino algo más.

Algo serio.

Por eso se levantó y se fue.

La mala conciencia no solía formar parte del repertorio sentimental de Sebastian, pero incluso él se daba cuenta de que el despertar sería duro para Clara Lundin. De hecho, ya había notado antes, en el jardín, lo tremendamente sola que estaba, y había podido confirmarlo después, en el sofá, por la presión de los labios de ella contra los suyos, por el tacto espasmódico de aquellas manos sobre su piel y por la forma en que apretaba el cuerpo contra el suyo. Clara Lundin necesitaba casi desesperadamente un poco de proximidad. Y no sólo en el aspecto físico, sino en todos los sentidos. Después de años de recibir respuestas cortantes e indiferencia hacia sus sentimientos e ideas en el mejor de los casos, o reproches y amenazas en el peor de ellos, estaba hambrienta de cariño y de atenciones. Absorbía como la arena del desierto cualquier cosa que se asemejara a un poco de tibieza humana. La mano de Sebastian sobre su rodilla. Un contacto. Una señal clara de que alguien la deseaba. Fue como abrir las compuertas de todas sus necesidades.

Necesidad de piel.

De intimidad.

De estar con alguien.

Ese había sido el error, pensó Sebastian mientras recorría el breve camino de vuelta a casa de sus padres. Le había resultado demasiado fácil y ella había quedado agradecida. Sebastian podía aceptar la mayoría de los sentimientos de sus conquistas, pero el agradecimiento le daba siempre un poco de repugnancia. Odio, desprecio, aflicción. Cualquier otra cosa era preferible. El agradecimiento dejaba excesivamente claro que todo sucedía en los términos que él marcaba. Él ya lo sabía, pero le resultaba más agradable pensar que las condiciones eran más igualadas. Le gustaba alimentar la ilusión. Pero el agradecimiento la resquebrajaba y lo dejaba a él al descubierto como lo que era en realidad: un hijo de puta.

Eran apenas las cuatro menos cuarto de la mañana cuando volvió a su casa, y no tenía ganas de acostarse otra vez. ¿Qué podía hacer? Aunque en realidad no quería y en cierto modo esperaba que las cosas acabaran arreglándose solas, también se daba cuenta de que antes o después tendría que ponerse a hacer algo con las estanterías y los cajones. No iba a conseguir que la situación mejorara dejando simplemente que pasara el tiempo.

Fue al garaje y encontró varias cajas de cartón plegadas, apoyadas contra la pared, detrás del viejo Opel. Cogió tres y se detuvo delante de la puerta principal. ¿Por dónde empezar? Se decidió por el antiguo cuarto de invitados, reconvertido en estudio. Descartó la mesa y las viejas máquinas de oficina, montó una de las cajas y

empezó a echar dentro los libros de la biblioteca que ocupaba toda una pared. Había de todo: novelas, ensayos, diccionarios y libros de texto. Todo iría a parar a las cajas. Con los libros pasaba como con el Opel del garaje: su valor de segunda mano era casi nulo. Cuando estuvo llena la primera caja, Sebastian intentó cerrarla. No pudo, pero se dijo que ya se las apañarían los de la empresa de mudanzas, y la empujó con gran esfuerzo hasta la puerta. Después montó otra caja y siguió sacando libros. A las cinco, ya había ido a buscar cuatro cajas más del garaje y la librería estaba casi vacía. Quedaban sólo dos estantes llenos, a la derecha. Álbumes de fotos, con pulcras etiquetas que indicaban fechas y contenido. Sebastian dudó un momento. Después de todo, en esas estanterías se alineaba lo que sus padres habían considerado «su vida». ¿Iba a meterlo todo en una caja y enviarlo al vertedero para que lo incineraran? ¿Podía hacerlo? Lo decidiría más tarde. En cualquier caso, había que vaciar las estanterías. Ya vería más adelante dónde pondría los álbumes.

Empezó por el estante más alto, y cuando ya había bajado más de la mitad de los álbumes, hasta llegar a «Invierno-primavera 1992, Innsbruck», su mano topó con algo escondido detrás de una gruesa carpeta. Una caja. La examinó a tientas, la agarró y la bajó. Era una caja de zapatos de tamaño pequeño, de color azul claro, con un sol en la tapa. En algún momento había debido de contener calzado infantil, pero seguramente ya no. La biblioteca era un lugar extraño para guardar zapatos. Sebastian se sentó en la cama y, con expectante curiosidad, levantó la tapa. La caja no estaba ni medio llena. En su interior había un juguete erótico, fabricado en la época en que comenzaba a haber juguetes eróticos, guardado con cuidado en su caja original, cubierta de dibujos a lápiz de algo que habría podido ser el *Kama sutra*. También había una llave de alguna caja de seguridad de un banco y varias cartas. Sebastian sacó las cartas de la caja. Eran tres, dos de ellas dirigidas a su madre. La caligrafía era femenina. La tercera la envió su madre a una tal Anna Eriksson, de Hägersten. El servicio de Correos se la había devuelto. «DESTINATARIO DESCONOCIDO», rezaba el sello estampado en el sobre. Era correspondencia de hacía más de treinta años, a juzgar por la fecha del franqueo. Las cartas las habían enviado desde Hägersten y desde Västerås. Por lo visto, la caja contenía cosas que su madre quería ocultar al resto del mundo. Probablemente eran cosas lo bastante importantes para ser conservadas, pero en secreto. ¿Qué habría hecho? ¿De quién serían las cartas? ¿De un amante? ¿Habría tenido una breve aventura amorosa lejos de su casa y de su marido? Sebastian abrió la primera carta.

Estimada señora:

No sé si le estoy escribiendo esta carta a la persona adecuada. Me llamo Anna Eriksson y necesito ponerme en contacto con su hijo, Sebastian Bergman. Lo conocí cuando enseñaba psicología en la Universidad de Estocolmo. He intentado localizarlo a través de la universidad, pero ya no es profesor allí y nadie tiene su nueva dirección. Los otros profesores con los que he hablado me han dicho que se ha ido a Estados Unidos, pero ninguno ha sabido decirme dónde vive. Al final, uno de ellos me ha explicado que es de Västerås y que su madre se llama Esther. Le escribo porque he encontrado su nombre y su dirección en la guía telefónica. Espero que sea la persona que busco y que pueda ayudarme a encontrar a Sebastian. Si no es usted la madre de Sebastian Bergman, le ruego que disculpe la molestia. Pero sea o no sea su madre, le suplico que me conteste, porque realmente necesito ponerme en contacto con Sebastian y tengo que saber si he enviado esta carta a la persona adecuada.

Atentamente,

ANNA ERIKSSON

Más abajo había una dirección. Sebastian se puso a pensar. Anna Eriksson. El otoño después de irse a Estados Unidos. El nombre no le sonaba, pero tampoco era raro. Habían transcurrido treinta años, y durante aquella época en la universidad habían pasado por su vida muchas mujeres. Después de terminar la carrera con el premio al mejor de la promoción, había conseguido una sustitución de un año en un departamento de la Facultad de Psicología. Tenía como mínimo veinte años menos que sus colegas y se había sentido como un perrito en una habitación llena de huesos de dinosaurio. Si hacía un esfuerzo, era posible que pudiera recordar por lo menos el nombre de una de las muchas chicas con las que se había acostado, pero también cabía la posibilidad de que no lo recordara. En cualquier caso, no se acordaba de ninguna Anna. Pero pensó que tal vez la siguiente carta pudiera aclararlo.

Estimada señora:

Gracias por su rápida y amable respuesta. Le ruego que me perdone por molestarla otra vez. Entiendo que no le parezca bien revelarle la dirección de su hijo a una desconocida, pero realmente necesito localizar a Sebastian

cuanto antes. No creo que sea del todo correcto escribirle esto a usted, pero me veo obligada a hacerlo para que comprenda lo importante que es para mí.

Estoy esperando un hijo de Sebastian y necesito ponerme en contacto con él. Por eso le ruego que si sabe dónde está, me lo haga saber. Ya ve que esto es tremendamente importante para mí.

La carta era más larga. Había algo sobre una mudanza y la promesa de escribir de nuevo, pero Sebastian no siguió leyendo. Volvió a repasar varias veces la misma frase. Tenía un hijo. O era posible que lo tuviera. Un hijo o una hija. Quizá volvía a ser padre. Tal vez. La fugaz visión de que su vida podía cambiar por completo de manera repentina casi lo hizo desmayarse. Se inclinó hacia delante, con la cabeza entre las rodillas e hizo una inspiración profunda. El cerebro le funcionaba a toda velocidad. Un hijo. ¿Habría abortado esa mujer? ¿Habría tenido al niño?

Intentó febrilmente recordar quién era Anna Eriksson y ponerle una cara al nombre, pero no encontró ninguna imagen en la memoria, tal vez porque le costaba concentrarse. Dio otra profunda inspiración y lo intentó de nuevo. Nada. Por un momento, los sentimientos contradictorios de alegría y conmoción se vieron desplazados por un estallido de rabia. Era posible que tuviera un hijo y su madre se lo había ocultado. Sintió otra vez que su madre había vuelto a fallarle y se le retorció el estómago. ¡Y pensar que había empezado a perdonarla! O al menos había deseado llegar a una tregua en la eterna batalla interior contra ella. Pero ese sentimiento se había desvanecido. La lucha no acabaría nunca y en ese momento comprendió que lo acompañaría toda la vida.

Tenía que saber más. Tenía que acordarse de quién era esa Anna. Se puso de pie y dio unos pasos por la habitación. Recordó que había una última carta; de hecho eran tres. Era posible que contuviera alguna pieza más del puzle. La sacó del fondo de la caja. En el sobre, la letra redonda de su madre. Por un momento, sintió el impulso de deshacerse de la carta, de marcharse y no mirar atrás nunca más, de olvidar ese secreto y sepultarlo en el mismo sitio donde durante tanto tiempo había estado oculto. Pero pronto sus dudas dieron paso a la acción. No habría podido ser de otra manera. Con manos temblorosas, extrajo con cuidado la carta del sobre. Era la caligrafía de su madre, su sintaxis, sus palabras. Al principio no entendió lo que leía. Tenía el cerebro sobrecargado.

Estimada Anna:

Si no te he dado la dirección de Sebastian en Estados Unidos, no ha sido porque seas una desconocida, sino porque no tenemos ni idea de dónde vive, como ya te dije en mi carta anterior. No mantenemos ningún contacto con él. Hace varios años que no sabemos nada de nuestro hijo. Tienes que creerme, porque es así.

Me da pena saber que estás embarazada. Siento que debo darte un consejo, aunque sea totalmente contrario a mis convicciones. Si todavía es posible, pon fin a ese embarazo. Intenta olvidar a Sebastian. Él nunca aceptará ningún tipo de responsabilidad hacia ti o hacia el niño. Me duele mucho decírtelo y es probable que te preguntes qué clase de madre soy, pero creo que estarás mucho mejor con Sebastian fuera de tu vida. Espero que todo se solucione de la mejor forma posible para ti.

Sebastian leyó la carta una vez más. Su madre había seguido el guion de la relación entre ambos hasta en los últimos detalles. Incluso después de muerta le continuaba haciendo daño. Intentó aquietar una vez más el caos de sus pensamientos. Concentrarse en los hechos y no en los sentimientos. Ver las cosas desde fuera. Actuar con profesionalidad. ¿Cuáles eran los hechos? Treinta años atrás, cuando trabajaba en la Universidad de Estocolmo, había dejado embarazada a una tal Anna Eriksson. Quizá la gestación había acabado en aborto o quizá no. En cualquier caso, hacía casi treinta años que esa tal Anna Eriksson ya no vivía en —echó un vistazo a la dirección— Vasaloppsvägen, 17. Sebastian se había acostado con ella. ¿Sería una de sus alumnas? Probablemente. Se había ido a la cama con varias.

El que había sido su decano, Arthur Lindgren, ya estaba jubilado, pero Sebastian consiguió localizarlo a través del teléfono de información. El hombre contestó después de tres llamadas y de que Sebastian dejara sonar el teléfono más de veinticinco veces. Seguía viviendo en Surbunnsgratan. En cuanto se despejó un poco y comprendió quién era la persona que lo llamaba a las seis y media de la mañana, se comportó de una manera asombrosamente servicial. Prometió buscar entre los papeles y las carpetas que tenía en su casa, para ver si encontraba alguna Anna Eriksson. Sebastian se lo agradeció. Arthur era uno de los pocos profesores que siempre había respetado, y el sentimiento era mutuo. De hecho, Arthur lo había defendido la primera vez que las autoridades universitarias intentaron despedirlo. Al final, la situación se había vuelto insostenible, incluso para Arthur. Las conquistas de Sebastian habían dejado de ser pequeñas aventuras discretas, y circulaban tantos rumores que al tercer

intento la junta consiguió echarlo. Entonces se marchó a Estados Unidos, a la Universidad de Carolina del Norte. Había solicitado una beca Fulbright cuando había comprendido que tenía los días contados.

Comenzó a esbozar la línea cronológica y para ello se fijó en la fecha de la primera carta: 9 de diciembre de 1979. La segunda estaba fechada el 18 de diciembre. Descontando nueve meses del mes de diciembre, se situó en marzo de 1979.

Recordaba haber llegado a Chapel Hill, en Carolina del Norte, a comienzos de noviembre de 1979. Por lo tanto, el período que le interesaba iba de marzo a octubre. Ocho meses posibles. Aun así, lo más probable era que la chica descubriera su embarazo poco antes de escribir la primera carta, por lo que los meses de septiembre y octubre parecían los más factibles. Sebastian hizo un esfuerzo de memoria para recordar todos los encuentros sexuales que hubiera podido tener en el otoño de 1979. No era fácil, porque justo esa época en la universidad había sido una de las más intensas de su vida en cuanto a excesos sexuales. Por un lado, el estrés causado por la constante fiscalización de su conducta por parte de las autoridades universitarias aumentaba su necesidad de afirmación; y, por otro, tras varios años de experimentaciones, había alcanzado prácticamente la perfección en su papel de seductor. Superados los miedos y las torpezas iniciales, se había dedicado a disfrutar de su habilidad, derribando todas las barreras durante unos años frenéticos. Más adelante, al volver la vista atrás, había recordado con pasmado asombro su comportamiento de aquellos tiempos. Cuando a comienzos de los años ochenta empezó a extenderse el temor al sida, Sebastian ya había comprendido que su adicción al sexo podía ser tremendamente perjudicial y había empezado a buscar la manera de superarla. Encontró gran parte de la fuerza necesaria en un estudio profundo del carácter de los asesinos en serie, que realizó en Estados Unidos. Aún recordaba el momento exacto en que, estando en Quantico —el centro de formación del FBI que tenía un acuerdo de colaboración con la Universidad de Carolina del Norte—, había comprendido que su comportamiento se parecía mucho a la forma de actuar de los asesinos en serie. Resultaba evidente que las consecuencias eran muy diferentes. Era como si él jugara al póquer con garbanzos, y los asesinos en serie, con lingotes de oro. Pero la base era la misma: una infancia difícil con poca empatía y cariño, un gran déficit de autoestima y una enorme necesidad de parecer fuerte. Y el incesante ciclo que pasaba por la fantasía, la ejecución y la angustia, como una rueda que nunca dejaba de girar. El individuo necesitaba reafirmarse y concebía fantasías de control, que en su caso eran sexuales y en el caso del asesino en serie guardaban relación con la vida y la muerte de sus semejantes. Las fantasías se volvían tan potentes que al final

resultaba imposible resistirse a ponerlas en práctica. Después sobrevinía la angustia por el acto cometido. La reafirmación no merecía la pena. El individuo se sentía malvado. Era una mala persona. Con las dudas, volvían a aparecer las fantasías para mitigar la angustia, pero enseguida llegaban a ser tan intensas que surgía de nuevo el impulso irrefrenable de hacerlas realidad. Y el ciclo se repetía una vez más. Esa repentina comprensión había atemorizado a Sebastian, pero también lo había preparado particularmente bien para colaborar con la policía en la búsqueda de asesinos en serie. Sebastian llegaba más lejos que nadie en los análisis. Definía mejor los perfiles. Era como si comprendiera mejor que los demás la psicología de los delincuentes. Y en realidad era así. En el fondo de su ser, por debajo del barniz académico, de sus vastos conocimientos y de sus inteligentes observaciones, era exactamente igual a los criminales que perseguía.

Arthur le devolvió la llamada una hora más tarde. Para entonces, Sebastian había consultado la página de Eniro, la empresa de directorios telefónicos, y había comprobado que todas las búsquedas con el nombre de Anna Eriksson arrojaban siempre «demasiados resultados», por la enorme cantidad de mujeres con ese nombre que había en Suecia. Cuando intentó restringir la búsqueda a Estocolmo, los resultados fueron 463, y ni siquiera estaba seguro de que la Anna Eriksson que él trataba de encontrar aún viviera en la ciudad. Ni de que no se hubiera casado y hubiera adoptado el apellido de su marido.

Arthur tenía noticias buenas y malas. Las malas eran que no aparecía en sus papeles ninguna Anna Eriksson matriculada en la Facultad de Psicología en 1979. Había una en 1980, pero no podía ser ella.

Las buenas eran que Arthur tenía acceso al Ladok.

¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes a Sebastian? El sistema informático de registro de los resultados académicos tenía apenas unos años cuando él se había marchado de la universidad. Las direcciones, los cambios de nombres y otros datos se actualizaban de forma automática con la información del Registro Civil. Y lo mejor de todo era que los datos eran públicos. En realidad, estaba prohibido revelarlos por teléfono, pero uno de los administrativos de la universidad había hecho una excepción con el antiguo decano, a esa hora tan temprana de la mañana, y ahora Arthur tenía en su poder las direcciones y los números de teléfono de las tres Anna Eriksson que habían estado matriculadas en la universidad durante el período en cuestión.

Sebastian no había podido agradecerse lo suficiente. Se despidió con la promesa de una buena cena en uno de los mejores restaurantes de Estocolmo, en cuanto volviera a la ciudad. El corazón le palpitaba con fuerza. Había tres Anna Eriksson.

¿Cuál sería la que buscaba?

La primera de la breve lista tenía cuarenta y un años cuando él estaba en la universidad, por lo que Sebastian la descartó de inmediato, no porque no hubiese podido quedarse embarazada, sino porque las MQMF no eran lo suyo. Al menos en aquella época. Con el tiempo, la edad había ido perdiendo importancia para él.

Quedaban dos. Dos posibles Anna Eriksson. Hacía tiempo que Sebastian no experimentaba una combinación de energía, miedo y expectación como la que sentía cuando descolgó el teléfono para llamar a la primera. Vivía en Hässleholm y había estudiado la carrera de Cinematografía. La sorprendió de camino al trabajo. Decidió ser crudamente sincero y le contó toda la historia de la carta que había hallado esa misma mañana. La mujer pareció sorprendida por el carácter inesperado e íntimo de la conversación a una hora tan temprana, pero aun así respondió con bastante amabilidad que no conocía a Sebastian de nada y que estaba segura de no haber tenido un hijo suyo. Tenía hijos, sí, pero habían nacido en 1984 y 1987. Sebastian le dio las gracias y la borró de la lista.

Quedaba una.

La llamó. Estaba durmiendo y la despertó. Quizá por eso pareció mucho más recelosa que la anterior. Dijo que no lo conocía. Le reveló que había cursado estudios de Ciencias Sociales y que había acabado la carrera en 1980, pero añadió que no se había acostado con ninguno de los posgraduados de la Facultad de Psicología. De haberlo hecho, lo recordaría. Y si además se hubiera quedado embarazada, lo recordaría aún más. No, no tenía hijos. Si había podido localizarla y llamarla por teléfono después de tantos años, imaginaba que también habría podido comprobar ese dato. Dijo eso y le colgó.

Sebastian borró a la última Anna Eriksson de la lista.

Exhaló largamente el aire, como si llevara varias horas conteniendo el aliento. La energía que lo había estado sosteniendo había desaparecido. Se dejó caer en una de las sillas de la cocina. Necesitaba ordenar las ideas.

La Anna Eriksson que buscaba no había sido una de sus estudiantes y eso complicaba las cosas. Sin embargo, debía de haber tenido alguna relación con la universidad. De hecho, en una de sus cartas decía que lo había conocido allí. Pero ¿cuál podía ser esa relación? ¿Sería profesora, ayudante en prácticas o sólo una amiga de alguien que trabajaba en la universidad y que se la había presentado en una fiesta?

Había muchas posibilidades.

Y ninguna respuesta.

Un nombre, una dirección, un año y una relación con su época en la Universidad

de Estocolmo. Nada más. Ni siquiera sabía su edad, un dato que habría podido resultar bastante útil. Pero necesitaba saber. Saber más. Saberlo todo. Por primera vez en mucho tiempo, Sebastian sentía algo más allá del perenne cansancio que siempre lo acompañaba. No era esperanza, pero era algo: una pequeña conexión con la vida. Reconoció la sensación, porque Lily se la había brindado. Sensación de contexto, de pertenencia. Antes de conocer a Lily, Sebastian siempre se había sentido solo, con la impresión de vivir al margen de la vida y de las otras personas. Lily lo había transformado. Se le había metido dentro. Había derribado el muro de sus poses y su intelectualidad, y le había llegado al corazón como nadie. Ella lo veía tal como era en realidad. Le perdonaba sus deslices, pero le planteaba exigencias. Todo eso era nuevo para él.

Era amor.

Había dejado de acostarse con otras. No había sido fácil, pero ella siempre encontraba, de forma mágica, las palabras para reconfortarlo en los momentos de duda. De repente, se había dado cuenta de que ella no era la única que luchaba por los dos. Él también estaba luchando. Ya no buscaba la manera de huir, como había hecho siempre, sino que intentaba avanzar con ella. Era un sentimiento maravilloso. Ya no era el soldado solitario. Eran dos y estaban juntos. Cuando nació Sabine aquel día de agosto, la vida terminó de desplegarse a su alrededor. Sintió que estaba completo. Formaba parte de un todo. Ya no estaba solo.

El tsunami había cambiado su vida. Había desgarrado todos los vínculos; había cortado cada uno de los hilos finamente torneados que lo unían con el resto de las cosas. Volvía a estar igual que antes.

Pero todavía más solo.

Porque ahora sabía cómo podía ser la vida.

Cómo tenía que ser.

Sebastian salió al porche. Se sentía curiosamente exaltado. Era como si le hubieran lanzado un salvavidas. ¿Debía agarrarse a él? Era probable que todo acabara mal. Era probable. Pero esa mañana, por primera vez en mucho tiempo, sintió algo que burbujeaba en su interior: una energía, un impulso, un deseo que no era de sexo, ni de conquista, sino de vivir. Y pensaba aceptarlo. De todos modos, ya no podía estar peor. No tenía nada que perder; sólo podía ganar. Necesitaba saber la verdad. ¿Había tenido otro hijo? Era preciso que encontrara a esa Anna Eriksson. Pero ¿cómo? De repente, se le ocurrió una idea. Conocía a una gente que podía ayudarlo. Pero no sería fácil.

Torkel y Ursula bajaron al mismo tiempo a desayunar al comedor del hotel, pero no hicieron todo el camino juntos. Cuando Ursula pasaba la noche en la habitación de Torkel, ponía el despertador a las cuatro y media, se levantaba cuando sonaba, se vestía y volvía a su habitación. Torkel también se despertaba y, completamente vestido y compuesto, se despedía de ella en la puerta. Si por casualidad pasaba alguien por el pasillo del hotel a esas horas intempestivas, pensaba que los dos colegas se habían quedado trabajando juntos hasta la madrugada y que uno de ellos volvía a su habitación en busca de unas pocas horas de merecido sueño. Era puro azar que esa mañana se hubieran encontrado en la escalera y hubieran entrado a la vez en el comedor. También a la vez oyeron un silbido agudo y se volvieron al mismo tiempo hacia una de las mesas junto a la ventana. Allí sentado estaba Sebastian, quien levantó una mano para saludarlos. Torkel oyó el ruidoso suspiro de Ursula, que se apartó de su lado y se dirigió a la mesa del bufet, dándole la espalda a Sebastian con exagerado énfasis.

—Ven aquí un momento, hazme el favor. He cogido café para ti.

La voz de Sebastian retumbó en la sala. Los huéspedes que antes no habían prestado atención al silbido se volvieron para mirarlo. Torkel fue con paso firme hacia la mesa de Sebastian.

—¿Qué quieres?

—Volver a trabajar. Con vosotros. En el caso del chico.

Torkel lo miró, tratando de descubrir algún indicio de que estaba bromeando. Como no lo encontró, negó con la cabeza.

—Imposible.

—¿Por qué? ¿Porque Ursula no quiere? Ven, siéntate y concédeme dos minutos.

Torkel se volvió hacia Ursula, que seguía de espaldas. Entonces separó una silla de la mesa y se sentó. Sebastian le puso el café delante. Torkel, por su parte, echó una mirada rápida al reloj y se llevó las manos a la cara.

—Dos minutos.

Se hizo un breve silencio mientras Sebastian esperaba a que Torkel dijera algo

más. Pero no dijo nada.

—Quiero volver a trabajar. Con vosotros. En el caso del chico. ¿Qué es lo que no has entendido?

—¿*Por qué* quieres volver a trabajar? Con nosotros. En el caso del chico.

Sebastian se encogió de hombros y bebió un sorbo de café de la taza que tenía delante.

—Por motivos personales. Mi vida es un poco... fluctuante ahora mismo. Mi terapeuta dice que un poco de rutina me haría bien. Necesito disciplina. Concentrarme en algo. Y vosotros me necesitáis a mí.

—¿Ah, sí?

—Sí. Estáis completamente perdidos.

Torkel ya tendría que estar acostumbrado. ¿Cuántas veces habían presentado él o cualquiera de sus colegas una teoría, o formulado una hipótesis, sólo para que Sebastian se la echara abajo de la manera más brutal? Sin embargo, no pudo evitar irritarse ante el frío desprecio que su antiguo colega demostraba hacia todo su trabajo, un trabajo que ni siquiera conocía.

—¿Eso crees?

—El hijo de mi vecina no es el asesino. El culpable se deshizo del cadáver en un lugar lejano y bastante difícil de encontrar. El detalle del corazón parece casi un ritual. —Sebastian se echó hacia delante y bajó la voz, buscando algo de dramatismo—. El asesino es un poco más sofisticado y maduro que un pobre gamberro que apenas va a clase.

Sebastian volvió a recostarse en el respaldo, con el café en la mano, y miró a Torkel por encima del borde de la taza. Este empujó su silla hacia atrás.

—Ya lo sabemos. Por eso vamos a dejarlo en libertad hoy mismo. Y la respuesta a tu petición sigue siendo un no. Gracias por el café.

Torkel se puso de pie y volvió a arrimar la silla a la mesa. Vio que Ursula se había sentado junto a otra ventana, al otro lado de la sala. Se disponía a reunirse con ella cuando Sebastian dejó la taza y levantó la voz.

—¿Recuerdas cuando Monica te fue infiel? ¿Todo el lío de tu divorcio? —Torkel se paró en seco y se volvió hacia Sebastian, que le devolvió la mirada con gesto distendido—. Me refiero a tu primer divorcio, claro.

De pie, Torkel se quedó esperando en silencio una continuación que sabía que llegaría.

—Estabas jodido, ¿eh?

Torkel no respondió, pero con una mirada le expresó claramente a Sebastian que

no quería hablar del asunto, una mirada que Sebastian ignoró por completo.

—Apostaría cualquier cosa a que hoy no serías jefe si alguien no te hubiera ayudado con el trabajo durante aquel otoño tan oscuro. Qué digo durante el otoño, ¡durante todo el año!

—Sebastian...

—¿Qué crees que habría pasado si no hubiera habido alguien que entregaba los informes a tiempo? Alguien que corregía los errores y minimizaba los daños...

Torkel desanduvo los pocos pasos que lo separaban de Sebastian y apoyó las manos sobre la mesa.

—No sé qué te traes entre manos, pero esto es caer demasiado bajo. Incluso para ti.

—No me entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Las amenazas? ¿Los chantajes?

Sebastian guardó silencio un segundo. ¿Había llegado demasiado lejos? Necesitaba incorporarse a la investigación. Además, Torkel le caía bien, o al menos le había tenido aprecio hacía mucho tiempo, en otra vida. El recuerdo de aquella otra vida animó a Sebastian por lo menos a intentarlo. Adoptó un tono de voz más amable.

—No te amenazo. Te estoy pidiendo un favor.

Sebastian levantó la vista y miró a Torkel con franqueza. Era una mirada sincera de súplica, que Torkel no recordaba haberle visto nunca. Aun así trató de negarse, pero Sebastian se le adelantó.

—Un favor de amigo. Si me conoces la mitad de bien de lo que crees conocerme, ya sabes que nunca te pediría nada de este modo a no ser que lo necesitara de verdad.

Estaban todos congregados en la sala de reuniones de la comisaría. Ursula había fulminado a Torkel con la mirada al entrar en la habitación y ver a Sebastian arrellanado en una de las sillas. Vanja había mostrado curiosidad, ya que para ella era un desconocido, y enseguida se había presentado. Pero Sebastian creyó notar que su interés inicial se convertía en un gesto de desagrado en cuanto él le dijo su nombre. ¿Le habría hablado Ursula de él?

¡Claro que lo había hecho!

Eso sí que era navegar con el viento en contra.

El único sin ninguna reacción visible ante su presencia fue Billy, que estaba sentado a la mesa con su desayuno comprado en el 7-Eleven. Torkel sabía que no había ninguna manera buena de decir lo que pensaba decir, y que la mayor parte de las veces lo más simple era lo mejor. Por eso lo expresó de la forma más sencilla que

pudo:

—Sebastian va a trabajar un tiempo con nosotros.

Breve silencio. Intercambio de miradas. Sorpresa. Rabia.

—¿Con nosotros?

Torkel notó que Ursula apretaba de un modo ostensible la mandíbula. Era demasiado profesional para insultarlo o echarle una bronca delante del grupo, pero Torkel se dio cuenta de que era precisamente lo que habría querido hacer. La había defraudado. De doble forma. Por un lado, había vuelto a meter a Sebastian en su vida laboral, y por otro —lo que probablemente era mucho peor—, no le había dicho nada de sus planes durante el desayuno ni durante el camino hasta la comisaría. Sí, Ursula estaba furiosa y tenía razón. Torkel tendría que dormir solo durante el resto de la investigación. Y quizá durante más tiempo.

—Así es —respondió.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de particular este caso para que necesitemos al gran Sebastian Bergman?

—Todavía tenemos que resolverlo y Sebastian está disponible.

Torkel era consciente de la debilidad de su argumento. Ni siquiera habían pasado cuarenta y ocho horas desde el hallazgo del cadáver, y ese mismo día la investigación podía hacer importantes avances en varios frentes, si las grabaciones de las cámaras de vigilancia aportaban lo que prometían. ¿Y qué más daba que Sebastian estuviera «disponible»? ¿Había suficientes razones para incorporarlo a la investigación? ¡Por supuesto que no! Había muchos psicólogos disponibles y algunos eran mejores que Sebastian en su estado actual. De eso Torkel estaba seguro. Entonces ¿por qué estaba sentado con ellos en la sala de reuniones? Torkel no le debía nada. Al contrario. Su vida habría sido mucho más fácil sin tener que compartir la sala con su antiguo colega. Sin embargo había advertido un punto de desolada sinceridad en la súplica de Sebastian, un matiz de desesperación. Sebastian podía aparentar toda la frialdad y el distanciamiento que quisiera, pero Torkel notaba en él un vacío. Un dolor. Quizá pareciera exagerado, pero Torkel tenía la sensación de que la vida de Sebastian, o en todo caso su salud mental, dependía en cierto modo de su participación en la investigación. Torkel le había dicho que sí simplemente porque había sentido que era lo correcto.

Así lo había sentido un momento antes, cuando estaban en el comedor del hotel.

Ahora empezaba a percibir el embrión de la duda que crecía en su interior.

—Además, he adelgazado bastante.

Los cuatro se volvieron al mismo tiempo y miraron sorprendidos a Sebastian, que

se enderezó en la silla.

—¿Qué?

—Ursula ha dicho que soy «el gran Sebastian Bergman» y lo cierto es que he adelgazado y ya no soy tan grande. Claro que si hablamos de tamaños, puede que Ursula estuviera pensando en otra cosa.

Sebastian la miró con una sonrisa cargada de intención.

—¿Quieres dejarlo ya? ¿No han pasado ni treinta puñeteros segundos y ya tienes que estar fastidiando? —Ursula se volvió hacia Torkel—. ¿En serio nos estás pidiendo que trabajemos con este individuo?

Sebastian extendió los brazos en señal de disculpa.

—Perdón. Mis más rendidas excusas. No sabía que una alusión a un gran intelecto pudiera causar tanto escándalo en este grupo.

Ursula se limitó a resoplar, negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Cuando se volvió hacia Torkel, su mirada expresaba con claridad que estaba esperando una solución y que esa solución debía incluir necesariamente que Sebastian se fuera. Vanja, que no tenía ninguna experiencia anterior con él, lo miraba con una mezcla de desconfianza y fascinación, como si fuera un insecto extraño bajo un microscopio.

—¿Eres así de verdad?

Sebastian volvió a separar los brazos.

—Todo este fantástico cuerpo es auténtico.

Torkel sintió que el embrión de la duda crecía aún más. Las cosas solían salirle bien cuando se dejaba llevar por la intuición. Pero ¿ahora qué? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Tres minutos? Y el ambiente en la sala ya era el peor en muchos años, o quizá incluso el peor desde que tenía memoria. Levantó la voz.

—Muy bien, ya hemos tenido suficiente. Sebastian, déjanos solos y vete a estudiar el caso en otro sitio.

Le tendió una carpeta. Sebastian la cogió, pero Torkel no la soltó, por lo que Bergman se vio obligado a levantar la vista y a mirarlo a los ojos.

Su expresión era de desconcierto.

—De ahora en adelante tendrás que tratarnos con respeto a mí y a mi gente. Te he contratado y puedo echarte. ¿Lo has entendido?

—Sí, debe de ser muy duro para ti que demuestre tan poco respeto cuando todos se esfuerzan tanto por acogerte y hacerme sentir bienvenido.

La ironía no tuvo ningún efecto en Torkel.

—No es ninguna broma lo que te he dicho. Si no te comportas, te echo a patadas. ¿Está claro?

Sebastian comprendió que no era el mejor momento para enfrentarse con Torkel, de modo que asintió dócilmente.

—Os pido disculpas a todos, sin ningún tipo de reservas. Por todo. A partir de ahora, ni siquiera notaréis que estoy aquí.

Torkel soltó la carpeta. Sebastian la cogió y se la puso debajo del brazo. Con un leve movimiento de la mano, se despidió de los cuatro presentes en la sala.

—Nos vemos luego.

Abrió la puerta y salió. Ursula se volvió hacia Torkel, pero antes de que pudiera iniciar su diatriba, Haraldsson golpeó un par de veces el marco y entró.

—Hemos recibido un correo electrónico.

Le tendió una hoja impresa a Torkel, que la agarró y le echó un vistazo. Vanja se acercó un poco más para leer por encima del hombro de Torkel, pero no fue necesario porque Haraldsson les resumió el contenido del mensaje.

—Es alguien que dice que la cazadora de Roger está en el garaje de Leo Lundin.

No hizo falta que Torkel dijera nada. Ursula y Billy se precipitaron hacia la puerta y desaparecieron.

Sebastian atravesó el espacio diáfano de las oficinas, llevando bajo el brazo la carpeta que no pensaba abrir. De momento, todo iba bien. Se había incorporado a la investigación y ahora sólo le faltaba conseguir lo que había ido a buscar. Cuando de verdad hacía falta encontrar algo, nada mejor que buscarlo en los ordenadores de la policía. No todas las personas tenían antecedentes penales, desde luego, y Sebastian esperaba que tampoco Anna Eriksson figurara en ese registro; pero la cantidad de información que se podía extraer del sistema informático de la policía, al margen de los antecedentes penales, era impresionante y era justo lo que él necesitaba.

Solamente tenía que encontrar a alguien que lo ayudara.

La persona ideal para el trabajo.

Recorrió con la mirada los distintos escritorios y se decidió por una mujer de unos cuarenta años, sentada junto a la ventana. De baja estatura, corte de pelo práctico y maquillaje discreto. Pendientes. Ojos castaños. Anillo de casada. Sebastian dio los últimos pasos hasta su mesa y encendió la sonrisa.

—Hola. Me llamo Sebastian Bergman y desde hoy colaboro con la Unidad de Homicidios.

Sebastian señaló con la cabeza la sala de reuniones, al ver que la mujer levantaba la vista de su escritorio.

—Ah, sí. Hola. Yo me llamo Martina.

—Encantado de conocerte, Martina. Verás, necesito que me ayudes en una cosa.

—Sí, claro. Dime qué es.

—Necesito encontrar a una tal Anna Eriksson, que vivía en esta dirección de Estocolmo en 1979.

Sebastian depositó sobre la mesa la carta devuelta a su madre. La mujer le echó un vistazo rápido y volvió a mirar a Sebastian con cierta desconfianza.

—¿Tiene que ver con la investigación?

—Sí, claro. Totalmente.

—Entonces ¿por qué no la buscas tú?

Exacto. ¿Por qué no la buscaba él? Por una vez, Sebastian pensó que decir la verdad sería suficiente.

—He empezado hoy mismo y todavía no tengo un nombre de usuario, ni me han dado la contraseña.

Compuso su sonrisa más seductora, pero no logró el efecto deseado. Martina cogió la carta, que seguía sobre la mesa, e hizo un gesto de negación.

—¿Por qué no se lo pides a alguien de tu equipo? Todos ellos tienen acceso al sistema.

«¿Por qué no te alegras de poder colaborar en un caso de asesinato de gran relevancia mediática? ¿Por qué no haces lo que te pido y dejas de hacer preguntas de una puta vez?», pensó Sebastian mientras se acercaba un poco más, para hablarle en tono de amistosa intimidación.

—Si quieres que te diga la verdad, no es más que una corazonada. Es mi primer día de trabajo y no quiero hacer el ridículo, ¿entiendes?

—Te ayudaré con mucho gusto, pero antes necesito la autorización de tu jefe. No podemos investigar a la gente así como así.

—No te estoy pidiendo que investigues a nadie así como así, sino por...

Sebastian se interrumpió al ver que Torkel salía de la sala de reuniones y miraba a su alrededor como buscando algo. Enseguida resultó evidente que había encontrado lo que buscaba: al propio Sebastian. Nada más verlo, se dirigió hacia él con paso decidido. Sebastian recogió el sobre y enderezó la espalda.

—¿Sabes qué te digo? Olvídalo. Trataré de investigarlo con el grupo. Será mucho más sencillo. Gracias de todos modos.

Sebastian empezó a alejarse antes de terminar de hablar. Quería poner suficiente distancia entre Martina, Torkel y él para que la mujer no fuera a pedirle a Torkel, ya que lo tenía a mano, si la autorizaba a colaborar en la búsqueda de una tal Anna Eriksson de 1979. Porque si lo hacía, Torkel empezaría a preguntarse cosas, dudaría

de los motivos de Sebastian para incorporarse a la investigación y adoptaría una actitud innecesariamente vigilante. Por esa razón, siguió alejándose de Martina. Paso a paso. Hasta oír a Torkel.

—¡Sebastian!

Sebastian inició una rápida deliberación interior. ¿Era preciso explicarle a Torkel su conversación con la colega de Västerås? Sí, sería mejor que sí. Decidió decirle lo que con toda probabilidad ya estaría pensando.

—Estaba buscando un lugar donde estudiar el caso, pero una blusa ceñida y bien rellena se ha interpuesto en mi camino.

Torkel pensó durante unos instantes si debía recordarle a Sebastian, allí y en ese momento, que desde esa mañana formaba parte de la Unidad de Homicidios, que todos sus actos recaían sobre el resto del grupo y que, por lo tanto, no era buena idea tratar de llevarse a la cama a las colegas de la policía local, sobre todo si estaban casadas. Pero Torkel sabía que Sebastian ya estaba al corriente de todo eso. Ya lo sabía, pero le daba igual.

—Hemos recibido un chivatazo anónimo que vuelve a señalar a Lundin. Ursula y Billy han ido a investigar, pero he pensado que quizá podrías ir tú también, para hablar con la madre.

—¿Con Clara?

—Sí, no sé, me dio la impresión de que tenías una buena relación con ella.

Una buena relación, sí. Se podía decir que sí. Esa otra mujer no sólo podía poner a Torkel en guardia, sino provocar el despido fulminante de Sebastian. Acostarse con la madre de un chico sospechoso de asesinato no era lo mejor que podía hacer un colaborador de la policía. Sebastian estaba bastante seguro de que Torkel tendría una opinión firme al respecto.

—No tan buena relación, no creas. Prefiero estudiar el caso y ver si encuentro algo nuevo que no hayáis visto vosotros.

Por un momento, pareció que Torkel iba a contradecirlo, pero al final se limitó a asentir.

—Muy bien. Hazlo.

—Una cosa más. ¿Podrías conseguir que me den acceso al sistema informático? A los registros, a todo el sistema...

Torkel lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—Porque no sería la primera vez que lo usas para tus propios fines.

Torkel se le acercó un poco más. Sebastian sabía que lo hacía para evitar que los oídos curiosos se enteraran de las discrepancias que pudiera haber dentro del grupo. De cara al exterior, estaban unidos. Era importante que así fuera. Por eso, no podía ser muy positivo lo que Torkel pensaba decirle. Y no lo fue.

—Tú no eres miembro de pleno derecho del equipo. Eres un asesor. Todas las investigaciones que quieras hacer, todas las pistas que quieras seguir, deben pasar por nosotros. Preferiblemente por Billy.

Sebastian intentó disimular la decepción, pero era evidente que no lo consiguió.

—¿Tienes algún problema con esto?

—No, en absoluto. Tú mandas.

Maldito Torkel. Ahora tardaría mucho más de lo que había pensado en conseguir lo que quería. Sebastian no tenía la menor intención de formar parte de la investigación durante mucho tiempo, y menos aún ser un participante activo. No pensaba hablar con nadie, ni hacer ningún interrogatorio, ni analizar nada ni a ninguna persona. Tampoco tenía previsto plantear hipótesis, ni esbozar diferentes perfiles del culpable. Simplemente, conseguiría lo que había ido a buscar —la dirección actualizada y válida de Anna Eriksson o del nombre que tuviera para entonces esa mujer— y a continuación se apartaría del grupo con la mayor rapidez y efectividad que fuera posible, se marcharía de la ciudad y no volvería a tener nada que ver con ninguno de ellos, nunca más.

Sebastian levantó la carpeta.

—Bueno, entonces voy a leer todo esto.

—Una cosa más, Sebastian.

Sebastian suspiró para sus adentros. ¿Por qué no lo dejaba irse a leer tranquilo a algún sitio, con una taza de café?

—Estás aquí como un favor, porque te creí cuando me dijiste que necesitabas trabajar con nosotros. No espero que me lo agradezcas, pero está en tu mano que no tenga que arrepentirme de mi decisión.

Antes de que tuviera tiempo de responder, Torkel dio media vuelta y se fue. Sebastian se lo quedó mirando mientras se alejaba.

No sentía ninguna gratitud.

Pero estaba claro que Torkel acabaría arrepintiéndose.

Les pasaba a todos los que dejaban que Sebastian entrara en sus vidas.

Billy abrió la puerta del garaje. No se veía ningún coche, aunque había espacio para uno. Era la excepción. A lo largo de los años, Billy y Ursula habían entrado en

muchísimos garajes. La mayoría estaban llenos de todo lo imaginable, menos de un coche. Sin embargo en el garaje de los Lundin, el suelo estaba despejado, manchado de aceite y sucio, con la reja de un desagüe en el centro. Ursula buscó el interruptor de la luz.

Entraron. Las dos bombillas solitarias que colgaban del techo se iluminaron, pero aun así los dos sacaron del bolsillo sus respectivas linternas. Sin necesidad de decir ni una palabra, empezaron a registrar cada uno su lado del garaje. Ursula se hizo cargo de la mitad derecha, y Billy, de la izquierda. En principio, el suelo de la zona de Ursula parecía despejado. En un rincón había unos palos de cróquet y un juego de petanca al que le faltaba una bola, y al lado vio un cortacésped eléctrico. Ursula lo levantó. Vacío, igual que la vez anterior. Los estantes de las paredes estaban llenos, pero sin nada que permitiera suponer que había habido alguna vez un automóvil en el garaje. Ni latas de aceite, ni bujías, ni aerosoles para descongelar las cerraduras en invierno ni bombillas para los faros. En cambio, había muchos artículos de jardín: cinta para delimitar parterres, bolsas de semillas medio llenas, guantes de trabajo y botes de herbicida en espray. No había sitio para esconder una chaqueta. Ursula empezó a dudar de la veracidad de la información que les había facilitado ese correo electrónico. Si hubiese habido una chaqueta, ella la habría encontrado.

—¿Has mirado en el desagüe?

—¿Tú qué crees?

Billy no contestó. Empezó a mover las tres bolsas de tierra para plantas, que encontró amontonadas contra una de las paredes laterales, al lado de unos muebles de jardín de plástico blanco. Había sido una tontería preguntar. A Ursula no le gustaba que nadie dudara de su profesionalidad. Sin saber demasiado acerca de su relación pasada con Sebastian Bergman, Billy supuso que quizá era por eso que le tenía tanta animadversión. Lo poco que Billy sabía de Sebastian era que siempre lo cuestionaba todo y a todos, y que contradecía a sus colegas y se creía mejor que los demás, probablemente el mejor de todos. A Billy no le importaba mientras hiciera su parte. Billy trabajaba a diario con policías mejores que él. Sin problemas. Y aún no se había formado una opinión acerca de Sebastian. La tonta bromita sexual que había hecho podía achacarse a los nervios o a cualquier otra cosa. Pero a Ursula y a Vanja no les gustaba Sebastian, por lo que era bastante fácil que Billy acabara pensando lo mismo que ellas.

Llegó al rincón de su lado del garaje. Había unas cuantas herramientas de jardín sobre un soporte en el suelo y varios utensilios más, colgados de forma ordenada de un tablero en la pared.

—Ursula...

Billy estaba de pie junto a las herramientas de jardín. Al lado del soporte de madera, del que pendían un rastrillo, una escoba metálica y algo parecido a una azada cuyo nombre Billy desconocía, había un cubo de plástico de veinte litros, lleno de bolas de arcilla. Ursula se acercó y Billy iluminó el cubo con la linterna. Entre las bolas de color tostado se distinguía con claridad algo verde.

En silencio, Ursula empezó a tomar fotos. Después de captar unas cuantas imágenes, apagó la cámara y se volvió hacia Billy. Seguramente interpretó su expresión, que para él era neutra, como de escepticismo.

—A mí no me pasa inadvertida una cazadora mal escondida dentro de un cubo con bolas de arcilla que está en el garaje de un sospechoso. Lo digo para tu información.

—No he dicho nada.

—Me basta con verte la cara.

Ursula sacó una bolsa grande de plástico con cremallera y extrajo con cuidado la chaqueta del cubo, ayudándose de unas pinzas. Los dos la miraron un momento, con gesto grave. La mayor parte de la chaqueta estaba cubierta de manchas de sangre seca. Por la espalda estaba hecha jirones. Resultaba fácil imaginar el aspecto que habría tenido con una persona viva en su interior. Sin decir nada, Ursula metió la prenda en la bolsa y cerró la cremallera.

En la comisaría de la calle Västgötegatan, Haraldsson esperaba un correo delante de su ordenador. Seguía jugando el partido.

Sin la menor duda.

Todos habían hecho lo posible por expulsarlo del terreno de juego, pero Haraldsson resistía. Y lo hacía gracias a su buena planificación y a su capacidad para saber quiénes disponían de más información en la comisaría, unas personas que la mayoría de sus colegas se limitaban a saludar distraídamente día tras día: la gente de la recepción. Haraldsson había visto desde el principio que los agentes que atendían la entrada eran los que más sabían de todo, tanto de lo que pasaba dentro como de lo que sucedía fuera. Por eso, a lo largo de los años había adquirido la costumbre de tomar un café con ellos de vez en cuando, preguntarles por la familia, interesarse por sus cosas e incluso echarles un cable cuando era preciso. En consecuencia, ahora les parecía natural dirigirse a él en primer lugar en cuanto surgía cualquier cosa relacionada con Roger Eriksson. Si llegaba algún dato a través del teléfono de los testigos o del formulario abierto en la web de la policía de Västmanland, se lo decían

enseguida a Haraldsson. Por eso, tan pronto como recibieron el chivatazo anónimo sobre la presencia de la chaqueta en el garaje de los Lundin, lo llamaron desde la recepción y, un segundo después, le reenviaron el mensaje a su correo personal. Haraldsson sólo había tenido que imprimirlo y entregarlo. Aquello había estado bien, pero no era suficiente. Cualquiera podía entregar un mensaje impreso.

Eso era trabajo de becarios.

Tarea de personal no cualificado.

Sin embargo, la localización del remitente era trabajo de policía. No había nada en el mensaje que indicara una posible culpabilidad de la persona que lo enviaba. Pero si la información era veraz, entonces el remitente debía de tener algún conocimiento del crimen que a la Unidad de Homicidios seguramente le interesaría investigar y que Haraldsson podía ponerles en bandeja.

El departamento informático de la comisaría era una broma. Estaba integrado por Kurre Dahlin, un hombre de unos cincuenta años cuyo principal cometido consistía en pulsar Control-Alt-Suprimir, negar con la cabeza y llevar después el ordenador averiado al servicio técnico. Para Kurre Dahlin habría sido más fácil aprender a volar que rastrear el origen de un mensaje de correo electrónico.

Pero el ordenador del que había salido el chivatazo tenía una dirección IP y Haraldsson tenía un sobrino de diecisiete años. Nada más recibir el mensaje, se lo reenvió a su sobrino y al mismo tiempo le mandó un SMS, en el que le ofrecía quinientas coronas a cambio de descubrir la dirección física del remitente. Sí, ya sabía que estaba en el colegio, pero lo necesitaba lo antes posible.

Al leer el SMS, el sobrino levantó la mano y pidió permiso para salir de clase. Dos minutos después, desde uno de los ordenadores del colegio, abrió el mensaje de su buzón de entrada. En cuanto vio la dirección del remitente del mensaje original, se echó hacia atrás en la silla, con gesto preocupado. Su tío lo consideraba una especie de mago de la informática y por lo general le pedía ayuda en cosas ridículamente sencillas, pero esa vez iba a tener que decepcionarlo. Obtener la dirección IP era fácil, pero si el mensaje había sido enviado a través de uno de los grandes operadores, entonces nada de lo que consiguiera iba a resultar útil. Fuera como fuese, podía intentarlo.

Al cabo de dos minutos más, volvió a echarse hacia atrás en la silla, aunque esta vez con una amplia sonrisa. Había tenido suerte. El mensaje se había enviado a través de un servidor independiente. Las quinientas coronas eran suyas. Pinchó el botón de enviar.

En la comisaría, sonó un aviso en el ordenador de Haraldsson. El policía abrió

enseguida la carpeta del correo entrante y asintió satisfecho. El servidor de donde procedía el mensaje se encontraba en las afueras de la ciudad.

En el Instituto de Bachillerato Palmlövsvska, para ser exactos.

—Gira a la izquierda en la próxima.

Sebastian viajaba en el asiento del acompañante, en uno de los coches de la policía sin distintivos. Un Toyota. Vanja, que iba al volante, echó un breve vistazo a la pequeña pantalla sobre el tablero de instrumentos.

—El GPS dice que siga recto.

—Pero llegaremos antes si giras a la izquierda.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Vanja siguió recto. Sebastian se hundió un poco más en el asiento y se puso a mirar, a través del cristal manchado de la ventana, la ciudad que sólo le inspiraba un inmenso vacío.

Torkel, Vanja, Billy y él mismo habían estado hablando en la sala de reuniones. Cuando Torkel se le había acercado y le había dicho que tenían nueva información sobre el caso, no había sido capaz de encontrar con suficiente rapidez una buena excusa para no asistir a la reunión. Así se enteró de que habían hallado la chaqueta de la víctima. La sangre aún no había sido analizada, pero ninguno de ellos creía que pudiera tratarse de la chaqueta o la sangre de otra persona, por lo que Leo Lundin volvía a ser interesante para la investigación. Vanja propuso interrogarlo de nuevo.

—Hazlo si quieres, pero será una pérdida de tiempo.

Todos se volvieron hacia Sebastian, que estaba sentado al extremo de la mesa y se balanceaba en la silla. En realidad, habría podido callarse y dejar que los demás cometieran todos los errores que quisieran, mientras él encontraba la manera de acceder a los ordenadores y a la información que necesitaba. O, mejor dicho, mientras buscaba otra mujer en la comisaría, más receptiva a sus encantos que Martina. No podía ser tan difícil. Por otro lado, como ya les caía mal a todos, podía dejar que se manifestara el pedante sabelotodo que llevaba dentro.

—No tiene sentido.

Sebastian dejó que las patas delanteras de la silla tocaran otra vez la moqueta. Ursula entró en la sala y se sentó en silencio en una de las sillas más próximas a la

puerta. Sebastian continuó:

—Leo nunca habría ocultado la chaqueta de la víctima en el garaje de su casa.

—¿Por qué no?

Billy parecía genuinamente interesado en averiguarlo y nada a la defensiva. Quizá mereciera la pena cultivar su amistad.

—Porque ni siquiera se la habría quitado al cadáver.

—Le quitó el reloj.

Vanja tampoco estaba a la defensiva, sino más bien en actitud de ataque, encantada de poder contradecirlo y de debilitar sus argumentos. Era un poco como Ursula. O como él mismo en la época en que aún le importaban esas cosas.

Una persona competitiva.

Obsesionada con ganar.

Por desgracia para ella, esta vez Vanja no iba a salir victoriosa. Sebastian la miró.

—Es distinto. El reloj era caro. Tenemos a un chaval de dieciséis años, hijo de familia monoparental, intentando no quedar rezagado en la carrera materialista que se desarrolla a su alrededor. ¿Os parece normal que se lleve una cazadora rota y ensangrentada, y deje la cartera y el móvil de la víctima? Es absurdo.

—Sebastian tiene razón.

Todos se volvieron hacia Ursula, y Sebastian la miró como si no diera crédito a sus oídos. Las tres palabras que acababa de pronunciar Ursula no solían figurar en su discurso. Sebastian ni siquiera recordaba haberlas oído alguna vez.

—No me gusta reconocerlo, pero es así.

Ursula se levantó rápidamente y extrajo dos fotos de un sobre de tamaño A4.

—Ya sé que pensáis que pude haber pasado por alto la cazadora la primera vez. Pero mirad esto.

Puso una de las fotografías sobre la mesa y todos se inclinaron para verla.

—Cuando ayer registré el garaje, me fijé sobre todo en tres cosas: el ciclomotor, como era lógico; el desagüe, por si quedaban rastros de sangre después de lavar la moto o un arma en el garaje; y las herramientas de jardín, porque todavía no hemos hallado el arma del crimen. Ayer hice esta foto.

Apoyó el dedo sobre la imagen, que mostraba las herramientas de jardín, colgadas de su soporte de madera. La foto se había tomado desde arriba y un poco de lado, y permitía apreciar con nitidez, en un rincón, el cubo blanco con las bolas de arcilla.

—Esta otra es de hoy. Buscad la diferencia.

Ursula colocó sobre la mesa la segunda imagen, casi idéntica a la primera, pero con la tela verde visible en varios puntos, a través de una fina capa de bolas de arcilla.

Durante un momento reinó el silencio en la sala.

—Alguien tuvo que poner ahí la chaqueta durante la noche. —Billy fue el primero en decir lo que todos pensaban—. Alguien quiere incriminar a Leo Lundin.

—Esa no es la principal razón.

Sebastian se sorprendió a sí mismo mirando las fotografías con cierto interés. De alguna manera, encontraba estimulante lo que acababa de suceder. El asesino se había llevado algunas pertenencias de la víctima y las estaba usando para sembrar pruebas falsas. Y no en cualquier sitio, sino en la casa del principal sospechoso para la policía. Eso significaba que el asesino seguía con atención la investigación policial y actuaba en consecuencia, de manera deliberada y planificada. Se había propuesto salir impune y probablemente ni siquiera estaba arrepentido. Era el tipo de persona que le gustaba a Sebastian.

—La principal razón para poner la chaqueta en el garaje es desviar las sospechas. El asesino no tiene nada personal contra Leo. Se ha fijado en él sólo porque nosotros le prestamos atención.

Torkel miró a Sebastian con cierta satisfacción. Sus anteriores dudas se disiparon un poco. Conocía a Sebastian mejor de lo que el propio Sebastian creía. Conocía la incapacidad de su colega para involucrarse en algo que no le interesaba, pero también sabía hasta qué punto podía entregarse cuando encontraba un desafío, y lo mucho que podía aportar a cualquier investigación si se implicaba a fondo. Torkel tenía la sensación de que iban por el buen camino. Se alegraba de haber recibido el mensaje y de que hubieran encontrado la chaqueta.

—Entonces, el que envió el mensaje debe de ser el asesino.

Vanja había sacado rápidamente la conclusión correcta.

—Tenemos que localizar al remitente. Hay que averiguar desde dónde lo envió.

Casi como si fuera una función de teatro, alguien llamó con discreción a la puerta. Fue como si Haraldsson hubiera estado esperando en el pasillo a que le dieran pie para entrar.

Sebastian se quitó el cinturón de seguridad y se apeó del coche. Levantó la vista hacia la fachada del edificio que tenían delante y se dio cuenta de que estaba muy cansado.

—Entonces ¿estudiaba aquí?

—Sí.

—Pobre chaval. ¿Seguro que no fue un suicidio?

Sobre la doble puerta que daba paso al Palmlövnska había un gran fresco con la imagen de un hombre que sólo podía ser Jesucristo. Tenía los brazos abiertos, en un

gesto que para el pintor debió de haber sido acogedor, pero que Sebastian interpretaba como hostil. Como una amenaza directa a su libertad.

Al pie de la pintura, había una inscripción: «JUAN 12, 46».

—*Yo he venido como luz al mundo, para que todo el que crea en mí no quede en tinieblas.*

—¿Te sabes la Biblia de memoria?

—Me sé ese trozo.

Sebastian subió los peldaños y empujó una de las hojas de la puerta. Vanja echó un último vistazo al impresionante fresco y lo siguió.

El director Ragnar Groth señaló con la mano un sofá de dos plazas y un sillón, en una esquina de su despacho. Vanja y Sebastian se sentaron mientras Ragnar Groth se desabrochaba la americana y se acomodaba detrás del antiguo escritorio rústico, corrigiendo sin pensarlo la alineación de una pluma, para dejarla exactamente paralela al borde de la mesa. Sebastian lo advirtió y a continuación dejó vagar la mirada, primero sobre la mesa de escritorio y después por el resto de la sala. El despacho del director estaba casi vacío. A su izquierda se apilaban unas cuantas carpetas de plástico, perfectamente alineadas. Ninguna sobresalía del montón y todas reposaban junto a la esquina inferior izquierda de la mesa, a dos centímetros del borde por ambos lados. A la derecha del director, se alineaban en paralelo tres bolígrafos, dos plumas y un lápiz, con las puntas orientadas en la misma dirección. En perpendicular sobre los bolígrafos había una regla, y a su lado, una goma de borrar que parecía nueva. El teléfono, el ordenador y la lámpara estaban dispuestos con minuciosa atención a las distancias entre ellos y con respecto al borde de la mesa.

El resto de la sala presentaba el mismo estilo. No había cuadros torcidos ni notas adhesivas por ningún sitio. Los elementos del tablón de anuncios estaban fijados con chinchetas a intervalos del todo regulares. Los archivadores no sobresalían de los bordes de los estantes. En la mesa no se distinguían huellas circulares de tazas de café ni de vasos de agua. Los muebles estaban dispuestos con milimétrica precisión respecto a las paredes y la alfombra. Sebastian formuló un diagnóstico rápido del director Groth: individuo perfeccionista, con rasgos de trastorno obsesivo compulsivo.

El director había recibido a Vanja y a Sebastian con actitud seria, fuera de su despacho, y les había tendido la mano con un gesto ridículamente rígido, antes de iniciar un largo discurso sobre lo terrible que era que hubieran asesinado a un alumno del colegio. De inmediato había añadido que todos estaban dispuestos a hacer cuanto

estuviera a su alcance para ayudar a resolver un caso tan abominable. Nadie pondría ningún tipo de obstáculo a la labor de la policía. La colaboración sería completa. Vanja no pudo evitar pensar que las palabras del director parecían sacadas de un manual de relaciones públicas sobre gestión de crisis. El director les ofreció café, pero Vanja y Sebastian declinaron la invitación.

—¿Qué saben ustedes de nuestro colegio?

—Lo suficiente —respondió Sebastian.

—No mucho —dijo Vanja.

Groth se volvió hacia la mujer policía, tras dedicarle a Sebastian una leve sonrisa de disculpa.

—Empezamos como internado en los años cincuenta. Ahora somos un colegio independiente de enseñanza secundaria superior y ofrecemos líneas de bachillerato social y científico con diferentes orientaciones: lenguas extranjeras, economía, dirección de empresas... Tenemos doscientos dieciocho alumnos, procedentes de toda la región de Mälardalen e incluso de Estocolmo. Por eso conservamos la parte del internado.

—Para que los hijos de los ricos no tengan que mezclarse con el populacho.

Groth miró a Sebastian y, aunque mantuvo la voz baja y bien modulada, no pudo disimular un punto de irritación.

—Nuestra fama de colegio para la clase alta está desapareciendo. Ahora nos dirigimos a todas las familias que desean que sus hijos realmente aprendan algo en el colegio. Tenemos uno de los mejores promedios de calificaciones del país.

—¡Claro! Es la única manera de seguir siendo competitivos, para poder justificar el precio abusivo de la matrícula.

—Ya no cobramos la matrícula.

—Claro que la cobran, sólo que ahora la llaman «aportación voluntaria razonable».

Groth miró a Sebastian con expresión sombría mientras se echaba hacia atrás en su sillón ergonómico de oficina. Vanja sentía que la situación se les estaba yendo de las manos. Pese a su corrección un poco exagerada, el director se había ofrecido a colaborar con ellos en la investigación, pero la insolencia de Sebastian lo estaba haciendo cambiar de actitud en menos de tres minutos. Y si seguían por ese camino, tendrían que batallar para obtener cualquier información sobre profesores y alumnos. Sin el visto bueno de Ragnar Groth, tendrían que pedir autorización hasta para ver los anuarios de fin de curso. Vanja no sabía con certeza si el director era consciente de lo mucho que podía obstaculizar el trabajo de la policía, pero no quería correr el riesgo

de averiguarlo. Se inclinó hacia delante en el sofá y le sonrió con amabilidad.

—Háblenos de Roger. ¿Cómo llegó a este colegio?

—Tuvo problemas de acoso en la escuela y en el instituto al que había empezado a asistir. Una de nuestras profesoras lo conocía, porque era amigo de su hijo. Ella nos habló de él y nosotros le concedimos una plaza.

—¿Se sentía a gusto aquí? ¿No tenía conflictos con los otros chicos?

—En este centro trabajamos de forma activa para prevenir el acoso escolar.

—Y una de las medidas consiste en cambiarle el nombre, ¿no? Lo llaman «novatadas».

Groth ignoró por completo el último comentario. Vanja, por su parte, le lanzó a Sebastian una mirada para conminarlo a que cerrara el pico de una vez. Después, se volvió de nuevo hacia el director.

—¿Sabe si Roger empezó a comportarse de manera extraña en los últimos tiempos? Si parecía preocupado, agresivo...

El director negó lentamente con la cabeza, con gesto pensativo.

—No, no lo creo. Pero pueden hablar con su tutora, Beatrice Strand, que lo veía mucho más a menudo que yo.

Para entonces, le hablaba solamente a Vanja.

—Fue Beatrice quien se ocupó de que Roger viniera a estudiar con nosotros.

—¿Cómo hacía el chico para pagar la «aportación voluntaria razonable»? —fue la rápida reacción de Sebastian.

No pensaba dejar que lo ignoraran. Habría sido demasiado fácil para el señor Groth. El director pareció un poco sorprendido, casi como si por un momento hubiera conseguido borrar de su mente la presencia en su despacho de un hombre desaliñado y con cierto sobrepeso.

—Roger estaba exento del pago de la aportación.

—¿Era su pequeña obra social? ¿Les servía para completar el cupo de acciones caritativas? Imagino que se sentirían muy bien.

Groth empujó hacia atrás la silla, con precaución, y se incorporó. Se quedó detrás de la mesa, con la espalda recta y los dedos apoyados sobre la superficie impoluta del escritorio. «Como el profesor Calígula de la vieja película de Sjöström», pensó Sebastian cuando notó que se abotonaba la americana en el instante de ponerse de pie.

—Debo decir que encuentro irritante su actitud hacia nuestro colegio.

—Vaya. Sin embargo, tendrá que comprender que yo pasé tres de los peores años de mi vida en este lugar, por lo que su labia de vendedor no va a ser suficiente para que me sume al coro de alabanzas.

Groth se quedó mirando a Sebastian con cierto escepticismo.

—¿Es usted un antiguo alumno?

—Así es. Por desgracia, mi padre tuvo la mala idea de fundar este templo del saber.

Groth tardó un momento en asimilar la información y, cuando comprendió lo que acababa de oír, volvió a sentarse. Se desabrochó el botón de la americana. La irritación que le crispaba la cara se convirtió en simple desconfianza.

—¿Es usted el hijo de Ture Bergman?

—El mismo.

—No se parece nada a él.

—Gracias, es lo más agradable que me han dicho desde que he llegado. — Sebastian se puso de pie e hizo un amplio gesto con la mano que incluía a Vanja y Ragnar—. Sigán hablando ustedes dos. Yo me voy a buscar a Beatrice Strand. ¿Dónde puedo encontrarla?

—En este momento está impartiendo una clase.

—Pero la estará impartiendo en algún lugar del colegio, ¿no?

—Prefiero que espere al descanso para hablar con ella.

—Muy bien, gracias. Ya la encontraré yo solo.

Sebastian salió al pasillo. Antes de cerrar la puerta, oyó que Vanja se disculpaba en su nombre. Ya lo había oído otras veces, pero no dicho por ella, sino por otros colegas, a distintas personas y en situaciones diferentes. Sebastian empezaba a sentirse como en casa en esa investigación. Se dirigió a paso rápido hacia la escalera. En otros tiempos, la mayoría de las aulas solían estar en el piso de abajo, y no era muy probable que hubiera grandes cambios. En general, todo estaba más o menos tal como lo había dejado Sebastian cuarenta años atrás. Había tonos nuevos de pintura en las paredes, pero por lo demás el Instituto de Bachillerato Palmlövskå seguía siendo el de siempre.

El infierno no suele cambiar.

¿Acaso no era esa la definición misma del infierno?

El sufrimiento inalterable.

Encontrar lo que buscaba le llevó a Sebastian más tiempo del que esperaba. Durante bastantes minutos estuvo vagando por los familiares pasillos y llamando a varias puertas, hasta que por fin dio con el aula de Beatrice Strand. De camino al colegio se había propuesto no sentir nada. No era más que un edificio, un inmueble donde había pasado protestando tres años de su vida. Su padre lo había obligado a asistir al Palmlövskå cuando había empezado el bachillerato, y Sebastian había

decidido desde el primer día que no iba a pasarlo bien. No pensaba adaptarse. Rompió todas las reglas imaginables, y desafió a todos y cada uno de los profesores y de las autoridades, en calidad de hijo del fundador. Quizá su comportamiento habría podido ganarle el respeto de los otros estudiantes, pero Sebastian no estaba dispuesto a permitir que sus años de colegio incluyeran nada positivo, por lo que no desperdició ninguna oportunidad de chivarse de sus compañeros, o de enfrentarlos entre sí o contra los profesores. Como resultado, se enemistó con todos y acabó marginado. Por alguna causa, pensaba que castigaba a su padre si ponía a todo el mundo en su contra, aunque la marginación total también le aportó un nuevo tipo de libertad. Lo único que se esperaba de él era que hiciera en cada momento lo que le diera la gana. Y llegó a hacerlo muy bien.

Durante el resto de su vida había seguido el camino marcado en la adolescencia.

«O se hace a mi manera o no se hace».

Toda la vida. No, toda no. Con Lily no. Con ella había sido diferente. Totalmente diferente. ¿Cómo era posible que una persona —y más tarde dos— hubiera tenido una influencia tan enorme en su vida, hasta el punto de cambiarla por completo?

No lo sabía.

Sólo sabía que había ocurrido.

Había ocurrido y se había terminado.

Llamó a la puerta de madera clara y, con el mismo impulso, la abrió. Sentada a la mesa del profesor había una mujer de poco más de cuarenta años. Espesa melena rojiza recogida en una coleta. Cara pecosa y franca, sin nada de maquillaje. Blusa de color verde oscuro, con un lazo anudado sobre un busto nada desdeñable. Larga falda marrón. La mujer miró con cara de sorpresa a Sebastian, que se presentó y anunció a los alumnos que tenían libre el resto de la clase. Beatrice Strand no se opuso.

Cuando estuvieron solos en el aula, Sebastian cogió una silla de la primera fila de pupitres y se sentó. Preguntó entonces por Roger y esperó a que se produjera la previsible explosión de sentimientos. Sus previsiones fueron correctas. Beatrice se había visto obligada a parecer fuerte delante de sus alumnos, conocedora de todas las respuestas y garante de la seguridad y la rutina. Pero de pronto se encontraba a solas con otro adulto, con alguien que formaba parte de la investigación del caso y que, por lo tanto, la relevaba del papel de persona segura y controlada. Ya no era necesario aparentar fuerza. Por eso se derrumbó. Tal como Sebastian esperaba.

—No consigo entenderlo... —Beatrice intercalaba las palabras entre sollozos—. El viernes nos despedimos como siempre y ahora... no volverá nunca más. Mantuvimos la esperanza hasta el final, pero cuando lo encontraron...

Sebastian no dijo nada. Llamaron a la puerta y Vanja asomó la cabeza. Beatrice se sonó la nariz y se secó las lágrimas y Sebastian presentó a las dos mujeres. La profesora se señaló con el pañuelo la cara llorosa, se puso de pie y, tras disculparse, salió del aula. Vanja se sentó sobre el borde de uno de los pupitres.

—El colegio no tiene ningún control sobre el tráfico de datos, ni tampoco cámaras de seguridad en ningún sitio. Dice el director que es cuestión de respeto mutuo.

—Entonces ¿el *email* ha podido enviarlo cualquiera?

—Ni siquiera es seguro que haya sido un alumno. Puede haber sido alguien que entrara de la calle.

—Pero tiene que conocer el colegio.

—Evidentemente, pero eso abarca a los doscientos dieciocho alumnos, a sus padres y madres, a sus amigos y a todo el personal.

—Él ya lo sabía.

—¿Quién?

—El que envió el correo. Sabía que sería imposible rastrearlo después de llegar hasta aquí. Pero conoce el lugar. Tiene alguna relación con este colegio. Podemos partir de ahí.

—Es probable. Pero podría ser «ella» y no «él».

Sebastian miró a Vanja con escepticismo.

—Me sorprendería mucho que fuera una mujer. La manera de proceder y en particular el detalle del corazón apuntan a un hombre.

Sebastian se disponía a iniciar una disertación acerca de la necesidad del delincuente masculino de obtener trofeos, acerca de su intento de conservar el poder sobre la víctima apropiándose de algo suyo, un rasgo que en principio no suele observarse en las mujeres criminales. Pero el regreso de Beatrice le impidió comenzar. La profesora se sentó detrás del escritorio, tras disculparse una vez más, y se volvió hacia ellos. Parecía más calmada.

—Usted hizo todo lo posible para que Roger viniera a este colegio, ¿no es así? —empezó Vanja.

Beatrice hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Mi hijo Johan y él son amigos. —Al darse cuenta del tiempo verbal empleado se corrigió enseguida—. *Eran* amigos. Venía a casa a menudo. Yo sabía que lo había pasado mal en la escuela, pero después nos enteramos de que en el instituto de Runeberg también lo estaba pasando mal o incluso peor.

—Sin embargo, ¿aquí estaba a gusto?

—Cada vez más. Al principio le costó mucho, claro.

—¿Por qué?

—Fue un gran cambio para él. Aquí tenemos alumnos extraordinariamente motivados para el estudio. Roger no estaba acostumbrado al ritmo, ni al nivel de exigencias. Pero fue mejorando. Se quedaba al terminar el horario, asistía a clases de refuerzo... Se lo había tomado muy en serio.

Sebastian guardaba silencio. Mientras Beatrice hablaba del todo concentrada en Vanja, Sebastian observaba su perfil. De repente se sorprendió preguntándose cómo sería enredar los dedos en esa densa cabellera rojiza. Besar esa cara poblada de pecas. Ver cerrarse esos grandes ojos azules en medio del goce. En ella pregonaba algo. Sebastian no sabía exactamente qué. Soledad, quizá. Pero no de la misma manera que en Clara Lundin. En Beatrice había menos fragilidad. Más madurez. Sebastian sintió que debía de ser mucho más difícil llevársela a la cama, pero suponía que merecería la pena. Descartó la idea. Una sola mujer relacionada con la investigación ya había sido suficiente. Volvió a concentrarse en la conversación.

—¿Roger tenía amigos aquí?

—No muchos. Se relacionaba con Johan y a veces con Erik Heverin, que este trimestre está en Estados Unidos. También con Lisa, claro, su novia. Pero no estaba marginado, ni le tenían antipatía los otros estudiantes. Simplemente, era un chico bastante solitario.

—¿Alguna pelea?

—Aquí no. Pero a veces se encontraba con chicos de su antiguo colegio.

—¿Parecía preocupado por algún motivo?

—No. Cuando salió del colegio estaba como siempre. Feliz de que fuera viernes, como todos los demás. Habían tenido examen de lengua y, cuando lo vi, me dijo que le había ido bastante bien.

Beatrice guardó silencio y negó con la cabeza, con gesto reflexivo, como si acabara de advertir lo absurdo de la situación. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Era muy buen chico. Sensible. Maduro para su edad. No consigo entenderlo.

—¿Está aquí Johan, su hijo?

—No, está en casa. Todo esto lo ha afectado mucho.

—Nos gustaría hablar con él.

Beatrice asintió con resignación.

—Lo comprendo. Estaré en casa a partir de las cuatro.

—No es necesario que esté presente.

Beatrice volvió a asentir, con más resignación aún. Ya conocía la historia. Nadie la

necesitaba.

Sebastian y Vanja se levantaron.

—Quizá volvamos más tarde si necesitamos hablar otra vez con usted.

—Vengan cuando quieran. Ojalá consigan resolver este caso. Es tan... tan difícil...

Para todos.

Sebastian asintió con aparente simpatía. Cuando ya se iban, Beatrice los detuvo.

—Una cosa más. No sé si tendrá alguna importancia, pero Roger llamó a casa.

Aquel viernes por la noche.

—¿A qué hora?

La información era completamente nueva y a Vanja se le notó en la cara. De manera automática, se acercó a Beatrice.

—Las ocho y cuarto, más o menos. Quería hablar con Johan, pero mi hijo había salido con Ulf, su padre. Le sugerí que lo llamara al móvil, pero Johan me ha dicho que no lo llamó.

—¿Qué quería? ¿Dijo algo?

Beatrice negó con la cabeza.

—Quería hablar con Johan.

—¿El viernes a las ocho y cuarto?

—Sí, más o menos.

Vanja le dio las gracias y salió del aula. Las ocho y cuarto.

A esa hora, Roger estaba con Lisa, su novia.

Vanja estaba cada vez más convencida de que ni siquiera había estado en su casa.

El material ocupaba dos discos duros LaCie. Los había entregado un mensajero de parte de la empresa de seguridad, una hora antes. Billy conectó a su ordenador uno de ellos, de color gris metalizado, y se puso a trabajar. El disco estaba etiquetado: «Viernes, 23 abril, 6.00-0.00, Cámaras 1:02-1:16». Según el registro adjunto, las cámaras 1:14 y 1:15 cubrían total o parcialmente la calle Gustavsborgsgatan, el último lugar en el que sabían que había estado Roger la noche del crimen.

Billy localizó la cámara 1:14 entre las diferentes subcarpetas y la abrió con un doble clic. La calidad de la reproducción era superior a lo normal. El sistema de cámaras tenía menos de seis meses y la empresa no había escatimado en gastos. Billy se alegró, porque la mayor parte de las veces el material de las cámaras de seguridad era tan mediocre que les servía de muy poco en las investigaciones. Pero ese material era otra historia. «Tremenda óptica Zeiss», pensó Billy mientras hacía avanzar el vídeo hasta las 21.00 horas. Al cabo de media hora, llamó a Torkel, que acudió de

inmediato.

Torkel se sentó junto a Billy. En el techo zumbaba el proyector, conectado al ordenador, y en la pared se movían las imágenes de la cámara de vigilancia 1:15. Por el ángulo de la toma, era fácil deducir que la cámara estaba instalada en un lugar elevado, a unos diez metros del suelo. Desde allí dominaba un espacio abierto y, en el centro, una calle que desaparecía entre dos grandes edificios y continuaba más allá. El edificio de la izquierda era la escuela universitaria. El otro, un colegio. El espacio abierto y vacío delante de la cámara parecía frío y ventoso. En una esquina del cuadro, se veían los números que marcaban la hora. La quietud del lugar se interrumpió de pronto con la entrada en escena de un ciclomotor. Billy congeló la imagen.

—Ahí está. Leo Lundin pasa a las 21.02 horas. Al cabo de un momento, entra Roger a pie, por la izquierda.

Billy tocó de nuevo el teclado y el vídeo volvió a avanzar. Cuando aún no había transcurrido un minuto, una nueva figura apareció en la imagen. Vestía cazadora verde y andaba a paso rápido y resuelto. Billy volvió a congelar la imagen. Los dos estudiaron al recién llegado. Aunque la visera de la gorra le ocultaba la cara, era Roger Eriksson, sin ninguna duda. La estatura, el pelo bastante largo... La cazadora que ahora se encontraba en poder de la policía, marrón por la sangre seca, podía verse allí, entera y sin manchas.

—Entra en escena exactamente a las 21.02.48 —dijo Billy mientras hacía avanzar otra vez la grabación.

Con una sacudida, Roger volvió a ponerse en marcha. Había algo especial en las imágenes en movimiento de una persona a la que sólo quedaban pocas horas de vida. Era como si el conocimiento de la tragedia hiciera observar cada paso con más atención, como si cada movimiento adquiriera mayor significado. A la vuelta de la esquina acechaba la muerte, pero el simple paso de una persona por la calle no contenía nada de eso. Conocer su destino estaba en la mirada del observador y no en el chico de dieciséis años que pasaba tranquilamente por delante de la cámara 1:15. Él no sabía lo que le esperaba.

Torkel vio que Roger se detenía y levantaba la vista. Un segundo después, el ciclomotor volvía a entrar en la imagen. Por el lenguaje corporal de Roger, se notaba que el chico reconocía al motorista y sabía que la llegada del ciclomotor le suponía un problema. Se quedaba parado y se ponía a mirar a su alrededor, como buscando una vía de escape, pero enseguida se hacía evidente que decidía ignorar a Leo, que para entonces había comenzado a girar en círculos a su alrededor con la moto. Roger intentaba dar unos pasos, pero el ciclomotor se lo impedía, dando vueltas y más

vueltas, y acercándose cada vez más. Roger volvía a pararse y, al cabo de un tiempo, el ciclomotor también se detenía, después de describir unos cuantos círculos más. Entonces Leo se bajaba de la moto. Roger miraba cómo el motorista se quitaba el casco y enderezaba la espalda, para parecer más alto. La pelea era inminente y Roger lo sabía. Era evidente que se estaba preparando para lo que iba a suceder. Era la primera vez que Torkel veía a Roger con vida y podía hacerse una idea de cómo había sido en realidad. El muchacho no había huido. Tal vez había sido algo más que una simple víctima. Roger también enderezaba un poco la espalda para parecer más alto. Leo le decía algo. El chico le respondía y entonces le caía el primer puñetazo. Trastabillando, retrocedía unos pasos y Leo avanzaba hacia él. Cuando Roger recuperaba el equilibrio, Leo lo cogía por el brazo izquierdo y tiraba de la chaqueta, dejando el reloj al descubierto. Probablemente este decía algo más, porque Roger trataba de retirar el brazo y Leo le respondía con un puñetazo en plena cara.

Rápido y contundente.

Inesperado.

Torkel vio correr la sangre por la mano derecha de Roger, que ahora se protegía la cara. Otro puñetazo más. Roger se tambaleó y se agarró a la camiseta de Leonard, antes de caer de rodillas.

—Fue ahí cuando Leo se manchó de sangre la ropa —constató Billy brevemente.

Torkel asintió en silencio. Así se explicaba el hallazgo de la sangre de la víctima en la camiseta de Leonard.

La camiseta ensangrentada fue la señal de salida, el acicate que necesitaba Leo para desencadenar una violencia aún mayor. Se abalanzó sobre Roger. Al cabo de unos instantes, el chico estaba tumbado en el suelo y recibía una lluvia de puntapiés. El contador de la grabación medía el tiempo que Roger yacía en posición fetal y que Leo le daba lo que en su opinión era su merecido. A las 21.05 Leo dejó de golpear a Roger, se inclinó sobre él y le arrebató el reloj. Miró por última vez al muchacho tendido en el suelo, se puso el casco con ridícula lentitud, como para subrayar su superioridad, se montó en el ciclomotor y salió de la imagen. Roger permaneció tirado en la calle un rato más. Billy miró a Torkel.

—No era cierto que estuviera viendo por televisión «Let's Dance» con su novia.

Torkel asintió. Lisa había mentido. Los hechos tampoco se correspondían con las declaraciones de Leonard. Roger no había empezado la pelea tras derribar a Leonard del ciclomotor.

No había habido ninguna pelea.

Para que tuviera lugar una pelea, según creía Torkel, tenía que haber dos

antagonistas activos.

Torkel se echó hacia atrás en la silla y entrecruzó los dedos por detrás de la nuca. Podían acusar a Leo Lundin de robo con violencia.

Pero no de asesinato. Al menos por lo que habían visto. Ni tampoco por lo que hubiera podido hacer después, de eso Torkel estaba bastante seguro. Leo era un gamberro. Pero ¿arrancar un corazón? No, no era propio de él. Quizá unos años más adelante, si su vida llegaba a torcerse por completo, pero de momento el chico no era un asesino.

—¿Hacia dónde fue Roger después?

—No lo sé. Mira...

Billy se levantó y se desplazó hasta el plano pegado en la pared.

—Siguió todo recto y llegó a Vasagatan. Una vez allí, pudo girar a la izquierda o a la derecha. Si fue a la izquierda, tuvo que llegar a Norra Ringvägen. En ese cruce hay una cámara, pero Roger no aparece en las grabaciones.

—Entonces ¿giró a la derecha?

—Si hubiese sido así, tendría que aparecer en las grabaciones de la cámara que está aquí. —Billy señaló un punto fuera del polideportivo, situado unos centímetros al norte en el plano de la ciudad, lo que suponía un par de cientos de metros en la realidad—. Pero tampoco aparece.

—Entonces tuvo que haberse desviado en otro sitio, antes de llegar a ese cruce.

Billy asintió y señaló una calle secundaria, que atravesaba Vasagatan en diagonal.

—Probablemente siguió por Apalbyvägen, hacia una zona de viviendas sin cámaras de seguridad. Ni siquiera sabemos en qué dirección fue.

—Compruébalas todas. Puede que llegara a otra avenida con cámaras. Envía agentes a llamar a las puertas de toda la zona. Alguien tuvo que haberlo visto. Quiero saber hacia dónde se dirigió.

Billy hizo un gesto afirmativo y los dos hombres sacaron sus respectivos teléfonos móviles.

Billy llamó al hombre de la empresa de seguridad, que había celebrado sus cincuenta años y que aún padecía una leve resaca, para pedirle más grabaciones.

Torkel marcó el número de Vanja, que como siempre contestó al primer timbrazo.

Vanja y Sebastian estaban saliendo del Palmlövsvska cuando Torkel llamó. Era la hora del recreo y muchos estudiantes estaban en el patio. Torkel le explicó brevemente a Vanja lo que habían descubierto. Apreciaba la eficacia en las comunicaciones telefónicas, por lo que la llamada no duró más de un minuto. Vanja guardó el teléfono

y miró a Sebastian.

—Han visto las grabaciones de Gustavsborgsgatan. Roger estuvo allí poco después de las nueve.

Sebastian asimiló la nueva información. Hasta ese momento, Vanja había sostenido empecinadamente que Lisa Hansson, una chica de dieciséis años, novia de Roger, mentía acerca del lugar donde había estado el muchacho la noche del crimen. Ahora tenían la prueba de que Vanja no se equivocaba. Eso quería decir que para Lisa era más importante ocultar la verdad que encontrar al culpable del asesinato de su novio. Ese tipo de secretos potentes eran los que interesaban a Sebastian. «¡Mierda!», se dijo. El caso empezaba a interesarle cada vez más. Se vio obligado a reconocer que la investigación se estaba convirtiendo en una agradecida tregua para su angustia. Se quedaría mientras lo necesitara y sacaría el mejor partido de la situación. Cuando surgiera la oportunidad, ya decidiría qué hacer con su colaboración y su futuro.

—¿Vamos a hablar con Lisa?

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Volvieron sobre sus pasos y entraron otra vez en el colegio. Lisa había salido después de la clase de inglés. Era su día más corto de colegio. Con toda probabilidad ya habría llegado a casa. Vanja prefirió no llamar para averiguarlo porque no quería que sus padres tuvieran tiempo de levantar sus barreras defensivas. Entraron en el coche y Vanja pisó a fondo el acelerador, sin hacer caso de los límites de velocidad.

Iban por la carretera en silencio. Vanja se alegraba. No tenía ninguna necesidad de conocer mejor a un compañero que le había sido impuesto y cuya presencia esperaba que fuera provisional. Ya sabía que Sebastian no tenía costumbre de hablar de intrascendencias para pasar el rato. Ursula decía que era una catástrofe social. También decía que era mucho mejor que estuviera callado, porque cada vez que abría la boca hacía algún comentario grosero, sexista, crítico o directamente malvado. Si no decía nada, al menos no había que enfadarse con él.

Vanja se había indignado tanto como Ursula cuando Torkel lo había presentado y había anunciado que participaría en la investigación. Pero no porque se tratara de Sebastian —aunque de hecho le habían contado más mierda de él que de todo el resto de la policía junta—, sino porque Torkel había tomado la decisión de incorporarlo al caso sin consultárselo a ella. Sabía que su jefe no tenía ninguna obligación de pedir su opinión en ese tipo de asuntos, pero, aun así, le molestaba. Consideraba que su colaboración era tan estrecha y que significaba tanto para los dos en el trabajo, que Torkel habría debido preguntarle su punto de vista antes de tomar una decisión que afectaba a todo el grupo. Torkel era el mejor jefe que había tenido y, por lo tanto, le había sorprendido mucho que hiciera cambios tan sustanciales sin tener en cuenta su opinión. Ni tampoco la de ninguno de los demás. Estaba sorprendida y, en honor a la verdad, también decepcionada.

—¿Cómo se llaman los padres de la chica?

Vanja interrumpió sus reflexiones y se volvió hacia Sebastian, que no se movió y siguió mirando impertérrito por la ventana.

—Ulf y Ann-Charlotte. ¿Por qué?

—Por nada.

—Estaba en el material que te dimos.

—No lo leí.

¿Era posible que Vanja hubiera oído mal?

—¿No lo leíste?

—No.

—Dime una cosa: ¿por qué razón te has metido en esta investigación?

Vanja se hacía esa pregunta desde que había oído la explicación asombrosamente vaga de Torkel acerca de la presencia de Sebastian. ¿Tendría Sebastian algún tipo de control sobre su jefe? No, eso era impensable. Torkel jamás hubiera puesto en peligro un caso por razones personales, fueran cuales fuesen. La respuesta de Sebastian fue más rápida de lo que ella esperaba.

—Estoy aquí porque me necesitáis. Nunca resolveréis este caso sin mí.

Ursula tenía razón. Era fácil indignarse con Sebastian Bergman.

Vanja estacionó el coche y apagó el motor. Antes de salir, se volvió hacia Sebastian.

—Una cosa.

—¿Qué?

—Sabemos que miente. Tenemos pruebas. Pero quiero que hable, así que no vamos a hacerle tragar las pruebas nada más entrar, porque entonces no dirá nada. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—La conozco, de modo que yo dirigiré el interrogatorio y tú te quedarás callado.

—Como ya he dicho antes, ni siquiera notarás mi presencia.

Antes de bajarse del coche y dirigirse hacia la casa, Vanja lo miró de una manera que expresaba claramente su absoluta seriedad. Sebastian la siguió.

Tal como Vanja esperaba, Lisa estaba sola en casa. Pareció sorprendida cuando abrió la puerta y se encontró con Vanja acompañada de un desconocido. Balbuceante, trató de poner diversas excusas, pero Vanja se metió en el vestíbulo sin esperar a que la invitara. Estaba decidida a interrogarla, sobre todo desde que sabía que estaba sola.

—Será sólo un minuto. Podemos hablar aquí.

Vanja prácticamente los condujo hasta la cocina limpia y ordenada mientras Sebastian se mantenía en segundo plano. Después de saludar con amabilidad a la jovencita, se había quedado callado. Hasta ese momento, para alegría de Vanja, se estaba ciñendo a su acuerdo. En realidad, se había quedado sin habla. El mosaico de Jesús hecho con cuentas de colores lo había dejado mudo. Nunca había visto nada parecido. Era fantástico.

—Siéntate.

Vanja creyó notar un pequeño cambio en la mirada de Lisa. Parecía más cansada. Ya no tenía el mismo brillo defensivo en los ojos. Era como si su muralla protectora empezara a resquebrajarse. Vanja intentó hablar con la mayor cercanía posible. No quería parecer demasiado agresiva.

—Lisa, verás, tenemos un problema. Un problema bastante grande. Sabemos que Roger no estaba aquí el viernes a las nueve de la noche. Sabemos dónde estaba y podemos probarlo.

¿Fue una ilusión óptica o realmente Lisa bajó los hombros y pareció hundirse un poco en la silla?

Sin embargo, no dijo nada.

Todavía no.

Vanja se inclinó hacia delante y le tocó con suavidad la mano. Después le habló en tono más amable.

—Lisa, ahora tienes que decirnos la verdad. No sé por qué has mentido, pero ya no puedes seguir mintiendo. No por nosotros, sino por ti.

—Quiero que vengan mis padres —atinó a decir Lisa.

Vanja mantuvo el contacto de la mano.

—¿De verdad lo quieres? ¿Realmente quieres que sepan que has mentido?

Por primera vez, Vanja advirtió el fugaz destello de debilidad que suele preceder a la verdad.

—A las nueve y cinco Roger estaba en Gustavborgsgatan. Tenemos una grabación que lo demuestra. Esa calle está bastante lejos de aquí —prosiguió Vanja—. Según mis cálculos, tu novio debió de salir de esta casa a las ocho y cuarto. A las ocho y media, como muy tarde. Si es que alguna vez estuvo aquí.

No continuó. Observó a Lisa, que para entonces parecía cansada y rendida. Su mirada había perdido el último rastro de rebeldía y desafío adolescentes. Sólo parecía preocupada. Era una niña preocupada.

—Se van a enfadar mucho —dijo finalmente—. Mamá y papá.

—Sí, si se enteran.

Vanja le apretó la mano, cuya temperatura había ido en aumento a medida que hablaban.

—Mierda, mierda, mierda... —dijo Lisa de pronto, y la palabra malsonante fue el principio del fin.

El muro se había desmoronado. Se soltó de Vanja y se llevó las dos manos a la cara. Dejó escapar un largo suspiro, que era casi de alivio. Guardar un secreto puede ser una carga muy pesada y solitaria.

—No era mi novio.

—¿Qué has dicho?

Lisa levantó la cabeza y alzó un poco la voz.

—No era mi novio.

—¿No?

La chica negó con la cabeza y giró la cara. Su mirada se perdía en la distancia, al otro lado de la ventana, como si ella también quisiera estar allí. Muy lejos.

—Entonces ¿qué era? ¿Qué hacíais juntos?

Lisa se encogió de hombros.

—No hacíamos nada. Pero con él me dejaban.

—¿Cómo que te dejaban?

Lisa volvió a mirar a Vanja con expresión cansada. ¿Cómo era posible que no lo entendiera?

—¿Quieres decir que te permitían ser su novia?

Lisa dejó caer las manos e hizo un gesto afirmativo.

—Me dejaban salir con él o quedarme con él en casa, aunque siempre salíamos.

—Pero nunca juntos.

Lisa negó con la cabeza.

—Tienes otro novio, ¿verdad?

Lisa asintió y por primera vez miró a Vanja con expresión suplicante. Su vida consistía básicamente en ser la hija perfecta y su máscara empezaba a agrietarse.

—¿Y tus padres no lo aprueban?

—Me matarían si se llegaran a enterar.

Vanja volvió a mirar el mosaico de las cuentas de colores. Ahora lo veía con otros ojos. «Soy el camino». No del todo, cuando una tiene dieciséis años y está enamorada de quien no debe.

—Necesitamos hablar con ese chico. Lo entiendes, ¿verdad? Pero no es necesario que tus padres lo sepan. Te prometemos que no les diremos nada.

Lisa hizo un gesto afirmativo. Ya no tenía fuerzas para oponerse. «La verdad os hará libres», decía el monitor de actividades juveniles en la iglesia, cada vez que tenía la oportunidad. Ella misma había incluido muchas veces esa frase en la creciente red de mentiras que se había visto obligada a tejer a lo largo de los años. Pero en ese instante se dio cuenta de que era preciso completarla: «La verdad te hará libre, pero tus padres te matarán cuando la sepan». Así debía ser la frase completa. En todo caso, había dicho la verdad y era cierto que se sentía liberada.

—¿Qué le pasa a tu novio? ¿Es mayor que tú? ¿Es un delincuente? ¿Se droga? ¿Es musulmán?

Las preguntas eran de Sebastian. Vanja lo miró y él se disculpó con un gesto, que ella aceptó. Ningún problema.

—No le pasa nada —dijo Lisa, encogiéndose de hombros—. Es sólo que no tiene

nada que ver con... todo esto.

Lisa hizo un pequeño movimiento con las manos que no sólo abarcó la casa, sino todo el barrio, con sus cuidados jardines delante de unas casas no demasiado grandes, pero tampoco pequeñas, en su cuadrícula de calles tranquilas. Sebastian entendió exactamente lo que quería decir. Él no había sido capaz de analizar su propia situación, ni de formularla de la misma manera que Lisa cuando tenía su edad, pero había conocido ese sentimiento: la seguridad convertida en cárcel, unas atenciones que sofocaban y unas convenciones que pesaban como grilletes.

Vanja se inclinó hacia Lisa y volvió a cogerle la mano. Lisa no se opuso o, mejor dicho, pareció agradecerse.

—¿Estuvo Roger aquí en algún momento, aquella noche?

Lisa asintió.

—Pero sólo hasta las ocho y cuarto, hasta que nos aseguramos de que mis padres se habían marchado.

—¿Adónde fue después?

Lisa negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Iba a encontrarse con alguien?

—Creo que sí. Era lo que solía hacer.

—¿Con quién?

—No lo sé. Roger nunca contaba nada. Le gustaba tener secretos.

Sebastian observaba a Lisa y a Vanja, que estaban sentadas muy juntas, detrás de una mesa ridículamente limpia, y hablaban de una noche donde todo había tenido cabida, menos Roger. El orden en la cocina le recordaba la casa de su infancia y las de todos sus vecinos, encantados de relacionarse con unos triunfadores como sus padres. A decir verdad, se sentía como si se hubiera metido sin darse cuenta en una réplica de toda su buena crianza de mierda. Siempre se había rebelado contra todo eso, contra el mantenimiento superficial del orden y las convenciones, sin amor ni coraje. Cada vez le gustaba más la chiquilla sentada a la mesa. Podía hacer grandes cosas en la vida. ¡Un amante secreto a los dieciséis años! Sus padres tendrían que luchar mucho con ella cuando fuera un poco mayor. Y eso hacía que Sebastian se sintiera muy feliz.

Oyeron que se abría la puerta. En el vestíbulo resonó una voz risueña:

—¡Lisa, ya estamos en casa!

Como por reflejo, Lisa le soltó la mano a Vanja y se puso rígida en la silla. A la velocidad del rayo, Vanja le pasó su tarjeta de visita.

—Mándame los datos de tu novio por SMS, para no tener que hablar más del

tema.

Lisa asintió, cogió rápidamente la tarjeta y tuvo el tiempo justo de guardársela en el bolsillo antes de que Ulf apareciera por la puerta.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

El agradable tono de voz del saludo inicial se había esfumado.

Vanja se puso de pie y fue al encuentro de Ulf con una sonrisa quizá demasiado jovial. El padre de Lisa comprendió que había llegado tarde: Vanja estaba satisfecha. Intentó al menos reafirmar su autoridad.

—Pensaba que habíamos llegado a un acuerdo y que ustedes no hablarían con mi hija si yo no estaba presente. ¡Esto es del todo inadmisibile!

—Usted no puede imponernos esa exigencia. Además, sólo queríamos que Lisa nos confirmara unos detalles. Ya nos vamos.

Vanja se volvió y le sonrió a Lisa, que no lo notó, porque tenía la vista fija en la superficie de la mesa. Sebastian se puso de pie y Vanja se dirigió a la puerta, pasando por delante de los padres de Lisa.

—Creo que ya no tendremos que molestarlos.

Ulf miró a Vanja, después a su hija y otra vez a Vanja. Guardó silencio unos segundos y, al final, recurrió a la única amenaza útil que conocía.

—Le advierto que voy a hablar con su jefe. Esto no va a quedar así.

Vanja no se tomó la molestia de contestar y siguió andando hacia la puerta. Ya tenía lo que había ido a buscar. Entonces, de repente, oyó la voz de Sebastian a su espalda. Resonó con más fuerza que de costumbre, como si llevara mucho tiempo esperando ese momento.

—Es preciso que sepan una cosa —dijo mientras empujaba la silla hacia la mesa de la cocina, con un movimiento deliberadamente ampuloso—. Su hija les ha estado mintiendo.

«Pero ¿qué demonios está haciendo?». Vanja se volvió, sin salir de su asombro, y fulminó a Sebastian con la mirada. Una cosa era ser un cerdo con los colegas y demás personas adultas, y otra muy distinta era traicionar la confianza de una niña. ¡Y de manera completamente gratuita! Lisa parecía dispuesta a desaparecer debajo de la mesa. Sus padres guardaban silencio. Todos miraban al hombre que de pronto se había convertido en el centro de atención.

Momentos como ese eran justo lo que Sebastian Bergman había echado en falta durante su alejamiento voluntario de la investigación policial. Se tomó su tiempo. Había que aprovechar la magia de la situación, porque cada vez escaseaba más.

—El viernes, Roger salió de esta casa mucho antes de lo que Lisa admitió en un

principio.

Los padres de la chica intercambiaron una mirada y a continuación la madre habló:

—Nuestra hija no miente.

Sebastian dio unos pasos hacia ellos.

—Sí, sí que miente. —No pensaba dejar escapar a los auténticos mentirosos, sobre todo en ese momento, cuando los tenía agarrados por el cuello—. Pero ¿por qué miente? Es la pregunta que deberían hacerse ustedes. Puede que tenga un motivo para no atreverse a contar la verdad.

Sebastian guardó silencio y se quedó mirando a los padres de Lisa. El ambiente de la cocina limpia y ordenada se había cargado de preocupación por lo que pudiera pasar, por lo que Sebastian tuviera pensado hacer a continuación. La mente de Vanja funcionaba a un millón de revoluciones por minuto. ¿Cómo dar con terreno firme en la ciénaga donde se encontraba? Lo único que consiguió articular fue una débil súplica.

—Sebastian...

Su compañero ni siquiera le prestó atención. Dominaba la situación y tenía en sus manos la vida de una chica de dieciséis años. ¿Para qué iba a escuchar a nadie?

—Esa noche, Lisa y Roger discutieron, y él se marchó antes, a las ocho. Se pelearon y, esa misma noche, el chico fue asesinado. ¿Comprenden ustedes cómo debe de sentirse Lisa? Si no hubieran discutido, Roger aún viviría. Se fue de esta casa antes de lo previsto, por culpa de Lisa. Es una carga enorme para la conciencia de una chica tan joven.

—¿Es verdad lo que dice este hombre, Lisa?

La voz de su madre era implorante y sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas. Lisa miró a sus padres como si acabara de despertarse de un sueño y ya no supiera distinguir muy bien lo falso de lo verdadero. Sebastian le guiñó un ojo discretamente. Se estaba divirtiendo mucho.

—Lo que hizo Lisa no fue exactamente mentir. Fue más bien un mecanismo de defensa para poder seguir adelante, para soportar la culpa. Por eso se lo cuento a ustedes —prosiguió Sebastian, mirando con expresión grave a los padres de Lisa, y a continuación bajó la voz, para parecer todavía más serio—. Ahora tienen que hacerle entender a Lisa que no ha hecho nada malo.

—Claro que no, cariño —dijo Ulf, que se acercó a su hija y le pasó un brazo por los hombros.

Lisa parecía más sorprendida que otra cosa. En unos segundos, había pasado de

víctima de una acusación a objeto del amor y las atenciones de sus padres.

—Pequeña mía, ¿por qué no me habías dicho nada? —comenzó a decir su madre en voz baja, pero no pudo continuar porque Sebastian volvió a interrumpirla.

—Porque su hija no quería decepcionarlos. ¿No lo entienden? Lisa tiene un enorme sentimiento de culpa. Se siente culpable y está destrozada. ¡Y ustedes no hacen más que hablar de si miente o no miente! ¿Se dan cuenta de que la han dejado tremendamente sola?

—Pero nosotros no lo sabíamos. Creíamos que...

—Ustedes prefirieron creer lo que les convenía y nada más. Es comprensible. Es humano. Pero ahora su hija necesita cariño. Necesita sentir que confían en ella.

—Nosotros lo hacemos.

—No lo suficiente. Tienen que darle amor, pero también libertad. Es lo que más necesita en este momento: confianza y libertad.

—Por supuesto que sí. Muchas gracias. No teníamos ni idea. Les ruego que perdonen nuestra brusquedad, aunque espero que sepan entendernos —dijo la madre.

—Desde luego. Todos queremos proteger a nuestros hijos. Contra todo. Si no fuera así, no seríamos padres.

La expresión de Sebastian se abrió en una cálida sonrisa dirigida a la madre, que le agradeció el gesto con una breve inclinación de la cabeza. ¡Qué cierto era lo que acababa de decir!

Sebastian se volvió hacia Vanja, que había pasado de la indignación al desconcierto.

—¿Nos vamos?

Vanja intentó decir que sí con la mayor indiferencia que pudo fingir.

—Sí, claro. No queremos molestar más.

Sebastian y ella les dedicaron a los padres de Lisa una última sonrisa.

—Recuerden que tienen una hija fantástica y denle siempre el amor y la libertad que necesita. Háganle ver que confían en ella.

Con esas palabras se marcharon. Sebastian estaba chispeante de felicidad, por haber aprovechado la ocasión de instalar una pequeña bomba de tiempo en casa de los Hansson. Libertad era justo lo que necesitaba Lisa para hacer saltar toda la mierda en pedazos. Y cuanto antes mejor.

—¿Era realmente necesario? —le preguntó Vanja, cuando abrieron la reja para salir a la calle.

—Ha sido divertido. ¿No te parece suficiente?

Sebastian se volvió hacia Vanja, cuya expresión le transmitió con claridad que no

creía que actuara movido por un afán de diversión. Sebastian suspiró. Siempre tenía que explicarlo todo.

—De acuerdo. Era necesario. Antes o después, la prensa habría publicado que Roger no estaba donde Lisa había afirmado que estaba. Ahora teníamos la oportunidad de ofrecer una explicación y he querido echarle una mano.

Sebastian continuó andando. Mientras se dirigía hacia el coche, casi tuvo ganas de ponerse a silbar. Hacía mucho tiempo que no silbaba.

Muchísimo tiempo.

Vanja lo seguía a varios pasos de distancia, tratando de mantener el ritmo. ¡Claro! Dejar a Lisa sin coartada era lo peor que podrían haber hecho. Se dijo que tendría que haberlo pensado ella. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan superada por un colega.

Muchísimo tiempo.

Torkel estaba en el despacho de Hanser, en el tercer piso. Le había propuesto una reunión para hablar de las últimas pruebas encontradas. La información que habían aportado las cámaras de seguridad suponía sin duda un gran avance, ya que les permitía situar definitivamente a Roger en Gustavsborgsgatan unos minutos después de las nueve de la noche de aquel viernes funesto. Por otro lado, las grabaciones habían debilitado aún más las sospechas que pesaban sobre Leo. Una gran parte de sus declaraciones coincidía con la realidad, por lo que Torkel, tras consultar con el fiscal, había decidido ponerlo en libertad, para no seguir perdiendo tiempo ni desviar la atención en un caso tan difícil. Como era lógico, el revuelo mediático sería considerable. Los periodistas ya habían condenado a Leo Lundin, al que presentaban como el acosador que había llegado demasiado lejos. Dirían que había pruebas contra Leo. La sangre de la víctima en su camiseta ya era un hecho ampliamente conocido. La cazadora verde aún no había hecho su aparición en los titulares, pero varios periódicos habían anunciado el hallazgo de nuevas pruebas en el garaje del sospechoso. La prensa no revelaba que esas «nuevas pruebas» habían sido colocadas expresamente en el garaje de Leo, pero era preferible que ese dato continuara oculto. Había información que sólo el grupo de Torkel conocía y era mejor que fuera así. Torkel quiso anunciarle en persona a Hanser su decisión, antes de llamar al fiscal. Después de todo, ella era la responsable oficial de la investigación y quien recibía las presiones para conseguir resultados. Torkel sabía que no era fácil poner en libertad a un sospechoso sin sustituirlo por otro. Hanser comprendió la situación y estuvo de acuerdo con las conclusiones de Torkel, pero insistió en que él se hiciera cargo de la

conferencia de prensa. Torkel entendía sus motivos. Era lo mejor para su carrera, en un momento en que incluso la Unidad de Homicidios buscaba a tientas en la oscuridad. Le prometió que se ocuparía de la prensa y salió del despacho para llamar al fiscal.

El coche se detuvo en otra calle, delante de otra casa, en otro barrio residencial. ¿Cuántos más habría en Västerås? ¿Y en la región? ¿Y en todo el país? En eso estaba pensando Sebastian mientras Vanja y él subían por el sendero de piedra hacia la casa amarilla de dos plantas. Sebastian suponía que debía de ser posible ser feliz en uno de esos barrios. Su experiencia personal le decía lo contrario, pero eso no significaba que fuera imposible. Para él sí que lo era. Toda la zona estaba impregnada de una actitud «tranquila y digna» que le producía repugnancia.

—¡Largo de aquí, vosotros dos!

Sebastian y Vanja se volvieron y vieron a un hombre de unos cuarenta y cinco años que iba hacia ellos desde la puerta abierta del garaje, con un rollo de lona azul bajo el brazo. Con toda probabilidad una tienda de campaña. Se acercó a paso rápido y decidido.

—Soy Vanja Lithner y este es Sebastian Bergman. —Vanja le enseñó la identificación y Sebastian levantó la mano a modo de saludo—. Somos de la Unidad de Homicidios y estamos investigando la muerte de Roger Eriksson. Hemos hablado con Beatrice en el colegio.

—Perdón. Los había tomado por periodistas. Hoy ya he tenido que echar a un par. Soy Ulf Strand, el padre de Johan.

Les tendió la mano. Sebastian pensó que era la segunda vez que alguien se refería de ese modo a Ulf: «el padre de Johan», y no el marido de Beatrice. Ella también había dicho que era el padre de su hijo, y no su marido: «Johan había salido con Ulf, su padre». Y no «con mi marido».

—¿No están casados Beatrice y usted?

Ulf pareció francamente sorprendido por la pregunta.

—Sí, ¿por qué lo dice?

—Por curiosidad, nada más. Tenía la impresión de que... Bah, no importa. ¿Está Johan?

Ulf lanzó una mirada a la casa y un surco de preocupación se le marcó en la frente.

—Sí, pero ¿es necesario que vengan a verlo hoy? Está muy afectado por todo lo sucedido. Por eso pensábamos salir de acampada. Para alejarnos de todo por un tiempo.

—Lo siento, pero por diferentes circunstancias vamos un poco atrasados en la investigación del caso. Necesitamos hablar con Johan lo antes posible.

Ulf se dio cuenta de que no tenía argumentos para oponerse. Se encogió de hombros, dejó el material de acampada y los condujo hasta la casa.

Se descalzaron en el vestíbulo, donde ya había varios pares de zapatos, zapatillas y chanclas en completo desorden. Por el suelo rodaban pelusas de polvo. Al menos tres chaquetas diferentes yacían sobre un banco de madera, contra la pared del vestíbulo. Cuando se adentraron un poco más en la casa, Vanja tuvo la sensación de encontrarse en el polo opuesto del cuidado hogar de Ann-Charlotte y Ulf. En un rincón del salón había una tabla de planchar con una pila de ropa limpia encima, pero también con parte de la correspondencia de la semana, un periódico y una taza de café. En la mesa baja delante del televisor había otras dos tazas más sobre la madera manchada y llena de migas. En los sillones y en el sofá se acumulaba más ropa, que quizá estaba limpia o quizá no. Ulf los condujo hasta el piso de arriba. Un chico flaco y con gafas, que aparentaba menos de los dieciséis años que tenía, estaba en su habitación jugando con el ordenador.

—Johan, estas personas son policías y quieren hablar contigo acerca de Roger.

—Un momento.

Johan siguió concentrado en la pantalla. Daba la impresión de ser un juego de acción. Un hombre con un brazo desmesuradamente grande y deforme iba de aquí para allá, peleando con unos personajes que parecían soldados. Utilizaba el brazo como arma. Con toda seguridad Billy habría podido decir cómo se llamaba el juego. El protagonista se montó en un carro de combate que encontró en una esquina y la pantalla se congeló, con la palabra *loading*. Cuando se reanudó la acción, el hombre estaba dentro del carro de combate y, evidentemente, sabía conducirlo. Johan pulsó una tecla y la imagen volvió a congelarse. El chico miró a Vanja con expresión cansada.

—Siento mucho lo sucedido. Nos han dicho que Roger y tú erais amigos.

Johan asintió.

—Entonces cabe suponer que Roger te contaba a ti algunas cosas que no contaba a nadie más.

—¿Qué podía contarme?

Aparentemente, nada nuevo. Johan no creía que Roger estuviera preocupado por nada en concreto, ni tampoco que le tuviera miedo a nadie, aunque de vez en cuando se topaba con algunos de sus antiguos compañeros de la Vikingaskola. Estaba a gusto en el Palmlövskå, no le debía dinero a nadie y no había mostrado interés por la novia

de ningún otro chico. ¿Para qué, si tenía lasuya? Johan creía que justo había estado de visita en casa de su novia aquel viernes por la noche. Iba muy a menudo a casa de Lisa. «Demasiado a menudo», interpretaron tanto Sebastian como Vanja. No, Johan no sabía a quién había ido a ver Roger cuando se había marchado de la casa de Lisa. Tampoco sabía por qué lo había llamado aquella noche. En cualquier caso, él no le había devuelto la llamada. Todas las respuestas eran un «no».

Vanja empezaba a desesperarse. No estaban avanzando. Todos decían lo mismo. Roger era un chico tranquilo y formal, que se mantenía al margen y no discutía con nadie. ¿Y si estuvieran ante uno de los raros casos en que el asesino no conoce a la víctima? ¿Y si alguien hubiera decidido simplemente salir a matar a un transeúnte un viernes por la noche y hubiera elegido a Roger?

Por casualidad.

Sólo porque podía.

Ese tipo de crímenes eran sin duda sumamente infrecuentes, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias del caso: la extracción del corazón, el traslado del cadáver para esconderlo y la colocación de pruebas incriminatorias.

Improbables, sí, pero no imposibles.

Al mismo tiempo, sin embargo, había algo que no encajaba en la retahíla de declaraciones casi idénticas acerca de Roger, y Vanja lo percibía cada vez con mayor claridad. Se le habían quedado grabadas las palabras de Lisa, cuando había dicho que a Roger le gustaba guardar secretos. Tenía la sensación de que esas pocas palabras estaban más cerca de la verdad que todas las demás. Era como si hubiera dos Roger Eriksson: uno que pasaba inadvertido y nunca destacaba por nada, y otro que ocultaba un montón de secretos.

—Entonces ¿no se te ocurre nadie que pudiera tener alguna razón para estar enfadado con Roger?

Vanja ya se disponía a salir de la habitación, segura de que la respuesta volvería a ser otra muda negación.

—Bueno, Axel estaba cabreado con él, desde luego. ¡Pero no tanto!

Vanja se detuvo. Casi pudo sentir cómo le subía la adrenalina. Un nombre. De alguien que le guardaba rencor a Roger. Un clavo ardiendo del que agarrarse. Quizá el comienzo de otro secreto.

—¿Quién es Axel?

—Era el bedel del colegio.

Un adulto. Una persona con posibilidad de conducir un automóvil. Ya no parecía que el clavo ardiera tanto.

—¿Por qué estaba enfadado con Roger?

—Porque por su culpa lo echaron del colegio hace algunas semanas.

—Aquel desgraciado incidente, sí.

El director Groth se desabrochó la americana y se sentó detrás del escritorio, con cara de haber comido alguna cosa en mal estado. Vanja estaba delante de la puerta, con los brazos cruzados. Tenía que hacer un esfuerzo para hablar sin que se le notara la rabia.

—Cuando estuvimos aquí, le dije que alguien de este colegio podía estar involucrado en la muerte de Roger Eriksson. ¿No le pareció relevante mencionar a un empleado que había sido despedido por culpa de Roger?

El director separó los brazos como para pedir disculpas y quitar a la vez importancia a lo sucedido.

—No; lo siento mucho. Les ruego que me perdonen. No relacioné los dos hechos.

—¿Podría contarme cómo fue aquel «desgraciado incidente»?

Groth miró con abierto desagrado a Sebastian, que se había arrellanado en uno de los sillones y estaba hojeando un folleto informativo del colegio, que había cogido fuera del despacho del director mientras esperaban.

Instituto de Bachillerato Palmlövskå, donde empiezan las oportunidades.

—No hay mucho que contar. Descubrimos que el bedel Axel Johansson vendía bebidas alcohólicas a los alumnos. Traficaba con alcohol. Como es lógico, lo despedimos de inmediato y el problema quedó resuelto.

—¿Cómo descubrieron lo que hacía? —preguntó Vanja.

Ragnar Groth la miró con ojos cansados, al mismo tiempo que se inclinaba hacia delante y apartaba con la mano unas motas de polvo de la superficie de la mesa.

—De la manera que los ha traído a ustedes a mi despacho. Roger Eriksson, como el estudiante responsable que era, vino a verme y me puso al corriente de todo. De inmediato, le indiqué a una de las alumnas de primero que le hiciera un pedido a Axel por teléfono. Cuando el hombre se presentó con las bebidas en el lugar acordado, lo sorprendimos in fraganti.

—¿Sabía Axel que Roger había dado el soplo?

—No lo sé. Puede que sí. He oído que algunos alumnos lo sabían.

—Pero ¿usted nunca denunció el caso a la policía?

—No, no me pareció que pudiera salir nada bueno de una denuncia.

—¿Quizá porque la fama de este «ambiente óptimo para el aprendizaje, que combina seguridad, inspiración y enormes posibilidades de desarrollo para cada individuo, desde una perspectiva humana basada en los valores cristianos» habría quedado un poco maltrecha?

Sebastian levantó la vista del folleto que acababa de citar, sin poder reprimir una sonrisita irónica. Ragnar Groth trató de evitar que la animadversión se le notara en la voz.

—No es ningún secreto que nuestra buena fama es nuestro principal activo.

Vanja se limitó a negar con la cabeza, incapaz de entender lo sucedido.

—¿Por qué no denunciaron un delito que se cometió en el colegio?

—No era más que un pequeño negocio de tráfico de bebidas alcohólicas. Las vendía a menores, sí, pero tampoco había para tanto. Como mucho le habrían puesto una multa, ¿no?

—Probablemente, pero eso no es lo importante.

—No, claro que no —la interrumpió Groth con sequedad—. *Lo importante* es que la pérdida de confianza de los padres habría tenido repercusiones mucho más perjudiciales para la institución. Era un asunto de prioridades. —Se levantó, se abrochó la americana y se dirigió hacia la puerta—. Si han terminado, tengo otras cosas que hacer. Pero pueden conseguir la dirección de Axel Johansson en la secretaría, por si quieren hablar con él.

Sebastian se quedó en el pasillo, delante de la secretaría, esperando a Vanja. Las paredes estaban llenas de fotografías en blanco y negro de los antiguos directores y de otros profesores que se habían ganado el derecho a ser recordados por las siguientes generaciones. En medio de la galería fotográfica destacaba un único retrato al óleo: el del padre de Sebastian, de cuerpo entero. Aparecía de pie, junto a un escritorio cargado de los atributos y los símbolos de la educación clásica. Debido a la perspectiva en ligero contrapicado, Ture Bergman miraba siempre desde lo alto al observador. Le cuadraba muy bien, en opinión de Sebastian.

Mirar desde arriba a todo el mundo.

Con gesto reprobador.

Desde el centro de la imagen.

Sebastian dejó vagar la mente. Se preguntó si él mismo había sido un buen padre durante los cuatro años que había tenido a Sabine a su lado. «Regular», fue la

respuesta.

O quizá hubiera sido mejor decir que había intentado hacerlo lo mejor que podía, pero aun así no había pasado de ser «regular». En sus peores momentos, cuando dudaba de su capacidad para ser padre, se decía que lo suyo era como cuando Sabine veía la televisión: daba igual la calidad mientras hubiera algo de colores que se moviera por la pantalla. ¿Sería lo mismo en su caso? ¿Estaría Sabine contenta con él simplemente porque era la persona que tenía a su lado? ¿Sin ninguna exigencia de calidad? Había pasado mucho tiempo con su hija, eso nadie podía negarlo. Más tiempo que Lily. No había sido una decisión consciente basada en un afán igualitario, sino más bien un resultado directo de la actividad diaria de ambos. Sebastian trabajaba a menudo en casa. Pasaba breves períodos de trabajo intenso fuera de la ciudad, después estaba libre un tiempo y a continuación volvía a trabajar en casa durante largas temporadas. De modo que sí, había pasado mucho tiempo con su hija. Sin embargo, Sabine buscaba a Lily cuando le ocurría algo. Siempre la buscaba primero a ella. Eso debía de significar algo. Sebastian se negaba a creer que fuera genético. La idea de que fuera imposible reemplazar a una madre, como se empeñaban en repetir algunas mujeres de su entorno, le parecía un sinsentido. Por eso había intentado analizar su papel con absoluta franqueza. ¿Qué le había ofrecido a su hija, aparte de la seguridad de tener a alguien siempre a su lado? El primer año de Sabine no había sido nada especial para él, ni tampoco —en honor a la verdad— particularmente divertido. O, mejor dicho, sí, había sido especial. Por lo apabullante. Muchos trataban de convencerse de que nada cambiaría en su vida cuando tuvieran un hijo. Decían que todo seguiría igual, con la pequeña diferencia de que se habrían convertido en padres. Sebastian nunca había sido tan ingenuo. Sabía que toda su vida iba a cambiar. Todo lo que tenía. Y estaba dispuesto a aceptarlo. De modo que sí, aquellos primeros años habían sido especiales, pero no demasiado gratificantes. Dicho con franqueza: durante esos primeros años, Sabine le había aportado muy poco.

Era lo que pensaba entonces.

Pero después habría dado cualquier cosa por recuperar aquellos años.

Con el tiempo, las cosas habían mejorado, tenía que admitirlo. A medida que Sabine había ido creciendo, también había evolucionado su relación con Sebastian y se había vuelto más próxima. Había empezado a aportarle más cosas. Pero ¿qué demostraba eso en el fondo, aparte de que él era un egoísta? Durante aquellos años, casi no se había atrevido a pensar en qué pasaría cuando ella creciera.

Cuando le planteara exigencias.

Cuando fuera más una persona adulta que un bebé. Y él ya no fuera el más listo. Y

ella se conociera todos sus trucos. Sebastian la quería por encima de todo. Pero ¿lo sabía ella? ¿Había podido demostrárselo? No estaba seguro.

También quería a Lily. Y se lo decía.

Algunas veces.

No tantas como debería.

Le resultaba incómodo decirle que la quería, sobre todo cuando se suponía que debía decirlo en serio. Sebastian daba por sentado que Lily ya lo sabía. Y pensaba que se lo demostraba de otras formas. Nunca le había sido infiel en todo el tiempo que había estado con ella. ¿Es posible demostrar amor con las cosas que no se hacen? ¿Lo había demostrado él?

Ahora había pasado el tiempo y quizá Sebastian tenía un hijo o una hija en algún lugar. La carta de Anna Eriksson lo había desconcertado y, a partir de ahí, había funcionado en piloto automático. Había tomado enseguida la decisión de localizar a esa mujer. Tenía que encontrar a su hijo. Pero ¿de verdad estaba pensando en su hijo? ¿Realmente quería buscar a una persona que tendría casi treinta años y habría vivido toda una vida sin él? ¿Qué iba a decirle? Quizá Anna le había mentado. Quizá le había dicho que su padre era otro, o que él había muerto. Tal vez sólo conseguiría provocar el caos.

Para todos.

Pero sobre todo para sí mismo.

En el fondo a Sebastian le importaba muy poco irrumpir en la vida de una persona adulta y ponerlo todo patas arriba, pero ¿qué sacaría él? ¿Pensaba tal vez que en algún sitio vivía una nueva Sabine que lo estaría esperando? No, por supuesto que no. Nadie volvería a deslizar en su mano una manita adornada con un anillo de mariposa, ni se quedaría dormida sobre su hombro, al calor del sol. Nadie se daría la vuelta por la mañana, tibia aún bajo las mantas, para acurrucarse contra él y roncar sobre su cuello de manera casi inaudible. Al contrario, lo más probable era el rechazo o, con mucha suerte, un torpe abrazo de un desconocido, que nunca llegaría a ser nada más que una especie de pariente lejano o, en el mejor de los casos, un amigo. A decir verdad, no iba sobrado de amigos, pero eso sólo pasaría en el mejor de los casos. ¿Y si su hijo no le permitía entrar en su vida? ¿Podría aceptarlo? Si iba a poner en práctica otro de sus planes egoístas, al menos tenía que estar seguro de ser el principal beneficiario. Y ya no estaba tan seguro de serlo. Quizá lo mejor fuera olvidarse de todo. Vender la casa, abandonar la investigación, marcharse de Västerås y volver a Estocolmo.

Sus pensamientos se interrumpieron con la aparición de Vanja, que un poco más

abajo en el pasillo cerró la puerta de la secretaría con más fuerza de la necesaria y se dirigió hacia él con paso rápido y gesto irritado.

—Me han dado una dirección —dijo ella, cuando le pasó por delante sin reducir la velocidad.

Sebastian la siguió.

—¿Qué tiene que ocurrir en este colegio para que lo denuncien a la policía? —preguntó Vanja mientras abría la doble puerta de un empujón y salía a grandes zancadas al patio.

Sebastian supuso que sería una pregunta retórica y se abstuvo de responder. Hizo bien, porque ella siguió hablando.

—¿Hasta dónde está dispuesto a llegar este hombre para proteger el buen nombre de la institución? Diez días antes de morir asesinado, Roger provocó la expulsión de un empleado, ¡y ni una palabra al respecto! ¿Tampoco pondría ninguna denuncia si un día una chica sufriera una violación colectiva en los lavabos?

Una vez más, Sebastian dedujo que Vanja no esperaba ninguna respuesta, pero quiso demostrarle que la estaba escuchando. Además, le interesaba la pregunta.

—Si pensara que gana más ocultándolo que denunciándolo, desde luego que no lo denunciaría. Es muy fácil entender su conducta: siempre pone por delante el colegio y su buena fama. En cierto modo, es comprensible. El prestigio es su mejor baza para competir con las otras escuelas.

—Entonces, eso que ha dicho de que aquí no existe el acoso escolar, ¿también es mentira?

—Evidentemente. Es propio de la naturaleza humana establecer jerarquías. En cuanto ingresamos en un grupo, averiguamos enseguida cuál es nuestra posición. Después, hacemos lo posible para quedarnos donde estamos o para subir un poco, de manera más o menos evidente, y más o menos calculada.

Llegaron al coche. Vanja se detuvo delante de la puerta del conductor y, por encima del techo del vehículo, miró con escepticismo a Sebastian.

—Yo llevo varios años dentro de este grupo y no creo que nos comportemos así.

—Porque vuestra jerarquía es estática y porque Billy, que está en el peldaño más bajo, no tiene ambición de subir.

Vanja le lanzó una mirada entre divertida e interrogante.

—¿Billy está en el peldaño más bajo?

Sebastian hizo un gesto afirmativo. Era obvio. Había tardado menos de tres segundos en deducir que Billy ocupaba el lugar más bajo de la jerarquía.

—¿Y yo? ¿A mí dónde me sitúas?

—Justo por debajo de Torkel. Ursula te permite ocupar esa posición porque tenéis funciones diferentes. Ella sabe que es la mejor en lo suyo y no compite contigo. Si compitierais, te arrollaría.

—O yo a ella.

Sebastian le sonrió como le habría sonreído a una niña pequeña que acabara de decir algo muy gracioso.

—Sí, claro.

Abrió la puerta del lado del acompañante y se sentó. Vanja permaneció un breve instante de pie, tratando de controlar la creciente irritación que sentía. No quería darle a Sebastian la satisfacción de haberla exasperado. Estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué había tenido que hablarle? Si hubiera mantenido la boca cerrada, se habría ahorrado la irritación. Hizo dos inspiraciones profundas, abrió la puerta del coche y se sentó. Le echó una mirada a Sebastian y, contra toda sensatez, volvió a hablar. No quería cederle el privilegio de decir la última palabra.

—Tú no nos conoces. Hablas por hablar.

—¿Ah, sí? Cuando Torkel me contrató, Billy ni se inmutó. Ursula y tú os quedasteis perplejas, pero como sabéis que soy muy bueno en esto me habéis hecho el vacío.

—¿Porque nos sentimos amenazadas? ¿Es eso lo que insinúas?

—¿Por qué otro motivo ibais a darme la espalda?

—Porque eres un gilipollas.

Vanja puso el coche en marcha. «¡Ja, ja! ¡Victoria!». Había tenido la última palabra. Si hubiera podido decidir, habrían hecho todo el resto del trayecto hasta el domicilio de Axel Johansson en completo silencio. Pero no pudo decidir.

—Es importante para ti, ¿no?

«¿No puede estar un minuto con la puta boca cerrada?». Vanja dejó escapar un ruidoso suspiro.

—¿Qué es importante para mí?

—Tener la última palabra.

Vanja apretó los dientes y mantuvo la vista en la carretera. Gracias a eso, se libró de ver la sonrisa de autosuficiencia que tenía Sebastian cuando se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Vanja dejó el dedo apoyado en el botón del timbre. El sonido monocorde se filtró a través de la puerta y despertó ecos en el rellano de la escalera donde esperaban Sebastian y ella. Pero fue el único sonido que salió del interior del apartamento. Antes

de llamar al timbre por primera vez, Vanjaya había levantado la pestaña del buzón para comprobar si oía algo.

Nada.

Ningún ruido, ningún movimiento.

Ahora tenía el dedo índice pulsando el timbre. Sebastian empezaba a preguntarse si convendría decirle a Vanja que Axel Johansson ya les habría abierto la puerta después de los primeros timbrazos, en caso de encontrarse en casa. Aunque hubiera estado profundamente dormido, hacía mucho rato que habría salido a ver qué pasaba. ¡Por favor! Aunque hubiera estado metido en un féretro, a esas alturas ya se habría levantado.

—¿Qué hacen ustedes ahí?

Vanja soltó el timbre y se volvió. Detrás de una puerta entreabierta la miraba con curiosidad una anciana de aspecto gris. De hecho, el tono grisáceo fue la primera impresión que registró Sebastian. No era sólo el pelo fino y ralo. La mujer llevaba además una rebeca gris de punto, pantalones grises de algodón y unos gruesos calcetines grises de lana. Y en medio de la cara arrugada, unas gafas sin montura que reforzaban la sensación de transparencia y grisura. La vecina miraba con desconfiada severidad a los intrusos del rellano. «Seguro que también tiene los ojos grises», pensó Sebastian.

Vanja se presentó, explicó que estaban buscando a Axel Johansson y le preguntó a la señora si conocía su paradero. En lugar de un «sí» o un «no», obtuvo por respuesta una pregunta totalmente inesperada.

—¿Qué ha hecho?

La viejecita gris recibió la respuesta estándar a ese tipo de preguntas.

—Sólo queremos hablar un momento con él.

—Pura rutina —añadió Sebastian, más que nada por divertirse.

Nadie decía «pura rutina» en la vida real, pero le pareció que el comentario encajaba en la situación. Era como si la vieja señora gris lo estuviera esperando. Vanja lo miró para hacerle ver que sus intervenciones no le hacían ninguna gracia. Él tampoco pensaba que se la harían. Vanja se volvió una vez más hacia la vecina, después de echar un breve vistazo a su nombre en el buzón.

—¿Sabe usted dónde podemos encontrarlo, señora Holmin?

La señora Holmin no lo sabía. Pero sabía que no estaba en casa. Hacía más de dos días que no pasaba por allí. Era todo lo que podía decirles. No era que ella estuviera el día entero controlando lo que ocurría en la finca, ni quién entraba o quién salía, pero era imposible no enterarse de ciertas cosas. Como, por ejemplo, que Axel Johansson

había sido despedido del trabajo unos días atrás. O que su novia, demasiado joven para él, se había marchado pocos días antes de que lo despidieran. Y ya iba siendo hora, porque era difícil entender qué podía haber visto esa chica en Axel. No, no era grosero ni desagradable, pero era muy peculiar. Reservado. Antisocial. Apenas saludaba en la escalera. La chica en cambio era muy habladora. Todos en la casa pensaban que era un encanto. No era que la señora Holmin espiara, pero las paredes eran finas y ella tenía el sueño muy ligero. Por eso sabía tantas cosas de los vecinos. Y no por ninguna otra razón.

—¿Ha notado mucho movimiento en el apartamento de Axel?

—Sí, bastante. Muchos jóvenes. Siempre estoy oyendo el teléfono o el timbre.

¿Qué sospechan ustedes?

Vanja hizo un gesto negativo y repitió su respuesta anterior.

—Sólo queremos hablar un momento con él.

Con una sonrisa, le entregó a la vecina su tarjeta de visita y le pidió que la llamara si oía que Johansson había regresado. La viejecita gris entrecerró los ojos para mirar la tarjeta y, cuando vio el logo de la Unidad de Homicidios, fue como si sumara dos más dos.

—¿Es por algo relacionado con la muerte de ese chico?

Los ojos grises le chispeaban mientras miraba alternativamente a Vanja y a Sebastian para obtener confirmación. Su vecino trabajaba en el mismo colegio que el chico asesinado, pero lo más probable fuera que ellos ya lo supieran. Vanja se puso a buscar algo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Recuerda haberlo visto alguna vez por aquí?

Sacó del bolsillo una foto de Roger, la misma que usaban todos los policías, extraída del último anuario del colegio. Se la tendió a la viejecita gris, que la miró con detenimiento y enseguida negó con la cabeza.

—No sé. A mí todos me parecen iguales, con esas gorras, esas capuchas y esas cazadoras enormes, así que no sabría decirles.

Le agradecieron su ayuda y le recordaron que los llamara si Axel regresaba.

Mientras bajaban la escalera, Vanja sacó el móvil y llamó a Torkel. Le explicó brevemente la situación y le pidió que ordenara buscar a Axel Johansson. Torkel prometió ocuparse del asunto de inmediato. Cuando llegaron al portal, casi chocan con alguien que estaba entrando. Una cara conocida: Haraldsson. La expresión de Vanja se ensombreció visiblemente.

—¿Qué haces tú aquí?

Haraldsson le explicó que sus colegas y él estaban llamando a las puertas del

vecindario. A Roger Eriksson lo había grabado una sola de las cámaras de seguridad de Gustavsborgsgatan. Si hubiera seguido andando por la misma calle, las otras lo habrían captado también. Eso significaba que había girado en alguna esquina. El portal donde se encontraban estaba dentro del área de búsqueda delimitada previamente, para localizar a alguien que lo hubiera visto el viernes por la noche.

La policía estaba llamando a las puertas del vecindario, y Vanja tuvo la sensación de que Haraldsson había dado por fin con el sitio justo. ¿La casa de Axel Johansson se encontraba dentro del área de búsqueda? El bedel ya no era un clavo ardiendo.

El grupo estaba exhausto cuando se congregó en torno a la mesa de madera clara de abedul, en la sala de reuniones de la comisaría. Tras repasar lo realizado hasta ese momento, resultó penosamente evidente que habían avanzado muy poco. El descubrimiento de que el mensaje de correo electrónico se había enviado desde el Palmlövsvska no les había servido para acotar el número de posibles culpables. La prueba de que Lisa estaba mintiendo había confirmado las sospechas que Vanja tenía desde el comienzo, pero no los había conducido a ninguna parte. El dato más relevante que surgió del interrogatorio de Lisa era que con toda probabilidad Roger guardaba secretos. Era preciso investigar más a fondo su vida fuera del colegio. En eso coincidía todo el equipo. Particularmente interesante resultaba la pista sobre su posible relación con una persona que nadie conocía, alguien con quien se reunía mientras todos creían que estaba en casa de Lisa. Era necesario que parte del equipo se concentrara en conocer mejor a Roger. ¿Cómo era en realidad el chico? ¿Quién era?

—¿Hemos mirado en su ordenador? —preguntó Billy.

—No tenía.

Billy miró a Vanja con cara de haber entendido mal.

—¿Dices que no tenía ordenador?

—Según el inventario que hizo la policía local en su casa, no.

—¿Pero si tenía dieciséis años! ¿No se lo habrán robado, como pasó con el reloj?

—En la grabación de la cámara de seguridad no se ve que lleve ningún ordenador —intervino Torkel.

Billy casi no lo podía creer, imaginaba el sufrimiento que habría soportado el pobre chico. Desconectado. Aislado. Solo.

—Aun así, puede que estuviera activo en las redes —prosiguió Torkel—. A través del ordenador de Lisa, o desde algún café o centro juvenil. Mira a ver si encuentras su rastro.

Billy asintió.

—También tenemos a Axel Johansson...

Torkel recorrió con la mirada las caras en torno a la mesa. Billy tomó la palabra.

—Las averiguaciones que se han hecho hoy por la zona no han dado ningún resultado. Nadie recuerda haber visto a Roger en los alrededores de la casa de Johansson el viernes por la noche.

—Eso no significa que no estuviera —observó Vanja.

—Tampoco significa lo contrario —replicó Billy.

—¿Qué tenemos contra Axel Johansson, aparte de que vive en una zona donde Roger quizá estuvo, o quizá no, la noche de su desaparición? —preguntó Sebastian.

—Lo despidieron del colegio por culpa de Roger —dijo Vanja—. Es lo más parecido a un motivo que hemos encontrado hasta ahora.

—Lleva dos días sin aparecer por su casa —intervino Billy.

Por un momento, Sebastian sintió que lo ganaba la impaciencia. Había pasado todo el día con Vanja y había oído lo mismo que ella. Conocía tan bien como ella la existencia de ese posible motivo y sabía que Axel Johansson se había ausentado de su casa.

—Además de eso, quiero decir.

Se hizo un silencio en torno a la mesa. Billy se puso a rebuscar entre sus papeles hasta encontrar lo que buscaba.

—Axel Malte Johansson, cuarenta y dos años, soltero, nacido en Örebro. Ha tenido varios domicilios dentro de Suecia. En los últimos doce años ha vivido en Umeå, Sollefteå, Gävle, Helsingborg y Västerås, sucesivamente. Se estableció aquí hace dos años y consiguió un empleo en el Palmlövska. Le han puesto varias reclamaciones por impago de deudas. No tiene antecedentes penales. Ha sido objeto de varias investigaciones por falsificación de cheques y otros documentos, pero nunca se ha podido probar nada.

Aun así, Vanja se sintió un poco más animada. Aunque no tuviera ninguna condena en firme, figuraba en el archivo. Y eso, sin duda, aumentaba el interés de Axel Johansson para la policía. Una de las reglas de oro de toda investigación criminal es que los culpables de homicidio o asesinato casi nunca están completamente libres de antecedentes policiales. Con frecuencia, los delitos de gravedad extrema no son más que la culminación de una escalada de criminalidad o violencia. El camino hacia el crimen más grave suele estar jalonado de otros delitos, y casi siempre hay algún tipo de relación entre el asesino y la víctima.

Casi siempre.

Vanja se preguntó si debía mencionar lo que había pensado antes: la posibilidad de

que Roger no conociera al asesino. Quizá la investigación sobre el carácter y las actividades del chico fuera una pérdida de tiempo. Tal vez era mejor considerar el caso desde una perspectiva del todo distinta. Pero no dijo nada. A lo largo de su carrera había participado en la investigación de catorce asesinatos. En todos ellos, el asesino y la víctima se conocían, aunque fuera de manera fugaz. Era muy improbable que Roger hubiera muerto a manos de un completo desconocido. De ser así, era casi seguro que el caso quedaría sin resolver. Eso lo sabían las cuatro personas reunidas en torno a la mesa. Las probabilidades de descubrir a un asesino desconocido para la víctima y sin ninguna relación con ella eran remotas, sobre todo en un caso como el que tenían entre manos, con una ausencia casi absoluta de pruebas científicas. Los análisis de ADN, que habían empezado a utilizarse en los años noventa, eran el principal instrumento para resolver ese tipo de casos. Pero los cadáveres que habían estado sumergidos en agua no solían conservar rastros del ADN del asesino. Tenían ante sí una tarea muy difícil.

—¿Sabemos si Axel Johansson realmente se ha escondido? ¿No estará de viaje, o de visita en casa de su anciano padre, o algo así?

La sugerencia de Sebastian, llena de sensatez, tampoco les facilitaba el trabajo.

Billy echó un vistazo rápido a sus papeles, para confirmar lo que iba a decir.

—Sus padres han muerto. Los dos.

—Muy bien, pero ¿no puede haber ido a visitar a algún pariente vivo?

—Es posible —intervino Torkel—. No sabemos dónde está.

—¿No puede entrar Ursula en su apartamento para husmear un poco?

Torkel se puso de pie y empezó a ir y venir por la sala. Sofocó un bostezo. El ambiente se había cargado con bastante rapidez. Era evidente que el sistema de ventilación no era tan nuevo como todo lo demás.

—No tenemos suficientes indicios para conseguir una orden de registro. Si hubiéramos podido demostrar la presencia de Roger en la zona, quizá. Pero tal como están las cosas, no.

Un silencio levemente resignado se apoderó de la sala, aunque Billy quebró ese estado de ánimo, como era su costumbre. Era una de sus virtudes: mirar siempre hacia delante, incluso cuando empezaban a acumularse las dudas.

—He llamado a la policía científica. Nos remitirán los mensajes disponibles del teléfono de Roger e intentarán recuperar los que haya borrado. También nos enviarán la lista de llamadas. Creo que las tendré en mi poder esta misma tarde.

Billy se interrumpió cuando sonó el móvil de Vanja. Ella miró a la pantalla, se disculpó y salió de la sala. Torkel y Billy se la quedaron mirando. No recordaban que

Vanja hubiera dado nunca prioridad a una llamada personal antes que a una reunión de trabajo. Debía de ser muy importante.

La llamada de su padre le había removido muchos sentimientos, y Vanja sintió la necesidad de salir de la comisaría para ordenar las ideas. Por lo general mantenía una separación completa entre el trabajo y su vida privada, como dos líneas paralelas que nunca se entrecruzaban. Pero, durante el último semestre, todo se había vuelto más difícil. Sus colegas no habían notado nada, porque Vanja era demasiado disciplinada, pero el esfuerzo la había desgastado.

Pensamientos.

Preocupaciones.

Y, en el centro del remolino de especulaciones, el hombre que más quería en el mundo: Valdemar, su padre. Las inquietudes que intentamos ignorar siempre vuelven. Cuanto más empeño ponemos en rechazarlas, mayor es su fuerza cuando regresan. En los últimos tiempos, las cosas habían empeorado. Vanja se despertaba cada vez más temprano y tenía dificultades para conciliar el sueño.

Giró a la izquierda y se dirigió al pequeño parque del castillo. Soplaban la brisa desde el Mälaren, y las ramas cargadas de brotes y hojas nuevas se movían y susurraban al viento. El aire olía a primavera. Vanja abandonó el sendero y siguió andando por la tierra blanda, sin saber muy bien hacia dónde.

Los resultados iniciales de la quimioterapia habían sido positivos, aunque aún sería preciso hacer más pruebas.

Volvió a ver de nuevo la escena en el hospital, ocho meses atrás, cuando habían recibido la noticia. Su madre había llorado. El médico, de pie junto a la cama de su padre, se había mostrado sereno y profesional, y le había hecho pensar a Vanja en todas las veces que ella misma había adoptado esa actitud: tranquila y centrada, ante el sufrimiento de las víctimas o sus allegados. En esa ocasión, los papeles se habían invertido y Vanja se había permitido expresar sus sentimientos. El diagnóstico era fácil de entender.

Atipias celulares en los pulmones.

Dicho de otro modo: cáncer de pulmón.

Vanja se había dejado caer en una silla, junto a su padre. Le temblaban los labios y le costaba encontrar un tono de voz equilibrado. Su padre la había mirado desde la cama, tratando de parecer tranquilo, como siempre. Era el único de la familia que aún era capaz de interpretar su papel habitual.

Vanja había vuelto al trabajo ese mismo día, ocho meses atrás, repitiéndose las

palabras del médico sobre las posibilidades que ofrecía la ciencia moderna. Quimioterapia. Radioterapia. Había grandes probabilidades de recuperación. Su padre podía vencer el cáncer. Se había sentado en su sitio, frente a Billy, y había escuchado la reseña del concierto al que había asistido su colega la noche anterior, de un grupo del que Vanja jamás había oído hablar y que seguramente la haría apagar la radio si alguna vez lo oyera. Durante un instante, Billy la había mirado y se había interrumpido, como si hubiera notado que pasaba algo. Su mirada era dulce y amable. El instante no había durado más de un segundo, porque enseguida Vanja se había sorprendido haciendo algún comentario sarcástico sobre los gustos musicales de su compañero. Estaba a punto de cumplir treinta y dos años, y no veintidós, por si no lo recordaba. Y así habían continuado charlando un rato, como siempre. En ese momento, Vanja decidió que así debían seguir las cosas entre ellos. Pero no porque no confiara en su colega. Billy no era únicamente un compañero de trabajo. También era su mejor amigo. Pero, en esos momentos, necesitaba que se comportara con ella con la mayor normalidad posible, porque de esa manera sentía que el dolor le hacía menos daño. Una parte de su vida podía terminar.

Pero otra parte seguía igual que siempre.

Como de costumbre.

Y ella necesitaba sentirlo así.

Aquel día, estuvo tomándole el pelo a Billy más incluso que de costumbre.

Había seguido el curso del riachuelo hasta el lago. El sol de la tarde arrancaba reflejos al agua. Un par de valientes embarcaciones desafiaban al viento frío. Vanja sacó el teléfono, desechó la idea de volver enseguida al trabajo y marcó en la agenda el número de la casa de sus padres. Su madre se había tomado terriblemente mal la enfermedad de Valdemar. Vanja había querido llorar, gritar y sentirse pequeña e indefensa ante la idea de que su padre podía desaparecer de su vida, pero su madre se le había adelantado. Por lo general, se sentía a gusto con esa situación. La dinámica estaba establecida: la madre era emocional, y la hija, racional y controlada, como su padre. Pero, a lo largo del último año, Vanja había sentido por primera vez la necesidad de intercambiar los papeles, aunque fuera por un segundo. De repente, había tenido la sensación de encontrarse al borde de un abismo cuya profundidad desconocía. Y la persona que siempre había estado a su lado para impedir que cayera iba a marcharse.

Para siempre.

Aunque quizá no. Quizá no se marchara.

La ciencia médica había puesto la esperanza en la ecuación. Era muy probable que

se salvara. Vanja esbozó una sonrisa y, mientras contemplaba la superficie reverberante del lago, dejó que la sensación de felicidad la invadiera.

—Hola, mamá.

—¿Te has enterado?

Estaba demasiado entusiasmada para responder con un saludo.

—Sí, me ha llamado hace un momento. Es fantástico.

—¡Sí! ¡No me lo puedo creer! ¡Ya viene para casa!

Vanja notó que su madre apenas podía contener las lágrimas. Eran lágrimas de felicidad. Las primeras en mucho tiempo.

—Dale un abrazo muy fuerte de mi parte. Y dile que iré a verlo tan pronto como pueda.

—¿Cuándo?

—Espero que este fin de semana, como muy tarde.

Decidieron cenar juntos los tres, la semana siguiente. Fue difícil poner fin a la conversación. Vanja normalmente detestaba esas despedidas interminables, pero en esa ocasión estuvo encantada. Tanto ella como su madre siguieron charlando un buen rato. La preocupación que ambas llevaban dentro se desbordaba en un río de palabras, como si las dos tuvieran la necesidad de confirmar que todo volvía a ser como antes.

Sonó un pitido en el móvil.

Un SMS.

—Te quiero mucho, Vanja.

—Yo también, mamá. Pero tengo que colgar.

—¿De verdad?

—Sí, ya sabes que sí, mamá, aunque nos veremos muy pronto.

Vanja cortó la llamada y leyó el mensaje. Era de Torkel. Su otro mundo requería su atención.

¿Dónde te has metido? Ursula está en camino.

La respuesta fue inmediata.

Ya voy.

Pensó en añadir una carita sonriente, pero no lo hizo.

Beatrice Strand había cogido el autobús para volver a casa, como siempre, pero se bajó una parada antes. Necesitaba respirar aire fresco. En el colegio era imposible. En su casa, también. La muerte de Roger lo impregnaba todo. Era como si se hubiera roto una presa y la inundación los hubiera arrastrado a todos. Su alumno, el estudiante en el que tantas esperanzas había depositado. El amigo de Johan, el chico con quien tanto había jugado su hijo. Esas cosas no pasaban.

Los amigos no se morían.

Los alumnos no aparecían muertos en el bosque.

En condiciones normales, habría tardado unos ocho minutos en ir andando desde la parada donde se había bajado hasta el sendero de grava que conducía a su casa de dos plantas con paredes amarillas. Esa vez tardó treinta y cinco. Pero Ulf no lo notó. Hacía tiempo que no se preocupaba de su hora de llegada.

La casa estaba en silencio cuando entró.

—Hola.

Nada.

—¿Johan?

—Estamos aquí arriba —fue la respuesta.

Nada más. Nadie gritó «¡ahora bajo!», ni «¿qué tal te ha ido el día?». Silencio. «Estamos aquí arriba».

Nosotros.

Ulf y Johan.

Siempre ellos dos. Cada vez menos los tres.

¿Para qué engañarse? *Nunca* los tres.

—¡Voy a preparar el té! —gritó ella, pero tampoco recibió respuesta.

Encendió la tetera eléctrica y se quedó de pie, con la vista fija en la lucecita roja de la base, perdida en sus pensamientos. Los primeros días había luchado para que la familia hablara y se mantuviera unida. Para eso estaba la familia: para apoyarse unos a otros en los momentos difíciles. Pero Johan no quiso. Se apartó de ella. En esa familia todo se hacía con el padre, incluso llorar la muerte de un amigo. A ella la dejaron

aparte. Sin embargo Beatrice no pensaba rendirse. Sacó del armario las tazas grandes con motivos frutales y las puso en la bandeja, junto con la miel y el azúcar. Por la ventana se veía la calle del tranquilo barrio residencial. Pronto disfrutaría de los tonos rosa pálido que tanto le gustaban. El cerezo estaba empezando a llenarse de brotes. Florecería pronto ese año. Ellos habían plantado el árbol, hacía mucho tiempo, un tiempo que parecía una eternidad. Johan, que entonces tenía cinco años, se había empeñado en cavar con sus propias manitas, y ellos, riendo, lo habían dejado.

«Una familia de verdad debe tener árboles frutales», recordaba haber dicho entonces.

Una familia de verdad. La tetera se apagó y Beatrice echó el agua caliente en las tazas. Tres bolsitas de té. Después, subió la escalera. Para ir al encuentro de lo que quedaba de su «familia de verdad».

Johan estaba sentado delante del ordenador, enfrascado en un juego violento que consistía en matar a tiros a cuantos más enemigos mejor. *First-person shooter*, le habían dicho que se llamaban ese tipo de juegos. Ulf miraba, sentado cómodamente en una esquina de la cama. Al menos levantó la vista cuando Beatrice abrió la puerta y entró.

Al menos hizo algo.

—¿Tenéis hambre?

—No. Hemos comido hace un rato.

Beatrice dejó la bandeja sobre el armario donde se alineaban los mangas de Johan.

—¿Ha venido la policía?

—Sí.

Silencio otra vez. Beatrice dio los pocos pasos que la separaban de su hijo y le apoyó una mano sobre el hombro. Sintió el calor de la piel a través de la camiseta. Por un segundo, tuvo la esperanza de que su hijo le permitiera dejar allí la mano un momento.

—Mamá...

El movimiento del hombro se lo expresó con claridad: «¡Quita!».

Beatrice retiró la mano a su pesar, pero no pensaba darse por vencida. Todavía no. Se sentó en la cama, a cierta distancia de Ulf.

—Tenemos que hablar. No es bueno encerrarse en uno mismo —empezó.

—Ya hablo con papá —dijo Johan desde la mesa del ordenador, sin volverse.

—Pero yo también necesito hablar —dijo ella, con la voz ligeramente quebrada.

No sólo necesitaba hablar. También le hacía falta su familia. Y, por encima de todo, su hijo. Había esperado que Johan volviera con ella tras el regreso de Ulf.

Borrar y empezar de nuevo.

Olvidar, perdonar y seguir adelante.

Había confiado en que todo volviera a la normalidad. Como antes, cuando Johan le contaba todas sus preocupaciones. Igual que cuando compartían las dificultades y las alegrías de la vida en largas conversaciones, y ella podía ser lo que necesitaba ser: madre, mujer y parte integrante de un todo. Pero de pronto parecía que aquellos momentos estaban tan lejos como aquel otro día, hacía una eternidad, cuando una familia había plantado con orgullo un cerezo. Ulf se volvió hacia ella.

—Ya hablaremos después. Con la policía ha ido todo bien. Johan les ha contado lo que sabía.

—Me alegro.

—Mira, Johan y yo pensamos irnos. De acampada a algún sitio. Para alejarnos un poco de todo esto.

Para alejarse de ella. Fue lo primero que pensó Beatrice, pero se limitó a asentir.

—Os vendrá muy bien.

Silencio otra vez. ¿Qué más podía decir?

En el juego de Johan seguían sonando los disparos.

Ursula entró en la sala. Estaba sonriendo.

—Por favor, dime que traes buenas noticias —le suplicó Torkel.

—Tengo el informe de la autopsia. Está lleno de sorpresas, como un jodido huevo Kinder.

Vanja, Sebastian y Torkel se echaron inconscientemente hacia delante. Ursula abrió la carpeta que llevaba y empezó a pegar en la pared una serie de fotografías. Eran imágenes del torso y los brazos de Roger tomadas desde todos los ángulos posibles y a diferentes distancias.

—Veintidós puñaladas en la espalda, el tórax, los brazos y las piernas. Las que han podido contar. También están las lesiones causadas al extraer el corazón.

Ursula señaló una de las fotos, donde se apreciaba una abertura profunda y asimétrica en la espalda, entre los omóplatos.

Sebastian desvió un poco la mirada. Siempre lo habían afectado las heridas de arma blanca. Había algo grotesco en la combinación entre la piel lisa y pálida, y el profundo desgarrón que dejaba al descubierto lo que la piel supuestamente debería ocultar.

—No se observan heridas de defensa en las palmas de las manos ni en los antebrazos —prosiguió Ursula—. ¿Sabéis por qué? —No esperó a que le respondieran

—. Porque todas las heridas cortantes e incisivas se hicieron *después* de la muerte de la víctima.

Torkel levantó la vista de su bloc de notas y se quitó las gafas.

—¿Qué quieres decir?

—Que el chico ya estaba muerto cuando lo apuñalaron.

Ursula los miró a todos con expresión grave, como para subrayar la importancia del hallazgo.

—Entonces ¿de qué murió?

Ursula señaló una vez más el primer plano de la herida abierta en la espalda de Roger, que alcanzaba unos ocho centímetros en su parte más ancha. Aquí y allá se entreveían fragmentos de costillas rotas. Había hecho falta una fuerza considerable para ocasionar esas lesiones. Fuerza y determinación.

—Falta la mayor parte del corazón, pero no ha habido ningún ritual ni ningún sacrificio extraño. Le extrajeron una bala. Eso es todo.

Ursula colocó otra fotografía sobre la pizarra. Ninguno de los que estaban en torno a la mesa vio nada digno de mención.

—Le dispararon por la espalda. La bala ha desaparecido, pero encontramos su rastro en una de las costillas.

Ursula señaló la imagen enormemente ampliada de la herida de Roger que acababa de pegar en la pared. En una de las costillas se adivinaba una pequeña marca de bala, en forma de media luna.

—Estamos hablando de un arma de calibre bastante reducido. Por la marca que ha dejado la bala, parece una veintidós.

La información los puso en movimiento. Enseguida empezaron a analizar cuál de las armas que conocían podía ser del calibre apropiado. Torkel se puso a hacer una lista a partir de la base de datos. Como Sebastian no podía aportar nada a la indagación, se levantó, se acercó a la pared y se obligó a mirar de cerca las imágenes. A su espalda, se animaba cada vez más el debate mientras la impresora zumbaba y escupía la lista de Torkel.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Torkel a su antiguo compañero.

Sebastian seguía mirando la fotografía de la herida abierta en la espalda del muchacho.

—No creo que la muerte de Roger Eriksson haya sido intencionada.

—Cuando te disparan y te asestan veintidós puñaladas, hay que contar con la posibilidad de que el crimen sea intencionado —replicó Vanja con sarcasmo.

—De acuerdo, me he expresado mal. No creo que su muerte estuviera planificada.

—¿Por qué lo dices?

—Extraer esa bala no debió de ser fácil. Fue una tarea sucia y sangrienta, que llevó mucho tiempo y supuso un elevado riesgo de ser descubierto. Pero el asesino tenía que extraerla, porque de lo contrario lo habrían identificado.

Vanja comprendió enseguida lo que Sebastian quería decir. Durante un breve instante, se maldijo por no haber sido la primera en pensarlo. Tendría que haberlo visto ella. Completó el razonamiento, para impedir que Sebastian llegara solo a la conclusión.

—Y si hubiera planeado el asesinato, habría empleado otra arma. Una que no lo delatará.

Sebastian asintió, dándole la razón. Vanja había atado cabos con asombrosa rapidez.

—Entonces ¿qué pasó? —intervino Torkel—. Veamos. Roger iba andando por una zona céntrica de Västerås, cuando se encontró con alguien que portaba un arma del calibre veintidós. Pasó de largo y la otra persona le disparó por la espalda. De pronto, el atacante cayó en la cuenta de que la bala podía delatarlo y tomó la decisión de extraerla, meter el cadáver en un coche y tirarlo en un pantano de Listakärr. —Torkel miró a los demás, que habían seguido su exposición en silencio—. ¿Os parece verosímil?

—No sabemos qué pasó. —Sebastian le lanzó a su jefe una mirada cansada y un poco irritada. Sólo le había ofrecido una pequeña pieza del rompecabezas; no pretendía haber completado el puzle—. Ni siquiera sabemos dónde murió. Yo me he limitado a decir que probablemente la muerte no fue premeditada.

—De acuerdo, existe la posibilidad de que haya sido un homicidio y no un asesinato, pero todo eso nos importa una mierda, porque seguimos sin tener ni puta idea de quién mató al muchacho.

Se hizo un silencio en la sala. Sebastian sabía por experiencia que no era buena idea replicar a Torkel cuando se enfadaba. Era evidente que los otros también lo sabían. Torkel miró a Ursula.

—Esa marca en la costilla... ¿Podríamos relacionarla con una bala si encontráramos el arma?

—No. Lo siento.

Torkel se dejó caer otra vez en la silla y levantó los brazos.

—Entonces lo único que tenemos es otro motivo para matar al chico. Y nada más.

—No, no es lo único. —Sebastian señaló otra de las fotografías pegadas en la pared—. Tenemos el reloj.

—¿Qué pasa con el reloj?

—Es caro.

Siguió apuntando con el índice las brillantes imágenes que mostraban la ropa de Roger.

—Vaqueros Acne, cazadora Quiksilver, zapatillas Nike... Toda la ropa es de marca.

—Era un adolescente.

—Sí, pero ¿de dónde sacaba el dinero? Su madre no parece nadar en la abundancia. Y él era el pequeño experimento caritativo del Palmlövsvka.

Lena Eriksson se sentó en un sillón en el cuarto de estar y dejó caer la ceniza del cigarrillo en un cenicero, sobre uno de los apoyabrazos. Había abierto un paquete nuevo por la mañana y otro más alrededor de una hora antes. El cigarrillo que estaba fumando era el tercero del segundo paquete y, por lo tanto, el vigesimotercero de la jornada. Demasiados. Sobre todo teniendo en cuenta que casi no había comido en todo el día. Sintió un ligero mareo cuando se aclaró la garganta y miró a los policías sentados en el sofá, al otro lado de la mesa baja rectangular. Eran nuevos los dos. O los tres, si contaba a la mujer que estaba registrando la habitación de Roger. No había acudido la agente que Lena había conocido en la morgue, ni tampoco ninguno de los policías que la habían visitado o habían hablado con ella. Los que tenía delante iban de paisano y decían que trabajaban en algo llamado Unidad de Homicidios. Le habían preguntado de dónde sacaba Roger su dinero.

—Tenía una beca de estudios.

Se llevó otra vez el cigarrillo a la boca. El movimiento le resultaba familiar, cotidiano, casi reflejo. ¿Qué había hecho en todo el día, aparte de fumar sentada en el sofá? Nada. No conseguía reunir fuerzas para nada. Por la mañana se había despertado después de unas pocas horas de sueño y había pensado en salir a dar un paseo, tomar el aire un rato, comprar algo de comida y quizá arreglar un poco la casa. Dar un primer paso, por pequeño que fuera, hacia la recuperación de algún tipo de cotidianidad. Sin Roger.

De todos modos, tenía que ir a comprar el periódico. Al final, el *Aftonbladet* le había ofrecido más dinero que los demás: cinco mil coronas por hablar unas dos horas con una chica. Durante la primera media hora, la había acompañado también un fotógrafo, pero después se había ido. A Lena se le había olvidado el nombre de la periodista. La chica había puesto una grabadora sobre la mesa y le había hecho preguntas acerca de Roger: cómo era, cómo había sido su infancia, qué le gustaba

hacer, si lo echaba de menos... Para su asombro, Lena no había llorado durante la entrevista. Antes de empezar, había pensado que no iba a ser capaz de contener las lágrimas, porque era la primera vez que, desde la desaparición de Roger, hablaba de su hijo con alguien que no fuera de la policía. Era la primera vez que hablaba de verdad con alguien. Maarit, su compañera del trabajo, la había llamado por teléfono y le había dado el pésame con bastante torpeza, pero había colgado en cuanto había podido. El jefe también la había llamado, pero sólo para decirle que comprendía que no se presentara a trabajar como estaba previsto y que intentaría solucionarlo, repartiendo sus turnos entre el resto del personal, y también que no olvidara avisarle de su regreso con unos días de antelación. Los policías que habían visitado su casa le habían preguntado solamente por la desaparición de Roger: si se había escapado en otras ocasiones, si tenía alguna preocupación, si alguien lo amenazaba... No se habían interesado por él como persona, ni como hijo.

No le habían preguntado cómo era.

Ni cuánto había significado para ella.

La periodista sí se lo había preguntado. Se había sentado a mirar con ella el álbum de fotos y la había dejado relatar las cosas a su manera, limitándose a hacer unas pocas preguntas o pidiendo alguna aclaración de vez en cuando. Cuando Lena había terminado de contar todo lo que quiso acerca de su hijo, la periodista había empezado a hacerle preguntas más directas. ¿Era Roger el tipo de persona que ayudaba a los otros chicos? ¿Participaba en algún grupo de voluntariado? ¿Era el entrenador de algún equipo de deporte infantil? ¿Era mentor de algún niño pequeño? ¿Ninguna otra cosa similar? Lena había respondido sinceramente que no a todas las preguntas. Los únicos amigos de su hijo que habían estado en su casa eran Johan Strand y un chico del colegio nuevo. Una sola vez. Un tal Erik. Lena creyó ver cierta decepción en la cara de la periodista. La chica prosiguió. ¿Podía contarle algo más sobre el acoso escolar? ¿Qué había sentido al enterarse de que el antiguo atormentador de su hijo estaba detenido como sospechoso de asesinato? Aunque se trataba de una noticia antigua, la periodista —que se llamaba Katarina— había creído posible sacarle aún un poco de jugo. Combinada con una fotografía de la cama de Roger con sus dos animalitos de peluche podía funcionar. Entonces Lena había hablado del acoso, de la violencia, del cambio de colegio y, sobre todo, de su absoluta certeza de que Leo Lundin había matado a su hijo. Y había añadido que ella jamás lo perdonaría. Katarina había apagado la grabadora y, después de pedirle unas fotos del álbum familiar, le había pagado y se había marchado. Eso había sido el día anterior. Lena se había metido el dinero en el bolsillo. Era mucho dinero. Pensó en ir a comer algo, porque en

algún momento tendría que salir de la casa. También tendría que comer. Pero se quedó donde estaba, en el sofá, con sus cigarrillos. Con el dinero en el bolsillo. Lo sentía contra la pierna cada vez que cambiaba de posición. Y en cada ocasión volvía a oír la vocecita:

«Sea como sea, no lo mató este dinero».

Al final, se había levantado y había guardado el fajo de billetes en un cajón. No había salido ni había comido. Se había quedado sentada en el sillón, fumando. Y lo mismo al día siguiente. Ahora tenía dos policías nuevos delante, que querían hablar de dinero.

—Teníamos suficiente con la asignación familiar y la beca de estudios, hasta que se cambió a ese colegio de niños ricos. Ahí tenía que ir todos los días con ropa nueva.

Vanja se sorprendió. Suponía que Lena tendría sólo buenas palabras para el Instituto de Bachillerato Palmlövskå, que había librado a su hijo de los acosadores y le había ofrecido una plaza en un colegio que, a todas luces —independientemente de la opinión que le mereciera a Vanja su dirección—, era bueno y prestigioso.

—¿Usted no estaba conforme con el cambio de colegio?

Lena la miró a los ojos y después desvió la mirada hacia el ventanal.

Delante de la ventana había una lámpara azul de pantalla cónica y dos tastos con difembaquias medio secas. ¿Cuánto hacía que no las regaba? Mucho tiempo. Los espatifilos habían resistido un poco más, pero también se estaban marchitando. A la luz cada vez más débil del sol que se colaba por la ventana, Lena se dio cuenta de que la casa estaba llena de humo.

—Esa mujer lo apartó de mí —dijo de pronto mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero.

Se levantó del sillón y fue hacia la puerta del balcón.

—¿Quién lo apartó de usted?

—Beatrice. Y ese colegio para niños adinerados.

—¿De qué manera lo apartaron de usted?

Lena no respondió de inmediato. Cerró los ojos y respiró un momento el aire oxigenado. Sebastian y Vanja sintieron en los pies una bienvenida ráfaga de aire puro y frío procedente de la puerta abierta del balcón. En el silencio, se oía cómo Ursula registraba el cuarto del chico. Había insistido en acompañarlos, en parte para no quedarse sola con un Torkel irritado, con el que además seguía enfadada, y en parte porque la habitación de la víctima sólo la había registrado la policía local. ¡Por Dios! ¡La misma gente que había tardado dos días en prestar atención a la denuncia de la desaparición del chico! Si quería estar segura de que el registro se hiciera bien, tenía

que encargarse ella. Y era lo que estaba haciendo.

Lena la oyó abrir las puertas del armario, sacar cajones y descolgar los cuadros y carteles de las paredes, mientras ella seguía de pie, mirando con ojos vacíos un árbol junto al aparcamiento, lo único verde que se veía por la ventana. El resto del campo visual estaba ocupado por la fachada gris del edificio vecino.

¿De qué manera la habían separado de Roger? ¿Podría explicarlo?

—Sólo pensaba en ir a las Maldivas en Navidad, a los Alpes en febrero y al Mediterráneo en verano. No quería estar en casa. El apartamento no le parecía suficiente. Nada de lo que hacíamos ni de lo que teníamos le parecía suficiente. Yo no podía hacer nada.

—Pero Roger estaba más a gusto en el Palmlövsvka, ¿no?

Sí, claro que se sentía mejor. Ya no lo acosaban ni le pegaban. Pero en sus momentos más sombríos, Lena había llegado a pensar que casi habría sido preferible que le pegaran. Por lo menos antes estaba en casa. Cuando no tenía entrenamiento ni se iba con Johan, se quedaba en casa, con ella. Necesitaba a su madre tanto como ella lo necesitaba a él. Ahora Lena ya no era necesaria para nadie.

Lo del último año no había sido soledad.

Había sido abandono.

Y eso era mucho peor.

Tomó conciencia del silencio a su alrededor. Los policías esperaban una respuesta.

—Sí, supongo que sí. —Hizo un gesto afirmativo—. Supongo que estaba más a gusto.

—¿Usted trabaja? —le preguntó Vanja, cuando comprendió que no iba a recibir ninguna respuesta más detallada sobre el nuevo colegio de Roger.

—Media jornada. En el Lidl. ¿Por qué?

—He pensado que quizá le robaba dinero sin que usted lo notara.

—Es posible que me hubiera robado si yo hubiese tenido dinero.

—¿Alguna vez comentó algo al respecto? ¿Dijo en algún momento si era importante para él conseguir dinero? ¿Parecía desesperado? ¿Pudo haber pedido un préstamo?

Lena entornó la puerta del balcón y volvió al sillón. Se resistió al impulso de encender otro cigarrillo. Estaba muy cansada. La cabeza le daba vueltas. ¿Por qué no la dejaban en paz?

—No lo sé. ¿Por qué es tan importante saber de dónde sacaba el dinero?

—Si lo pidió prestado o se lo robó a una persona poco recomendable, podría ser el móvil del crimen.

Lena se encogió de hombros. No sabía de dónde sacaba Roger el dinero. ¿Acaso debería saberlo?

—¿Le mencionó alguna vez a Axel Johansson?

Vanja intentaba explorar otra posibilidad. La madre del chico no parecía precisamente dispuesta a cooperar. Había que sacarle cada palabra con fórceps.

—No, ¿quién es?

—El bedel del Palmlövskå. Hasta que lo despidieron.

Lena negó con la cabeza.

—Cuando vino la policía, usted dijo que... —Vanja pasó unas páginas de su libreta y leyó en voz alta— Roger no se sentía amenazado ni había tenido conflictos con nadie. ¿Lo sigue sosteniendo?

Lena asintió.

—Si se hubiera sentido amenazado o se hubiera peleado con alguien, ¿usted se habría enterado?

Ahora la estaba interrogando el hombre. Hasta ese momento se había quedado callado. Se había presentado al llegar y desde entonces no había dicho ni una palabra. No, ni siquiera se había presentado. La mujer había hablado por los dos mientras le enseñaba la placa. El hombre no le había enseñado la suya. Lena creía recordar que se llamaba Sebastian. «Sebastian y Vanja», había dicho ella. Mirando los ojos azules y serenos de Sebastian, Lena fue consciente de que ya sabía la respuesta. Había percibido con claridad la situación.

El hombre sabía que el problema no se reducía al apartamento de alquiler en un barrio pobre, ni a la necesidad de que el aparato de vídeo fuera Blu-ray, o de cambiar de coche cada medio año. Sabía que ella no había dado la talla para su hijo. Ella, con su aspecto descuidado, sus kilos de más y su trabajo mal pagado. Sebastian había adivinado que Roger se avergonzaba de ella, que no quería que formara parte de su vida, que la había apartado totalmente de su lado. Lo que no sabía era que ella había encontrado una salida, una manera de recuperar a su hijo. Una manera de volver a estar juntos.

«Pero después murió —dijo la vocecita—. Y ya no hubo salida, ni hubo nada».

Con un leve temblor en las manos, Lena abrió el paquete de cigarrillos y encendió el vigesimocuarto del día, antes de responder lo que Sebastian ya sabía que diría.

—Creo que no.

Lena guardó silencio y negó con la cabeza, como si acabara de caer en la cuenta de la pésima relación que había tenido con su hijo. Se quedó un momento con la mirada perdida en la distancia.

La conversación se interrumpió cuando Ursula salió de la habitación de Roger, con dos maletas y la cámara colgada del cuello.

—Ya está. Nos vemos después en la comisaría. —Se volvió hacia Lena—. Una vez más, le ruego que acepte mis condolencias.

Lena asintió con gesto ausente. Ursula le lanzó a Vanja una mirada cargada de intención y se marchó sin despedirse de Sebastian. Vanja esperó a oír el ruido de la puerta del apartamento al cerrarse.

—Nos gustaría contactar con el padre de Roger. ¿Cómo podemos hablar con él?

Otra vez era Vanja la que hablaba. Un nuevo intento, una nueva pista. Y la esperanza de sacarle a la madre más de tres palabras seguidas sobre algún tema.

—No hay ningún padre.

—¡Vaya! La última vez que pasó eso fue hace dos mil años.

Lena miró a Vanja a través del humo.

—¿Me está juzgando? Estaría muy a gusto en el colegio nuevo de Roger.

—Nadie está juzgando a nadie, pero tiene que haber un padre en algún sitio —intervino Sebastian.

¿Serían imaginaciones de Vanja o había un tono diferente en su voz?

Un tono de interés.

O quizá de implicación.

Lena depositó la ceniza del cigarrillo en el cenicero y se encogió de hombros.

—No sé dónde estará. No estábamos juntos. Fue una historia pasajera, de una sola noche. Nunca supo nada de Roger.

Sebastian se inclinó hacia delante. Era evidente que su interés iba en aumento. Miró a Lena a los ojos.

—¿Cómo resolvió el problema? Porque supongo que Roger le habrá preguntado alguna vez por su padre, ¿no?

—Cuando era pequeño.

—¿Qué le dijo?

—Que había muerto.

Sebastian asintió pensativo. ¿También Anna Eriksson le habría dicho eso a su hijo o hija? ¿Que su padre había muerto? Y, en ese caso, ¿qué pasaría si el padre aparecía de repente, después de treinta años? Desconfianza, por supuesto. Tendría que demostrar de alguna manera que era verdad, probar que en realidad era quien decía ser. Seguramente su hijo o hija se enfadaría o sentiría una gran decepción con su madre, porque le había mentado, porque le había escamoteado a su padre. La repentina aparición de Sebastian podía hacer saltar por los aires su relación con ella.

Era posible que los daños superaran a los beneficios. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era mejor seguir adelante con su vida, como si nunca hubiera encontrado aquella carta, como si no se hubiera enterado de nada.

—¿Por qué le dijo que había muerto? Si Roger hubiera sabido la verdad, habría podido buscarlo.

—Lo pensé. Pero me pareció mejor asegurarle que había muerto en lugar de decirle que no había querido tenerlo. Por su autoestima, ¿me entiende?

—¡Pero usted no lo sabe! ¡No sabe si quería tenerlo o no! ¡No le dio la oportunidad de opinar!

Vanja miraba a Sebastian con el rabillo del ojo. Su implicación era cada vez mayor y hablaba con más fuerza y firmeza. Había desplazado el cuerpo hasta el borde del sofá y parecía a punto de levantarse en cualquier momento.

—¿Y si hubiera querido ser padre? ¿Y si, de haberlo sabido, le hubiera dicho que sí?

Lena parecía relativamente impasible ante el impetuoso estallido de Sebastian. Apagó el cigarrillo en el cenicero mientras expulsaba la última bocanada de humo.

—Estaba casado. Ya tenía hijos.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El padre de Roger?

—Sí.

—Jerry.

—Si Jerry se hubiera presentado en estos últimos tiempos, con Roger ya mayor, ¿cómo cree que habría reaccionado su hijo?

Vanja se inclinó hacia delante. ¿Qué se proponía Sebastian? Lo que estaba haciendo no conducía a ninguna parte.

—¿Cómo iba a presentarse si ni siquiera sabía que tenía un hijo?

—Si lo hubiera sabido...

Vanja le apoyó a Sebastian una mano sobre el brazo, para que le prestara atención.

—Estás planteando una hipótesis que no tiene nada que ver con el caso.

Sebastian se interrumpió. Sentía a un costado la severa mirada de Vanja.

—Es verdad... Yo... —Por primera vez en muchísimo tiempo, Sebastian no supo qué decir, de modo que se limitó a repetir—: Es verdad.

Se hizo un silencio y los dos se pusieron de pie, dando por terminada la conversación. Sebastian fue hacia el vestíbulo y Vanja lo siguió. Lena no hizo ningún ademán de levantarse, ni de acompañarlos hasta la puerta. Cuando ya casi estaban en el vestíbulo, los detuvo.

—El reloj de Roger...

Sebastian y Vanja se volvieron a la vez para mirarla. Vanja no podía evitar la sensación de que había algo raro en aquella mujer hundida en el sillón desvencijado, algo que se veía incapaz de describir con palabras.

—¿Qué pasa con el reloj?

—La periodista con la que hablé me dijo que Leo Lundin le robó a Roger un reloj antes de matarlo. Un reloj bastante caro. Ahora es mío, ¿no?

Vanja retrocedió unos pasos para volver al cuarto de estar, un poco sorprendida de que Lena no lo supiera. Torkel solía ser bastante escrupuloso en sus comunicaciones con los familiares.

—A esta altura de la investigación, todo indica que Leonard Lundin no tuvo nada que ver con la muerte de su hijo.

Lena recibió la información con tan poca emoción como si Vanja le hubiera contado lo que había comido para almorzar.

—Bueno, pero el reloj es mío, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—Quiero que me lo den.

Sebastian y Vanja iban en el coche de regreso a la comisaría, para terminar la jornada de trabajo. Ella conducía deprisa. Demasiado. Tenía un nudo de irritación en el estómago. Lena había conseguido indignarla. Casi nunca permitía que nadie la sacara de sus casillas. Era uno de sus puntos fuertes: la capacidad de mantener la calma y la distancia. Pero Lena había conseguido irritarla. Sebastian tenía el móvil apoyado en el oído y Vanja escuchaba su parte de la conversación. Estaba hablando con Lisa. Tras una última pregunta sobre la situación en la casa de la chica y una respuesta aparentemente breve, Sebastian puso fin a la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Lisa le pagaba a Roger para que fingiera ser su novio.

—Ya lo he entendido por lo que he podido oír de la conversación.

—No era una gran suma. No era suficiente para cubrir sus gastos, pero es posible que tengamos ahí algo interesante. El chico era muy emprendedor.

—O muy codicioso. Por lo visto, le venía de familia. A esa mujer le han matado al hijo y no piensa más que en su beneficio.

—Aprovechar los aspectos positivos de las situaciones penosas es una manera de manejar el dolor.

—Una manera enfermiza.

—Quizá la única que tiene esa mujer.

Típica respuesta de psicólogo. Los psicólogos siempre lo entienden todo. Para ellos, todas las reacciones son naturales. Todo tiene explicación. Pero Vanja no pensaba dejar que Sebastian se saliera tan fácilmente con la suya. Estaba indignada y no tenía ningún problema en descargar sobre él toda su irritación.

—Sí, claro. Tenía los ojos enrojecidos, pero era por el humo. Apuesto a que no ha llorado ni una sola vez. He visto a gente en estado de *shock*, pero no es su caso. Ella sencillamente no siente nada.

—Tengo la impresión de que ha perdido el contacto con los sentimientos que nos parecerían normales en sus circunstancias: dolor, desesperación, quizá incluso empatía...

—¿Y por qué crees que ha perdido el contacto?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? No he estado más de tres cuartos de hora con ella. Puede que se haya limitado a apagar el interruptor de los sentimientos.

—Nadie puede «apagar el interruptor» de los sentimientos.

—¿No?

—No.

—¿No has oído hablar de personas que han sufrido por culpa de alguien y deciden no tener nunca más una relación estable?

—Eso es distinto. Esa mujer ha perdido a su hijo. ¿Por qué iba a decidir de forma deliberada suprimir cualquier reacción ante su muerte?

—Para seguir viviendo.

Vanja guardó silencio mientras continuaba conduciendo. Había algo.

En Sebastian.

Algo que no había notado antes.

Primero se había agarrado como un perro de presa al asunto del padre de Roger, un tema que al cabo de dos preguntas se había revelado carente de todo interés para la investigación, y ahora Vanja creía distinguir un tono diferente en su voz. Más matizado, sin tanto afán de contradicción, ni tanta necesidad de parecer más rápido, ingenioso y sarcástico que nadie. Había algo más. Pena, quizá.

—No, no compro tu argumento. Es enfermizo no llorar la muerte de un hijo.

—Ella la llora a su manera.

—Y una mierda.

—¿Qué sabrás tú? —Vanja se sobresaltó por la repentina severidad en la voz de Sebastian—. ¿Qué sabrás tú de llorar a nadie? ¿Acaso has perdido a alguien que lo fuera todo para ti?

—No.

—Entonces ¿cómo sabes cuál es la reacción normal?

—No lo sé, pero...

—Exactamente. No lo sabes —la interrumpió Sebastian—. Y como no tienes ni puta idea de lo que estás diciendo, mejor será que te calles.

Vanja lo miró de soslayo, desconcertada por su salida de tono, pero Sebastian siguió mirando fijamente al frente. Vanja continuó conduciendo en silencio. «Sabemos muy poco el uno del otro —pensó—. Tú escondes algo. Yo sé lo que se siente. Más de lo que crees».

El área de oficinas de la comisaría estaba más o menos a oscuras. Aquí y allá, la pantalla de un ordenador o una lámpara que había quedado encendida iluminaban un pequeño sector del espacio diáfano, pero en general el ambiente estaba oscuro, vacío y silencioso. Torkel se levantó del escritorio y se dirigió lentamente hacia el comedor iluminado. Ya había imaginado que la comisaría de Västerås no bulliría de actividad las veinticuatro horas del día, pero le había sorprendido observar que después de las cinco de la tarde la mayor parte de sus dependencias estaban desiertas del todo.

Llegó al comedor, de aspecto relativamente impersonal: tres mesas redondas con ocho sillas cada una, una nevera, un congelador, tres hornos de microondas, una máquina de café sobre la encimera, un fregadero y un lavavajillas, a lo largo de una de las paredes. En medio de cada mesa, un tiesto con una planta de plástico sobre un tapete morado. Suelo de linóleo rayado, fácil de limpiar. Sin cortinas en ninguna de las tres ventanas. Un teléfono solitario sobre el alféizar de la ventana. Sebastian estaba sentado a la mesa más alejada de la puerta y tenía delante un café en vaso desechable. Estaba leyendo el *Aftonbladet*. Torkel también lo había hojeado. Lena Eriksson acaparaba cuatro páginas completas.

Bien escritas.

Reveladoras.

Según el artículo, Lena todavía creía que Leonard Lundin había matado a su hijo. Torkel se preguntaba cómo se habría tomado Lena la noticia de que ese mismo día habían puesto en libertad al muchacho. La había llamado varias veces para decírselo, pero no había contestado al teléfono. Era posible que aún no lo supiera.

Sebastian no levantó la vista del periódico, aunque seguramente había oído a Torkel acercarse. Sólo cuando este separó una silla de la mesa y se sentó, le lanzó una mirada fugaz, antes de enfrascarse otra vez en la lectura. Torkel apoyó las manos sobre la mesa con los dedos entrecruzados y se echó hacia delante.

—¿Cómo ha ido el día?

Sebastian pasó una hoja del periódico.

—¿En qué sentido?

—En todos. Con el trabajo. Has estado mucho tiempo fuera con Vanja, ¿no?

—Sí.

Torkel suspiró. Era evidente que no iba a serle fácil conseguir nada así como así.

Incluso era probable que no consiguiera nada en absoluto.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien.

Sebastian pasó otra página y llegó a la sección de color rosa, la de Deportes. Torkel conocía bien la absoluta indiferencia de Sebastian por toda actividad deportiva, ya se tratara de practicarla, de seguirla como espectador o de leer las noticias relacionadas. Sin embargo, parecía enormemente interesado. «Una señal como cualquier otra», pensó Torkel. Se echó hacia atrás, se quedó mirando a Sebastian en silencio unos segundos y, al final, se levantó, fue hacia la máquina de café y apretó el botón del capuchino.

—¿Te apetece venir a cenar conmigo?

Sebastian endureció un poco el gesto. Justo lo que se había estado temiendo. No había sido «a ver si quedamos una noche», ni «a ver cuándo nos tomamos una cerveza», sino una invitación a cenar.

El mismo perro con otro collar.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Porque tengo otros planes.

Mentira. Lo mismo que su interés por la sección deportiva. Torkel lo sabía, pero prefirió no insistir, porque estaba convencido de que sólo conseguiría más mentiras y ya tenía suficiente por una noche. Cogió el vaso de café, pero en lugar de marcharse, como Sebastian pensaba que haría, volvió a la mesa y se sentó. Sebastian lo miró un momento antes de concentrarse una vez más en la lectura del diario.

—Háblame de tu mujer.

Eso no se lo esperaba. Sebastian miró con auténtica sorpresa a Torkel, que se llevó a los labios el vaso de plástico casi desbordante de café, con un gesto tan distendido como si acabara de preguntarle la hora.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Torkel volvió a apoyar el vaso sobre la mesa y se secó las comisuras de los labios

con el pulgar y el índice de la mano derecha, antes de intercambiar una mirada con Sebastian. No pensaba desistir. Sebastian consideró rápidamente las alternativas.

Levantarse e irse.

Volver a fingir un interés absorbente por la lectura.

Decirle a Torkel que se fuera a la mierda.

O bien...

Hablar de Lily.

Su primer impulso fue escoger entre las tres primeras posibilidades, pero pensándolo bien, ¿qué mal podía hacer que Torkel tuviera un poco de información? Era probable que se lo hubiera preguntado por simple amabilidad y no por curiosidad malsana. Una mano tendida. Un intento de recuperar una amistad que quizá no estaba del todo muerta, pero sí profundamente dormida. Su tenacidad era admirable. Quizá había llegado el momento de darle algo a cambio. ¿Cuánto? Ya lo decidiría más adelante. Mejor eso que esperar a que Torkel hiciera una búsqueda en internet y encontrara más de lo que Sebastian quería contarle.

Cerró el periódico.

—Se llamaba Lily. Era alemana. Nos conocimos cuando fui a trabajar a Alemania. Nos casamos en 1998. Lo siento, pero no soy el tipo de persona que lleva fotos en la cartera.

—¿A qué se dedicaba?

—Era socióloga. En la Universidad de Colonia. Vivíamos allí, en Colonia.

—¿Mayor que tú? ¿Más joven? ¿De la misma edad?

—Cinco años más joven.

Torkel asintió. Tres preguntas breves y, hasta ese momento, tres respuestas en apariencia veraces. A partir de ahí, las cosas podían ponerse más delicadas.

—¿Cuándo murió?

Sebastian se puso rígido. Muy bien, ya había tenido suficiente. El interrogatorio quedaba oficialmente finalizado. Había límites que no se podían sobrepasar.

—Hace unos cuantos años. Pero no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque es un asunto privado y tú no eres mi terapeuta.

Torkel asintió. Era cierto. Sin embargo, en otra época hablaban casi de todo. Quizá fuera un poco exagerado decir que Torkel echaba de menos aquellos tiempos. Se había acordado muy poco de Sebastian a lo largo de los últimos años, pero ahora que había regresado y lo veía trabajar, se daba cuenta de que su trabajo y tal vez incluso su propia vida se habían vuelto un poco más aburridos desde que su compañero se había

marchado. Suponía que existían otras causas, aparte de la ausencia de Sebastian, pero Torkel no podía evitar la sensación de que realmente había echado de menos a su antiguo colega, a su viejo amigo, mucho más de lo que había creído en un principio. Desde luego, no tenía la menor esperanza de que el sentimiento fuera mutuo, pero en todo caso podía intentar un acercamiento.

—Éramos amigos. ¿Recuerdas cuando te contaba todos mis problemas con Monica y con los niños, cuando te hablaba de todos mis líos? —Torkel miró a su compañero directamente a los ojos—. Estoy aquí para escuchar.

—¿Para escuchar qué?

—Lo que tú quieras. Lo que tengas para contar.

—No tengo nada.

Torkel asintió. Tampoco había creído que fuera a ser fácil. Después de todo, estaba hablando con Sebastian Bergman.

—¿Por eso me has invitado a cenar? ¿Para que me confiese?

Torkel se llevó una vez más el vaso de café a los labios, para ganar un poco de tiempo antes de contestar.

—Tengo la impresión de que no estás del todo bien. —Sebastian no respondió. Iba a tener que decir algo más—. Antes le he preguntado a Vanja cómo había ido el día. Aparte de que le caes como una patada en el hígado, me ha dicho que le parecías... No sé... Tiene la sensación de que te preocupa algo.

—Vanja debería concentrarse en su trabajo. —Sebastian se levantó, dejó el periódico sobre la mesa y aplastó el vaso de plástico entre los dedos—. Y tú no deberías prestar atención a todas las gilipolleces que te cuentan.

Se marchó y, de camino a la puerta, tiró el vaso a la basura. Cuando estuvo solo, Torkel hizo una inspiración profunda y dejó escapar lentamente el aire. ¿Qué se había esperado? Tendría que haberlo previsto: Sebastian Bergman no se dejaba analizar. Con él se había ido también su compañía para la cena. Billy y Vanja tenían trabajo, y con Ursula era mejor no contar. Pero Torkel no estaba dispuesto a soportar otra cena solo. Sacó el móvil del bolsillo.

Sebastian salió del comedor y atravesó a paso rápido el área de oficinas en tinieblas. Estaba furioso. Con Torkel, con Vanja y sobre todo consigo mismo. Nunca antes había dado pie a que ninguno de sus colegas pensara que estaba «preocupado por algo». Nadie había podido adivinar nunca lo que pensaba. Lo único que sabían de Sebastian era lo que él mismo les permitía averiguar. Así había llegado a la posición que ocupaba.

En lo más alto.

Admirado.

Temido.

Pero en el coche había mostrado su debilidad. Había perdido el control. También le había pasado en casa de Lena Eriksson, ahora que lo pensaba. Era inaceptable. La culpa la tenía su madre. Ella y las cartas. Debía tomar una decisión. El asunto lo estaba trastornando mucho más de lo que podía permitirse.

La luz estaba encendida en la sala de reuniones. A través del cristal vio a Billy, con el portátil abierto sobre la mesa. Redujo la velocidad y se detuvo. Todas las veces que había pensado en Anna Eriksson a lo largo del día, se había dicho que lo mejor era olvidarse de todo. Tenía muy poco que ganar y demasiado que perder. Pero ¿sería capaz? ¿Podría olvidar lo que había descubierto y seguir adelante con su vida, como si nada hubiera ocurrido? Probablemente, no. Además, no le haría ningún daño tener esa dirección, en caso de que pudiera encontrarla. Ya decidiría entonces qué hacer, si utilizarla o tirarla a la papelera, si presentarse allí o mantener la distancia. O quizá incluso podría ir a observar la casa y estudiar el terreno, ver qué clase de gente vivía allí y hacerse una idea de cómo lo recibirían si se daba a conocer. Estaba decidido. Era una tontería no dejar abiertas todas las posibilidades.

Abrió la puerta y Billy levantó la vista del ordenador.

—Hola.

Sebastian le devolvió el saludo, cogió una silla y se sentó al borde del asiento, con las piernas estiradas. Acercó el cuenco con fruta que había sobre la mesa y eligió una pera. Billy había vuelto a concentrarse en el ordenador.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy viendo Facebook y otras redes sociales.

—¿Te lo permite Torkel en horas de trabajo?

Billy levantó la vista por encima de la pantalla, sonrió y negó con la cabeza.

—¿Qué dices? ¡No! Estoy buscando a Roger.

—¿Has encontrado algo?

Billy se encogió de hombros. Dependía de cómo se mirara. Había encontrado a Roger, pero no había descubierto nada interesante.

—No era especialmente activo en las redes. Es cierto que no tenía ordenador propio, y hacía más de tres semanas que no escribía nada en Facebook. Por otro lado, tampoco es raro que no tuviera actividad, porque tenía sólo veintiséis amigos.

—¿Son pocos?

Sebastian sabía qué era Facebook, por supuesto. No había pasado los últimos años

debajo de una piedra. Pero nunca había sentido el impulso de pararse a averiguar cómo funcionaba exactamente, ni de ser «miembro» o como fuera que se llamara. No sentía ninguna necesidad de mantener el contacto con sus antiguos compañeros de estudios o de trabajo. La sola idea de que lo «agregaran» y empezaran a atormentarlo con su pegajosa cercanía y sus tontas trivialidades le producía mareos. De hecho, hacía todo lo posible para evitar ese tipo de contacto, tanto en la vida real como en los medios digitales.

—Veintiséis amigos no es nada —respondió Billy—. Cualquiera que entre y se registre tiene más. Lo mismo en MSN. Hacía cuatro meses que no entraba y sus únicos contactos eran Lisa, Erik Heverin y Johan Strand.

—Entonces ¿casi no tenía amigos en las redes sociales?

—Parece que no. Tampoco enemigos, por lo visto. No he encontrado ninguna mierda contra él.

Sebastian se dijo que ya había fingido suficiente interés y que podía pasar a lo que en realidad le interesaba. ¿Por qué no facilitar el camino dando un poco de coba?

—Me han dicho que eres muy bueno con los ordenadores.

Billy no pudo reprimir una sonrisa y le dio la razón.

—Mejor que la media. Me divierte la informática —replicó, con cierta timidez.

—Tal vez podrías echarme una mano. —Sebastian sacó la carta del bolsillo interior de la chaqueta y se la lanzó a Billy—. Necesito encontrar a una tal Anna Eriksson que vivió en esa dirección en 1979.

Billy cogió el sobre y lo estudió.

—¿Tiene algo que ver con la investigación?

—Podría ser.

—¿De qué forma?

Por lo visto, en ese puto agujero todo el mundo trabajaba con el reglamento en la mano. Sebastian estaba demasiado cansado y falto de reflejos para inventarse una buena mentira, de modo que dijo una vaguedad, con la esperanza de que fuera suficiente.

—Es sólo una corazonada que estoy investigando por mi cuenta. No les he dicho nada a los demás; pero, con suerte, puede que lleguemos a algo.

Billy asintió y Sebastian se relajó un poco. Estaba a punto de levantarse cuando Billy lo detuvo.

—Pero ¿de qué forma estaría relacionada esa mujer con Roger Eriksson?

Muy bien. La vaguedad no había sido suficiente. ¿Era necesario que la gente se atuviera siempre a las normas? Si se enredaban las cosas, Billy siempre podría acusar

a Sebastian, que a su vez podría alegar que Billy lo había entendido mal. Torkel se enfadaría un poco. Alguien propondría revisar los protocolos. Y todo seguiría como siempre. Sebastian le dio a Billy una última oportunidad de morder el anzuelo, sin tener que añadir más señuelo.

—Es una larga historia, pero también sería bueno para ti si pudieras ayudarme. Creo que realmente podríamos encontrar algo.

Billy le dio la vuelta al sobre y lo miró mejor. Por si Billy no picaba, Sebastian se puso a fabricar una mentira a toda velocidad. Pensó en decirle que había cierta posibilidad de que Anna Eriksson fuera la madre biológica de Roger. No, claro que no constaba en ningún sitio, ni estaba inscrito en ningún archivo de adopciones, pero le habían pasado esa información. No, no podía decir quién. Podía funcionar, siempre que biológicamente fuera posible. Se puso a calcular cuántos años habría tenido Anna Eriksson al dar a luz a Roger. Unos cuarenta, ¿no? Entonces sí, funcionaba.

—De acuerdo.

Sebastian volvió a la realidad, sin estar muy seguro de haber oído bien. ¿Se había perdido algo?

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, pero tu pista tendrá que esperar, porque todavía me quedan por ver un montón de archivos de las cámaras de vigilancia, y tengo que hacerlo antes de mañana.

—Sí, claro, no hay prisa. Gracias.

Sebastian se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Por cierto —dijo, y Billy levantó la vista del ordenador—, me gustaría que esto quedara entre nosotros. No es más que una corazonada, como ya te he dicho, y a la gente le encanta reírse de los errores de los demás.

—Sí, desde luego. No te preocupes.

Sebastian se lo agradeció con una sonrisa y salió de la habitación.

Limone. Ristorante italiano. La reserva la había hecho ella, pero Torkel fue el primero en llegar. Lo condujeron a una mesa en una esquina de la sala, junto a dos ventanas con esferas de metal del tamaño de balones de básquet colgadas del techo. Era una mesa para cuatro, con dos sofás a cada lado en lugar de sillas. Los asientos eran duros y los respaldos, incómodos. El tapizado era de un tono violeta oscuro. Torkel bebió un trago de cerveza directamente del botellín. ¿Habría sido mala idea invitar a Hanser a cenar? En realidad, no la había invitado a salir. Sólo quería analizar con más calma algunos aspectos de la investigación que apenas habían tenido tiempo de tratar durante

su breve reunión del día, y eso se podía hacer igual de bien tanto delante de una cena como en su despacho. Hanser se había apartado y había dejado toda la investigación en sus manos, sí, pero no había que olvidar que ella seguía siendo la principal responsable, y Torkel tenía la sensación de que últimamente la estaba tratando con cierta brusquedad.

A su llegada, Hanser se disculpó por el retraso, se sentó y pidió un vaso de vino blanco. El jefe de la policía regional se había presentado en su despacho para que le informara del caso. Estaba preocupado por la noticia de la puesta en libertad de Leonard Lundin, y ansioso por oír que se estaba preparando otro arresto sobre bases más sólidas. Como era natural, Hanser había tenido que decepcionarlo. El jefe también estaba soportando muchas presiones. El interés de los periódicos, en particular de los tabloides, no había menguado: por lo menos cuatro páginas, todos los días. La entrevista de *Aftonbladet* a Lena Eriksson había sido reconvertida en una serie de artículos nuevos, que se centraban en la soledad de Roger y especulaban sobre la posibilidad de que el asesino hubiera sido un desconocido para él. De ser así, el crimen podía repetirse. Un «experto» había señalado que, cuando alguien mataba por primera vez —como posiblemente había sucedido en ese caso—, traspasaba una frontera y ya no podía volver atrás. Lo más probable era que volviera a matar y que lo hiciera bastante pronto. Era la línea habitual del tipo de periodismo basado en el miedo, que alimentaba siempre la última histeria colectiva, con artículos como «¿Jaqueca o tumor cerebral?». El otro periódico de la tarde, *Expressen*, había sacado a la luz la falta de respuesta policial durante el primer fin de semana de la desaparición del chico, y utilizaba ese dato para cuestionar la eficacia de las fuerzas policiales. Junto con el artículo, el periódico había publicado una lista de asesinatos sin resolver, entre ellos el del primer ministro Olof Palme. Hanser le anunció a su superior que esa misma noche pensaba reunirse con Torkel y que esperaba poder darle alguna noticia positiva al día siguiente. El jefe pareció conformarse, pero antes de marcharse, le dejó perfectamente claro a su subordinada que: A) esperaba que no fuera un error haber llamado a la Unidad de Homicidios, y B) en caso de que sí lo fuera, la culpable era ella y sólo ella.

Cuando el camarero llegó con el vaso de vino de Hanser y preguntó si ya podía tomarles el pedido, los dos se enfrascaron un momento en leer la carta. Torkel ya sabía lo que quería: *salmone alla calabrese*, salmón a la plancha con tomates cherry, puerros, alcaparras, aceitunas y patatas al horno. No tenía costumbre de tomar primero y segundo plato. Hanser se decidió rápidamente por el *agnello alla griglia*, cordero a la parrilla, con patatas a la parmesana y salsa de vino tinto. Un plato más

caro que el de Torkel. Pero eso no tenía ninguna importancia. Había sido él quien la había invitado a cenar. Lo consideraba una cena de trabajo y, por lo tanto, era normal que pagara él. O, mejor dicho, la Unidad de Homicidios.

Mientras esperaban la cena, repasaron el caso. Sí, Torkel había leído los periódicos. Vanja ya había explorado brevemente la posibilidad del asesino desconocido. Pero el hallazgo del disparo en la espalda de Roger contradecía ese escenario, como había observado Sebastian. Alguien dispuesto a matar a un extraño no utilizaba un arma que lo obligara a extraer la bala del cuerpo de la víctima, para no ser identificado. Por desgracia, Hanser no podía revelar ese extremo a la prensa. La policía sabía que Roger había recibido un disparo, pero el público no debía enterarse, porque entonces el asesino sabría que lo habían descubierto. Aparte de eso, Torkel tenía muy poco que contar. Al margen de la investigación sobre Axel Johansson, habían hecho escasos progresos y casi todo dependía de lo que sucediera al día siguiente y de la información que pudiera aportar la policía científica. El teléfono de Torkel se puso a vibrar en el bolsillo interior de su chaqueta. Lo sacó y miró la pantalla. Era Vilma.

—Lo siento, pero tengo que atender la llamada.

Hanser hizo un gesto afirmativo mientras bebía un sorbo de vino. Torkel contestó.

—Hola, bonita.

Antes incluso de oír la voz de la niña, la cara se le iluminó con una sonrisa. Su hija pequeña siempre obraba ese efecto en él.

—Hola, papá. ¿Qué estás haciendo?

—Cenando con una compañera de trabajo, ¿y tú?

—Tengo una fiesta en el colegio. ¿Estás en Estocolmo?

—No, sigo en Västerås. ¿Era por algo importante?

—Por ver si podías venir a recogerme después de la fiesta. No sabíamos si habías vuelto y mamá me ha dicho que te llamara para preguntártelo.

—Si estuviera en la ciudad, iría encantado.

—No pasa nada. Vendrá mamá. Era sólo por si estabas en casa.

—¿Qué fiesta es?

—De disfraces.

—¿De qué te has disfrazado?

—De *Barbie girl*.

Torkel tenía una vaga idea de lo que podía significar ese concepto. No le satisfacía del todo la elección del disfraz de su hija de doce años, pero no estaba con ella y no podía impedirselo ni proponerle otras opciones más creativas. Además, estaba

convencido de que Yvonne vigilaría que las cosas no se salieran de madre. A diferencia de la separación de Monica, el divorcio de Yvonne había sido bueno, o al menos todo lo bueno que puede ser un divorcio. Lo malo había sido la relación. En eso estaban de acuerdo. Él le había sido infiel, y era probable que ella también. Los dos querían separarse, y también querían lo mejor para Vilma y Elin. De hecho, últimamente se llevaban mejor que antes, mejor que cuando estaban casados.

—Muy bien. Saluda a mamá de mi parte y diviértete.

—Vale. Ella también te manda un beso. Nos vemos cuando vuelvas.

—Claro que sí. Te echo de menos.

—Yo también a ti. Adiós, papá.

Torkel colgó y miró a Hanser.

—Era mi hija.

—Sí, ya lo he imaginado.

Torkel se guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Tú tienes un hijo, ¿no? ¿Qué edad tiene ahora?

Un momento de duda. Aunque Hanser había vivido muchas veces ese momento en los últimos seis años, nunca sabía cómo continuar la conversación cuando salía ese tema. En los primeros tiempos había sido sincera, pero la verdad incomodaba tanto a sus interlocutores que, tras un doloroso silencio o un torpe intento de mantener viva la conversación, encontraban siempre una excusa para alejarse. Por eso, cuando ahora le preguntaban si tenía hijos, solía responder simplemente que no. Era lo más sencillo y además era cierto.

No tenía.

Ya no.

Pero Torkel sabía que había sido madre.

—Niklas murió hace seis años. Cuando tenía catorce.

—Qué triste. Lo siento muchísimo. No lo sabía.

—No, claro. ¿Cómo ibas a saberlo?

Hanser sabía por experiencia lo que estaba pensando Torkel. Se estaría preguntando lo mismo que todos los que se enteraban de la muerte de Niklas. No es muy frecuente que mueran niños de catorce años. Tenía que haberle pasado algo. ¿Qué sería? Todos querían saber cómo había ocurrido y Torkel no era ninguna excepción, de eso estaba segura. Pero él, a diferencia de los demás, se lo preguntó.

—¿Cómo murió?

—Quiso tomar un atajo. Por encima de una locomotora. Se acercó demasiado a los cables de alta tensión.

—Ni siquiera puedo imaginar lo que debió de suponer para tu marido y para ti. ¿Cómo lo hicisteis para seguir adelante?

—No seguimos. Dicen que el ochenta por ciento de las parejas que pierden un hijo se divorcian. Me habría gustado que la nuestra hubiera pertenecido al otro veinte por ciento, pero por desgracia no fue así.

Hanser bebió otro sorbo de vino. Notó que le resultaba fácil contárselo a Torkel. Más fácil de lo que habría creído.

—Estaba furiosa con él. Con Niklas. Tenía catorce años. No sé cuántas veces habíamos leído que algún chico se había electrocutado en el techo de un tren, y siempre comentábamos que cómo era posible que no hubiera tenido cuidado. Siempre eran adolescentes, algunos casi adultos. Y Niklas estaba de acuerdo. Sabía que era peligroso, que había riesgo de muerte, pero, aun así... ¡Estaba tan furiosa con él!

—Es comprensible.

—Me sentía la peor madre del mundo. En todos los sentidos.

—También es comprensible.

El camarero se acercó a su mesa con un plato en cada mano. Habría podido ser motivo suficiente para poner fin a la conversación y concentrarse en silencio en la comida. Pero empezaron a comer sin dejar de hablar y, al cabo de unos minutos, Torkel se dio cuenta de que al acabar la cena sabrían mucho más el uno de la otra que antes de empezar. Sonrió para sus adentros. Era muy agradable cuando pasaba eso.

Haraldsson estaba sentado en el interior de su Toyota verde, muerto de frío, delante de la casa de Axel Johansson. Era curioso que se estuviera helando, porque llevaba puestos los calzoncillos largos y un forro polar debajo de la cazadora. Apretó la taza de café entre las manos. De día ya empezaba a notarse el calor de la primavera, pero las noches seguían siendo gélidas.

Haraldsson sentía que había contribuido en gran medida a que la jornada culminara con la orden de búsqueda y captura de Johansson. Más que contribuido. Sentía que su intervención había sido decisiva. Su determinación de rastrear al remitente del mensaje de correo electrónico había conducido a la Unidad de Homicidios hasta el Palmlövsvägen y, desde allí, hasta el bedel despedido. Sí, Torkel Höglund lo había saludado con una inclinación de la cabeza y le había sonreído levemente cuando se habían cruzado por el pasillo, esa misma tarde, pero nada más. No le había reconocido de ninguna otra manera el mérito de haber aportado la información que había hecho posible un avance de importancia crucial para la investigación. No le sorprendía. Estaba decepcionado, sí; pero no sorprendido. Haraldsson era consciente de que nunca recibiría ningún reconocimiento por su trabajo. Al menos de Torkel y sus colegas. ¿Qué iba a pensar la gente si un agente de la policía local resolvía el caso delante de las narices de toda la Unidad de Homicidios?

Antes de volver a casa cojeando, Haraldsson le había preguntado a Hanser si la búsqueda de Johansson incluía también la vigilancia de su casa las veinticuatro horas del día. Pero no. La primera fase de la operación consistía únicamente en ordenar al personal que prestara especial atención durante las patrullas ordinarias y las salidas de emergencia. También se habían puesto en contacto con los vecinos, amigos y parientes de Axel, para decirles que lo estaban buscando. Para hablar con él. Habían procurado subrayar de forma especial que de momento no era sospechoso de nada. La Unidad de Homicidios ya decidiría más adelante si debían empezar a vigilar su domicilio.

Pero Haraldsson lo decidió enseguida y por su cuenta. Era evidente que el hombre se estaba escondiendo. Las personas inocentes no se esconden, y lo que hiciera Haraldsson con su tiempo libre o el lugar donde pasara la noche podía considerarse

razonablemente de su exclusiva incumbencia.

Por eso estaba ahí.

En su Toyota.

Muerto de frío.

Consideró un momento la idea de encender el motor y dar una vuelta corta para calentar el habitáculo, pero existía el riesgo de que Axel Johansson volviera a casa justo en ese momento. Tampoco podía dejar el motor en marcha un rato sin mover el coche, en parte porque el sospechoso podía desconfiar si veía un vehículo parado en la puerta de su casa con el motor encendido, a esa hora de la noche, y en parte porque estaba prohibido dejar el motor en marcha durante más de un minuto en el centro de la ciudad. Aunque fuera una falta leve, habría sido una infracción, y las leyes y los reglamentos estaban para cumplirlos. Además, era una práctica muy censurable desde el punto de vista medioambiental. Para entrar en calor, Haraldsson se sirvió más café y apretó de nuevo con fuerza la taza. Tendría que haberse puesto manoplas. Se echó el aliento caliente en las manos y volvió a ver el apósito. Jenny se le había acercado sigilosamente por detrás cuando estaba llenando el termo de café, y lo había sobresaltado al apoyarle las dos manos en el vientre, para después deslizarlas con rapidez hacia abajo. Había tenido que aplicarse unguento de lidocaína y un apósito sobre la pequeña quemadura. Jenny lo había acompañado al baño y, en cuanto él tiró el envase vacío del apósito en el cubo de acero inoxidable con tapa que tenían al lado del lavabo, había vuelto a abordarlo por detrás y le había preguntado si de verdad tenía mucha prisa.

Lo habían hecho en la ducha. Después, había tenido que cambiarse el apósito empapado y ponerse más unguento. A pesar del sexo en la ducha, Jenny pareció decepcionada al ver que se marchaba, y le preguntó a qué hora pensaba volver. ¿Podría estar en casa media hora antes de que ella se fuera al trabajo por la mañana? Se lo preguntó con expresión esperanzada. Haraldsson le dijo que no, que lo dudaba. Su plan era ir directamente a la comisaría. Tendrían que despedirse hasta el día siguiente por la tarde. Un beso y adiós.

Estaba pensando en todo eso mientras bebía un café cada vez más frío. Jenny se quedó de morros cuando él se fue. Él lo sabía. Y ahora él estaba enfadado con ella, porque ella estaba enfadada con él. Haraldsson quería resolver... No, Haraldsson *iba a resolver* el caso de Roger Eriksson. Pero era como si ella no comprendiera lo importante que era para él. Su deseo de quedarse embarazada eclipsaba todo lo demás. Hasta cierto punto, Haraldsson podía entenderla. Él también quería tener hijos. Ansiaba ser padre y le preocupaba que fuera tan difícil. Pero para Jenny se había

convertido en una obsesión. En los últimos tiempos, en su relación no había más que sexo. A él le habría gustado salir de vez en cuando con ella, ir al cine o a un restaurante, pero Jenny prefería quedarse en casa, cenar y ver una película, para poder hacer también «lo otro». Las pocas veces que visitaban a sus amigos, volvían temprano, y hacía mucho tiempo que ninguno de los dos bebía alcohol. Invitar a alguien a su casa era impensable, porque era posible que las visitas se quedaran demasiado rato y entonces ellos no podrían hacer sus cosas. Haraldsson le hablaba del trabajo y de sus problemas con Hanser primero y con la Unidad de Homicidios después, pero cada vez más a menudo tenía la sensación de que ella no lo escuchaba. Sólo asentía, respondía con monosílabos o repetía sus mismas palabras, y volvía a proponer más sexo.

Su caso era exactamente opuesto al de los pocos compañeros de trabajo que hablaban a veces de sus relaciones de pareja o de sus matrimonios. Para ellos, el problema era la escasez.

Poco sexo.

Escaso, infrecuente y aburrido.

Haraldsson ni siquiera se atrevía a mencionar su situación. Pero pensaba cada vez más a menudo al respecto. ¿Y si no se acababa? ¿Y si todo seguía igual cuando Jenny finalmente se quedara embarazada? ¿Se convertiría él en una de esas personas que leen todas las historias alarmantes sobre los diferentes alimentos y salen en medio de la noche en busca de gasolineras abiertas, a decenas de kilómetros de distancia, para tratar de conseguir pepinillos en vinagre o helado de regaliz? Desechó esos pensamientos. Tenía un trabajo que hacer. Por eso estaba ahí. Y no para huir de su mujer, ¿o sí?

Haraldsson decidió moverse para entrar en calor. Podía salir a caminar un poco, sin perder de vista en ningún momento la puerta de Axel Johansson.

Vanja estaba inclinada sobre la mesa, mirando por la ventana. Casi todas las vistas quedaban ocultas por el edificio de enfrente, un monstruo de cristal, que aun así le permitía ver el cielo de la tarde y una franja de árboles junto al Mälaren. Tenía delante varias libretas, una pila de hojas sueltas y unas cuantas agendas de bolsillo. El material procedía del escritorio de Roger y era parte de lo que Ursula se había llevado de la habitación del muchacho. Una hora antes, Vanja y Billy habían cenado una ensalada cada uno, en el restaurante griego que la chica de la recepción les había recomendado. La comida resultó ser muy buena y los dos habían salido con el convencimiento de que regresarían. En las ciudades pequeñas de Suecia, no conviene confiar en la suerte.

Cuando uno encuentra un buen lugar, hay que convertirlo enseguida en costumbre. En el camino de vuelta, había pasado por el hotel, para llamar a su padre. Por la voz, Valdemar le pareció cansado, pero alegre. El día había sido para él una montaña rusa de sentimientos, y el tratamiento le daba sueño. Pero la conversación fue maravillosa para Vanja. Por primera vez en mucho tiempo, pudo colgar el teléfono sin la sensación de que iba a perderlo. Estaba radiante de felicidad y decidió utilizar su desbordante energía para hacer algo útil. Volvió a la comisaría. En realidad, siempre trabajaba tanto como podía cuando salían de la ciudad, pero esa vez la idea de hacer horas extra por la noche le pareció más atractiva que en otras ocasiones. Ursula había terminado de trabajar a las seis. A Vanja y a Billy les había parecido muy extraño. Ursula solía quedarse trabajando hasta tarde, como ellos, y los dos habían comentado, durante la cena, que quizá la razón del cambio fuera Torkel. Aunque tanto Ursula como Torkel eran muy discretos, Vanja y Billy sospechaban desde hacía tiempo que eran algo más que simples colegas.

Vanja empezó por las hojas sueltas. La mayoría eran exámenes antiguos y pruebas de diferentes asignaturas, y había también unos pocos apuntes de clase. Se puso a clasificar los papeles: exámenes en un montón, apuntes en otro y papeles diversos en otro. Formó así tres pilas, que a continuación se dedicó a ordenar por temas y fechas. El resultado fueron doce montones más pequeños, que empezó a estudiar uno a uno, con más detenimiento. Era un método de clasificación que había aprendido de Ursula. Su gran ventaja era que le permitía hacerse una idea rápida de todo el material y la obligaba a ver los documentos más de una vez, con creciente atención. De ese modo, era más fácil descubrir pautas o elementos discordantes, y la precisión era mayor. Ursula era muy buena en ese aspecto. Sabía desarrollar métodos y sistemas. De pronto, Vanja recordó lo que le había dicho Sebastian acerca de la jerarquía del grupo. Era cierto. Ursula y ella tenían el acuerdo tácito de no invadirse mutuamente el terreno. No era sólo por respeto, sino porque ambas comprendían que de otro modo habrían acabado compitiendo y poniendo en peligro sus respectivas posiciones. Porque en realidad las dos se disputaban un lugar en la jerarquía.

Las dos querían conseguir resultados.

Ser las mejores.

Vanja miró el resto del material. Las hojas sueltas no le habían servido de nada, excepto para enterarse de que Roger era peor en mates que en lengua y de que necesitaba esforzarse mucho más en inglés. Se fijó a continuación en las agendas de bolsillo. Parecían poco utilizadas. Iban de 2007 en adelante. Abrió la última, del año en curso, y empezó por el principio. El mes de enero. Roger no había escrito mucho.

Daba más bien la impresión de que había recibido la agenda como regalo de Navidad y había dejado de usarla enseguida. Había señalado varios cumpleaños, algunas clases y las fechas de varios exámenes. A medida que pasaban los meses, de enero en adelante, había cada vez menos anotaciones.

Las iniciales P. W. aparecían por primera vez a comienzos de febrero; volvían a aparecer a final de mes y la primera semana de marzo, y después se repetían cada quince días, a las diez de la mañana, en miércoles alternos. Vanja observó que aquellas iniciales eran la única anotación recurrente. Siguió pasando con rapidez las hojas, hasta el fatídico viernes de abril y comprobó que las iniciales se seguían repitiendo en miércoles alternos. Siempre a las diez. ¿Quién o qué sería P. W.? Puesto que estaba dentro del horario de clase, debía de guardar alguna relación con el colegio. Vanja pasó unas hojas más, después del viernes funesto, y vio que Roger había faltado a una cita con P. W. cuando ya había fallecido. Abrió enseguida la agenda del año anterior, para ver si también aparecía P. W. Sí, ahí estaba. La primera vez, a finales de octubre. Y, a partir de entonces, en martes alternos, a las tres de la tarde, hasta el final del trimestre.

El grupo de amigos de Roger era sumamente reducido y hasta ese momento había servido de muy poco para la investigación. Sin embargo, de pronto aparecía una persona con la que Roger se reunía de forma periódica, si es que las iniciales correspondían a una persona y no a una actividad. Vanja consultó el reloj. Eran las nueve menos cuarto. Aún no era muy tarde para llamar por teléfono. Probó primero con la madre de Roger, Lena, pero no obtuvo respuesta. De hecho, tampoco la esperaba. El teléfono había sonado varias veces mientras Sebastian y ella estaban en su casa, y Lena no había mostrado ningún interés en contestar. Decidió llamar a Beatrice Strand. Siendo la tutora de la clase de Roger, debía de saber qué hacía el chico a las diez de la mañana, en miércoles alternos.

—Tenía una hora libre entre asignaturas.

Por la voz, Beatrice parecía cansada, aunque aseguró que intentaría ayudar en lo que pudiera.

—¿Sabe qué hacía durante esa hora?

—No, lo siento. La clase siguiente empezaba a las once y cuarto, y él siempre llegaba puntualmente.

Vanja asintió mientras volvía a abrir la agenda del año anterior.

—¿Y el otoño pasado? ¿Los martes, a las tres de la tarde?

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Creo que a esa hora ya habían terminado las clases. Sí, eso es. Los martes

terminábamos a las tres menos cuarto.

—¿Sabe qué significan las iniciales P. W.?

—¿P. W.? No. Ahora mismo no se me ocurre nada.

Vanja volvió a asentir. Las cosas se estaban poniendo cada vez más interesantes. Fuera como fuese, Roger le había ocultado a Beatrice sus encuentros con P. W., y eso parecía importante. Después de todo, ella no era únicamente la profesora del chico, sino que se conocían fuera del colegio.

—¿Dice que se encontraba con ese P. W. los miércoles? —preguntó Beatrice al cabo de un rato.

Parecía haberse quedado pensando en las iniciales y su posible significado.

—Exacto.

—Entonces podría tratarse de Peter Westin.

—¿De quién?

—Un psicólogo que tiene un acuerdo con el colegio. Sé que Roger fue varias veces a su consulta poco después de empezar con nosotros. De hecho, yo misma le aconsejé que lo visitara. Pero no sabía que hubiera seguido viéndolo.

Vanja le agradeció su ayuda y tomó nota de los datos de contacto de Peter Westin, para llamarlo enseguida. Nadie atendió la llamada, pero Vanja se enteró por el contestador de que la consulta abría a las nueve y, tras un rápido vistazo al plano, comprobó que se encontraba a unos diez minutos del colegio. Roger había podido ir y volver durante su hora libre sin que nadie lo notara. Si de algo hablaba una persona con un psicólogo, era precisamente de sus secretos, de cosas que no habría querido revelar a nadie más.

Sonó un pitido en el móvil: un SMS de Billy.

He localizado a la exnovia de Axel Johansson. ¿Me acompañas a hablar con ella?

La respuesta de Vanja fue inmediata.

¡Sí!

Y esta vez sí que añadió una carita sonriente.

Linda Beckman, la exnovia de Axel Johansson, estaba en el trabajo cuando Billy la localizó. La mujer le repitió varias veces que había roto su relación con Axel y que no conocía su paradero, ni sabía a qué se dedicaba su antiguo novio. Había sido necesaria mucha persuasión para que finalmente aceptara hablar con él en persona. Por último

había aceptado, pero se había negado de plano a acudir a la comisaría. Si alguien quería hablar con ella, tendría que visitarla esa misma noche en el trabajo, para que de ese modo pudiera tomarse un pequeño descanso. Fue así como Vanja y Billy acabaron sentados en una pizzería de Stortorget, la plaza del centro de Västerås. Ninguno de los dos pidió nada de comer. Sólo un café para cada uno.

Al cabo de un momento, Linda se sentó con ellos. Era una rubia de aspecto corriente, de unos treinta años. La melena le llegaba a los hombros y el flequillo le rozaba las pestañas, justo por encima de los ojos, de color azul verdoso. Vestía jersey de punto, de rayas blancas y negras, y falda corta negra. El jersey no favorecía precisamente su figura. Llevaba colgada del cuello una cadena fina con un corazón de oro.

—Tengo quince minutos.

—Trataremos de no extendernos más allá de un cuarto de hora —dijo Billy mientras alargaba la mano en busca del azúcar.

Siempre echaba azúcar al café, y con muy poca moderación.

—Como le he dicho por teléfono, nos gustaría saber algunas cosas de Axel Johansson.

—Pero no me ha dicho por qué.

Vanja intervino. Habría sido una tontería revelar que estaban al corriente de los negocios de Axel, sin antes conocer la actitud de Linda hacia su ex. Por lo tanto, empezó a hablar con cierta cautela.

—¿Sabe por qué lo despidieron del Palmlövsvska?

Linda sonrió. Había comprendido por qué querían hablar con ella.

—Sí. Por la bebida.

—¿La bebida?

—Vendía alcohol a los estudiantes. ¡Menudo imbécil!

Vanja hizo un gesto afirmativo. No parecía que Axel tuviera una aliada en Linda.

—Así es.

Linda negó con la cabeza, con resignación, como para subrayar su condena a las actividades de Axel.

—Le dije que era un error, pero ¿creen que me escuchó? Después lo despidieron, tal como yo dije que pasaría. ¡Qué idiota!

—¿Le mencionó alguna vez a Roger Eriksson? —probó Vanja, con la esperanza de averiguar algo.

—¿Roger Eriksson?

Linda se lo pensó un momento, pero su expresión no pareció reflejar ningún tipo

de reconocimiento.

—Un chico de dieciséis años —prosiguió Billy y le enseñó la foto de Roger. Linda cogió la fotografía y la miró con atención. Reconoció al muchacho.

—¿El chico asesinado?

Vanja se limitó a asentir con la cabeza, y Linda la miró.

—Sí, estuvo una vez en casa, creo.

—¿Sabe por qué? ¿Le compraba alcohol a Axel?

—No, no creo. Una vez vino y estuvo un rato hablando. No recuerdo que se llevara nada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos dos meses. Un poco antes de que yo me fuera de esa casa.

—¿Vio más veces a Roger? Piénselo bien. Es importante.

Linda guardó silencio un momento y después negó con la cabeza. Vanja cambió de estrategia.

—¿Cómo se tomó Axel su marcha?

Linda volvió a menear la cabeza. Era como si fuera su reacción corporal normal, cada vez que pensaba en su exnovio.

—Como si nada. No le dio rabia ni se puso triste. Tampoco hizo nada para que me quedara. Siguió... con su vida. Como si le diera igual que yo estuviera con él o no. Fue muy raro.

Cuando veinte minutos después Vanja y Billy le dieron las gracias a Linda Beckman y se dispusieron a regresar a la comisaría, la figura de Axel Johansson no sólo había adquirido para ellos contornos más definidos, sino que además se había perfilado incluso en los pequeños detalles. Al principio, Axel se había comportado como un perfecto caballero: atento, generoso, divertido... Al cabo de dos semanas de conocerlo, Linda se había mudado a su casa. En los primeros tiempos, todo había ido bien, pero enseguida habían empezado a pasar cosas extrañas. Nada grave de entrada, nada que llamara mucho la atención. Linda notó varias veces que tenía menos dinero del que pensaba en la cartera. Después le desapareció un broche de oro que había heredado de su abuela. Fue entonces cuando empezó a sospechar que, para Axel, las relaciones eran más que nada una manera de reducir el coste de la vida. Decidió encararse con él y la reacción de Axel fue de profundo arrepentimiento. Le confesó que tenía deudas de juego. No se lo había contado, porque temía que ella lo abandonara. Todo aquello lo había hecho únicamente para pagar sus deudas, porque quería comenzar una vida nueva a su lado, sin ninguna carga del pasado. Ella le había creído; pero, al cabo de poco tiempo, volvió a notar que le desaparecía el dinero. La

gota que colmó el vaso fue cuando encontró por casualidad un recibo del alquiler y se enteró de que ella no pagaba la mitad del importe, como creía, sino el total.

Para terminar de pintar el retrato de Axel, Linda les explicó que su vida sexual era un desastre. Casi nunca estaba interesado y, las pocas veces que lo hacían, era dominante casi hasta la violencia y quería tomarla por detrás, con la cara de ella aplastada contra la almohada. «Demasiada información», pensó Vanja, quien sin embargo asintió y la animó a continuar. Axel tenía la costumbre de salir a horas intempestivas, y a veces pasaba la noche fuera y volvía a la mañana siguiente, o incluso por la tarde. El resto del tiempo, cuando no estaba trabajando en el Palmlövska, lo invertía en encontrar diferentes maneras de ganar dinero. Todo el mundo de Axel giraba en torno a la idea de aprovecharse del sistema.

«Sólo los idiotas hacen lo correcto», era su lema. Había solicitado un empleo en el Palmlövska únicamente porque allí los alumnos tenían padres ricos que les daban una educación rigurosa, lo que para Axel suponía menos problemas. Ese tipo de familias solían resolver los contratiempos con discreción y en silencio, del mismo modo en que lo había hecho el director del colegio.

«Tienes que venderles a los que pueden pagar más y a los que tienen mucho que perder si los descubren», solía decir. Pero Linda nunca había visto nada de dinero. Era lo que más le costaba entender. A pesar de todos sus «negocios», Axel siempre estaba sin blanca. Lo que hacía con el dinero era un gran misterio para ella. No parecía tener muchos amigos, y todo el tiempo se estaba quejando de los pocos que tenía porque decía que no querían prestarle dinero. Pero, cuando alguna vez uno de ellos le prestaba algo, también se quejaba porque le pedía que se lo devolviera.

Siempre estaba disgustado.

Con todo y con todos.

Pero ¿qué tenía que ver Roger con Axel? Esa era la principal pregunta para Vanja y Billy. Ahora ya sabían que había estado en su casa. ¿Había alguna relación entre su visita y el hecho de que Roger precipitara el despido de Axel, unas semanas después? En cualquier caso, era una posibilidad. Cuando Vanja y Billy se despidieron de Linda, estaban bastante satisfechos con el trabajo de las últimas horas. Axel Johansson les parecía aún más interesante que antes. Y al día siguiente tenían pensado ir a visitar a un psicólogo cuyas iniciales eran P. W.

Torkel saludó con una inclinación de la cabeza a la mujer de la recepción y siguió andando hacia el ascensor. Dudó un poco cuando insertó la tarjeta de la llave en el lector, antes de pulsar el botón con el número cuatro. Él estaba en la habitación 302.

En el cuarto piso estaba Ursula. En los altavoces se oía un tema de los Rolling Stones. Torkel pensó que eso, en su juventud, era el *rock* más duro que existía, y ahora se había convertido en música de ascensor. Las puertas se abrieron y Torkel no se movió. ¿Era mejor desistir? No sabía si ella seguía enfadada. Solamente lo suponía. Él seguiría enfadado si ella le hubiera hecho lo mismo. Pero nada le impedía averiguarlo. Salió al pasillo, se dirigió a la habitación 410 y llamó a la puerta. Ursula tardó unos segundos en abrir. La expresión neutra de su cara fue un indicio más que evidente de lo que pensaba de su visita.

—Disculpa si te molesto. —Torkel hizo lo posible para que el nerviosismo no se le notara en la voz. Ahora que la tenía delante, se daba cuenta de que no quería por nada del mundo enemistarse con ella—. He venido sólo para saber cómo estamos tú y yo.

—¿Cómo crees que estamos?

Lo que se temía. Seguía enfadada. Era comprensible. Pero Torkel nunca había tenido reparos en pedir disculpas cuando se equivocaba.

—Perdón. Tendría que haberte avisado de que pensaba traer a Sebastian al grupo.

—No. No tendrías que haberlo traído.

Durante un instante, Torkel sintió cierta irritación. Ursula estaba siendo poco razonable. Él le había pedido perdón. Podía reconocer que había gestionado mal la situación, pero él era el jefe. Tenía la obligación de tomar decisiones y de incorporar en el equipo a las personas que considerara más idóneas para la investigación, aunque no fueran del agrado de todos. Debía comportarse con profesionalidad. Pero enseguida decidió no expresar con palabras ninguna de esas ideas. No quería enfrentarse con Ursula. Además, tampoco estaba seguro de que la presencia de Sebastian realmente fuera lo mejor para la investigación. Sentía que no sólo debía explicarle su decisión a Ursula, sino también a sí mismo. ¿Por qué no le había dicho que no a Sebastian, aquella mañana, en el comedor del hotel? Miró a Ursula con expresión casi suplicante.

—Necesito hablar contigo. De verdad. ¿Me dejas pasar?

—No.

Ursula no abrió la puerta ni un centímetro más. Al contrario. La cerró un poco, como si temiera que Torkel fuera a tratar de colarse por la fuerza. Dentro de la habitación, se oyeron tres pitidos cortos, tres largos y tres cortos. Era el SOS, el tono del móvil de Ursula.

—Es Mikael. Dijo que llamaría.

—Muy bien. —Torkel sabía que la conversación había terminado—. Salúdalo de mi parte.

—Podrás saludarlo tú mismo, porque vendrá mañana a primera hora.

Ursula cerró la puerta y Torkel se quedó inmóvil unos segundos mientras asimilaba la noticia. Mikael no los visitaba en medio de una investigación desde... desde que Torkel tenía memoria. Ni siquiera se atrevía a adivinar lo que podía significar su visita. Con pasos lentos y pesados se dirigió a la escalera, para volver a su habitación. Su existencia era bastante más complicada de lo que había sido el día anterior.

Pero ¿qué podía esperar?

Había dejado que Sebastian Bergman se metiera otra vez en su vida.

Sebastian se despertó tumbado en el sofá, boca arriba. Debía de haberse quedado dormido. El televisor estaba encendido, con el volumen bajo. Las noticias. Tenía el puño derecho tan apretado que le dolía todo el antebrazo. Con mucho cuidado, empezó a estirar los dedos poco a poco mientras volvía a cerrar los ojos. El viento soplaba muy fuerte. El aire atronaba en la chimenea y retumbaba en el hogar, pero en su estado de semivigilia el ruido se mezclaba con el sueño del que acababa de despertar.

El estruendo.

La fuerza impetuosa.

El poder sobrehumano del muro de agua.

La agarró. La sujetó con todas sus fuerzas. Entre todos los gritos, entre toda la gente que gritaba. El agua. Los torbellinos de arena. La fuerza destructiva. Era lo único que distinguía claramente en medio de la locura: que la estaba sujetando. Incluso podía ver las manos de ambos. Era imposible, por supuesto. Pero él las veía. Todavía podía verlas. La manita de ella, con el anillo. Y su mano derecha sujetándola. Nunca había agarrado nada con tanta fuerza. No había tiempo para pensar ni para nada. Pero, aun así, él estaba pensando. Un solo pensamiento, más importante que cualquier otro. No debía soltarla nunca nunca nunca.

Eso pensaba.

Su único pensamiento.

No debía soltarla nunca.

Pero la soltó.

Dejó que se le escapara.

De repente, no estaba. Algo en la masa de agua debió de chocar contra ella. O contra él. O quizá su cuerpecito quedó enganchado en alguna cosa. O el suyo. No lo sabía. Sólo sabía que cuando volvió en sí, vapuleado, magullado y en estado de

shock, a varios cientos de metros de lo que había sido la playa, ella ya no estaba.

No estaba a su lado.

Ni en ningún otro sitio.

Su mano derecha estaba vacía.

Sabine había desaparecido.

Nunca más pudo encontrarla.

Lily se había despedido de ellos por la mañana, para ir a correr por la costa, como todos los días. A menudo lo atormentaba con su prédica sobre los beneficios del ejercicio y, para convencerlo, le hundía un dedo en la blandura de lo que en otro tiempo había sido una cintura. Él le había prometido que también saldría a correr durante las vacaciones. Le había dicho que lo haría, pero no cuándo. Y no tenía por qué ser precisamente ese día, después de Navidad. Esa mañana pensaba pasarla con su hija. Entonces Lily se marchó. Solía salir a correr antes de que empezara el calor más fuerte. Pero esa vez habían tomado el desayuno juntos en la habitación, en la enorme cama de matrimonio, y se habían quedado un buen rato, tonteando. Toda la familia. Al final, Lily se había levantado, le había dado un beso a él, había besado por última vez a Sabine y, radiante de alegría, se había marchado de la habitación. No pensaba correr mucho rato.

Era tarde y hacía demasiado calor.

Estaría de vuelta al cabo de media hora.

Tampoco pudo encontrarla nunca más.

Sebastian se levantó del sofá. Se estremeció. Hacía frío en la habitación silenciosa. ¿Qué hora sería? Las diez pasadas. Recogió el plato de la mesa baja y se dirigió a la cocina. Cuando había vuelto, unas horas antes, había calentado en el microondas un envase de comida preparada que había encontrado en el congelador y se había sentado delante del televisor, con el plato y una botella de cerveza baja en alcohol. La comida le había parecido terrible. Había pensado que si un restaurante hubiera servido alguna vez algo así, no habría resistido ni medio mes abierto. «Mediocre» era un término demasiado elogioso para lo que estaba comiendo. Pero la oferta televisiva no desentonaba con la cena. Insípida, carente de imaginación e inconsistente. Parecía como si en todos los canales hubiera un presentador o una presentadora joven, que miraba directamente a la cámara e intentaba convencerlo de que llamara y participara en algún tipo de juego. Sebastian había comido la mitad de la cena congelada, se había recostado en el sofá y, como era evidente, se había quedado dormido.

Y había soñado.

Ahora volvía a estar en la cocina y no sabía qué hacer. Dejó el plato y la botella

sobre la encimera. Se quedó donde estaba. Lo había pillado desprevenido. Normalmente evitaba quedarse dormido. No se permitía una cabezada después de la comida, ni un sueño breve durante un viaje en tren o en avión. Esas pequeñas siestas le estropeaban el resto del día. Pero, por alguna razón, se había descuidado. Quizá porque había sido un día diferente.

Había trabajado.

Había formado parte de un grupo, por primera vez desde 2004. No habría podido decir que había sido un buen día, pero reconocía que había sido diferente. Por lo visto, se había confiado, pensando que seguiría siendo diferente y que el sueño no volvería para atormentarlo. Pero se había equivocado. Y ahora estaba ahí. En la cocina de sus padres.

Inquieto.

Confuso.

Abrió y cerró una vez más la mano derecha, sin darse cuenta. Si no quería pasar despierto el resto de la noche, sólo podía hacer una cosa.

Primero, darse una ducha rápida.

Y, después, follar.

La casa era un auténtico desastre. En todos los sentidos. Montones de ropa por planchar. Pilas de ropa sucia. Polvo. Vajilla sin lavar. Sábanas que había que cambiar y armarios en completo desorden. De día, el sol de la primavera volvía tristemente evidente la suciedad. Beatrice no sabía por dónde empezar, y, como no lo sabía, no hacía nada, igual que todas las tardes, igual que todos los fines de semana de los últimos tiempos. ¿Cuánto tiempo con exactitud entraría en el concepto «los últimos tiempos»? Ni siquiera se atrevía a pensarlo. ¿Un año? ¿Dos? No lo sabía. Sólo sabía que no podía más. No tenía fuerzas para nada. Toda su energía se iba en mantener la imagen de la profesora capaz, eficiente y apreciada por todos. En conservar la fachada intacta, para que nadie notara su cansancio.

Su soledad.

Su tristeza.

Apartó un montón de ropa interior limpia que no había llegado más allá del cuarto de estar y se sentó en el sofá, con el segundo vaso de vino de la noche. Si alguien hubiera mirado por la ventana sin prestar atención al desorden, habría podido contemplar la imagen de una mujer trabajadora, esposa y madre, que disfrutaba de un momento de relajación en el sofá, después de una dura jornada. Los pies recogidos bajo el cuerpo, un vaso de vino sobre la mesa, un libro para leer y música tranquila de

fondo. Lo único que faltaba era un buen fuego crepitante en la chimenea. Una mujer de mediana edad, que disfrutaba de la soledad, de tiempo para ella sola. Pero nada podía estar más lejos de la verdad. Beatrice estaba sola y ese precisamente era su problema. Se sentía sola incluso cuando Ulf y Johan estaban en casa. Johan, de dieciséis años, en pleno proceso de ruptura, era el niño mimado de su padre. Siempre lo había sido. Y lo era todavía más desde que había empezado a asistir al Instituto de Bachillerato Palmlovska. Hasta cierto punto, Beatrice podía entenderlo. Suponía que no le habría hecho ninguna gracia tener a su madre como tutora durante todo el curso. Pero ella sentía que la excluían mucho más de lo que merecía. Había hablado de esto con Ulf, o al menos lo había intentado. Sin ningún resultado.

Ulf.

Su marido, que salía por la mañana y regresaba por la noche. Su marido, que comía, veía la televisión y dormía con ella. El hombre junto a quien Beatrice se sentía sola. Ulf estaba en casa, pero nunca con ella. Nunca había estado a su lado desde que había regresado. Y antes tampoco.

Llamaron a la puerta. Beatrice echó un vistazo al reloj. ¿Quién podía ser a esa hora? Salió al vestíbulo. Sin pensarlo, apartó del camino un par de zapatillas deportivas y abrió la puerta. Tardó unos segundos en ubicar el rostro que le resultaba vagamente familiar. Era el policía que había estado en el colegio. Sebastian-no-sé-qué-más.

—Hola. Le ruego que me disculpe por molestarla a estas horas, pero por casualidad pasaba por aquí.

Beatrice hizo un gesto afirmativo y echó un vistazo por encima del hombro del recién llegado. No vio ningún coche estacionado en el sendero ni en la calle. Sebastian lo notó en el preciso instante en que Beatrice volvió a mirarlo.

—Estaba dando un paseo y he pensado que quizá usted necesitaba a alguien con quien hablar.

—¿Por qué iba a necesitar a alguien?

Era el momento. De camino hacia allí, Sebastian había preparado su estrategia, basándose en lo que creía saber acerca de Beatrice y de su marido. El hecho de que los dos se refirieran al otro como el padre o la madre de Johan, y no como su pareja, permitía suponer que la relación entre ambos no era precisamente buena. Sebastian ya lo había visto y oído en otros casos. En un matrimonio, era una manera inconsciente de castigar al otro: «No me considero ante todo tu pareja». Además, la decisión del padre de irse de acampada con su hijo para procesar los acontecimientos de los últimos días, en lugar de salir con toda la familia, era para Sebastian un claro signo de

que los progenitores del muchacho no se llevaban demasiado bien. Por eso, había decidido asumir el papel del buen samaritano dispuesto a escuchar. Lo que tuviera que escuchar le importaba muy poco. Podía ser algo relacionado con la muerte de Roger, con los problemas matrimoniales de Beatrice o con la física cuántica. Estaba convencido de que lo que Beatrice necesitaba en ese momento —aparte de que le echaran una mano para limpiar y ordenar la casa— era que alguien la escuchara.

—Cuando hablamos hoy en el colegio, tuve la sensación de que se esfuerza para mantener una imagen de fortaleza delante de sus alumnos. E imagino que le pasará lo mismo aquí en casa, ya que su hijo era el mejor amigo de Roger. También aquí tendrá que controlar sus sentimientos.

Beatrice asintió, dándole la razón sin proponérselo. Sebastian prosiguió:

—Pero Roger era alumno suyo. Era un niño. Usted necesita procesar lo sucedido. Necesita que alguien la escuche.

Para terminar, Sebastian inclinó un poco la cabeza y compuso su sonrisa más llena de empatía, una expresión que lo presentaba ante el mundo como alguien centrado en el bienestar de los demás, sin ningún interés oculto. Observó que Beatrice había escuchado con atención sus palabras, pero seguía sin comprender del todo lo que intentaba decirle.

—Perdone, pero no le entiendo. ¿No es usted uno de los policías del caso?

—Soy psicólogo. A veces colaboro con la policía haciendo estudios de personalidad y ese tipo de cosas, pero no he venido por eso. Sabía que estaba usted sola y se me ha ocurrido que en momentos como este es quizá cuando más nos atormentan los pensamientos.

Por un momento, Sebastian pensó en subrayar sus palabras con un leve contacto físico, quizá una mano sobre el antebrazo de Beatrice. Pero se contuvo. La mujer asintió. ¿No tenía los ojos un poco más brillantes? Sebastian había dado en el clavo. ¡Joder, qué bueno era! Tuvo que esforzarse para reprimir una sonrisa cuando Beatrice se hizo a un lado y lo dejó pasar.

El hombre que no era un asesino ahuecó la almohada. Estaba cansado. Había sido un día largo y, en muchos aspectos, agotador. Continuamente se sorprendía pensando que debía actuar con normalidad, y entonces se esforzaba en exceso por parecer natural y acababa pareciendo lo contrario. Después intentaba no pensar que debía actuar con normalidad, pero al cabo de un rato volvía a tener la sensación de no estar comportándose de manera espontánea y entonces todo empezaba de nuevo. Era muy trabajoso. Además, la policía había puesto en libertad a Leonard Lundin, lo que

significaba que estaría buscando otra vez al culpable.

A él.

El hombre que no era un asesino puso recta la espalda y unió las manos. Una breve plegaria antes de irse a dormir. Quería dar las gracias por haber tenido la fuerza de superar un día más y pedir que todo volviera a la normalidad lo antes posible. Que todo volviera a ser como siempre. Había leído en algún sitio que las primeras veinticuatro horas después de un asesinato eran las más importantes para atrapar al asesino. Allí habían tardado tres días en empezar a buscar al chico. El retraso sólo podía significar que su actuación había sido correcta. Para terminar, deseó ser capaz de dormir toda la noche de un tirón, sin volver a soñar como la noche anterior.

Había sido un sueño muy extraño.

Estaba él detrás del terraplén, junto al campo de fútbol, iluminado por los faros del coche. Tenía delante al chico, tirado en el suelo. Había sangre por todas partes. El hombre que no era un asesino sostenía el maltrecho corazón en la mano. Caliente todavía. ¿Palpitaba? Sí, en el sueño sí. Con latidos lentos.

Cada vez más lentos.

Agonizantes.

En cualquier caso, en el sueño había mirado a la derecha, de repente consciente de la presencia de alguien a unos metros de distancia. Inmóvil. Estaba bastante seguro de quién podía ser. De quién tenía que ser. Pero se había equivocado. Para su sorpresa, vio a su padre, que lo miraba en silencio. La sensación era de irrealidad, incluso tratándose de un sueño. Hacía muchos años que su padre había muerto. El hombre que no era un asesino señaló la sangrienta escena con un amplio gesto de las manos.

—No te quedes ahí. ¿No vas a ayudarme?

Su voz era aguda cuando hablaba. Parecía la vocecita de un niño triste. Su padre no se movió y siguió contemplando la escena con sus ancianos ojos, nublados por las cataratas.

—A veces, cuando uno tiene preocupaciones, lo mejor es hablarlo.

—¿Hablar de qué? ¿De qué tengo que hablar?! —gritó con su vocecita de niño el hombre que no era un asesino—. ¡El chico está muerto! ¡Tengo su corazón en la mano! ¡Ayúdame!

—Pero a veces, cuando uno habla, dice demasiado.

Después, había desaparecido. El hombre que no era un asesino miró a su alrededor. Confuso.

Asustado.

Decepcionado.

Su padre no podía marcharse justo en ese momento. Tenía que ayudarlo, como había hecho siempre. Era su deber. ¡Era su puta obligación! Pero se había marchado y el hombre que no era un asesino notó que el corazón que aún sostenía en la mano estaba frío. Quieto.

Entonces se despertó. Y no se había vuelto a dormir. Había pensado bastante en el sueño a lo largo del día, en lo que podía significar, si es que significaba algo. Después habían pasado las horas, la rutina diaria se había ido imponiendo y, poco a poco, el recuerdo del sueño se había borrado.

Pero ahora quería dormir. Lo necesitaba. Necesitaba ir un paso por delante. El mensaje que envió desde el colegio no había dado el resultado previsto. La policía debió de deducir de alguna manera que no había sido Leonard quien había escondido la cazadora en el garaje, sino que alguien le había colocado una prueba falsa. Se preguntó qué podía hacer. Leía todo lo que encontraba en la prensa sobre el chico muerto, pero había muy pocas novedades. Intentó pensar si tenía algún conocido dentro de la policía que pudiera pasarle información interna, pero no se le ocurrió nadie. Por lo visto, el equipo asignado al caso se había reforzado. El *Expressen* anunciaba que la policía había incorporado a Sebastian Bergman, que aparentemente era muy conocido en su ámbito. Su intervención había sido decisiva para descubrir al asesino en serie Edward Hinde, en 1996. Era psicólogo, por lo visto. El hombre que no era un asesino notó que los pensamientos se le iban desdibujando y perdían definición. Estaba a punto de dormirse cuando se despertó de repente y se sentó en la cama. Ahora lo entendía.

«A veces, cuando uno tiene preocupaciones, lo mejor es hablarlo».

¡Sí, su padre había intentado ayudarlo!

Como de costumbre.

Como siempre.

Pero él había sido tan tonto que no lo había entendido. ¿Con quién hablaba la gente cuando tenía preocupaciones? Con un psicólogo, con un terapeuta.

«Pero a veces, cuando uno habla, dice demasiado».

Lo sabía. Lo había sabido desde el principio, pero no había establecido la conexión. Nunca había pensado que fuera necesario. Había un hombre en la ciudad capaz de destruir todo lo que él había conseguido hasta ese momento, todo aquello por lo que había luchado. Un hombre que podía ser una amenaza.

Un profesional que prestaba oídos a las preocupaciones ajenas.

Peter Westin.

Eran las dos y veinte y hacía un frío de cojones. Quizá no llegara a bajo cero, pero estaría cerca. En todo caso, a Haraldsson le salía blanco el aliento de la boca mientras miraba fijamente el edificio de la acera de enfrente. Había oído alguna vez que la muerte por congelación era una manera indolora y casi hermosa de morir. Por lo visto, la víctima volvía a relajarse y a entrar en calor poco antes de exhalar el último suspiro; si eso era verdad, entonces la vida de Haraldsson no corría ningún peligro en ese instante. Se estaba helando como un perro, sentado en el asiento del conductor, con los brazos cruzados delante del pecho. Cada vez que se movía, aunque fuera mínimamente, se echaba a temblar de manera descontrolada y sentía que la temperatura corporal le bajaba una décima más. Aún se veía luz en unas pocas ventanas del edificio que estaba vigilando, pero la mayoría ya se habían apagado. Casi todos estarían durmiendo. En su cama, bajo las mantas. En el calor de su casa. Haraldsson reconoció que los envidiaba. Más de una vez durante la noche había sentido el impulso de rendirse y volver a casa, pero en cada ocasión, cuando había estado a punto de girar la llave, se había imaginado llegando al trabajo, al día siguiente, como el hombre que había resuelto el caso de Roger Eriksson. El que había atrapado al asesino. El que había atado todos los cabos. Se había imaginado las reacciones.

Los aplausos.

La envidia.

Casi podía oír al jefe regional agradeciéndole y elogiando su iniciativa y su sentido del deber, más allá de las exigencias del servicio, más allá de lo que la propia Unidad de Homicidios había considerado necesario. Había dado un paso más, ese paso que sólo un auténtico policía puede dar. Eso último lo diría el jefe de policía mientras le lanzaba a Hanser una mirada cargada de intención, y entonces ella, un poco avergonzada, bajaría la vista al suelo. Incluso era posible que Haraldsson, con su extraordinaria actuación, hubiera evitado que se perdieran más vidas.

En el interior glacial del Toyota, Haraldsson entraba en calor con sólo pensarlo. ¡No podía ni imaginar cómo se sentiría si realmente llegaba a pasar! Todo cambiaría

para él. Se acabaría la espiral descendente en que se había convertido su vida y todo sería tal como él deseaba. En todos los sentidos.

Un movimiento en la calle lo arrancó de la duermevela en que lo habían sumido el frío y la ensoñación. Alguien se acercaba al portal del edificio. Un hombre. Un tipo flaco y larguirucho, que caminaba a paso rápido, con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de la cazadora y la espalda encorvada. Por lo visto, Haraldsson no era el único muerto de frío esa noche. El hombre pasó bajo una farola adosada a la fachada y, por un breve instante, Haraldsson pudo verle la cara con claridad. Entonces echó un vistazo a la foto que había fijado con una pinza al panel de instrumentos. No cabía la menor duda. El hombre que se dirigía hacia el portal era Axel Johansson.

«Bienvenido a casa», pensó Haraldsson, y sintió que todo el cansancio y el frío desaparecían. Axel Johansson llegó al portal y tecleó el código de cuatro cifras para entrar. Cuando se oyó el chasquido de la cerradura, empujó la puerta. Estaba a punto de adentrarse en la oscuridad y el calor del vestíbulo cuando oyó otro chasquido y un ruido metálico que sólo podía corresponder a la puerta de un coche al abrirse. Se detuvo un momento, sosteniendo la puerta, y miró a su alrededor. Haraldsson permanecía inmóvil como una estatua. Había sido demasiado impaciente. Tendría que haber esperado a que el tipo desapareciera en el interior del portal antes de abrir la puerta del coche. ¿Qué podía hacer? Notó que Axel Johansson seguía sujetando la puerta del edificio y que no apartaba la vista del Toyota. Quedarse sentado en el interior de un coche con la puerta entreabierta era posible, pero muy sospechoso, de modo que decidió abrirla del todo y salir. Entonces vio que a veinte metros de distancia Axel Johansson soltaba el pomo de la puerta y daba un paso atrás. Haraldsson cruzó la calle con paso decidido.

—¡Axel Johansson!

Intentó que sonara como si de repente, sin esperárselo, hubiera visto a un viejo amigo. Trató de adoptar un tono de alegre sorpresa, que no resultara ni lejanamente amenazador. Procuró no parecer un policía. Pero no lo consiguió. Axel Johansson dio media vuelta y salió corriendo.

Haraldsson echó a correr tras él y enseguida maldijo el largo rato transcurrido dentro del coche, sentado y muerto de frío. Se movía con excesiva lentitud. Cuando llegó a la esquina, vio que la distancia que lo separaba de Axel Johansson había aumentado. Dobló la velocidad, sin hacer caso de la falta de respuesta de sus piernas, entumecidas. Se movía puramente por la fuerza de voluntad. Johansson corría con rapidez y aparente facilidad entre un edificio y el siguiente. Saltó la valla de madera con carteles que prohibían el estacionamiento de vehículos ajenos al edificio y siguió

corriendo por el asfalto, hasta la siguiente extensión de césped y más allá. Pero Haraldsson no desfallecía. Poco a poco, sus zancadas se fueron haciendo más largas y todo su cuerpo empezó a responder mejor al esfuerzo. Su velocidad crecía por momentos. La distancia de Johansson se iba reduciendo. Haraldsson comenzaba a ganar terreno. No demasiado, pero estaba en forma y era impensable que tuviera que abandonar por cansancio. Si no perdía de vista al sospechoso ni resbalaba sobre la hierba húmeda, acabaría por alcanzarlo. Estaba seguro.

«No está mal para un hombre con un esguince grave en el tobillo derecho».

¿De dónde había salido ese pensamiento?

De forma inconsciente redujo la velocidad, soltó una maldición y volvió a acelerar. Corrió como nunca lo había hecho en su vida. Sentía que le palpitaban las sienes y que de repente tenía más aliento. Las piernas avanzaban a un buen ritmo, fuertes y ágiles. Pero Axel Johansson tampoco flaqueaba; para entonces estaba cruzando Skultunavägen, en dirección al puente sobre el Svartån. Haraldsson lo perseguía, sin poder quitarse de la cabeza la idea de que oficialmente estaba lesionado. Tenía un esguince de tobillo. Había sabido mantener el engaño con enorme habilidad. Cada vez que hacía el trayecto desde su escritorio hasta la máquina de café se acordaba de crisar en algún momento la cara en una mueca de dolor. En ocasiones hacía una pausa a mitad de camino, junto a la mesa de algún colega, para evidenciar que le dolía terriblemente el tobillo. Un dolor insoportable. Si atrapaba al sospechoso después de una persecución nocturna de varios kilómetros a pie, todos se enterarían de que había estado fingiendo, de que había mentido. Sabrían que había abandonado su puesto en la batida para buscar al chico desaparecido. Sabrían que se había escapado del trabajo. Pero ¿tendría alguna importancia? Si atrapaba al asesino, nadie le recriminaría que hubiera adornado un poco la verdad unos días antes. ¿Nadie? No. Hanser se lo recriminaría. Estaba seguro. Ya se encargaría ella de que no hubiera aplausos ni aclamaciones. ¿Le abriría también un expediente disciplinario? Tal vez no, pero ¿qué dirían los colegas? No lograría dar ese paso adelante en su carrera que necesitaba con tanta desesperación. Su cabeza era un torbellino de pensamientos. Vio que Axel Johansson cruzaba el puente, giraba a la izquierda y seguía por el carril para bicicletas de Vallbyleden. Le había sacado mucha ventaja. Pronto llegaría a la zona de parques de Djäkneberget y entonces sería imposible encontrarlo en la oscuridad. Haraldsson redujo la velocidad hasta detenerse. Había perdido de vista a Johansson. Se quedó quieto, jadeante. Maldijo en voz alta. ¿Por qué había tenido que poner la excusa del esguince de tobillo? ¿Por qué no había dicho que Jenny se había puesto enferma, o que padecía una intoxicación alimentaria, o cualquier otra indisposición

pasajera? Se volvió y echó a andar hacia el coche.

Pensaba volver directamente a su casa.

Pensaba despertar a Jenny y hacer el amor con ella.

Para no sentirse un completo inútil.

Una de las ventanas del dormitorio estaba entreabierta y el aire de la noche había enfriado la desordenada habitación. Sebastian se desperezó y estiró con cuidado los dedos entumecidos de la mano derecha. Tenía la sensación de que Sabine aún seguía en su piel y se tocó la palma de la mano para estar con ella un minuto más. La temperatura era agradable bajo las mantas, y habría preferido quedarse un rato más y aplazar el encuentro con el frío. Se volvió hacia Beatrice. Estaba inmóvil a su lado, y lo estaba mirando.

—¿Has tenido una pesadilla?

Le fastidiaba mucho que estuvieran despiertas, porque entonces la despedida era mucho más complicada.

—No.

Beatrice se acercó un poco más y el calor de su cuerpo desnudo lo envolvió. Sebastian dejó que lo hiciera, aunque en su interior sentía que habría sido preferible decidirse por el frío. Ella le acarició el cuello y la espalda.

—¿Te parece que ha sido una tontería?

—No, pero ahora tengo que irme.

—Ya lo sé.

Beatrice lo besó, sin excesiva fuerza, sin excesiva desesperación, y consiguió que él le devolviera el beso. Su melena rojiza caía sobre las mejillas de Sebastian. Después se apartó, arregló la almohada y se tumbó cómodamente en su lado de la cama.

—Me encanta el amanecer. Es como si estuviéramos solos en el mundo.

Sebastian se sentó en la cama y tocó con los pies el frío suelo de parqué. La miró. Tuvo que reconocer que lo había sorprendido. Hasta ese momento no lo había notado, pero Beatrice era una potencial invasora. «Invasora» era el término que Sebastian empleaba para las mujeres realmente peligrosas. Las que lo invadían a uno por dentro, poco a poco. Las que daban algo más que sexo. Las que podían convertirse en obsesión y en motivo para regresar, sobre todo cuando uno estaba un poco bajo de forma. Se levantó de la cama para tomar distancia y enseguida se sintió un poco mejor. Por lo general, Sebastian veía a las mujeres mucho más atractivas cuando se acostaba con ellas que a la mañana siguiente, cuando se despertaba. Pero con unas pocas le sucedía justo lo contrario. Una invasora se volvía más atractiva que nunca en

el preciso instante de la despedida. Dejaba pendiente una promesa al final del encuentro, en lugar de prometer al comienzo.

Beatrice le sonrió.

—¿Quieres que te acerque a tu casa?

—No, gracias. Volveré dando un paseo.

—Espera, que te acerco.

Él aceptó. Después de todo, era una invasora.

Salieron en el coche al tranquilo silencio de la madrugada. El sol aguardaba bajo el horizonte a que se fuera la noche. En la radio sonaba *Heroes*, de David Bowie. No hablaron mucho. Bowie ocupó el lugar de la conversación. Sebastian se sentía más fuerte. Siempre era más fácil con la ropa puesta. En los últimos días habían pasado muchas cosas que no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Muchos sentimientos. Y de pronto esto: un vínculo emocional, por tenue que fuera. Lo achacó a las circunstancias, que lo habían debilitado. No era el de siempre.

Beatrice detuvo el vehículo delante de la casa de los padres de Sebastian, apagó el motor y se volvió para mirarlo, con cierta sorpresa.

—¿Vives aquí?

—Ahora sí.

—No me parece tu estilo.

—No sabes cuánta razón tienes.

Le sonrió y abrió la puerta. Se encendió la luz del interior del coche y las pecas de Beatrice, iluminadas, se volvieron aún más bonitas. Sebastian se inclinó hacia ella. Oía bien. ¡No! ¿Qué estaba haciendo? ¡Nada de besos de buenas noches ni de buenos días! ¡Mierda! Tenía que mantener las distancias. Era lo que había decidido. Beatrice le pasó un brazo por el cuello y lo besó directamente en la boca, como para ponérselo todavía más difícil. Estaban muy juntos en el coche, pero había una agradable calidez entre ellos. Beatrice le acarició el pelo y el cuello. Él se soltó de aquel abrazo. Con cuidado, pero se soltó. Al menos era algo.

—Tengo que irme.

Se apresuró a cerrar la puerta, para que se apagara la luz traicionera que la volvía todavía más atractiva. Beatrice encendió el motor y puso la marcha atrás. Los faros halógenos lo deslumbraron, pero aun así consiguió distinguir el último guiño que le hizo; después, ella dio una vuelta completa del volante y las luces del coche barrieron la casa de sus padres y, a continuación, la de Clara Lundin. Un par de ojos y una cazadora impermeable azul celeste brillaron bajo el resplandor de los faros, en la casa vecina. Clara Lundin estaba sentada en los peldaños de la entrada, con un cigarrillo en

la mano, y lo miraba con ojos de rabia y de dolor. Sebastian la saludó con una inclinación de la cabeza y dijo algo para sondear el terreno.

—¡Hola!

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba. Clara aplastó el cigarrillo y, tras una última y prolongada mirada, entró en su casa. Probablemente, no era buena señal. Pero Sebastian estaba demasiado cansado para preocuparse. Echó a andar hacia la puerta de la casa de sus padres. En menos de cuarenta y ocho horas, había conseguido una casa, un posible hijo, un empleo, una potencial invasora y una probable enemiga. Reconoció que se había equivocado. No era cierto que nunca pasara nada en Västerås.

La consulta estaba situada a seiscientos metros del Instituto de Bachillerato Palmlövskå, en una casa de tres plantas, con el despacho en la planta baja y la vivienda familiar en los dos pisos superiores. Vanja había esperado a Sebastian en la comisaría hasta las 8.25, hasta que se había cansado y había decidido ir por su cuenta a hablar con Westin. Aliviada. Normalmente, le gustaba ir acompañada a los interrogatorios, por triviales que fueran, en parte porque siempre era mejor disponer de varios puntos de vista para una misma historia y en parte porque, de esa manera, la información se distribuía mejor dentro del equipo por canales informales y no era preciso prolongar tanto las reuniones, que cada vez le resultaban más tediosas. Pero con Sebastian era diferente. No se aburría, desde luego, pero Sebastian tenía la capacidad de convertirlo todo en un conflicto. Por eso no lo había esperado más de lo imprescindible.

«WESTIN & LEMMEL AB», rezaba el cartel en la puerta de cristal. Y en caracteres más pequeños: «PSICÓLOGOS». Vanja entró. Ambiente psicológicamente acogedor, decorado en colores claros y mejor iluminado que las consultas tradicionales de los médicos, con pequeñas lámparas blancas de diseño sobre la mesa baja y un buen sofá para esperar. Otra puerta de cristal separaba la sala de espera de lo que Vanja supuso que sería la consulta. La probó. Estaba cerrada. Tras un par de golpes decididos, salió a atenderla un hombre de unos cuarenta años, que se presentó como Rolf Lemmel. Vanja le enseñó su identificación y le explicó para qué había ido.

—Peter no ha venido todavía, pero llegará de un momento a otro —dijo Rolf, antes de indicarle que se pusiera cómoda.

Vanja se sentó en el sofá y empezó a hojear el periódico *DN* del día anterior, que encontró sobre la mesa. En la sala de espera reinaban el silencio y la calma. Al cabo de un rato, llegó una chica de unos quince años, menuda. Llevaba el pelo como si acabara de salir de la ducha. Vanja la saludó con una sonrisa.

—¿Vienes a ver a Peter Westin?

La niña asintió con un gesto.

Bien. Entonces llegaría de un momento a otro.

—Tengo que hablar un minuto contigo.

Sebastian comprendió enseguida que había pasado algo. Conocía muy bien a Torkel y sus tonos de voz. Por una vez, Sebastian se había dormido y se había presentado en la comisaría pasadas las nueve, pero su retraso no era lo que preocupaba a Torkel, sino algo mucho más serio.

—Sí, por supuesto —respondió Sebastian, disponiéndose a seguirlo.

Torkel le indicó con un gesto que se diera prisa y entró en una de las tres salas de interrogatorios que se alineaban en un pasillo del primer piso.

Todo hacía pensar en algo grave. La prisa. Una conversación a solas. Y, además, en una sala insonorizada. El día no empezaba bien. Sebastian echó a andar con cierta lentitud. Como siempre, se preparaba para lo peor intentando parecer indiferente y despreocupado. Pero a Torkel no lo impresionó.

—Ven de una vez. No tengo todo el día.

Torkel cerró la puerta y fijó la mirada en Sebastian.

—El día antes de venir a verme para trabajar con nosotros te habías acostado con la madre de Leonard Lundin. ¿Es así?

Sebastian negó con la cabeza.

—En realidad, fue *la noche* antes.

—¡Déjate de idioteces! ¿Te has vuelto loco? ¡Era la madre del principal sospechoso!

—¿Qué más da? Leo era inocente.

—¡Pero tú no lo sabías!

Sebastian le sonrió a Torkel. Con seguridad. Con superioridad, habrían dicho algunos.

—Lo sabía, sí. Estaba completamente seguro y tú lo sabes.

Torkel negó con la cabeza y, sin poder estarse quieto, se puso a recorrer con exasperación la estrecha sala de interrogatorios.

—Fue una equivocación en todos los sentidos y eso sí que lo sabías. Ahora me ha llamado ella para contármelo y me ha amenazado con revelarlo a la prensa si no tomo medidas. ¿Es que no sabes tener la puta bragueta cerrada?

De repente, Sebastian sintió pena por Torkel. El pobre había aceptado en su equipo a un tipejo de notoria mala fama, contra la voluntad de la mayor parte de sus subordinados. Imaginaba que habría justificado su decisión de muchas maneras, incluso ante sí mismo, y con toda probabilidad una de las justificaciones habría sido la más clásica: «No os preocupéis. Ya no es el mismo. Ha cambiado mucho». Pero la

verdad es que nadie cambia y eso lo sabía Sebastian. Lo que sucede es que vamos dando vueltas en torno a un mismo eje y a veces mostramos caras diferentes, pero en el fondo siempre somos los mismos.

—Tienes toda la razón, pero cuando Clara y yo nos encontramos en aquella situación de intimidad, yo todavía no trabajaba con vosotros, ¿no?

Torkel lo miró, no tenía fuerzas para responder.

—No volverá a ocurrir —dijo Sebastian tan seriamente como pudo, y a continuación añadió—: Te lo prometo.

¡Como si la promesa pudiera borrar la memoria del cuerpo desnudo de Beatrice, la noche anterior! Beatrice Strand, tutora del chico asesinado y madre del mejor amigo de Roger. Se mirara como se mirase, acostarse con ella había sido un error en todos los aspectos. ¡Dios santo! Hasta él mismo se veía obligado a reconocer que había sido una idiotez.

«¿Por qué siempre tengo que llevarlo todo hasta el límite?».

Torkel lo miró. Durante unos segundos, Sebastian estuvo seguro de que iba a despedirlo de manera fulminante. Habría sido la decisión correcta. Pero tardó demasiado en pronunciarse. Por alguna razón que Sebastian no acertaba a comprender, estaba dudando.

—¿Estás seguro de que no se repetirá? —dijo por fin.

Sebastian hizo un gesto afirmativo, esforzándose por parecer serio y sincero.

—Totalmente.

—No es necesario que te lleves a la cama a cada mujer que conoces —prosiguió Torkel, en un tono menos severo.

De repente, Sebastian comprendió lo que antes le había parecido tan enigmático. De hecho, era bastante simple. Torkel se comportaba así porque le tenía simpatía. Entonces decidió que al menos lo intentaría, porque sabía que en cierto modo su antiguo compañero se lo merecía.

—Me cuesta un poco estar solo. Las noches son lo peor.

Torkel lo miró a los ojos.

—Quiero que sepas que no voy a darte otra oportunidad. Ahora vete, así por un rato no tendré que verte.

Sebastian asintió y se marchó. En condiciones normales, habría salido de la sala radiante de felicidad y sintiéndose superior. Una vez más, había hecho gala de su habilidad para escapar de una situación difícil. Se había salido con la suya.

—Me has metido en un problema —oyó que Torkel decía a su espalda—. Y no me gusta.

Si Sebastian pudiera sentir arrepentimiento o tener mala conciencia, probablemente los habría sentido en ese momento. Pero, mientras se dirigía a la puerta, había en él algo parecido a los dos sentimientos. Beatrice había sido una aventura de una sola noche y nada más. Sebastian se prometió que no pasaría de ahí.

La chica recién salida de la ducha se había dado por vencida al cabo de veinte minutos, al ver que Peter Westin no aparecía. Después de esperar un rato más, Vanja se había ido a dar una vuelta alrededor de la casa, para tomar el aire. No le resultaba fácil quedarse quieta y aprovechó la ocasión para llamar a sus padres. Estaban a punto de salir de casa, pero de todos modos pudo hablar un momento con ellos. Fue como en los viejos tiempos. Primero habló un buen rato con su madre y, a continuación, unos minutos con su padre. Curiosamente, a él podía decirle lo mismo con menos palabras. Ya había vuelto a instalarse cierto aire de cotidianidad en sus conversaciones, tras unos meses en que todo había girado en torno a la vida y la muerte. Vanja se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos la normalidad de la vida diaria, y se echó a reír cuando su madre volvió a sacar uno de sus temas favoritos: las relaciones sentimentales de su hija. O, mejor dicho, la ausencia de estas. Como siempre, Vanja eludió todas sus preguntas, pero con menos brusquedad que de costumbre.

¿Había conocido a alguien interesante en Örebro?

Estaba en Västerås. Y no, no había conocido a nadie.

Ese Billy tan amable, ese compañero suyo de trabajo, era una persona muy agradable, ¿no?

Sí, pero tener algo con él habría sido como acostarse con un hermano.

Después había salido el tema de Jonathan, que era donde acababan todos los argumentos de su madre.

¿No pensaba reanudar el contacto? ¡Era un hombre tan encantador...!

Hasta hacía un par de meses, Vanja se ponía a la defensiva cada vez que salía el tema de Jonathan. Normalmente la sacaba de quicio el empeño de su madre en convencerla para que volviera con su ex, sin darse cuenta de que Vanja encontraba humillante su insistencia. Pero, en ese momento, la conversación le pareció de una cotidianidad maravillosa, e incluso permitió que su madre se explayara un buen rato en sus razonamientos. De hecho, la mujer pareció sorprendida al no encontrar la firme oposición habitual y sus argumentos fueron perdiendo fuerza y apagándose, hasta llegar a la misma conclusión que solía alcanzar Vanja.

—Pero, como ya eres mayor de edad, puedes decidir por ti misma.

—Eso es, mamá. Muchas gracias.

Después se puso su padre al teléfono. Había decidido acercarse a Västerås para saludarla esa misma tarde y no pensaba aceptar excusas. Vanja ni siquiera intentó ponérselas. Siempre mantenía separados sus dos mundos, pero esa vez no le importaba que se cruzaran. Al contrario. Su padre le anunció que llegaría en el tren de las 18.20, y Vanja le prometió que iría a recogerlo a la estación. Puso fin a la comunicación y volvió a la consulta. Allí consiguió que el otro psicólogo, que ya empezaba a cansarse de ella, le diera la dirección particular de Peter Westin. También le prometió a Vanja que, en cuanto Peter llegara a la consulta, le diría que la policía lo estaba buscando para hablar con él. Vanja se sentó en el coche y miró la dirección: Rotevägen, 12. La introdujo en el GPS. Tardaría unos treinta minutos en llegar allí, y ella tenía que estar de vuelta en la comisaría a las diez, para reunirse con el resto del equipo. Westin iba a tener que esperar.

Torkel entró en la sala de reuniones, donde ya estaban sentados los demás. Ursula lo miró por encima del hombro y le dijo con picardía:

—¿Dónde has dejado a Sebastian?

¿Estaba Torkel inusualmente susceptible esa mañana, o había una diferencia entre preguntar «dónde está Sebastian» y «dónde has dejado a Sebastian»? Preguntar lo segundo era como dar a entender que Sebastian y él eran inseparables. Batman y Robin. Leoncio y Tristán. Torkel y Sebastian. «¿Dónde has dejado a Sebastian?» era una forma pasivo-agresiva de expresarle su convencimiento de que Sebastian era mucho más importante para él que ella misma. ¡Como si necesitara un recordatorio! Aunque ella no lo supiera, en ese momento Torkel habría donado a Sebastian a la ciencia, para que hicieran con él todo tipo de experimentos dolorosos. Pero la mañana ya había sido suficientemente complicada como para encima ponerse a discutir con Ursula.

Por eso se limitó a decir: «Ya viene». Separó una silla de la mesa y se sentó. Tendió un brazo, cogió el termo y se sirvió café en un vaso de plástico.

—¿Ya ha llegado Mikael? —preguntó.

El tono de voz era neutro. De conversación intrascendente.

—Vendrá por la tarde.

—Me alegro.

—Yo también.

Vanja levantó la vista. Había creído notar cierto retintín en las palabras de Ursula y Torkel, un tonillo que no recordaba haber oído antes. O quizá sí. Se parecía al que

usaban sus padres cuando ella era pequeña, para disimular que estaban discutiendo. Mantenían un tono educado y neutro, para que ella creyera que no pasaba nada. Pero el truco no funcionaba entonces, ni tampoco ahora. Vanja miró a Billy. ¿Se habría dado cuenta él también? Era evidente que no. Estaba completamente absorto en la pantalla de su portátil.

En ese momento entró Sebastian, saludó a todos con un gesto y se sentó. Vanja siguió observando a Ursula de reojo y vio que, con expresión sombría, miraba primero a Sebastian y después a Torkel, y por último bajaba la vista hacia la mesa. ¿Qué estaba pasando? Torkel bebió un sorbo de café y se aclaró la garganta.

—Billy, ya puedes empezar.

Billy cuadró los hombros, cerró el ordenador, recogió un pequeño montón de folios A4 y se puso de pie.

—Muy bien. Ayer por la tarde recibí la lista de llamadas de la compañía telefónica, y esta mañana, el informe de la policía científica, y lo he combinado todo en un solo documento.

Dio una vuelta alrededor de la mesa y repartió los papeles. Vanja se preguntó por qué no se limitaría a empujarlos hasta el centro de la mesa, para que todos cogieran los suyos, pero no dijo nada y se dedicó a leer la primera página del documento que acababa de recibir.

—En la primera página están las llamadas salientes. La última que hizo Roger fue el viernes a las 20.17, a casa de su tutora.

Billy la inscribió en la línea cronológica que tenían en la pared. Sebastian levantó la vista de los papeles.

—¿Se puede ver si intentó llamar a alguien después, sin obtener respuesta?

—Sí, pero no hizo ninguna llamada más. Esa fue la última.

—¿Por qué? ¿En qué estabas pensando? —le preguntó Vanja a Sebastian.

—Llamó a casa de los Strand para hablar con Johan, ¿no? ¿Y después no intentó llamarlo al móvil?

Billy se volvió hacia ellos.

—Sí. Quiero decir, no.

—Puede que algo se lo hubiera impedido —propuso Torkel.

—Un asesino, por ejemplo —intervino Ursula.

—En la página siguiente —continuó Billy— están las llamadas recibidas. La última es de Lisa, poco antes de las seis y media. Bueno, ya lo estáis viendo vosotros mismos.

Billy apuntó también esa última conversación en la línea cronológica. Después se

volvió hacia la mesa y pasó la página.

—Ahora vienen los SMS. En la primera hoja están los que se conservaban en el teléfono que cayó al agua. Son pocos, la mayoría de Johan, Erik o Lisa. Ya sabíamos que Roger no tenía mucha vida social, así que en ese sentido no hay nada raro. Si pasáis a la última página, veréis los SMS entrantes que fueron borrados. Son bastante interesantes.

Sebastian miró por encima la página que tenía delante y dio un respingo. «Bastante interesantes» era una clara infravaloración.

—Dos de los mensajes se enviaron con una tarjeta de prepago —prosiguió Billy—. Uno es del jueves y el otro del viernes, pocas horas antes de la desaparición de Roger.

Sebastian leyó el primero:

¡ESTO TIENE QUE ACABAR! ¡POR EL BIEN DE TODOS!

Y el otro:

¡POR FAVOR, LLAMA, DI ALGO! ¡TODA LA CULPA ES MÍA! ¡NADIE TE CULPA A TI!

Sebastian dejó los papeles sobre la mesa y se volvió hacia Billy.

—Los aspectos técnicos nunca han sido mi fuerte, pero eso de la tarjeta de prepago, ¿significa lo que yo creo que significa?

—Si lo que crees es que tenemos el número, pero no el nombre del abonado, entonces sí —respondió Billy mientras escribía el número en la pizarra—. He pedido el registro de todas las llamadas y los mensajes de este teléfono. Ya veremos si encontramos algo.

Sebastian notó que Vanja, probablemente sin darse cuenta, había levantado la mano de la mesa con el índice extendido, como si fuera a pedir la palabra, mientras seguía estudiando los papeles que tenía delante. Durante un momento fugaz, se la imaginó vestida con uniforme de escolar, pero enseguida rechazó la idea. Ya había atravesado demasiados límites en esa investigación. Además, si algo le habían enseñado todos sus años de relaciones fugaces era a distinguir cuándo tenía alguna posibilidad y cuándo no tenía ninguna.

—¿Los mensajes también estaban escritos en versales en el teléfono, o sólo aquí, en la transcripción? Las versales son letras mayúsculas.

Billy miró a Vanja con cierto cansancio en la mirada.

—Ya sé lo que son las versales.

—Perdona.

—Estaban escritos tal como los ves aquí. En versales.

—Escribir en mayúsculas equivale a gritar.

—O también puede querer decir que el remitente no estaba muy familiarizado con las funciones del móvil.

—La mayoría de las personas que no saben manejar muy bien el móvil tienen cierta edad.

Sebastian leyó una vez más los SMS y le dio la razón a Vanja. No sabía si las mayúsculas equivalían a gritar o no, pero la elección de las palabras y el buen uso de los signos de puntuación indicaban que el remitente era con toda probabilidad una persona mayor.

—Pero ¿tenemos alguna posibilidad de averiguar quién los envió? —preguntó Torkel.

En su voz se adivinaba cierta decepción. Billy le contestó con un gesto negativo.

—¿Alguien ha tratado de llamar a ese número?

Silencio. Primero todos miraron a Vanja, que había hecho la pregunta. Después, recorrieron con la mirada al resto de los presentes, hasta detenerse en Billy, que dio un par de pasos decididos hacia el teléfono depositado en medio de la mesa, activó el altavoz y marcó el número. Un silencio tenso y expectante se extendió por la sala. No se oyó ningún tono de llamada. En su lugar, saltó directamente el mensaje de la compañía telefónica: «En este momento el abonado no está disponible. Por favor, inténtelo más tarde».

Billy desactivó el altavoz. Torkel lo miró con gesto grave.

—Asegúrate de que alguien siga llamando a ese número.

Billy asintió.

—¿Qué hay en el resto de la lista? —preguntó Ursula, indicando la hoja que sostenía en la mano.

Sebastian la estudió.

Un mensaje decía: 12 cervezas + vodka.

El siguiente: 20 cervezas y ginebra, con el icono de una carita sonriente.

El otro: 1 btl. tinto + cerveza.

Y había más del mismo estilo.

—Son pedidos.

Los otros levantaron la vista.

—¿De qué?

—De lo que veis ahí.

Sebastian se volvió hacia Billy.

—¿Cuándo recibió el último de esos mensajes?

—Hace más o menos un mes.

Sebastian intercambió una mirada con Vanja. Notó que ella estaba pensando lo mismo, pero lo dijo de todos modos.

—Fue cuando despidieron a Axel Johansson por vender alcohol a los alumnos.

Vanja se levantó y miró a Sebastian, que bajó la vista hacia los papeles. Sebastian sabía adónde quería ir Vanja. Justo al lugar al que Sebastian hubiera preferido no acercarse.

Vanja echó a andar hacia la casa. Sebastian la seguía unos pasos más atrás. Primero había pensado quedarse en el coche, pero enseguida se dio cuenta de que a ella le habría parecido raro. No era que le preocupara lo que Vanja pudiera pensar de él, sino más bien un puro instinto de supervivencia. Había tomado la decisión de quedarse un tiempo más en la investigación del caso, al menos hasta que Billy le consiguiera la dirección que necesitaba, y una Beatrice Strand agradecida por una noche maravillosa habría sido un obstáculo considerable para lograr su propósito. Vanja ni siquiera llegó a llamar, pero la puerta se abrió. Era Beatrice, con el pelo recogido y vestida con vaqueros y una blusa sencilla. Pareció sorprendida.

—Hola. ¿Ha pasado algo?

—Necesitamos hablar con Johan —dijo Vanja.

—No está en casa. Se ha ido con Ulf de acampada.

Beatrice miró a Sebastian, sin dejar entrever que acababan de verse apenas unas horas antes.

—Eso ya lo sabemos —replicó Vanja—, pero ¿puede decirnos adónde?

Iban hacia el oeste por la E-18. Las instrucciones de Beatrice los habían llevado a la pequeña localidad de Dingtuna y desde allí hacia el sur, por carreteras secundarias, hasta la orilla del Mälaren y la ensenada de Lilla Blacken, donde Beatrice pensaba que Johan y Ulf podían estar acampados. Vanja y Sebastian circulaban en silencio. Vanja intentó llamar una vez más a Peter Westin, pero tampoco obtuvo respuesta. Empezaba a resultarle irritante que el psicólogo fuera incapaz de devolverle las llamadas. Le había dejado cuatro mensajes. Sebastian cerró los ojos.

—¿Te acostaste tarde ayer?

Él negó con la cabeza.

—No, pero dormí mal —respondió, y volvió a cerrar los ojos, para dejar claro que

no tenía ganas de conversar.

Sin embargo, tuvo que abrirlos de nuevo cuando Vanja frenó bruscamente.

—¿Qué pasa?

—¿Qué hacemos aquí, giramos a la izquierda o a la derecha? ¿No eras tú el responsable del mapa?

—Déjate de tonterías.

—¿No te gustaba decidir? Ahora tienes una oportunidad.

Sebastian suspiró, sacó el mapa y lo desplegó. No tenía ganas de discutir. Por una vez podía dejar que ganara Vanja.

Detestaba Västerås.

¡Dios santo, cómo odiaba Västerås!

Le parecía que había visto ya cada metro cuadrado de la ciudad, en las grabaciones de mejor o peor calidad de las cámaras de vigilancia. Le habría gustado ver un poco la ciudad en vivo, por así decirlo, pero sólo había podido dejar las grabaciones cuando había tenido que recopilar la lista de las llamadas, o cuando...

De repente, dio un respingo y se lanzó sobre el teclado. *Stop. Atrás. Play.* «¡Sí, por fin! Señoras y señores, entrando por la derecha: ¡Roger Eriksson!». *Stop* otra vez. Billy echó un vistazo al registro que acompañaba a las grabaciones. ¿Qué cámara era? La 1:22. Instalada en Drottninggatan. ¿Dónde quedaba eso? Sacó el plano de Västerås, buscó el lugar, lo encontró y lo marcó con una cruz. Los dígitos de la hora en una esquina de la imagen señalaban las 21.29 horas.

Play.

Billy vio que Roger iba en dirección a la cámara con la cabeza gacha, andando lentamente. Después de recorrer unos diez metros, levantaba la vista, torcía a la derecha, desaparecía detrás de un coche aparcado en una calle lateral y salía de la escena.

Billy suspiró. La alegría le había durado poco. En la grabación el chico estaba vivo y seguía caminando, lo que significaba que él también tendría que seguir viendo las calles de Västerås, le gustara o no. Se había fijado en que Roger se dirigía al norte. Volvió a abrir el registro y lo comparó con el plano. Descartó las cámaras situadas del lado opuesto de la calle y emprendió otra vez la búsqueda.

¡Cómo odiaba Västerås!

Lilla Blacken era un lugar muy turístico, a orillas de una ensenada del Mälaren. O en todo caso lo sería en verano, porque en ese momento parecía bastante solitario. Vanja

y Sebastian habían tenido que dar unas cuantas vueltas por carreteras secundarias antes de encontrar el lugar. Vieron un Renault Mégane aparcado delante de un maltrecho tablón de anuncios. Sebastian se apeó del coche y se dirigió hacia el vehículo vacío. Le pareció reconocerlo del día anterior, cuando había estado en casa de Beatrice, hablando con Ulf.

«BIENVENIDOS AL ÁREA DE ACAMPADA DE LILLA BLACKEN», podía leerse en un deteriorado cartel sobre el tablón. Debajo había varios anuncios de venta o permuta, y una oferta de licencia de pesca que la humedad del invierno había borrado casi por completo. Sebastian se volvió hacia Vanja.

—Creo que es aquí.

Miraron a su alrededor. Delante de ellos se extendía un bosquecillo de árboles dispersos, sobre un campo abierto que bajaba hacia el lago. A lo lejos, cerca de la orilla, se divisaba una tienda de campaña de color azul, cuyas esquinas se agitaban levemente al viento.

Bajaron por la hierba húmeda en dirección a la tienda. El cielo estaba encapotado, pero el frío de la noche había desaparecido. Vanja encabezaba la marcha, como de costumbre. Sebastian sonrió, pensando en su compañera. Siempre tenía que ser la primera y la que dijera la última palabra. Así era Vanja, igual que él cuando era joven y ambicioso. Ahora que ya era mayor, se conformaba con tener la última palabra. Cuando estuvieron un poco más cerca, vieron a dos personas sentadas en un viejo embarcadero que se adentraba unos metros en el agua, a escasa distancia de la tienda. Parecían estar pescando, sentados muy juntos uno del otro. Cuando Sebastian y Vanja estuvieron aún más cerca, reconocieron a Ulf y a Johan. Entre los dos componían la clásica imagen del padre y el hijo, una de esas escenas que Sebastian nunca había vivido.

Ulf y Johan iban bien pertrechados, con gorra y botas verdes de goma, y a su lado había varios cubos, un cuchillo y una caja con boyas y anzuelos. Cada uno sostenía una caña de pescar. Johan no se movió. Ulf se levantó y salió al encuentro de los policías, con preocupación en la mirada.

—¿Ha pasado algo?

El nivel del lago había crecido a causa del deshielo primaveral y el fondo del embarcadero tocaba peligrosamente el agua. Las frías olas se colaban por los resquicios y empapaban la estructura de madera. Ulf avanzó hacia ellos, y Sebastian retrocedió un par de pasos para no mojarse.

—Necesitamos hablar con Johan. Tenemos información nueva.

—¡Y nosotros que pensábamos que podríamos estar un tiempo en paz, lejos de

todo! Ha sido muy duro para él.

—Sí, ya nos lo había dicho, pero necesitamos hacerle algunas preguntas. Es importante.

—Por mí está bien, papá.

Ulf asintió, dándose por vencido, y se apartó para que pasaran al embarcadero. Johan dejó la caña y empezó a ponerse de pie con movimientos lentos, al ver que se acercaban. Vanja no pudo esperar a tenerlo delante.

—Johan, ¿sabes si Roger vendía alcohol con Axel Johansson?

El chico se quedó inmóvil, mirándola a los ojos. Parecía un niño pequeño con ropa demasiado grande. Asintió. Estaba muy pálido. Entonces Ulf intervino. Era evidente que el padre acababa de enterarse.

—¿Tienes algo que decir?

Los tres adultos contemplaron al chico de dieciséis años, que se puso todavía más pálido.

—La idea fue de Roger. Él recogía los pedidos y Axel compraba la bebida. La vendían más cara y se repartían los beneficios.

Ulf miró a su hijo con severidad.

—¿Tú también participabas?

El chico se apresuró a negar con la cabeza.

—No, yo no quise.

Entonces miró suplicante a su padre, que le devolvió la mirada con particular dureza.

—Escucha, Johan. Entiendo que quisieras proteger a Roger, pero ahora tienes que contarnos a mí y a estos oficiales todo lo que sabes. —Para entonces, Johan se había acercado a su padre y estaba junto a él—. ¿Lo has entendido?

El chico asintió en silencio, y Vanja pensó que había llegado el momento de continuar.

—¿Cuándo empezaron?

—En otoño. Roger habló con Axel y en poco tiempo lo tenían montado. Ganaban bastante dinero.

—¿Cuál fue el problema? ¿Por qué delató Roger a Axel?

—Porque Axel no quería repartir el dinero con nadie y empezó a vender por su cuenta. No necesitaba a Roger. Podía recoger directamente los pedidos.

—Entonces ¿Roger fue a hablar con el director?

—Sí.

—Y el director despidió a Axel Johansson...

—Sí, el mismo día.

—¿No le dijo Axel al director que Roger había sido socio suyo?

—No lo sé. Creo que se lo dijo el propio Roger. Que había colaborado, pero se había arrepentido. Que ya no quería saber nada de Axel.

La última pregunta la había hecho Sebastian. Prácticamente podía ver a Roger delante del puntilloso director, interpretando el papel del alumno honesto y arrepentido, delatando al hombre que lo había traicionado. Roger había resultado ser más frío y calculador de lo que Sebastian había supuesto. Cada día le descubría una faceta nueva. Era fascinante.

—¿Por qué se había metido Roger en ese lío?

—Necesitaba dinero.

Ulf se sintió obligado a intervenir, quizá para aclarar que no era un problema que afectara a su familia.

—¿Dinero? ¿Para qué?

—¿No veías cómo iba vestido, papá? ¿No te fijaste en la ropa que llevaba cuando empezó a ir al colegio? No quería que volvieran a meterse con él. —Se hizo un breve silencio y, al cabo de un momento, Johan prosiguió—. ¿No lo entendéis? Quería ser como los demás. Habría dado cualquier cosa por ser como todos.

La figura de Roger, indefinida al principio, empezaba a tomar forma. Sus vertientes ocultas comenzaban a salir a la luz y, con ellas, sus motivaciones. Era triste y muy humano. Un chico que quería ser otro. Algo que no era. A cualquier precio. Vanja reconocía la situación, porque ella también había ido al colegio, pero le resultaba sorprendente que esa necesidad hubiera desembocado en violencia e incluso en un asesinato. Sacó la lista impresa de los SMS de Roger, que le había preparado Billy, y se la mostró a Johan.

—Hemos encontrado estos SMS en su teléfono. —Le señaló a Johan los dos mensajes desesperados, y el chico los leyó con atención—. ¿Sabes quién pudo enviarlos?

Johan negó con la cabeza.

—Ni idea.

—¿No reconoces el número?

—No.

—¿Seguro? Podría ser muy importante.

Johan asintió, pero repitió que no sabía nada. Ulf le pasó un brazo por los hombros.

—Roger y tú habíais empezado a distanciarnos un poco este último trimestre, ¿no

es así?

Johan asintió.

—¿Por qué? —preguntó Vanja.

—Ya se sabe. Los chicos cambian con la edad y siguen diferentes caminos.

Ulf se encogió de hombros, dando a entender que era prácticamente una ley de la naturaleza, contra la que nadie podía rebelarse. Pero Vanja insistió, dirigiéndose específicamente a Johan.

—¿Había alguna razón para que ya no estuvierais tan unidos?

Johan dudó un momento, pensó un poco y por fin se encogió de hombros, como había hecho su padre.

—Había cambiado.

—¿En qué sentido?

—No sé... Al final, sólo le interesaban el dinero y el sexo.

—¿El sexo?

Johan asintió.

—Siempre estaba hablando de lo mismo. Era una pesadez.

Ulf se inclinó hacia su hijo y lo abrazó. «Un gesto clásico», pensó Sebastian. La mayoría de los padres se sienten obligados a proteger a sus hijos cuando sale el tema del sexo. Es un gesto dedicado sobre todo al resto de las personas presentes, para demostrar al mundo que en esa familia los menores están protegidos de las pulsiones animales y las obscenidades. ¿Qué habría pensado Ulf si se hubiera enterado de lo que habían estado haciendo Sebastian y su mujer la noche anterior, mientras él tiritaba de frío, tumbado en el suelo de una tienda de campaña? Era mejor que no lo supiera, porque ese conocimiento habría anulado cualquier posibilidad de diálogo constructivo.

Siguieron hablando con Johan unos minutos más, intentando febrilmente conseguir más pistas para saber quién había sido Roger en realidad. Pero no pareció que Johan pudiera aportar nada más. Estaba cansado y agobiado. Los dos lo notaban y también sabían que habían sacado de él mucho más de lo que esperaban. Para terminar, dieron las gracias a Ulf y a Johan, y volvieron al coche. Desde la distancia, Sebastian contempló al padre y al hijo que se habían quedado junto al lago, y siguió sus movimientos.

Un padre amante y protector.

Con su hijo.

Sin lugar para nadie más.

Quizá no había sido Sebastian quien había seducido a Beatrice.

Quizá había sido al revés.

De regreso de Lilla Blacken, Vanja decidió pasar por la casa de Peter Westin en Rotevägen. Ni siquiera era necesario desviarse mucho del camino. La irritación por la falta de respuesta del psicólogo había dado paso a cierta preocupación; al fin y al cabo, ya había transcurrido toda la mañana. Su preocupación se vio rápidamente reforzada cuando al aproximarse al domicilio de Westin, el coche se llenó de pronto de un penetrante olor a humo. Por la ventana lateral, Vanja distinguió una tenue columna de humo gris negruzco, que se levantaba por encima de los árboles y las casas de dos plantas. Redujo la velocidad y giró a la izquierda por una transversal, y a continuación otra vez a la izquierda, por Rötevagen, una calle de casas unifamiliares, bordeada de castaños, cuya tranquilidad se veía alterada por la cantidad de coches de bomberos que bloqueaban el paso. Luces azules intermitentes. Bomberos que iban y venían sin prisa, cargados de material. Grupos de curiosos agolpados detrás del cordón de seguridad. Incluso Sebastian se despertó.

—¿Era ahí adonde teníamos que ir?

—Eso creo.

Se apearon del coche y se dirigieron a paso rápido hacia la casa. Cuanto más se acercaban, peor aspecto tenía. Faltaban grandes trozos de pared en uno de los flancos de la planta alta, y en el interior se vislumbraban escombros y muebles carbonizados. Un río de agua negra y maloliente llegaba hasta la calle y se perdía en las alcantarillas. El olor se iba volviendo más penetrante a medida que se aproximaban. Unos cuantos bomberos se ocupaban de los trabajos de extinción. Sobre la valla gris, que probablemente habría sido del mismo color que la casa antes del incendio, destacaba una placa metálica con el número 12. Era la casa de Peter Westin.

Vanja se identificó y, al cabo de unos minutos, pudo hablar con Sundstedt, el responsable de la operación. Era un hombre de unos cincuenta años, con bigote y una chaqueta brillante donde podía leerse, precisamente, «JEFE DE OPERACIONES». Se movía con parsimonia y hablaba con acento del norte. Pareció sorprendido de que dos policías de paisano se hubieran presentado tan pronto en el lugar de los hechos. Acababa de llamar para comunicar el hallazgo de un cadáver en la planta alta. Vanja se puso seria.

—¿Podría tratarse del hombre que vivía en esta casa? ¿Peter Westin?

—No lo sabemos, pero es posible. El cuerpo fue hallado entre los escombros del dormitorio —respondió Sundstedt, y a continuación explicó que uno de sus hombres había descubierto un pie carbonizado que sobresalía bajo los restos del techo desmoronado.

Les aseguró que intentarían recuperar el cadáver en cuanto fuera posible, pero señaló que era probable que hubiera que esperar varias horas, porque aún continuaban los trabajos de extinción y el riesgo de derrumbe era elevado.

El incendio se había declarado de madrugada, y el aviso había llegado a la central de bomberos a las 4.17 horas. La persona que había llamado había sido el vecino de la casa más próxima. A su llegada, los bomberos encontraron gran parte de la planta alta en llamas y tuvieron que dedicar todos sus esfuerzos a evitar que el fuego se propagara por el resto del vecindario.

—¿Ha sido provocado?

—Es demasiado pronto para saberlo, pero la concentración y el rápido desarrollo de las llamas parecen indicarlo.

Vanja miró a su alrededor. Notó que Sebastian se había acercado a un grupo de curiosos y estaba hablando con ellos. Sacó el teléfono y llamó a Ursula. Le explicó la situación y le pidió que acudiera lo antes posible. Después llamó a Torkel para contarle lo ocurrido, pero no obtuvo respuesta. Le dejó un mensaje en el buzón de voz.

Sebastian fue hacia ella, indicando con la cabeza a los vecinos con los que acababa

de hablar.

—Varios me han dicho que vieron a Westin ayer por la noche. Están convencidos de que estaba dentro. Dicen que siempre estaba en casa.

Se miraron.

—Demasiada casualidad, creo yo —dijo Sebastian—. ¿Estás segura de que Roger era paciente suyo?

—No, en absoluto. Sé que lo visitó un par de veces al principio, al empezar en el colegio. Me lo ha contado Beatrice. Pero no sé si seguía yendo a su consulta. Lo único que tenemos son las iniciales y las anotaciones de los miércoles en su agenda.

Sebastian asintió y la cogió del brazo.

—Tenemos que averiguarlo —dijo mientras echaba a andar hacia el coche—. Aquel colegio es demasiado pequeño para guardar ese tipo de secretos. Créeme. Yo estuve allí.

Volvieron al vehículo y pusieron rumbo una vez más al Palmlövsvka. Parecía como si el caso se empeñara en hacerlos volver una y otra vez al colegio.

A la institución aparentemente perfecta.

Con una fachada cada vez más agrietada.

Vanja llamó a Billy y le pidió que buscara toda la información existente acerca de un tal Peter Westin, psicólogo con domicilio en Rotevägen, 12, y Billy le prometió que lo haría cuanto antes. Mientras tanto, Sebastian llamó a Lena Eriksson, para preguntarle si sabía qué hacía su hijo cada quince días, en miércoles alternos, a las diez de la mañana. Tal como Vanja había sospechado, Lena no sabía nada de ningún psicólogo escolar. Sebastian le agradeció su atención y puso fin a la llamada. Vanja lo miró y se dio cuenta de que a lo largo de la última hora se le había olvidado la promesa que se había hecho a sí misma de no sentir ninguna simpatía por él. De hecho, era un compañero bastante bueno en situaciones críticas. No pudo reprimir una sonrisa. Como era natural, Sebastian no dejó pasar la oportunidad de interpretarla a su manera.

—¿Estás flirteando conmigo?

—¿Qué dices? ¡No!

—Entonces, ¿por qué me miras como una adolescente enamorada?

—Vete a la mierda.

—No tienes por qué avergonzarte. Suelo obrar ese efecto en las mujeres.

Sebastian le sonrió con ridícula autosuficiencia. Ella desvió la vista y pisó el acelerador.

Esta vez, Sebastian pudo quedarse con la última palabra.

—¿Tienes un momento?

Por el tono, Haraldsson comprendió enseguida que en realidad Hanser quería decir: «¡Quiero hablar contigo ahora mismo!». No se equivocaba. Cuando levantó la vista de sus papeles, vio a Hanser de pie, con los brazos cruzados, señalando con gesto resuelto la puerta de su despacho. Pero no iba a ponérselo tan fácil. Fuera lo que fuese lo que quería decirle, no pensaba dejarla jugar en terreno propio.

—¿No podemos hablar aquí? Intento sobrecargar el tobillo lo menos posible.

Hanser contempló el área de oficinas a su alrededor, como para determinar hasta qué punto podrían oír la conversación los colegas más próximos, y por fin, con un suspiro y un movimiento controlado, para no dejar traslucir la irritación, acercó una silla de una de las mesas que estaban libres. Se sentó frente a Haraldsson, se inclinó hacia delante y empezó a hablar en voz baja.

—¿Estabas anoche delante de la casa de Axel Johansson?

—No.

Un acto reflejo.

Negar lo todo.

Sin razonamiento previo.

¿Se lo habría preguntado ella sabiendo que él había estado allí? Probablemente. En ese caso, habría sido mejor responder que sí y buscar después una buena excusa para explicar su presencia en el lugar. Eso, en el supuesto de que fuera un problema, aunque imaginaba que lo era, porque de lo contrario Hanser no habría ido a hablar con él. ¿O quizá ella no sabía que había estado allí, pero lo sospechaba? De ser así, la negación podía funcionar. ¿Y si quería elogiar su iniciativa? Muy poco probable. La cabeza de Haraldsson era un torbellino. Tenía la sensación de que iba a ser preciso concentrarse en minimizar los daños y de que habría sido mejor contestar que sí a la pregunta. Pero ya era tarde.

—¿Estás seguro de que no fuiste tú?

Era tarde para echarse atrás, pero tampoco era necesario que confirmara o desmintiera su respuesta anterior.

—¿De qué estás hablando?

—He recibido una llamada de una tal Desiré Holmin, que vive en el mismo edificio que Axel Johansson. Me ha dicho que lo vio ayer por la noche y que alguien lo estaba esperando en un coche. Dice que, cuando Axel llegó al portal, el tipo del coche salió a perseguirlo.

—¿Y tú crees que ese tipo era yo?

—¿Lo eras?

Haraldsson se puso a pensar febrilmente. Holmin... Holmin... ¿No era la viejecita gris del rellano de Johansson? ¡Sí, era ella! Había mostrado muchísimo interés cuando él había llamado a su puerta para interrogarla. Era como si nunca fuera a parar de hablar. No le habría extrañado que fuera el tipo de persona que se queda levantada toda la noche y se dedica a espiar. Para ayudar a la policía, o sólo para poner un poco de emoción en su vida gris y monótona de pensionista. Pero todo había sucedido en la oscuridad de la noche y suponía que la anciana estaría cansada y tendría la vista borrosa. Hasta era probable que estuviera un poco senil. El obstáculo no era insuperable.

—No, no era yo.

Hanser se lo quedó mirando en silencio, no sin cierta satisfacción. Haraldsson no lo sabía, pero acababa de cavar dos o tres palmos de su propia tumba. Aun así, ella no dijo nada, convencida de que su subordinado seguiría trabajando con la pala.

Haraldsson estaba muy preocupado. No le gustaba nada la forma en que Hanser lo miraba, ni tampoco su silencio, que era una manera de decirle que no le creía. ¿Estaba esbozando una sonrisita o eran imaginaciones suyas? Haraldsson decidió jugar de inmediato el as que tenía en la manga.

—¿Cómo quieres que persiga a nadie, si apenas consigo arrastrarme hasta el lavabo?

—¿Por el esguince?

—¡Claro!

Hanser hizo un gesto afirmativo y Haraldsson le sonrió. Listo. Todo quedaba aclarado. Hanser vería la imposibilidad de la situación y lo dejaría en paz. Sin embargo, para su gran sorpresa, su jefa permaneció sentada e igual de inclinada hacia delante.

—¿Qué coche tienes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Holmin ha dicho que el hombre que persiguió a Johansson se bajó de un Toyota verde.

«Muy bien», pensó Haraldsson. Había llegado el momento de jugar las otras cartas menos potentes: la noche, el cansancio, la vista borrosa, la senilidad... ¿A qué distancia del portal había aparcado? A unos veinte o treinta metros, como mínimo. Con una sonrisa ganadora miró a Hanser.

—No es que yo quiera desacreditar a la pobre señora Holmin, pero la noche era oscura. ¿Cómo lo hizo para ver el color del coche? Y, además, sinceramente...

¿Cuántos años tiene esa señora? Alrededor de ochenta, ¿no? Yo hablé con ella y no me pareció del todo fiable. Me sorprendería que supiera reconocer las diferentes marcas de coches.

—El vehículo estaba estacionado debajo de una farola y la señora Holmin tenía prismáticos.

Hanser se echó hacia atrás en la silla y contempló a Haraldsson con satisfacción. Casi le pareció ver su cerebro funcionando, con los engranajes girando a creciente velocidad, como en una película de dibujos animados. Le sorprendía un poco que no viera lo que estaba a punto de caerle encima.

—No soy el único propietario de un Toyota verde. Además, ni siquiera sabemos si de verdad era un Toyota verde el coche que vio esa señora.

«Es evidente que no —pensó Hanser, más sorprendida aún—. No lo ve». No sólo se estaba cavando su propia fosa, sino que había saltado dentro de ella.

—Esa señora apuntó la matrícula. Y en eso sí que eres el único.

Haraldsson enmudeció. No le salían las palabras. Se había quedado en blanco. Hanser se echó un poco más hacia delante y se apoyó en el escritorio.

—Ahora Axel Johansson sabe que lo estamos buscando y con toda probabilidad hará todo lo posible para que no lo encontremos.

Haraldsson abrió la boca para responder, pero no pudo hablar. Nada. Las cuerdas vocales no le respondían.

—Tengo que informar de esto a la Unidad de Homicidios. Ellos. Llevan. Esta. Investigación. Te lo digo con tanto énfasis porque tengo la impresión de que todavía no lo has entendido.

Hanser se levantó y miró desde arriba a Haraldsson, que le esquivó la mirada. Si no hubiera sido un quebrantamiento tan evidente de todas las normas, y también —tenía que admitirlo— si no se hubiera tratado de Haraldsson, habría sentido pena por él.

—También tendrás que explicarme en algún momento dónde estabas exactamente cuando se suponía que debías estar en Listakärr. Según Desiré Holmin, el hombre que perseguía a Axel no estaba cojo. Al contrario. Le pareció que corría bastante rápido.

Hanser dio media vuelta y se fue. Haraldsson se la quedó mirando con ojos vacíos. ¿Cómo había podido pasar? ¿No lo tenía todo controlado? ¿No había pensado que sólo tendría que minimizar los daños, en el peor de los casos? Lo que había sucedido no figuraba en ninguna de sus previsiones. El discurso de agradecimiento del jefe regional quedaba cada vez más lejos. Haraldsson sintió que la espiral descendente en que se había convertido su vida giraba cada vez más deprisa y era cada vez más

empinada. Y él estaba cayendo en picado. De cabeza.

Ursula ya conocía a Sundstedt. Durante un tiempo había sido investigador de la Comisión de Accidentes, antes de volver al cuerpo de bomberos. Se habían conocido cuando ella trabajaba en el SKL, el laboratorio central de la policía científica, durante la compleja investigación de un accidente aéreo en Sörmland, donde se sospechaba que el piloto de la avioneta privada había sido envenenado por su mujer. Enseguida habían congeniado. Sundstedt era exactamente como ella: franco, directo y dispuesto a hacerse cargo de todo si era preciso. La reconoció en cuanto la vio salir del coche y la saludó con un amistoso guiño.

—Veo que tenemos una visita importante.

—Claro que sí. ¡La tuya!

Se dieron un abrazo de amigos e intercambiaron unas frases sobre el tiempo transcurrido desde la última vez que se habían visto. Después, Sundstedt le dio a Ursula un casco protector, la hizo pasar al otro lado del cordón de seguridad y echó a andar con ella en dirección a la casa en ruinas.

—Entonces ¿sigues en la Unidad de Homicidios?

—Sí.

—¿Estáis aquí por el caso del chico asesinado?

Ursula hizo un gesto afirmativo. Sundstedt señaló entonces los restos del incendio.

—¿Creéis que puede haber alguna relación?

—No lo sabemos. ¿Habéis recuperado el cadáver?

Sundstedt negó con la cabeza, y los dos rodearon la casa. Cuando llegó a su coche aparcado, lo abrió, sacó de dentro una chaqueta de material ignífugo y se la tendió a Ursula.

—Póntela. Más vale que te enseñe dónde está, porque ya sé que empezarás a refunfuñar si no sigues toda la operación desde el principio.

—Yo no refunfuño. Me quejo. Y con razón. Hay una gran diferencia.

Sonrientes, se dirigieron hacia la casa. Entraron por el hueco donde antes había estado la puerta principal, que para entonces se encontraba apoyada contra una pared, en el vestíbulo. Un poco más allá, los muebles de la cocina estaban intactos y parecían listos para que alguien se sentara a almorzar, pero el suelo se hallaba cubierto del agua sucia de hollín que se escurría del techo y corría por las paredes. Subieron la escalera, que tenía los peldaños resbaladizos por el agua. El olor acre se volvió más intenso. Se pegaba en las fosas nasales y hacía lagrimear. Ursula ya había visto unos cuantos incendios, pero siempre le parecían fascinantes. El fuego transformaba los objetos

cotidianos de una manera terrible y a la vez atractiva. Un sillón intacto destacaba en medio de los escombros. Detrás, donde antes había habido una pared, se veían el jardín y la casa vecina. El carácter efímero de la vida se entremezclaba con los restos de la normalidad diaria. Sundstedt empezó a moverse con más lentitud y prudencia. Con un gesto, le indicó a Ursula que se quedara donde estaba. El suelo crujía bajo su peso. Señaló una sábana blanca, tendida junto a los restos de la cama. Un trozo del techo se había desmoronado y sobre sus cabezas se veía parte del cielo.

—Ahí está el cadáver. Tenemos que apuntalar el suelo para poder recuperarlo.

Ursula hizo un gesto afirmativo, se acuclilló y sacó la cámara. Sundstedt sabía lo que quería, de modo que se adelantó un poco, sin decir nada, cogió la esquina más próxima de la sábana y la levantó. Debajo se veían sobre todo vigas carbonizadas y tejas enteras o fragmentadas del techo desmoronado. Pero lo que sobresalía entre los restos era claramente un pie. Estaba ennegrecido por las llamas, sin embargo la carne no estaba calcinada. Ursula tomó una serie de fotografías, empezando por vistas generales de la escena. Cuando con mucha cautela se acercó un poco más al pie, para captar primeros planos, percibió un hedor dulzón mezclado con el olor acre de la madera quemada, como si la morgue se hubiera combinado con un incendio forestal. Podía acostumbrarse a muchos aspectos del trabajo policial, pero los olores le seguían pareciendo lo peor.

Tragó saliva.

—Por las dimensiones del pie, se trata con toda probabilidad de un hombre adulto —empezó Sundstedt—. ¿Quieres que te ayude a extraer una muestra de tejido? Todavía quedan varias partes blandas en torno al empeine.

—Ya lo haré yo más adelante si es necesario. Ahora me resultaría más útil tener algo con que comparar los registros odontológicos.

—Pasarán varias horas antes de que podamos mover el cadáver.

Ursula hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien. Si para entonces no estoy aquí, llámame.

Sacó una tarjeta de visita de uno de sus bolsillos y se la tendió a Sundstedt. Él la aceptó, se la guardó, volvió a cubrir el pie con la sábana y se levantó del suelo. Ursula también.

Después iniciaron juntos la investigación de la causa del fuego. Ursula no era experta en incendios, pero incluso ella podía distinguir una serie de detalles en el dormitorio que apuntaban a una propagación extremadamente rápida de las llamas. Demasiado rápida para obedecer a causas naturales.

Rolf Lemmel estaba anonadado. Un amigo lo había llamado para darle la noticia del incendio en casa de Peter, pero aún no sabía nada del hallazgo de un cadáver en el dormitorio. Cuando Vanja se lo dijo, palideció todavía más. Se llevó las dos manos a la cara y se dejó caer en el sofá de la sala de espera.

—¿Es Peter?

—Todavía no lo sabemos, pero es muy probable que sí.

Lemmel se movió, inquieto. Era como si su cuerpo quisiera hacer algo, pero no supiera qué. Su respiración se volvió pesada y audible. Sebastian fue a buscarle un vaso de agua y, después de beber varios sorbos, Rolf dio la impresión de estar más calmado. Levantó la vista y miró a los policías. Vio que la mujer era la misma que había preguntado antes por Peter, cuando él todavía creía que su colega sólo se había retrasado. Por la mañana su presencia le había parecido algo irritante. Ahora se daba cuenta de que no había comprendido la seriedad de su visita.

—¿Por qué quería hablar con él? ¿Por algo relacionado con esto? —preguntó mirando a Vanja a los ojos.

—No lo sabemos. He venido para preguntarle por un paciente. Necesitaba saber si lo estaba atendiendo.

—¿De quién se trata?

—Roger Eriksson, un chico de dieciséis años, alumno del Palmlövskå.

Vanja se puso a buscar la fotografía, pero no fue necesario.

—¿El chico asesinado?

—Así es.

De todos modos, para asegurarse, Vanja le enseñó la foto. Lemmel la miró con atención y estuvo pensando un buen rato.

—No lo sé —dijo finalmente—. Peter tenía un acuerdo con el colegio y recibía a muchos adolescentes en su consulta. Puede ser que lo estuviera atendiendo.

—¿En miércoles alternos, a las diez de la mañana, durante el último trimestre? ¿Es posible que viniera a esas horas?

Lemmel negó con la cabeza.

—Yo sólo trabajo aquí tres días por semana. Los miércoles y los jueves paso consulta en el hospital, así que no lo sé. Pero podemos mirar en su despacho. Allí estará su agenda.

—¿No tienen a nadie que reciba a los pacientes? —preguntó Sebastian mientras pasaban al otro lado de la puerta de cristal y seguían por un pequeño pasillo.

—No, nos las arreglamos solos. Tener a alguien sería añadir un gasto inútil.

Lemmel se detuvo en la segunda puerta a la derecha y sacó las llaves para abrirla. Pareció un poco sorprendido cuando al intentar introducir la llave la puerta cedió.

—Qué raro...

Sebastian terminó de abrirla de un empujón. Dentro los esperaba un caos, un confuso desorden de papeles, carpetas abiertas, cajones tirados por el suelo, archivadores vacíos y cristales rotos. Rolf parecía atónito. Vanja se apresuró a ponerse un par de guantes blancos de látex.

—Quedaos fuera. Sebastian, llama a Ursula y dile que la necesitamos aquí cuanto antes.

—Creo que será mejor que la llames tú —dijo Sebastian con una sonrisa. Prefería eludir el mal trago.

—Pásale el mensaje. Puede que te odie, pero es una profesional.

Vanja se volvió hacia Lemmel.

—Usted no había entrado aquí hasta ahora, ¿no?

Lemmel negó con la cabeza y Vanja miró a su alrededor.

—¿Ve por alguna parte la agenda de Peter?

Casi en estado de *shock*, Lemmel tardó un momento en responder.

—No. Es una libreta verde de cuero, bastante grande, casi de formato A4.

Vanja asintió y se puso a buscar con cautela entre los papeles dispersos. No era tarea fácil, porque quería alterar lo menos posible el estado de la habitación, para no destruir eventuales pruebas. Pero al mismo tiempo le parecía de vital importancia averiguar si había una auténtica conexión entre Peter Westin y Roger, porque, en ese caso, la investigación estaba dando un giro inesperado.

Al cabo de diez minutos, se dio por vencida. Hasta donde podía ver, no había ninguna agenda en la habitación, pero tampoco podía buscar a fondo. Ursula había llamado y le había dicho que todavía se quedaría unas horas en Rotevågen, pero que Hanser le había prometido que enviaría a la consulta al mejor técnico de la policía de Västerås. A la propia Ursula no le gustaba mucho la idea, pero tampoco podía ser muy difícil proteger una habitación con un dispositivo de seguridad. Vanja cerró la puerta con la llave de Lemmel y fue a buscarlo. Lo encontró sentado en el sofá, hablando por teléfono. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su tono de voz era controlado, pero profundamente afligido. Cuando vio a Vanja, intentó rehacerse.

—Tengo que colgar, cariño —dijo—. La policía quiere hablar otra vez conmigo.

—El técnico está en camino. Es importante que no entre nadie en ese despacho. ¿Puedo quedarme con su llave?

Lemmel asintió en silencio. Vanja miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi compañero?

—Tenía que ir a algún sitio a comprobar algo.

Vanja dejó escapar un suspiro y sacó el móvil. Con el teléfono en la mano, se dio cuenta de que no tenía el número de Sebastian. No había pensado que fuera a necesitarlo nunca.

Sebastian entró en la cafetería del Instituto de Bachillerato Palmlövska. En su etapa de estudiante, no había en la planta baja ninguna sala acogedora acondicionada como un café del centro de la ciudad. En aquella época, el espacio que ahora ocupaba la cafetería era una sala de estudio para los que quisieran hacer trabajo extra. Las paredes no eran blancas ni tenían pequeños focos de luz. Tampoco había sillones de cuero negro, ni mesas bajas de madera clara, ni altavoces adosados a las paredes que emitieran música relajante, o al menos Sebastian no recordaba nada de eso. En su época, las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y había mesas largas rodeadas de sillas duras de madera. Y nada más.

Antes, en la consulta, se había hartado de ser un segundón. Había estado todo el día esforzándose por encajar, por no excederse, por ser un buen integrante del equipo y toda esa basura. No era particularmente difícil. Bastaba con seguir el ritmo de los demás y cerrar el pico la mayor parte del tiempo. Pero era aburrido. Era un puto aburrimiento que lo mataba a uno por dentro y lo dejaba idiotizado. Aunque en el coche se había apuntado algún tanto con Vanja, no le resultaba suficiente. Era como vivir en el nivel mínimo de subsistencia, y Sebastian no quería rebajarse.

Al ver con cuánto cuidado Vanja movía los papeles de la desordenada consulta para no perjudicar el trabajo de Ursula, decidió largarse y volar un rato a solas. En todas partes existía información. Siempre había alguien que sabía algo de alguna cosa. Sólo había que saber a quién preguntar.

Por eso estaba en la cafetería, mirando a su alrededor. Enseguida vio a Lisa Hansson, sentada un poco más allá, con sus amigas y varias tazas de capuchino vacías delante, sobre la mesa. Se dirigió hacia ella. Lisa no se alegró de verlo. Se le notó en la mirada, que era de simple aceptación. Suficiente para Sebastian.

—Hola, Lisa. ¿Tienes dos segundos?

Las otras chicas lo miraron sorprendidas, pero Sebastian no esperó respuesta.

—Necesito que me ayudes en una cosa.

Cuando veintidós minutos después Sebastian hizo de nuevo su entrada en la consulta de Lemmel y Westin, había conseguido que dos fuentes independientes le confirmaran

que Roger Eriksson acudía al despacho de Peter Westin cada quince días, en miércoles alternos, a las diez de la mañana. Como en cualquier otro grupo claramente definido con un fuerte control interno (y pocas comunidades ejercen mayor control sobre sus miembros que los grupos de adolescentes), Roger jamás habría podido escaparse periódicamente a la consulta de un psicólogo sin que nadie lo supiera. La propia Lisa no sabía qué hacía ni a quién veía Roger los miércoles, pero la chica conocía bien las jerarquías del colegio y había sido de gran utilidad para encontrar a alguien que sí lo supiera. Una alumna de segundo había visto a Roger en la consulta y otra del mismo curso, pero de otra clase, se lo confirmó. Habían coincidido dos veces con él en la sala de espera.

Vanja estaba hablando por teléfono y miró con desagrado a Sebastian cuando este entró en la habitación con actitud despreocupada y una sonrisa en la cara. Un técnico estaba aplicando polvo sobre la puerta del despacho de Westin, en busca de huellas dactilares. Sebastian pensó que había llegado en el momento perfecto y esperó a que Vanja terminara su conversación telefónica.

—¿Cómo va todo? ¿Habéis encontrado alguna pista?

—Todavía no. ¿Dónde estabas?

—Trabajando un poco. Tú querías saber si era cierto que Roger venía aquí cada quince días, en miércoles alternos, a las diez de la mañana, ¿verdad? Ya está confirmado.

—¿Quién te lo ha dicho?

Sebastian le dio los nombres de las dos estudiantes. Incluso había escrito todos sus datos en una hoja, porque sabía que a Vanja le daría todavía más rabia.

—Llámalas y compruébalo si quieres.

Vanja echó un vistazo a la hoja.

—Las llamaré, pero más tarde. Ahora vamos a la oficina. Billy ha encontrado algo.

Torkel esperaba que hubiera pasado algo bueno. Necesitaba algún éxito, que le dieran una alegría. De hecho, estaba dispuesto a conformarse con cualquier cosa que no se estuviera yendo directamente al carajo. Acababa de salir de una reunión con Hanser. Después de unas frases amables del tipo «gracias por la cena» y «qué bien lo pasamos», le había contado lo de Thomas Haraldsson. Daba igual que sus intenciones hubieran sido buenas. El jodido inútil había conseguido que el principal sospechoso de la investigación prácticamente pasara a la clandestinidad. Eso significaba, en principio, que toda la información que se obtuvo de los registros de llamadas y de los SMS recuperados había perdido su valor. Y lo que era peor, todo parecía indicar que

la muerte del psicólogo de Roger había sido un asesinato. Como mínimo, había muerto, y Torkel tenía demasiada experiencia para pensar que podía tratarse de una desgraciada casualidad. Por lo tanto, tenían entre manos un doble crimen. Y la hipótesis de Sebastian de que el primer asesinato no había sido intencionado era un magro consuelo, ya que el segundo había tenido que serlo, sin lugar a dudas. Era probable que asesinaran a Westin por algo que él sabía, algo relacionado con Roger Eriksson. Torkel maldijo la lentitud de su equipo. ¿Por qué no habían llegado antes a casa del psicólogo? Nada les salía bien en esa maldita investigación. Tampoco pasaría mucho tiempo antes de que la prensa estableciera la conexión entre los dos asesinatos. Era justo lo que necesitaban para mantener el interés en la historia del chico muerto.

Además, Ursula estaba enfadada con él.

Y esperaba la visita de Mikael.

Empujó la puerta de la sala de reuniones. Ursula seguía trabajando en el lugar del incendio, pero los otros ya estaban sentados en torno a la mesa. Escogió una de las sillas y, con una inclinación de la cabeza, le indicó a Billy que ya podía comenzar. Empezó a zumbear el proyector en el techo, por lo que Torkel dedujo que verían imágenes de las cámaras de vigilancia. Acertó. En la grabación, Roger entraba por la derecha, andando con lentitud.

—A las 21.29, Roger Eriksson se encontraba aquí. —Billy trazó un círculo en una de las calles del plano que había colgado en la pared—. A un kilómetro, más o menos, de Gustavsborgsgatan. Como veis, cruza la calle y desaparece. Y con esto quiero decir que realmente desaparece. Ya no volvemos a verlo.

Billy hizo retroceder la grabación con el mando a distancia y congeló la imagen justo un instante antes de que Roger se perdiera detrás de un coche aparcado.

—Gira y sigue por Spränggränd, un callejón sin salida que acaba en tres vías peatonales, orientadas en tres direcciones diferentes. He comprobado todas las cámaras al norte y al oeste de Spränggränd. No son muchas. Roger no aparece en ninguna de las grabaciones. También consideré la posibilidad de que hubiera vuelto sobre sus pasos, pero tampoco encontré nada. He visto más vídeos de calles aburridas de los que nadie debería ver en toda su vida, y os puedo asegurar que esta es la última imagen que existe de Roger Eriksson.

Todos se quedaron mirando la imagen congelada. Torkel sintió que su estado de ánimo se hundía unos metros más, o cualquier otra unidad que sirviera para medir el hundimiento del estado de ánimo.

—Si consideramos la posibilidad de que haya seguido todo recto, hacia el norte, ¿qué encontramos por allí?

Lo había preguntado Vanja. Torkel agradeció que aún hubiera una persona en el equipo empeñada en sacar algo de donde no había nada.

—Al otro lado de la E-18 está Vallby, un área compuesta más que nada por grandes bloques de apartamentos.

—¿Tenía Roger alguna relación con esa parte de la ciudad? ¿Algún compañero de clase, alguien que viviera por allí?

Billy negó con la cabeza. Sebastian se levantó y fue hacia el plano.

—¿Qué es esto de aquí? —preguntó, señalando un edificio grande que aparecía aislado, a escasos veinte metros del final de Spränggränd.

—Un hotel de carretera.

Sebastian empezó a ir y venir por la sala, hablando con calma y en tono argumentativo, como si estuviera reflexionando consigo mismo.

—Roger y Lisa fingieron durante un tiempo una relación. Lisa dijo que Roger solía encontrarse con otra persona, que ella no conocía. Era un secreto que Roger guardaba celosamente.

Sebastian volvió a aproximarse al plano y señaló el hotel.

—Según Johan, Roger hablaba todo el tiempo de sexo. Un hotel de carretera es el lugar perfecto para ese tipo de encuentros.

Recorrió con la mirada la expresión de sus tres colegas.

—Sí, lo digo por experiencia propia —añadió, lanzándole a Vanja una mirada sugerente—. No de ese hotel en concreto, pero tú y yo aún tenemos mucho camino por recorrer.

Vanja lo miró fastidiada. Era la segunda insinuación sexual del día. Si había una tercera, tomaría medidas para que lo apartaran de la investigación con tanta rapidez que ni se enteraría. Pero no dijo nada. ¿Para qué advertírselo? Torkel se cruzó de brazos y miró a Sebastian con escepticismo.

—¿No te parece un poco... precoz, eso de tener una cita en un hotel a los dieciséis años? ¿No habría sido más normal ir a casa de alguien?

—Quizá no fuera posible, por diferentes razones.

Todos guardaron silencio. La misma mirada escéptica de Torkel se repetía en los rostros de Billy y Vanja. Sebastian levantó los brazos.

—¡Pensad un poco! Tenemos un hotel de carretera y un chaval de dieciséis años muy salido. Por lo menos habría que hacer alguna comprobación, ¿no?

Vanja se puso de pie.

—¡Billy!

Billy asintió y se marchó con ella de la sala.

El económico hotel Edin, construido en los años sesenta, parecía descuidado y tenía un aspecto bastante deteriorado. Apenas tres vehículos ocupaban el enorme aparcamiento. El edificio, evidentemente inspirado en los moteles estadounidenses, consistía en dos plantas alargadas con escalera exterior, de tal modo que cada habitación tenía salida directa al aparcamiento. En medio de la estructura había una pequeña recepción, con un rótulo luminoso encendido, en el que podía leerse: «HABITACIONES LIBRES». Billy y Vanja tuvieron la sensación de que debía de hacer mucho tiempo que ese rótulo no se apagaba. Si querían encontrar a alguien que intentara esconderse, estaban en el lugar perfecto.

Entraron por una doble puerta de cristal, con un cartel escrito a mano que advertía: «NO ACEPTAMOS AMERICAN EXPRESS». Estaba bastante oscuro en la recepción, que consistía en un mostrador circular de madera oscura, dos sillones y una mesa baja redonda, sobre una moqueta sucia de color azul marino. El ambiente olía a encierro y a humo de tabaco, y el pequeño ventilador que zumbaba sobre el mostrador no bastaba para remediarlo. Detrás del mostrador había una mujer de unos cincuenta y cinco años, de larga melena teñida de rubio. Estaba leyendo una de las revistas de cotilleos más baratas, con un montón de fotos y muy poco texto. A su lado, sobre el mostrador, reposaba el *Aftonbladet* del día, abierto por un artículo que hablaba de Roger. Vanja ya lo había visto unas horas antes. No llevaba nada nuevo, excepto unas declaraciones del director del Palmlövsvska, que explicaba que su colegio trabajaba activamente para prevenir el acoso escolar y la marginación, y aseguraba que en sus aulas Roger había encontrado por fin «su casa», según su manera de expresarlo. Vanja casi se había puesto enferma ante la cantidad de mentiras que contaba el director del colegio.

La mujer de la recepción levantó la vista hacia los recién llegados.

—Buenos días.

Billy le sonrió.

—¿Trabajó usted el viernes pasado?

—¿Perdón?

—Somos policías.

Billy y Vanja le enseñaron sus identificaciones. La mujer asintió, como para disculparlos. Entonces Vanja sacó la fotografía de Roger y se la puso delante, bajo la lámpara, para que la viera bien.

—¿Lo reconoce?

—Sí, del periódico. —La mujer apoyó la mano sobre el tabloide abierto—. Sale

todos los días.

—Pero ¿no recuerda haberlo visto por aquí?

—No. ¿Debería recordarlo?

—Creemos que quizá pudo estar aquí el viernes pasado. Poco antes de las diez.

La mujer de la recepción negó con la cabeza.

—No lo recuerdo, pero no solemos ver a todos los huéspedes. Sólo a los que pagan. Pudo haber estado en una de las habitaciones con otra persona.

—¿Estuvo en una de las habitaciones?

—Que yo sepa, no. Lo único que digo es que *pudo* haber estado.

—Necesitamos un poco más de información sobre los huéspedes que se alojaron aquí esa noche.

Primero la mujer los miró con escepticismo, pero al cabo de un momento dio dos pasos hacia un ordenador de aspecto anticuado. «Debe de tener por lo menos ocho años —pensó Billy—, y probablemente más. Una reliquia». La mujer empezó a mover los dedos sobre el teclado amarillento.

—En la noche del viernes al sábado tuvimos un total de nueve habitaciones ocupadas.

—¿Las nueve estaban ocupadas en torno a las nueve y media?

—¿De la noche?

Billy asintió. La mujer siguió haciendo comprobaciones con el ordenador y, después de un rato, encontró lo que buscaba.

—No. A esa hora eran sólo siete.

—Vamos a necesitar todos los datos que tenga acerca de los huéspedes.

Un surco de preocupación se formó en la frente de la recepcionista.

—Estoy bastante segura de que para eso tienen que presentar algún tipo de autorización, ¿no? Una orden judicial o algo.

Vanja se inclinó hacia ella.

—Yo creo que no.

Pero la mujer estaba decidida. No sabía mucho sobre la protección del derecho a la intimidad, pero veía la televisión y sabía que la policía siempre necesitaba autorizaciones para todo. No iba a traicionar a sus clientes solamente porque se lo pidieran. Estaba dispuesta a resistir.

—Pero es así. Tienen que enseñarme una autorización.

Vanja la miró contrariada y después se volvió hacia Billy.

—Muy bien. Volveremos con una orden judicial.

La mujer sonrió satisfecha. «¡Toma ya!». Había protegido la intimidad de sus

huéspedes y, con ella, todo el tema de la libertad de expresión. La mujer policía siguió hablando.

—Y aprovecharemos la ocasión para volver también con un inspector fiscal y quizá con alguien del Departamento de Sanidad. Porque también tienen restaurante, ¿no?

La mujer de la recepción miró a Vanja, dudando. ¿Sería cierto que podían hacer algo así? Mientras tanto, Billy echó un vistazo a su alrededor e hizo su aportación, asintiendo con expresión grave.

—Tampoco hay que olvidar la protección contra incendios. Hay varias vías de evacuación que sería preciso inspeccionar. Usted parece muy interesada en la protección de los huéspedes, ¿no?

Vanja y Billy se dirigieron a la puerta. La mujer del mostrador pareció dudar.

—Un momento —dijo por fin—. No quiero complicarles la tarea. Puedo imprimirles una copia ahora mismo.

Miró a los dos policías y esbozó una sonrisa tonta. De repente, reparó en el periódico abierto sobre el mostrador y lo reconoció. Fue una sensación extraña. De excitación y triunfo. Era una ocasión para ganar puntos a su favor. Quizá de esa manera conseguiría que se olvidaran de la inspección de sanidad. Se volvió hacia la mujer policía, que iba hacia ella.

—Estuvo aquí el viernes pasado.

Vanja siguió acercándose, mientras la miraba con curiosidad.

—¿Qué ha dicho?

—Digo que estuvo aquí el viernes pasado —repitió, señalando el periódico abierto.

Vanja se estremeció cuando vio cuál era el rostro que la mujer de la recepción le estaba señalando.

En la amplia sala se percibía un entusiasmo que antes había estado ausente. Eran muchas las preguntas. Se habían abierto varias vías y de pronto el caso los obligaba a establecer prioridades. La última novedad era que la recepcionista del hotel estaba segura de haber visto en su establecimiento a Ragnar Groth, el director del Instituto de Bachillerato Palmlövska, aquel viernes por la noche. Y no había sido la única vez. El hombre visitaba periódicamente el hotel. Pagaba siempre en efectivo y decía llamarse Robert, con un apellido falso. Aquel viernes, la recepcionista lo había visto sólo de pasada, cuando él se dirigía a una de las habitaciones del lado oeste, porque Groth no había entrado en la recepción. La mujer siempre había supuesto que acudía al hotel para encontrarse con una amante. Después de todo, había algunas personas que utilizaban el establecimiento con ese fin. Quizá no fuera lo que decía su publicidad, pero era la realidad. Sebastian sonrió para sus adentros. Las cosas se estaban poniendo cada vez mejor. El pedante y puntilloso director Groth parecía tener bastante mierda bajo la alfombra. Torkel miró a Vanja y a Billy, y asintió con orgullo.

—Muy buen trabajo. Con esto, el director pasa a tener interés prioritario para nosotros. Tal como yo lo veo, hay una probabilidad bastante elevada de que Roger y él coincidieran en un mismo sitio la noche en que el chico fue asesinado.

Billy extrajo una fotografía de Ragnar Groth y se la pasó a Torkel.

—¿Podrías pegarla en la pared? Yo todavía no he tenido tiempo. Pero lo interesante es que tanto Roger como Peter Westin estaban relacionados con el director. Westin tenía un acuerdo con el colegio y Roger acudía a su consulta.

Torkel pegó la fotografía en la pizarra y, con un rotulador, trazó una flecha hasta la imagen de Roger y otra hasta la foto de Westin.

—Quizá deberíamos visitar otra vez a nuestro director, para hacerle unas preguntas más —dijo Torkel, volviéndose hacia los demás.

Hubo una breve pausa.

—Creo que deberíamos ir con cuidado y reunir un poco más de información, antes de confrontarlo con lo que sabemos —replicó Sebastian, quebrando el silencio—. Hasta ahora ha demostrado una habilidad excepcional para ocultar datos

relevantes. Cuanto más sepamos en el momento de hablar con él, más difícil le resultará esquivar el golpe.

Vanja asintió, expresando su acuerdo con Sebastian. Ella había hecho el mismo análisis.

—Así es, sobre todo porque todavía sabemos muy poco acerca de Peter Westin —prosiguió esta—. Ni siquiera estamos seguros de la identidad del cadáver hallado en su dormitorio, ni sabemos cómo se originó el incendio. Ursula aún está en Rotevågen, pero ha prometido enviar un informe preliminar en cuanto sea posible.

—¿Se sabe algo del allanamiento en la consulta de los psicólogos? —intervino Torkel, mirando a Vanja.

—No, la policía técnica no ha encontrado nada y la agenda ha desaparecido. En ese sentido, no hemos podido avanzar nada. El colega de Westin ha dicho que su compañero no solía tomar notas muy detalladas y que solamente escribía palabras sueltas, como ayuda a la memoria. Lo peor es que las escribía justo en la agenda que se ha volatilizado.

—Está visto que la suerte no nos acompaña —suspiró Billy.

—No, pero eso significa que tenemos que esforzarnos el doble —respondió Torkel, animando a los suyos—. La suerte es hija del esfuerzo, como ya sabemos. De momento, supondremos que la intrusión en el despacho de Westin está relacionada con el incendio y que la agenda la robaron por las anotaciones que contenía. Mantendremos esa suposición hasta que se demuestre lo contrario. Le he pedido a Hanser que envíe varias patrullas a los alrededores de la consulta, para que llamen a las puertas de los vecinos y averigüen si alguien vio algo sospechoso ayer por la noche.

—¿Y Axel Johansson? ¿Qué ha pasado con él? —Billy señaló con la cabeza la fotografía del bedel del colegio, en una esquina de la pizarra—. ¿Se sabe algo?

Torkel soltó una carcajada e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Sí, sabemos que Thomas Haraldsson, nuestro agente favorito, estuvo jugando a los detectives privados.

—¿Qué quieres decir?

—No sé ni por dónde empezar...

—Podrías empezar por reconocer que yo tenía razón. Debimos quitarnos de encima a ese inútil la primera vez que nos cruzamos con él en el vestíbulo, ¿o no? —dijo Vanja con una sonrisa.

Torkel asintió.

—Tienes toda la razón, Vanja. Toda la razón.

Una agente uniformada llamó a la puerta, asomó la cabeza, preguntó por Billy y Vanja, y, a continuación, les entregó un sobre a cada uno. Billy echó un vistazo al suyo.

—¿Quieres que veamos esto ahora? —le preguntó a Torkel.

—¿Qué es?

—El informe preliminar sobre los huéspedes del hotel que Vanja y yo hemos considerado más interesantes.

Torkel asintió.

—Sí, claro. Pero para terminar con el tema de Axel Johansson, os diré que no tenemos ninguna pista nueva. Gracias a Haraldsson, ahora sabe que lo estamos buscando, por lo que es probable que se haya marchado de Västerås. Hanser ha prometido desplegar todos sus recursos para encontrarlo, así que la dejaremos trabajar. Debo añadir que está bastante avergonzada.

Durante la explicación de Torkel, Billy se había acercado a la pared para pegar las nuevas fotografías. Esperó a que su jefe terminara de hablar y empezó su explicación.

—Veamos, en torno a las nueve de la noche del viernes, había un total de siete habitaciones ocupadas. Hemos descartado tres familias con niños y una pareja mayor que se quedó en el hotel hasta el lunes. No parece probable que Roger o Ragnar Groth fueran al hotel a visitar a una familia con niños o a una pareja de ancianos, de modo que de momento las apartamos. Nos quedan tres nombres que pueden ser interesantes.

Pegó las fotografías en la pizarra. Eran dos mujeres y un hombre.

—Malin Sten, de veintiocho años; Frank Clevén, de cincuenta y dos, y Stina Bokström, de cuarenta y seis.

Los otros se acercaron un poco más, para ver mejor las ampliaciones de las fotografías extraídas de los respectivos pasaportes.

Malin Sten, de soltera Ragnarsson, era la más joven de los huéspedes, una mujer atractiva, morena, de pelo largo y rizado. Según el informe, llevaba poco tiempo casada con un tal William Sten. La fotografía del centro correspondía a Frank Clevén, padre de tres hijos, con domicilio en Eskilstuna. Tenía el pelo corto y oscuro, algo encanecido, y una calvicie incipiente. De facciones bien definidas, en un rostro que parecía curtido por la intemperie. Su expresión era resuelta. La última era Stina Bokström, rubia, delgada, de pelo corto y rasgos angulosos. Soltera. Billy señaló a la mujer de pelo oscuro.

—He conseguido localizar a Malin Sten. Es una comercial de veintiocho años, que pasó la noche en Västerås, después de reunirse con un cliente para cerrar una venta.

Dice que no vio nada y que simplemente se metió en su habitación y se fue a dormir temprano. Vive en Estocolmo. Con los otros dos no he podido hablar todavía; pero, como veis, ninguno de los dos vive en Västerås, al menos según los datos que figuran en el padrón.

Torkel hizo un gesto afirmativo y miró al resto del grupo.

—Muy bien. Tenemos que localizar a los otros dos huéspedes. Debemos partir de la base de que quizá oculten algo. Y eso vale también para Malin.

Todos asintieron, menos Vanja, concentrada en los papeles que acababa de recibir. Al cabo de un momento, levantó la vista.

—Perdón, pero creo que todo eso tendrá que esperar.

Los demás se volvieron para mirarla. Incluso Sebastian se volvió. Decidida a disfrutar de su protagonismo, Vanja hizo una breve pausa antes de continuar.

—He estado pensando que el arma utilizada contra Roger era de calibre veintidós. Un clásico en las competiciones de tiro, ¿no?

Torkel la miró con cierta impaciencia.

—Sí, ¿y qué?

—Me acaban de enviar la lista de miembros del Club de Tiro Deportivo de Västerås.

Hizo otra pausa y no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción mientras recorría con la vista los rostros de sus compañeros.

—Nuestro querido director, Ragnar Groth, es miembro del club desde 1992. Y por lo visto es un miembro muy activo.

El club de tiro se encontraba al norte, en los alrededores del aeropuerto. Era una nave de madera que era probable que en otra época hubiera pertenecido al ejército, con galerías de tiro tanto dentro como fuera del edificio. Vanja, Sebastian y Billy comenzaron a distinguir el ruido sordo de las detonaciones en cuanto se acercaron un poco. Previamente, Vanja había llamado para concertar un encuentro con el secretario del club, que vivía a escasa distancia. El hombre había prometido acudir para contestar algunas preguntas. En la escalera de entrada salió a recibirlos y les dio la bienvenida. Tenía unos cuarenta y cinco años, vestía camisa de manga corta y vaqueros gastados, y tenía aspecto de haber sido militar. Se presentó como Ubbe Lindström. Entraron juntos en la nave y Ubbe los hizo pasar al sencillo despacho que hacía las veces de secretaría y también de depósito.

—Vienen ustedes por algo relacionado con uno de nuestros miembros, ¿no es así?
—dijo Ubbe, y se sentó en una desvencijada silla de oficina.

—Sí, con Ragnar Groth.

—Ragnar, sí. Excelente tirador. Dos medallas de bronce en campeonatos nacionales.

Ubbe se acercó a una de las abarrotadas estanterías, extrajo un archivador de esquinas gastadas y lo abrió. Tuvo que buscar entre una cantidad considerable de papeles antes de encontrar lo que quería.

—Miembro desde 1992. ¿Por qué quieren saberlo?

Billy no hizo caso de la pregunta.

—¿Guarda sus armas aquí en el club?

—No, las tiene en su casa, como la mayoría de nosotros. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Volvieron a ignorar la pregunta y esta vez fue Vanja la que intervino en la conversación.

—¿Sabe qué tipo de arma tiene?

—Tiene varias. Además de competir, suele cazar. ¿Está relacionado con el chico de su colegio? ¿El que murió?

Era bastante obstinado ese Ubbe. Sebastian se cansó de oírlo y se alejó unos pasos de la secretaría. No hacían falta tres personas para ignorar las preguntas de Lindström. Billy se volvió para mirarlo mientras Vanja seguía presionando a Ubbe con sus preguntas.

—¿Sabe si tiene alguna del calibre veintidós?

—Tiene una Brno CZ 453 Varmint.

Por fin, Ubbe había dejado de hacer preguntas para empezar a responder. Había que agradecersele. Vanja se dispuso a apuntar el modelo en su bloc de notas.

—¿Cómo ha dicho? ¿Bruno...?

—Brno CZ. Una carabina de caza, un arma extraordinaria. ¿Ustedes qué pistola tienen? ¿Sig Sauer p225? ¿Glock 17?

Vanja miró a Ubbe. Era evidente que tenía la costumbre de rematar cada respuesta con una pregunta. Pero esa última la podía responder.

—Sig Sauer. ¿La Brno CZ es la única arma de calibre veintidós que Ragnar tiene en su poder?

—Que yo sepa, sí. ¿Por qué? ¿Al chico le dispararon?

Sebastian se adentró por el largo pasillo y encontró una sala espaciosa, con una cafetera y una nevera grande y destartalada. Desde la puerta se veían dos grandes vitrinas repletas de trofeos y medallas. Además de las vitrinas, había en la sala unas

cuantas sillas sencillas y varias mesas con quemaduras de cigarrillo, de una época en que los hombres con fusil no necesitaban salir para poder fumar. Sebastian entró en la estancia. En una de las mesas había una niña de unos trece años, sentada sola, con una lata de refresco y un bollo de canela delante. La niña miró a Sebastian con áspera mirada de adolescente. Él la saludó con una breve inclinación de la cabeza y siguió adelante, en dirección a la vitrina donde estaban expuestos los trofeos dorados. Sebastian siempre había considerado fascinante que todos los deportes premiaran las victorias con copas de oro de dimensiones absurdas. Era como si los deportistas tuvieran muy poca confianza en sí mismos y en el fondo fueran conscientes del absoluto sinsentido de la práctica deportiva. La necesidad de negar esa verdad y reafirmar ante el mundo la importancia de su actividad provocaba un aumento galopante de los trofeos, tanto en lo referente a las dimensiones como al brillo.

En las paredes había fotografías de tiradores, solos o en grupo, y una serie de portadas o artículos de periódico enmarcados, dispersos aquí y allá. Era, sencillamente, la típica sala social de cualquier club. Sebastian repasó con escaso interés las fotos de las paredes, que en su mayoría mostraban hombres armados, con las piernas separadas, mirando con orgullo a la cámara. Había algo en sus sonrisas que a Sebastian le parecía ridículamente afectado. ¿De verdad era tan divertido estar ahí, con ese fusil y ese trofeo en la mano? Sintió en la espalda la mirada de la niña y se volvió. Lo seguía observando con dureza.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo la niña a Sebastian.

—Trabajando.

—¿En qué?

Sebastian la miró un momento.

—Soy psicólogo de la policía. ¿Y tú?

—Dentro de un rato tengo entrenamiento.

—¿Os dejan pegar tiros, a vuestra edad?

La niña se echó a reír.

—No nos disparamos entre nosotros.

—Todavía no... ¿Es divertido?

La niña se encogió de hombros.

—Más divertido que correr como tontos detrás de una pelota. ¿Es divertido ser psicólogo de la policía?

—Más o menos. Preferiría pegar tiros, igual que tú.

La niña lo contempló en silencio y volvió a concentrarse en su bollo. Era evidente que la conversación había terminado. Sebastian dirigió otra vez la mirada a la pared y

se detuvo en la fotografía de seis hombres radiantes de felicidad, reunidos en torno a una de las copas de tamaño desmesurado. Una placa dorada bajo la imagen describía el instante: «BRONCE, CAMPEONATO E SUECIA, 1999». Sebastian observó con más detenimiento la imagen y se fijó sobre todo en uno de los seis hombres. Estaba de pie, a la izquierda, y parecía particularmente feliz, con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto un montón de dientes. Sebastian desenganchó el cuadro con resolución y salió de la sala.

Cuando se marchó de la casa de Rotevägen, Ursula había llegado a la conclusión, con Sundstedt, de que el incendio en el domicilio de Peter Westin había sido provocado. Había quedado establecido más allá de toda duda que se había originado en el dormitorio. La pared y el suelo en las proximidades de la cama presentaban claros signos de un desarrollo explosivo de las llamas. Una vez iniciado, el fuego se había propagado con rapidez hasta el techo, y había redoblado su fuerza en cuanto el calor hizo estallar los cristales de la ventana, aportándole así más oxígeno. Alrededor de la cama no había nada que permitiera explicar el rápido desarrollo del incendio; sin embargo, al examinar el lugar con más detenimiento, se habían detectado trazas de un acelerante de la combustión. Por lo tanto, el incendio había sido provocado. El móvil del asesinato de Westin aún se desconocía, pero Sundstedt había conseguido extraer el cuerpo de debajo de los escombros. Habían pasado varias horas, porque en primer lugar había sido preciso apuntalar el suelo desde el piso de abajo. Ursula se aseguró de que el cadáver quedara bien protegido dentro de una bolsa especial y lo acompañó a la morgue, para estar presente durante la autopsia. Sundstedt le prometió que le llevaría el informe lo antes posible.

Los técnicos de la morgue torcieron un poco el gesto al ver que Ursula se proponía presenciar la autopsia, pero ella no les hizo caso. Había decidido que esta vez seguiría de cerca todos los movimientos importantes, porque de lo contrario la investigación podía convertirse en una auténtica pesadilla para la Unidad de Homicidios. La comparación con los registros odontológicos que había solicitado permitió establecer con bastante rapidez que el cadáver hallado en la casa incendiada era, en efecto, el de Peter Westin. Ursula podía estar relativamente segura de que la primera muerte había dado pie a un segundo asesinato, y de que estaban por lo tanto ante un doble crimen. También sabía que alguien capaz de asesinar dos veces puede hacerlo muchas veces más. Y que cada vez le resulta más fácil.

Cogió el teléfono y llamó a Torkel.

Billy y Vanja no consiguieron sonsacarle mucho más a Ubbe Lindström. Cuanto más hablaban, más a la defensiva se ponía. Pero habían averiguado lo más importante. El director Ragnar Groth tenía un arma que al menos por su calibre coincidía con la que había matado a Roger. Ubbe había intentado varias veces averiguar la razón de su interés por uno de los miembros más fieles y laureados del club; pero, al ver que no obtenía respuesta, se había ido cerrando cada vez más. Vanja tenía la sensación de que Ragnar Groth y Ubbe debían de ser algo más que simples compañeros de club. Probablemente eran amigos, y había cierto riesgo de que, en cuanto ellos se marcharan, Ubbe Lindström lo llamara para advertirle de la visita de los policías.

—Como ya sabe, la licencia de armas se renueva cada cinco años. Si yo me enterara de que esta conversación confidencial no ha sido tan confidencial como debería, entonces quizá...

Vanja dejó la frase inconclusa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó indignado el secretario del club—. ¿Me está amenazando?

Billy le sonrió.

—Mi compañera sólo le está diciendo que esta conversación debe quedar entre nosotros. ¿Entendido?

Ubbe asintió, con gesto sombrío. En cualquier caso, Billy y Vanja lo habían intentado y el secretario del club estaba advertido. Sebastian entró en la sala arrastrando los pies.

—Sólo una cosa más —dijo. Dejó delante de Ubbe la fotografía enmarcada y señaló con particular énfasis una parte de la escena—. ¿Quién es este hombre, el de la izquierda?

Ubbe se inclinó para ver la foto. Billy y Vanja se acercaron y vieron también al hombre de la amplia sonrisa.

—Es Frank. Frank Clevén.

Vanja y Billy lo reconocieron de inmediato. Tenían su foto en la pared de la comisaría. Sin la amplia sonrisa, desde luego, pero no cabía ninguna duda de que era él: Frank Clevén, el mismo que el viernes anterior había reservado una habitación en el destartado hotel de carretera.

—¿También es miembro del club?

—Lo fue. Se marchó de la ciudad después de aquel campeonato de Suecia. Creo que ahora vive en Örebro. O en Eskilstuna. ¿También está implicado?

—Nadie está implicado en nada. Recuerde lo que le he dicho de la licencia de

armas —respondió Vanja con sequedad, antes de marcharse.

Los tres salieron en dirección al coche con mucha más prisa que de costumbre. La jornada empezaba a ser realmente buena.

Frank Clevén vivía en Lärkvägen, en Eskilstuna. Billy no obtuvo respuesta en el teléfono de su casa, y, según los directorios de Eniro, no había ningún móvil registrado a su nombre. Después de investigar un poco, Billy encontró el nombre de la empresa donde trabajaba: Construcciones H&R. Tenía un cargo de ingeniero y la empresa le había asignado un móvil. Billy lo llamó a ese número. Frank pareció muy sorprendido al enterarse de que la policía lo estaba buscando, pero Billy insistió en que sólo querían hacerle unas preguntas.

Preferiblemente en su oficina.

Lo antes posible. Dentro de media hora.

De hecho, insistían en que fuera así.

Vanja y Sebastian ya estaban en la carretera, de camino a Eskilstuna, cuando recibieron la llamada de Billy, que se había quedado en la comisaría. Su compañero les leyó un breve resumen acerca de Frank Clevén. No había nada demasiado interesante. Cincuenta y dos años de edad. Casado, con tres hijos. Nacido en Västervik. Se había mudado de niño a Västerås. Cuatro años de bachillerato técnico. Servicio militar en el cuartel de artilleros de Gotland. Licencia de armas para pistola y rifle desde finales de 1981 hasta el presente. Sin antecedentes penales, ni en el registro de morosos. Nada que llamara la atención. Pero Billy sabía dónde encontrarlo.

Justo antes de llegar a Eskilstuna, se detuvieron en una obra en construcción, en el solar donde se estaba edificando un nuevo centro comercial. Aún no parecía un futurista templo del consumo. Sólo se veían vigas desnudas donde más adelante se levantarían las paredes, pero la enorme base de hormigón armado ya estaba lista. A lo lejos se veían varios operarios, trabajando en torno a una enorme máquina amarilla. Sebastian y Vanja dirigieron sus pasos hacia las casetas prefabricadas de la obra y allí encontraron a alguien que parecía ser un capataz.

—Buscamos a Frank Clevén.

El hombre asintió y les señaló una de las casetas centrales.

—La última vez que lo he visto estaba ahí.

—Gracias.

Vanja y Sebastian se encaminaron hacia allá.

Frank Clevén era una de esas personas que mejoran al verlas cara a cara, en comparación con las fotografías. Era de rasgos finos, aunque tenía la piel curtida por

las muchas horas transcurridas al aire libre. Sus ojos, de mirada despierta y que recordaban a los del hombre del anuncio de Marlboro, estudiaron a Vanja y a Sebastian mientras les estrechaba la mano. La amplia sonrisa de la foto no apareció ni una sola vez durante la conversación. Les propuso a los policías que pasaran a su pequeña oficina, en el interior de una de las casetas, para hablar sin que nadie los molestara. Vanja y Sebastian echaron a andar tras él y, mientras lo seguían, ella observó que la espalda del hombre se iba encorvando cada vez más, a cada paso que daba sobre la grava crujiente. Su intuición le dijo que habían dado con la pista correcta.

Por fin.

Clevén abrió la puerta y los hizo pasar. Entraron en el estrecho recinto, donde la luz agrisada del día se colaba por dos ventanas cubiertas de polvo blanco. El aire olía a tanino. Una cafetera encendida dominaba el vestíbulo, que comunicaba dos despachos pequeños. El de Clevén era el primero. Una impersonal mesa de escritorio, cubierta de planos, y varias sillas constituían el único mobiliario. Las paredes estaban desnudas, con la única excepción de un calendario del año anterior y varias huellas de cinta adhesiva. Clevén miró a los policías, que prefirieron permanecer de pie, pese a su invitación para que se sentaran. Él tampoco se sentó.

—Tengo poco tiempo, así que esto tendrá que ser rápido.

Clevén intentó mantener un tono sereno, pero no lo consiguió. Sebastian notó que se le habían formado gotas de sudor sobre el labio superior. En la habitación no hacía calor.

—Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo, así que depende de usted que esto sea rápido o no lo sea —replicó Sebastian, para dejar perfectamente claro que la entrevista no iba a desarrollarse en los términos de Frank.

—Ni siquiera sé por qué están aquí. Su colega sólo me ha dicho que querían hablar conmigo.

—Si se sienta un momento, mi compañera se lo explicará.

Sebastian miró a Vanja, que hizo un gesto afirmativo, pero esperó a que Clevén se sentara. Al cabo de un breve instante de silencio, Clevén decidió cooperar y se sentó. Lo hizo al borde de la silla. Como sobre alfileres.

—¿Puede decirnos por qué estaba usted en un hotel de Västerås el viernes pasado?

El hombre los miró.

—Yo no estuve en ningún hotel el viernes pasado. ¿Quién lo dice?

—Lo decimos nosotros.

Vanja esperó en silencio. Por lo general, al llegar a ese punto, la persona a la que interrogaban decidía contarlo todo, al verse confrontada con los hechos. Evidentemente, Clevén debía de haber comprendido ya que los dos policías no se habrían desplazado hasta Eskilstuna si no hubieran estado seguros de lo que afirmaban. En esos casos, solía haber dos posibilidades: reconocer los hechos o negarlos y ofrecer otra explicación. Pero había una tercera posibilidad, callar, y fue la que eligió Clevén. Se quedó mirando alternativamente a Vanja y a Sebastian, sin decir ni una palabra. Vanja suspiró y se inclinó hacia delante.

—¿Con quién estaba? ¿Qué hizo?

—Les digo que no estuve en ningún hotel. —Los miró con expresión casi suplicante—. Deben de haberse equivocado de persona.

Vanja bajó la vista hacia sus papeles y dijo algo entre dientes, dejando que pasara el tiempo. Mientras tanto, Sebastian no desviaba la vista de Clevén, que se pasaba la lengua por los labios, como si los tuviera resecos. Una gota de sudor se le empezó a formar en una de las sienes, cerca del nacimiento del pelo. Seguía sin hacer calor en la habitación.

—¿No es usted Frank Clevén, con número de identificación personal 580518? —preguntó Vanja en tono neutro.

—Sí, soy yo.

—¿No pagó usted 779 coronas por una noche de hotel, con su tarjeta de crédito, el viernes pasado?

Clevén palideció.

—Me la robaron. Me robaron la tarjeta.

—¿Se la robaron? Entonces habrá hecho la denuncia. ¿Cuándo denunció el robo?

El hombre guardó silencio. Parecía como si el cerebro le estuviera funcionando a marchas forzadas. Una gota de sudor le rodó por la mejilla, visiblemente pálida.

—No lo he denunciado.

—¿La ha bloqueado?

—Puede que se me haya olvidado. No lo sé...

—¡Por favor! ¿De verdad pretende que creamos que le robaron la tarjeta?

No hubo respuesta. Vanja sintió que había llegado el momento de hacerle comprender a Frank Clevén la gravedad de la situación.

—Estamos investigando un asesinato, lo que significa que vamos a llegar hasta el fondo de cualquier información que nos dé. Así que voy a preguntárselo de nuevo. ¿Estuvo el viernes pasado en un hotel de Västerås? ¿Sí o no?

Clevén parecía casi en estado de *shock*.

—¿Un asesinato?

—Así es.

—Pero yo no he matado a nadie.

—¿Qué ha hecho entonces?

—Nada. No he hecho nada.

—Estuvo en Västerås la noche del crimen y miente al respecto. Eso a mí me parece un poco sospechoso.

Clevén se estremeció. Estaba temblando de pies a cabeza y le costaba fijar la mirada en las dos personas que tenía delante. Sebastian se levantó con brusquedad.

—Estoy hasta los huevos. Me voy a casa de este tipo a preguntarle a su mujer si sabe algo. ¿Te quedas con él?

Vanja hizo un gesto afirmativo y miró a Clevén, que observaba cómo Sebastian se aproximaba despacio a la puerta.

—Ella no sabe nada —consiguió articular por fin el hombre.

—Puede que no, pero al menos sabrá si su marido pasó la noche del viernes en casa. Las mujeres suelen controlar bastante ese tipo de cosas.

Con una gran sonrisa, Sebastian le hizo notar que la sola idea de presentarse en la casa donde vivían su mujer y sus hijos para hacer esa pregunta lo llenaba de alegría. Llegó a dar unos pasos más hacia la puerta, antes de que Clevén lo detuviera.

—Sí, de acuerdo. Estuve en ese hotel.

—¿Estuvo?

—Sí, pero mi mujer no sabe nada.

—Eso sí me lo creo. ¿Con quién se encontró?

No hubo respuesta.

—¿Con quién se encontró? Podemos quedarnos aquí todo el día. O podemos pedir un coche de policía, para que vengan unos agentes a detenerlo y se lo lleven esposado. Como usted quiera. Pero, sea como sea, le aseguro que al final vamos a averiguarlo.

—No puedo decir con quién estaba. No puedo decirlo. Ya sería bastante malo para mí que se descubriera, pero para él...

—¿Él?

Frank guardó silencio y asintió avergonzado. De repente, Sebastian lo entendió todo.

El club de tiro.

La mirada abochornada de Frank.

Las mentiras del Instituto de Bachillerato Palmlövskå.

—Fue a encontrarse con Ragnar Groth, ¿verdad?

Frank asintió en silencio.

Su mirada se hundió hasta el suelo.

Su mundo también.

En el coche, en el camino de vuelta, Sebastian y Vanja estaban entusiasmados.

Frank Clevén y Ragnar Groth mantenían desde hacía mucho tiempo una relación sentimental. Se habían conocido en el club de tiro, catorce años atrás. La relación, vacilante al principio, se había vuelto absorbente al cabo de un tiempo. Destructiva. Clevén se había marchado de Västerås para tratar de poner fin a algo que lo avergonzaba. Después de todo, era un hombre casado. Tenía hijos. No era homosexual. Pero no había sido capaz de romper definitivamente. Era como un veneno.

El placer.

El sexo.

La vergüenza.

Era una rueda que nunca dejaba de girar. Se habían seguido viendo. Siempre era Groth el que llamaba para proponer una cita, pero Clevén nunca lo rechazaba. Anhelaba esos encuentros, pero nunca en su casa. El hotel era su oasis. La habitación barata. Las camas mullidas. Clevén hacía la reserva y pagaba. Siempre encontraba alguna excusa para desviar las sospechas de su mujer. Era más fácil si no pernoctaba en el hotel. Volver tarde a casa era mucho más sencillo que pasar toda la noche fuera. Sí, se habían visto aquel viernes. Hacia las cuatro. Groth se había mostrado prácticamente insaciable. Clevén había abandonado el hotel en torno a las diez. Groth se había marchado de la habitación media hora antes.

Más o menos a las nueve y media.

La misma hora en que Roger con toda probabilidad pasaba junto al edificio.

Los cinco percibían la expectación que flotaba en el aire. La reconocían y se alegraban. Era así como se sentían cuando habían hecho progresos en una investigación, cuando el trabajo cobraba un nuevo impulso y ya casi se podía adivinar el final. Durante varios días, todas las pistas e informaciones los habían conducido a callejones sin salida; pero, desde que habían descubierto la cita de Ragnar Groth en el hotel de carretera, disponían de muchas piezas nuevas para completar el puzle y todas parecían encajar entre sí a la perfección.

—Vemos entonces que el director de un colegio concertado, que se basa en una visión del mundo y unos valores cristianos, es homosexual. —Miró a los miembros de su equipo y, en las miradas que le devolvieron, observó que una nueva energía animaba al grupo—. No es arriesgado suponer que el hombre estaba dispuesto a llegar bastante lejos para ocultarlo.

—Matar a alguien es algo más que llegar «bastante lejos». Es llegar tremendamente lejos.

Había hablado Ursula. «Parece cansada», pensó Torkel. Aunque había estado todo el día ocupada con el incendio y el presunto asesinato de Westin, Torkel no podía dejar de preguntarse si habría dormido tan mal como él.

—Groth no tenía intención de matar a nadie.

Sebastian se inclinó hacia delante, cogió una pera del frutero y le dio un ruidoso mordisco.

—¿No partimos del supuesto que la persona que mató a Roger Eriksson también asesinó a Peter Westin? —objetó Ursula—. ¿Todavía queda alguien que piense que la muerte de Westin pudo ser un desgraciado accidente?

—No, pero sigo sosteniendo que la muerte de Roger no estaba planeada.

Era un poco difícil distinguir las palabras entre los trozos de pera medio masticados. Sebastian se tomó unos segundos, terminó de masticar, tragó y volvió a empezar.

—Sigo sosteniendo que nadie planeó matar a Roger. Sin embargo, estamos ante una persona resuelta y metódica, que hará todo lo que haga falta para librarse del

castigo.

—Entonces, la muerte de Roger pudo haber sido accidental, pero el homicida está dispuesto a matar de forma premeditada para evitar que lo descubran. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Así es.

—¿Cómo lo justifica? —preguntó Billy—. Ante sí mismo, quiero decir.

—Es probable que se atribuya a sí mismo una importancia capital, y no necesariamente por su valor humano intrínseco. Quizá piense que una o más personas podrían resultar perjudicadas si acaba en la cárcel, o que podrían sufrir por su causa. O tal vez tiene un trabajo que, en su opinión, nadie puede desempeñar como él, o una misión que debe cumplir. A cualquier precio.

—¿Encaja en esa descripción el director del Palmlövsvska? —preguntó Vanja.

Sebastian se encogió de hombros. No se atrevía a formular un diagnóstico de Ragnar Groth a partir de tan sólo los dos breves encuentros que había tenido con él, pero tampoco podía descartarlo. Su compromiso con el colegio ya le había impedido denunciar un delito a la policía. ¿Estaría dispuesto a llegar más lejos? Suponía que sí. Pero ¿hasta dónde? Eso aún estaba por ver. Sebastian dejó abierta esa posibilidad.

—Podría encajar.

—¿Sabía Ragnar Groth que Roger frecuentaba la consulta de Westin? —preguntó Ursula, quien, como era comprensible, insistía en seguir la pista de Westin.

—Debía de saberlo —intervino Billy mirando a su alrededor en busca de aprobación—. Westin había firmado un contrato con el colegio. Seguramente comunicaría cuáles eran los alumnos que utilizaban sus servicios. De alguna manera tenía que cobrar.

—Tenemos que averiguarlo.

Torkel puso fin a la conversación, antes de que el renovado entusiasmo los llevara a dar respuestas a preguntas que aún ni siquiera se habían planteado. El deseo de que todas las piezas encajaran se volvía muy intenso en esa fase de la investigación y era preciso controlarlo. Debían analizar lo que sabían y separarlo de lo que sólo era posible o verosímil, y de todo aquello que ignoraban por completo.

—Sebastian y Vanja tienen una hipótesis. Los demás la escucharemos, prestando mucha atención para detectar contradicciones con los hechos o las pruebas materiales, ¿de acuerdo?

Todos asintieron. Torkel se volvió hacia Sebastian, que movió levemente la mano para indicarle a Vanja que empezara. Vanja hizo un gesto afirmativo, echó un vistazo a sus papeles y tomó la palabra.

—Pensamos que...

... Roger va andando en dirección al motel. Está furioso y triste después de su encuentro con Leo Lundin. Con la cara ensangrentada y el amor propio herido, se seca con la manga las lágrimas que todavía le ruedan por las mejillas. Atraviesa la explanada del hotel, de camino hacia el lugar donde va a encontrarse con alguien. De repente, se detiene. Un movimiento en una de las habitaciones lo hace reaccionar. Levanta la vista y ve al director de su colegio. Ragnar se vuelve hacia la habitación que acaba de abandonar, y una mano lo atrae otra vez hasta la puerta. Un hombre que Roger no conoce asoma la cabeza y le da un beso en la boca a Ragnar. El director protesta brevemente, pero, mientras Roger retrocede para confundirse entre las sombras, el director parece ceder y le devuelve el beso al desconocido. Tras despedirse, la puerta se cierra y Ragnar mira con cautela a su alrededor.

—Si Roger iba a encontrarse con alguien en el hotel, en ese momento cambia de planes.

Vanja miró a Sebastian, que se levantó y empezó a recorrer la sala para tomar el relevo de la explicación.

—El chico se escabulle hacia el aparcamiento...

... y cuando Ragnar llega a su coche, se encuentra con que Roger lo está esperando, con una sonrisa de superioridad en los labios. El muchacho le echa en cara a Ragnar lo que acaba de ver. El director lo niega todo, pero Roger insiste: si es cierto que no ha pasado nada, entonces no le preocupará que cuente lo que ha visto. Roger nota que Ragnar está pensando febrilmente, en busca de una solución. Observa y disfruta. Después del encuentro con Leo, le hace bien ostentar por un momento el poder, ver sudar a Ragnar, sentir que por una vez es otro el que sufre, ser el más fuerte. Al final, le dice que puede guardar silencio, pero añade que no será barato. Quiere dinero a cambio. Mucho dinero. Ragnar se niega. Roger se encoge de hombros. Dentro de quince minutos, la historia correrá por Facebook. Ragnar se da cuenta de que está a punto de perderlo todo. Roger se vuelve y empieza a alejarse. El aparcamiento está vacío. Mal iluminado. Roger ha hecho mal al darle la espalda, porque no sabe lo mucho que se juega el director. Ragnar lo golpea con todas sus fuerzas y Roger cae desplomado.

—Hace tiempo que no llueve. Deberíamos ir al aparcamiento del hotel, para ver si hay huellas de neumáticos.

Ursula asintió e hizo una anotación en el bloc que tenía delante. Era cierto que no había llovido más allá de unas pocas gotas desde el hallazgo del cadáver de Roger,

pero confiar en encontrar pruebas materiales en un aparcamiento más o menos frecuentado, una semana después del eventual delito, era llevar el optimismo más allá de todo límite razonable. Aun así, Ursula pensaba ir a dar un vistazo. Podía ser que se le hubiera caído algo al chico o quizá al director.

Sebastian miró a Vanja, que una vez más echó un rápido vistazo a sus papeles antes de tomar la palabra. Torkel seguía la exposición en silencio, y no sólo porque la hipótesis que iba cobrando forma ante sus ojos tuviera sentido, sino también porque Sebastian estaba dejando que Vanja participara activamente. Por lo general, sólo había lugar para uno cuando Sebastian ocupaba el escenario. No solía compartir el protagonismo. Vanja debía de estar haciendo muy bien alguna cosa.

—Con esfuerzo, Ragnar introduce a Roger en el coche...

... No había sido su intención hacer daño al muchacho, pero no podía dejar que se fuera así como así, ni permitirle que hablara y acabara con todo. Tenían que llegar a una solución aceptable para los dos. Hablarlo con calma. De manera racional y adulta. Ragnar conduce sin rumbo, por zonas cada vez más despobladas, sudoroso y agitado, con el muchacho inconsciente a su lado. No sabe cómo salir del aprieto, ni qué le dirá a su alumno en cuanto este vuelva en sí. Cuando aún no ha acabado de asimilar la pesadilla que está viviendo, el muchacho se despierta. Ni siquiera le da tiempo a Ragnar de comenzar su conversación racional y tranquilizadora, porque Roger se abalanza sobre él y empieza a golpearlo. Ragnar se ve obligado a frenar. El coche derrapa hacia el arcén y se detiene. Todos los intentos de serenar al muchacho fracasan. Ahora ya no se conformará con contarle a todo el mundo que el director folla con otros hombres, sino que lo denunciará por agresión y secuestro. Antes de que Ragnar alcance a reaccionar, Roger ya ha abierto la puerta y ha salido del coche trastabillando. Furioso, empieza a caminar por la carretera mal iluminada, al mismo tiempo que intenta orientarse. ¿Dónde demonios está? ¿Adónde lo ha llevado el cabrón del director? La adrenalina que le corre por las venas le impide notar el miedo. Los faros del coche proyectan delante su sombra alargada. Ragnar sale del vehículo, lo llama a gritos, pero por única respuesta recibe un gesto obsceno con el dedo corazón. Se desespera. Ve desmoronarse toda su vida delante de sus ojos. Es preciso detener a Roger. No piensa. Actúa por instinto. Corre al maletero, lo abre y saca la carabina de competición. La levanta y se la coloca rápidamente en posición, dirige la mirilla hacia el chico que huye y aprieta el gatillo. Roger cae.

Cuando aún no ha pasado ni un segundo, Ragnar comprende lo que ha hecho. Conmocionado, mira a su alrededor. No hay nadie. Nadie acude a ver qué ha

ocurrido. Nadie ha oído ni visto nada. Aún le queda una posibilidad para salvarse y sobrevivir.

Corre hacia el chico. Cuando ve la sangre que mana de la herida abierta en la espalda, a la luz de los faros del coche, comprende dos cosas:

El muchacho está muerto.

Y la bala es lo mismo que una huella dactilar.

Levanta el cadáver y lo aparta de la carretera, en dirección a los matorrales. Va hasta el coche a buscar un cuchillo. Se planta delante del chico y empieza a ensanchar el orificio de la bala. Sin proponérselo, funcionando casi en piloto automático, le arranca el corazón para extraerle la bala. Casi sorprendido, se queda mirando el pequeño trozo de metal ensangrentado que ha causado tanto daño. Entonces, desvía la vista hacia el cadáver que yace en el suelo. La bala ya no está, pero sería mejor borrar todas sus huellas y hacer ver que el chico ha sido víctima de un ataque con arma blanca. El instinto de supervivencia se apodera de Ragnar, que empieza a acuchillar al muchacho; está completamente fuera de sí.

—Después, mete el cadáver en el coche, lo lleva a Listakärr y lo arroja a la laguna. El resto, ya lo sabemos...

Sebastian y Vanja terminaron su exposición, una vívida descripción del desarrollo de los acontecimientos. Era cierto que la habían adornado con sentimientos e ideas que nadie podía atribuir con seguridad a ninguna de las personas implicadas; pero, aparte de eso, Torkel consideraba bastante acertado aquel razonamiento. Recorrió la sala con la mirada, se quitó las gafas y las plegó.

—Bueno, creo que deberíamos hablar un momento con Ragnar Groth.

—¡No, no, no! No sucedió nada de eso.

Ragnar Groth negó con la cabeza, se inclinó hacia delante en la silla e hizo un amplio gesto negativo con una mano, dejando ver una manicura perfectamente cuidada. El movimiento envió una sutil vaharada de Hugo Boss hacia Vanja, sentada al otro lado de la mesa. «La misma loción para después de afeitarse que usaba Jonathan», pensó Vanja un momento. Con toda probabilidad era lo único que los dos hombres tenían en común. Vanja acababa de exponerle el inicio de su teoría sobre la noche del crimen: el encuentro con Roger junto al hotel de carretera y la posible pelea. La reacción por parte del director había sido una negativa enérgica.

—¿Qué sucedió entonces?

—Nada en absoluto. No me encontré con Roger el viernes por la noche. Ya se lo he dicho.

Era cierto que ya lo había dicho. Hacía más o menos una hora, cuando habían ido a buscarlo al colegio. En cuanto Vanja y Billy habían entrado en su despacho, los había recibido con cara de cansancio e irritación. Pero, en el instante en que le habían expuesto la razón de su visita, el cansancio había desaparecido y lo había sustituido una agraviada incredulidad. ¿Le estaban diciendo que creían que estaba implicado de alguna manera en ese trágico incidente? ¿No podían estar hablando en serio! Pero enseguida comprendió que sí hablaban en serio, cuando le pidieron que los acompañara a la comisaría, para tener una pequeña conversación. Groth quiso saber si estaba detenido, arrestado o como fuera que lo llamaran, pero Vanja le aseguró que se trataba solamente de una conversación. El director había preguntado si no podían hablar en su despacho, como habían hecho las dos veces anteriores, sin embargo Vanja había insistido en hacerlo en la comisaría en esta ocasión. Habían tardado cierto tiempo en organizar todas las formalidades de algo tan sencillo como salir del despacho y del colegio. Groth quería evitar que alguien pudiera interpretarlo como un arresto. Vanja lo tranquilizó. No iban a esposarlo. No habría personal uniformado esperándolo en la puerta y viajaría en el asiento del acompañante de un coche sin distintivos. Ella incluso le proporcionó una excusa, cuando uno de sus colegas le preguntó adónde iba. Le dijo que se requería la presencia de Ragnar Groth en la comisaría, para ver si podía identificar a unos jóvenes que aparecían en las grabaciones de las cámaras de seguridad. El director le había agradecido su ayuda mientras pasaban bajo la gigantesca figura de Jesucristo en la fachada del colegio.

Después, en una de las tres salas de interrogatorios, había rechazado sucesivamente un café, un vaso de agua, un caramelo de regaliz y la asistencia de un abogado. Había saludado por primera vez a Torkel y los tres se habían sentado: Vanja y Torkel a un lado de la mesa, y Groth al otro. Antes de apoyar los brazos sobre la manchada superficie, la había limpiado a conciencia con un pañuelo.

—¿Qué es eso? —preguntó, al ver que Vanja recogía unos auriculares de la mesa.

—¿Esto? —dijo ella, enseñándole lo que tenía en la mano. Groth asintió—. Unos auriculares.

—¿Para oír a quién?

En lugar de responder, Vanja se los colocó en los oídos. Entonces Groth se volvió y echó un vistazo al desmesurado espejo que ocupaba toda la pared a su espalda.

—¿Está Bergman ahí detrás?

El tono había sido de indisimulada animadversión. Vanja prefirió no contestarle tampoco en esa ocasión. Pero el director no se equivocaba. Sebastian estaba en la

habitación vecina, observando el interrogatorio, para hacerle comentarios a Vanja cuando le pareciera oportuno. El equipo había acordado con bastante rapidez dejar a Sebastian fuera de la sala. Ya les parecía suficientemente difícil lograr que Ragnar Groth se sincerara sin que Sebastian estuviera presente, desafiándolo.

Vanja colocó la grabadora sobre la mesa, mencionó en voz alta a las personas presentes, indicó la hora y, a continuación, explicó el seguimiento que habían hecho de Roger a través de las cámaras de vigilancia. Después expuso su teoría de que Ragnar Groth se había encontrado con el chico delante del hotel. Al principio, el director se había limitado a escuchar, completamente impasible. La primera vez que había mostrado algún tipo de reacción había sido cuando se habló del hotel. Después, había negado silenciosamente con la cabeza, se había cruzado de brazos y se había echado hacia atrás, con un lenguaje corporal que expresaba claramente distanciamiento.

De Vanja.

De lo que estaba diciendo.

De toda la situación.

Sólo cuando Vanja terminó de hablar, Groth volvió a inclinarse hacia delante e hizo un amplio gesto con las manos.

—¡No, no, no! No sucedió nada de eso.

—¿Qué sucedió entonces?

—Nada en absoluto. No me encontré con Roger el viernes por la noche. Ya se lo he dicho.

—Pero ¿estaba usted en el hotel a la hora indicada?

En el interior de la sala vecina, Sebastian asintió satisfecho. Podían relacionar al director con esa hora y ese lugar, y era evidente que le molestaba.

Le molestaba mucho.

Tanto, que ni siquiera respondió a la pregunta de Vanja. Por supuesto, ella no se dio por vencida.

—La pregunta era retórica, porque sabemos que estaba usted en el hotel a las nueve y media del viernes.

—Pero no me encontré con Roger.

—Pídele que hable de Frank —sugirió Sebastian, dirigiéndose al aparato transmisor.

Notó que Vanja le prestaba atención en el interior de la sala de interrogatorios y echaba una mirada rápida al espejo. Sebastian le hizo un gesto afirmativo, como si pudiera verlo, y Vanja se inclinó hacia el director.

—Háblenos de Frank Clevén.

Groth no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo para recogerse los puños de la camisa por debajo de la americana, para que sobresalieran con un margen perfecto de un centímetro y medio. Después, se recostó en la silla y miró con calma a Vanja y a Torkel.

—Es un viejo amigo del club de tiro. Solemos reunirnos de vez en cuando.

—¿Para hacer qué?

Se lo había preguntado Torkel. Groth se volvió para mirarlo.

—Para recordar viejos tiempos. Ganamos juntos una medalla de bronce en los campeonatos de Suecia, como probablemente ya sabrán. Bebemos una copa de vino, a veces jugamos una partida de cartas...

—¿Por qué no se encuentran en su casa?

—Por lo general nos vemos cuando Frank está de paso por la ciudad o de camino a su casa. El hotel de carretera nos resulta más cómodo.

—Sabemos que sus encuentros con Frank Clevén en el hotel son de naturaleza sexual.

Groth se volvió hacia Vanja y, por unos segundos, pareció como si la sola idea le produjera repugnancia. Se inclinó hacia ella y le sostuvo la mirada.

—¿Y cómo es que *lo saben*, si me permite que se lo pregunte?

—Lo ha dicho Frank Clevén.

—Entonces ha mentido.

—Está casado y tiene tres hijos. ¿Por qué razón iba a mentir al decir que tiene por costumbre ir a Västerås para acostarse con un hombre?

—No lo sé. Tendrán que preguntárselo a él.

—¿Son ustedes amigos?

—Eso creía yo, pero lo que acabo de oír me hace dudar.

—Tenemos pruebas de que estuvo usted en el hotel.

—Estuve en el hotel y me encontré con Frank. Eso no lo niego. Pero niego firmemente que practicáramos cualquier tipo de actividad sexual o que yo me encontrara con Roger Eriksson esa noche.

Vanja y Torkel intercambiaron una mirada rápida. Ragnar Groth sabía lo que hacía. Reconocía los hechos que era posible probar y negaba el resto. ¿Lo habrían llevado demasiado pronto a la comisaría? En realidad, no tenían más que indicios y ninguno era concluyente. Encuentros sexuales clandestinos, miembro de un club de tiro, una posición que merecía la pena proteger... ¿Sería suficiente?

En la sala contigua, Sebastian estaba pensando lo mismo. Sabían que Groth

presentaba un trastorno psicológico leve, que se manifestaba en una conducta meticulosa y obsesiva. No era absurdo creer que a lo largo de los años hubiera desarrollado un mecanismo de defensa sólido e inexpugnable, para protegerse de cualquier experiencia que considerara indeseable. Sebastian tenía la sensación de que Ragnar Groth sopesaba una y otra vez ventajas e inconvenientes y, cuando por fin se decidía, modelaba la realidad a partir de su decisión. Su decisión se convertía en la verdad. Probablemente ni siquiera pensaba que estaba mintiendo cuando aseguraba que su encuentro con Frank Clevén en la habitación del hotel no había sido sexual. Lo creía. Habrían necesitado pruebas fotográficas para que lo reconociera, unas pruebas que no tenían.

—¿Peter Westin?

La pregunta la había hecho Vanja, que intentaba tirar de otro hilo.

—¿Qué pasa con él?

—Usted lo conoce.

—El colegio tiene un acuerdo con su consulta. ¿Qué tiene que ver Westin con todo esto?

—¿Sabe dónde vive?

—No, nunca nos hemos visto fuera del trabajo. —De pronto, Groth creyó comprender algo y se inclinó hacia los policías—. ¿No estarán insinuando que también he tenido relaciones sexuales con él?

—¿Las ha tenido?

—No.

—¿Dónde estaba hoy a las cuatro de la madrugada?

—En casa, durmiendo. A esas horas tengo la mala costumbre de cerrar los ojos y tratar de dormir. ¿Por qué lo preguntan?

Una respuesta irónica. En la habitación vecina, Sebastian dejó escapar un suspiro. Groth había recuperado la confianza en sí mismo. Había comprendido que no tenían suficientes pruebas contra él. No iban a llegar a ninguna parte. En la sala de interrogatorios, Torkel estaba intentando salvar lo que aún podía salvarse.

—Necesitamos echar un vistazo a sus armas.

—¿Por qué?

Su expresión era de verdadero asombro. Vanja maldijo entre dientes. Habían conseguido que esa información no llegara a la prensa. Nadie, aparte del asesino, sabía que Roger había muerto de un disparo. Habría sido de gran ayuda que Groth hubiera encontrado relevante la pregunta o, mejor aún, que se hubiera opuesto al examen de sus armas.

—¿Por qué no?

—No entiendo para qué las quieren ver. Al chico no le dispararon, ¿verdad?

Se quedó mirando a Vanja y a Torkel extrañado, pero ninguno de los dos pensaba confirmar o desmentir el dato.

—¿Se opone a que veamos sus armas?

—No, al contrario. Pueden llevarse las que quieran y estudiarlas todo el tiempo que deseen.

—También nos gustaría registrar su apartamento.

—Vivo en una casa.

—Entonces nos gustaría echar una mirada a su casa.

—¿No necesitan una orden judicial para eso?

—Sí, si no contamos con la autorización del propietario. Y, en ese caso, sólo tenemos que hablar con el fiscal.

Vanja se daba cuenta de que ya no podían esperar una actitud de cooperación por parte de Groth, por lo que decidió añadir una amenaza velada, disfrazada de interés por el interrogado.

—Para pedir la orden de registro, hay que seguir un trámite y, obviamente, cuantas más personas vean la solicitud, más probable será que se filtre la noticia de que lo estamos investigando.

Groth la miró y ella notó de inmediato que el director había comprendido la falsedad de su interés y el alcance de su amenaza.

—Sí, claro, registren todo lo que quieran. Cuanto antes se convenzan de que no le hice nada a Roger, mejor.

Vanja tuvo la sensación de que era la última vez que el director Groth se mostraba dispuesto a cooperar.

—¿Tiene teléfono móvil?

—Sí. ¿Quieren verlo?

—Sí, gracias.

—Está en el cajón más alto del escritorio, en mi estudio. ¿Piensan ir ahora a mi casa?

—Dentro de poco.

Ragnar Groth se puso de pie. Vanja y Torkel tensaron todos los músculos, pero lo único que hizo fue meterse una mano en el bolsillo y sacar un llavero pequeño con tres llaves. Lo puso sobre la mesa y lo empujó, con la fuerza suficiente para que quedara justo delante de Vanja.

—La llave del armario de las armas está en la despensa, a la derecha. Insisto en

pedirles discreción. Por favor, nada de personal uniformado, ni de vehículos con luces azules. Soy un hombre respetado en el vecindario.

—Haremos todo lo posible.

—Eso espero.

Volvió a sentarse. Se recostó en la silla tan cómodamente como pudo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vanja y Torkel intercambiaron una mirada rápida, y Vanja echó también un vistazo al espejo. Sebastian se llevó el micrófono a la boca.

—No vamos a conseguir nada más.

Vanja asintió en la sala de interrogatorios, dijo en voz alta la hora e interrumpió la grabación. Intercambió una mirada con Torkel y notó que él estaba pensando lo mismo.

Lo habían llevado demasiado pronto a la comisaría.

Ragnar Groth vivía en una casa adosada que compartía aparcamiento techado con la casa vecina. No era difícil distinguir su vivienda de las otras que había en la calle. Tanto Billy como Ursula la reconocieron por pura intuición, en cuanto estuvieron cerca de la dirección correcta. Su casa estaba... más limpia que las demás.

La arena vertida en invierno para contrarrestar los efectos del hielo sobre la calzada había sido cuidadosamente barrida y ya no quedaba ni rastro en la calle ni en la acera, justo hasta la frontera con las casas vecinas. En el garaje, todo estaba colgado, apilado y ordenado de manera impecable. Cuando Billy y Ursula se encaminaron hacia la casa, observaron que no había ni una sola hoja seca sobre el sendero ni sobre el cuidado césped. Ya junto a la puerta, Ursula pasó un dedo por el alféizar de la ventana más próxima y se lo enseñó a Billy. Ni rastro de polvo.

—Mantener este grado de orden debe de ocuparle todas sus horas de vigilia — comentó Ursula cuando Billy metía la llave en la cerradura, abría la puerta y entraba.

La casa era bastante pequeña: noventa y dos metros cuadrados, distribuidos en dos plantas. Entraron en el vestíbulo, que acababa en una escalera. Antes de llegar a la escalera, había a los lados dos puertas y dos arcos. Billy encendió la luz y miró a Ursula. Sin decir ni una palabra, los dos se agacharon y se quitaron los zapatos. No solían descalzarse cuando registraban la vivienda de alguien, pero en esa casa habría sido casi una blasfemia entrar con los zapatos puestos. Los dejaron sobre el felpudo del vestíbulo, aunque había sitio en el zapatero, debajo de los percheros, justo a la derecha de la puerta. Sobre el estante de arriba había un sombrero y, colgado del perchero, un abrigo. Debajo, un par de zapatos. Lustrosos. Sin una sola mancha de barro o de hierba. La casa olía a limpio. No a detergente, sino a pura limpieza. Ursula recordó una casa recién construida que Mikael y ella habían visitado unos años atrás. Tenía el mismo olor.

Impersonal.

Inhabitado.

Ursula y Billy se adentraron un poco más en la casa y abrieron las dos puertas, una cada uno. La de la derecha era una especie de armario guardarropa y la de la

izquierda, el cuarto de baño de la planta baja. Una rápida inspección les confirmó que los dos espacios estaban tan impecablemente limpios y ordenados como todo lo demás en la vida del director Groth. El resto del piso inferior de la casa no hizo más que reforzar la primera impresión. El arco de la derecha conducía a un pequeño cuarto de estar, amueblado con gusto. Frente al tresillo con mesa baja que hacía juego con él, había una gran estantería, con libros en la mitad de los estantes y discos de vinilo en la otra mitad. Jazz y música clásica. En medio de la estantería, destacaba un tocadiscos sin una mota de polvo. El director Groth no tenía televisor, al menos en el cuarto de estar.

El arco de la izquierda conducía a la cocina, immaculada. Cuchillos minuciosamente ordenados sobre un soporte magnético colgado de la pared. Una tetera eléctrica en la encimera. Encima de la mesa, un salero y un pimentero. Por lo demás, todas las superficies estaban libres. E impolutas.

Subieron juntos la escalera, que terminaba en un pequeño rellano cuadrado con tres puertas: un baño, un dormitorio y un estudio. Detrás de la pesada mesa de oscura madera de roble del estudio, podían verse las armas de Ragnar, perfectamente alineadas dentro de un armario cerrado con llave, que cumplía todas las normas. Billy se volvió hacia Ursula.

—¿Arriba o abajo?

—Me da igual. ¿Tú qué prefieres?

—Me quedo con la planta baja, para que tú puedas examinar las armas.

—Muy bien. ¿El primero que termine sigue con el garaje y el coche?

—De acuerdo.

Billy asintió y bajó la escalera mientras Ursula entraba en el estudio.

Hasta que estrechó a su padre entre sus brazos, Vanja no notó lo mucho que había cambiado todo. Antes y después. Era cierto que había perdido mucho peso, pero eso no era lo único. En los últimos meses, sus abrazos contenían un vibrante temor a la fragilidad de la vida, una desesperada ternura en la que cada contacto físico podía ser el último. De pronto, con la buena noticia que les dieron los médicos, los abrazos significaban algo del todo distinto. La ciencia médica había prolongado su viaje en común y los había rescatado del abismo donde se había sumido su relación en los últimos tiempos. Ahora los abrazos encerraban la promesa de un mañana. Valdemar le sonrió. Sus ojos azul verdoso parecían más despiertos que nunca, aunque estuvieran velados por lágrimas de felicidad.

—¡Te he echado tanto de menos...!

—Y yo a ti, papá.

Valdemar le acarició la mejilla a su hija.

—Es curioso. Estoy descubriéndolo todo como si fuera la primera vez.

Vanja levantó la vista.

—Te entiendo, te entiendo perfectamente.

Retrocedió unos pasos para apartarse. No quería ponerse a llorar en el vestíbulo del hotel. Con un amplio gesto de la mano, le señaló a su padre el crepúsculo al otro lado de la ventana.

—Demos un paseo. Quiero que me enseñes Västerås.

—¿Yo? ¡Si hace siglos que no vengo!

—Pero conoces la ciudad mucho mejor que yo. ¿Acaso no viviste aquí bastante tiempo?

Con una carcajada, Valdemar cogió a su hija del brazo y se dirigió hacia la puerta giratoria.

—Han pasado más de mil años. Yo tenía veintiuno y acababa de conseguir mi primer empleo en Asea.

—Pero sabes más que yo, que sólo he visto el hotel, la comisaría y un par de escenarios del crimen.

Salieron y se pusieron a hablar de la época lejana en que Valdemar había sido un joven y entusiasta ingeniero técnico, en la ciudad de Västerås. Los dos disfrutaban del momento y de la conversación intrascendente, que por primera vez en mucho tiempo no era más que eso, un poco de conversación, y no una manera de eludir el tema que ocupaba sus pensamientos noche y día.

La noche empezaba a caer sobre la ciudad. El tiempo había cambiado y en el aire flotaba una leve llovizna, pero ellos apenas lo notaron mientras paseaban junto al lago. Sólo después de media hora de finísima lluvia, cuando las gotas comenzaron a volverse más voluminosas, Valdemar sugirió buscar un sitio donde resguardarse. Vanja propuso regresar al hotel y comer algo.

—¿Tienes tiempo?

—Si no lo tengo, me lo tomo.

—No quiero que tengas problemas por mi culpa.

—Te prometo que la investigación podrá arreglárselas una hora más sin mí.

Valdemar se dejó convencer. Cogió a su hija del brazo una vez más y los dos volvieron sobre sus pasos, en dirección al hotel.

Vanja pidió un vaso de vino blanco y una Coca-Cola *light* mientras su padre repasaba

la carta. Se puso a mirarlo. Realmente, lo quería mucho. También quería mucho a su madre, pero con ella todo era más complicado: más discusiones, más lucha por un espacio propio... Con Valdemar, estaba tranquila. Tenían muy buena relación. También la contradecía a veces, pero en terrenos que la hacían sentir menos insegura.

Nunca ponía en tela de juicio sus relaciones.

Ni su capacidad profesional.

Su padre confiaba en ella, y eso le daba seguridad. Por un momento pensó en pedir también un vaso de vino, pero enseguida descartó la idea. Era probable que tuviera que trabajar más por la noche o, en todo caso, ponerse al corriente de las últimas novedades. Tenía que mantener la cabeza despejada.

Valdemar levantó la vista de la carta.

—Mamá te manda saludos. Le habría gustado venir.

—¿Por qué no ha venido?

—Por el trabajo.

Vanja asintió. Por supuesto. No era la primera vez.

—Dale un abrazo de mi parte.

La camarera les sirvió las bebidas y cogió el pedido. Vanja eligió una hamburguesa con queso y salsa picante, y su padre, sopa de pescado con pan de ajo. La chica recogió las cartas y se marchó. Los dos levantaron sus vasos y brindaron en silencio. Ahí estaba Vanja, en compañía de su padre recién recuperado, tan lejos de la investigación y de los problemas diarios que ni siquiera reaccionó cuando oyó aquella voz. Era una voz que en ningún caso podía encajar en ese momento de intimidad familiar.

—Vanja...

Se volvió hacia la voz, con la esperanza de haberse confundido. Pero no. Sebastian Bergman iba hacia ellos, con el abrigo empapado por la lluvia.

—Hola. ¿Sabes algo de Groth?

Vanja le lanzó una mirada deliberadamente hostil, con la esperanza de que notara que estaba molestando.

—No. ¿Qué haces aquí? ¿No tienes una casa?

—Ya he estado en casa y he cenado. Ahora iba de vuelta a la comisaría, a ver si Billy y Ursula han averiguado algo. ¿Sabes si ha habido alguna novedad?

—No. Me he tomado un rato libre.

Sebastian echó un vistazo a Valdemar, sentado en silencio. Vanja comprendió que tenía que hacer algo antes de que su padre tomara la iniciativa de presentarse y, en el peor de los casos, de invitar a Sebastian a sentarse con ellos y hacerles compañía.

—Ahora voy a cenar. Ve tú primero, que yo ya iré cuando termine. Nos vemos en la comisaría.

Ningún ser humano normal habría ignorado el tono cortante de su voz, pero cuando Sebastian le tendió la mano a Valdemar con una sonrisa, Vanja se dio cuenta de que había olvidado algo: Sebastian no era un ser humano normal.

—Hola. Me llamo Sebastian Bergman. Trabajo con Vanja.

Valdemar saludó amablemente a Sebastian, levantándose a medias del sillón y estrechándole la mano.

—Hola. Yo soy Valdemar, el padre de Vanja.

El mal humor de Vanja empeoró todavía más. Sabía que a su padre le interesaba mucho su trabajo y sospechaba que las presentaciones desembocarían en algo más que un breve saludo. Hacía bien en temerle. Valdemar se acomodó en el asiento y miró a Sebastian, lleno de curiosidad.

—Vanja me ha hablado de la mayoría de sus colegas, pero no recuerdo haber oído su nombre.

—Sólo estoy en el equipo de manera provisional, como asesor. Soy psicólogo, no policía.

Sebastian notó que la expresión de Valdemar cambiaba al enterarse de su profesión, como si estuviera tratando de hacer memoria.

—Bergman... ¿No será usted el Sebastian Bergman que escribió un libro sobre Hinde, el asesino en serie?

Sebastian asintió con rapidez.

—Un libro no, varios. Pero sí, tiene razón. Soy yo.

Valdemar se volvió hacia Vanja. Parecía entusiasmado.

—¿Es el libro que tú me regalaste hace un montón de años! ¿Te acuerdas?

—Sí.

Valdemar miró otra vez a Sebastian y le señaló el asiento libre, frente a Vanja.

—¿Quiere acompañarnos?

—Papá, estoy segura de que Sebastian tendrá otras cosas que hacer. El caso es bastante complicado.

Sebastian intercambió una mirada con Vanja. ¿Fue súplica lo que vio en sus ojos? En cualquier caso, era evidente que no quería que se quedara.

—No, nada de eso. Tengo tiempo de sobra.

Sebastian se desabrochó el abrigo, que estaba mojado, se lo quitó y lo colgó del respaldo antes de sentarse. Mientras tanto, no dejó ni un momento de mirar a Vanja con una sonrisa y una mirada que sólo podían interpretarse como desafiantes. Estaba

disfrutando. Ella lo notó y se irritó todavía más que por el simple hecho de que se sentara con ellos.

—No sabía que habías leído mi libro —le dijo Sebastian después de acomodarse en el sillón—. No me habías dicho nada.

—Quizá porque no había tenido tiempo de decírtelo.

—Le encantó —intervino Valdemar, sin suponer ni por un momento que su hija se crispaba con cada palabra que decía—. Prácticamente me obligó a leerlo. Creo que fue una de las razones por las que decidió hacerse policía.

—¡Oh! ¿De verdad? ¡Es increíble! —Sebastian se echó hacia atrás en el asiento—. ¡Jamás habría podido imaginar que había tenido tanta influencia sobre ella!

Game over. Sebastian le sonrió. Vanja nunca más podría tener la última palabra. Su querido padre acababa de asegurarse de que así fuera.

Mikael llamó a Ursula desde la estación para preguntarle si iría a buscarlo o si debía ir al hotel por su cuenta. Ursula maldijo entre dientes. No se le había olvidado su llegada, pero en todo el día no había pensado ni una vez al respecto. Echó una mirada rápida al reloj. Había sido un día largo y complicado, y todavía no se había acabado. Estaba en el dormitorio de Groth, a punto de registrar el armario de doble cuerpo, donde se alineaban con minuciosa precisión las camisas, los suéters, la ropa interior, los calcetines y todo lo que en opinión de Ragnar no debía colgar de las perchas con una separación exacta de tres centímetros entre una y otra. Primero pensó en pedirle a su marido que esperara un par de horas. Estaba de mal humor. Que la investigación no progresara la irritaba. Había empezado por las armas, pero enseguida comprendió que por ahí no llegaría a ninguna parte. Presentaban signos de haber sido disparadas recientemente, desde luego, pero Groth practicaba el tiro de competición. Si no disponían de una bala para compararla con los otros hallazgos, toda la información era inútil. Tampoco en el resto del estudio había encontrado nada interesante. Ni en la mesa, ni en el pequeño escritorio junto a la ventana, ni en la librería. Puede que hubiera algo en el ordenador, pero de eso se ocuparía Billy. También el baño había sido una decepción. No había encontrado ni siquiera un pelo en el desagüe.

Y de repente tenía a Mikael al teléfono. Mikael, que seguía hablando y le recordaba que ella lo había invitado, que ya era casi la hora de cenar y que suponía que ella tendría que comer algo en algún sitio. Ursula se dio por vencida. Bajó la escalera y asomó la cabeza por la puerta de la cocina, donde Billy estaba registrando los estantes y los cajones.

—Salgo un momento. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Billy la miró sorprendido.

—De acuerdo.

—¿Puedo llevarme el coche?

—¿Adónde vas?

—Me voy un rato... a cenar.

Billy se sorprendió todavía más. No conseguía recordar la última vez que Ursula había sentido el impulso de marcharse para ir a cenar. A su modo de ver, era una mujer que sobrevivía alimentándose de sándwiches envueltos en plástico, comprados en las gasolineras y consumidos a continuación en diferentes escenas del crimen.

—¿Ocurre algo?

—Ha venido Mikael.

Billy asintió, intentando aparentar que lo comprendía, aunque cada vez estaba más extrañado. El hombre que Billy había visto solamente en una ocasión, durante diez minutos, cuando había ido a recoger a Ursula a la fiesta de Navidad, se presentaba de repente en Västerås para cenar con su mujer.

No había duda. Había pasado algo.

Ursula salió de la casa y se dirigió con evidente irritación hacia el coche aparcado. Cuando abrió la puerta, recordó de pronto la razón por la que había invitado a Mikael a Västerås.

Mikael no era la persona con quien debía enfadarse.

En absoluto.

Su marido era del todo inocente. De hecho, ya era bastante reprobable que lo estuviera utilizando para sus propios fines. Con toda probabilidad él supondría que ella lo había llamado porque lo echaba de menos y quería verlo, y no porque su presencia fuera a servirle para darle una lección a Torkel.

Tenía que ser dulce y amable con él. Tenía que recordar sus buenos propósitos. No debía castigar a un inocente.

Entró en el coche y sacó el teléfono móvil. De camino al centro, hizo dos llamadas rápidas: una a la comisaría, para asegurarse de que Torkel seguía allí, y otra a Mikael, para acordar un lugar donde encontrarse. A continuación, redujo la velocidad, para estar segura de llegar después que él. Encendió la radio, la escuchó un rato y dejó que se quietaran sus pensamientos.

El balón ya estaba rodando.

El castigo se ejecutaría.

—Hola, Torkel.

Torkel se volvió y reconoció de inmediato al hombre alto y moreno, sentado en uno de los sofás de la recepción. Lo saludó con una breve inclinación de la cabeza, haciendo un esfuerzo para sonreír.

—¡Mikael! Me alegro de verte. Ya me había dicho Ursula que ibas a venir.

—¿Está aquí?

—Que yo sepa, no. Pero puedo ir a ver.

—No hace falta. Ya sabe que he llegado.

Torkel asintió. Mikael tenía buen aspecto. El pelo oscuro le empezaba a encanecer en las sienes, pero le sentaba bien. Lo hacía más interesante. Tenían casi la misma edad, pero Torkel no podía evitar sentirse mayor y más marchito. No había envejecido tan bien como Mikael, que en apariencia ni siquiera había sufrido el desgaste de sus sucesivos episodios de alcoholismo. Al contrario. Parecía más sano y en forma que nunca.

Torkel supuso que sería genético, pero aun así volvió a considerar la conveniencia de apuntarse a un gimnasio. Guardaron silencio un momento. Torkel habría dado cualquier cosa por no parecer antipático; pero, por mucho que pensaba, no se le ocurría nada que decir. A falta de algo auténticamente interesante, se decidió por lo más práctico, para ir sobre seguro.

—¿Te apetece un café?

Mikael asintió. Torkel se dirigió hacia la entrada, abrió la puerta con su tarjeta y la sostuvo para que Mikael pasara. Atravesaron el área de oficinas, en dirección al comedor.

—He leído sobre el caso. Parece complicado, ¿no?

—Lo es.

Torkel siguió andando en silencio. Los dos hombres se habían encontrado un puñado de veces a lo largo de los años, sobre todo al principio, cuando Ursula acababa de incorporarse al departamento. Entonces Torkel los había invitado a cenar en su casa, con Monica. Dos veces, o quizá tres. En aquella época, Ursula y él no eran más que colegas que quedaban para verse con sus respectivos cónyuges. Antes de que empezara su relación en las habitaciones de hotel. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? ¿Cuatro años? Cinco si contaban aquella noche en Copenhague, que él por lo menos —inmerso en el sudor frío del arrepentimiento— había considerado un hecho aislado, algo que nunca más debía repetirse. Así lo había visto entonces.

Pero ya no.

El arrepentimiento y la promesa de no repetirlo nunca más habían quedado atrás, reemplazados por unas pocas reglas no escritas.

Sólo en el trabajo.

Nunca en casa.

Sin planes de futuro.

El último punto había sido el más arduo para Torkel. Al principio, cuando yacían juntos, desnudos y saciados, había sido difícil no querer algo más, por no decir casi imposible; no desear una continuidad, más allá de la anónima habitación de hotel. Pero las pocas veces que Torkel había superado los límites y había quebrantado el acuerdo, Ursula había endurecido la mirada y él había tenido que padecer muchas semanas sin sus encuentros. Así había aprendido.

No debía hacer planes.

El coste era demasiado alto.

Ahora se encontraba en el impersonal comedor de la comisaría, revolviendo el café que casi sobresalía de la taza. Mikael estaba sentado a la mesa y bebía a sorbos su capuchino.

Ya habían comentado todo lo que Torkel quería revelar acerca de la investigación, por lo que sólo les quedaba hablar de intrascendencias.

El tiempo cambiante y el viento. *(Indudablemente, ya estaban en primavera).*

El trabajo de Mikael. *(Igual que siempre. El mismo tormento).*

La vida de Bella. *(Muy bien, gracias. Está en el último curso de Derecho).*

La afición de Mikael por jugar al fútbol. *(Ya no. La rodilla ha dicho basta. El menisco).*

Mientras hablaban, Torkel no podía dejar de pensar que la mañana anterior había estado en la cama con la mujer de Mikael entre sus brazos. Se sentía falso.

Tremendamente falso.

¿Por qué demonios habría decidido Ursula encontrarse con su marido allí, en la comisaría? Torkel lo suponía y creyó confirmarlo un instante después, cuando Ursula apareció por detrás de ellos.

—Hola, cariño. Perdona el retraso.

Pasó junto a Torkel sin prestarle atención y le dio a Mikael un beso afectuoso. Después se volvió hacia el otro con expresión seca.

—Ya veo que te sobra tiempo para tomar café.

Mikael acudió enseguida en su defensa.

—Torkel ha visto que te estaba esperando en la recepción y simplemente ha querido ser amable conmigo.

—Tenemos muchísimo trabajo, tanto que hemos tenido que contratar más personal, ¿verdad, Torkel?

Confirmado. La visita de Mikael era su castigo. Quizá no fuera el más refinado, pero sí el más eficaz para ponerlo en su sitio. Torkel no respondió. No le convenía meterse en una discusión, sobre todo con Mikael delante. Y sin él tampoco. Cuando Ursula estaba de mal humor, nadie podía ganarla.

Se despidió, pero se aseguró de estrecharle la mano a Mikael antes de irse. Al menos podía mostrar un poco de orgullo. Detestaba la sensación de marcharse con el rabo entre las piernas.

Ursula cogió a su marido del brazo y los dos se dispusieron a salir del comedor.

—No conozco los restaurantes de la ciudad, pero Billy me ha dicho que hay uno griego muy bueno cerca de aquí.

—Me parece bien. —Anduvieron unos pasos en silencio y, de pronto, Mikael se detuvo—. ¿Por qué estoy aquí?

Ursula estaba desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué te propones?

—No me propongo nada. Sólo me ha parecido que, estando a una hora de Estocolmo, podíamos aprovechar para...

Mikael la miró, estudiándola. No parecía convencido.

—Has trabajado más cerca de Estocolmo en otras ocasiones y nunca me has llamado.

Ursula reprimió un suspiro de impaciencia.

—Por eso mismo. Nos vemos demasiado poco. Quería hacer algo diferente. Ven, vamos.

Lo cogió del brazo y lo guio hacia la calle. Mientras caminaba junto a su marido maldijo la idea que le había parecido tan acertada el día anterior. ¿Qué se proponía en realidad? ¿Darle celos a Torkel?

¿Humillarlo?

¿Demostrarle que era independiente?

Fuera lo que fuese, la presencia de Mikael ya había cumplido su función. Torkel estaba evidentemente incómodo con la situación y parecía más alicaído que nunca cuando se había despedido de ellos y se había marchado en silencio.

Por eso Ursula se hacía una pregunta:

¿Qué iba a hacer ahora con su marido?

Después de una hora en el restaurante griego, Ursula se sintió obligada a volver a casa de Ragnar Groth. Pese a todo, la cena había sido agradable, mucho más de lo que esperaba, aunque Mikael había preguntado un par de veces más por qué lo había llamado. Era como si le costara creer que simplemente quisiera verlo, y en el fondo no era de extrañar su desconfianza.

Su relación con Ursula había sido complicada durante muchos años. De hecho, era un milagro que hubiera perdurado, pero los conflictos habían acabado por fortalecer la unión. El conocimiento de las debilidades más íntimas de la pareja, cuando no mata la relación, la refuerza. Los dos tenían defectos. Como padres, por ejemplo. En lo referente a Bella, era como si hubiera un pequeñísimo filtro, una delgada membrana que impedía a Ursula acercarse de verdad a su hija y que por desgracia la hacía anteponer con frecuencia el trabajo a la familia. A menudo Ursula se atormentaba con la idea de que inconscientemente prefería los cadáveres y las investigaciones más técnicas antes que estar con su hija. Lo achacaba a su educación, a sus padres y a un cerebro que daba prioridad a la lógica y no a los sentimientos. Pero la realidad seguía siendo la misma. La membrana estaba ahí y, con ella, su incapacidad de forjar un vínculo. Siempre tenía la sensación de que habría debido estar más presente, con más frecuencia y mayor dedicación, sobre todo durante las recaídas de Mikael en su alcoholismo. En esas ocasiones, los abuelos maternos y paternos habían sido la salvación a lo largo de los años.

Pese a los evidentes defectos de Mikael, Ursula no podía dejar de admirarlo. Su marido nunca había permitido que su adicción destruyera la economía familiar ni volviera imposible la convivencia. Cuando la situación alcanzaba límites insostenibles, se retraía y se encerraba en sí mismo, como un animal herido. Él era la persona que más se decepcionaba cada vez que recaía en el alcohol. Su vida era una larga lucha contra sus propias deficiencias.

Esa era la clave del amor que Ursula sentía por Mikael: su capacidad para no rendirse nunca. Pese a todos los fallos, los deslices y las esperanzas truncadas, siempre volvía a levantarse. Era más fuerte y directo que ella. Fallaba, se caía, pero

siempre se levantaba y seguía adelante.

Por ella.

Por Bella.

Por la familia.

Y Ursula siempre era leal con los que luchaban por ella. De una lealtad inquebrantable. Su matrimonio no era especialmente romántico; no era el sueño adolescente de la relación perfecta, pero a Ursula ese ideal nunca le había llamado particularmente la atención. Siempre había valorado la lealtad por encima del amor. Necesitaba alguien que diera la cara por ella y, cuando lo encontraba, permanecía a su lado. Porque se lo merecía. Si le faltaba algo en la relación, lo buscaba fuera.

Torkel no había sido su primer amante, aunque él seguramente lo creía. No; había habido otros. Incluso al principio de su relación con Mikael, Ursula lo había completado con otros hombres. Al comienzo, había intentado reprobar su propia conducta, pero no lo había conseguido. No podía convencerse de que estuviera traicionando a Mikael. Sus aventuras fuera del matrimonio eran una condición para poder continuar al lado de su marido. Ursula necesitaba la complejidad sentimental que tenía con Mikael, pero también el contacto físico sin exigencias que le ofrecía alguien como Torkel. Era como una batería eléctrica, que para funcionar necesita el polo positivo, pero también el negativo. De lo contrario, se sentía vacía.

Había sin embargo una cosa que exigía tanto a Mikael como a Torkel.

La lealtad.

En ese aspecto, Torkel la había defraudado. Era la única razón por la que había unido los dos polos de su vida hasta provocar un cortocircuito. Había sido una decisión infantil, aunque meditada y falta de afecto. Pero había tenido las consecuencias deseadas.

Y la cena había sido muy agradable.

Se despidió de Mikael en la puerta del restaurante, con la promesa de regresar al hotel lo antes posible, aunque era probable que tardara un rato. Mikael le dijo que se había llevado un libro y podía leer. No era necesario que se preocupara por él.

Después del encuentro con Mikael, la noche de Torkel siguió en la misma curva descendente. Billy lo llamó para comunicarle que iba a marcharse de la casa de Groth y que no había encontrado nada: ni ropa ensangrentada, ni zapatos embarrados ni ninguna pista que indicara que Roger, o cualquier otra persona, hubiera estado en la casa. Los neumáticos del coche no eran Pirelli y no había rastros de sangre ni en el vehículo ni en el resto del garaje. Tampoco había recipientes con sustancias

inflamables, ni ropa que oliera a humo. Nada que pudiera relacionar de alguna forma a Groth con el asesinato de Roger Eriksson o con la muerte de Peter Westin.

Ninguna pista.

Nada en absoluto.

A Billy le habría gustado mirar una vez más el ordenador de Groth, pero Torkel no quería seguir esperando.

Cuando terminó la conversación, Torkel dejó escapar un largo suspiro. Se sentó a la mesa y se quedó un rato mirando la pared con toda la información sobre el caso. Era cierto que tenían derecho a retener a Groth durante veinticuatro horas; sin embargo, Torkel no sabía qué hacer para fundamentar las sospechas que pesaban sobre el director. Ningún fiscal en el mundo habría solicitado la prisión preventiva con los escasos indicios que tenían hasta ese momento contra él. Por lo tanto, daba más o menos igual dejarlo en libertad esa misma noche o al día siguiente por la tarde. Torkel estaba a punto de levantarse y salir cuando se sorprendió al ver que Vanja irrumpía en la sala. Ya no esperaba verla hasta el día siguiente. Se suponía que se estaba ocupando de unos asuntos privados.

—¿Por qué demonios has tenido que meter a Sebastian en esta investigación?

Los ojos le relampagueaban de ira. Torkel la miró con expresión cansada.

—Creo que ya lo he explicado varias veces.

—Fue una decisión idiota.

—¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada. Pero se tiene que ir. Molesta.

Sonó el teléfono y Torkel echó un vistazo a la pantalla. Era el jefe regional. Torkel miró a Vanja para disculparse y cogió la llamada. El intercambio de información no duró más de un minuto.

Torkel se enteró de que el *Expressen* había relacionado a Peter Westin con el Instituto de Bachillerato Palmlovska y, a partir de ahí, con Roger Eriksson. Estaba en la web.

El jefe averiguó que Torkel pensaba dejar en libertad a Ragnar Groth y el porqué de su decisión. Torkel supo entonces que el jefe estaba disgustado. Tenía que resolverse el caso, y cuanto antes mejor.

El jefe regional oyó a continuación las protestas de Torkel de que lo estaban haciendo lo mejor que podían.

Finalmente, Torkel se enteró de que su jefe esperaba de él que atendiera a los periodistas que estaban reunidos en la calle, y que lo hiciera antes de finalizar su jornada laboral, esa misma noche.

El jefe regional colgó el teléfono. Torkel también, pero sus preocupaciones no habían terminado. Lo notó cuando intercambió una mirada con Vanja.

—¿Vamos a soltar a Groth?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿No has oído lo que he dicho por teléfono?

—Sí.

—Pues eso.

Vanja guardó silencio unos segundos, como para asimilar la información que acababa de recibir. No tardó en llegar a una conclusión.

—Odio este caso. Odio toda esta jodida ciudad.

Se volvió, se dirigió hacia la puerta y la abrió, pero se detuvo a medio camino y se volvió otra vez hacia Torkel.

—Y odio a Sebastian Bergman.

Salió de la habitación y cerró la puerta con fuerza. Torkel la vio alejarse con paso decidido por el área de oficinas desierta. Con cierto cansancio, recogió la chaqueta del respaldo de la silla. Incorporar a Sebastian en el equipo le estaba saliendo caro.

Media hora después, Torkel había organizado todos los detalles para poner en libertad a Ragnar Groth, que se comportó de manera correcta, aunque lacónica. Dijo una vez más que confiaba en la discreción de la policía y pidió que un coche sin distintivos o un taxi lo esperara en una de las puertas traseras de la comisaría, para llevarlo de vuelta a su casa. No pensaba salir por la puerta principal y convertirse en blanco fácil de los periodistas. A esa hora no había ningún coche disponible, de modo que Torkel llamó un taxi y se despidieron. Groth le dijo que esperaba no volver a verlo nunca más y Torkel no pudo evitar la sensación de que el sentimiento era mutuo. Se quedó de pie, viendo cómo las luces traseras del taxi salían de la explanada de la comisaría y desaparecían. No se movió. Intentó recordar si había algo más que hacer, algo que pudiera priorizar sin cargo de conciencia. No se le ocurrió nada. Tuvo que ir a encontrarse con los periodistas.

Si había algo que Torkel detestaba de su trabajo era la importancia que habían ido adquiriendo las relaciones con la prensa. Lógicamente, podía comprender la necesidad de información que tenía la sociedad, pero empezaba a cuestionarse si esa necesidad seguiría siendo el motor de la actividad de los periodistas. Parecía como si lo único importante para ellos fuera atraer a los lectores, y nada vendía tanto como el sexo, el miedo y las sensaciones fuertes. Como resultado, los periódicos atemorizaban en lugar de informar, daban más importancia a las condenas que a las absoluciones y revelaban

de forma prematura la identidad de los delincuentes, con nombres, apellidos y fotografías, sin esperar al juicio.

Y siempre, en todos los reportajes, Torkel notaba cierto espíritu alarmista.

Podría haberle pasado a usted.

Nunca estamos seguros.

Habría podido ocurrirles a sus hijos.

Era lo que más le molestaba. La prensa simplificaba hechos complejos, se regodeaba en las tragedias y promovía el miedo y la desconfianza entre las personas.

Cierra bien la puerta.

No salgas por la noche.

No confíes en nadie.

Miedo.

No vendían otra cosa.

Cuando al cabo de dos horas Ursula volvió al hotel tenía un humor de perros.

Y aún podía empeorar.

A su regreso a la casa de Groth se encontró con Billy, que prácticamente había terminado el registro. Pasaron a la cocina, para que él la informara de los resultados. Fue rápido.

Nada.

Nada en absoluto.

Ursula suspiró. Al principio había admirado el sentido del orden de Ragnar Groth, pero, al ver que los hallazgos brillaban por su ausencia, empezaba a sentir que la meticulosidad del director era un grave obstáculo para la investigación. Groth jamás habría hecho nada de manera espontánea o poco meditada. Nunca habría cometido un descuido al esconder algo ni habría dejado pruebas incriminatorias que se pudieran encontrar durante un registro. Si alguna vez tuviera que esconder algo, se aseguraría de que quedara escondido para siempre.

Nada.

Nada en absoluto.

Ni siquiera habían encontrado material pornográfico, sustancias prohibidas, cartas de amor ocultas, enlaces sospechosos en el ordenador o cualquier indicio que confirmara una relación de naturaleza sexual con Frank Clevén o con otro hombre. Su teléfono móvil no había enviado los mensajes de Roger Eriksson. Tampoco habían hallado ni un insignificante recordatorio del pago de una factura. ¡Ragnar Groth era tan perfecto que parecía inhumano!

Billy sentía la misma frustración que Ursula. Había desconectado el ordenador, para llevárselo a la oficina y repasar su contenido por tercera vez, con mejores herramientas.

Pero no sólo estaban ausentes los indicios comprometedores. En general, no había nada de carácter personal entre las pertenencias de Groth, nada que indicara la existencia de alguna relación en su vida, ya fuera íntima o de otro tipo. No había fotografías suyas ni de cualquier otra persona que pareciera profesarle cierto cariño. Ni padres, ni parientes ni amigos. No había cartas, invitaciones, tarjetas navideñas o de agradecimiento guardadas en un cajón. Lo más personal que habían encontrado había sido su certificado de estudios, que naturalmente era intachable. Billy y Ursula empezaban a sospechar que la vida interior del director, en caso de existir, debía de estar en algún otro sitio.

Decidieron que Billy volviera con el coche a la comisaría, para informar a Torkel. Ursula se quedó a registrar otra vez la planta alta, para demostrarse a sí misma que no había pasado por alto ningún indicio por culpa de la visita de Mikael. No encontró nada.

Nada en absoluto.

Cogió un taxi de vuelta al hotel y subió directamente a la habitación.

Encontró a Mikael sentado delante del televisor, viendo Eurosport. Se dio cuenta de que algo fallaba en cuanto entró en el cuarto decorado con espartana sobriedad. Mikael se puso de pie un poco más rápido de lo normal y le sonrió de una manera demasiado entusiasta. Sin mediar palabra, Ursula se dirigió al minibar y lo abrió. Estaba vacío, con la excepción de dos botellas de agua mineral y una lata de zumo de fruta. En la papelera encontró las botellitas prohibidas, que él ni siquiera había intentado esconder. Eran demasiado pequeñas para que Mikael se emborrachara. Pero incluso esa cantidad de alcohol era un exceso.

Un exceso tremendo.

Ursula lo miró y quiso enfadarse con él. Pero ¿qué otra cosa habría podido esperar? Había una razón para poner el polo positivo y el negativo en extremos opuestos de las pilas.

Para que no se encontraran...

Haraldsson estaba borracho.

No le sucedía a menudo. Era muy moderado con el alcohol; pero durante la cena, para sorpresa de Jenny, había abierto una botella de vino y se la había acabado él solo en dos horas. Ella le había preguntado si ocurría algo, pero él simplemente había

masculado algo referente a la carga de trabajo. ¿Qué podía decirle? Jenny no sabía nada de las mentiras que había contado en la comisaría. No sabía nada de su iniciativa de vigilar a Axel Johansson por su cuenta, ni de las consecuencias que había acarreado su decisión. No lo sabía y no debía enterarse nunca.

Porque, de lo contrario, lo habría considerado un idiota.

Y con toda la razón.

Un idiota que además estaba borracho. Sentado en el sofá, zapeaba de un canal a otro de la televisión. Con el botón de silencio puesto, para no despertar a Jenny. Había habido sexo, por supuesto. Él lo había hecho pensando en otra cosa. Pero daba igual, como siempre. Ahora ella se había dormido.

Necesitaba un plan. Hanser le había asestado un golpe demoledor, sin embargo no pensaba quedarse tendido en el suelo del cuadrilátero. Les demostraría a todos que nadie podía noquear a Thomas Haraldsson. Al día siguiente, cuando volviera al trabajo, se tomaría la revancha. Ya les enseñaría a todos. Sobre todo a Hanser. Lo único que necesitaba era un plan.

Las probabilidades de ser la persona que atrapara al asesino de Roger Eriksson resultaban cada vez más remotas. Tal como estaban las cosas, era más probable que ganara un millón con la lotería instantánea, y sin comprar ningún cupón. Hanser se había asegurado de que nunca más pudiera participar ni siquiera de lejos en la investigación del caso. Pero en lo referente a Axel Johansson todavía quedaba una posibilidad. Por lo que había oído, la Unidad de Homicidios había detenido a otro sospechoso: el director del colegio del chico. En cuanto a Axel Johansson, su implicación no se descartaba, pero esa línea de investigación había pasado a un segundo plano.

Haraldsson estaba enfadado consigo mismo por no haberse llevado a casa el material disponible sobre Johansson. También se arrepentía de haber bebido, porque de haber estado sobrio habría podido coger el coche e ir a buscar los documentos a la comisaría. Coger un taxi para ir y volver le habría resultado demasiado caro y complicado, y además no quería encontrarse con sus colegas y que vieran que estaba borracho. Ya recogería los papeles al día siguiente, cuando hubiera preparado un plan.

Sabía que la Unidad de Homicidios había estado interrogando a la exnovia de Johansson y necesitaba averiguar qué les había dicho. Llamarla o ir a hablar personalmente con ella no era una opción. Si lo hacía y Hanser se enteraba de alguna manera, su situación empeoraría todavía más. Su jefa se había expresado con meridiana claridad: si le dedicaba un solo minuto más al caso de Roger Eriksson, lo acusaría de obstaculizar una investigación en curso. No lo había dicho en serio, claro.

O más bien lo había dicho como advertencia. Era una manera de demostrar su poder y de ponerlo en su sitio, aprovechando que por una vez había cometido un error. ¡Maldita Hanser! ¡Le había faltado tiempo para aprovechar la ocasión!

Hizo una inspiración profunda.

Tenía que concentrarse.

No podía desperdiciar tiempo y energía en despotricar contra Hanser. Tenía que preparar un plan. Un plan que sirviera para ponerla *a ella* en su sitio y demostrar quién era el mejor policía de los dos. Quedaba descartada la posibilidad de hablar personalmente con la exnovia de Axel Johansson, pero la Unidad de Homicidios ya había hablado con ella, y, aunque Haraldsson no tenía acceso a ningún material relacionado con el caso, había otras personas que sí lo tenían.

Cogió el móvil, buscó un número en la agenda y activó el botón de llamada. Aunque ya casi eran las doce de la noche, obtuvo respuesta después de dos tonos de llamada.

Radjan Micic.

Era una de las ventajas de llevar mucho tiempo trabajando en la casa. Tenía amigos. Amigos a los que quizá había hecho un pequeño favor en alguna ocasión y que a su vez podían ayudarlo a él si necesitaba que le echaran una manita.

Nada raro.

Nada ilegal.

Simplemente una pequeña ayuda, para que todo resultara más sencillo, como escribir un informe en nombre de otra persona, cuando esa persona tenía que ir a recoger a su hijo a la guardería. O pasar con el coche por la tienda de licores un viernes por la tarde, antes de que cerrara para todo el fin de semana. Dar las gracias, ayudar, hacer pequeños favores que facilitaban la vida y permitían pedir otros a cambio.

Cuando Hanser aceptó el cometido de localizar a Axel Johansson, había nombrado responsable de esa misión a Radjan, que en consecuencia tenía acceso a todo el material relacionado con el bedel desaparecido. La conversación no duró más de dos minutos. Radjan llevaba casi tanto tiempo como Haraldsson en la policía de Västerås. Enseguida lo comprendió y se ofreció para imprimirle el informe de la entrevista con la exnovia. Lo dejaría encima del escritorio de Haraldsson, para que lo encontrara a la mañana siguiente, en cuanto llegara a la oficina. Radjan era realmente un buen compañero.

Tan pronto como Haraldsson apoyó el teléfono en el sofá, con una sonrisa satisfecha, notó que Jenny lo estaba mirando desde la puerta, con cara de sueño.

—¿Con quién hablabas?

—Con Radjan.

—¿A esta hora?

—Sí.

Jenny se sentó a su lado en el sofá y recogió los pies debajo del cuerpo.

—¿Qué estás haciendo?

—Ver la tele.

—¿Qué estás viendo?

—Nada.

Jenny descansó el codo en el apoyabrazos y la mano sobre la cabeza de Haraldsson. Se puso a acariciarle el pelo mientras inclinaba la cabeza sobre su hombro.

—A ti te pasa algo. Cuéntame.

Haraldsson cerró los ojos. La casa le daba vueltas. Tenía ganas de contárselo. Tenía ganas de hablar en serio del trabajo y de Hanser, sin que todo fueran críticas y quejas. Quería decirle a su mujer que estaba asustado, que tenía miedo de que la vida se le estuviera escapando entre los dedos, que no se atrevía a imaginar cómo sería mirarse al espejo dentro de diez años, que no le gustaba lo que hacía, ni la persona en que se había convertido, que el futuro lo atemorizaba. Habría querido contarle que le angustiaba que al final no pudieran tener hijos. ¿Podría soportarlo su relación? ¿Se iría ella y lo dejaría? Tenía ganas de decirle que la quería. Casi nunca se lo decía. Eran muchas las cosas que habría querido contarle, pero no sabía cómo. Se limitó a negar con la cabeza y a apoyarse contra su mano, que le estaba dando un masaje.

—Ven a acostarte.

Jenny se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla. Haraldsson notó que estaba tremendamente cansado. Cansado y borracho.

Entonces se levantaron del sofá y se fueron a la cama.

Muy juntos. Jenny lo abrazó con fuerza y él sintió contra el cuello su respiración tranquila. Intimidad. ¡Cuánto tiempo hacía que no la sentía! El sexo era el pan de cada día, pero la intimidad, el afecto... Haraldsson pensó en lo mucho que había echado de menos esa proximidad, mientras el sueño se acercaba furtivamente.

«Los culpables huyen».

Fue un último pensamiento lúcido.

«Si huyen, son culpables».

Había una conclusión en esa frase, una pauta. Estaba ahí, pero su mente nublada por el alcohol no la captó. Thomas Haraldsson cerró los ojos y se durmió

profundamente y sin sueños.

Poco después de la medianoche, Torkel consiguió poner fin a la rueda de prensa y marcharse. No había respondido a ninguna pregunta específica sobre una eventual relación con el crimen, y había ignorado lisa y llanamente las interpelaciones sobre la detención como sospechoso de algún empleado del Instituto de Bachillerato Palmlövskå. Aun así, esperaba haber transmitido la idea de que la investigación avanzaba de forma implacable y de que la resolución definitiva del caso era sólo cuestión de tiempo.

Decidió volver a pie al hotel, con la esperanza de que la cocina no hubiera cerrado aún. Tenía un hambre canina y pensaba comer algo en el restaurante, pese a lo avanzado de la hora. Cuando llegó, se dio cuenta de que no era el único que había tenido un mal día. En el bar estaba Mikael, con una copa delante. Mala cosa. Cuando el policía se disponía a escabullirse por la puerta, Mikael lo vio.

—¡Torkel!

Este se detuvo y lo saludó con cierta frialdad.

—Hola, Mikael.

—¿Me acompañas? ¿Te apetece una copa?

—No, gracias. Todavía tengo trabajo que hacer.

Torkel intentó despedirse con una sonrisa y parecer tan poco interesado como pudo, sin ser descortés. Pero no funcionó. Mikael se bajó del taburete de la barra y se dirigió hacia él, siguiendo una línea tan recta como se lo permitió su estado. «¡Mierda, está borracho!», alcanzó a pensar Torkel antes de tener al marido de Ursula delante. Le olía el aliento: *whisky* y algo dulce, también alcohólico. Mikael no sólo se le acercó demasiado, sino que además empezó a hablar un poco más alto de lo necesario.

—La he cagado, Torkel. Esta vez la he cagado de verdad.

—Ya veo.

—¿Podrías ir a hablar un momento con ella?

—No creo que sirviera de nada. Esto es algo que debéis resolver entre vosotros...

—Pero ella te aprecia. Te escucha.

—Mikael, deberías ir a acostarte.

—¿No quieres una copa? ¿Una sola?

Torkel rechazó la invitación con firmeza mientras intentaba febrilmente encontrar la manera de escapar de la situación. No tenía ningún deseo de estrechar la amistad con Mikael. Ya se sentía lo bastante despreciable tal como estaban las cosas, y la sola idea de conocerlo mejor le producía horror. De pronto comprendió la importancia de las reglas impuestas por Ursula.

Sólo en el trabajo.

Nunca en casa.

Lo que estaba sucediendo era peor que estar en casa de Ursula. Pero había sido ella la que había quebrantado las reglas. Ella había invitado a su marido, que ahora estaba prácticamente encima de Torkel y necesitaba ayuda. Alguien con quien compartir su torbellino de sentimientos.

—¡Mierda, lo he estropeado todo! Yo la quiero, ¿lo entiendes? Pero Ursula es muy complicada, ¿sabes? Sí, tú trabajas con ella. Seguro que lo sabes.

Torkel decidió pasar a la acción, conducirlo hasta la habitación de Ursula y dejarlo allí. Era lo único sensato. Cogió a Mikael por el brazo y lo sacó del bar, con amable firmeza.

—Ven conmigo, te ayudaré a subir.

Mikael lo siguió obediente. El ascensor ya estaba en el entresuelo, de modo que pudieron salir deprisa de la recepción y eludir así las miradas de la chica del mostrador. Torkel pulsó el botón del cuarto piso. «¿Se preguntará cómo sé cuál es la habitación de su mujer?», pensó, pero enseguida desechó la preocupación. Eran compañeros de trabajo y por lo tanto era normal que los dos supieran los números de sus respectivas habitaciones. Mikael levantó la vista y lo miró.

—Eres un buen tipo. Ursula siempre habla bien de ti.

—Me alegro.

—¡Me pareció tan raro que me llamara! Ya sabes, cuando Ursula está trabajando, trabaja y punto. Tiene sus reglas: el trabajo es el trabajo. Nunca llama ni da señales de vida. Así es ella y a mí siempre me ha parecido bien.

Mikael hizo una inspiración profunda. Torkel guardó silencio.

—Pero ayer me llamó y me pidió que viniera. Quería verme lo antes posible, ¿entiendes?

Para Torkel, el viaje en ascensor empezaba a convertirse en uno de los más largos de su vida. Todavía se encontraban en el segundo piso. Quizá habría sido mejor dejar a Mikael donde estaba y simplemente largarse del bar.

—Tenemos una relación muy difícil, por si no lo sabías. Por eso, cuando me

llamó, pensé que iba a decirme que habíamos terminado, que lo había decidido, ¿me entiendes? Porque si no, ¿para qué cojones iba a querer que viniera? Nunca me había llamado antes.

—No lo sé, Mikael. Sería mejor que lo hablaras con ella, ¿no crees?

—Ursula es así. Cuando decide una cosa, ¡pam!, ya está. Tiene que hacerlo enseguida. ¿Qué otra cosa podía pensar yo?

—No creo que tenga intención de divorciarse.

Por fin habían llegado al cuarto piso. Torkel abrió con rapidez la puerta acristalada del ascensor y salió. Mikael se quedó dentro.

—Puede que no, pero eso fue lo que pensé. No me dijo nada. Vino a cenar conmigo y me dejó en la habitación. Le pregunté para qué me había pedido que viniera y me dijo que sólo para vernos. Pero no lo creo.

—Ven, vamos.

Torkel animó con un gesto a Mikael, que con cierto esfuerzo salió por fin del ascensor. Se adentraron juntos por el pasillo.

—Entonces cogí una botella del minibar. Estaba nervioso. Estaba completamente seguro de que iba a dejarme.

Torkel no respondió. ¿Qué habría podido decirle? Mikael no paraba de repetir la misma canción. Cuando llegaron, Torkel llamó a la puerta.

—No creo que esté. Debe de haber salido. No le gusta verme en este estado. Pero tengo la llave.

Mikael buscó en el bolsillo y, después de un momento que pareció una eternidad, extrajo por fin la tarjeta blanca de plástico y se la dio a Torkel. Tenía lágrimas en los ojos. Torkel lo notó cuando sus miradas se encontraron durante una fracción de segundo.

—Y si no, ¿para qué iba a pedirme que viniera?

—No lo sé. No tengo la menor idea —mintió Torkel mientras abría la puerta.

La habitación olía a alcohol y a Ursula, una combinación que Torkel no había experimentado hasta ese momento. Entraron y Mikael se sentó en uno de los dos sillones que había en una esquina. Parecía arrepentido.

—¡Mierda, cómo la he cagado!

Torkel contempló el despojo sentado en el sillón y sintió pena. Mikael era inocente. Los culpables eran Ursula y él. Habría querido marcharse, pero no se decidía a dar un paso y salir. Por un momento, jugó con la idea de hablar.

Contarlo todo.

Explicar la razón por la que Mikael estaba borracho, sentado en una esquina de

una habitación de hotel en Västerås.

Decir que la culpa era suya.

Él merecía el castigo.

Y no Mikael.

De repente apareció Ursula por la puerta abierta. No dijo nada. Con toda probabilidad sintió la necesidad o la obligación de decir muchas cosas, lo mismo que Torkel, pero pensó también que no era el momento. El silencio era la única melodía que se sentía capaz de tocar.

Torkel la saludó con una breve inclinación de la cabeza y se marchó.

Billy no sabía que Torkel había abandonado el edificio poco menos de media hora antes. Estaba sentado con los pies encima de la mesa, en la pequeña sala donde prácticamente había vivido mientras repasaba todas las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Estaba comiendo una chocolatina, para aumentar el nivel de azúcar en la sangre, después de una larga y agotadora jornada. Cerró un momento los ojos y se quedó inmóvil, prestando atención sólo a los sonidos de los despachos oscuros y vacíos. Aparte del suave murmullo de los ventiladores, se oía trabajar la última versión del Stellar Phoenix Windows Data Recovery, luchando con el disco duro de Ragnar Groth. El programa servía para recuperar archivos borrados y, a juzgar por el airado zumbido del disco duro, todavía lo estaba intentando.

Billy estaba seguro de que tenía que haber algo en algún sitio. Siempre había algo. Lo importante era saber buscar. Los ordenadores solían ocultar más de lo que la gente creía. Por eso seguía buscando. La mayoría de los usuarios ignoraban por completo la cantidad de información que quedaba en el disco duro después de borrar unos archivos. El sistema de localización, que determinaba el lugar del disco duro adonde iba a parar la información, no eliminaba el archivo en sí mismo al pulsar el botón para borrarlo, sino únicamente su referencia. Eso significaba que la información permanecía en las profundidades del disco duro. Sin embargo, en el caso del ordenador de Groth, Billy empezaba a sentir cierto escepticismo. Ya lo había revisado dos veces, aunque con programas menos eficaces, y no había encontrado nada interesante. Tampoco había indicios de que Ragnar hubiera empleado ninguno de los potentes algoritmos capaces de borrar de forma permanente la información de un disco duro, sino más bien al contrario. Billy había recuperado gran cantidad de mensajes y documentos borrados, pero hasta ese momento ninguno parecía tener el menor interés de cara a la investigación.

Se desperezó. Faltaban unos quince o veinte minutos para que terminara la

revisión del disco duro, un tiempo demasiado corto para empezar a hacer otra cosa y demasiado largo para quedarse sentado sin más. Se levantó y se puso a dar vueltas por la sala intentando favorecer la circulación, y durante unos segundos consideró la idea de bajar a comprar otra chocolatina en la máquina expendedora de la recepción. Pero la descartó. Ya consumía demasiado azúcar y, si comía más chocolate, volvería a tener ganas de comprar otra chocolatina al cabo de unas horas. Su mirada recayó entonces sobre otro de los monitores que había en la mesa. Mostraba una imagen congelada de la última secuencia en la que Roger aparecía con vida. El chico estaba casi de espaldas, de camino hacia el hotel de carretera. O al menos eso habían pensado por la mañana. Ahora todo parecía mucho menos seguro. Billy se acercó al teclado y empezó a pasar las imágenes una a una, cuadro a cuadro, estudiando de esa manera entrecortada los últimos pasos del muchacho. Lo último en salir del cuadro era el pie derecho, calzado con una zapatilla deportiva. Después, la escena quedaba vacía, a excepción del parachoques trasero del coche detrás del cual había desaparecido Roger, que apenas se veía en una esquina de la imagen.

Billy tuvo una idea. Todo el tiempo había supuesto que Roger había seguido caminando y, por lo tanto, había esperado verlo aparecer en las grabaciones de otra cámara diferente. Sin embargo, también era posible que se hubiera encontrado con alguien o que hubiera hecho un recado en algún sitio y después, al cabo de un rato, hubiera vuelto sobre sus pasos. No era del todo improbable. Merecía la pena comprobarlo y, en todo caso, sería más productivo que comer chocolate. Se puso manos a la obra. Hizo avanzar la imagen hasta el último instante donde aún se veía Roger y empezó a partir de ahí. Aumentó la velocidad de visionado hasta 4x, para ir más rápido, y se concentró en el tramo de calle desierto. Los números que marcaban el tiempo pasaban con rapidez: un minuto, dos, tres... Billy aumentó de nuevo la velocidad, hasta 8x, para ahorrar más tiempo. Al cabo de trece minutos según el tiempo de la grabación, vio que el coche detrás del cual había desaparecido Roger arrancaba y se marchaba, dejando la calle completamente vacía. Billy siguió adelante, esta vez a 16x. Enseguida aparecieron dos figuras, que atravesaron la escena dieciséis veces más rápido de lo normal. Resultaba bastante cómico. Billy detuvo la grabación y volvió atrás, hasta encontrar otra vez las dos figuras. Eran un hombre y una mujer mayores, con un perro, que caminaban en sentido opuesto al de Roger. No parecía que estuvieran haciendo nada, aparte de pasear a la mascota. Billy anotó la hora que aparecía en la grabación y decidió encargarle a Hanser que localizara a la pareja. Con suerte, quizá hubieran visto algo. Después, siguió mirando la grabación. Pasaron los minutos, pero no hubo ninguna novedad. Roger no volvía a aparecer.

Billy se recostó en la silla y, de repente, se le ocurrió una idea. ¿Y el coche? El coche que había arrancado y se había ido trece minutos después de que pasara Roger, ¿cuándo había llegado? Con un par de clics, Billy volvió al momento en que el muchacho aún podía verse en la grabación. Desde el principio había dado por sentado que el coche estaba aparcado en la calle, como un objeto inmóvil. Pero el mismo vehículo, trece minutos después, se había puesto en marcha con una persona al volante. Billy retrocedió todavía más y observó que el parachoques trasero del coche entraba en escena, dando marcha atrás para aparcar, apenas seis minutos antes de que apareciera Roger. Todo el posible cansancio que hubiera podido sentir se esfumó cuando comprendió que el coche había estado aparcado durante apenas diecinueve minutos, en estrecha proximidad al paso de Roger por la calle. Billy se sintió de repente como un imbécil. Había cometido el gran error de poner límites a la interpretación de las pruebas que tenía delante, de empeñarse en encontrar un patrón determinado, en lugar de dejar la puerta abierta a todas las posibilidades. Hasta llegar a ese punto de su recorrido, Roger había ido pasando de una cámara a otra, sin parar ni retroceder. Y así lo había seguido buscando Billy. Esperaba que hubiera continuado hasta la próxima cámara.

En cuanto Billy abrió la puerta a otras opciones, se dio cuenta de que había más escenarios con un alto grado de probabilidad. Quizá el coche no estaba simplemente aparcado y vacío. Era posible que la persona que lo había estacionado seis minutos antes de la llegada de Roger se hubiera quedado dentro todo el tiempo. Billy veía sólo una parte del parachoques trasero del vehículo, por lo que no podía saber si sus ocupantes se habían bajado del coche o seguían dentro. Aun así, retrocedió otra vez hasta localizar a Roger y empezó a visionar de nuevo la grabación, tratando de observarla como si fuera la primera vez que la veía.

Sin ideas preconcebidas.

Roger entraba en escena por la derecha, daba unos pasos y cruzaba la calle. Billy congeló la imagen y la hizo retroceder, cuadro a cuadro. ¡Ahí! Roger giraba ligeramente la cabeza hacia la izquierda, como si algo le hubiera llamado la atención, y entonces empezaba a cruzar la calle. Billy puso en marcha otra vez la grabación. Sin sus anteriores orejeras, pudo interpretar de otra manera la escena. Le dio la impresión de que Roger pasaba por detrás del coche, para dirigirse hacia la puerta del acompañante.

Hizo una inspiración profunda. No debía sacar conclusiones precipitadas. Tenía que comprobarlo todo y concentrarse en la imagen. En el coche. Parecía un Volvo. De color azul oscuro o negro. No era un monovolumen, sino un sedán. Tampoco parecía

uno de los modelos más nuevos. Quizá de algún año entre 2002 y 2004. Tendría que estudiarlo mejor, pero estaba bastante seguro de que se trataba de un Volvo sedán de cuatro puertas. Empezó a avanzar cuadro a cuadro, concentrado en el vehículo, atendiendo al coche y nada más. Seis cuadros y cincuenta y siete segundos después de que Roger saliera de la escena, Billy reparó en algo que no había visto antes: una breve y ligera sacudida del coche, como si alguien hubiera cerrado una puerta. No era muy evidente y era posible que se equivocara, pero pronto podría averiguarlo.

Cargó la secuencia en un sencillo programa estabilizador de imágenes. Si podía descartar una eventual vibración de la cámara de vigilancia, tendría que deducir que todos los movimientos que se observaban provenían de los objetos captados en la grabación. Marcó un par de puntos en el borde metálico del parachoques trasero, por encima de la rueda. En el minuto 00.57.06, los dos puntos se movían indudablemente un par de milímetros, para luego estabilizarse un poco más abajo de su posición inicial. Alguien había abierto una de las puertas del vehículo y la había cerrado con fuerza, después de entrar. El hecho de que los puntos se hubieran estabilizado ligeramente por debajo de su posición original indicaba que el coche soportaba más peso. Alguien había entrado y se había sentado en el vehículo. Con toda probabilidad, Roger.

Billy miró la hora. Eran casi las doce y media. Nunca era demasiado tarde para llamar a Torkel. Incluso se enfadaría si no lo llamaba. Cogió el teléfono y marcó el número. Mientras esperaba respuesta, siguió contemplando las imágenes de la pantalla. El nuevo desarrollo de los acontecimientos explicaba muchas cosas.

Roger no volvía a aparecer en las grabaciones de ninguna cámara porque no había seguido andando por la calle.

Estaba en el interior de un Volvo de color oscuro.

Y seguramente iba de camino a la muerte.

Sentada en la misma silla que había ocupado Billy unas siete horas antes, Lena Eriksson miraba a su alrededor sorprendida. Eran demasiados en la pequeña sala. Los conocía a casi todos, excepto al joven policía que estaba trabajando con el teclado, delante de dos grandes monitores apagados.

Que hubiera tantos policías solamente podía significar una cosa.

Había ocurrido algo.

Algo importante.

Lo había intuido en cuanto llamaron a su puerta y la sensación no había hecho más que aumentar. Eran las siete menos cuarto cuando, después de muchos y muy prolongados timbrazos, se había levantado de la cama y había abierto la puerta, con cara de cansancio. La policía que la había visitado unos días antes se había vuelto a presentar y le había hablado con ansiosa precipitación.

Necesitaban su ayuda.

Toda la situación, la hora temprana, las explicaciones concisas pero serias de la policía y la prisa por llevarla a la comisaría se combinaron para borrar de un plumazo los días de angustia y de falta de sueño. Lena sintió que su cuerpo se llenaba de agitada energía.

Hicieron todo el camino en coche, en la mañana gris y neblinosa, sin decir ni una palabra. Aparcaron en el sótano de la comisaría, en un garaje que Lena ni siquiera sabía que existía. Subieron por una escalera de hormigón y entraron por una gran puerta metálica. La mujer policía la guio con paso rápido a través de larguísimos pasillos. Por el camino se cruzaron con varios agentes uniformados que parecían haber terminado su turno de guardia. Iban riéndose, con una alegría que a Lena le pareció fuera de lugar. Todo sucedía tan rápido que le resultaba difícil reunir todas las impresiones en una sola experiencia. Las sentía como una sucesión de imágenes, sin ninguna relación entre sí: unas risas, una serie de pasillos con giros y recodos, y una mujer policía que caminaba delante de ella. Tras un último giro, parecieron llegar a su destino. Había varias personas esperándola. La saludaron, pero Lena no oyó bien lo que decían. En lugar de prestarles atención, pensó que nunca conseguiría encontrar

sola la salida. El hombre que quizá fuera el jefe, el mismo que la había interrogado sobre Leo Lundin hacía un tiempo que le parecía una eternidad, la cogió amablemente por el brazo.

—Gracias por venir. Queremos enseñarle una cosa.

Abrieron la puerta de la pequeña sala y la hicieron pasar. «Así debe de ser cuando te detienen —pensó ella—. Te saludan y te traen aquí. Primero te saludan y después te acusan».

Hizo una inspiración profunda. Uno de los policías le acercó una silla y el más joven, un chico bastante alto, empezó a trabajar con el teclado que había sobre la mesa, delante de ella.

—Es importante que lo que vamos a decir no salga de esta sala.

El que había hablado era otra vez el de mayor edad. El jefe. ¿Cómo había dicho que se llamaba? ¿Torsten? En cualquier caso, Lena asintió, y el jefe prosiguió.

—Creemos que un coche recogió a Roger. Necesitamos saber si usted reconoce el vehículo.

—¿Tienen una foto? —preguntó Lena palideciendo.

—Por desgracia, no. Tenemos algo, pero es menos que una foto. ¿Está lista para verlo?

Entonces el hombre mayor guardó silencio y le hizo un gesto al que manejaba el ordenador. El policía más joven pulsó la barra espaciadora del teclado y, de repente, la pantalla se iluminó y mostró la imagen de una calle desierta. A un costado del asfalto se veía una extensión de césped, una casa pequeña y, arriba, en una esquina de la escena, el reflejo de lo que probablemente era el fulgor amarillo de una farola.

—¿Qué quieren que mire? —preguntó Lena algo desconcertada.

—Ahí.

El policía joven le señaló la esquina inferior izquierda de la imagen, donde se veía el parachoques trasero de un vehículo. Un coche de color oscuro. ¿Cómo demonios esperaban que lo reconociera?

—Es un Volvo —prosiguió el policía—, un modelo de los años 2002 a 2004. Un S60.

—Nada de eso me dice nada.

Lena se quedó mirando la imagen y vio encenderse las luces traseras del automóvil, poco antes de que arrancara y se marchara.

—¿Eso es todo?

—Lamentablemente, sí. ¿Quiere verlo de nuevo?

Lena hizo un gesto afirmativo. El policía joven pulsó con rapidez varias teclas y la

secuencia volvió al principio. Lena la estudió con atención, tratando febrilmente de encontrar algo. Pero sólo se veía un trozo de un vehículo aparcado. Un trozo pequeño. Esperó con ansia a que pasara algo más, pero eso era todo: la misma calle desierta y el mismo coche. La grabación se detuvo y, por las miradas de todos, Lena comprendió que había llegado su turno de decir algo. Los miró y sentenció:

—No reconozco el coche.

Los demás asintieron. Era lo que esperaban.

—¿Conoce a alguien que tenga un Volvo de color oscuro?

—Quizá. Es un coche bastante corriente, ¿no? Pero, no sé, no se me ocurre nadie...

—¿Vio alguna vez que Roger llegara a casa en un coche como ese?

—No.

Se hizo un silencio. Lena notó que el entusiasmo y la expectación se desvanecían entre los policías, para dejar paso a la decepción. Se volvió hacia Vanja.

—¿De dónde son esas imágenes?

—De una cámara de seguridad.

—Pero ¿dónde estaba la cámara?

—Lo siento, pero no podemos decírselo.

Lena asintió. No confiaban en que fuera a guardar el secreto. Por eso no querían decírselo. Confirmó sus sospechas cuando el jefe volvió a tomar la palabra.

—Sería perjudicial para la marcha de la investigación que esta información saliera a la luz. Espero que lo entienda.

—No se lo contaré a nadie.

Lena se volvió hacia la pantalla, donde aún se veía la imagen congelada de la calle vacía.

—¿Aparece Roger en la grabación?

Billy miró a Torkel, que asintió débilmente.

—Sí.

—¿Puedo verlo?

Billy volvió a mirar a Torkel y recibió otra respuesta afirmativa. Se inclinó sobre el teclado, hizo retroceder un poco más la grabación y pulsó el *play*. Al cabo de unos segundos, entraba Roger por la derecha. Lena se echó hacia delante. No se atrevía ni a parpadear, por miedo a perderse algo.

Su hijo estaba vivo.

Iba andando.

Con paso rápido y ágil. Estaba en forma. Cuidaba bien su físico y se sentía

orgullosa de ello. Ahora yacía destrozado y frío, detrás de una compuerta de acero inoxidable, en la morgue. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no parpadeó.

Estaba vivo.

Roger giró un momento la cabeza hacia la izquierda, cruzó la calle y desapareció detrás del coche.

Fuera de la escena.

Lejos de ella.

Había pasado demasiado rápido.

Lena reprimió el impulso de extender la mano para tocar la pantalla. En la sala reinaba un silencio absoluto. El policía joven se inclinó hacia ella con delicadeza.

—¿Quiere volver a verlo?

Ella negó con la cabeza y tragó saliva. No deseaba que se le quebrara la voz.

—No, gracias. Estoy bien así.

El jefe se le acercó y le apoyó una mano sobre el hombro.

—Muchas gracias por venir. Pediremos un coche para que la lleve a casa.

Con esas palabras finalizó el encuentro, y muy pronto Lena se vio caminando de nuevo detrás de Vanja. Ya no tenían tanta prisa como antes. Al menos la policía.

Para Lena era diferente. La preocupación se había desvanecido y la sustituía la ira de haberlo comprendido. Y la energía de verlo confirmado.

Un S60.

Modelo de 2002 a 2004.

Sabía muy bien quién tenía un coche así.

Llegaron hasta una mesa de escritorio, donde estaba trabajando un policía uniformado. Vanja le dijo algo y el agente se levantó y cogió la chaqueta. Lena negó con la cabeza. Podía imaginar lo que le había dicho.

—No hace falta. Solamente enséñenme la salida. Tengo algunas cosas que hacer en el centro.

—¿De verdad? Para nosotros no es ningún problema.

—Sí, de verdad. Gracias de todos modos.

Le estrechó la mano a Vanja. El policía uniformado volvió a colgar la chaqueta y la acompañó por los pasillos hasta la puerta.

Algunas cosas que hacer en el centro.

Una cosa, como mínimo.

Vanja volvió a reunirse con los demás en la sala. Desde fuera notó que Torkel parecía desusadamente decepcionado, y que no dejaba de ir y venir por la habitación, con los

puños apretados. Si ella misma no hubiera estado todavía de pésimo humor, imaginaba que le habría parecido gracioso verlo describir círculos en torno a la mesa donde estaban Sebastian y Billy. Abrió la puerta y Sebastian guardó silencio cuando la vio entrar. Vanja rehuyó su mirada.

Su rabia no era racional. Había sido Valdemar el que había hablado en exceso, el que había estropeado la velada, el que había invitado a Sebastian y le había dado ventaja sobre ella. Valdemar había permitido que se sintiera importante y le había atribuido una influencia sobre ella que en realidad no tenía. Todo eso lo había hecho su padre. Pero Sebastian pensaba aprovechar al máximo su nueva información y ella lo notaba.

Lo sabía.

Y estaba furiosa.

Se situó junto a la puerta y se cruzó de brazos. Torkel la miró. Parecía cansada. ¡Mierda, todos estaban cansados! Exhaustos. Abatidos. Más de lo que normalmente habrían estado. Quizá no todo pudiera achacarse al efecto Sebastian. La investigación se les había puesto mucho más cuesta arriba que de costumbre.

Torkel le hizo un gesto a Sebastian para que continuara.

—Lo que estaba diciendo es que si ese tipo entró en la calle dando marcha atrás porque sabía que había una cámara, entonces no sólo es un genio de la planificación y la anticipación, sino que está jugando con nosotros. Y, en ese caso, aun cuando localizáramos el coche, con toda probabilidad no encontraríamos ninguna evidencia.

A su pesar, Vanja hizo un gesto afirmativo. Parecía sensato lo que decía.

—No es seguro —replicó Billy—. Me refiero a la cámara. No es seguro que supiera que estaba ahí. Sólo capta una parte de la calle, que es un callejón sin salida. Puede que haya girado aquí... —se levantó, fue hacia el mapa de la pared y señaló con la punta de un rotulador el posible lugar del giro— y que haya dado marcha atrás después.

Torkel dejó de caminar de un lado a otro de la sala y miró el punto del plano que señalaba Billy.

—Entonces, si no sabía que había una cámara..., habría bastado con que retrocediera dos metros más para que lo viéramos.

—Así es.

Parecía como si Torkel no diera crédito a sus oídos. ¡Dos metros! ¿Estaban solamente a dos metros de resolver el jodido caso?

—¿Por qué cojones no avanzamos en esta puta investigación?

Billy se encogió de hombros. Empezaba a acostumbrarse al mal genio que los

últimos días demostraba Torkel. Si hubiera estado de mal humor por algo que él hubiera hecho o dejado de hacer, habría reaccionado de otra manera, pero él no tenía la culpa. Estaba seguro. Lo más probable era que fuera por algo relacionado con Ursula. Con ella, que justo acababa de abrir la puerta, con una taza de café y una bolsa de papel del quiosco en la mano.

—Perdón por el retraso.

Ursula dejó sobre la mesa lo que llevaba y se sentó.

—¿Cómo está Mikael?

¿Eran imaginaciones de Billy o el tono de Torkel había sido un poco menos seco y más amable?

—Ya se ha ido.

Billy miró sorprendido a Ursula. Aunque no fuera asunto suyo, estaba asombrado.

—¿No llegó ayer por la noche?

—Sí.

—Entonces ¿fue una visita relámpago?

—Sí.

Por el tono de Ursula, Torkel comprendió que ya no sabría nada más acerca de la visita de Mikael, a menos que ella misma sacara el tema más adelante, lo que resultaba poco probable. Ursula extrajo de la bolsa de papel un sándwich de queso y una bebida de yogur mientras con la mirada recorría toda la sala.

—¿Qué me he perdido?

—Después te pondré al corriente. Ahora seguimos.

Torkel le hizo una señal a Billy, que volvió a su sitio y a sus papeles.

—No te vas a alegrar. He revisado los archivos de la dirección de tráfico y he encontrado que en Västerås hay doscientos dieciséis Volvo S60, de los años 2002 a 2004, de color negro, azul oscuro o gris oscuro. Si además contamos los municipios limítrofes, como Enköping, Sala, Eskilstuna y alguno más, el número sube hasta unos quinientos.

En lugar de responder, Torkel apretó un poco más los puños. Sebastian miró a Billy.

—¿Cuántos de esos coches tienen alguna relación con el Instituto de Bachillerato Palmlövskå? ¿Podemos cruzar los datos de la dirección de tráfico con la lista de padres y empleados del colegio?

Billy se volvió hacia Sebastian.

—No. Tendríamos que hacerlo manualmente y nos llevaría bastante tiempo.

—Entonces deberíamos empezar ya. Hasta ahora, todo nos ha llevado a ese

condenado colegio.

A Billy le pareció bien la propuesta de Sebastian. Pero no hacía falta ser experto en psicología social para darse cuenta de que la irritación que flotaba en el ambiente tenía que ver con la participación de Sebastian en el equipo. Por eso, prefirió no expresar ninguna opinión al respecto y esperar a que Torkel hiciera algún comentario. Sin embargo, también este aceptó la propuesta.

—Buena idea. Pero antes quiero repasar todas las grabaciones de todas las cámaras, hasta que encuentre el jodido coche.

Billy dejó escapar un ruidoso suspiro.

—Yo solo no voy a poder.

—No te preocupes. Hablaré con Hanser. Mientras tanto, Sebastian te puede ayudar. No le vendrá mal hacer un poco de auténtico trabajo policial.

Durante un segundo, Sebastian consideró la posibilidad de mandar a Torkel al carajo. Comparar registros y ver grabaciones a cámara rápida era lo último que habría querido hacer, pero, justo cuando las palabras ofensivas estaban a punto de salir de sus labios, se contuvo. Había aguantado hasta ese momento y no quería que lo expulsaran por una tontería. Antes había que resolver el caso. Y conseguir la dirección que necesitaba. Habría sido una idiotez enemistarse con la única persona que quizá podía ayudarlo en la búsqueda de Anna Eriksson, la verdadera razón por la que estaba colaborando con el grupo. En lugar de despotricar, miró a Billy con una sonrisa asombrosamente amable.

—Por supuesto. Si Billy me explica qué hay que hacer, yo lo haré.

—¿Se te dan bien los ordenadores?

Sebastian negó con la cabeza. Torkel empezó otra vez a recorrer irritado la sala. Había intentado provocar un altercado con su viejo amigo, en parte porque necesitaba aliviar un poco la crispación general y en parte porque quería demostrarle a Ursula que no estaba dispuesto a que Sebastian actuara a su antojo a cambio de nada. Y ni siquiera eso había conseguido. Sebastian se puso de pie y le dio una palmada a Billy en el hombro.

—Cuando quieras, empezamos.

Torkel salió furioso de la sala.

Lena no había ido hasta allí directamente. La determinación que había sentido en la comisaría se había empezado a disipar con el aire fresco. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no era el mismo coche? O, peor aún, ¿y si no se equivocaba? ¿Qué haría entonces?

Dio una vuelta por el nuevo centro comercial, inaugurado el otoño anterior. Las

obras habían durado muchos años, tantos que los habitantes de la ciudad habían llegado a pensar que no terminarían nunca. Lena vagó sin rumbo sobre los suelos lustrosos, contemplando los grandes escaparates iluminados. Todavía era temprano. Las tiendas aún no habían abierto y ella estaba casi sola en el nuevo orgullo de Västerås. Ya habían llegado las novedades del próximo verano, o al menos eso afirmaban los rótulos de forma tajante, porque Lena no apreciaba diferencias respecto a la moda del verano anterior. De todos modos, nada de lo que veía en los escaparates podía sentarle a ella tan bien como a los maniquíes.

Y, en cualquier caso, tenía cosas más importantes en que pensar, aparte de las compras para el verano. La vocecita había vuelto, la misma vocecita que en los últimos días había conseguido acallar con más o menos éxito.

Quizá por eso la oyó con más fuerza que nunca.

«¡Tú eres la culpable!».

«¡Ahora ya lo sabes!».

«¡La culpa es tuya!».

Estaba obligada a averiguar si la voz decía la verdad. Sabía que tendría que averiguarlo. ¡Pero era tan doloroso! ¡Era tan grande el tormento de ver más cercana esa posibilidad! Y más todavía en ese momento, cuando todo hacía pensar que ya no podría negarlo. Le sería imposible, ahora que había visto el coche oscuro en la grabación.

En medio del centro comercial, una chica ordenaba bollos y panecillos en el desmesurado mostrador de una cafetería. El aire olía a azúcar, vainilla y canela. Era el recuerdo de otra vida, lejos de los pensamientos dolorosos, y Lena sintió que necesitaba volver a esa vida, aunque sólo fuera por un instante. Consiguió convencer a la chica de la cafetería para que le vendiera algo, aunque todavía no había abierto la tienda. Eligió un bollo extragrande de crema, con una cantidad excesiva de azúcar glas por encima. La chica lo metió en una bolsa de papel y se lo tendió por encima del mostrador. Lena se lo agradeció y dio unos pasos hacia la salida, antes de sacar el bollo de la bolsa. Era blando y aún estaba tibio. Inmersa fugazmente en la otra vida, Lena le dio un buen bocado al bollo de crema. Cuando el sabor se volvió real y le hizo sentir en la boca su exagerada dulzura, entonces se sintió repentinamente enferma.

¿Cómo podía estar ahí mirando escaparates y comiendo pasteles? ¿Cómo podía disfrutar de la vida? Las imágenes de Roger, de su Roger, le volvieron a la mente.

Su primera sonrisa.

Sus primeros pasos.

La escuela, los cumpleaños, los partidos de fútbol.

Sus últimas palabras.

—*Voy a salir. Hasta luego...*

Sus últimos pasos detrás del coche.

Tiró el bollo de crema en una papelería y salió del centro comercial. Ya había perdido demasiado tiempo. Ya había eludido y aplazado el momento de averiguar lo que por fuerza tenía que saber.

¿Había sido cómplice del horror?

Peor aún.

¿Había sido culpa suya?

La vocecita se obstinaba en afirmarlo.

Lena atravesó casi corriendo la ciudad. Su cuerpo no estaba habituado a ese ritmo. Los pulmones estaban a punto de estallarle y sentía el esfuerzo en la garganta. Pero no redujo la velocidad. Siguió andando con paso decidido hacia el lugar que más odiaba en el mundo.

El lugar que había sido el principio del fin para Roger y para ella.

El sitio que la había hecho sentirse inferior y sin ningún valor.

El Instituto de Bachillerato Palmlövskå.

Encontró lo que buscaba en la parte trasera del edificio. Primero había recorrido varias veces el extenso aparcamiento de la parte delantera, sin encontrarlo, y entonces, frustrada, había dado una vuelta alrededor del colegio, hasta descubrir un aparcamiento más pequeño, justo al lado de la puerta que conducía al comedor.

Ahí estaba.

Un Volvo azul oscuro.

Tal como suponía.

Tal como se temía.

La invadió otra vez el malestar y volvieron también los pensamientos. A ese coche había subido su Roger, aquel viernes que en realidad era reciente, pero por alguna extraña razón le parecía remoto, como si hubiera pasado toda una eternidad. Sólo faltaba una cosa. Se acercó al extremo izquierdo del parachoques trasero y se agachó. No sabía si los policías lo habían visto. En todo caso, no habían dicho nada. Pero cuando el coche de la grabación había encendido las luces y se había marchado, ella había notado con claridad que el faro trasero izquierdo estaba sujeto con cinta adhesiva.

Al menos Lena lo había visto. Unas semanas atrás, Roger había vuelto a casa con una carta del colegio redactada en tono seco y acusador. Según la nota, los dos faros

traseros de ese vehículo habían quedado destrozados a causa de una acción vandálica y se había procedido a repararlos de manera provisional, a la espera de que el culpable diera un paso al frente y se hiciera cargo del coste de la reparación definitiva. Lena no sabía qué había ocurrido después. Deslizó los dedos sobre la gruesa cinta adhesiva, como para congelar el tiempo y que no pasara nada más. Nunca más.

Pero pasaría. Eso no era más que el principio y ella lo sabía. Se puso de pie y dio unos pasos alrededor del automóvil. Tocó con cautela el frío metal. Quizá él también había puesto la mano allí mismo. O tal vez en algún otro sitio. Siguió así, tratando de determinar los lugares donde las manos de Roger habían podido tocar el vehículo. Una de las puertas, sin duda. La del acompañante, imaginaba. Probó la manilla. Fría y cerrada. Se inclinó y miró el interior. Tapizado oscuro sin dibujos. Nada en el suelo. Unas monedas sueltas en la pequeña bandeja entre los dos asientos. Nada más.

Se levantó y sintió para su sorpresa que toda su preocupación se había desvanecido. Lo peor que podía ocurrir ya había ocurrido.

Su culpabilidad quedaba confirmada.

Más allá de toda duda.

Ahora sólo se sentía completamente vacía por dentro. Una sensación de frío se extendió por todo su cuerpo, como si la gélida vocecita y ella fueran una misma cosa.

Había sido culpa suya. Ya no había nada en su cuerpo que pudiera protegerla de esa convicción. No le quedaba calor.

Una parte de Lena había muerto cuando le habían arrebatado a Roger.

La otra parte murió en ese momento.

Sacó el teléfono y marcó un número. Sonaron varios tonos de llamada antes de que se oyera una voz de hombre al otro lado de la línea. Después, Lena oyó su propia voz, tan fría como sus entrañas:

—Hoy he visto una cosa en la comisaría. He visto su coche. Sé que fue usted.

No hacía mucho que Cia Edlund tenía perro. De hecho, nunca se había considerado una persona a la que le gustasen los perros. Pero, dos años atrás, Rodolfo se había presentado en su casa, el día de su cumpleaños, con un cachorrito adorable y peludo. Un cocker spaniel. Una hembra.

—¡Igual que la de *La Dama y el Vagabundo*! —había gritado Rodolfo con una ancha sonrisa y los ojos brillantes como sólo ellos podían brillar.

Cia no había podido negarse, sobre todo cuando Rodolfo, al notar sus espontáneas dudas, se había ofrecido con lealtad a ayudarla.

—No será sólo tu perrita. Será nuestra, te lo prometo. Nuestro bebé...

No fue exactamente así. Seis meses después, cuando los ojos de Rodolfo dejaron de brillar tanto como antes y sus visitas se volvieron más espaciadas, Cia comprendió que la perra era responsabilidad suya y de nadie más, a pesar de que llevaba el nombre de la abuela de Rodolfo, Lucia Almira, una señora chilena que Cia no había conocido, pero que los dos habían planeado visitar en cuanto pudieran pagarse el viaje.

Tampoco hubo ningún viaje, de modo que ahora Cia compartía la cama con un ser bautizado en honor de una abuela chilena que nunca conocería.

Su principal problema eran los aspectos prácticos. Cia trabajaba de auxiliar de enfermería. Trabajaba mucho y con horarios irregulares. Los paseos de *Almira* eran una preocupación constante para ella. Por lo general, la sacaba un momento y no se alejaba mucho de su casa. Podía sacarla una vez en medio de la noche y otra vez por la tarde del día siguiente. Todo dependía de sus horarios. Pero en esta ocasión tenía el día libre y pensaba aprovecharlo para darle un buen paseo. Seguramente le haría bien a *Almira* y también a ella. Las dos bajaron por el sendero hasta el campo de fútbol que se extendía entre el bosque y la carretera iluminada.

Cuando llegaron al campo de fútbol desierto, Cia soltó a *Almira* y la perra se adentró con un ladrido de alegría entre los matorrales y el bosque de abetos. De vez en cuando, Cia veía el rabo de *Almira* que sobresalía entre los arbustos. Sonrió para sus adentros. Por una vez, sentía que estaba siendo una buena dueña para su perra.

Almira volvió corriendo. Nunca se mantenía mucho tiempo alejada; siempre quería saber dónde estaba su ama. Se acercaba y, tras un breve contacto visual, se alejaba otra vez, para regresar de nuevo al cabo de un rato. Cia frunció el ceño cuando la vio salir de la maleza. Tenía algo oscuro en el hocico. La llamó para que volviera a su lado y *Almira* obedeció enseguida. Cia se sobresaltó. La mancha parecía de sangre. Pero la perra estaba demasiado contenta. No podía ser del animal. Esquivando sus lengüetazos, Cia volvió a ponerle la correa.

—¿Qué has encontrado? Enséñamelo.

Al cabo de quince minutos, Sebastian ya se había cansado de mirar con atención un monitor en busca de Volvos oscuros. Era un ejercicio inútil. Billy le había explicado la manera de proceder. Como sabían a qué hora había arrancado el coche con Roger dentro, entonces bla-bla-bla calcular aproximadamente bla-bla-bla, según el camino que hubiera seguido, bla-bla-bla. Sebastian había desconectado. Ahora miraba de soslayo a Billy, que estaba sentado a cierta distancia, con una lista de direcciones que acababa de enviarle la secretaria del Instituto de Bachillerato Palmlövsvka. No parecía muerto de aburrimiento, sino más bien concentrado y resuelto. Levantó la vista y miró a Sebastian, que no estaba haciendo nada.

—¿Algún problema?

—No, ninguno. ¿Cómo te está yendo a ti?

Billy le sonrió.

—Acabo de empezar. Tú sigue. Hay cámaras de sobra, créeme.

Mientras Billy se concentraba una vez más en sus papeles, Sebastian se volvió hacia la pantalla y suspiró. La situación le recordaba a su época de asistente de investigación del profesor Erlander, treinta años antes, cuando había tenido que clasificar miles y miles de respuestas a una encuesta. En aquella ocasión les había pagado a unos estudiantes para que hicieran el trabajo y él se fue al bar. Pero esta vez parecía un poco más difícil poder escaquearse.

—¿Algún resultado con aquel nombre que te di? ¿Anna Eriksson?

—No, lo siento. Se me han cruzado otras cosas en el camino, pero ya lo miraré en cuanto pueda.

—No lo decía por meterte prisa. Sólo por curiosidad.

Sebastian notó que Billy lo miraba, instándolo a seguir trabajando. Decidió continuar. No podía echarse atrás tan pronto. Pulsó la tecla F5, como le había enseñado Billy, y empezó a estudiar otra vez un tedioso tramo de calle, en algún lugar de Västerås. La llamada que recibieron en ese momento lo salvó de morir de

aburrimiento.

Llegaron dos coches al campo de fútbol. En uno viajaban Vanja y Ursula, y en el otro, Torkel y Sebastian. Torkel se sentía como si estuviera otra vez en el colegio, viviendo una variante del eterno enfrentamiento entre las chicas y los chicos. Era cierto que se había comportado de manera impersonal y neutra con Ursula, cuando ella se había quedado para informarse acerca de los acontecimientos de las últimas horas, pero después Ursula lo había ignorado por completo en el garaje y, sin decir ni una palabra, se había dirigido hacia su propio coche.

En el lugar del hallazgo se habían presentado ya dos coches patrulla. Un agente uniformado salió a recibirlos cuando bajaron de sus vehículos y se reunió con ellos en la explanada de grava. Parecía tenso, pero agradecido de que hubieran llegado.

—Han encontrado sangre. Mucha sangre.

—¿Quién la ha encontrado?

Lo había preguntado Ursula. Se trataba de un hallazgo técnico y, por lo tanto, era natural que fuera ella quien se ocupara de hacer las preguntas.

—Una mujer llamada Cia Edlund que estaba paseando a su perro. Os está esperando.

Torkel y los suyos atravesaron el campo de fútbol y se adentraron en el bosque, siguiendo al policía uniformado. Un poco más allá, el terreno descendía abruptamente, y Vanja observó, cuando estuvo en el fondo de la hondonada, que nadie habría podido verla desde el campo de fútbol.

El sendero torcía a la izquierda y desembocaba enseguida en un pequeño claro. Allí los esperaban dos personas: un policía, que con cinta amarilla estaba acordonando un área cuadrada, y una mujer de unos veinticinco años, que se mantenía a cierta distancia, acompañada de un cocker spaniel.

—Esa es la mujer que encontró la sangre. No hemos hablado mucho con ella, tal como nos indicasteis.

—Antes de nada, me gustaría ver lo que ha encontrado —dijo Ursula y siguió avanzando por el claro.

El policía le señaló un punto a pocos metros del sendero.

—Desde aquí se ve.

Ursula se detuvo y les hizo a los demás una señal con la mano, para que se quedaran donde estaban. La hierba seca y aplastada del año anterior formaba un mar amarillo pálido, en el que apenas destacaba el verde claro de los brotes tiernos. Pero un poco más allá, la limitada escala tonal se veía alterada por grandes manchas de

sangre seca, de color rojo oxidado. En el centro de las manchas dispersas, destacaba algo que sólo podía describirse como un gran charco de sangre coagulada.

—Esto parece un matadero —fue el comentario espontáneo del policía que estaba acordonando la zona.

—Y puede que lo sea —replicó Ursula en tono cortante mientras avanzaba cautelosamente para ir a agacharse junto al charco.

La mayor parte de la sangre estaba seca, pero en el suelo había pequeñas oquedades con aspecto de huellas, llenas de una sustancia rojiza casi gelatinosa. ¿Eran imaginaciones suyas o un acre olor a hierro saturaba el aire? Se volvió hacia los demás.

—Voy a hacer un análisis rápido, para no perder el tiempo en caso de que estemos ante el lugar donde se desangró un venado. Me llevará sólo unos minutos.

Abrió el maletín blanco y se puso manos a la obra. Mientras tanto, Torkel y Sebastian se dirigieron hacia la dueña del perro. La mujer los miró con cara de cansancio, como si llevara mucho tiempo esperando a que alguien escuchara su historia.

—Lo ha encontrado *Almira*. Creo que hasta se ha bebido un poco...

Cuando Lena entró en su casa y cerró la puerta, la tensión la superó. Se derrumbó en el suelo del vestíbulo. No podía más. Fuera, entre la gente, era más fácil conservar la máscara. Podía cuadrar los hombros, mantener alta la mirada y marcar el paso. Fingir. En su apartamento era mucho más difícil. Era imposible. Desde el suelo, sentada entre zapatos y bolsas de plástico, vio de pronto la foto que le habían hecho a Roger en la escuela. Ella misma la había colgado de la pared hacía una eternidad. Era la primera que le habían enviado a casa, en su primer año de escuela. Roger sonreía a la cámara, vestido con un polo azul. Le faltaban dos dientes. Hacía mucho que no se fijaba en esa foto. La había puesto allí cuando acababan de mudarse, pero la había situado demasiado cerca del estante de los gorros y normalmente quedaba tapada por los abrigo y la ropa de invierno. A medida que Roger había ido creciendo, los abrigo y las chaquetas se habían multiplicado y se habían vuelto más grandes, de manera que la foto llevaba un par de años oculta. Y ella la había olvidado por completo. Era curioso descubrirla justo en ese momento. Llevaba años tapada y olvidada. Ahora ya no habría nunca más chaquetas que pudieran ocultarla. Roger seguiría allí, sonriéndole sin dientes mientras ella viviera. Mudo. Sin crecer. Con la mirada llena de vida.

Llamaron a la puerta. Lena no hizo caso. El mundo podía esperar. Esos momentos eran más importantes.

Se le había olvidado cerrar con pestillo. Se dio cuenta cuando lo vio entrar. Lo más extraño no fue tenerlo delante, en su casa. Ni siquiera la desesperación que notó en sus ojos le pareció demasiado sorprendente. No. Lo que en realidad le produjo un estremecimiento fue ver, con los mismos ojos que acababan de contemplar la cara sonriente de aquel niño de siete años, al hombre que le había quitado la vida a su hijo.

Haraldsson había llegado tarde. No era propio de él quedarse dormido. Lo achacaba al vino y a Jenny. El vino lo había hecho dormir más profundamente que de costumbre y sin sueños, y Jenny lo había despertado antes de irse al hospital. Había puesto el despertador, pero imaginaba que lo habría apagado sin darse cuenta. Ni siquiera recordaba que hubiera sonado. Se había despertado poco después de las diez y media. Lo primero que pensó fue vestirse a toda prisa y salir corriendo al trabajo, pero la mañana se había desarrollado como una película en cámara lenta y, cuando por fin consiguió ducharse, desayunar y vestirse, ya había pasado una hora. Decidió ir andando a la comisaría y llegó a las doce en punto.

Radjan había hecho lo que le había pedido. En cuanto se sentó en su puesto con una taza de café, encontró sobre la mesa una única carpeta, que abrió con nerviosismo. Contenía tres folios A4 con bastante texto impreso. Haraldsson se recostó en la silla con el café en una mano y las hojas en la otra, y empezó a leer con atención.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, había leído tres veces toda la entrevista con Linda Beckman. Apartó la carpeta y se volvió hacia el ordenador. Tecleó los datos de Axel Johansson y empezó a leer los resultados. El bueno de Johansson se había movido bastante y, por lo visto, había tenido encontronazos con la policía en todos los sitios donde había vivido. Haraldsson estudió un momento los registros: tenía antecedentes en Umeå, Sollefteå, Gävle, Helsingborg y algunas infracciones menores allí en Västerås. Alteración del orden público, sustracción, hurto, abuso sexual... Haraldsson se detuvo y volvió atrás. También en Sollefteå constaba una denuncia por abuso sexual. No lo habían condenado, pero le habían abierto la causa. En las dos ocasiones lo habían absuelto por falta de pruebas. Haraldsson retrocedió todavía más en el tiempo. El nombre de Axel Johansson aparecía citado en la investigación de un caso de violación en Umeå, once años atrás. Por lo visto, estaba entre los asistentes a una fiesta donde una chica había sido brutalmente violada después de salir a fumar al jardín. La policía había interrogado a todos los presentes en la fiesta. Ninguno había sido imputado. El caso nunca llegó a resolverse.

Haraldsson recordó de repente una idea que había tenido el día anterior.

Los culpables huyen.

Se echó hacia atrás en la silla y dejó que la idea fermentara. Recogió la carpeta con los documentos que Radjan había copiado para él y buscó algo que había leído antes. Johansson disfrutaba siendo dominante en la cama.

Los culpables huyen.

La probabilidad era remota. Pero teniendo en cuenta que Haraldsson iba encaminado a velocidad de crucero en dirección al banquillo de suplentes, podía arriesgarse. Se inclinó una vez más hacia el ordenador y dejó que los dedos corrieran sobre el teclado. Primero averiguó en qué época había vivido Axel Johansson en Umeå y después se puso a buscar crímenes sin resolver del mismo período. Había muchísimos. Descartó los que no fueran de naturaleza sexual. Quedaron menos, pero seguían siendo demasiados. Siguió acotando el terreno de la búsqueda. Primero, las violaciones. Aún eran excesivas. En segundo lugar, los casos en que la víctima había sido sorprendida y violada por un desconocido. Ya eran menos. Después de todo, era un crimen en cierto modo infrecuente. En la mayoría de los casos de violación, la víctima y el violador se conocen, aunque sólo sea desde hace pocas horas. Durante el período en que Axel Johansson había vivido en Umeå, se habían registrado cinco casos de asalto y violación, tres de ellos perpetrados exactamente de la misma forma.

Mujeres solas, en parajes aislados, pero no desiertos. Con gente en las proximidades. Con toda probabilidad, esa cercanía y el hecho de oír las voces de otras personas habían proporcionado a aquellas mujeres una sensación de seguridad. Habían salido al jardín a fumar y se habían adentrado en la oscuridad sin ningún temor, porque oían el ruido de la fiesta a través de las ventanas abiertas. Pero la seguridad era ilusoria, como después había quedado demostrado. En los tres casos idénticos, el hombre había asaltado a sus víctimas por la espalda. Les había apretado la cara contra el suelo, para que no pudieran gritar, y las había penetrado por detrás. En los tres casos, la violación se había consumado. Era un hombre físicamente fuerte. A continuación, había desaparecido, confundándose quizá entre la gente de los alrededores. Era muy posible que se hubiera marchado andando por las calles de la ciudad, como un ciudadano corriente. Ninguna de las mujeres había podido verle la cara. No había descripción, ni testigos.

Haraldsson repitió el procedimiento, pero esta vez en Sollefteå. Primero averiguó entre qué fechas había vivido Axel Johansson en la ciudad, y después se puso a buscar casos de agresiones sexuales sin resolver. Había dos de violación con asalto, casi idénticos a los de Umeå. Lugares solitarios, pero no desiertos. Ataque por la espalda. La cara de la víctima apretada contra el suelo. Ni descripción, ni testigos.

Haraldsson se recostó en la silla y notó que se le aceleraba la respiración. ¡Tenía algo grande entre manos! Lo intuía. Su revancha sería todavía mejor de lo que había soñado. ¡Un delincuente sexual en serie quizá peor que el famoso violador de Haga! ¡Y Haraldsson lo había descubierto! El discurso laudatorio del jefe de la policía regional estaba más cerca que nunca.

Roger Eriksson y el psicólogo de la casa quemada estaban muy bien, pero lo que había encontrado Haraldsson era muy grande. ¡Era enorme! Era uno de esos casos sobre los que puede basarse toda una carrera. Llevó al teclado las manos temblorosas y siguió buscando. Gävle. Un caso de agresión y violación, durante la estancia relativamente breve de Axel en la ciudad. El procedimiento había sido el mismo.

Durante los años que había pasado en Helsingborg, ninguno.

Haraldsson frunció el ceño. Era como si hubiera estado corriendo a buena velocidad y de repente se hubiera parado en seco. Curiosamente, sintió una oleada de decepción. Habría debido alegrarse de que ninguna mujer hubiera tenido que pasar jamás por la terrible experiencia de una violación, pero su teoría se venía abajo justo cuando estaba a punto de confirmarla de forma definitiva. Repasó una vez más los archivos y obtuvo el mismo resultado negativo. Axel Johansson había vivido más de dos años en Helsingborg, pero durante ese período la policía de la ciudad no había registrado ningún caso de violación que coincidiera con el patrón observado. Haraldsson volvió a recostarse en la silla y bebió lo que quedaba de café en la taza. Estaba frío. Se puso a pensar. No todas las agresiones sexuales se denunciaban, ni mucho menos. Ni siquiera era seguro que la mayoría de las víctimas acudieran a la policía.

En realidad, su teoría se mantenía en pie, incluso si no había ningún caso en Helsingborg. Casi en todos los anteriores se habían tomado muestras de ADN.

Pero era irritante.

Estropeaba la armonía del conjunto.

Era como trazar un dibujo uniendo puntos y, de repente, saltarse un punto o dos sin razón aparente. Todavía era posible distinguir el dibujo, sí, pero esos puntos solitarios actuaban como un imán para la vista. Era muy molesto. Además, Haraldsson estaba convencido de que Axel Johansson no podía haber estado sin actuar durante más de dos años, sobre todo cuando llevaba tanto tiempo perpetrando sus ataques sin ser descubierto.

Se levantó y se dirigió al comedor para servirse más café. Había llegado a la oficina cansado y con sensación de haber dormido mal. Con resaca. Pero el malestar se había esfumado y lo sustituyó un cosquilleo de expectante ansiedad, una sensación

bastante semejante a la que sentía la víspera de Navidad, cuando era niño. Sólo tenía que descubrir qué había pasado en Helsingborg.

De vuelta en su puesto, abrió el archivo de la casa, el de la policía de Västerås. Sabía muy bien lo que buscaba. De hecho, encontró dos casos de violación que coincidían con el procedimiento de actuación de Axel Johansson. Los dos se habían producido después de la llegada de Axel a la ciudad.

Pero todavía faltaba Helsingborg.

Ya tenía un patrón. Había descubierto el panorama general, pero quería atar los últimos cabos sueltos. Recordó que una vez había visitado Helsingborg con Jenny. Había sido a finales de los años noventa, antes de que construyeran el puente: unas vacaciones en el sur de Suecia, con una escapada a Dinamarca, en los transbordadores que por aquel entonces funcionaban como lanzaderas. El viaje duraba diez minutos, según recordaba Haraldsson. Otra ciudad, otro país. Diez minutos bastaban para cruzar el estrecho. Buscó el teléfono de la policía de Helsingör, del lado danés. Explicó lo que estaba buscando y le pasaron la comunicación a otra persona, que le dio otro número. Llamó a ese teléfono, la comunicación se interrumpió, volvió a llamar, no le entendieron, pero siguió insistiendo hasta que al final consiguió hablar con una mujer que se llamaba Charlotte y podía ayudarlo. Los conocimientos de danés de Haraldsson eran bastante precarios, por lo que al cabo de varios minutos de repeticiones, malentendidos y aclaraciones, se pusieron de acuerdo en pasarse los dos al inglés.

Haraldsson conocía las fechas.

Conocía el procedimiento que había empleado el criminal.

Por lo tanto, las comprobaciones tenían que ser bastante rápidas.

Y lo fueron. En los archivos de la policía de Helsingör, dentro de ese período, había registrados dos casos sin resolver de agresión y violación. Haraldsson tuvo que controlarse para no levantar el puño en señal de victoria. El caso tenía ramificaciones internacionales.

Y estaba resuelto.

Ahora sólo faltaba encontrar a Axel Johansson. Pero antes tenía que decírselo a Hanser.

Hanser casi no levantó la vista del escritorio cuando Haraldsson golpeó con los nudillos la puerta abierta de su despacho.

—¿Cómo sigues del tobillo?

—Bien, gracias.

Haraldsson no pensaba seguirle el juego. No caería en sus provocaciones ni

agacharía la cabeza. Podía dejar que llevara la voz cantante unos segundos más. Pronto se vería obligada a reconocer que él, a pesar de sus pequeños errores, era un excelente policía, mucho mejor de lo que ella había sido nunca ni sería jamás.

—Me has dicho que no me acerque a la investigación del caso de Roger Eriksson.

—Así es. Y espero que no lo hayas hecho.

—Bueno, según cómo se mire.

Haraldsson medía cuidadosamente sus palabras. Quería alargar ese momento. No revelarlo todo de una vez. Quería disfrutar de cada instante de la transición de Hanser entre la torpe desconfianza y la rendida admiración a su pesar.

—He estado estudiando un poco a Axel Johansson.

En lugar de reaccionar, Hanser siguió prestando atención a los papeles que tenía delante. Haraldsson se le acercó un paso más y bajó la voz.

Su tono fue más intenso y cargado de intención.

—Tenía la sensación de que había algo más, aparte de la conexión con Roger. Llámalo intuición si quieres.

—Ajá...

Hanser no pareció interesada. Quizá podría mantener unos segundos más esa actitud, pero pronto se vería obligada a reaccionar.

—Y resultó que estaba en lo cierto. Es un violador. Un violador en serie.

Hanser levantó la vista, con una mirada que sólo podía interpretarse como de absoluta falta de interés.

—¿Ah, sí?

No le creía. No quería creerle. Pero pronto no tendría alternativa. Haraldsson dio los últimos pasos que lo separaban del escritorio y depositó encima de la mesa un sencillo resumen de su trabajo del día. Ciudades, fechas, traslados, víctimas...

—He descubierto una relación que indica que Axel Johansson ha perpetrado violaciones en Umeå, Sollefteå, Gävle, Helsingborg y también aquí en Västerås, a lo largo de los últimos doce años.

Hanser echó una mirada rápida a la lista y, por primera vez, se volvió hacia Haraldsson prestándole toda su atención.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué? ¡No! Habrá que ver las pruebas de ADN, por supuesto, pero estoy convencido de que tengo razón.

—Toda la comisaría sabe que tienes razón.

—¿Qué? ¿Qué me estás diciendo? Todavía no sé dónde está Johansson, pero...

—Yo sí sé dónde está —lo interrumpió Hanser.

Haraldsson estaba perplejo. La conversación había dado un giro que nunca se habría esperado. ¿Qué demonios quería decir Hanser?

—¿Sabes dónde está?

—Sí, en la celda número tres. Tu colega Radjan lo detuvo esta mañana.

Haraldsson oyó las palabras, pero tardó un rato en asimilar la información. Se quedó de pie, literalmente boquiabierto.

Ursula había decidido dejar atrás el fracaso del día anterior y concentrarse en lo que dominaba de verdad: la investigación sobre el terreno. Su sencillo análisis había arrojado con rapidez el resultado esperado. Había establecido más allá de toda duda que se trataba de sangre humana. La confirmación espoleó más aún su interés, y empezó a recorrer la zona, tratando de hacerse una composición de lugar.

Le llevó un tiempo.

Lo primero era conocer el conjunto, familiarizarse con el panorama general, para después concentrarse en los detalles. Había que analizar los indicios y tratar de determinar los escenarios más probables. Ursula sentía la mirada de Torkel en la nuca, pero eso no la ponía nerviosa, sino más bien al contrario. Sabía que él admiraba su trabajo. Era su momento, no el de Torkel. Los otros la contemplaban desde la distancia, mientras iba y venía dentro del área acordonada, con mucha prudencia, para no destruir ninguna prueba. Al cabo de diez largos minutos se reunió con los demás. Había terminado.

—La cantidad de sangre es difícil de calcular. La tierra la ha absorbido y puede que los cuervos y otros animales se hayan bebido una parte, pero es humana y hay un volumen considerable. Y mirad esto...

Se acercó a un extremo del área acordonada y señaló la tierra blanda. Vanja, que siempre era la más activa, dio unos pasos cautelosos y se agachó para ver mejor lo que Ursula les estaba señalando.

—Huellas de neumáticos.

—Probablemente, Pirelli P7. Reconozco el dibujo de zigzag en el centro. Aquí hubo un coche aparcado. Se marchó por aquel pequeño sendero que se pierde en el bosque.

Ursula indicó las marcas en la hierba, que apuntaban hacia una senda en el bosque, y les sonrió a sus colegas con cierto brillo de triunfo en la mirada.

—Diría que tenemos una escena del crimen. El laboratorio tendrá que confirmar si la sangre es de Roger, pero no creo que haya muchas personas más en Västerås que hayan perdido varios litros en las últimas semanas. —Hizo una breve pausa,

abarcando el claro con la mirada—. Pero no lo mataron aquí.

—¿No has dicho que era la escena del crimen? —protestó Torkel.

—Una escena, sí. Pero no el lugar del asesinato. Para traerlo hasta aquí, lo arrastraron por el suelo. Mirad.

Abriendo la marcha, Ursula condujo a sus tres compañeros por el sendero, en dirección al campo de fútbol, más allá de la zona acordonada.

—Intentad manteneros a un lado del camino. Ya es bastante malo que lo hayamos pisado una vez.

Avanzaron un momento en silencio y no tardaron en ver lo que Ursula había encontrado: manchas evidentes de sangre sobre el amarillo pálido de la hierba seca. Torkel llamó con un gesto de la mano al policía uniformado.

—Tenemos que ampliar el área acordonada.

Ursula no le prestó atención y siguió adelante, entre la maleza, subiendo por la cuesta hasta el campo de fútbol.

—Alguien lo arrastró desde allí.

Señaló el suelo y, forzando la vista, sus compañeros distinguieron las tenues huellas de un cuerpo arrastrado por la grava gris del borde del campo, con dos marcas que hacían pensar en un par de talones. Se hizo un silencio. El momento era de gran seriedad. Nunca habían estado tan cerca. Resultaba mágica la forma en que un lugar corriente se cargaba de significado, sólo por verlo a través de los ojos de Ursula. Unas manchas prácticamente invisibles se convertían en sangre; unas ramitas rotas pasaban a ser las huellas dejadas por el peso del cadáver, y el suelo de un campo de fútbol dejaba de ser una extensión de tierra para transformarse en el lugar donde un adolescente había sido asesinado. Todos se movían aún con más lentitud que antes, ansiosos por continuar, pero extremando las precauciones, sobre todo para no destruir ninguna prueba, pero también para no perder la magia que les abría los ojos y los liberaba. Torkel sacó el teléfono y llamó a Hanser. Necesitaba más recursos. Era preciso ampliar de forma considerable el área de búsqueda. Justo en el momento en que Hanser cogió la llamada, llegaron al lugar donde terminaba el rastro casi indistinguible, convertido en una mancha redonda y oscura que sólo podía significar una cosa. Estaban en el lugar donde el chico de dieciséis años había sido asesinado, el punto donde todo había terminado y a la vez había comenzado.

Torkel notó que había bajado la voz y estaba susurrando cuando empezó a contarle a Hanser lo sucedido.

Sebastian miró a su alrededor. El hallazgo era importante. No eran unas cuantas pistas

sueltas, sino todo un acontecimiento. Ahora tenían que dar el siguiente paso. Las marcas de un cuerpo arrastrado y las manchas de sangre estaban muy bien, pero no los conducirían a ninguna parte si no interpretaban todo el suceso y empezaban a construir un retrato vivo del asesino. El lugar donde se había producido la muerte era uno de los elementos más importantes en la investigación de un asesinato. Sabían bastante acerca del último viaje de Roger en coche. Pero ¿qué podía decirles el lugar acerca del asesino?

—Es raro dispararle a alguien aquí, en medio de un campo de fútbol —dijo Sebastian al cabo de un rato.

Ursula asintió.

—Sobre todo delante de esos edificios —afirmó, señalando tres bloques grises de apartamentos, que se erguían un poco más lejos, en lo alto de una colina.

—Indudablemente, esto confirma la teoría de que el asesinato no estaba planeado. —Sebastian se alejó unos pasos de la mancha oscura, ansioso por considerar todas las posibilidades—. Roger cae al suelo en este lugar. Al ver que está muerto, el asesino comprende que debe extraerle la bala y elige para eso un lugar más discreto, el primero que encuentra. La elección no nos dice nada.

Los otros estuvieron de acuerdo.

—También sabemos que a Roger le dispararon por la espalda, ¿verdad? Entonces hay dos alternativas: o bien Roger conocía al atacante y estaba huyendo, o bien estaba caminando tranquilo y el agresor le disparó por sorpresa.

—Yo creo que lo conocía —dijo Ursula con firmeza—. Estoy segura. Estaba huyendo del agresor.

—Yo también lo creo —terció Vanja.

—¿Por qué? —preguntó Torkel.

—Mira el lugar donde fue asesinado —empezó a explicar Ursula—. Estamos en un extremo del campo de fútbol. Si yo me sintiera amenazada, saldría corriendo en dirección al bosque, sobre todo si alguien me estuviera apuntando con un fusil.

Torkel miró a su alrededor. Ursula tenía razón. El rectángulo del campo de fútbol se extendía ante ellos, con el pequeño edificio del club y un aparcamiento abierto en un extremo. Sobre uno de los lados largos había una valla alta y, unos diez metros más allá, un camino y un prado. Al otro lado se erguían los bloques de apartamentos y, cerca del otro extremo más corto del campo, empezaba el bosque, que evidentemente era el lugar que ofrecía mayor protección para un fugitivo obligado a tomar una decisión rápida. Quizá los bloques de apartamentos también habrían podido ser un refugio, pero los edificios se levantaban sobre una colina y, más que un escondite,

parecían una fortaleza inexpugnable. Además, el camino era cuesta arriba y el fugitivo no habría podido correr con tanta rapidez.

Sebastian, que hasta ese momento había contemplado la escena en silencio, levantó la mano con discreción.

—¿Me permitís que formule otra teoría?

—¡Qué sorpresa! —susurró Vanja de forma teatral.

Sebastian fingió no haberla oído.

—Estoy de acuerdo con vosotros. Si Roger hubiera visto al atacante, seguramente habría corrido hacia el bosque. Pero no acabo de entender cómo pudo verlo. —Hizo una pausa. Todos lo escuchaban con atención—. Se supone que Roger llegó hasta aquí en coche, y el aparcamiento está ahí.

Señaló el lado opuesto del campo, donde se encontraban el edificio del club y el estacionamiento, con varios coches de policía aparcados.

También empezaban a llegar coches particulares, que se estaban estacionando junto al club. La policía impedía que sus ocupantes se dirigieran al campo. La prensa ya había descubierto la operación policial.

—¿Hizo Roger todo el camino hasta aquí junto a un tipo armado con un fusil? —prosiguió Sebastian.

—Pero también hay huellas de neumáticos en el bosque —intervino Ursula.

—¿Quieres decir que el chico no fue hacia allá, sino que vino huyendo desde el bosque? —preguntó Torkel.

—Es una posibilidad —respondió Ursula.

—Posible, pero poco verosímil. —Sebastian negó con la cabeza—. Es un lugar inaccesible, alejado y protegido. ¿Qué sentido tendría llegar hasta ahí con el coche y aparcar en un sitio tan remoto si el conductor no tenía intención de hacer daño a Roger? Y, sin embargo, estamos bastante de acuerdo en que la muerte no fue premeditada.

Los otros asintieron. Sebastian se volvió hacia el bosque e hizo un amplio gesto con las manos.

—Mirad este lugar. Es bastante solitario. Es un buen sitio para que alguien se baje de un coche sin ser visto. Y estamos bastante cerca de la casa de Roger, ¿no?

—Sí, creo que sí. Su casa debe de estar por ahí detrás. —Vanja señaló en dirección a los bloques de apartamentos—. Unos quinientos metros, quizá.

—El bosque podría ser un atajo bastante bueno, ¿no os parece? —dijo Sebastian.

Los demás estuvieron de acuerdo. Torkel lo miró y se rascó la mejilla. Notó que esa mañana se le había olvidado afeitarse.

—Entonces ¿qué quieres decir? ¿A Roger le dispararon aquí... o qué?

Todas las miradas se dirigieron hacia Sebastian. Justo lo que él quería.

—Lisa dijo que Roger se había ido porque tenía que encontrarse con alguien...

El conductor del vehículo, que pronto se convertirá en el asesino, espera dentro del coche y hace sonar brevemente el claxon cuando ve venir a Roger por la otra acera. Roger cruza la calle y, tras una conversación a través de la ventanilla con la luna bajada, entra y se sienta en el Volvo, que arranca y se va. Durante el trayecto, el conductor y Roger discuten. No se ponen de acuerdo. El conductor se detiene en el aparcamiento del campo de fútbol y Roger se baja. Quizá ha juzgado mal la situación y cree que ha ganado la discusión. Quizá el encuentro ha sido desagradable y se da prisa para atravesar el campo y volver a su casa. En cualquier caso, no puede imaginar lo que está sucediendo a su espalda. El conductor del vehículo reflexiona. No ve ninguna solución. O, mejor dicho, sólo ve una. Toma una decisión rápida y poco meditada, se apea del coche, abre el maletero y saca un fusil. Roger ha avanzado bastante por el campo de fútbol y no sabe que alguien lo está apuntando desde el aparcamiento. La distancia no es excesiva, sobre todo para un experto en el manejo de armas. Un cazador o un tirador de competición. El conductor dispara. Roger cae. De pronto, el conductor comprende que la bala es una pista que lo puede delatar. Corre hasta el cuerpo de Roger y lo arrastra hacia el bosque. Después vuelve a toda velocidad al aparcamiento, lleva el coche hasta el lugar donde ha dejado el cadáver, le extrae la bala, acuchilla el cuerpo sin vida, lo introduce en el vehículo y lo lleva hasta un lugar pantanoso para arrojarlo en una ciénaga.

Sebastian terminó su explicación. Por la carretera pasaban pocos coches. Un pájaro solitario cantaba en el bosque. Torkel rompió el silencio.

—¿Has dicho tirador de competición? ¿Todavía crees que el culpable es el director del colegio?

—Es sólo una teoría. Ahora podéis seguir vuestra investigación técnica sin mí.

Sebastian empezó a alejarse en dirección a los bloques de apartamentos, bajo la mirada de Torkel.

—¿Adónde vas?

—Quiero hablar con Lena Eriksson y preguntarle si Roger solía utilizar este atajo. Si me dice que sí, entonces mi teoría quedará reforzada y aumentarán las probabilidades de que alguien lo haya visto andar por aquí en otras ocasiones, y quizá también hayan visto el coche.

Los demás asintieron. Sebastian se detuvo y se volvió hacia sus colegas, con un

gesto de invitación.

—¿Alguien quiere acompañarme?

Nadie se ofreció.

Sebastian encontró enseguida la transitada senda que conducía hacia la colina donde se levantaban los bloques grises de apartamentos. Casi enseguida, el sendero desembocaba en un camino asfaltado, que seguía subiendo la cuesta y pasaba entre los edificios. Sebastian sabía que esos bloques de viviendas se habían construido cuando él todavía asistía al Palmlövskan, pero nunca se había acercado tanto. Estaban del lado pobre de la ciudad y, además, sus padres tenían un arraigado prejuicio propio de la clase media contra ese tipo de construcciones. La gente respetable vivía en casas con jardín. Volviendo la vista hacia atrás, hacia el campo de fútbol, vio que estaban llegando más coches de policía. Se quedarían mucho tiempo; lo sabía. Tenía sentimientos encontrados con respecto a los aspectos técnicos del trabajo policial. Intellectualmente, comprendía que era muy importante. Generaba pruebas materiales que por lo general eran determinantes en los tribunales y conducían a más veredictos condenatorios que su especialidad. Las pruebas que él conseguía, si es que podían llamarse pruebas, eran mucho menos concluyentes y siempre se podían cuestionar, volver del revés o desmentir, sobre todo si el abogado de la defensa era hábil. Eran más que nada hipótesis de trabajo, teorías sobre las fuerzas oscuras que impulsaban a los delincuentes, mucho más útiles durante la investigación que en la iluminada sala de un tribunal. Pero, para Sebastian, las pruebas nunca habían sido lo más importante. No le preocupaba obtener una sentencia de culpabilidad. Su objetivo era meterse en la cabeza del criminal. La posibilidad de adelantarse a sus movimientos era su recompensa.

En otro tiempo, esa parte de su trabajo había ocupado todos sus pensamientos. No deseaba otra cosa y lo había echado de menos, ahora se daba cuenta. En los últimos días, había vuelto a saborear esa sensación, aun cuando siendo sincero tenía que reconocer que estaba trabajando a medio gas. Quizá se debía a la concentración. Durante unos segundos, llegaba a olvidar la pena y el eterno dolor. Se detuvo y sopesó un momento la idea. ¿Sería posible desandar el camino?

Encontrar la fuerza motriz.

La obsesión.

Cambiar el centro de atención.

Por supuesto que no. ¿Para qué engañarse? Nada volvería a ser como antes.

Nunca.

El sueño que volvía todas las noches se lo impediría.

Sebastian empujó la puerta acristalada del portal de Lena Eriksson. En Estocolmo, esa misma puerta habría tenido un cerrojo accionado por un código, pero allí bastaba empujar y entrar. No recordaba cuál era el piso de Lena, pero el cuadro de la entrada le recordó que era el tercero. Sebastian empezó a subir por la triste escalera de color blanco sucio, con pasos que despertaron ecos en el silencio. Cuando llegó al rellano del tercer piso se detuvo. Qué extraño. La puerta de casa de Lena Eriksson estaba abierta. Avanzó unos pasos. Pulsó el timbre, con el pie empujó despacio la puerta y, levantando la voz, dijo:

—¡Hola...!

No hubo respuesta. La puerta se movió lentamente, dejando a la vista el pequeño vestíbulo, con varios zapatos en el suelo y una mesita marrón con una descuidada pila de cartas y folletos de propaganda.

—Hola... ¿Hay alguien?

Entró. A la izquierda, una puerta conducía al lavabo. Delante, un cuarto de estar con mobiliario de Ikea olía a viejo y a tabaco. Las persianas estaban entrecerradas, por lo que el apartamento permanecía oscuro, sobre todo con las luces apagadas.

Sebastian continuó hacia el cuarto de estar y vio una silla tirada y trozos de porcelana rota por el suelo. Se detuvo y notó que una sensación de inquietud se apoderaba de él. Había pasado algo. De repente, el silencio se volvió ominoso. Echó a andar con rapidez hacia lo que supuso que sería la cocina. Allí estaba Lena, tendida en el suelo de linóleo, con las plantas de los pies descalzos vueltas hacia él. Tenía una pierna encima de la otra. La mesa yacía derribada de costado. Sebastian corrió hacia Lena y se agachó a su lado. Vio la sangre que le manaba de la nuca. Tenía el pelo manchado y pegajoso, y la sangre se había ido acumulando en un charco redondo que reflejaba el resto de la cocina, como un halo de muerte. Sebastian buscó el pulso en el cuello pálido, pero pronto comprendió que el frío que notaba con las yemas de los dedos sólo podía significar una cosa. Había llegado demasiado tarde. Se puso de pie otra vez y sacó el móvil. Estaba a punto de llamar a Torkel cuando le sonó el teléfono en la mano. No reconoció el número, pero respondió enseguida, con tensión en la voz.

—Sí, diga.

Era Billy. Parecía contento y se apresuró a hablar, sin dejar que Sebastian le contara dónde estaba ni lo que había descubierto.

—¿Te ha llamado Torkel?

—No, pero...

—El colegio Palmlövnska tiene un Volvo —dijo Billy, sin dejarlo hablar—. O,

mejor dicho, lo tiene la fundación que dirige el colegio. Un S60 azul oscuro, de 2004. Y hay más...

Sebastian se alejó unos pasos del cadáver, en dirección al cuarto de estar. La situación era demasiado absurda para ponerse a discutir con Billy sobre modelos de Volvo.

—Billy, escúchame...

Pero su colega no le prestó atención. Al contrario, siguió hablando. Cada vez más rápido y más animado.

—He recibido el registro de llamadas del teléfono que envió aquellos SMS a Roger. Alguien llamó desde el mismo teléfono a Frank Clevén y a Lena Eriksson. ¿Sabes qué significa eso?

Sebastian hizo una inspiración profunda y estaba a punto de interrumpir a Billy, pero notó algo en la habitación de Roger, algo completamente fuera de lugar. Ya casi no escuchaba a Billy. Dio los últimos pasos que lo separaban de la puerta del cuarto del muchacho.

—¡Sólo queda ir a buscar a Groth! ¡Lo tenemos en el saco!

Sebastian percibía el tono triunfal en la voz de Billy.

—Hola, Sebastian, ¿me oyes? ¡Ya podemos ir a buscar al director!

—No hace falta... Está aquí.

Sebastian dejó el móvil y se quedó mirando fijamente a Ragnar Groth, que colgaba del gancho de la lámpara, en el techo de la habitación de Roger.

Ragnar Groth le devolvió una mirada sin vida.

Trabajaron duramente el resto de la jornada. Fueron tan rápidos y eficaces como pudieron, sin descuidar los detalles. Los acontecimientos del día exigían máxima concentración. Llevaban mucho tiempo estancados y de pronto se encontraban a pocos pasos de la solución. No podían permitirse ningún error. Ni uno solo. Era un caso muy difícil de manejar. Les hacía falta tiempo para analizar la información y esperar los resultados de las pruebas científicas, pero al mismo tiempo necesitaban respuestas rápidas.

Torkel había intentado mantener alejada a la prensa tanto tiempo como pudo. No les servía de nada hacer pública la información sobre el lugar del crimen o las dos personas halladas muertas en el apartamento. Pero como era de esperar en una investigación compleja, con muchos individuos implicados, no tardó en filtrarse la noticia de la muerte del director Ragnar Groth. Se pusieron en marcha potentes especulaciones, sobre todo en la prensa local, que parecía tener acceso a una fuente policial bien informada. Al final, la policía ya no pudo seguir esperando. Torkel y Hanser convocaron una rueda de prensa conjunta, para recuperar un poco la calma y poder seguir trabajando. Torkel solía ser muy prudente en sus declaraciones y, tras estudiar con Ursula y Hanser los primeros resultados, decidió eludir cualquier promesa de resolución rápida del caso. Cuando entraron, la sala estaba abarrotada de periodistas, y Torkel no perdió ni un minuto en preliminares.

Reveló que había otras dos personas fallecidas: un hombre y una mujer.

La mujer pertenecía a la familia directa del difunto Roger Eriksson y había sido asesinada, con toda probabilidad por el hombre hallado muerto.

Todo hacía suponer que el hombre, a quien ya se estaba investigando, se había quitado la vida después de matar a la mujer.

Una cosa quiso dejar Torkel perfectamente clara. Nada de eso guardaba ninguna relación con el adolescente detenido unos días antes, que seguía libre de toda sospecha. Antes de terminar su breve exposición, lo recalcó una vez más.

Su breve intervención fue como poner mermelada de fresa delante de un avispero. Muchas manos ansiosas se levantaron por el aire y llovían las preguntas. Todos

hablaban sin oír a los demás. Sólo querían respuestas. Torkel oía siempre las mismas preguntas, que no dejaban de repetirse.

¿Eran ciertos los rumores que apuntaban al director del Instituto de Bachillerato Palmlövskå?

¿Era verdad que el hombre hallado era él?

¿La mujer muerta era la madre de Roger?

Torkel notó la curiosa interrelación entre los dos grupos que se habían dado cita en la sala calurosa y abarrotada. De un lado se encontraban los periodistas, que en realidad estaban tan bien informados como las personas a las que interrogaban, y del otro, la policía, cuyo único cometido era volver oficial lo que ya era del dominio público. Los primeros ya conocían las respuestas y los segundos sabían lo que iban a preguntarles.

No siempre resultaba tan evidente, pero hacía mucho tiempo que Torkel no participaba en una investigación en la que no se produjeran filtraciones, al menos en cuanto la información salía del restringido círculo de su equipo.

Respondió con tantas evasivas como pudo, sin dejar de hacer referencia a la delicada fase en que se encontraba la investigación. Estaba acostumbrado a eludir las preguntas de la prensa. Quizá por eso disfrutaba de poca simpatía entre los periodistas. A Hanser le costaba más resistirse y Torkel podía comprenderlo. Era su ciudad, su carrera, y era probable que fuera demasiado poderosa la tentación de tener a la prensa de su parte.

—Sólo les diré que algunas pistas apuntan al colegio —empezó a decir Hanser, pero Torkel reaccionó enseguida, rápidamente agradeció la atención, en nombre de los dos, y se la llevó de la sala.

Era evidente que Hanser estaba avergonzada, pero aun así intentó justificar el desliz.

—De todos modos, ya lo sabían.

—Eso no es lo importante. Nosotros decidimos qué información les damos, y no al revés. Son nuestros principios. Ahora el colegio será un circo.

Era lo que Torkel quería evitar. El colegio se había convertido en una de las prioridades de la policía, como potencial lugar de hallazgos interesantes. Una de las primeras medidas que adoptó Torkel, tras los dramáticos descubrimientos de Sebastian, había sido ampliar la zona de búsqueda, siguiendo los consejos de Billy y Ursula. En casa de Groth habían observado una ausencia casi sospechosa no ya de pruebas, sino de cualquier objeto de carácter personal. Además, el coche era propiedad de la fundación que dirigía el Palmlövskå. Por lo tanto, resultaba natural

ordenar el registro del edificio del colegio. Era el único lugar al que Groth había tenido acceso ilimitado, hasta donde ellos sabían. Torkel decidió enviar a Ursula, una vez que hubiera terminado el examen preliminar de la nueva escena del crimen. Pero no quería que fuera sola. Le ordenó a Sebastian que la acompañara.

Sorprendentemente, Ursula ni siquiera protestó. La posibilidad de resolver el caso estaba por encima de su ego, sobre todo cuando las piezas del puzle parecían a punto de encajar, y Sebastian era el único del equipo que conocía el colegio y sus edificios. Aunque se tratara de un conocimiento con un desfase de treinta años, seguía siendo valioso. Por eso Ursula incluso lo invitó a sentarse a su lado en el coche.

Pero no hablaron en todo el camino.

Todo tenía un límite.

Billy se sentía totalmente desconectado de los acontecimientos, al haberse quedado en la oficina. Torkel le había pedido que intentara localizar el S60 azul oscuro, que no estaba en el colegio, como acababan de confirmar Ursula y la secretaria del centro. Pero en lugar de ocuparse en persona, Billy envió una orden de búsqueda a todas las patrullas y decidió salir hacia el apartamento de Lena Eriksson. Había hecho todo lo que había podido y quería ver con sus propios ojos la nueva escena del crimen. La comisaría parecía más desierta que de costumbre y supuso que Torkel habría enviado a la mayor parte del personal a husmear en los lugares de los nuevos hallazgos y en torno al colegio. Tenían muchos sitios que registrar: el campo de fútbol, el apartamento de Lena, la casa de Groth y el colegio; un puñado de lugares interesantes, que al mismo tiempo les planteaban más problemas de organización. Torkel se había visto obligado a priorizar y a decidir cuáles de esos sitios analizarían ellos personalmente y cuáles cederían a los técnicos de la policía de Västerås.

Billy estaba entusiasmado cuando se puso al volante del coche. Por primera vez en mucho tiempo, intuía que estaba cerca la solución del caso de Roger. Todo parecía avanzar viento en popa y daba la impresión de que seguiría así. Tan pronto como arrancó para dirigirse al apartamento de Lena, recibió un aviso de una patrulla, que le informó de que el vehículo que buscaban se encontraba aparcado justo enfrente de la casa a la que él se dirigía. Medio minuto después, detuvo el coche delante del Volvo y llamó a Torkel para darle cuenta del hallazgo. Torkel estaba con Vanja en casa de Lena, y acababa de encontrar las llaves de un Volvo en uno de los bolsillos del director.

Tal como había pensado Billy, todo parecía avanzar viento en popa.

Ursula y Sebastian llevaban treinta minutos recorriendo el edificio del colegio y se encontraban delante de una puerta metálica, de color gris sucio, en el sótano de la escuela. Era una puerta que no conocían ni el bedel ni la secretaria, que habían bajado con ellos y los acompañaban. En los tiempos de Sebastian, esa sala había sido un refugio antiaéreo, pero ahora nadie sabía con seguridad para qué servía. Ningún miembro del personal estaba siendo demasiado servicial con ellos, y tanto el bedel como la secretaria les dijeron que tendrían que consultar con el director antes de ayudarlos a abrir una puerta. Mirándolos, Sebastian recordó que, en su época de estudiante, el personal también se ponía nervioso cuando alguien mencionaba a su padre. O quizá no era nerviosismo, sino más bien respeto o miedo a la autoridad, un sentimiento que aún impregnaba las paredes del colegio. Pero Sebastian ya estaba harto.

—Permítanme que les diga una cosa. Sé positivamente que a Ragnar Groth le importa una mierda lo que hagan ustedes con esa puerta. Ya no le preocupan esas cosas.

Su intervención no sirvió de nada. Más bien fue contraproducente.

El bedel se envalentonó y, de repente, dijo que no tenía la llave de esa puerta, ni la había tenido nunca. La secretaria asintió, expresando su acuerdo. Sebastian se volvió hacia ellos. Notó una sombra de duda en la mirada del bedel. El poder de Ragnar Groth se estaba agotando y los dos lo sabían; pero con toda probabilidad, de alguna manera, eso mismo proporcionaba energía al bedel. Era la última lucha antes de que cayera la institución que siempre había estado por encima de casi todo. Sebastian miró al hombre y comprendió que en ese momento estaba más cerca que nunca de destruir el sueño de su padre. El Instituto de Bachillerato Palmlövskå y su maravilloso prestigio nunca más volverían a ser irreprochables, más allá de que el director hubiera sido culpable o no. Sebastian lo sabía y seguramente el hombre que tenía delante también. Aunque el bedel ignoraba que Groth había muerto, los interrogatorios y las constantes visitas de la policía lo habían hecho pensar. Lo que antes era immaculado estaba a punto de dejar de serlo. Los dos hombres se miraron, atrapados cada uno en la mirada fija del otro. Sebastian sentía que no sólo tenía delante al bedel del colegio, sino también todas las mentiras, la mojigatería y todo lo que representaba la institución fundada por su padre. Hizo una inspiración profunda para cargarse de energía y a continuación dio un paso al frente, con la intención de arrebatarse al bedel hasta la última llave que encontrara en cada uno de sus bolsillos. Tenía que abrir esa puerta. Pero Ursula, que nunca lo había visto tan beligerante, lo contuvo.

—¡Ustedes dos váyanse! —exclamó mientras despedía al personal con un gesto de la mano. Después miró a Sebastian—. Recuerda que somos policías. Compórtate.

A continuación, sin decir palabra, pasó por delante de él y salió. Sebastian la miró alejarse. Por una vez, no encontró ninguna de las réplicas cáusticas que normalmente se le ocurrían con facilidad. Pero Ursula se equivocaba. Él no era policía. Estaba ahí por su propia conveniencia y nada más. Así había empezado todo y así terminaría. Se alegraba de poder colaborar en el hundimiento del Palmlövvska, si estaba en su mano; pero, cuando todo hubiera terminado, se marcharía a buscar a una mujer con la que se había acostado hacía muchísimo tiempo.

Eso era todo.

No había nada más.

Ursula volvió en silencio, cargada con una caja de herramientas. La dejó en el suelo y la abrió. Se agachó y extrajo un voluminoso taladro eléctrico. Menos de tres minutos después, volaban a su alrededor fragmentos de metal mientras perforaba la cerradura. Los dos unieron fuerzas para empujar la puerta y se asomaron para ver lo que había detrás. El interior era el de una oficina ordenada a la perfección, sin ventanas, como era lógico, pero con las paredes pintadas de blanco, iluminación suave y una gran mesa de escritorio de color oscuro, con un ordenador. Un armario archivador elegante y un sillón inglés de cuero destacaban en el centro. Por el orden minucioso, Sebastian comprendió enseguida que habían encontrado lo que buscaban. Los muebles estaban dispuestos de manera simétrica, para conferir equilibrio al ambiente, y la posición de los lápices y las plumas sobre el escritorio parecía gritar el nombre del director. Sebastian y Ursula se miraron e incluso sonrieron. El pequeño secreto del director, fuera cual fuese, había quedado al descubierto.

Ursula le pasó a Sebastian un par de guantes azules de látex y entró en la sala antes que él. Sebastian recordó las pulcras salas de interrogatorios que había visto en el museo de la Stasi de la antigua RDA, cuando lo había visitado con Lily. La superficie era elegante y civilizada; pero, por debajo del orden, las paredes estaban impregnadas de secretos y sucesos que no debían salir al exterior. La discrepancia entre los olores que Ursula y él percibieron al entrar —un fresco aroma cítrico combinado con un seco olor a cerrado— no hizo más que reforzar la sensación.

Comenzaron el registro con cautela. Sebastian empezó por el lustroso armario archivador, y Ursula se ocupó del escritorio. Al cabo de unos minutos, Sebastian hizo el primer descubrimiento, detrás de unas carpetas, y enseguida le enseñó a Ursula unas películas en DVD, con imágenes a todo color en las carátulas.

—*Real Men, Hard Cocks*. Volúmenes dos y tres. Me pregunto qué se habrá hecho

del volumen uno.

Ursula sonrió secamente.

—No hemos hecho más que empezar. Seguro que lo encuentras.

Sebastian siguió buscando.

—*Bareback Mountain. Bears Jacking and Fucking.* No hay mucha variación. —

Dejó las películas y se puso a buscar en los otros estantes—. ¡Mira!

Ursula se acercó y miró dentro del armario. Detrás de unas carpetas, distinguió la caja de cartón de un teléfono Samsung. Parecía bastante nueva. Ursula tendió la mano hacia la caja.

El registro del apartamento de Lena Eriksson reforzó la hipótesis de Torkel y Vanja. Por alguna razón, Groth se había presentado en casa de Lena y habían discutido. La herida que esta presentaba en la nuca hacía pensar que la habían empujado, o había caído y se había golpeado con la arista de la encimera de la cocina, con tan mala suerte que había muerto como consecuencia del golpe. Nada de lo que habían encontrado apuntaba a algo que no fuera el posterior suicidio de Ragnar Groth. Incluso Vanja había hallado sobre la mesa de Roger una breve nota de despedida en una hoja A4 pautada, arrancada de una libreta.

Perdón, rezaba únicamente la nota, escrita con bolígrafo azul.

Tras el registro preliminar que había realizado Ursula antes de dirigirse con Sebastian al Instituto de Bachillerato Palmlövskå, Torkel había organizado el resto del trabajo. El principal problema había sido evitar un exceso de idas y venidas, para no contaminar las pruebas materiales. Parecía como si toda la policía de Västerås, por una razón u otra, tuviera algo que hacer en el apartamento. De hecho, Torkel se había visto obligado a apostar en el portal un guardia robusto, para asegurarse de que sólo subieran los que de verdad tuvieran algún recado.

En primer lugar, Torkel y Vanja centraron la atención en los cadáveres. Los fotografiaron desde todos los ángulos imaginables, para poder enviarlos cuanto antes a la mesa de autopsias. Vanja encontró el teléfono de Lena dentro del bolso de la fallecida, en el vestíbulo, y pudo hacerse una idea más clara de la sucesión de acontecimientos que habían conducido a la tragedia.

Dos horas después de salir de la comisaría, donde había visto fotografías de un Volvo S6 azul oscuro, Lena había hecho una llamada. De apenas veinticinco segundos de duración. Al hombre que colgaba de la lámpara del dormitorio de su hijo y que tenía acceso, precisamente, a un Volvo S6 azul oscuro. Todo hacía pensar que Lena había reconocido el vehículo, pero por alguna razón había preferido no revelarlo a la policía.

La pregunta era por qué.

¿Por qué había decidido llamar a Groth, en lugar de hablar con la policía?

Vanja dedujo de inmediato que tenía que haber conexiones entre Lena y el director que la policía desconocía. Cuando al minuto siguiente Ursula llamó para decir que Sebastian y ella habían encontrado una habitación secreta en el Palmlövskå, donde parecía haber una auténtica colección de pruebas contra Groth, entonces Vanja comprendió que no se había equivocado.

Especialmente incriminatorio era el teléfono de prepago que hallaron dentro de su caja original, en un armario archivador, con una lista de contactos que incluía sólo tres números.

El primero era de Frank Clevén y los otros dos, de Roger y Lena Eriksson. Desde ese teléfono se habían enviado además los SMS a Roger, poco antes de su muerte. Vanja activó el altavoz de su móvil para que Torkel pudiera oír las novedades. Sebastian y Ursula también habían hallado los libros de contabilidad del colegio, junto con una colección de pornografía gay. Los cuatro decidieron reunirse en la comisaría al cabo de una hora.

Billy llegó con cierto retraso, cuando los demás acababan de empezar el análisis de los acontecimientos de la jornada. Hacía más calor en la sala de reuniones, como si las últimas horas no sólo hubieran hecho subir la temperatura de la investigación, sino que además hubieran afectado el aire a su alrededor. Ursula lo saludó con una inclinación de la cabeza cuando lo vio entrar en la sala.

—Como iba diciendo, el Palmlövskå era como un hijo para Ragnar Groth. El hombre se ocupaba personalmente incluso de la contabilidad. Mirad esto.

Extrajo varios folios impresos y los hizo circular.

—Hemos buscado la conexión entre Groth y Lena Eriksson. Hay tres asientos en la contabilidad de los últimos meses que llaman la atención. «Gastos personales». El primero, de dos mil coronas, y dos de cinco mil coronas cada uno, al mes siguiente.

Hizo una pausa. Todos en la sala suponían lo que iba a decir después, pero nadie hizo ningún comentario, por lo que Ursula continuó:

—Llamé al banco. Lena Eriksson ingresó importes similares en su cuenta, uno o dos días después.

Ursula acababa de encontrar una relación casi incontestable entre las dos personas fallecidas.

—¿Chantaje?

Torkel dejó que la pregunta flotara en el aire.

—¿Por qué otra razón iba a darle Groth doce mil coronas a Lena Eriksson?

—Sobre todo teniendo en cuenta que, al mismo tiempo, Ragnar le enviaba

mensajes a Roger suplicándole que «eso», fuera lo que fuese, terminara de una vez —intervino Vanja mientras señalaba el teléfono móvil dentro de su caja en perfecto estado.

—Pero ¿qué era lo que tenía que terminar? —dijo Billy, que no quería quedar fuera de la conversación—. Hay un par de posibilidades.

—Sabemos que a Groth le gustaban los chicos —dijo Vanja e indicó con la cabeza las películas pornográficas apiladas sobre la mesa—. Quizá Lena se enteró.

—¿Pagarías doce mil coronas para que nadie se entere de que ves porno gay en tu despacho? —preguntó Sebastian en tono escéptico—. Podría haberse limitado a tirar los DVD. Para que la hipótesis del chantaje funcione, Lena tuvo que haberse enterado de algo mucho más grave.

—¿Por ejemplo? —preguntó Vanja.

—Estoy pensando en lo que te dijo Lisa: que Roger tenía secretos...

Sebastian dejó inconclusa la frase, pero Vanja comprendió enseguida lo que había querido decir. Entusiasmada, se enderezó en la silla.

—... y que iba a encontrarse con alguien. ¿Ragnar Groth?

Los otros miraron a Vanja y a Sebastian. Tenía sentido lo que estaban diciendo. Todos habían comprendido que el secreto desencadenante de la tragedia tenía que ser muy serio e incluso devastador para Ragnar Groth. Una relación sexual prohibida con un chico de dieciséis años entraba definitivamente en esa categoría.

—En ese caso, Lena lo averiguó. Y, en lugar de denunciarlo, decidió aprovecharse de lo que sabía, para su propio beneficio.

—Sabemos que necesitaba dinero. ¿Acaso no vendió una entrevista suya al mejor postor? —preguntó Vanja mirando a Torkel, que se levantó y se dirigió a la pizarra.

Torkel se sentía más en forma que nunca. Toda la irritación pasada se había esfumado, junto con sus problemas privados.

—Muy bien, consideremos un momento esta teoría.

Mientras hablaba empezó a escribir en la pizarra con garabatos desordenados y casi ilegibles. Su caligrafía siempre empeoraba proporcionalmente a su grado de exaltación.

—Un mes antes del asesinato de Roger, Ragnar Groth empezó a darle dinero a Lena. Suponemos que lo hacía para impedir que ella revelara algo, quizá para que no se supiera que su hijo mantenía relaciones íntimas con él. ¿Qué indicios respaldan esta hipótesis? Detengámonos aquí un segundo.

Miró a su equipo. Quería oír sus ideas. Vanja fue la primera.

—Sabemos que Groth era homosexual. También sabemos que le envió mensajes a

Roger, rogándole que pusiera fin a alguna cosa. Eso significa que había algo entre los dos. Además, Lisa nos ha dicho que Roger se encontraba con alguien en secreto.

—Bien. Espera un momento...

Torkel no tenía tiempo de escribirlo todo. Vanja guardó silencio. Cuando vio en la pizarra un garabato que podía interpretarse como «encontraba» y otro que parecía decir «secreto», prosiguió.

—Sabemos que Groth estuvo en el hotel y que esa misma noche Roger fue grabado por una cámara en los alrededores. Sabemos que Groth solía utilizar el hotel para sus encuentros sexuales. También sabemos que el coche del colegio se cruzó con Roger aquella noche y que, con toda probabilidad, Roger subió. Las evidencias sugieren que llegó al campo de fútbol en el coche.

—Puedo hablaros un poco del Volvo si queréis —intervino Billy—. Hay una serie de datos interesantes.

Torkel asintió.

—Sí, por favor. Cuéntanos.

—Por desgracia, no hay manchas de sangre visibles, pero he encontrado en el vehículo huellas dactilares de Roger, de Ragnar Groth y de otras dos personas. Las de Roger estaban en la puerta del lado del acompañante y en la guantera. También he encontrado un rollo grande de plástico para invernaderos en el maletero, que pudo utilizarse para envolver el cadáver. Ursula registrará el coche después de esta reunión, para ver si da con algún rastro de sangre o de ADN. Y los neumáticos eran los que buscábamos: Pirelli P7. —Billy se levantó y depositó sobre la mesa una libreta roja de tapas duras, de aspecto muy gastado—. También encontré este registro de los trayectos realizados. Lo interesante es que el coche hizo un viaje el jueves, antes de la desaparición de Roger, y no volvió a salir hasta el lunes, después del fin de semana. Pero entre los dos trayectos hay diecisiete kilómetros sin justificar.

—¿Eso significa que alguien utilizó el coche en algún momento entre el viernes y el lunes por la mañana y se desplazó diecisiete kilómetros? —preguntó Torkel mientras garabateaba febrilmente en la pizarra.

—Según el registro, sí. También es cierto que habría sido muy fácil registrar con fecha posterior un viaje que cubriera esa distancia exacta. Pero faltan diecisiete kilómetros.

Sebastian echó una mirada al plano colgado en la pared, junto a Torkel.

—Tiene que haber más de diecisiete kilómetros entre el colegio, el hotel, el campo de fútbol, Listakärr y de vuelta al colegio, ¿no os parece?

Billy hizo un gesto afirmativo.

—Sí, es un problema. Pero, como ya he dicho, es un simple registro y resulta muy fácil manipularlo. En cualquier caso, el coche se ha utilizado.

Billy volvió a sentarse y Torkel asintió con la cabeza.

—Muy bien. Ursula se ocupará del coche después de la reunión —confirmó antes de proseguir—. Hay otra cosa que no debemos olvidar: Peter Westin, el psicólogo del colegio.

Torkel escribió su nombre en la pizarra.

—Sabemos que Roger lo visitó varias veces a lo largo del año. Parece lógico pensar que si alguien más estaba al corriente de una eventual relación suya con Groth, ese alguien tenía que ser Westin. Es posible incluso que el psicólogo hablara al respecto con el director. Quizá por eso ha desaparecido su libreta. Después de todo, ¿de qué habla uno con su psicólogo?

—Eso debe de saberlo Sebastian —respondió Vanja con ironía.

Todos sonrieron, excepto Sebastian, que se la quedó mirando un momento.

—Así es. Y, como has leído mi libro, tú también debes de saberlo.

Torkel los miró a los dos e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Podemos ceñirnos a este asunto, por favor? Si existía una relación secreta de naturaleza sexual entre Roger y el director, es lógico suponer que el chico se lo contara a Westin.

—No, lo siento, pero no estoy de acuerdo —lo contradijo Sebastian—. Roger quería adaptarse, ser como los demás. Para eso necesitaba dinero. Es posible que le vendiera a Groth sus servicios sexuales, pero jamás se lo habría contado a Westin. Habría sido como matar a la gallina de los huevos de oro.

—¿Quizá lo hacía obligado? —sugirió Ursula.

—No lo creo. Roger salió de la casa de Lisa para ir a encontrarse con alguien.

—Por muchas vueltas que le demos, me cuesta creer que Westin no muriera por algo que sabía de Roger —prosiguió Ursula—. No parece haber nada más, sobre todo si lo único que falta de su despacho es esa agenda.

Alguien llamó a la puerta y Hanser entró en la sala. Vestía un elegante traje morado que parecía nuevo, y Torkel no pudo evitar la sensación de que se lo había comprado para estrenarlo el día en que el caso estuviera resuelto, para salir guapa en las fotos. Era evidente que se había preparado para la siguiente rueda de prensa. Sería muy difícil convencerla para que no la convocara.

—Me gustaría participar en la reunión, si no es molestia.

Torkel hizo un gesto afirmativo y le indicó con una mano la silla libre en la cabecera de la mesa. Hanser se sentó con cuidado, para no arrugarse el traje.

—Estamos analizando diferentes hipótesis —dijo Torkel y señaló sus garabatos ilegibles en la pizarra—. Sabemos que Ragnar Groth le daba dinero en secreto a Lena Eriksson. Probablemente, chantaje. Quizá porque Roger, obligado o por voluntad propia, mantenía relaciones sexuales con Groth.

Hanser abrió mucho los ojos y enderezó la espalda en la silla.

—El coche del colegio tiene los neumáticos que buscábamos, presenta huellas dactilares de Roger y del director, y sabemos que estuvo cerca del hotel la noche del crimen. Todavía no hemos encontrado rastros de sangre, por lo que tendremos que registrarlo una vez más. Seguimos pensando que el homicidio no fue premeditado, sino que Groth y Roger fueron juntos en el coche hasta el campo de fútbol. Algo salió mal, Groth le disparó a Roger y enseguida se dio cuenta de que tenía que extraer la bala. Cuando esta mañana le preguntamos a Lena Eriksson si reconocía el vehículo, nos mintió. Pero se enteró de que Ragnar Groth había matado a su hijo. Entonces, decidió presionarlo, esta vez de verdad. Sin embargo, Groth se enfrentó con ella y la situación se descontroló.

Torkel se detuvo delante de Hanser.

—Me parece verosímil.

—En cualquier caso, tenemos una cadena de pruebas circunstanciales. Necesitamos pruebas materiales que las confirmen.

Vanja y Billy asintieron. Siempre era muy especial el momento en que lo posible se convertía en probable. Ahora sólo necesitaban encontrar la manera de convertir lo probable en hechos demostrables.

De repente, Sebastian se puso a batir palmas en un aplauso solitario que despertó un eco desafiante en la pequeña sala.

—¡Bravo! Hay una serie de detalles que no encajan del todo en vuestra fantástica teoría, pero será mejor que me calle, ¿no? No quiero estropear el buen ambiente.

Vanja miró con gesto iracundo a Sebastian, que se había recostado en la silla con aires de superioridad.

—Es un poco tarde, ¿no? Ya lo has estropeado.

Sebastian le sonrió exageradamente y señaló con la mano los DVD que se amontonaban sobre la mesa.

—¡Hombres! ¡Hombres de verdad, hombres hechos y derechos! A Ragnar no le gustaban los niños. Quería músculos y una buena polla. ¿Recuerdas a Frank Clevén? Un tipo maduro con aspecto de macho. ¡Nada de niños imberbes de dieciséis años! Cometéis el error de pensar que los homosexuales no tienen preferencias, que se conforman con cualquier cosa que tenga polla.

—Algunos hombres nunca pueden negarse al sexo, sean cuales sean sus preferencias. Y tú lo sabes mejor que nadie —dijo Ursula, volviéndose hacia él.

—En mi caso no es el sexo, sino la conquista. Es algo completamente distinto.

—¿Podemos ceñirnos a nuestro asunto, por favor? —preguntó Torkel, mirándolos a los dos con expresión suplicante—. Así será mucho más fácil. Sí, Sebastian, tienes razón. No sabemos con certeza si Groth y Roger tenían relaciones sexuales.

—Hay algo más que me inquieta en todo esto —prosiguió Sebastian— y es el suicidio de Ragnar.

—¿Qué quieres decir?

—Pensad en nuestro asesino. Puede que no tuviera intención de matar a Roger, pero una vez que lo mató, no escatimó ningún medio para ocultarlo. ¡Incluso le arrancó el corazón para esconder la bala!

Sebastian se levantó y empezó a ir y venir por la sala.

—Cuando se sintió amenazado por Peter Westin, lo eliminó sin contemplaciones. Colocó pruebas falsas en el garaje de Leo, se metió en el despacho de Westin... En situaciones de enorme presión, se ha comportado siempre de manera fría y deliberada. Y todo para no ser descubierto. Es calculador. Mantiene la calma y no se deja llevar por el estrés. No es el tipo de persona que se ahorcaría en la habitación de un niño, ni alguien que pide perdón. Porque no sabe lo que es el arrepentimiento.

Sebastian terminó su exposición y se hizo el silencio. Los sentimientos eran encontrados. Por un lado estaban la autoridad y el buen razonamiento de Sebastian, y, por otro, el deseo de ver la solución al alcance de la mano. Vanja fue la primera en hablar.

—Muy bien, Freud, déjame que te haga una pregunta. Digamos que tienes razón. Digamos que no fue Groth, sino otra persona diferente. Groth sólo estaba en el hotel de carretera. Su coche estaba aparcado cuando Roger pasó por allí. Groth iba al volante y Roger subió al coche. Fueron juntos al campo de fútbol, pero lo mató otra persona. ¿Es tu teoría?

Se echó hacia atrás, con un matiz de triunfo en la mirada. Sebastian se detuvo y la miró con calma.

—No, no es mi teoría. Sólo digo que la vuestra no se sostiene. Hay algo que se nos escapa.

Sonó el teléfono de Torkel, que se disculpó y atendió la llamada. Sebastian volvió a su puesto y se sentó. Torkel escuchó un momento, antes de decir algo. Por el tono de voz, parecía sumamente resuelto.

—Traedlo aquí. Ahora mismo.

Después, se guardó el teléfono y se volvió hacia Hanser.

—Tus técnicos acaban de hacer un nuevo hallazgo en la casa de Groth. Han encontrado una libreta de notas que perteneció a Peter Westin. Estaba dentro de la estufa de leña.

Hanser se recostó en la silla y sonrió. Ahora sí que tenían a Ragnar Groth. Era definitivo. Vanja no pudo evitar volverse hacia Sebastian.

—¿Cómo encaja esto en el perfil psicológico de Groth?

Sebastian no contestó. No pensaba seguir discutiendo.

Los demás ya habían tomado una decisión.

Se marchó de la sala.

Los que permanecieron dentro querían poner fin a la investigación, querían creer que lo entendían todo. Había sido un caso complicado. Los había desgastado y estaban exhaustos. Superficialmente, la solución era perfecta. Pero la superficie no era suficiente para Sebastian, que siempre buscaba las conexiones profundas. La respuesta pura y simple, que hacía que todos los datos encajaran. El momento en que la acción, las consecuencias, la ocasión y el motivo contaban todos la misma historia.

Eso nunca sucedía en la superficie.

Pero ¿para qué molestarse? La cadena de pruebas circunstanciales era incontestable y, desde un punto de vista personal, Sebastian podía sentirse más que satisfecho. En realidad, tendría que estar loco de contento. El templo del saber construido por su padre estaba a punto de ser abatido y expulsado de la morada de los dioses, para ser arrastrado y pisoteado por la realidad.

El brillante sol de la tarde se filtraba a través de los grandes ventanales de la comisaría, y Sebastian dio algunos pasos en medio de la vasta sala llena de policías inmersos en su trabajo, antes de detenerse y volver la vista hacia atrás, hacia Torkel y los otros que se habían quedado en la sala pequeña. Estaban recogiendo sus cosas. La libreta de notas en la estufa de leña de Ragnar Groth... La mayor parte de las páginas se habían quemado, por lo que se habían destruido las pruebas. Pero el mero hecho de que la libreta apareciera en casa de Groth había acabado por convencer a Hanser. Para Sebastian, en cambio, el hallazgo volvía aún más confusa la historia. El Ragnar Groth que él había conocido jamás habría cometido un descuido semejante. Ni en un millón de años. El director nunca permitía que un papel o un lápiz estuvieran fuera de su sitio. El hallazgo no encajaba. Sebastian había mirado a Ursula en cuanto se había enterado del lugar donde habían encontrado la libreta. Ella tenía que estar pensando lo mismo que él. La conocía bien y lo sabía. Aunque siempre discutían por detalles, los

dos buscaban lo mismo: la profundidad, la ecuación pura. De hecho, Sebastian reconoció en la mirada de Ursula sus mismas dudas, pero ella llevaba un tiempo comportándose de manera extraña. Por lo visto, había actuado con negligencia y había salido un momento para cenar con Mikael, mientras Billy y ella estaban registrando la casa de Groth. No había llegado a examinar la parte de la casa donde estaba la estufa y había pensado que Billy ya lo había hecho. Este, por su parte, la había entendido mal y había creído que lo había hecho ella. Ursula no solía cometer esos errores. Todos en la sala notaron que se avergonzaba, y fue entonces cuando Sebastian se dijo que estaba harto de todo. Si estaban satisfechos con lo que tenían, muy bien por ellos. Arrastrarían por el lodo el nombre de Ragnar Groth y permitirían que el verdadero asesino quedara en libertad.

Sebastian podía aceptar perfectamente las dos cosas.

Pero se había levantado y había salido de la sala.

Ahora estaba ahí, mirando a sus colegas por última vez. Se puso el abrigo y se preparó para marcharse. Cuando ya casi había salido de la comisaría, oyó una voz a su espalda. Era Billy, que se le acercaba echando miradas subrepticias a su alrededor. Cuando lo alcanzó, le habló en voz baja.

—Ayer me sobró un poco de tiempo.

—Qué bien. Me alegro por ti.

—No sé para qué la quieres, pero aquí tienes la dirección de esa Anna Eriksson que andabas buscando.

Sebastian lo miró. Ni siquiera sabía lo que sentía. De pronto, estaba cerca. Pero ¿de dónde? De algo que había pasado hacía treinta años. De una mujer que no conocía. ¿Estaba dispuesto? ¿De verdad lo deseaba? Probablemente, no.

—No tiene nada que ver con la investigación, ¿verdad?

Billy lo miraba con ojos inquisitivos y Sebastian no tuvo fuerzas para mentir.

—No.

—Entonces no puedo dártela. Ya lo sabes.

Sebastian hizo un gesto afirmativo. Pero, de repente, Billy se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Storskärsgatan, 12, Estocolmo. —Sonrió y le estrechó la mano—. Me ha gustado trabajar contigo.

Sebastian asintió. Sin embargo, sintió que debía ser fiel a sí mismo, sobre todo en ese momento, cuando ya había conseguido lo que había ido a buscar.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Después se marchó, decidido a no volver nunca más.

Nunca más.

El hombre que no era un asesino estaba entusiasmado y no conseguía quedarse quieto en la silla. La noticia estaba en todas partes: en las redes, en la televisión y en la radio. La policía parecía haber dado un paso decisivo en la investigación. El momento culminante había sido un breve resumen de la última rueda de prensa, en el informativo de la televisión nacional. La jefa de la policía de Västerås había aparecido vestida con un elegante traje de chaqueta, junto al responsable de la Unidad de Homicidios, que él mismo había visto varias veces. La mujer parecía alegre y distendida, con una sonrisa tan ancha y tan reluciente que casi se hubiera dicho que se había blanqueado los dientes para la ocasión. El inspector de la Unidad de Homicidios no había cambiado mucho; seguía tan formal y serio como siempre. La mujer, que según el rótulo sobreimpreso se llamaba Kerstin Hanser, anunció que la policía ya tenía un sospechoso. Los detalles se darían a conocer en cuanto la policía científica hubiera completado sus análisis, pero los resultados eran tan convincentes que querían darlos a conocer enseguida. La pieza clave de la investigación habían sido las dos trágicas muertes de esa mañana, y el sospechoso de haber cometido los crímenes era el hombre de unos cincuenta años, residente en Västerås, que se había quitado la vida. No mencionaron su nombre. Pero toda la ciudad lo sabía.

Era el director Ragnar Groth.

El hombre que no era un asesino se había enterado del rumor el día anterior, leyendo una web llamada Flashback. Sus foros solían estar llenos hasta los topes de chismorreos y especulaciones maliciosas sobre todo lo imaginable, pero también contenían una cantidad asombrosa de información fidedigna. En un hilo titulado «Asesinato ritual en Västerås», un internauta anónimo afirmaba que la policía se había llevado al director del Instituto de Bachillerato Palmlövnska a la comisaría, para proceder a su interrogatorio. Entonces, él había llamado al colegio y había preguntado por el director, pero le habían dicho que había salido y que estaría ocupado haciendo trámites el resto de la jornada. De inmediato había pedido para salir del trabajo antes de hora y prácticamente había echado a correr hasta su coche. Gracias al servicio de información telefónica había averiguado el domicilio del director, y hacia allá se había dirigido. Tras aparcar a cierta distancia, se había puesto a pasear con discreción por los alrededores de la casa de dos plantas, o al menos con tanta prudencia como le había sido posible. De todos modos, el coche estacionado delante de la casa lo decía todo. Por supuesto, era un coche particular, sin ninguna señal que lo delatara, pero él ya lo conocía.

Era el mismo que unos días antes había visto aparcado delante de la casa de Leo Lundin.

El hombre que no era un asesino sintió que le subía la temperatura en todo el cuerpo, como si acabara de enterarse de que le había tocado el premio gordo de la lotería y nadie más que él lo supiera. Era su premio y podía hacer con él lo que le diera la gana. Mientras estaba en la calle, vio que se abría la puerta de la casa y que salía una mujer. Entonces empezó a alejarse, para no despertar sospechas, pero la mujer no veía nada aparte de a sí misma. Parecía irritada. Lo notó por la manera en que cerró la puerta del coche. El hombre siguió caminando, pero en cuanto el coche de la mujer pasó a su lado y lo dejó atrás, él dio la vuelta y se dirigió hacia el suyo.

Tardaría unos diez minutos en ir a recoger la libreta.

Y otros diez en regresar.

Dentro no había más que un policía.

Podía funcionar.

De hecho, funcionó.

Sebastian se detuvo un momento delante de la sombría casa de sus padres. La observó. Había refrescado y él no llevaba suficiente abrigo, pero el frío insidioso no le molestaba. De hecho, encajaba a la perfección con su estado de ánimo. Había llegado el momento de hacer lo que había decidido desde el principio, pero no había hecho porque los acontecimientos de los últimos días se lo habían impedido. Marcharse. Largarse de la ciudad. Desaparecer. Incluso había tenido la suerte de conseguir la dirección que lo había llevado a meterse en la investigación.

Storskärsgatan, 12.

Ahí podía estar la respuesta.

Si quería buscarla.

Mientras pensaba, de pie junto a la puerta, comprendió que todo lo sucedido tenía algunos aspectos francamente positivos. La carta y las enormes posibilidades que abría, pero también la investigación del caso y la colaboración con la Unidad de Homicidios, lo habían cargado de energía. Había otras cosas que ocupaban sus días, además del dolor, el remordimiento y la angustia que lo habían acompañado durante tanto tiempo. Los sentimientos no habían cambiado; el mismo sueño lo perseguía todas las noches, y el aroma de Sabine lo despertaba cada mañana, pero el peso de la pérdida ya no lo inmovilizaba por completo. Había conseguido vislumbrar la posibilidad de una vida diferente, y eso a la vez le infundía temor y lo atraía. Había cierta seguridad en la vida que había llevado hasta ese momento. Por muy negativa que fuera para él, había una parte de comodidad en la rutina. Era una actitud que de alguna forma él mismo había escogido y que satisfacía sus sentimientos más íntimos.

La idea de que no merecía ser feliz.

De que estaba condenado.

Lo sabía desde niño. Era como si el tsunami simplemente se lo hubiera confirmado.

Se volvió hacia la casa vecina. Clara había salido a la escalera y lo miraba, pero él no le prestó atención. Después de todo, era posible que estuviera viviendo un momento trascendental. Había pasado algo, eso era evidente. No había estado con

ninguna mujer desde Beatrice y ni siquiera había pensado en ello. Debía de significar alguna cosa. Miró el reloj. Las siete y veinte. El agente inmobiliario tendría que haber llegado ya. Habían quedado a las siete para firmar enseguida el contrato y que él pudiera coger el tren de las ocho y media a Estocolmo. Ese era el plan. ¿Por qué no había llegado? Irritado, Sebastian entró en la casa y encendió la luz de la cocina. Llamó al agente, un tal Peter Nylander, que se disculpó cuando por fin contestó, después de varios tonos de llamada. Estaba enseñando una casa y no podía pasar a verlo hasta el día siguiente por la mañana.

Típico.

Una noche más en esa puta casa.

Ahí se quedaba su momento trascendental.

Torkel se había quitado la chaqueta y los zapatos, y se había tumbado muerto de cansancio en la mullida cama del hotel. Había encendido un segundo el televisor, pero lo había apagado enseguida, al ver las imágenes de la rueda de prensa. No era sólo que no le gustara verse, sino que además todo el caso lo irritaba. Intentó cerrar un momento los ojos y descansar, pero no lo consiguió. No podía quitarse de encima la desazón. Las pruebas circunstanciales eran contundentes, tenía que reconocerlo. Después de todo, él mismo había establecido toda la cadena de relaciones. Pero faltaban pruebas materiales que fueran indiscutibles, el tipo de pruebas que pudieran convencerlo sin lugar a dudas de que tenía razón. Lo que más echaba en falta eran los rastros de sangre. Aunque en el coche hubieran encontrado un rollo grande de plástico para invernaderos, la sangre era una sustancia muy difícil de ocultar por completo, un fluido orgánico tan lleno de elementos detectables que bastaba una cantidad microscópica para dejar una huella significativa. Roger había perdido una cantidad enorme de sangre, y sin embargo en el Volvo no se había detectado ni el menor rastro. Ursula tenía la misma sensación que él, y Torkel lo sabía. Después de la reunión, había dedicado un par de frustrantes horas al registro minucioso del vehículo, pero no había encontrado nada. Si la conocía tanto como creía, todavía seguiría allí, revisando el coche. Ya había cometido un fallo demasiado grande en casa de Ragnar Groth, con aquella libreta, y no volvería a dar nada por revisado sin comprobarlo por lo menos tres veces. Pero había sido imposible detener a Hanser o pedirle discreción, y el jefe de la policía regional la había apoyado. Se habían reunido con él media hora antes de la rueda de prensa prevista. Torkel les había pedido más tiempo. ¿Qué importancia podía tener un día más o un día menos? Pero enseguida se dio cuenta de que tanto Hanser como el jefe regional querían un triunfo inmediato.

Eran más políticos que policías, y Torkel lo comprobó cuando trató de convencerlos de que adoptaran una actitud más prudente. Ellos querían resolver el caso cuanto antes, para seguir adelante con sus carreras, sin ninguna mancha en sus respectivos expedientes. Para él, sin embargo, la resolución del caso era mucho más que eso. Era la verdad. Era lo que merecía la víctima. Y no algo relacionado con su carrera. Al final, le habían impuesto su criterio. Habría podido resistirse un poco más, lo sabía, pero estaba cansado, disgustado y él también quería dejar el caso atrás. No eran buenas razones, pero era la realidad. Fuera como fuese, la decisión no la había tomado él, sino el jefe de la policía regional. No era la primera vez que tenía que conformarse con lo que había. Uno acababa acostumbrándose a ese tipo de cosas en una organización como la policía. Los que no se conformaban podían acabar como Sebastian: un excéntrico solitario con el que ya nadie quería trabajar. Tendió la mano otra vez hacia el mando a distancia, con la esperanza de que las noticias hubieran terminado ya. Pero antes de encender el televisor, oyó que llamaban discretamente a la puerta. Se levantó y abrió. Era Ursula. Ella también parecía agotada.

—¿Has encontrado algo?

Ursula negó con la cabeza.

—Hay cero proteínas de sangre e incluso cero albúmina en el coche. Ni rastro.

Torkel asintió. Se quedaron un momento inmóviles. Ninguno de los dos parecía saber muy bien qué debía hacer a continuación.

—Entonces ¿es verdad que mañana volvemos a casa? —dijo ella por fin.

—Eso parece. Hanser querrá cerrar el caso por su cuenta y nosotros estamos aquí sólo porque nos ha llamado.

Ursula asintió, comprensiva, y se volvió para marcharse, pero Torkel la detuvo.

—¿Has venido solamente para hablarme del coche?

—En realidad, no. —Levantó la vista y lo miró—. Pero tendremos que dejarlo así, porque no sé qué más decir.

—Sebastian ya no está.

Ursula hizo un gesto afirmativo.

—Pero todo lo demás se ha vuelto muy confuso.

—Ya lo sé. Y lo siento.

—No Toda la culpa es tuya, o al menos eso creo. —Lo miró. Avanzó un paso hacia él y le tocó la mano—. Pero pensaba que me conocías. Lo pensaba de verdad.

—Creo que ahora te conozco.

—No. Voy a tener que ser más transparente.

Torkel soltó una carcajada.

—Ya has sido bastante transparente. ¿Me atreveré a pedirte que pases?

—Puedes intentarlo.

Ursula le sonrió y entró en la habitación. Torkel cerró la puerta. Ella colgó el bolso y la chaqueta en una silla y se fue a la ducha. Él se quitó la camisa y arregló la cama. Así le gustaba a Ursula. Primero se duchaba ella, después se duchaba él y se metía en la cama a su lado. Era su rutina. Así lo quería Ursula. Eran sus reglas.

Únicamente en el trabajo.

Nunca en casa.

Sin planes de futuro.

«Y, además —pensó Torkel—, con una lealtad inquebrantable».

Era algo que debía añadir a la lista.

A Sebastian le costaba dormirse. La cabeza le funcionaba a pleno rendimiento. Habían pasado demasiadas cosas. Primero pensó que sería por culpa de la dirección de Estocolmo que acababa de conseguir. Tampoco habría sido tan raro. ¿Cómo habría podido dormir teniendo ante sí una posibilidad tan poco clara y hasta arriesgada? Pero no era solamente eso. Había algo más, algo diferente de las posibles consecuencias de una carta del pasado. Había otra imagen, mucho más reciente, clara y palpable: la imagen de un adolescente que había ido al encuentro de la muerte en un campo de fútbol con suelo de tierra. Un chico al que no acababa de comprender. No lo había comprendido nunca e intuía que ahí debía de estar su error. Tanto él como los demás se habían concentrado desde el principio en la periferia, en lugar de prestar atención al centro. Axel Johansson, Ragnar Groth, Frank Clevén... Era lógico, ya que estaban buscando a un asesino.

Pero habían olvidado a la víctima. Sebastian tenía la sensación de que habían perdido el contexto, el panorama general. Roger Eriksson. El adolescente que ocupaba el centro de la tragedia seguía siendo un misterio para ellos.

Se levantó y fue a la cocina. Todavía quedaban en el frigorífico un par de botellas de agua mineral que había comprado en la gasolinera. Abrió una y se sentó a la mesa. Fue a buscar su maleta y sacó una libreta, un bolígrafo y la documentación que todavía conservaba del caso: papeles y carpetas que seguramente habría tenido que devolver. Había olvidado que estaban ahí, pero no era el tipo de persona que vuelve sobre sus pasos para retornar unas cuantas fotocopias. Nunca lo había sido. Al contrario, prefería tener siempre a mano la mayor cantidad posible de material, precisamente para ocasiones como esa. Así había trabajado siempre, cuando todavía trabajaba, y se alegraba de no haber perdido al menos la costumbre de llenar de papeles la maleta. Por desgracia, las carpetas contenían muy poco acerca de Roger, sólo unos cuantos documentos que habían conseguido en sus dos colegios. Sebastian los apartó, abrió la libreta, empuñó el bolígrafo y se dispuso a ordenar metódicamente sus pensamientos. Ante todo, escribió:

Cambió de colegio

Arrancó esa hoja de la libreta y la depositó en la cabecera de la mesa. Le gustaba trabajar con palabras clave escritas en hojas sueltas, para que fluyeran los pensamientos. Lo importante era hacerse una idea del esqueleto que tenía a su disposición, para ver cómo podía colocar, girar o volver del revés sus partes, con el fin de seguir construyendo a partir de ahí. Continuó con otra hoja.

No tenía amigos

El reducido círculo de amistades de Roger había sido un problema para la policía. El muchacho no tenía vida social. Muy poca gente sabía algo de él. Lisa se limitaba a fingir ser su novia, e incluso Johan, su amigo de la infancia, lo eludía. Sencillamente, era una persona solitaria. Los solitarios siempre son los más difíciles de entender y conocer.

Iba al psicólogo

Acudía a la consulta del difunto Peter Westin. Quizá solamente porque necesitaba hablar con alguien. Y eso reforzaba aún más la tesis de que estaba solo. Tal vez tuviera también algo en concreto de que hablar.

Necesitaba dinero

La venta de bebidas alcohólicas y todo lo relacionado con Axel había resultado ser una pista secundaria. Pero era indudable que Roger había sido capaz de muchas cosas por dinero. Necesitaba dinero para no desentonar con el resto de sus compañeros, sobre todo en su nuevo colegio, el exclusivo Instituto de Bachillerato Palmlövsvka.

Su madre recibía dinero del director

La relación amoral con el dinero parecía ser una constante en su familia. La hipótesis del chantaje era bastante verosímil. Lena sabía algo y Ragnar Groth estaba dispuesto a pagarle para que no lo revelara. Tenía que ser algo que pudiera manchar el prestigio del colegio, porque ese era el centro de la vida del director. Roger era el único vínculo entre Lena y Groth, hasta donde sabía Sebastian. Eso lo llevaba al siguiente elemento de la lista:

¿Relación gay?

Pero Sebastian tachó enseguida esa frase.

Era la hipótesis que más le incomodaba. Era el tipo de pensamiento unidireccional que se volvía demasiado dominante y podía llegar a arruinar toda una investigación. Ahora lo importante era pensar libremente, evitar el lastre de deducciones anteriores y contemplar el contexto sin atribuirle excesivas implicaciones. Muchas veces la solución estaba en los pequeños detalles. Sebastian lo sabía, por eso escribió:

Relación secreta (gay o heterosexual)

En realidad, también esa pista era demasiado vaga. Era una sensación de Lisa, que Vanja había recogido, una sensación que él también compartía. Pero podía tratarse del sentido subjetivo que los dos atribuían a la palabra «secreto». Si alguien ocultaba algo, probablemente tenía que ver con el sexo. ¿Había algo más que apuntara en esa dirección, además de esa vaga sensación suya? Sí, una cosa. La escribió a continuación.

«Sólo le interesaba el sexo»

Lo había dicho Johan, cuando Vanja y él lo habían visitado en el lugar donde había acampado con su padre. Podía ser un dato más importante de lo que le había parecido en un principio. Según Johan, era la razón por la que se había distanciado de su amigo. Era la prueba indudable de un interés sexual tan intenso por parte de Roger que a Johan le resultaba molesto. Pero ¿con quién mantenía relaciones sexuales? Con Lisa no. ¿Con quién entonces?

Última llamada

Era otro de los aspectos que preocupaban a Sebastian: la última llamada de Roger, cuando aquel viernes por la noche había intentado localizar a Johan en su casa, sin éxito. ¿Por qué no lo había llamado después al móvil? Al principio, su tesis había sido que Roger no había tenido tiempo, pero, tras descubrir en las grabaciones de las cámaras de seguridad los últimos pasos del muchacho, ya nada apuntaba en ese sentido. Al contrario. Roger había caminado un buen rato por la ciudad después de su ineficaz llamada, antes de subirse al coche, por lo que había tenido tiempo de sobra. La alternativa más probable era que no tuviera nada muy importante que decirle a

Johan. Quizá le pareció suficiente dejarle un mensaje. Tal vez.

Sebastian sacó otra botella de agua del frigorífico. ¿Habría olvidado algo? Seguramente muchas cosas. Empezaba a sentirse cansado y frustrado por lo difícil que le resultaba comprender a Roger. Sabía que había algo que no acababa de ver. Comenzó a hojear los papeles del colegio, el anuario y el último boletín de notas del colegio. No encontró nada, aparte de que el chico había mejorado en los estudios. Sobre todo en las asignaturas de Beatrice. Debía de ser una buena profesora. No había nada más.

Sebastian se levantó, con la sensación de que necesitaba aire fresco. Despejarse un poco y cambiar de perspectiva. Sabía cómo funcionaban sus procesos mentales. A veces tenía que esperar un rato antes de concebir la idea que colocaba varias piezas del puzle en su sitio. Otras veces esa idea no llegaba nunca. Como en la mayoría de los procesos, no había ninguna garantía.

El agente inmobiliario se presentó a las ocho y media. Para entonces, frustrado e irritado, Sebastian lo había guardado todo en la maleta y había salido a dar otro paseo. Seguía sin verlo claro. Sus pensamientos no habían hecho más que transitar por los mismos caminos trillados. Era posible que el secreto de Roger fuera impenetrable, al menos con el material que tenía a su disposición. El agente llegó al volante de un enorme y reluciente Mercedes. Sonreía, con expresión casi demasiado alegre, y lucía una americana perfecta. Sebastian lo odió nada más verlo, y ni siquiera le estrechó la mano.

—Entonces ¿quiere vender la casa?

—Quiero irme lo antes posible. Si me da el contrato, lo firmo. ¿No se lo he dicho ya por teléfono?

—Sí, pero quizá deberíamos sentarnos un momento para leerlo.

—No hace falta. Usted ganará un porcentaje sobre el precio de venta, ¿no?

—Sí, pero...

—Cuanto mayor sea el precio, más ganará usted, ¿no es así?

—Exactamente.

—Es todo lo que necesito saber. Usted tiene un incentivo para vender la casa al mayor precio posible. Eso para mí es suficiente.

Sebastian hizo un gesto afirmativo y cogió el bolígrafo para estampar su firma sobre la línea de puntos. El agente lo miró con cierto escepticismo.

—Antes me gustaría ver la casa.

—Entonces llamo a otro. ¿Firmo o no?

El agente pareció dudar.

—¿Por qué eligió nuestra agencia?

—Porque fue la primera de las que aparecían en la guía telefónica que tenía un contestador en el que pude dejar un mensaje. ¿Conforme? ¿Puedo firmar ya?

El agente sonrió satisfecho.

—Me alegro de que lo diga. Cada vez es más corriente poner un contestador que se limite a recitar los horarios de apertura y le pide al cliente que vuelva a llamar. Pero yo he pensado que si nosotros le decimos eso, entonces el cliente llamará a otra agencia. Perspicaz, ¿verdad?

Sebastian supuso que la pregunta sería retórica. En cualquier caso, no tenía ninguna intención de confirmar la teoría del agente diciéndole que era exactamente lo que él habría hecho.

—Lo que pretendo decir es que me parece muy importante estar siempre disponible para el cliente. En la carpeta encontrará mi número de móvil —prosiguió el agente, sin esperar una respuesta que de todos modos no iba a llegar—. Si tiene alguna duda o una pregunta, llámeme. Y hágalo cuando quiera: de día, de noche, en fin de semana... Así trabajo yo.

Casi como para demostrar su disponibilidad permanente, le sonó el teléfono antes de que pudiera continuar. Sebastian empezaba a desear no haberlo llamado.

—Hola, cielo. Sí, un poco sí que interrumpes..., pero sí, sí, claro.

El agente se apartó unos pasos para hablar con más intimidad.

—Lo conseguirás, cariño. Te lo prometo. Pero ahora tengo que colgar. Un beso.

Guardó el teléfono y se volvió hacia Sebastian con una sonrisa de disculpa.

—Perdón. Era mi novia, que tiene una entrevista de trabajo y en estos casos suele ponerse muy nerviosa.

Sebastian miró fijamente al hombre que tenía delante y del que ya sabía demasiadas cosas, y se puso a buscar mentalmente algo chocante para cerrarle la boca, algo tan escandaloso que lo obligara a quedarse callado y a no decir nada más. Entonces se le ocurrió. Era lo que estaba esperando.

Sus procesos mentales.

El contexto y el panorama general.

¿A quién suele llamar la gente?

Vasilios Koukouvinos pensó que era un trayecto muy raro. Había recogido al hombre en la puerta de su casa, con una maleta. Hablaba de forma acelerada. Le había dicho que quería ir primero al Instituto de Bachillerato Palmlövsvka y que después seguiría,

sin bajarse siquiera del taxi. Sólo quería ir hasta el colegio, lo más rápidamente posible.

Una vez allí, le había pedido a Vasilios que pusiera a cero el contador, diera la vuelta y se dirigiera a toda velocidad al motel de la E-18, por el camino más rápido. El hombre había sacado un plano para enseñarle dónde estaba el motel, pero Vasilios conocía bien Västerås y le dijo que no hacía falta. Después, siguieron en silencio, pero de vez en cuando Vasilios miraba al hombre por el retrovisor y veía que no conseguía estarse quieto. Parecía muy nervioso.

Cuando estuvieron cerca del hotel, el hombre cambió de opinión. Le indicó a Vasilios el nombre de una calle —Spränggränd— y quiso que lo llevara enseguida hasta allí. Pero eso no fue suficiente. Le dijo al taxista que entrara en la calle, diera marcha atrás y aparcara, y una vez allí, miró el contador, que marcaba unos seis kilómetros, además del precio de la carrera. El hombre le entregó a Vasilios su tarjeta de crédito, le pidió que lo esperara un momento y se bajó del taxi, para salir corriendo en dirección al hotel. Vasilios apagó el motor y salió del coche para fumar un cigarrillo, negando con la cabeza. Si el hombre quería ir al hotel, podría haberle dicho de entrada que lo llevara. Cuando solamente había dado unas pocas caladas, el hombre ya estaba de vuelta. Parecía todavía más agitado que antes. Había palidecido. Llevaba en la mano algo que le pareció el folleto de un colegio. El taxista reconoció la fotografía. Era el colegio de niños ricos por el que habían pasado unos minutos antes. El Palmlövska.

Vasilios se sentó otra vez al volante, y el hombre le dijo que quería ir hasta el campo de fútbol, junto a los bloques de viviendas, y volver después al colegio.

El hombre viajaba con la vista fija en el contador.

Como había pensado el taxista desde el principio, era un trayecto muy raro.

Un trayecto rarísimo de diecisiete kilómetros.

Sebastian tendría que haberlo visto. ¡Él más que nadie! Lo había experimentado personalmente: la transformación, la fuerza y el poder que transmitía ella al conocerla. Esa atracción, esas ganas de verla de nuevo.

También le había pasado a Roger.

Roger necesitaba a alguien, alguien que lo escuchara y lo apoyara tras el cambio de colegio. Una persona a quien llamar cuando estaba angustiado, cuando lo acosaban... Alguien que lo quisiera. Roger había hecho una llamada.

Pero no a Johan.

Sino a Beatrice.

Cuando Sebastian entró corriendo en el hotel, tenía más que nada una corazonada. Se le había ocurrido de pronto, cuando el taxi dio marcha atrás y aparcó. Había intuido que quizá el hotel, como lugar, era más importante de lo que había pensado en un principio, y que no era casualidad que Roger se dirigiera hacia allí. Él ya había estado antes. Pero no con Ragnar Groth. Cuando Sebastian le enseñó el folleto del colegio a la mujer de la recepción, pudo confirmarlo.

¡Sí, claro que sí! Esa mujer había estado en el hotel.

Muchas veces.

No era sólo una invasora.

Era mucho más que eso.

Vanja y Torkel estaban en la sala de interrogatorios. Tenían delante a Beatrice Strand, con la misma blusa de color verde oscuro y la misma falda larga que vestía la primera vez que Vanja y Sebastian habían hablado con ella en el Palmlövskå. Pero parecía cansada. Cansada y descolorida. Las pecas destacaban todavía más que de costumbre sobre la palidez de la cara. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero Sebastian —que estaba en la habitación vecina— pensó que incluso la densa melena rojiza había perdido parte de su brillo. Beatrice tenía un pañuelo de papel apretado en una mano, aunque ni siquiera se molestaba en enjugarse las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Tendría que haberlo contado.

—Sí, habría facilitado bastante las cosas.

El tono de Vanja era seco, irritado y casi acusador. Beatrice la miró, como si de pronto acabara de ocurrírsele una idea espantosa.

—¿Todavía vivirían... Lena y Ragnar... si yo lo hubiera contado?

Se hizo un silencio en torno a la mesa. Torkel advirtió que Vanja estaba a punto de responder que sí y le apoyó discretamente una mano sobre el antebrazo. Vanja se contuvo.

—Es imposible saberlo y no sirve de nada especular al respecto —dijo él, con una serenidad que pretendía inspirar confianza—. Mejor hablemos de usted y de Roger.

Beatrice hizo una inspiración y contuvo el aliento, como si se estuviera preparando para lo que iba a revelar.

—Entiendo que a ustedes les parezca del todo impropio. Yo estoy casada y él tenía dieciséis años. Pero era muy maduro para su edad y... simplemente sucedió.

—¿Cuándo?

—Unos meses después de cambiarse a nuestro colegio. Él necesitaba a alguien. En su casa no encontraba ningún estímulo. Y yo... A mí me hacía falta sentirme necesaria, apreciada... Sentir que alguien me quería. ¿Les parece demasiado horrible?

—El chico tenía dieciséis años y estaba bajo su responsabilidad. ¿A usted qué le parece?

Era Vanja la que volvía a hablar. Con sequedad, con una dureza innecesaria.

Beatrice bajó la vista avergonzada. Tenía las manos sobre la mesa y apretaba con fuerza el pañuelo de papel. Si Vanja no se controlaba, podían perderla. Se derrumbaría y no ganarían nada con eso. Torkel volvió a apoyar la mano sobre el antebrazo de Vanja. Sebastian decidió hablarle a través del auricular.

—Pregúntale por qué necesitaba sentir que alguien la quería. ¿No estaba casada?

Vanja lanzó una mirada de soslayo al espejo, estaba molesta. ¿Qué tenía que ver eso con el caso? Sebastian volvió a pulsar el botón del intercomunicador.

—No seas agresiva. Límitate a preguntarle. A ella le apetece contarlo.

Vanja se encogió de hombros y volvió a centrar toda su atención en Beatrice.

—¿Qué puede decirme de su matrimonio?

—Es... —Beatrice levantó la vista. Dudó. Parecía estar buscando la palabra o las palabras que describieran mejor su situación doméstica y su vida en general. Al final las encontró— un matrimonio sin amor.

—¿Por qué?

—No sé si lo sabrán ustedes, pero Ulf y yo nos divorciamos hace seis años y volvimos a casarnos hace un año y medio, más o menos.

—¿Por qué se divorciaron?

—Yo tenía una relación con otro hombre.

—¿Le fue infiel a su marido?

Beatrice asintió y volvió a bajar los ojos. Estaba avergonzada. Era evidente lo que opinaba de ella la mujer joven que tenía enfrente. Lo percibía en su voz y lo veía en su mirada. Beatrice no la culpaba. Ahora que había hablado de sus actos en voz alta y sin rodeos, en la frialdad de la sala, se daba cuenta de su profunda inmoralidad. Pero cuando los estaba viviendo, cuando se encontraba inmersa en un amor que bordeaba la idolatría, habría sido incapaz de obrar de otra manera. Siempre había sabido que era un error. En muchos sentidos.

En todos.

Pero ¿cómo habría podido rechazar un amor que necesitaba con tanta desesperación y que nadie más le ofrecía?

—¿Y su marido la dejó?

—Sí. Nos abandonó a Johan y a mí. Se fue sin más. Estuvimos un año entero sin vernos ni hablarnos.

—Pero ¿después la perdonó?

Beatrice levantó la vista y miró a la joven policía con una expresión de desusada seriedad. Lo que iba a decirle era importante y Vanja tenía que entenderlo.

—No. Ulf volvió por Johan. Nuestra separación y todo el año siguiente fueron un infierno para él. Estaba enfadado y confuso. Se había quedado en casa conmigo, pero yo era la culpable de haber destrozado la familia. Me declaró la guerra y no conseguimos llegar a ningún tipo de solución. La mayoría de los niños superan el divorcio de sus padres. Puede llevarles más o menos tiempo, pero al final se adaptan. Johan no. Ni siquiera cuando empezó a vivir algunos días en casa de Ulf. Se convenció de que nada tenía sentido si la familia no estaba unida y dejó que ese sentimiento se convirtiera en una idea fija. Enfermó. Cayó en una depresión. Llegó a considerar la idea del suicidio. Estuvo en terapia psicológica, pero no mejoró. Todo giraba en torno a la familia. Debíamos estar los tres juntos. Como antes, como tenía que ser.

—¿Fue entonces cuando Ulf regresó?

—Por Johan. Y le estoy agradecida por eso. Pero Ulf y yo... no somos un matrimonio como el que ustedes imaginan.

Sebastian asintió en silencio, en la habitación contigua. Había sido correcta su apreciación de que Beatrice lo había seducido a él y no a la inversa. Pero la situación era peor de lo que había imaginado. Los últimos años tenían que haber sido terribles para ella. Día tras día había vivido con un hombre que la rechazaba abiertamente, que no quería compartir nada con ella y la culpaba de haber destrozado a la familia. Con toda probabilidad le haría el vacío en su propia casa. No era de extrañar que Beatrice hubiera aceptado el amor y el aprecio allí donde los había encontrado.

—¿Cómo se enteró Lena Eriksson de su relación con Roger?

Era la voz de Torkel la que había interrumpido el silencio en la sala de interrogatorios. Beatrice había dejado de llorar. Le hacía bien poder contárselo a alguien. Incluso llegó a pensar que la mujer que tenía enfrente la miraba con cierta compasión. Vanja jamás podría justificar el comportamiento de Beatrice, desde luego, pero quizá fuera capaz de comprender sus motivos.

—No lo sé. De repente, lo sabía. Pero, en lugar de tratar de ponerle fin, empezó a chantajear al director y al colegio para que le dieran dinero. Así se enteró Ragnar.

—¿Y pagó?

—Creo que sí. Para él, el prestigio del colegio estaba por encima de todo. Yo iba a seguir trabajando hasta el final del semestre. Ya había despedido al bedel y no quería echar a alguien más en tan poco tiempo. Habría sido muy malo para la imagen del colegio. Pero me ordenó que terminara la relación con Roger, por supuesto.

—¿Y usted le obedeció?

—Sí. O al menos lo intenté. Roger se negaba a aceptarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más o menos un mes.

—Pero ¿usted lo vio aquel viernes?

Beatrice hizo un gesto afirmativo y volvió a hacer una inspiración profunda. Había recuperado parte del color en las mejillas. Puede que todas sus acciones fueran condenables y que las personas que tenía delante la censuraran, pero era un alivio poder hablar y contarlo todo.

—Me llamó el viernes por la noche. Quería que nos viéramos por última vez. Me dijo que teníamos que hablar.

—¿Y usted aceptó?

—Sí. Acordamos un sitio para encontrarnos. En casa dije que iba a dar un paseo. Cogí el coche del colegio y fui a reunirme con él. Cuando vino estaba muy mal. Se había peleado con un chico y le sangraba la nariz.

—Con Leo Lundin.

—Sí. Hablamos e intenté explicárselo. Lo llevé al campo de fútbol. Seguía negándose a aceptar que no podíamos volver a vernos a solas. Lloró, suplicó y se enfadó. Se sentía abandonado.

—¿Qué pasó entonces?

—Se bajó del coche. Furioso y triste. Se alejó por el campo de fútbol, casi corriendo. Fue la última vez que lo vi.

—¿No salió a perseguirlo?

—No. Regresé al colegio y dejé el coche en el aparcamiento.

Se hizo un silencio en la sala, un silencio que Beatrice interpretó de inmediato como desconfianza. Pensaban que estaba mintiendo. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—No tuve nada que ver con su muerte. Deben creerme. Yo lo quería. Pueden pensar lo que les parezca, pero yo lo quería de verdad.

Se echó a llorar, con la cara oculta entre las manos. Vanja y Torkel intercambiaron una mirada. Él señaló la puerta con un leve movimiento de la cabeza y los dos se pusieron de pie. Torkel dijo que regresarían enseguida, pero probablemente Beatrice ni siquiera lo oyó. Cuando acababan de abrir la puerta del pasillo, la profesora los detuvo.

—¿Está Sebastian?

Tanto Torkel como Vanja miraron a la mujer sentada como si la hubieran entendido mal.

—¿Sebastian Bergman?

Beatrice asintió entre lágrimas.

—¿Por qué?

Vanja intentó recordar si Sebastian y Beatrice se habían visto alguna vez. Sí, aquella vez en el colegio, por supuesto, y también cuando fueron a preguntarle cómo llegar al lugar donde Ulf y Johan estaban acampados. Pero las dos veces habían sido encuentros muy breves.

—Necesito hablar con él.

—Veremos lo que podemos hacer.

—¡Por favor! Creo que él también quiere verme.

Torkel sostuvo la puerta para que pasara Vanja, y los dos salieron al pasillo.

Un segundo después, Sebastian salió de la otra sala. Fue directamente al grano.

—Esta mujer no tiene nada que ver con los asesinatos.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Torkel mientras los tres se alejaban por el pasillo—. Tú mismo descubriste que ella conducía el coche y que tuvo una relación con Roger.

—Lo sé, pero saqué conclusiones precipitadas. Partí del supuesto que la persona que conducía el coche tenía que ser también la asesina. Pero ella no lo mató.

—Eso no puedes saberlo.

—Al contrario. Lo sé. Nada en su historia ni en su forma de comportarse sugiere que esté mintiendo.

—No es suficiente para descartarla como culpable.

—Las pruebas materiales que se hallaron en el coche coinciden con la descripción que hizo Beatrice de aquella noche. Por eso no encontramos ningún rastro de sangre en el vehículo.

Vanja se volvió hacia Torkel.

—Por una vez, tengo que darle la razón a Sebastian.

Torkel asintió. Él también pensaba lo mismo. Por desgracia, Beatrice parecía sincera, y era evidente que las sensaciones de Vanja eran similares. La joven policía no pudo disimular su cansancio y su decepción.

—Eso significa que tiene que haber otro coche. ¿Volvemos a la casilla de salida? Y van... ¿cuántas veces?

—No necesariamente —dijo Sebastian. Los tres se detuvieron—. Cuando hay una persona que engaña, hay otra que es engañada. ¿Qué sabemos de su marido?

Haraldsson estaba en estado de *shock*.

Era imposible describir de otra forma la situación en que se encontraba.

Su plan.

Su revancha.

Todo se había hundido.

Ahora estaba solo en el comedor de la comisaría, con un café medio frío delante, tratando de determinar cómo había podido salirle todo tan mal. Evidentemente, debía de haberle dicho a Radjan, cuando lo había llamado, mucho más de lo que recordaba. Debió de mencionarle que sólo los culpables huyen y que tenía que haber algo más en el caso de Axel Johansson, aparte de la simple venta de bebidas alcohólicas a menores. Debió de decirle que quizá no estuviera relacionado con Roger Eriksson y Peter Westin, pero que imaginaba que tenía que haber algo. El vino había hablado por su boca.

Y, por lo visto, había hablado demasiado.

Radjan no sólo había fotocopiado los documentos, sino que los había considerado con ojos nuevos. Los había leído con atención y, tal como había hecho Haraldsson, había descubierto el secreto de Axel Johansson. Radjan Micic no era un mal policía. No le había llevado mucho tiempo llegar a las mismas conclusiones que Haraldsson, unas horas antes que él. Naturalmente, otros policías de Gävle, Sollefteå e incluso de su misma ciudad habían observado semejanzas entre los diferentes casos de violación y habían pensado que los podía haber perpetrado un mismo criminal. Pero sin un nombre con el que contrastar los datos nunca habían llegado demasiado lejos.

Haraldsson tenía ese nombre y se lo había regalado a Radjan.

A Radjan, que por lo visto tenía una red de contactos en la ciudad bastante más extensa que la de Haraldsson. Por lo que contaban en la comisaría, no habían pasado ni quince minutos desde que Radjan y su colega Elovsson salieron a la calle a investigar y ya habían conseguido la dirección. A las diez y media, habían detenido a Axel, más o menos la misma hora en que Haraldsson salía de su casa y se disponía a ir paseando hasta la comisaría. Cuando le dijeron a Axel Johansson que iban a tomarle

muestras de ADN, lo confesó todo. Sin rodeos. Incluso se había declarado culpable de más violaciones de las que había en los archivos. Pero había negado cualquier relación con los asesinatos de Roger Eriksson y Peter Westin, y tenía una coartada para la muerte de Roger que al menos de momento parecía sólida. Fuera como fuese, la mañana había sido buena para la policía de Västerås.

Había resuelto quince casos de violación.

Gracias a Micic y a Elovsson.

Se rumoreaba que esa misma tarde iban a reunirse los dos con el jefe de la policía regional. Haraldsson se apretó los párpados, para contener las lágrimas. Se los apretó con fuerza y, en la oscuridad de los ojos cerrados, vio colores y luces deslumbrantes. Quería hundirse y que lo tragara la tierra, lejos de la realidad. Quedarse detrás de esos párpados. Oyó pasos que se acercaban y se detenían junto a su mesa. Se apartó las manos de la cara y vio la imagen borrosa de la persona que tenía delante.

—Ven —dijo Hanser y se volvió sin añadir nada más.

Haraldsson la siguió dócilmente.

Estaban todos en la sala de reuniones. Los cinco. Billy y Ursula habían pasado la mañana pegando de nuevo todo el material de la investigación en la pared. Había una sensación generalizada de cansancio en el ambiente. Por un momento habían creído que el caso estaba resuelto, o al menos habían querido convencerse de que era así. Lo habían dado por concluido. Era como si hubieran ganado una carrera de fondo y, cuando ya se aprestaban a subir al podio, les hubieran anunciado que aún les quedaban otros diez kilómetros por correr. No tenían fuerzas para continuar.

—Ulf Strand se divorció de Beatrice hace seis años, pero volvieron a casarse hace un año y medio —dijo Billy, que había reunido toda la información disponible sobre el marido de Beatrice.

Vanja dejó escapar un suspiro. Sebastian la miró y comprendió enseguida que no suspiraba por agotamiento o falta de interés. Era una expresión, si no de simpatía, al menos de cierta sensibilización hacia un acto de sacrificio que en muchos sentidos parecía haber conducido a una vida desperdiciada.

—Tiene dos denuncias —prosiguió Billy—: una por amenazas y otra por agresión. Las dos son de 2004 y las dos las interpuso un tal Birger Franzén, que entonces era la pareja de Beatrice Strand.

—¿Era el hombre con el que había engañado a Ulf?

En cuanto oyó su propia voz, Vanja comprendió que la pregunta no era relevante para la investigación y que la había formulado únicamente por curiosidad. También

supuso que no recibiría ninguna respuesta. Y así fue.

—Aquí no lo pone. Sólo sabemos que tenían una relación en la época de las denuncias, pero no vivían juntos.

—¿Qué pasó con las denuncias? —preguntó Torkel impaciente. Quería seguir adelante, terminar de una vez y largarse.

—Multa por la primera, y condena sin ingreso en prisión y orden de alejamiento por la segunda. La orden de alejamiento se refería a Franzén, no a Beatrice ni a Johan —aclaró Billy.

—Por lo visto, se trata de un tipo bastante celoso. —Sebastian se recostó en la silla —. No creo que le gustara mucho que su mujer se acostara con el amigo de su hijo.

Torkel se volvió otra vez hacia Billy.

—Continúa.

—Tiene licencia de armas.

—¿Alguna en su poder?

—Una carabina Unique T66 Match registrada.

—Del calibre veintidós —dijo Ursula, más como una afirmación que como una pregunta.

Billy asintió, confirmando su corazonada.

—Exacto.

—¿Algo más?

—En principio, eso es todo. Es administrador de sistemas en una agencia de colocación y tiene un Renault Mégane de 2008.

Torkel se levantó.

—Bueno, creo que tendremos que hablar un momento con Ulf Strand.

Vanja, Sebastian y Ursula también se levantaron de sus asientos. Sólo Billy permaneció en su puesto. En cuanto volvieran con Ulf, querrían disponer de todo el material que fuera posible conseguir, y ese era su trabajo. Cuando los cuatro estaban a punto de salir, llamaron a la puerta y, un segundo después, Hanser asomó la cabeza.

—¿Tenéis un minuto?

Entró en la sala sin esperar respuesta.

—Estábamos saliendo.

Torkel no pudo disimular del todo la irritación en la voz. Hanser lo notó, pero decidió no hacerle caso.

—¿Alguna novedad en el caso de Roger Eriksson?

—Vamos a buscar a Ulf Strand, el marido de Beatrice.

—Entonces me alegro de haber llegado a tiempo. Acabo de hablar con el jefe

regional y...

Torkel la interrumpió.

—Sí, supongo que estará muy satisfecho. He oído lo de Axel Johansson. Enhorabuena.

Torkel señaló con un gesto la puerta, como para indicarle que podían seguir hablando por el camino, pero Hanser no se movió.

—Gracias. Está muy contento, sí. Pero podría estarlo todavía más.

Torkel comprendió a qué se refería Hanser. Ya sabía lo que iba a decirle a continuación y enseguida vio confirmadas sus sospechas.

—Ayer salimos a decir públicamente en los medios que el caso estaba resuelto.

—No fue culpa mía. Ayer todo parecía indicar que el culpable era Ragnar Groth, pero, tras un análisis más detenido, descubrimos que las pruebas no se sostenían. Son cosas que pasan.

—El jefe está un poco molesto, porque tomasteis declaración a Beatrice Strand sin informarnos. Quiere que la policía de Västerås esté representada cuando se produzca una detención.

—No necesito informarlo de lo que hacemos mi equipo y yo. —El tono de Torkel era más áspero. No era su costumbre ir marcando territorio, pero tampoco estaba dispuesto a aceptar los desplantes de un jefecillo de policía malhumorado por el fracaso de su operación de relaciones públicas—. Si tiene algo que decir acerca de mi trabajo, ¿por qué no viene a decírmelo él en persona?

Hanser se encogió de hombros.

—Me ha enviado a mí.

Torkel se dio cuenta de que no debía matar al mensajero. Apretó los dientes, consideró por un momento la situación y decidió que no tenía nada que perder.

—De acuerdo. Nos llevaremos a uno de vosotros.

—Ahora mismo tenemos una manifestación delante de un centro juvenil que se ha descontrolado un poco y un accidente en la E-18, así que estamos un poco cortos de personal.

—No pienso esperar si eso es lo que quieres decir. Todo tiene un límite.

—No, no es necesario que esperes. Te lo decía sólo para explicarte por qué tenéis que llevar precisamente a la persona que irá con vosotros.

Torkel creyó ver cierta compasión en la cara de Hanser, antes de que su colega señalara con la cabeza el área de despachos, fuera de la sala. Torkel se volvió para ver el lugar que señalaba y, cuando se volvió otra vez hacia Hanser, tenía la expresión de alguien que ha sido víctima de una broma de mal gusto.

—¿Me estás tomando el pelo?

En ese mismo instante, Haraldsson se apoyó en un escritorio y derribó un portalápices, que cayó rodando al suelo.

Los coches sin distintivos aparcaron a una veintena de metros de la casa de paredes amarillas, y los cinco se apearon. Haraldsson se había acomodado en el asiento trasero del coche en que viajaban Torkel y Vanja. Nada más salir de la comisaría, había intentado charlar de intrascendencias, pero enseguida comprendió que no había nadie interesado en lo que pudiera decir, de modo que se calló.

Ahora estaban cruzando la calle con Haraldsson, Vanja y Torkel un poco por delante de Ursula y Sebastian. Reinaban la tranquilidad y el silencio en el barrio residencial, bajo el sol de la tarde. En algún lugar, a lo lejos, zumbaba el motor de una cortadora de césped. Sebastian no sabía nada de jardinería, pero le pareció que el mes de abril era un poco pronto para ponerse a cortar el césped. Un entusiasta, probablemente.

El grupo se acercó al sendero de la casa de los Strand. Cuando la habían visto en el colegio, Beatrice les había dicho que Ulf solía estar en casa por las tardes, a la hora en que Johan regresaba, y en la empresa donde trabajaba les habían asegurado que ya se había marchado. Todo parecía encajar. El Renault Mégane de la familia estaba aparcado en el sendero del garaje.

Vanja se acercó al automóvil y se agachó junto a uno de los neumáticos traseros. Había expectación en su mirada cuando se volvió hacia los demás.

—Pirelli.

Ursula avanzó con rapidez hasta donde estaba Vanja y se agachó también. Sacó la cámara y tomó unas fotografías de las ruedas.

—P7. Coincide con las huellas.

Después sacó una navaja del bolsillo y empezó a arrancar fragmentos de barro y polvo pegados al dibujo de los neumáticos. Vanja se puso de pie, dio un rodeo en torno a Ursula y anduvo los pocos pasos que la separaban del coche. Probó la puerta del maletero. No estaba cerrada con llave. Echó una mirada rápida hacia Torkel, que le hizo un gesto afirmativo. Vanja abrió el maletero. Torkel se reunió con ella y juntos se asomaron a lo que en principio era un espacio vacío. Las superficies eran oscuras y, sin los instrumentos específicos, resultaba imposible averiguar si presentaban manchas de sangre o no. En el fondo había una alfombrilla de plástico.

Una alfombrilla de plástico nueva.

Torkel se inclinó hacia delante y la levantó. Debajo había dos compartimentos

cubiertos. Probablemente contenían una rueda de repuesto, el triángulo de emergencia, bujías y otros objetos sin interés. Sin embargo, el material que revestía la cubierta era bastante más interesante. Era de fieltro gris. O al menos el fieltro seguía siendo gris en los bordes, porque por el centro se extendía una mancha grande de color rojo oscuro. Tanto Vanja como Torkel habían visto sangre seca en suficientes ocasiones como para reconocerla de inmediato. Y si les quedaba alguna duda, el olor terminó de disiparla. Cerraron el maletero con un golpe seco.

Sebastian notó sus expresiones resueltas y dedujo que habían encontrado algo.

Algo decisivo.

Por fin habían hallado lo que buscaban. Sebastian se volvió a toda velocidad hacia la casa. Mirando con el rabillo del ojo, había notado un movimiento en la ventana de la planta alta. Fijó la vista. Nada. La quietud era total.

—Sebastian...

Torkel los estaba llamando a todos. Sebastian lanzó una última mirada a la ventana del piso de arriba, antes de volver la atención hacia Torkel.

El hombre que no era un asesino los había visto llegar por el sendero y detenerse. Se habían parado junto al coche. Lo sabían. Tal como había pensado desde el principio, el coche era su talón de Aquiles.

Al día siguiente de aquel viernes funesto, había considerado la posibilidad de llevarlo al desguace, pero la había descartado. ¿Cómo habría podido explicarlo? ¿Cómo justificar la destrucción de un coche que funcionaba a la perfección? Habría sido terriblemente sospechoso. En lugar de eso, hizo lo que pudo. Lo limpió y lo lavó. Compró una alfombrilla nueva para el maletero y lo puso en venta a través de una página de internet. Se habían presentado dos interesados para verlo, pero ninguno de ellos se había decidido. Entonces había encargado tapas nuevas para los dos compartimentos del maletero. Las esperaba para la semana siguiente.

Demasiado tarde.

La policía había llegado antes.

Y estaba junto al coche. Había dos mujeres agachadas junto a las ruedas traseras. ¿Habría dejado huellas? Probablemente. El hombre que no era un asesino maldijo entre dientes. Habría podido comprar neumáticos nuevos. Eso no habría despertado sospechas. Pero ¿qué podía hacer ahora?

Demasiado tarde.

No tenía alternativa. Sólo podía salir y confesar. Aceptar el castigo. Quizá pudieran comprenderlo. Comprenderlo sí, pero no perdonarlo.

Nunca lo perdonarían.

Nadie lo perdonaría. Para aspirar al perdón, no sólo era preciso confesar, sino arrepentirse. Y él no estaba arrepentido.

Había hecho lo que debía.

Mientras había podido.

Pero todo había acabado.

—Sabemos que está armado, por lo que debemos extremar las precauciones. —Torkel los había reunido a todos y les estaba impartiendo instrucciones, casi en un susurro—. Manteneos cerca de las paredes. Tú, Vanja, ve por detrás.

Todos asintieron con expresión seria. Vanja desenfundó el arma y, ligeramente encorvada, se dirigió hacia la fachada trasera de la casa.

—Tú, Ursula, cubre el costado de la casa, por si el tipo salta por la ventana e intenta huir por el jardín vecino. Sebastian, tú quédate en segundo plano.

Era una indicación muy fácil de seguir para Sebastian. Esa parte del trabajo policial no le interesaba en lo más mínimo. Sabía bien que los otros habían esperado con ansia ese momento, desde que habían oído hablar por primera vez de un adolescente desaparecido llamado Roger Eriksson. Pero la captura propiamente dicha no le aportaba nada a Sebastian.

En su caso, el camino lo era todo. La meta no significaba nada.

Torkel se volvió hacia Haraldsson.

—Tú y yo llamaremos a la puerta. Quiero que tengas el arma preparada, pero quédate a un lado, con el arma baja. No quiero asustarlo. ¿Lo has entendido?

Haraldsson hizo un gesto afirmativo. Sentía la adrenalina. Esta vez iba en serio. Era de verdad. Iba a atrapar al asesino de Roger Eriksson. Era cierto que no lo capturaría él solo, pero aun así era emocionante.

Estaba ahí. Con los demás. Le zumbaban los oídos en el momento en que empuñó el arma y se acercó a la puerta de la casa, andando junto a Torkel.

No habían avanzado más que unos pocos pasos cuando vieron que el tirador de la puerta se inclinaba con lentitud hacia abajo. Torkel desenfundó el arma enseguida y apuntó a la puerta. Haraldsson le echó una mirada rápida, se dio cuenta de que la orden de mantener la pistola apuntada al suelo ya no regía y levantó también la suya. La puerta empezó a abrirse poco a poco.

—Voy a salir —se oyó desde el interior de la casa.

Era una voz de hombre.

—¡Despacio! ¡Y con las manos a la vista!

Torkel se detuvo a unos cuatro o cinco metros de la puerta. Haraldsson también. Vieron que un pie calzado asomaba por la rendija entre la puerta y el marco, y que el pie empujaba la puerta y la abría un poco más. Después apareció Ulf Strand, con las dos manos levantadas a la altura de la cabeza.

—Supongo que me buscan a mí.

—¡Quieto ahí!

Ulf obedeció, mirando con calma a los policías que se acercaban apuntándolo con las pistolas. Ursula y Vanja acudieron al frente de la casa, también con sus armas en la mano.

—¡Dese la vuelta!

Ulf se volvió y se quedó mirando con tranquilidad el desordenado vestíbulo. Torkel le indicó con un gesto a Haraldsson que se quedaran donde estaba, y él se aproximó a Ulf.

—¡De rodillas!

Ulf hizo lo que le pedía Torkel. De inmediato sintió en la piel de las rodillas las piedrecillas de la escalera. Torkel dio el último paso y le apoyó a Ulf una mano sobre el cuello, mientras que con la otra lo cacheaba rápidamente.

—Fui yo. Yo lo maté.

Torkel terminó de cachearlo y ayudó a Ulf Strand a ponerse de nuevo de pie. Los otros policías guardaron las armas.

—Lo maté yo —repitió Ulf, cuando pudo mirar a Torkel a los ojos.

—Sí, ya lo había oído.

Torkel le hizo un gesto a Haraldsson, que se adelantó, blandiendo unas esposas.

—Las manos a la espalda, por favor.

Ulf miró a Torkel con expresión casi suplicante.

—¿Podríamos omitir esto, por favor? Me gustaría salir de casa con normalidad, para que Johan no tenga que verme como un... como un criminal.

—¿Johan está en casa?

—Sí, en su cuarto. En el piso de arriba.

Aunque el chico todavía no había visto ni oído nada de lo que estaba sucediendo, en algún momento saldría de su habitación y entonces sería mejor que no encontrara la casa vacía. Necesitaría hablar con alguien. Torkel llamó a Vanja.

—Quédate con el muchacho.

—Desde luego.

Torkel se volvió otra vez hacia Ulf.

—Bueno, nos vamos.

Ulf volvió la cabeza y gritó en dirección al interior de la casa:

—¡Johan, salgo un momento con la policía! ¡Mamá volverá enseguida!

No hubo respuesta. Torkel cogió a Ulf por un brazo. Haraldsson se guardó las esposas y se situó al otro lado del prisionero. Con Ulf Strand entre los dos, empezaron a caminar hacia los coches. Cuando llegaron al lugar donde los esperaba Sebastian, este se les sumó.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabía?

Ulf entrecerró los ojos hacia el sol de la tarde, y, un poco desconcertado, miró a Sebastian.

—¿Cuánto tiempo hace que sabía qué?

—Que su mujer se acostaba con Roger Eriksson.

Por un instante, Sebastian notó en los ojos de Ulf la expresión de la más absoluta sorpresa. Después, la conmoción y la desconfianza animaron sucesivamente su rostro. Sin poder controlar la expresión, bajó rápidamente la mirada hacia el suelo.

—Eh..., un tiempo...

Sebastian se detuvo. Todo su cuerpo se tensó y de pronto su mente asimiló lo que acababa de ver: un hombre sorprendido. Total y absolutamente sorprendido. Un hombre que antes de que Sebastian se lo revelara, no sospechaba ni siquiera remotamente lo que hacía su mujer con el mejor amigo de su hijo. Sebastian se volvió hacia los demás.

—Esto no tiene sentido.

Torkel también se detuvo. Ulf y Haraldsson se pararon en seco. Ulf seguía con la vista fija en el suelo.

—¿Qué has dicho?

—¡Este hombre no tenía ni puta idea de nada! —exclamó Sebastian mientras avanzaba a grandes zancadas hacia Torkel.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Sebastian comprendió las implicaciones de sus palabras justo cuando las estaba diciendo en voz alta.

—No ha sido él.

Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, se oyó un disparo y, de inmediato, un grito. Sebastian se volvió hacia Ulf y vio que Haraldsson se llevaba una mano al pecho y que, a continuación caía sobre el sendero.

—¡Están disparando!

Ursula se echó hacia delante y, con un ágil movimiento, arrastró consigo a Haraldsson, que sangraba profusamente, y lo dejó detrás del Renault aparcado. A cubierto. Torkel reaccionó con igual rapidez, apartando a Ulf Strand del camino, mientras se agachaba y lo empujaba, para ponerlo fuera del alcance de las balas. En pocos segundos, todos habían abandonado el sendero. En ese tiempo, Sebastian había vuelto rápidamente la vista atrás. De la ventana de la planta alta que había mirado al llegar, sobresalía el cañón de un fusil y detrás se distinguía una cara joven y pálida.

—¡Sebastian! —gritó Torkel.

Sebastian comprendió al instante que los demás habían actuado de forma instintiva y que los años de entrenamiento los habían llevado a ponerse a cubierto de inmediato. Él en cambio seguía de pie en el sendero, expuesto por completo. Volvió a mirar la ventana del piso de arriba y notó que el cañón del arma se desviaba ligeramente hacia la izquierda.

Hacia él.

Echó a correr.

Corrió hacia la puerta de la casa. Después de un par de zancadas, oyó que caía un balazo en el sendero de piedra, a su espalda. Dobló la velocidad. Alguien salió a la puerta. Vanja. Con un arma en la mano.

—¿Qué pasa?

Sebastian estaba bastante seguro de que se encontraba demasiado cerca de la casa como para que el chico pudiera dispararle desde la ventana de arriba, pero no pensaba arriesgarse quedándose allí para informar a la joven policía de lo sucedido. Entró de un salto en el vestíbulo, para asegurarse. En un segundo, Vanja estaba a su lado.

—Sebastian, dime qué está pasando.

Él estaba sin aliento. Tenía el corazón acelerado y sentía palpar la sangre en los oídos. No se había cansado, pero debía de haber gastado la dosis de adrenalina de todo un año en los últimos quince segundos.

—Está ahí arriba —respondió Sebastian jadeando—. Y tiene un rifle.

—¿Quién?

—Johan. Le ha disparado a Haraldsson.

Oyeron pasos en el piso de arriba. Vanja se volvió con rapidez y apuntó la pistola hacia la escalera. No bajó nadie. Los pasos dejaron de oírse.

—¿Estás seguro?

—Lo he visto.

—¿Por qué iba a dispararle a Haraldsson?

Sebastian se encogió de hombros y, con manos temblorosas, sacó el móvil y marcó un número. Estaba comunicando. Marcó otro. Comunicando también. Supuso que Torkel estaría pidiendo refuerzos.

Refuerzos armados.

Sebastian intentó ordenar las ideas.

¿Qué sabía?

Había un adolescente en el piso de arriba que acababa de dispararle a un policía. Un adolescente que, según su madre, había demostrado ser psíquicamente inestable, al menos en ocasiones anteriores. Su reacción podía haber sido fruto de un impulso, al ver que la policía se llevaba a su padre. También era posible que estuviera implicado de alguna forma en el asesinato de Roger Eriksson y que de pronto sintiera que todo su mundo se estaba viniendo abajo.

Sebastian empezó a dirigirse hacia la escalera. Vanja le apoyó una mano abierta sobre el pecho, para detenerlo.

—¿Adónde vas?

—Arriba. Tengo que hablar con él.

—No. No puedes. Esperamos refuerzos.

Sebastian hizo una inspiración profunda.

—Tiene dieciséis años. Tiene miedo. Está encerrado en su cuarto. Si de repente ve que se le echa encima una brigada de asalto y siente que no tiene otra salida, podría dirigir ese fusil contra sí mismo.

Sebastian miró a Vanja con expresión grave.

—No quiero cargar con ese peso en la conciencia; ¿tú sí?

Vanja intercambió una mirada con Sebastian. Guardaron silencio. Sebastian notó que su compañera estaba sopesando los argumentos.

Los pros y los contras.

La sensatez y los sentimientos.

Estuvo un momento observándola y considerando qué haría para convencerla si se negaba a dejar que subiera la escalera. No sería fácil, pero estaba obligado a actuar.

Estaba seguro de que el chico se quitaría la vida si no establecía contacto con él. Era el desenlace más probable y tenía que evitarlo. Para su gran alivio, Vanja hizo un gesto afirmativo y se apartó. Sebastian pasó a su lado.

—Llama a Torkel y cuéntale lo que estoy haciendo. Pídele que permanezca a la espera.

Vanja asintió. Sebastian hizo una inspiración profunda, se agarró de la barandilla y puso un pie en el primer peldaño.

—Suerte —dijo ella, apoyándole suavemente una mano sobre el brazo.

—Gracias.

Sebastian comenzó a subir poco a poco.

La escalera terminaba en un pequeño pasillo que giraba a la izquierda. Cuatro puertas: dos a la derecha, una a la izquierda y otra al final del pasillo. En las paredes pintadas de blanco había carteles enmarcados, fotografías y dibujos infantiles dispuestos sin ningún orden aparente. Cubría el suelo una alfombra roja alargada, unos centímetros más estrecha que el pasillo y llena de polvo. Sebastian contempló las puertas cerradas, pensando. La escalera describía un ángulo de noventa grados hacia la izquierda. La puerta principal de la casa estaba del mismo lado que la ventana del cuarto de Johan. Eso quería decir que la puerta cerrada al final del corto pasillo tenía que ser la habitación del chico. Sebastian se dirigió hacia allí en silencio, casi deslizándose sobre la alfombra.

—Johan...

Nada. Sebastian se desplazó hacia la pared de la derecha, incómodo con la idea de quedarse en medio del pasillo, delante de la puerta. No sabía si las balas de una Unique T66 Match podían atravesar el paño de una puerta, pero tampoco tenía ganas de averiguarlo.

—Johan, soy yo, Sebastian. —Llamó con cautela a la puerta—. ¿Te acuerdas de mí?

—Vete —dijo una voz débil dentro de la habitación.

Sebastian respiró aliviado. Había establecido el contacto. Era un primer paso muy importante. Ahora tenía que dar el segundo: entrar en la habitación.

—Quiero hablar contigo. ¿Me dejas?

No hubo respuesta.

—Creo que sería bueno que charláramos un rato. No soy policía, ¿recuerdas? Soy psicólogo.

En el silencio que siguió, Sebastian oyó unas sirenas que se acercaban y maldijo entre dientes. ¿Qué demonios estaban haciendo? El chico se pondría todavía más

nervioso. Sebastian tenía que entrar en esa habitación.

Cuanto antes.

Cambió de flanco y se situó a la izquierda de la puerta. Apoyó con cuidado una mano sobre el pomo. Lo sintió frío contra la palma de la mano. Se dio cuenta de que estaba sudando y, con la otra mano, se enjugó la frente.

—Solamente quiero hablar contigo. Nada más. Te lo prometo.

No hubo respuesta. Las sirenas seguían acercándose. Ya debían de estar en la calle. Sebastian levantó la voz.

—¿Me oyes?

—¿Por qué no te largas?

Por su tono de voz, Johan parecía más cansado que amenazante. Abatido. ¿Estaba llorando? ¿Estaría a punto de darse por vencido? Sebastian hizo una inspiración profunda.

—Voy a abrir la puerta —anunció.

Giró el pomo. No notó ninguna reacción en el interior de la habitación. La puerta se abría hacia fuera, de modo que Sebastian la abrió un centímetro y se detuvo.

—Ahora voy a abrirla del todo y después entraré en la habitación. ¿De acuerdo?

Una vez más, la única respuesta fue el silencio. Sebastian deslizó el dedo índice por la abertura y siguió abriendo con mucho cuidado la puerta mientras se mantenía a un lado, protegido por la pared. Entrecerró los ojos, concentrado como un jugador de cartas.

Entonces dio un paso al frente y se situó en medio del pasillo, delante de la puerta, con las manos bien a la vista.

Johan estaba sentado en el suelo, debajo de la ventana, con el fusil entre los brazos. Se volvió hacia Sebastian con expresión de sorpresa, como si no esperara verlo aparecer.

Confuso.

En estado de *shock*.

Y, por lo tanto, peligroso. Sebastian permaneció inmóvil delante de la puerta y miró a Johan con empatía. ¡Parecía tan pequeño! ¡Tan frágil! Estaba pálido y con la cara perlada de sudor. Se le notaban mucho las ojeras y tenía los ojos enrojecidos y hundidos, quizá por falta de sueño. Lo que había pasado, fuera lo que fuese, continuaba atormentándolo, independientemente de lo que hubiera hecho. Lo atormentaba y lo había empujado hasta un punto desde el cual ya no había retroceso posible. Existía el riesgo de que la presión fuera demasiado grande y agrietara la delgada superficie de apoyo que lo mantenía dentro de la realidad. Sebastian percibía

la enorme tensión del muchacho. Veía el nervioso movimiento de sus maxilares bajo la piel pálida. De repente, Johan pareció perder todo interés en Sebastian, para volverse otra vez hacia la calle y lo que sucedía fuera.

Desde su puesto en la puerta, Sebastian vio llegar una ambulancia y más coches de policía. La actividad era febril. Torkel hablaba con un hombre armado, que debía de pertenecer a algún cuerpo especial de la policía local. Johan levantó el arma de las rodillas y apuntó con ella a Sebastian.

—Diles que se vayan.

—No puedo.

—Lo único que quiero es que me dejen en paz.

—No se irán. Le has disparado a un policía.

Johan parpadeó varias veces seguidas y una lágrima le rodó por la mejilla. Sebastian dio un paso para entrar en la habitación. El chico se sobresaltó y levantó el fusil. Sebastian se paró en seco. Le enseñó las manos, para tranquilizarlo. La mirada del muchacho no auguraba nada bueno.

—Pensaba sentarme aquí. Nada más.

Sebastian dio un paso a un lado y se deslizó hasta el suelo, con la espalda pegada a la pared, junto a la puerta abierta. El muchacho no le quitaba la vista de encima, pero volvió a bajar el arma.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Johan negó con la cabeza, se volvió y se puso a estudiar otra vez la actividad en la calle.

—¿Vendrán a buscarme?

—Mientras yo esté aquí contigo, no. —Sebastian estiró las piernas en el suelo, con movimientos prudentes—. Y tengo todo el tiempo del mundo.

Johan asintió. Sebastian creyó notar que le bajaban ligeramente los hombros. ¿Se habría relajado un poco? Eso parecía. Pero seguía moviendo la cabeza a un lado y a otro, como un pájaro asustado, intentando no perder detalle de todo lo que sucedía. Y la carabina aún apuntaba a Sebastian.

—Intentamos proteger a las personas que queremos. Es natural. Por lo que he podido ver, tú quieres mucho a tu padre.

No hubo ninguna reacción por parte del chico. Quizá estaba tan concentrado en la escena fuera de la casa que ni siquiera lo había oído. Puede que tampoco le hubiera prestado atención. Sebastian guardó silencio. Permanecieron un rato callados. A través de la ventana abierta, Sebastian oyó que alguien empujaba por el asfalto una camilla sobre ruedas y que, poco después, las puertas de la ambulancia volvían a cerrarse. Se

estaban llevando a Haraldsson al hospital. Voces lejanas. Pasos. Un coche que arrancaba y se alejaba. El motor de la cortadora de césped continuaba zumbando a lo lejos, en un lugar donde la vida todavía era comprensible.

—Yo intenté proteger a las personas que quería. Pero fracasé.

Quizá por el tono de voz, o tal vez porque la mayor parte de la actividad en la calle se había acabado y ya no ocupaba toda su atención, Johan se volvió hacia Sebastian.

—¿Qué pasó?

—Murieron. Mi mujer y mi hija.

—¿Cómo?

—Se ahogaron. En el tsunami. ¿Lo recuerdas? —Johan asintió. Sebastian no le quitaba la vista de encima—. Haría cualquier cosa por recuperarlas. Para que volviéramos a ser una familia.

Tal como Sebastian esperaba, sus palabras parecieron tocar una fibra sensible en el chico. Era evidente que le estaba hablando de algo con lo que podía identificarse: la familia, su ausencia, el dolor de haberla perdido... Beatrice le había contado que Johan había enfermado de tristeza por la pérdida de su familia. De la imagen de una familia perfecta. Sebastian empezaba a comprender hasta dónde estaba dispuesto a llegar el muchacho con tal de que nadie le estropeará esa imagen.

Johan seguía callado. Sebastian estaba incómodo sentado en el suelo. Con cuidado, levantó las rodillas y apoyó encima los antebrazos. Mucho mejor. Johan ni siquiera reaccionó cuando Sebastian se movió. Continuó sentado igual que antes.

Los dos frente a frente.

En silencio.

Johan se mordisqueó el labio inferior y se puso a mirar por la ventana sin ver, como si ya nada de lo que pudiera haber fuera le interesara.

—No fue mi intención matar a Roger.

Sebastian tuvo que esforzarse para entender las palabras. Johan hablaba en susurros, con los dientes apretados. Sebastian cerró los ojos un momento. De modo que era eso lo que había sucedido. Lo había sospechado cuando descubrió que Ulf no tenía ningún motivo para matar al muchacho, pero había preferido no creerlo. La situación ya era lo bastante trágica.

—Se lo conté a Lena, su madre, para que hiciera algo. Pero no pasó nada. Todo siguió igual.

—¿Entre Roger y tu madre?

Johan aún miraba fijamente por la ventana. Con la mirada perdida en algún lugar lejano.

—Mi madre ya había salido con otro. Hace tiempo. ¿Lo sabías?

—Sí. Con Birger Franzén.

—Papá se fue y nos dejó.

Sebastian esperó un momento, pero el chico no dijo nada más, como si estuviera seguro de que Sebastian podía deducir el resto.

—Y tenías miedo de que volviera a marcharse...

—Se habría ido. Esto era mucho peor.

Johan parecía totalmente seguro y Sebastian no podía contradecirlo, aunque hubiera querido.

La diferencia de edad.

La relación entre profesora y alumno.

El mejor amigo de su hijo.

Era indudable que la traición parecía mucho más grave. Más difícil de perdonar. Sobre todo para un hombre como Ulf, que ni siquiera había empezado a perdonar la primera.

—¿Cómo descubriste que tenían una relación?

—Los sorprendí una vez besándose. Yo sabía que él estaba con alguien. No paraba de hablar de... de lo que hacían. Pero no sabía que...

Johan no acabó la frase, al menos en voz alta. Sebastian vio que negaba con la cabeza, como hablando consigo mismo, como si mentalmente continuara la conversación.

Esperó un momento.

El proceso había comenzado. Ahora que el muchacho había empezado a hablar, era difícil que volviera a cerrarse. Quería contarlo todo. Los secretos son una carga muy pesada y combinados con un sentimiento de culpa pueden destruir a cualquiera. Sebastian estaba bastante seguro de que Johan ya se sentía un poco más aliviado e incluso creía percibir cierta transformación física en el chico. Había bajado un poco más los hombros y ya no apretaba tanto las mandíbulas. La espalda parecía más erguida y la musculatura no estaba tan tensa.

Por eso Sebastian esperaba.

Parecía que Johan hubiera olvidado su presencia en la habitación. Pero de pronto habló de nuevo, como si en su mente se proyectara una película y él estuviera describiendo las escenas.

—Llamó por teléfono. Aquí, a casa. Contestó mi madre. Papá estaba en el trabajo. Me di cuenta de que iban a volver a verse. Mamá dijo que salía a dar un paseo. — Johan prácticamente escupió la última frase—. Yo sabía adónde iban. Sabía lo que

hacían.

Las palabras le salían con rapidez. Hablaba más alto. La mirada seguía perdida en la distancia, en algún lugar al que sólo él tenía acceso. Como si estuviera ahí, como si...

Espera en el campo de fútbol, escondido en el límite del bosque. Conoce el lugar donde ella suele dejarlo cuando lo lleva en coche. Se lo ha contado Roger, antes de enterarse de que él lo sabe todo. Ve que el S60 del colegio se acerca al aparcamiento. El coche frena, pero no baja nadie. No quiere ni imaginar lo que estará pasando ahí dentro. Toca con el pie la carabina que ha portado desde casa y que ahora yace en el suelo. Al cabo de un momento, ve que se enciende la luz en el interior del vehículo, cuando se abre una puerta y sale alguien. Es Roger. Oye que grita algo, pero no distingue las palabras. Roger atraviesa a toda velocidad el campo de fútbol. Ve que va hacia él, andando deprisa. Se levanta y empuña el arma. Roger está a punto de adentrarse por el sendero que lo llevará a su casa, cuando Johan lo llama. Se para. Mira en dirección al bosque forzando la vista. Johan aparece entre los árboles y ve que Roger se limita a negar con la cabeza cuando lo reconoce. No se alegra, ni se sorprende ni parece asustado. Sólo lo mira como si Johan fuera nada más que un molesto contratiempo que habría podido ahorrarse. Este avanza unos pasos por el campo de fútbol. Roger tiene cara de haber llorado. ¿Habría visto el fusil que cuelga junto a la pierna derecha de Johan? Si lo ha visto, no dice nada. Le pregunta qué quiere y él se lo explica. Quiere que deje de acostarse con su madre. Quiere que no vaya nunca más a su casa y que se mantenga lo más lejos posible de él y de su familia. Levanta la carabina para reforzar sus palabras. Pero Roger no reacciona como Johan esperaba o deseaba. Empieza a gritar.

Dice que todo es una mierda.

Que su vida es un puto infierno.

Que Johan es un mamón.

Y que lo único que le faltaba era tener que oír sus gilipolleces.

Rompe a llorar y se marcha. Deja atrás a Johan. Pero no puede irse. Ahora no. Así no. Sin prometer que todo cambiará. Sin jurar que se ha acabado todo. No ha prometido nada. Es como si no hubiera entendido la gravedad de la situación. Su importancia. Johan tiene que hacérselo entender. Pero para que lo entienda, lo primero es conseguir que lo escuche. Y para lograr que lo escuche, tiene que conseguir que pare. Entonces levanta el arma. Le grita a Roger que se detenga. Ve que Roger sigue caminando. Vuelve a gritar. Roger le enseña el dedo corazón por encima del hombro.

Johan dispara.

—Sólo quería que me escuchara. —Johan se volvió hacia Sebastian, con las mejillas húmedas. Agotado. Sus manos ya no tenían fuerzas para sostener el fusil, que rodó por el suelo delante de él—. Yo sólo quería que me escuchara.

Unos violentos sollozos le sacudieron el cuerpo. Fue como si un calambre le recorriera todos los músculos. Estaba prácticamente doblado, con la frente contra las piernas. Sebastian se arrastró poco a poco por el suelo, para llegar hasta el pobre muchacho destrozado. Con mucho cuidado, cogió el fusil y lo puso fuera de su alcance.

Entonces le apoyó un brazo sobre los hombros y le dio lo único que podía darle en ese momento.

Su proximidad y su tiempo.

Vanja estaba preocupada. Impaciente. Había pasado casi media hora desde que Sebastian había subido a la planta alta. Lo había oído hablar con Johan a través de la puerta cerrada, pero desde que había entrado en la habitación percibía solamente murmullos y algún ruido aislado cuando uno de los dos cambiaba de posición. Lo consideraba positivo. No había oído gritos.

Nadie había levantado la voz.

Y, ante todo, no se habían oído más disparos.

Haraldsson iba de camino al hospital, si no había llegado ya. La bala le había entrado por debajo del omóplato izquierdo y le había salido por el pecho. Había perdido mucha sangre y lo iban a intervenir, pero los primeros informes indicaban que su vida no corría peligro.

Vanja estaba en contacto permanente con Torkel, en el exterior. Seis coches de policía aguardaban en la calle. Doce agentes armados y provistos de protección antibalas habían rodeado la casa. Pero Torkel no les permitía avanzar. Policías uniformados habían acordonado la zona. En las esquinas se congregaban los curiosos, junto con un ejército de periodistas y fotógrafos, que hacían todo lo posible por acercarse un poco más. Vanja volvió a mirar el reloj. ¿Qué demonios estaba pasando ahí arriba? Esperaba no tener que arrepentirse de haberle permitido a Sebastian que subiera.

Entonces oyó pasos. Pasos que se acercaban. Desenfundó la pistola y se apostó al pie de la escalera, con las piernas separadas y las rodillas levemente flexionadas. Dispuesta a todo.

Llegaban los dos. Sebastian y Johan. Sebastian le había pasado un brazo por los hombros y Johan parecía mucho más pequeño y joven de dieciséis años. Era como si Sebastian lo estuviera sosteniendo mientras bajaban la escalera. Vanja guardó el arma y llamó a Torkel.

Después de dejar a Johan en manos de la policía, cuando ya se lo habían llevado, Sebastian volvió la espalda a la actividad de la calle y entró de nuevo en la casa.

Exhausto, se dirigió al cuarto de estar, desplazó un poco la ropa lavada que se apilaba en el sofá y se dejó caer en el asiento. Se recostó en el basto tapizado, apoyó los pies sobre la mesa baja y cerró los ojos. Cuando estaba en activo, casi nunca dejaba que los casos, los criminales o las víctimas lo siguieran obsesionando tras una investigación. Eran simplemente enigmas que resolver, instrumentos que utilizar u obstáculos que superar. En definitiva, eran un desafío y nada más.

Una forma de demostrar su talento.

De engordar su ego.

En cuanto habían cumplido su función, los olvidaba y seguía adelante con su vida. Lo que venía a continuación le resultaba tan poco interesante como la captura del delincuente. Entonces ¿por qué no podía desprenderse de los Strand? Un joven asesino, una familia destrozada. Era trágico, sí, pero nada que no hubiera vivido antes, nada que tuviera intención de llevar consigo más tiempo del necesario.

Había terminado su participación en el caso.

Ya no tenía nada que hacer en Västerås.

Sabía con exactitud lo que necesitaba para quitarse de la cabeza a la familia Strand.

Sexo.

Necesitaba sexo.

Follar, vender la casa y volver a Estocolmo. Ese era su plan.

¿Iría a Storskärsgatan, 12? ¿Trataría de ponerse en contacto con su hijo o hija? Suponía que no, si se guiaba por sus sensaciones en ese momento, pero no pensaba tomar ninguna decisión definitiva hasta que se sintiera mejor.

Hasta después de follar.

Y de vender la casa.

Hasta haber dejado atrás Västerås.

Notó que el asiento se hundía un poco más, porque alguien se había acomodado a su lado. Abrió los ojos. Vanja estaba sentada en la otra punta del sofá. Con la espalda erguida y las manos entrelazadas sobre las rodillas. Alerta. Todo lo contrario de la actitud distendida de Sebastian. Como si la joven quisiera marcar la mayor distancia posible entre ambos.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Johan?

—Sí.

—Que mató a Roger.

—¿Te ha dicho por qué?

—Tenía miedo de que su padre volviera a abandonarlo. No lo había planeado,

pero sucedió.

Vanja frunció el entrecejo con escepticismo.

—Veintidós puñaladas y el cadáver arrojado a un pantano. No parece un accidente, ¿no crees?

—El padre colaboró. Tendréis que preguntárselo a él. El chico tampoco mató a Westin.

Vanja pareció satisfecha. Se levantó y se dirigió al vestíbulo. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y se volvió hacia Sebastian. Lo miró a los ojos y le preguntó:

—Te acostaste con ella, ¿verdad?

—¿Qué?

—Con la madre del chico. Con Beatrice. Te acostaste con ella.

Esta vez no había sido una pregunta, de modo que Sebastian no contestó. No le hizo falta. Como siempre, el silencio fue suficiente para confirmar las sospechas de Vanja.

¿Fue decepción lo que vio en el rostro de la que pronto dejaría de ser su compañera de trabajo?

—Cuando has subido a hablar con el chico, para impedir que se hiciera daño, he llegado a pensar que quizá no eras del todo despreciable.

Sebastian comprendió el sentido de la conversación. Ya la había tenido en otras ocasiones. Con otras mujeres, en otras circunstancias y con otras palabras. Pero con las mismas conclusiones.

—Es evidente que estaba equivocada.

Entonces se marchó. Sebastian la vio alejarse, pero se quedó sentado en silencio. ¿Qué habría podido decir? Vanja tenía razón.

Ulf Strand estaba sentado en la misma silla que había ocupado su mujer unas horas antes. Transmitía una sensación de serenidad y compostura. Atento y educado. Cuando Vanja y Torkel entraron en la sala de interrogatorios y se sentaron frente a él, lo primero que hizo fue preguntar por Johan. Tras enterarse de que su hijo estaba recibiendo la atención que necesitaba y de que Beatrice lo estaba acompañando, quiso informarse del estado de Haraldsson. Vanja y Torkel le dijeron que lo habían operado y le aseguraron que se encontraba fuera de peligro. Entonces encendieron la grabadora y le pidieron que empezara por el principio, a partir del instante en que había sabido de la muerte de Roger.

—Johan me llamó al trabajo aquella noche. Estaba llorando y parecía completamente fuera de sí. Dijo que había pasado algo horrible en el campo de fútbol.

—¿Y usted acudió enseguida?

—Sí.

—¿Qué pasó cuando llegó?

Ulf cambió de posición en la silla.

—Roger yacía muerto en el suelo. Johan estaba deshecho, de modo que intenté calmarlo como pude y lo hice subir al coche.

Vanja notó que no había sentimiento en la voz de Ulf. Hablaba como si estuviera haciendo una presentación ante un grupo de colegas o clientes, e intentara parecer correcto y medido.

—Después me ocupé de Roger.

—¿En qué sentido «se ocupó»? —preguntó Torkel.

—Lo escondí en el bosque. También me di cuenta de que la bala podía ser una pista y me vi obligado a extraerla.

—¿Cómo lo hizo?

—Volví al coche y cogí un cuchillo.

Ulf se detuvo y tragó saliva. A Sebastian, que estaba sentado en la sala vecina, no le sorprendió su cambio de expresión. Hasta el instante que estaba describiendo, Ulf no había participado activamente, aparte de transportar el cadáver. Lo había arrastrado, pero no le había hecho nada. Ahora empezaba la parte difícil.

En la sala de interrogatorios, Ulf pidió un vaso de agua. Torkel fue a buscarlo. Ulf bebió dos o tres tragos, dejó el vaso sobre la mesa y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Fue al coche a buscar un cuchillo, ¿y qué pasó después? —insistió Vanja.

Cuando Ulf respondió, su voz había perdido una parte considerable de su fuerza.

—Volví y lo usé para extraer la bala.

Vanja abrió la carpeta que tenía delante, sobre la mesa, y empezó a desplazar grandes fotografías a todo color del cuerpo destrozado del adolescente, en formato A4, como si estuviera buscando algo. Sebastian sabía que era una actuación. Ella tenía asimilada toda la información que necesitaba para conducir ese interrogatorio, sin necesidad de buscar documentos ni fotografías. Sólo quería que Ulf viera una vez más el resultado de sus actos.

Aunque era evidente que no los había olvidado.

Ni los olvidaría nunca, por mucho tiempo que viviera.

Vanja fingió haber encontrado el papel que supuestamente estaba buscando.

—Roger tenía veintidós heridas de arma blanca en el cuerpo cuando lo encontramos.

Ulf se esforzaba por apartar la vista de las horribles imágenes dispersas sobre la mesa, en torno a la carpeta, pero no lo conseguía. Era el clásico dilema del accidente de tráfico, cuando uno no quiere ver, pero no puede evitar que la mirada se desvíe hacia los coches accidentados.

—Sí... Intenté que pareciera que lo habían matado a puñaladas. Un asesinato ritual, el crimen de un loco... No sé... —Ulf consiguió levantar la vista de las fotografías y mirar a Vanja—. Lo único que quería era ocultar que le habían disparado. Nada más.

—Muy bien. ¿Y qué hizo entonces, después de asestarle veintidós puñaladas y de arrancarle el corazón?

—Llevé a Johan a casa.

—¿Dónde estaba Beatrice?

—No lo sé. Sólo sé que no estaba en casa. Johan debía de encontrarse en estado de *shock* o algo semejante, porque se durmió en el coche, en el camino de vuelta a casa. Lo llevé a su cuarto, lo acosté y lo arropé.

Ulf guardó silencio. Pareció aferrarse a ese recuerdo, como si de pronto hubiera comprendido que aquellos minutos en la habitación de Johan habían sido los últimos de cierta normalidad: un padre que acuesta a su hijo y lo arropa. A partir de entonces, todo había sido una larga batalla. Para callar. Para no perder el control.

—Continúe.

—Volví al bosque y me llevé el cadáver. Quería dejarlo en un lugar al que no tuviera acceso un chico de dieciséis años, para estar seguro de que nadie sospecharía de Johan.

Sebastian enderezó la espalda en la silla y pulsó el botón del intercomunicador. A través de la ventana, vio que Vanja cambiaba un poco de expresión al disponerse a escucharlo.

—El tipo no sabía que Beatrice y Roger follaban. ¿Cómo se explicó que Johan hubiera matado a su amigo? —preguntó Sebastian.

Vanja hizo un brevísimo gesto de asentimiento. Buena pregunta. Volvió a concentrar toda la atención en Ulf.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. Si usted no estaba al corriente de la relación entre su mujer y Roger, ¿por qué razón creyó que Johan le había disparado?

—Por ninguna razón en particular, por error. Por un juego que acabó en tragedia. Johan me dijo que habían salido a practicar tiro y que todo se debió a una imprudencia suya.

De repente, Ulf empezó a mirar a Vanja y a Torkel con otra intensidad, como si

hasta ese momento hubiera pensado que su hijo era completamente inocente, excepto por esa mentira, y de pronto hubiera comprendido que no era cierto que fuera inocente. No había sido un accidente, o al menos no del todo.

—¿Qué pasará con Johan?

Había auténtica preocupación en su voz.

—Tiene más de quince años, de modo que se le puede imputar —dijo Torkel en tono objetivo.

—¿Qué significa eso?

—Que habrá juicio.

—Háblenos de Peter Westin.

Vanja cambió de tema, ansiosa por llegar al final del interrogatorio.

—Es psicólogo.

—Eso ya lo sabemos. Queremos saber por qué ha muerto. ¿Qué pensaba usted que podía haberle dicho Roger que justificara su muerte?

Ulf no pareció entender la pregunta.

—¿Roger?

—Sí, Peter Westin era el psicólogo de Roger. ¿No lo sabía?

—No. Yo sólo sé que era el psicólogo de Johan. Desde hace años, desde el divorcio. Johan estaba destrozado después de..., después de lo que pasó con Roger. Era comprensible. Así que fue a ver a Peter. No sé qué le dijo. Se lo pregunté, pero no se acordaba muy bien. Supongo que no le contó todo, porque entonces habría venido la policía, pero quizá mencionó algunas cosas que Peter habría podido relacionar más adelante y entender de ese modo lo sucedido. No quería arriesgarme.

Vanja recogió las fotos que había extendido sobre la mesa y volvió a cerrar la carpeta. Ya sabían todo lo que necesitaban saber. Ahora el caso quedaba en manos del juez. Probablemente la justicia sería benigna con Johan. Pero no con Ulf. La familia Strand tardaría mucho tiempo en volver a estar unida.

Vanja tendió la mano para apagar la grabadora, pero Torkel la detuvo. Todavía quedaba una pregunta, que le daba vueltas en la cabeza desde que había comprendido cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

—¿Por qué no avisó a la policía? Su hijo lo llama para decirle que ha disparado accidentalmente a un amigo, ¿y usted no llama a la policía?

Ulf levantó la vista hacia la mirada curiosa de Torkel. La respuesta era sencilla. Torkel podría comprenderlo si también era padre.

—Johan no quería. Estaba muerto de miedo. Lo habría vivido como una traición. Yo ya había traicionado una vez su confianza, cuando me fui de casa. Sentía que mi

obligación era ayudarlo.

—Han muerto cuatro personas; usted irá a la cárcel, y el chico está traumatizado, probablemente de por vida. ¿A eso lo llama ayudarlo?

—Me equivoqué. Lo reconozco, me equivoqué. Pero hice todo lo que estaba en mi mano. Yo sólo quería ser un buen padre.

—¿Un buen padre?

El tono escéptico de las palabras de Torkel contrastaba con la mirada de Ulf, que transmitía una seguridad absoluta.

—Estuve lejos de mi hijo durante una época importante para él. Pero creo que nunca es tarde para ser un buen padre.

Entonces se llevaron a Ulf Strand, que pasaría esa noche en prisión preventiva. El trabajo estaba terminado. En la sala vecina, Sebastian se quedó mirando a través del cristal a Vanja y a Torkel, que recogían sus cosas, hablando animadamente del regreso a Estocolmo. Vanja esperaba llegar a tiempo para coger el último tren de la tarde, a menos que Billy decidiera regresar esa misma noche y llevarla. Torkel pensaba quedarse un par de días más, y Ursula también. Torkel tenía que terminar de atar algunos cabos sueltos y Ursula iba a registrar a fondo la casa de los Strand, para asegurarse de que todas las pruebas materiales confirmaran las conclusiones. Lo último que oyó Sebastian, antes de que sus colegas salieran al pasillo y la puerta se cerrara tras ellos, fue que Torkel esperaba poder hacer una última comida juntos, antes de que Vanja se marchara.

Había ligereza en la voz de ambos y en la manera de moverse. Satisfacción. Los buenos habían ganado. Misión cumplida. Había llegado el momento de cabalgar hacia la puesta de sol, con una canción en los labios.

Pero Sebastian no tenía ganas de cantar, ni tampoco de celebrar nada. Ni siquiera tenía ganas de sexo. Ya no.

Sólo podía pensar en dos cosas:

Storskärsgatan, 12 y lo que había dicho Ulf.

Creo que nunca es tarde para ser un buen padre.

Lo extraño fue que Sebastian se dio cuenta de que prácticamente ya lo había decidido. No de una manera clara o consciente, pero en su interior estaba bastante seguro de que no iba a buscar a Anna Eriksson, ni a su hijo o hija cuando volviera a Estocolmo. Bastante seguro y además satisfecho con la decisión que su subconsciente había tomado por él.

No veía los beneficios de hacerlo.

No entendía qué podía ganar con eso.

Ni adónde lo conduciría.

Anna nunca podría ser una nueva Lily y su hijo o hija jamás sería una nueva Sabine. Y ellas eran lo único que en realidad echaba de menos. Lo único que quería recuperar. Lo único que le importaba. Lily y Sabine.

Sin embargo, a su pesar, las palabras de Ulf lo habían afectado. No tanto por lo que había dicho, sino por la manera en que lo había expresado.

Su seguridad.

Su forma de decirlo como si fuera algo evidente, como si hablara de un hecho irrefutable, de una verdad universal.

Nunca es tarde para ser un buen padre.

Sebastian tenía un hijo o una hija. Tenía un descendiente que, con toda probabilidad, aún vivía. En algún lugar había alguien que era él a medias.

Que era suyo.

Nunca es tarde para ser un buen padre.

Esas sencillas palabras planteaban muchas preguntas.

¿Dejaría una vez más que una hija se le escurriera entre las manos?

¿Podría?

¿Querría dejarla ir?

Sebastian se inclinaba cada vez más por responder a las tres preguntas con un no.

Faltaba alrededor de una hora para que saliera el tren que iba a llevarlo a Estocolmo. Habían pasado casi tres días desde que, con la idea de ir a casa de sus padres, había salido de la comisaría sintiendo en los oídos el eco de las palabras de Ulf. Desde entonces no había vuelto a hablar con Torkel ni con Ursula, aunque le habían dicho que pensaban quedarse unos días más en la ciudad. No sabía si seguían en Västerås. La investigación había concluido y nadie parecía sentir la necesidad de mantener el contacto con él fuera del trabajo. A Sebastian le daba igual. Ya tenía lo que había ido a buscar.

Dos días antes, el agente inmobiliario había vuelto a visitarlo y habían completado el papeleo para vender la casa. Por la noche, Sebastian había recuperado el trozo de papel con el nombre y el número de teléfono de la mujer lectora que había conocido en el tren. Sentía como si hubiera transcurrido una eternidad desde aquel encuentro. Cuando la llamó, la mujer pareció dubitativa. Sebastian se disculpó. Le explicó que había estado sobrecargado de trabajo, inmerso en un caso de asesinato del que probablemente habría oído hablar: el del adolescente del Instituto de Bachillerato Palmlövskå. Tal como esperaba, la mujer se dejó ganar por la curiosidad y aceptó una cita para el día siguiente. Eso había sido la víspera. Acabaron la velada en casa de Sebastian y no se separaron hasta esa misma mañana. Ella quería que volvieran a verse. Sebastian no le prometió nada. La mujer le había dicho que lo llamaría si él no la llamaba antes, y añadió con una sonrisa que no podría librarse de ella porque sabía dónde vivía. Tres horas después, Sebastian salía de la casa llevándose lo poco que quería conservar, cerraba con llave y se marchaba para no volver nunca más.

Ahora estaba en el lugar que jamás creyó que fuera a pisar. De hecho, había jurado no ir nunca a ese sitio. Había jurado no visitarlo a él nunca más. Y ahora los dos estaban ahí. En el cementerio. En la tumba de sus padres.

Las flores del funeral se habían marchitado. La tumba parecía descuidada. Sebastian se preguntó por qué no retiraba nadie los ramilletes secos y los arreglos florales medio destrozados y mordisqueados por los ciervos. ¿Sería necesario hacer algún trámite para que el personal del cementerio se ocupara de la tumba? Él no

pensaba cuidarla. No lo habría hecho ni aunque viviera en Västerås. Y mucho menos en su situación.

En la lápida de granito rojo se veía un sol naciente, o quizá poniente, detrás de dos pinos corpulentos. La inscripción rezaba: «FAMILIA BERGMAN», y debajo se leía el nombre de su padre, «TURE BERGMAN». Pero todavía no figuraba el nombre de Esther. Antes de retirar la lápida para grabar una nueva inscripción, había que esperar a que la tumba se asentara. Seis meses, había oído Sebastian en algún sitio.

Ture había muerto en 1988. Ella había estado sola durante veintidós años. Su madre. Sebastian se sorprendió pensando si alguna vez, durante todos esos años, habría querido ir a buscarlo. Tenderle la mano. Si lo hubiera hecho, ¿la habría recibido él? ¿La habría aceptado?

Probablemente no.

Sebastian se apartó unos metros de la descuidada tumba. Indeciso. A su alrededor reinaba el silencio. El sol de la primavera le calentaba la espalda bajo el abrigo. Un pájaro solitario cantaba en alguno de los abedules que crecían entre los sepulcros. Un hombre y una mujer pasaron en bicicleta por el sendero. Ella iba riéndose de alguna cosa. Era una risa burbujeante y cantarina que se elevaba hacia el cielo azul y despejado, y parecía del todo fuera de lugar. ¿Qué hacía Sebastian allí? En cualquier caso, no tenía ganas de acercarse a la tumba. Había algo doblemente trágico en el hecho de que el lugar del descanso eterno de su madre, que había sido tan ordenada, pareciera una pila de compostaje.

Sebastian dio los últimos pasos que lo separaban de la tumba, se agachó y empezó a retirar las flores marchitas.

—No lo creías, ¿eh, mamá? No pensabas que fuera a venir.

El sonido de su propia voz lo sorprendió. Lo desconcertó. Nunca se había visto a sí mismo como una de esas personas que se agachan para limpiar una tumba mientras hablan con su madre muerta. ¿Qué demonios le estaba pasando?

Algo relacionado con esos números.

1988.

Veintidós años.

Sola. En los cumpleaños, los días de diario, las Navidades, las vacaciones... Incluso con amigos a su alrededor, en una casa grande y en silencio la mayor parte del tiempo. Con tiempo de sobra para pensar.

En lo que había sido.

En lo que acabó siendo.

Pero el orgullo había sido más fuerte que la nostalgia.

El miedo al rechazo, más poderoso que el amor.

Madre de un hijo del que no sabía nada. Abuela durante unos pocos años de una nieta que nunca llegó a ver. Sebastian dejó de recoger torpemente las flores y volvió a ponerse de pie. Sacó la cartera del bolsillo y extrajo la foto de Sabine y de Lily que había encontrado sobre el piano, en la casa.

—No la conociste. Yo me aseguré de que nunca la vieras.

Su mano derecha apretó con más fuerza la cartera. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Lágrimas de dolor. Pero no por su padre, claro que no. Ni tampoco por su madre, aunque sentía cierta tristeza por la futilidad de su conflicto, en comparación con las consecuencias que había tenido. Ni siquiera lloraba por Lily y Sabine, sino por él mismo. Porque de pronto lo veía todo con claridad.

—¿Recuerdas lo que me dijiste la última vez que nos vimos? Que Dios me había abandonado. Que su mano ya no me guiaba.

Sebastian miró la fotografía de su mujer y de su hija muertas, la lápida incompleta, el cementerio de la ciudad donde había crecido, la ciudad donde nadie lo conocía, ni preguntaba por él, ni lo echaba de menos. Como en todas las demás ciudades. Sebastian se secó las lágrimas con el dorso de la mano izquierda.

—Tenías razón.

Storskärsgatan, 12.

Acabó yendo de todos modos. Ahí estaba, delante del gran bloque funcionalista de viviendas. Sebastian no entendía nada de arquitectura, ni tenía interés en aprender, pero sabía que los edificios de la zona al oeste de Gärdet eran funcionalistas.

Sabía que en el bloque de apartamentos que tenía delante vivía Anna Eriksson, la madre de su hijo o hija.

Al menos eso esperaba.

¿O no?

Pronto haría una semana que había regresado a Estocolmo. Todos los días había pasado delante del portal de Storskärsgatan, 12, en ocasiones más de una vez al día. Todavía no había entrado. Lo más cerca que había estado había sido cuando miró a través del cristal de la puerta, para echar un vistazo al cuadro con los nombres de los vecinos. Anna Eriksson vivía en el tercer piso.

¿Se animaría a entrar?

¿No?

Había luchado seriamente con esa pregunta desde que había regresado. En Västerås el dilema había sido más abstracto. Un juego mental. Podía sopesar los pros y los contras, tomar una decisión, cambiarla y echarse atrás cuantas veces quisiera. Sin ninguna consecuencia.

Ahora estaba allí. La decisión que tomara podía ser irrevocable.

Podía darse la vuelta y marcharse.

Podía darse a conocer. O no.

Iba y venía. En ocasiones, varias veces al día. Los argumentos eran los mismos que se había repetido hasta la saciedad en Västerås. No tenía ideas nuevas ni nuevos puntos de vista. Maldecía su indecisión.

A veces iba andando hacia Gärdet, convencido de que entraría directamente en el portal, subiría la escalera y llamaría a la puerta. Y después ni siquiera giraba cuando llegaba a la esquina de Storskärsgatan.

Otras veces, cuando no iba con la idea de subir y hablar, podía pasar horas enteras

delante del portal con marco de madera oscura. Era como si lo dirigiera otra persona, como si él no tuviera nada que decir al respecto. Pero no había entrado en el vestíbulo. Todavía no.

Ese día, sin embargo, sí que entraría. Lo sentía en su interior. Había conseguido mantener el rumbo todo el tiempo. Había salido de su apartamento en Grev Magnigatan y había seguido por Storgatan. Después había girado a la derecha por Narvavägen, en dirección a Karlaplan, había pasado delante del centro comercial de Fältöversten, había atravesado Valhallavägen y finalmente había llegado. El paseo había durado unos quince minutos. Si Anna Eriksson vivía allí, si llevaba viviendo allí mucho tiempo, desde que su hijo era pequeño, entonces era posible que se hubieran visto en Fältöversten. Quizá su hijo y la madre de su hijo habían esperado turno en la cola, delante de él, en la carnicería del supermercado. Esos pensamientos lo invadieron mientras estaba en la calle, contemplando la casa de Storskärsgatan, 12.

Empezaba a caer la noche. Había sido un hermoso día de primavera en Estocolmo. La temperatura era casi de principios del verano.

Esta vez iba a darse a conocer.

Esta vez hablaría con ella.

Por fin se había decidido.

Cruzó la calle y fue hacia el portal. Justo cuando empezaba a considerar qué haría para entrar, salió del ascensor una mujer de unos treinta y cinco años, que se dirigió hacia la puerta. Sebastian lo interpretó como una señal de que esta vez realmente tenía que encontrarse con Anna Eriksson.

Sebastian avanzó hacia el portal, justo cuando la mujer salía a la calle, y sostuvo la puerta, que se estaba cerrando tras ella.

—¡Qué suerte! ¡Gracias! —le dijo.

La mujer casi no lo miró. Sebastian entró en el vestíbulo y la puerta se cerró tras él con un golpe seco. Volvió a buscar el cuadro con los nombres de los vecinos, aunque ya sabía lo que encontraría.

Tercer piso.

Pensó un momento en utilizar el ascensor, que subía por el centro del edificio dentro de una jaula negra de metal, pero prefirió la escalera. Necesitaba todo el tiempo del mundo. Sintió que se le aceleraba el corazón y le sudaban las manos. Estaba nervioso, algo que no solía sucederle.

Empezó a subir poco a poco la escalera.

En el tercer piso había dos puertas, y en una de ellas, un rótulo con otro apellido más junto al de Eriksson. Se tomó un instante para ordenar las ideas. Parpadeó e hizo

dos profundas inspiraciones. Entonces dio un paso al frente y pulsó el botón del timbre. Nada. Casi sintió alivio. No había nadie en casa. Lo había intentado, pero no le habían abierto la puerta. Se había equivocado. Lo de antes no había sido una señal de que tuvieran que encontrarse Anna Eriksson y él. Al menos no esa vez. Estaba a punto de volverse y bajar la escalera cuando oyó pasos dentro del apartamento. Al cabo de un segundo, se abrió la puerta.

Una mujer varios años más joven que él lo miró con seriedad. Tenía ojos azules y el pelo oscuro, largo hasta los hombros. Pómulos altos. Labios finos. Sebastian no la reconoció ni siquiera cuando la tuvo delante. No recordaba haberse acostado nunca con esa mujer que se estaba secando las manos en un paño de cocina de cuadros rojos y lo miraba con curiosidad.

—Hola. ¿Es usted...? ¿Eres...?

Sebastian se interrumpió. No sabía por dónde empezar. Tenía un vacío completo en la cabeza, pese a los miles de pensamientos que no dejaban de darle vueltas. La mujer lo seguía mirando en silencio.

—¿Anna Eriksson? —dijo por fin Sebastian.

La mujer asintió.

—Yo soy Sebasti...

—Ya sé quién eres —lo interrumpió ella.

Sebastian dudó un momento, confuso.

—¿Lo sabes?

—Sí. ¿Qué haces aquí?

Sebastian no respondió. Había visto mentalmente ese encuentro muchas veces desde que había descubierto la carta, pero el giro que había tomado en la realidad le resultaba del todo inesperado. Nunca había imaginado que su primera conversación fuera a ser así. Había pensado que ella se quedaría conmocionada y quizá un poco desconcertada. La sorpresa iba a ser total. ¡Un espectro de treinta años atrás se presentaba de repente ante su puerta! Sebastian estaba seguro de que tendría que identificarse de alguna manera, para que ella le creyera. Pero no fue así con la mujer que tenía delante, que se había colgado el paño de cocina de la cintura de los pantalones y lo contemplaba con expresión desafiante.

—Yo...

Sebastian no supo qué decir. Esa parte también la había ensayado mentalmente. Quizá pudiera ceñirse a lo que había practicado. Empezar por el principio.

—Mi madre murió y, cuando fui a cerrar su casa, encontré varias cartas.

La mujer no dijo nada, pero hizo un gesto afirmativo. Era evidente que sabía a qué

cartas se refería.

—En ellas decías que estabas embarazada. Que el niño era mío. He venido para averiguar si era cierto y, en ese caso, para saber qué pasó.

—Pasa.

La mujer se apartó y Sebastian entró en un vestíbulo bastante pequeño. Anna cerró la puerta, y él se agachó para quitarse los zapatos.

—No, no hace falta que te los quites. No te vas a quedar.

Sebastian volvió a levantarse sorprendido.

—Quería sacarte del pasillo. Se oye todo. —Anna se situó frente a él en el estrecho espacio, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Es verdad. Me quedé embarazada y te busqué, pero no conseguí dar contigo. Y, para serte sincera, hace mucho que dejé de buscarte.

—Entiendo que estés enfadada, pero...

—No estoy enfadada.

—No recibí las cartas. No sabía nada.

Los dos guardaron silencio. Frente a frente. Por un momento, Sebastian se preguntó qué habría pasado si lo hubiera sabido en aquel momento. ¿Cómo habría sido su vida si hubiera vuelto con Anna Eriksson, si hubiera sido padre? Obviamente, el mero hecho de preguntárselo era una estupidez. No tenía sentido especular con un futuro posible o con un presente alternativo. Además, él no habría vuelto con ella si en aquel momento hubiera recibido aquellas cartas. El antiguo Sebastian no lo habría hecho.

—Te vi una vez, hace..., no sé..., unos quince años. —Anna hablaba en tono sereno—. Cuando apresaron a aquel asesino en serie.

—Hinde. En 1996.

—Sí, fue cuando te vi. En la tele. Si todavía hubiera querido encontrarte, seguramente te habría buscado.

Sebastian se tomó un segundo para asimilar lo que acababa de oír.

—Entonces ¿tengo un hijo?

—No. Yo tengo una hija. Mi marido tiene una hija. Tú no tienes nada. Conmigo no, al menos.

—Pero ¿ella no sabe que...?

—¿Que mi marido no es su padre? —completó la frase Anna—. No. Él lo sabe, por supuesto. Pero ella no, y si se lo dices, lo arruinarás todo.

Sebastian asintió, con la mirada fija en el suelo. En el fondo, no estaba sorprendido. Era una de las hipótesis que había contemplado. Que su hijo o hija no

supiera nada. Que tuviera otro padre. Que su aparición destrozara una familia feliz y bien avenida. Ya había pasado otras veces, cuando se había acostado con mujeres casadas y no había sido todo lo discreto que debería, pero esto era otra cosa.

—Sebastian...

Levantó la vista. Anna había bajado los brazos y lo miraba de una manera que reclamaba una atención total.

—Sería muy malo para todos. Ella nos quiere. Adora a su padre. Si ahora supiera que le hemos estado mintiendo todos estos años..., no creo que pudiéramos superarlo.

—Pero si es mi hija...

Un último y débil intento condenado al fracaso desde el comienzo.

—No es tu hija. Quizá lo fue durante un tiempo. Habría podido serlo si hubieras vuelto con nosotras. Pero ya no lo es.

Sebastian hizo un gesto afirmativo. Veía la lógica de sus argumentos. ¿De qué podía servir? ¿Qué podía sacar él de todo eso? Fue casi como si Anna pudiera leerle el pensamiento.

—¿Qué podrías darle tú a ella? Un completo desconocido que se presenta después de treinta años y le dice que es su padre. ¿De qué puede servirle, aparte de hacerle daño?

Sebastian asintió y se dirigió a la puerta.

—Me voy.

Cuando empuñó el picaporte, Anna le apoyó la mano sobre el antebrazo. Sebastian se volvió hacia ella.

—Conozco bien a mi hija. Solamente conseguirías destrozarnos nuestra familia y que ella te odiara.

Sebastian bajó la cabeza.

Lo comprendía.

Salió del apartamento y de la otra vida que habría podido ser suya. Anna cerró la puerta, y él se quedó un momento en el pasillo.

Había terminado.

Ya estaba hecho.

Tenía una hija que no vería nunca. Que no llegaría a conocer. Toda la tensión que había acumulado durante tanto tiempo lo abandonó de pronto y lo hizo sentirse físicamente cansado. Las piernas apenas lo sostenían. Se dirigió a la escalera y se sentó en un peldaño.

Se quedó ahí, con la mirada perdida.

Sensación de vacío.

Un vacío absoluto.

A lo lejos, oyó el ruido sordo de la puerta principal, que se cerraba tres pisos más abajo. Se puso a considerar cómo lo haría para volver a casa. No era lejos, pero en ese momento el trayecto le parecía interminable.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que el ascensor, justo a su izquierda, se había puesto en movimiento. Se levantó. Si paraba, pensaba usarlo para bajar. Sería un primer paso en el largo camino hacia su apartamento vacío.

Tuvo suerte. El ascensor se detuvo en el tercer piso. Sebastian no quería encontrarse con nadie, aunque sólo tuviera que intercambiar una sonrisa tonta. Mientras la persona que iba en el ascensor abría la puerta metálica, Sebastian retrocedió y subió unos peldaños de la escalera. La persona salió al pasillo y Sebastian pudo verla a través de la jaula del ascensor.

Había algo.

Algo familiar.

Extremadamente familiar.

—Hola, mamá, soy yo —oyó que decía Vanja.

La puerta quedó abierta un momento mientras Vanja se quitaba los zapatos, y entonces Sebastian pudo vislumbrar brevemente a Anna, antes de que Vanja volviera a cerrar la puerta.

Entonces lo recordó. Estaba escrito en el rótulo de la puerta. El nombre. Estaba tan concentrado en el apellido Eriksson que ni siquiera había visto el otro.

Lithner.

Vanja Lithner.

Vanja era su hija.

Nada habría podido prepararlo para recibir esa noticia.

Nada.

Sintió que las piernas cedían bajo su peso y tuvo que sentarse de nuevo en un peldaño.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a levantarse.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a todos los de Norstedts, que desde la primera reunión fueron positivos, nos apoyaron, nos infundieron confianza y consiguieron volver todavía más divertido nuestro trabajo.

Un agradecimiento especial para Eva, Susanna, Peter y Linda.

También queremos dar las gracias a la empresa Tre Vänner y sobre todo a Jonas, Tomas, a Johan y a William, por darnos su bendición para que probáramos nuestras alas.

Un gran agradecimiento a nuestras familias, que durante el último año oyeron hablar de Sebastian Bergman con una frecuencia probablemente rayana en la tortura.

Hans desea agradecer en especial a Sixten, a Alice y a Ebba. Sois fantásticos. Y también a Lota, que verdaderamente es *the queen of fucking everything*.

Micke quiere decirles a Astrid, a Caesar, a William y a Vanessa lo siguiente: sois lo mejor que ha podido pasarme.